

UNA NOVELA MUY ESPECIAL...



LA PASIÓN
DE
HERÓNIMO
PRIMERA PARTE



CRISTO

LA PASIÓN DE HERÓNIMO

SAGA MON.
PRIMERA PARTE

ADVERTENCIA:

Esta novela aunque tiene un sexi, caliente y rudo chico malo con tatuajes como protagonista, con un sentido del humor bastante singular que te hará reír. Posee lenguaje adulto, escenas de desnudez y mucho contenido tanto sensual como sexual.

Advertidas.

Obras inéditas, protegidas por la ley vigente de la constitución nacional artículo 17, por derecho de autor bajo escribano público y patentamiento.

Totalmente registrada la saga Mon por su salida en físico como digital y el registro de 18 frases, sea expresiones del protagonista masculino o mi forma narrativa que, son absolutamente mías y se notará, a medida del transcurso de la lectura.

Prohibiendo su reproducción total o parcial, adaptación y distribución de ellas sin mi consentimiento.

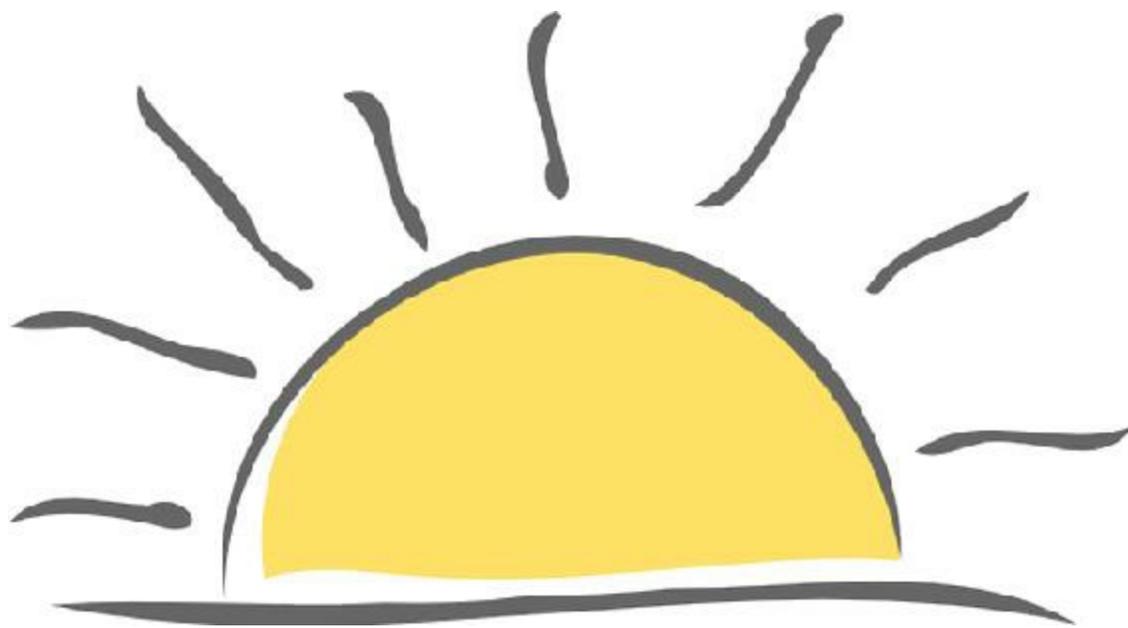
Licencias: 1808148048637/1808148048644.

Primera edición: Marzo 2019.

Diseño de portada: Sareli García.

Maquetación: Sareli García.

<<A todas las Disney princesas, Caballeritos del Zodíaco
del mundo y a Margarita con mi corazón>>



CAPITULO 1

Yo

La arena me pica las plantas de mis pies a pesar de llevar puestas mis viejas botas claras.

Mis muchachos me la están haciendo difícil nuestro paseo cotidiano por la playa.

Pero hoy, no hay reprimendas o llamadas de atención. Ya que es mi último día de niñera, de mis amigos peludos que adoro.

Mis cinco perros que cuidé por casi cuatro años, tres veces por semanas por dos horas diarias. Dos Grand Danés, un callejerito, un ovejero alemán y un Bóxer.

Soy perrera de nacimiento.

En realidad, soy bichera porque amo los animales.

¿Qué puedo decir?

Ellos aman de forma incondicional, sin importar tu razón social, económica, étnica, física o mental. Son compañeros y leales. Son pura ternura y amor en un envoltorio de pelos, plumas o escamas.

Mi celular suena del fondo de mi bolso y trato de sacarlo con la mano que

está libre de las correas, dando tropiezos sobre la arena húmeda.

Hoy la playa, está bastante concurrida. Es domingo, no día laboral para muchos y los primeros calores de mitad de primavera te invitan y anuncian a un próximo verano caliente y glorioso.

Miro la pantalla.

- ¡Hey, Siniestra! - Digo alegre mientras saco galletas caninas para cada uno de mis amigos que, respetando el ritual, esperan su premio sentados observando mis movimientos con atención de lo que saco de mi bolso.

Bellos.

- ¡Carajo contigo, Vangelis Coppola! - Ruedo mis ojos sonriendo, ante el juramento de mi hermana Karla.

Ella es mayor y muy protectora mía, como una mamá gallina. Tenía seis cuando nací y catorce, cuando nuestra madre falleció de una enfermedad terminal.

Con papá trabajando doce horas diarias en su ferretería de jardín y construcción para que no nos falte nada, prácticamente nos criamos solas. O mejor dicho Karla cuidó de mí, con ayuda ocasional de alguna niñera de turno.

Es lo más cercano, a una madre que tuve.

Cariñosa y por demás sobreprotectora, de mi persona. Y de ahí viene el apodo que le puse, en los comienzos de mi adolescencia.

Porque ella realmente se convierte en algo siniestro y puede causar cierto terror, cuando el tema que me rodea es mi seguridad en juego o su peor recelo; alguna presencia del género masculino.

Su radar inquisitivo comienza llámese con la cita, paseo, salida y el horario de llegada cuando el aludido me invitaba. Y aún lo hace teniendo veintitrés años y dos, viviendo sola en mi propio departamento. No puedo reprochárselo ya que la amo, porque pese a todo eso, es la mejor hermana del mundo.

Y con un sentido del humor bastante singular, que hace imposible no quererla.

- Lo siento. - Me justifico repartiendo las galletas a mis chicos y soltando sus correas, para que corra libremente por la costa del mar. - Estos días fueron un lío Siniestra. La entrevista, los papeles universitarios, mi clínico, dejar mis muchachos...

- ¡Holaaa...los sms existen, cariño! - Resopla, sin escuchar. - Jodido Dios, Van...si no hay tiempo para una llamada porque tu densa hermana, pero sexi... - Aclara y yo sonrío. - ...te habla mucho y no tienes tiempo, con un simple

mensaje de texto que me digas “*estoy bien,*” me resulta...

Suelto una risita.

- Karla, eso no te resultaría... - Ella ríe.

- Ok, ok. Lo sé... - Ríe, con más ganas. - ...estaría alertando a la policía, porque es el típico texto que obligan a escribir, a una persona secuestrada. - Suspira. - Cariño...piedad. Tu hermana está vieja. - Ruedo mis ojos, que exagerada. - Con dos hijos y un marido tan añejo como yo, por el cual estoy buscando un reemplazo por algo parecido en su versión más joven y con un paquete de seis como abdominales y en lo posible con una sudorosa piel bronceada. Sólo quiero saber tu paradero, antes de mi mudanza...

Suelto una carcajada haciendo que varias personas que disfrutaban de la playa, se volteen en mi dirección por mi risa sincera.

Mi hermana ama a su familia.

Y adora a Roger, su marido y novio de toda la vida.

Es la persona más comprensiva y compañera que conozco.

Y aunque indiscutiblemente, no tiene un paquete de seis como abdominales y un bonito bronceado sudoroso, es muy atractivo.

Rubio, ojos claros como el agua, alto y de contextura grande.

Como digo yo, de raza oso.

Para abrazarte mejor.

Se aman incondicionalmente y pese a que su apariencia física de rasgos alemanes engaña, es un hombre cálido y con la paciencia de un santo, por los arranques de mi torbellino hermana mayor.

- Cállate, serías incapaz de cambiar a Roger. - Sonríe rebotando la pelotita que llevo siempre, para tirarles a mis muchachos.

Les silbo y cinco pares de orejas como ojos me miran expectantes, ante la hora del juego.

Vienen a mi tipo patota, ladrando para llamar mi atención rodeándome y girando en círculo salpicándome de arena.

Paco y Luis, los Grand Danés por poco me tumban por su alegría y sus tamaños, sacudo mi vestido blanco con estampa de flores.

Tiro la pelota de tenis lejos, deteniéndose en la orilla.

Su alegría canina provoca risas entre la gente que hay y un par de niños en sus trajes de baño, quieren interactuar con ellos y su juego de pelota, volviendo a tirarla y ellos responden.

No puedo dejar, de sonreír.

- Lo sé... - Aunque no puedo verla, sé que está haciendo un morrito de amor

con su boca. - ...mi alemán me adora y el sexo...oh Dios, sigue siendo increíble! Aunque no tengamos tiempo, como ant...

- ...hay cosas que prefiero no saber, Siniestra... - Interrumpo cerrando mis ojos.

Karla se carcajea.

- Tú te lo pierdes, cariño. - Me contesta haciendo su voz más sexi. - ¿Y bien? Roger se llevó a los niños a lo de papá, quedó en instalarle algo. Me desocupo del negocio a las 18h ¿Te va cenar las dos juntas temprano por ahí y me cuentas de tu nuevo comienzo laboral, en el trabajo de tus sueños?

Sinceramente, estaba agotada.

Sólo quería después de despedirme de mis perritos ir a casa, cenar algo ligero y dormir temprano para estar lo más fresca posible en mi primer día de trabajo en las T8P.

Pero noto ansiedad y ganas, a través de su voz.

Mierda.

No la vi en toda la semana y en días se mudará a nuestro pueblo natal, cerca de nuestro padre y a unos 45 km de aquí; de la gran ciudad.

Pateo una piedrita, de la arena.

- Esta bien, Siniestra. Tengo que devolver unos libros a la biblioteca pública ¿Te parece que nos encontremos en el parque central, que está en frente a las 18:30h?

Escucho que palmotea feliz, del otro lado del teléfono.

- ¡Siii! ¡Nos vemos, nena!

Cuelgo mirando a mi patota canina corretear tras la pelota, que los niños le siguen lanzando.

Se acerca Tila, la ovejera alemán buscando mi cariño.

Me siento sobre mis talones en la arena húmeda, para tomar su hocico entre mis manos y acariciarla.

- ¿Qué pasa, chica? - Pregunto llenando de besos su cara y recibiendo, de ella también.

Trato de correr mi pelo de mi cara poniéndolo detrás de mi oreja, que se soltó de mi coleta desprolija por el suave viento que comenzó a circular.

Silbo nuevamente y ellos me miran, corriendo hacia mí.

Hora de volver a casa, chicos...

HERÓNIMO

Estaciono mi Bugatti Veyron en los parquímetros de 45 grados con una

chirriante frenada por la velocidad y mi precisión, provocando que mucha gente se de vuelta por el sonido de las mismas.

Una pareja de ancianos subiendo a su auto a pocos metros mío, me miran con desaprobación.

Jódanse abuelos.

Descanso mi frente sobre mis manos cruzadas en el volante, tratando de relajarme.

Suspiro profundamente cerrando mis ojos, volviendo mi cabeza al respaldo de mi asiento desatando mi corbata y jalando para tirarla, sobre el asiento del acompañante.

Seguido de mi saco de vestir.

Jodido día.

Maldita y puta fecha.

Mi celular vuelve a sonar, avisando nuevamente que tengo más de una docena de llamadas perdidas y un sin fin de mensajes de textos, de Marleane y Rodrigo en lo que va del día.

No necesito esto digo por lo bajo, sumando mi teléfono a la corbata y el saco.

Miro por fin después de la nebulosa de mis pensamientos negros, a través del parabrisa.

Carajo.

¿Qué hago en el estacionamiento, de la playa?

<<Tu padre te traía aquí para pescar cuando eras niño y despejarse de un día arduo de trabajo, en la metalúrgica TINERCA >>

¿Cuánto había pasado, de la última vez?

¿Dieciocho años, tal vez?

Todavía puedo sentir el calor de su mano reposando sobre mi hombro y su suave apretón, mientras me veía como pescaba o al menos lo intentaba con mi vieja caña.

Para luego, su media sonrisa de costado cuando me decía cariñosamente revolviendo mis rulos por encima de mi cabeza, que era hora de volver.

Mamá nos esperaba, para la cena.

Tristeza recorre mi cuerpo.

¿Más?

Si, más Mon.

Es tu cruz.

El dolor y lo oscuro, es tu biblia y tu calefón.

- Despejarse, después de un día arduo... - Me repito, pasando mis dedos por mis ojos. - ...aire, sólo un poco de aire... - Exclamo para mí, abriendo la puerta del coche y buscando en uno de los gabinetes, mis anteojos de sol.

Un pit y un titilar de las ópticas con mi comando a distancia, afirman el cerrado centralizado de mi Bugatti.

Camino sin punto fijo por el terraplén de la playa, mientras me pongo mis lentes oscuros y desabotono los primeros tres botones; de mi camisa clara italiana.

Un par de chicas sexis ascienden por las escaleras laterales que llevan a la playa, en unos diminutos shorcitos y sólo con la parte de arriba de sus bikinis dejando a la vista; menos a la imaginación.

Los pequeños retazos de tela de colores alegres cubren sus pechos y marcan el punto de sus pezones bajo ellas.

Hermosas tetas redondeadas que se mueven, con cada paso que dan.

Están hablando entre sí y aunque no puedo llegar a escuchar lo que susurran, sé que dicen algo de mi apariencia física.

Lo sé, causo ese efecto en las mujeres.

Mucho.

Sólo apariencia exterior nenas, mi interior no querrán conocerlo ni probarlo.

Porque es líquido y negro.

Pasan por mi lado rozándome, con pequeñas sonrisas en sus lindos rostros.

Se los devuelvo con mi marca registrada y media sonrisa "*baja bragas,*" pero sin voltearme a mirarlas y seguirla con la vista.

Lo siento, pero no soy ese tipo de hombre.

Yo no coqueteo, no hablo del horóscopo, no hago citas, ni romance o besos.

Yo te follo, rudo.

Y bajo mis términos.

Obvio.

Porque yo, no te busco.

Yo no te persigo.

Ellas, vienen a mí.

Mi fémina, de turno...

Me detengo después de unos minutos de caminata y sobre el borde del terraplén, mirando hacia la playa.

Al vacío en realidad, por los tormentos de mis pensamientos.

El aire marino, las olas y la arena, me embriagan con su aroma.

Y con ello, latigazos de recuerdos de mi pasado castigan mi mente.

<< *Te lo mereces, bastardo. Me maldijiste y ahora yo te maldigo, lo vas a llevar para toda tu maldita vida contigo...hasta la tumba...>>*

Pongo mis manos en los bolsillos de mi pantalón de vestir y miro hacia el cielo despejado, sin saber por qué.

No pido salvación, tampoco con un ruego por piedad o perdón.

No lo merezco, soy el maldito infierno en carne y hueso.

Yo provoco miedo, porque corre por mis venas y soy déspotamente oscuro.

Sonrío, con asco.

Condenadamente sólo quiero que pase, estas diez putas horas que faltan.

Una carcajada suena y llega a mí, moviendo involuntariamente mis ojos de donde proviene.

Observo por abajo del terraplén tratando de localizar entre el gentío que no es mucho, pero si, bastante en la playa.

Joder, que bonito sonó eso.

Rebobina, Mon.

¿Usaste, la palabra bonito?

¿Desde cuándo, eres marica?

Mis ojos se encuentran con la dueña, de esa carcajada juvenil.

Y no puedo evitar, elevar una ceja a ella.

Mujer.

¿Quién te viste?

Obviamente, alguien que te odia y mucho.

A mi mente vienen las mujeres que en determinadas circunstancias y periodos me acompañaron del brazo en alguna gala, fiesta o reunión empresarial envueltas con diseños de alta costura y zapatos de diseñador, de tacón alto también.

En preferencia europeos, como la ropa interior.

A ver.

Para que entiendan.

La mujer es la más jodida creación perfecta, creada por el todopoderoso.

Ese cuerpo de reloj de arena está hecho para vestirlo de pie a cabeza, con lo mejor.

Y eso me gusta y me excita hasta poner mis pelotas azules, si la seda de un buen diseñador envuelve ese cuerpo.

Más si es para mí, y si bajo ella hay satén y encaje, como ropa interior.

Me gusta coger a la mujer y me gusta más, si está exquisitamente vestida.

Para desnudarla y disfrutar del roce de una suave tela, al deslizarse sobre mis dedos cuando cae al suelo y darle duro contra una pared o por atrás y tal vez atarla.

Sonrío.

Y en el orden, que me plazca.

Con sólo unos lindos, altos y delicados zapatos.

¿Demasiado gráfico?

Pido disculpas.

Llámenlo fetichismo, si lo desean.

Vuelvo a la mujer.

Cristo.

Ese vestido le llega más abajo, de sus rodillas.

Es de color blanco, con...

Bajo mis lentes de sol sobre mi nariz, para poder ver mejor.

Sip.

Con estampas de flores.

¿Peor?

De ninguna, puta manera.

La veo caminar con gracia por la orilla con cinco perros, llevados por correas.

¿Paseadora eh?

Y está hablando, por teléfono.

En un momento hecha su cabeza hacia atrás y vuelve a reír, pero esta vez es más de salón.

Aunque su risa fue más delicada hago una mueca, hubiera preferido escuchar esa carcajada tan poco femenina, divertida y despreocupada una vez más.

Que me jodan.

Se tira sobre la húmeda arena tranquilamente, con descuido a su ropa rodeada de su clan canino sentándose obedientes y atentos a sus más mínimos movimientos.

Como si fueran sus guardianes protegiéndola y ella, su princesa.

Guau.

Y me doy cuenta que yo también lo hice, sobre el borde del terraplén.

¿En qué momento lo hice, para mirarla con más detención?

Me encojo de hombros en mi mente, ya que no tengo nada mejor que hacer.

Si la muchacha con vestido con estampas de mantel de mi abuelita, logra

que pasen dos horas de este día de mierda haciéndome olvidar mis demonios, besaré sus pies en agradecimiento.

Involuntariamente, recorro sus piernas desde abajo para arriba.

Su feo vestido se arremolinó hasta sus rodillas, mostrándome parte de ellas.

Caramba.

Lindas piernas.

Suelta los perros y me encuentro haciendo una segunda mueca de desaprobación, porque se pone de pie nuevamente y la horrible tela, vuelve a cubrir sus piernas.

Saco mis lentes de sol y masajeo el puente de mi nariz, sonriendo sin poder creer.

Estoy sentado como cualquier mortal tipo voyeur, observando con agrado para mi sorpresa como una simple chica cuida perros que hace *Algo.Aburridamente.No.Emocionante* en su desempeño como niñera canina.

Si un paparazzi me descubriría, sería su cuota económica anual con sólo una foto mía tomada, en este preciso momento.

De pronto hace algo, que hasta mi polla responde también.

Pone con gracia dos de sus dedos sobre sus labios y silba, a su séquito.

¿Qué tengo?

¿Quince años?

Reacomodo mi pantalón sobre mi lugar sentado, por la amenaza de una erección de grado tipo 8 entre mis pantalones.

¿Un simple sonido, me excita?

Alejo ese pensamiento, de mi cabeza.

Imposible.

Esa muchacha no es en absoluto de mi preferencia o gusto.

Ella parece dulce, tierna y del tipo besable.

Y yo, no beso.

Mi excitación debe venir de la mamada, que anoche me dio Amanda.

Y yo no me conformo, con una mamada de paso.

Yo follo y mucho.

Amo enterrarme en una mujer y hacerla que se corra, en cien formas diferentes.

Y aunque Amanda vino a eso con esa pobre excusa a mi oficina, no la iba a coger.

No más, para Amanda Adams.

Y de eso pasó meses de la última vez, cuando lo hice sobre la encimera de su cocina.

Condénenme por lo otro si quieren, pero sostengo que, si te incitan a ello porque lo desean, una mamada y un vaso de agua no se le niega a nadie.

Sigo mirando a la chica y me detengo en otra curiosidad.

Su teléfono.

¿Con quién diablos, habla tanto tiempo?

No lo suelta, ni para revotar una pelotita que creo es de tenis.

En sus mejores épocas, claro.

Los perros captan el juego y se desparraman divertidos sobre la orilla, intentando tomarla de su mano logrando que parte de la gente vuelva a reír.

Inclusive me roba una sonrisa a mí, que no soy bueno en ello.

Froto mis labios, pensativo.

¿Tendrá novio?

¿Y eso, de dónde salió?

Sacudo mi cabeza.

Debe ser de lo aburrido que estoy.

Si, debe ser.

Y seguro, que lo tiene.

Fea no parece.

Del target común.

Pelo castaño y creo, que largo.

No logro distinguirlo por esa especie de remolino agarrado por solo sabe Dios qué, sobre su cabeza.

Sin mis lentes de sol, puedo ver un poco mejor.

Aunque tiene ese feo vestido holgado y largo, distingo un cuerpo apreciativo en el.

De eso sé bastante y me considero un puto genio, no muy grandes tetas como me saben gustar porque soy un buen catador de ellas, pero pasables.

¿Alta?

Del promedio normal, creo.

Yo mido 1,96m me llegaría con suerte y algo de tacón, a mi pecho.

Y un flash envolviendo con mis grandes y fuertes brazos su cuerpo menudo protegiéndola, pasa por mi mente en el momento que su séquito canino la rodean y casi la tumban, en especial esos dos caballos que se hacen pasar por perros.

¿Y eso, otra vez?

Justifico ese ilógico pensamiento, por el tamaño de los dos canes.

Si, por eso es.

Tira la pelota y sacude su vestido riendo, mientras observa como juegan sus perros con unos niños.

Y Juli, viene a mi mente.

Ya que a ella le hubiera gustado, interactuar también.

- Señor... - Me llaman.

Resoplo, mirando por sobre mi hombro.

Collins está parado detrás mío como estatua e imperturbable en su postura, con sus manos entrelazadas delante suyo y rigurosamente, trajeado de oscuro.

- ¿Hace cuánto estás aquí, Collins? - Pregunto fríamente.

- Lo suficiente, señor Mon. - Me responde.

Se que se dio cuenta de mi objeto de fijación en la playa y me importa una mierda, si piensa que soy un maldito perverso.

Vuelvo a mi vista.

A la chica del vestido horrible.

- Te pago para que me obedezcas y creo que te dejé bastante claro, que hoy... - Subrayo el "hoy." - No quería, ningún tipo de compañía.

Collins, se remueve sobre sus pies.

- Usted me paga para servirle y protegerlo, señor Mon. Yo obedezco, manteniendo mi distancia. Su seguridad, por sobre todas las cosas...

No le respondo, me limito a seguir mirando a la chica de la playa.

Cual se agacha para acariciar al ovejero alemán, con ternura.

Y siempre sonriendo.

Eso es raro, porque yo no río mucho.

Casi nunca para serles sincero.

Ella lo hace natural, que tan malditamente hace sentirlo como algo hermoso.

El que la llamó por teléfono es afortunado, se debe sentir agradable que ella te regale sus sonrisas y esa ternura.

Estar a su alrededor, debe ser algo cómodo.

Supongo.

Ya que nunca tuve la gracia en el pasado de que alguien, te haga bien con una simple sonrisa sincera.

Creí.

Pero, no.

Una brisa fresca se levanta y la chica reacomoda su pelo alborotado en su

cabeza.

Un decir.

Lo intenta, pero es imposible en ese desorden que tiene encima suyo.

Y carajo.

Porque reconozco que le queda condenadamente bien, eso que debe llamar peinado.

- Señor Mon, van a ser a las 17:00h. Sólo me acerqué para informarle de su reunión que solicitó con urgencia hoy mismo a las 18:00h en el Holding, con los jefes de piso del 17 y 22, por los nuevos activos con las becas laborales, que comienzan mañana...

Mierda.

Cierto.

Paso mis manos por mi rostro, para tratar de despejarme.

- ¿Rodrigo? - Pregunto, poniéndome de pie.

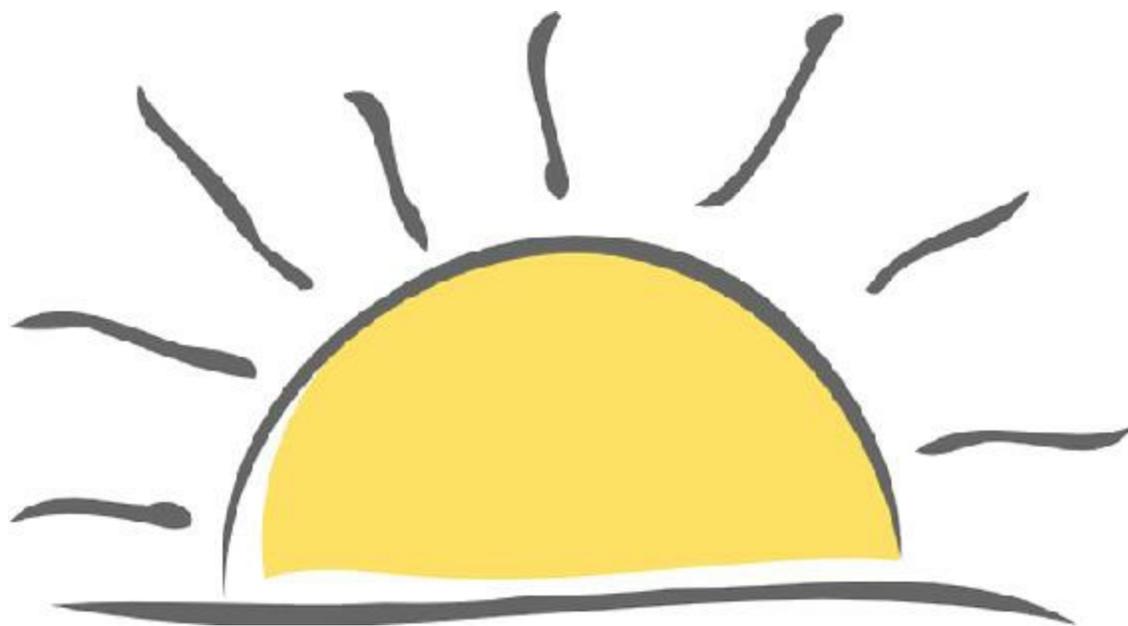
- Ya está ahí, señor.

Asiento con la cabeza reanudando mi camino a mi Bugatti con Collins, a unos pasos de mí.

Giro mi cabeza para observar a la chica con el vestido más feo del mundo por última vez que, con un nuevo silbido de ella, reagrupa a sus perros.

Y no sé, por qué.

Se me escapa un suspiro, por lo bajo...



CAPITULO 2

Yo

Sentada en una de las tantas bancas que decoran el parque central, disfruto de los últimos rayos de sol que ofrece el atardecer y la brisa vespertina.

Levanto mi rostro y cierro mis ojos, para recibir estos últimos y me regalen, algo de su calor.

Distraída miro la hora, por octava vez.

Mierda.

Las 18:50h pasadas y mi hermana, que no llega.

Me dejo llevar por unos niños jugando a la pelota, bajo la mirada atenta de alguna madre o nana.

Pensando en lo colgada que Siniestra es, frunciendo mi nariz por su impuntualidad.

Y suspiro porque voy a extrañar a mis muchachos con nuestros paseos y adiós a mis almuerzos tardíos por estudiar arduamente, en la biblioteca pública.

Estiro lo más que puedo mi falda escocesa, a pesar de que llevo pantys gruesas y el otoño ya se despidió, pero el aire del ocaso sigue siendo fresco sin olvidar que soy algo gallina al aire nocturno.

Vuelvo a chequear la hora en mi celular cuando una voz familiar, me llama

por mi nombre.

- ¡Van! - Karla con una amplia sonrisa levanta su mano para notarla entre el tráfico y los transeúntes, esperando para cruzar la calle concurrida de automóviles.

Miro ofuscada a Siniestra, pero notando sus morritos de disculpa por su demora desde el otro lado de la calle, me hace reír y negar con la cabeza.

Es su sello registrado cuando tenemos citas de hermanas, sus llegadas tardes.

Pero quién soy yo para juzgarla, si mutuamente una es todo para la otra y desde pequeñas siempre juntas.

Papá nos enseñó así, aprender a protegernos y ser unidas.

Aunque admito, que Siniestra sobrepasa a veces sus límites y mis espacios personales.

Suelto una risita recordando yendo a mis reuniones escolares, cubriendo a nuestro padre por el trabajo en más de una oportunidad. Sentada con sus dos trenzas de lados, braquets y discutiendo con mi profesor por algún tema adyacente estudiantil y como cualquier adulto mayor.

Llega jadeando a mi encuentro empujándome con cariño con sus caderas, para que le haga lugar y poder sentarse.

Pongo mis ojos en blanco en forma exagerada, pero me reacomodo.

Karla desabotona el primer botón de su exquisita gabardina entallada en color ciruela, dejando entrever una camisa de seda natural por debajo. Corre un mechón de su pelo castaño detrás de su oreja, regalándome una hermosa sonrisa con mirada maternal.

- Te voy a regalar un reloj, lo juro Siniestra. - Bromeo, arrugando mi nariz.

Bufa exageradamente y luego ríe tocando la punta de mi nariz pecosa con su dedo, con gesto cariñoso.

- Tuve problemas de último momento, con dos pedidos en la pastelería. - Me mira suplicante. - Sin contar, que en la cafetería se llenó de golpe de clientela. Sin Roger controlando adelante y yo con mis maestros pasteleros detrás, todo se volvió caótico y tuve que poner todo, bajo control... - Me alza una ceja de autosuficiencia.

Karla es repostera chef y “*Sugar Creams*” es su negocio de repostería y creció en fama y popularidad, a lo largo de los años.

Nunca dan abasto con sus pedidos y ella controla todo, desde sus maestros reposteros hasta los pedidos.

Le gusta estar a la vanguardia de lo último en sabores, decoración y diseño

con un equipo repostero detrás suyo.

Y por eso siempre viaja a congresos de subidón de glucosa como les digo yo a los de repostería, para mantenerse actualizada.

Y súmenle a esto último, la ampliación del local con un resto café que fue un total éxito temáticamente decorado y a cargo de Roger.

- ¿Y bien? ¿Pensaste en lo que te ofrecimos con Roger, Van? - Me dice luego ponernos al día, sobre sus preparativos de mudanza.

- Karla... - La miro con dulce resignación, pero determinante. - ...sé que te preocupó y siempre lo voy hacer. Eres mi hermana mayor y aunque tu sentimiento protector hacia mí a veces no mantiene, todos tus patitos en línea...

- Sonríe golpeando mi hombro con el suyo, por mi chiste de su locura. - ...nunca prometí seguirte, cariño. Mi vida está aquí y la tuya con tu familia en el pueblo que tanto soñaste para una mejor calidad de vida, para mis sobrinos y no en la capital...y conseguí el gran trabajo de mis sueños gracias a mis esfuerzos personales, calificaciones, estudios y por ese concurso...

Suspira, profundo.

- ¿Tu vida está aquí, no es verdad? - Resopla apoyando sus codos en sus rodillas y perdiendo su mirada, entre la gente que va y viene en el parque.

Sonríe por unos segundos meneando la cabeza y tratando, de convencerse ella misma.

- Mierda, nena ¿Cuándo, creciste tanto? ¿Que yo aún te veo con tu par de trenzas en los lados, rechonchita y corriendo hacia mi en el patio trasero del colegio llorando, porque un niño más grande que tú de cuarto grado, te empujó y te hizo caer en el lodo?

Río, de buena gana.

- Creo que esa misma tarde, en nuestra habitación mientras me enseñabas en como patear sus pelotas, para defenderme de algún futuro oponente.

- Que bellos, recuerdos... - Exclama nostálgica y apoyando toda su espalda en el respaldo de la banca. - ...las mejores ocho amonestaciones y semana de suspensión, que tuvimos grupal...

- ...helado de crema y televisión por siete días, consecutivos. - Continúo.

Nos buscamos con la mirada y rompemos en una risa.

- Pobre jodido, Max... - Karla recita el nombre de mi agresor y luego víctima de las dos, al día siguiente en los pasillos del colegio.

Luego de patearle su trasero y Karla atarle por atrás sus manos con unas de nuestras coletas infantiles lo embardunamos con dos botellas de jarabe de chocolate y otro de caramelo por todo su cuerpo y con la última misión, en la

que mi hermana se tomó la molestia en la noche anterior, de robar prolijamente a cada una de nuestras almohadas sus plumas.

Cubriéndole por todo su cuerpo, más las salsas viscosas con facilidad.

Y utilizando su más bonita caligrafía en cartelitos de cartulinas de colores, con la leyenda.

“Soy una gallina, porque a la mujer se la respeta.”

Juraría que, en ese momento justiciero e infante, mi hermana descubrió su vocación por la decoración y la repostería por la forma decorativa y precisa, que puso cada cartel multicolor por todo su cuerpo.

Nuestro padre luego de escuchar al director, con su mirada enfocada en nosotras y sin pestañear durante los cuarenta minutos más eternos de nuestras vidas, sentadas en un extremo de la oficina de la dirección.

Pidió las disculpas pertinentes, recogiendo nuestras suspensiones sobre el escritorio del director.

Levantó con la otra nuestras mochilas y en silencio los tres, nos encaminamos a su camioneta Ranger tomando asiento ambas, en la cabina de atrás.

Encendió el motor haciéndolo rugir levemente y por el espejo retrovisor, nos miró largamente.

Con Karla entrelazamos nuestras manos en silencio, esperando la reprimenda y el castigo.

- ¿Vangelis, tu pegaste en la nariz a ese muchachito? - Su tono grave hizo enderezarme, sobre mi asiento.

- Si, papá...

Rumeó algo.

- ¿Y lo hiciste, sangrar?

Miré a mi hermana mayor quien me dio un suave apretón con su mano sobre la mía, reafirmando su apoyo incondicional.

- Si, papá.

Sus ojos del mismo color azul zafiro que el de mi hermana, se clavaron luego en ella.

- ¿Tú le enseñaste Karli como golpear a tu hermanita, para que se defienda?

Un rubor invadió su bonito rostro, pero no bajó su mentón.

- Si, papá.

Y un fuerte y largo suspiro masculino llenó, todo el interior de la cabina de la camioneta.

- Joder con ustedes, pequeñas... - Arrugas se dibujaron en las comisuras de sus ojos, porque estaba sonriendo. - ...bien hecho, estoy orgulloso de ustedes nenas... - Se da vuelta por sobre su asiento para mirarnos fijamente y para que capturemos toda su atención, en los que nos va a decir.

Apoyó su brazo por sobre su respaldo ciñéndose por sus músculos su camisa a cuadrados roja y gris.

Porque nuestro padre, Nicolás Coppola.

Era un tipo tan grande y fornido como Roger, gracias a los años de cargar y descargar materiales de construcción y maquinarias, que vendía en su ferretería.

Tal vez unos centímetros menos que su yerno, pero de igual fisonomía.

- A una mujer no se la toca, ni con el pétalo de una rosa. Nunca olviden eso. - Murmuró. - ¿De acuerdo pequeñas?

Ambas respondimos bajando y subiendo la cabeza, al mismo tiempo.

Santa mierda.

Lo recuerdo, como si fuera hoy.

Una frase que la llevo tan presente, todos los días de mi vida.

Y sé, que Karla también.

Sonrió y sin más, volvió a mirar al frente para que volvamos a casa.

Aunque disfrutamos de unas mini vacaciones, nos dio tareas extra domésticas y la limpieza general de la ferretería y su depósito.

No lo sentimos al castigo en realidad, ya que amábamos pasar más tiempo con nuestro padre y compartir más horas con él.

Era un hombre reservado, más bien el de pocas palabras, pero nos queríamos los tres incondicionalmente.

Siempre nos decía que era bueno aprender a escuchar y que era preferible permanecer callado y no parecer un idiota, que hablar mucho y confirmarlo.

Luego de disfrutar nuestra cena con Karla, cordero asado con ensalada verde en nuestro bodegón preferido y escuchando de fondo música de los '80.

Charlamos de frivolidades, moda y lo que la tiene maravillada.

Su mudanza, en los próximos días.

Salir de la caótica ciudad metropolitana y vivir bajo la acogedora tranquilidad, de nuestro pueblo.

Una ciudad de población pequeña para criar a tus hijos y envejecer bajo una casa bonita de tejas españolas, de cercas blancas y rodeadas de árboles frutales con un gran patio trasero y mucho verde.

Me cuenta de su próximo viaje a Argentina, quiere experimentar

culinariamente sus delicias litorales y pampeanas, el sabor inconfundible del dulce de leche criollo y exportarlo para agregarlo a sus dulces gourmet y delicatessen.

Su asombro nunca me cansa, siempre con ganas de más.

Sus ademanes para hablar expresan sus emociones, sus ojos azules brillan intensamente con cada palabra que la conmueve sentimental o profesionalmente.

Estoy muy orgullosa de ella.

Empezó a la par con Roger, teniendo apenas diecisiete años cuando juntos comenzaron a vender frascos de mermelada casera y tartas frutales por la vecindad, tocando cada puerta y visitando cada local del pueblo.

Quisiera tener la cuarta parte de su mirada crítica para las cosas, porque siempre tan detallista, apasionada y puntillosa.

Como su valentía para enfrentar todo y su respeto, hacia los demás.

Yo soy bastante diferente y aunque no soy introvertida, soy algo tímida.

A veces paso por antipática ante un círculo de personas nuevas porque siento que, al serlo eres el centro de atención.

Y odio con O mayúscula que algo se pose sobre mí, con determinación.

Me pongo nerviosa y comienzo hacer estupideces y ni hablar, que empiezo a sudar como un marrano.

Me gusta la vida social, pero la que está cerca mío y me rodea; la de mi gente.

Lejos estoy del carisma de mi hermana, definitivamente no tengo la gracia física o interior de ella.

Aunque ambas tenemos el mismo color castaño de pelo y cierto aire, en rasgos hereditarios.

Karla posee unos ojos color azul zafiro como papá, gracias a la genética hereditaria de algún pariente milenario vikingo, porque son únicos.

Mentón y corte de rostro anguloso y perfecto, boca carnosa y diente blancos y alineados gracias a los braquets de niña, que muestran siempre una sonrisa atrevida.

Su pelo siempre cae, perfecto sobre sus hombros y bien arreglado.

Toda ella es armonía y belleza.

Mi piel es más blanca, que el de ella.

Estilo más pálido, tirando a transparente diría Karla y aunque nuestros ojos son parecidos, no tuve la suerte de la bendición de ese pariente nórdico y solo recibí, unos intensos ojos color café como mi madre.

Recubierta por una capa de pecas sobre el puente de mi nariz y en gran parte de mi cuerpo.

Y aclaro, que cuando digo en la mayoría de mi cuerpo.

Es porque es todo, malditamente casi mi cuerpo.

- Deberías soltarte más el pelo, chiquita. - Desaprueba Siniestra, sacándome de mis pensamientos.

¿Eh?

Y carajo.

Acá vamos, de vuelta.

Toco mi recogido desaliñado de mi pelo sobre mi cabeza que bauticé con el nombre, de mi "*llego tarde*" y lo sostengo con lo que tenga a mano, llámese broche de pelo, bolígrafo, marcador o hasta con una cuchara.

Sip, lo que leyeron.

- ¿Qué? ¿Está mal? - Finjo espanto y Karla, ríe.

- No es eso, eres hermosa. - Me responde cruzando sus brazos por sobre la mesa, ladeando su cabeza haciéndola ver muy sexi. - Pero tienes un pelo muy bonito y largo para ocultarlo en ese... - Señala en el aire con unos de sus dedos, tratando de encontrar alguna palabra correcta. - ¡Dios! ¿Cómo llamas a ese peinado extraño, que te haces?

Ambas reímos con ganas.

- Mi "*llego tarde.*" - Respondo, guiñando un ojo divertida.

Rueda sus ojos cuando nos interrumpe el camarero con nuestros cafés de sobremesa, lo cual agradezco por el sermón snob y estilista, de mi hermana por venir.

- ¿Cómo vas preparándote para mañana y ese comienzo de trabajo nuevo, cariño? - Me pregunta, removiendo su taza de café con aire de nada.

No quiere darle importancia, para no sumar más a mis nervios.

Pero sé que en el fondo la preocupa, como a mí.

Me recibí el invierno pasado y un par de meses después, llamaron a concurso de una de las empresas Multinacional que lidera en el primer puesto en la industria del acero y en el octavo lugar en el general, según el ranking *Mercantil Commers*.

La metalúrgica *TINERCA*, una de las T8P.

Es el trabajo, de mis sueños.

Mi decano en la universidad me entregó una solicitud, alentándome a llenarla y enviarla.

Me incentivó diciendo que yo aprobaría el examen psicológico y laboral,

porque era muy buena en mi rubro administrativo y diseño publicitario, teniendo un promedio sobresaliente de 99, 92% y manteniéndolo en los cinco años de mi carrera.

Luego de estudiar afanosamente todos los apuntes que ellos te demandan y envían.

Dos libros de 230 páginas, cada uno.

Me presenté un mes atrás, a rendir.

Diez días después, recibí la notificación por correo privado en sobre de papel madera satinado y lacrado en rojo escarlata con el sello de las T8P.

No se andan con chiquitas, como verán.

Felicitándome por ganar el puesto entre un poco más de cuatro mil postulantes y dándome la bienvenida, a la familia T8P.

Una familia constituida por casi cuarenta mil efectivos, esparcidos en diferentes continentes.

The 8 Power.

O sea.

Las T8P y que tiene una sola persona, como dueño absoluto y fundador.

Si, una sola persona.

No es una sociedad limitada, ni tampoco responde ante un concejo de socios accionistas.

The 8 Power son ocho metalúrgicas distribuidas estratégicamente sobre el planeta y de ahí deriva, su número.

EE.UU, Francia, Inglaterra, Alemania, Japón, Indonesia, España y Argentina.

Son las 8 fuerzas, que lideran un todo.

El acero.

El oro oscuro, según la jerga en el ambiente metalúrgico.

Dirigido y manejado bajo las manos de su dueño absoluto, Herónimo Vincent Mon.

Catalogado por la revista Time y Forbes por tres años consecutivos, como una de las personas más influyentes y el empresario *Jodidamente.Más.Sexi.Del.Año.*

Y lo que tiene de sexi y caliente, lo tiene de déspota y dominante.

Es un hombre autoritario y todo lo maneja bajo un estricto control riguroso, con carácter fuerte e inestable.

Tiene fama de agreste, un alter ego prepotente y mujeriego.

Mucho.

Cuando heredó la metalúrgica de su padre ya fallecido con la corta edad de los diecisiete años, solo era *TINERCA*.

Con la ayuda de gente de su confianza, el apoyo de su madre y con esa corta edad, construyó a medida que pasó el tiempo; las T8P.

Convirtiéndose más de una década después, en uno de los hombres más rico del mundo.

Y de ahí su título y coronación.

El jefe de los jefes.

Y el señor oscuro, por el acero y su carácter.

Es la fruta prohibida de los paparazzis, cual pelean por conseguir alguna exclusiva de él.

No se sabe mucho, de su vida privada.

Es casi imposible robarle una foto en alguna fiesta o gala, porque su equipo de seguridad y vigilancia, pisa los talones a la de un presidente.

Sin contar el miedo que ejerce su autoridad, apellido y persona.

Su poder es tan grande que obligó a Google, a bloquear imágenes de él.

Salvo la información básica de Wikipedia pero sin foto, obvio.

Las revistas que lograron alguna entrevista, lo hicieron bajo su estricta supervisión son contadas con los dedos de la mano y las que aprobó una foto en cuestión como publicarla.

Lo sé porque a lo largo de mis cinco años de carrera, Herónimo Mon fue un gran referente a seguir.

Nuestros profesores en su mayoría con otros, lo ponían como ejemplo en algunos de nuestros trabajos prácticos de las materias.

Nos hacían comparar y estudiar su logística Mercantil, su mente comercial, su dirigencia dominante a nivel mundial y obviamente, todo con respecto al desarrollo socio económico de las T8P.

Solo pude ver una sola foto de él y sacada de una revista de economía, hace un par de años atrás.

No pude hacerlo en detalle, porque mis compañeras de la universidad se la pasaban de mano en mano babeándose por dicho hombre y haciendo aire entre risitas lascivas e hiperventilándose teatralmente.

Terminé blanqueando mis ojos y volviendo a mi tarea sobre mi pupitre, de Gestión Económica en Publicidad.

Solo pude ver un hombre de smoking negro y pajarita.

Muy alto sobre una alfombra roja y abrazado de una mujer de cuerpo despampanante y rostro hermoso, de cabellos rubios y un vestido rojo de

diseñador, muy al estilo Jessica Rabbit.

Ella sonreía, pero él no.

Es del tipo musculoso me parece y lo que pude captar fugazmente, que su rostro era bastante atractivo.

Creo.

- Cariño, no te preocupes. - Su mano sobre la mía, me trae de vuelta de mis reflexiones.

Sonrío, chupando mi cuchara de café.

- Lo siento, Siniestra.

- Deja de preocuparte, Van. Lo harás, genial. A partir de mañana comienza tu historia nena. Tu “*Erase una vez*” dando la bienvenida no muy de acuerdo aún, a tu vida de adulta y sin mi supervisión..

Sonrío, por su dicho.

Pero sin saber por que, siento a medio digerir algo en mi garganta.

Raro.

A la mañana siguiente, mi despertador suena a las 6:15 AM.

Me despierto sobresaltada y feliz.

Es lunes.

Mi primer día de trabajo como un activo, de *TINERCA*.

Me levanto de un salto sonriendo y me dirijo a la cocina en bragas y camiseta, para encender mi cafetera.

Mi departamento no es grande pero los dos ambientes que tiene, son muy espaciosos.

Se compone de mi habitación con baño en suite y una gran cocina comedor en los tonos amarillos melocotón y mobiliario en madera algarroba.

Compuesto por una mesa redonda en madera a juego con cuatro sillas, decoración y en un rincón, mi sillón de dos cuerpos en color durazno ubicado en la única ventana con vista al frente desde mi séptimo piso.

Haciendo juego con las cortinas y un gran almohadón *puff*, del mismo tono.

Me encamino al baño para abrir la ducha, mientras aprieto *play* en mi reproductor de música.

Esta suena dando pasitos de baile, mientras me desnudo para ducharme.

Después de veinticinco minutos, me dirijo a la parada del bus.

Es una mejor opción en cuanto a comodidad y ahorro, que manejar mi Mini Cooper modelo ‘75.

Mi Chachita.

Me doy un vistazo en una vidriera, por el atuendo laboral que elegí.

Melissa Greidy la asistente a cargo de nuestras evaluaciones de ingreso, me asesoró diciendo que la vestimenta debía ser casual, pero femenina y siempre tacones alto.

Aliso frente a la vitrina de vidrio mi saco entallado en gamuza color azul marino.

Que marca y acentúa, donde corresponde.

Y sin gritar, fóllenme que estoy regalada.

Sus botones de un rojo pálido hacen juego con mi blusa cuello bote del mismo color que mis zapatos haciendo juego.

Abajo opté por mis mejores jeans en azul oscuro, talle bajo y ajustado.

Una cartera tipo morral en cuero natural y colorado terminan, mi combinación.

Solo llevo algo de rímel y brillo labial en tono cereza, ya que no soy buena con el maquillaje.

Lo mío más bien es lo natural.

Ya bastante con mis pecas en mi rostro.

Mi pelo, hoy suelto hasta mi cintura.

Tomándome la tranquilidad que nunca poseo, de alisarlo con mi flequillo y no sucumbir en la tentación de hacerme, mi adorado “llego tarde” con un bolígrafo que se encontraba, sobre la mesa de mi comedor.

El viaje llega a su fin luego de treinta minutos dejándome en una parada y a seis cuadras del Holding de *TINERCA*, lo cual me hace sentir agradecida por mis tacos de diez centímetros de altura.

La zona que lo rodea, es totalmente industrial y urbana.

De buen gusto, en diseño y construcción.

Los edificios y comercios son cuidadosamente mantenidos, serpenteando en los tonos gris, bermellón y blancos.

Los locales son directos a la necesidad de un empresario, como gente que vive y trabaja en ello.

La avenida su arteria principal, es muy iluminada en sus postes de acero esmerilado con grandes canteros a su largo y llenos de flores en la gama de los rojos.

Me sorprende al visualizar un par de hoteles en la categoría de las cuatro estrellas, restaurantes de buen nivel ejecutivo y locales de ropa de exclusivas marcas.

Toda una logística comercial muy estudiada, pensé para mis adentros.

Espero la señal en verde del semáforo, para cruzar la avenida de cuatro

carriles.

Mi horario de trabajo, es a las 8:30h.

Chequeo y faltan unos buenos cuarenta y cinco minutos, para marcar mi tarjeta de entrada.

La imagen de una cafetería famosa no muy lejos de aquí, viene a mi mente cuando pasé con mi coche después de mi examen de ingreso, a unas pocas manzanas del Holding.

Un tamaño extra de late espumoso con lluvia de chocolate amargo, haría sentirme bien ante este fresco mañanero.

Un hombre de overol azul con el bordado en su pechera en rojo de *TINERCA*, me señala la ubicación de la cafetería.

El 80% de la urbanización de aquí, debe trabajar para el jefe de los jefes.

Le doy las gracias mientras busco mi IPOD de mi cartera con mis auriculares y poder escuchar algo de música, mientras camino hacia donde me señaló.

Gracias a Dios, es solo un par de cuadras.

Y por eso, camino con rapidez, para entrar en calor.

Algunas de las veredas están hechas de adoquines, lo que me dificulta el caminar como una mujer decente con mis zapatos altos.

Mierda.

Me detengo a unos metros del gran frente de la cafetería, ya sintiendo levemente el rico aroma a café de máquina y que proviene de adentro.

¿Cómo hacen las mujeres para someterse a este castigo de tacos agujas, por ocho horas diarias?

Y mierda, otra vez.

Porque me duele el dedito chico, de un pie.

Me inclino levantando el pie de mi dedo dolorido provocando que la persona que camina detrás mío, choque con mi espalda por mi repentina detención llevándome prácticamente por delante.

Gracias a Dios el hombre reacciona rápido y me sostiene con ambos brazos por mi cintura, para no caer frente al piso y golpearme.

Nos sonreímos mutuamente y me disculpo por mi negligencia avergonzada, mientras me dirijo a la entrada de la cafetería, empujando las grandes puertas de madera.

Se toca el casco amarillo de su cabeza a modo saludo, siguiendo su camino.

Está vestido de camisa y pantalón.

Otro compañero de trabajo.

Me coloco nuevamente los auriculares, mientras hago la fila para ser atendida y ladeo a un costado mi cuerpo para ver la cantidad de gente esperando su turno.

Nueve, antes que yo.

Mientras busco en mi lista de reproducción algún tema que me ponga punchi para arriba, pero indecisa lo pongo a modo aleatorio y Lady Gaga suena en mis oídos.

Perfecto.

Me muevo levemente al ritmo pegadizo, de la canción tarareando bajito.

Y reacomodo mi pelo suelto que se enredó con mis auriculares y la tira de mi bandolera, que cruza mi pecho.

Diablos.

Hago un movimiento intentando acomodar el desastre, dando un pequeño codazo a la persona que está detrás mío en la fila.

Dulce Jesús.

Cierro mis ojos.

¿Algo más, va pasarme hoy?

Me doy vuelta.

- Lo siento, mucho. - Me disculpo ante la señora que espera detrás, sacándome los auriculares y haciendo un enredo peor sobre mi pelo.

- Querida no te preocupes, fue un leve toque. - Me sonrío.

Le devuelvo la sonrisa, pero siento un calor que me invade y llena todo mi cuerpo.

Mis mejillas arden y sé por eso, estoy de un rojo tomate.

Cálmate Vangelis, ya te disculpaste y la señora fue muy gentil, me digo.

Y me giro de nuevo, con mi vista al frente y sin saber por qué, sigo sintiendo algo raro.

Como incómodo, con ese rubor interno que me quema.

Jodido Dios.

Me hago aire.

¿La calefacción, estará encendida?

Con disimulo me hiperventilo en la zona del cuello de mi blusa, agradeciendo que opté por una con base de cuello amplio.

Mojo mi labio inferior, porque lo siento seco.

La fila se movió dos pasos, falta menos.

Jadeo.

Pura Mierda.

Esto no es, calor de la calefacción.

Es la sensación que me observan, lo reconozco.

En solo pensarlo, siento los bellos de mi nuca erizarse.

Porque lo odio.

Detesto, sentirme observada.

Y un escalofrío se adueña de todo mi cuerpo y me hace estremecer en solo sentir, la energía de esos ojos que se depositan en mi nuca.

Con disimulo miro por sobre mis hombros para tratar de localizar al hijo de perra que lo hace, pero hay mucha gente y no puedo distinguirlo.

Todos son operarios, activos u empleados de *TINERCA*.

Lo sé porque en su mayoría, llevan sobre sus camisas u overoles la credencial, en sus pecheras o por sobre sus corbatas, con el logo de las T8P.

Exhalo fuertemente, cerrando mis ojos.

Por favor deja de hacerlo, por favor deja de hacerlo, ruego para mis adentros.

La señora detrás mío toca levemente mi hombro, para señalarme que es mi turno en la fila.

Me sobresalto, por su contacto.

- Un extra late, espumoso... - Le digo al muchacho, que toma mi pedido.

Le pago tratando de tomar fuerza para buscar, la dirección a los ojos que me observan.

Pero soy tan cobarde de hacerlo, porque inexplicablemente algo en mi interior me advierte, lo contrario.

Esto no es normal, es extraño y diferente.

Porque esto que llamo extraño y raro, es una sensación nueva para mí.

Ella me envuelve de una forma perturbable y llámenme loca, pero sin haberlo sentido antes.

Mi cuerpo lo recibe y se ensambla a él, provocando espasmos en cada célula de mi piel.

- ¡Señorita!

Me giro con la mente turbia por la voz del muchacho que atiende, cual con una sonrisa confusa por mi aturdimiento, me mira con un marcador en mano y el vaso.

Si chico, parezco una loca y te doy la razón en este momento.

- ¿Nombre? - Me pregunta.

- Van... Vangelis... - Tartamudeo y me golpeo la frente con la palma de mi

mano, para que mi cerebro reaccione.

El chico vuelve a mirarme raro y ladeando su cabeza divertido hacia un lado, por mi acción.

Luego se sonríe, escribiendo mi nombre.

- Se lo haré, con extra café negro.

Y yo, suelto una risita.

Sip.

Además de loca, piensa que estoy dormida.

Le sonrío agradecida.

Sigue la corriente del río Vangelis.

Cuando entrega mi pedido me dirijo al rincón contrario, por el azúcar y el chocolate amargo.

Destapando mi vaso, esa sensación viene a mi nuevamente.

Dios mío.

Me encojo de hombros, como si eso impediría que ese calor entre en mí.

Mi mano tiembla, cuando abro el sobre de azúcar.

Y descarto polvorear con el chocolate amargo por mis nervios, ya que tengo miedo que caiga el envase y es de vidrio.

Tengo que salir rápido de aquí y escapar, de él.

Huye nena...

¿Qué fue, eso?

Sacudo mi cabeza.

No puedo permanecer en este lugar, tengo que llegar a la puerta de salida.

No voy a mirar, no voy a mirar.

Me repito mentalmente esquivando la gente en el salón, que salen e ingresan a pasos lentos.

Este lugar, se llenó de golpe.

La hora de entrada de muchos, es en veinte minutos.

Bajo mi cabeza tímida y con cada paso que doy mi mantra interno me dice, que cada vez falta menos para salir.

Escapar.

Mierda.

¿Desde cuándo unos simples metros, se convirtieron en kilómetros?

Esa energía, me consume y me debilita.

Se adueña, de mí.

Hay algo involuntario que me hace querer, mirar a una dirección.

Emanando una orden, que proviene de allí.

Pero yo no debo.

Ya que sé, que voy a encontrarme con esos ojos.

Llegando casi a los dos únicos escalones que me separan de la puerta de salida, esa sensación se intensifica y colma mi pecho, provocando involuntariamente que me autotraicione girando mi rostro y lo busque.

Y nuestros ojos, se encuentran.

Joder.

Mis piernas amenazan con volverse gelatina y desfallecer, por esa intensidad.

Y palidezco.

Porque no sé, que pasa.

Como tampoco quiero saberlo, ya que es perturbador.

Sus ojos me atrapan, en su profundidad oscura y penetrante.

Demandan.

Dan órdenes.

Arrodíllate y chupa.

Jesús.

Apiádate, de mí.

Todo pasa en segundos, aunque yo juraría que dura minutos.

Tal vez, horas.

Su mirada es lo más raro, seductor y atractivo, que vi en mi vida.

Son como un abismo, que te atrapan en ellos.

¿Existe el color oscuridad, en los ojos?

Me miran fijamente.

Glacialmente.

Hasta creo que me analizan cuando sus ojos se resbalan por mi cintura, caderas y luego a mi cuerpo completo, deteniéndose en mi vaso de café.

Ahí sus ojos se estrechan, volviendo a depositarlos en lo míos con más fuerza.

Implacables.

Percibo una mínima sonrisa de lado, en sus labios.

Ínfima.

Y que nunca, abandona su rostro.

Mientras que mi sangre, abandonó el mío.

Está a dos mesas de distancia mía, contra los grandes ventanales del frente y sentado con dos hombres más de trajes, frente suyo.

Intercambia frases cortas y no les sonrío, pese a la charla animosa de sus

otros dos interlocutores.

Nunca, deja de mirarme.

Su postura denota elegancia, pero con sutil gracia.

Está sentado en la silla con un brazo apoyado en el respaldo y esa mano descansando en su barbilla y la otra sobre la mesa dando pequeños golpecitos con su índice, a su taza de café vacía.

Tiene cruzadas sus piernas, vistiendo un traje de tres piezas de corte diseñador en color gris tiza.

Dejando entrever un cuerpo monumental y finamente esculpido, por anchos hombros, pecho y brazos tonificados que, pese al saco de vestir puesto, se marca cada músculo con sus leves movimientos.

Lo miro con disimulo, mientras dejo pasar a unos obreros.

Jodido. Y Dulce. Jesús.

Corte de rostro, marcado.

Nariz recta y perfecta.

Media sonrisa devastadora.

Pelo castaño con ondas rebelde, pese a querer mantenerlo prolijamente peinado.

Mis ojos caen a sus labios, sintiendo una bofetada de calor en mis mejillas. Porque son llenos, cincelados y endemoniadamente comestibles.

Cuando la última persona en ingresar me deja paso para salir, yo lo miro por última vez.

Aún no aparta, su mirada de mí.

Su desfachatez me trastorna, llegando a puntos muy profundos de mi interior.

Un jadeo se escapa, porque todo de él me llena.

Endiabladamente hermoso, como molesto este hombre.

Abro la puerta para salir y noto que sus labios se separan, con una exhalación de aire.

Creo...



CAPITULO 3

Herónimo

- ...con los comicios ganados después del *vallotage* electivo de Argentina, se especula que serán abiertas de nuevo la autorización al ingreso a las nuevas exportaciones, en principio del año que viene...

Le doy el último sorbo, a mi café ya frío.

Carajo, que asco.

Millers mi abogado habla de las elecciones presidenciales de Argentina, de los comicios del mes pasado. Interactúa conmigo y con mi subgerente a cargo, Manuel Vargas de mi T8P que vino del país austral, hace dos días. Para mantenerme supuestamente al tanto de las repercusiones económicas y el informe detallado de mi metalúrgica y sede de allí.

Tuve que cancelar mi viaje siendo yo el que me gusta hacerlo, porque Marleane se descompensó tras su viaje a África y no tuve el valor de dejarla sola, aunque me aseguró que ya se encontraba bien.

Ni una mierda.

Ya le dije a Marcia mi secretaria, que pida un turno con mi doctor de cabecera.

Chequeo urgente para mi madre y no voy a aceptar, un no como respuesta.

Y cuando digo supuestamente al tanto.

Joder.

Es porque solo escucho parte de la conversación, que ellos dan.

Mi cabeza desde ayer, no está en su lugar.

Solo viene a mis sentidos el aroma a sal marina, arena mojada y el recuerdo de ese vestido obscenamente horrible con estampa de flores; de la chica de la playa.

A eso, súmenle mi temperamento que, está más irritable que nunca y estoy más cabreado que de costumbre.

Culpo a la puta fecha.

La puta y jodida fecha, que cumplió un año más ayer.

Y lo terrorífico o gracioso.

Llámenlo como mejor les parezca, también fue el día de la playa.

Una hora con cincuenta y siete minutos para ser exactos de tranquilidad y paz que tuve como tanto necesitaba, mi alma oscura.

- ...si, tienes razón, es importante garantizar la seguridad así que no tengo duda de que va a seguir siendo un tema polémico pero positivo, en un futuro inmediato. - Escucho a Vargas, decir.

¿De qué carajo, están hablando?

¿De mi nuevo software de seguridad, implementado en las máquinas?

Concéntrate, Mon.

¿Qué mierda, pasa contigo?

Siento que Millers dice algo elogiando el tango argentino, mientras dirijo mi vista a la calle.

Van hacer las 8:00h de la mañana.

Desde que llegó Manuel al país, no pude encontrar un hueco entre reuniones agendadas, por mis entrenamientos y mi madre.

Pero esta cita temprano, tampoco ayuda.

Cinco minutos más y me largo.

Nota mental.

No más reuniones a las 7:00h, hasta nuevo aviso.

Le diré a Manuel que pase por mi oficina del Holding a las 15h hoy, para que veamos a fondo y en detalle las carpetas amarillas T8P Argentina.

La risa complaciente de Vargas, suena con ganas.

Esta zona en su mayoría, el 88% para ser exactos trabaja para mí en el predio de *TINERCA*, constituida por casi veinte manzanas.

Gente sea en el Holding o en la metalúrgica en si o en los comercios de la arteria principal, ya que el sector comercial y de confort; me pertenecen.

Hace siete años atrás, invertí comprando más del 70% inmobiliario y fue una gran ganancia millonaria a posteriori.

Un puto genio, en realidad.

Monedas sacadas de mi bolsillo para la compra de edificios deteriorados, casas en remate y comercios en rojo con deuda hasta el cuello.

Manotear al ahogado como quien dice, para invertir en lo que vale realmente.

El terreno.

Y lo hice.

En edificios y locaciones con edificación en arquitectura, de primera calidad.

Después planificar y acordar, a convenir.

Obvio.

Bajo mis términos y condiciones.

Alquiler o porcentaje mayor, de las acciones.

Siempre, el jefe de los jefes.

¿Se entiende?

Bien.

- ¿Más café, caballeros? - Saco mi vista de la calle para detenerla, en la sensual empleada de la cafetería, que lleva una jarra térmica con café negro entre sus manos.

Esta cadena reconocida por su marca y logo de café, no tiene camareros.

Pero el dueño de la concesión ordenó uno para mí, cuando descubrió quien era yo y que le alquilaba el inmueble y lo iba a frecuentar.

Realmente no me importa hacer fila por un poco de café, pero si te quieren atender bien y en taza de porcelana.

¿Por qué no?

Millers y Vargas por instinto, levantan sus tazas enfrascados en su conversación y los papeleos.

Luego se encorva más hacia mi lado, invadiendo mi espacio personal.

Y aunque no tiene nada escotado bajo la remera y el delantal del uniforme, se ve unos abultados pechos gracias a *push up* de sujetador, que lleva puesto.

¿Les dije que era un buen catador, de ellas?

Yo amo un buen par de tetas.

- ¿Le gustaría un poco más a usted, señor? - Bate sus pestañas con rímel y mordiendo sutilmente, su labio inferior.

Y yo me pellizco el puente de mi nariz, con disimulo.

Siento que se me acerca, un aneurisma.

Oh, cariño.

¿En serio?

Repaso mi mirada, en ella.

- Por favor... - Respondo suave y acariciando, las palabras.

¿Jugar?

Un poco.

Condénenme.

Cinco minutos de cronómetro y escribirá bajo la cuenta su número personal para mí, cuando me lo entregué.

Predecible.

Vuelve a morder sus labios, pero esta vez es más elocuente y con cierto rubor en sus mejillas.

Cariño, eso a esta edad ya no me excita.

En otra época ese movimiento tuyo hubiera causado que te dedicara una, en mis noches solitarias de pubertad y en mi cuarto.

Vuelvo mi vista a la calle invitándola a que se retire, con mi indiferencia.

No me interesas dulce.

Una noche de sexo conmigo no cumplirías con mis expectativas sexuales, ni siquiera con el misionero.

Ni hablar, de un polvo castigo.

Escucho sus pasos marchándose y por la forma en que pisa, está ofendida por mi falta de atención.

Ruedo mis ojos.

Como si, me importara.

Por suerte Vargas y Millers no lo notaron y siguen enfrascados mostrando uno al otro, el nuevo contrato con cláusulas, para el manejo de terciarizaciones móviles, de carga pesada de larga distancia en ruta.

Miro mi reloj pulsera con desgano.

En dos, me largo.

Respondo con un gruñido a Millers.

No sé, a qué.

Lo importante es que lo que dicen esos documentos que leen y que lo entiendan a la perfección ellos y se cumpla.

Es mi voluntad y yo ya sé, lo que explaya.

Estoy a punto de ponerme de pie, cuando algo llama mi atención.

Y que me parta, un rayo.

Mi corazón golpea.

¿Será?

Me reacomodo sobre mi silla, para poder ver mejor.

Jodido Dios.

NO.PUEDE.SER.

Tengo a la chica de la playa, a unos metros mío.

Afuera.

Y viniendo en mi dirección, sobre la acera.

¿Por qué, camina así?

Caramba.

Esos zapatos.

Doble caramba.

Estiletos y rojos.

Me encuentro con mi media sonrisa de lado dibujada en mis labios y lo que más me sorprende, que es sincera.

No es la de satisfacción de una firma, por un buen negocio o cogida complaciente.

¿Cómo alguien que hace 24h atrás, se veía desastrosamente mal vestida?

Ok.

Mal vestida y despeinada.

Ahora.

Pero sacando ese andar poco favorecedor, por más tacos altos que traiga.

¿Se ve, tan caliente?

Y jódanme.

Su cuerpo es hermoso.

El aire se clava a mitad de mi garganta, costando que respire bien.

Al acomodar sus auriculares y levantar su vista hacia el frente.

Mi dirección.

Pura Mierda.

Su rostro es perfecto.

Desde la distancia que la veía en la playa, no distinguí esos ojos cafés suyos.

Son de un marrón especial.

¿Cálido, es un color?

Pero una cosa estoy seguro, que nunca podría olvidarlos.

Mis ojos vagan por sus jeans ajustados.

Demasiados ajustados.

Envolviendo una piernas torneadas y caderas curvilíneas.

Estoy seguro, que tiene un culo perfecto.

Si tan solo, se diera vuelta.

Podría apostar *TINERCA* que es redondo, sedoso y bonito como su piel.

Y absolutamente, masticable.

¿Qué mierda?

¿De dónde, salió eso?

Genial, simplemente genial.

- *¿Le parece una vídeo conferencia con los delegados de Córdoba señor Mon, el miércoles?*

¿Qué?

Me encuentro con los ojos de Manuel, interrogantes.

- Déjame chequear, Vargas. - Contesto seco y glacial por interrumpirme de mi paisaje sexi, mientras exploro en mi agenda electrónica de mala gana y mirando a través de mis pestañas esta chica, malditamente bonita.

Viene en dirección, a la cafetería.

Mmm.

Interesante.

Follada visual en vivo y en directo.

- No. Será hoy. Tengo un espacio entre las 14:30h y las 15:30h.

- Anotado, señor Mon. Cuando llegue al Holding, me pondré en contacto vía Skype con el capataz y el contador, para ponerlos al tanto.

- Bien. - Solo digo, volviendo toda mi atención a ella.

Ya que verla, es como un imán.

Caminaba de forma extraña, porque le dolía un pie.

Lo noto cuando se detiene, para inclinarse.

Pero que, demonios.

Al hacerlo un obrero mío que camina unos pasos detrás, la lleva puesta por frenarse de golpe.

Y ella, trastabilla.

Estoy a punto de gritar con ferocidad por la frustración, cuando él la toma de su cintura con sus manos.

¿Cómo, se atreve?

Celos.

Agarrarlo del cuello por insolente.

Destrucción.

Mía.

¿Qué, fue eso?

Cierro una de mis manos como puño con tanta fuerza, que pongo mis nudillos blancos.

No vayas por ese lado, Mon.

Ella empuja con suavidad sus brazos de su cuerpo, para alejarlo.

Y respiro nuevamente.

Bien.

Buena chica.

Y ella sonrío.

Me quedo ciego, porque me encandila.

Ya que, como lo pensé en la playa, es la sonrisa más linda que había visto en mi vida.

Y entrecierro mis ojos para respirar organizadamente.

Porque ella, está entrando aquí.

Bien.

Me reposiciono en mi silla nuevamente, para observar.

Showtime, bebé...



CAPITULO 4

Herónimo

Las puertas se abren y juro por el Todopoderoso, que tras ella hay luz.
Mi cuerpo, convulsiona.

Santa mierda.

La tengo a tres metros de distancia y solo quiero levantarme, mandar a todos a la mierda.

Vaciar el lugar y ser solo, ella y yo.

Preguntarle, porque tiene un vestido tan horrible.

Ordenarle que me lo entregue y no precisamente, para arrancárselo con los dientes.

Más bien, para quemarlo y no tape más, ese infierno de piernas que tiene y tremendo culo.

Enroscar mi mano en su pelo para inmovilizarla y tener acceso, a su cuello con libertad.

Quiero dejar de mirarla, pero no puedo, me urge saciar mi vista de ella.

Esta mujercita emana algo como el canto de las sirenas que te atrapa y me saca de mi voluntad.

¿Qué?

¿Me escuché, bien?

Vargas me alcanza un folio, con valores de venta de estadísticas.

Mierda, ahora no hombre.

Aunque no estoy al cien por cien de concentrado por culpa de la muchacha frente a mí, logro captar que este tercer trimestre, fue mejor que el pasado.

Vuelvo a mirarla.

No sé qué, quiso hacer.

Pero golpea sin querer a la señora detrás suyo y se disculpa.

Me trago una risa.

¿Y eso?

Me toma desprevenido, provocando una punzada en mi pecho.

Porque yo, nunca río.

Ella es tan rara y torpe.

Carajo, me encanta.

Sé, que me presiente.

Aprendí a leer muy bien una lectura de cuerpo humano y más, el de una mujer y reconozco cuando uno, está excitado.

Lo gratificante es, que ella no lo sabe.

Solo capta mi presencia y mi oscuro abismo absorbiéndola.

Porque yo, la demando.

Siento como le agrada el aroma a café del lugar, porque sus lindos ojos se iluminan al hacer su pedido, aunque sigue nerviosa.

Bien.

Intenta desenredar los auriculares de su pelo largo y arruga su nariz, ante algo que le dice el empleado.

Una mueca, que yo siento en mi pene agitándose.

Y una imagen de ella cogiéndola de ochocientas maneras diferente, pasan por mi mente.

Mierda.

Genial, ahora estoy duro como una piedra.

Piensa rápido, Mon.

Cruzo mis piernas, con disimulo.

Cuando se gira hacia el mostrador de autoservicio, su cuerpo irradia miedo y está con la mirada en el piso.

Quiere desaparecer.

No focalizar en mí, como minutos antes buscándome con disimulo.

Mírame, nena.

Lucha con su interior con cada paso que da, para no hacerlo.

No mirarme.

Curioso.

En la misma dirección, está su condena y su libertad.

“Tú eres mi libertad y mi condena sería salir por esa puerta y no tener la oportunidad, de saber de ti...”

Río para mis adentros con amargura, por esa aura de luz que irradia.

No bonita, yo sería tu pasaporte al infierno.

Yo soy oscuro.

Yo doy dolor.

Y me gusta.

Mírame, rayo de sol.

Y lo hace.

Siento que somos, ella y yo.

Santísimo Jesús.

Condéname.

Ella tiene pecas.

Y eso me excita.

Más.

Lame sus labios, inconsciente.

Jódanme.

¿Esa boca, es de verdad?

Mis pelotas se volverán de un azul verdoso, de la erección que tengo.

Cómo se sentirán esos labios, me pregunto.

Probablemente, jodidamente bien.

Y mi inconsciente se ríe, de mi pensamiento.

En mi polla, le aclaro.

Son labios hechos para follar y verlos hacerlo, un puto cielo con sol.

Carnosos, suaves y con un leve matiz, en tono cereza.

No puedo evitar recorrerla con la mirada, porque ella es hermosa.

Un momento.

¿En el vaso dice, Vangelis?

¿Eh?

Vuelvo mis ojos a ella, con dureza curiosa.

¿Ese es tu nombre, nena?

Vangelis...

Mi lengua se desliza en mi mente repitiendo su nombre porque es agradable

y raro, suena a terciopelo y a ángel.

Me gusta.

Aunque no muevo un músculo de mi cuerpo, mis ojos la follan con la mirada.

Su palidez es embriagadora.

Y separa sus labios, al mirarme.

Ahora ella con un mal disimulo y con su mirada, recorre mi cuerpo.

Caramba.

Arqueo una ceja, divertido.

¿Te gusta lo que ves, bonita?

- *El Benchmarking...* - Me dice Vargas, alcanzándome una de las carpetas amarillas con una sonrisa satisfactoria, porque el análisis de comparativo de la aleación del acero, dio excelente.

- *Rain check*, Manuel. - Solo respondo en nuestra jerga, tomándolo.

Me siento más molesto de lo normal sin saber el por qué, cuando abre la puerta y me mira por última vez antes de retirarse, porque ella jadea.

¿De tristeza?

Respiro profundo, por falta de aire.

Maldita calefacción.

Adiós, rayo de sol...

YO

Cuando llego recién a la base de la escalinata que te llevan a la gran entrada principal del Holding de la metalúrgica, decido detenerme y llenar mis pulmones de oxígeno.

Vuelvo a jadear involuntariamente y apoyándome en una de las barandas porque mis piernas aún tiemblan, por el encuentro con ese hombre.

Dios querido.

Él me folló, con su mirada.

¡Un extraño!

Y un calor, invade mi bajo vientre.

Por Dios santo.

Ese hombre de carne y hueso de belleza Helénica, es un maldito photoshop viviente.

- ¿Vangelis Coppola? - Una chica de pelo negro, largo y ondulado me interrumpe de mis pensamientos, sonriente y se acerca a saludarme.

Es Melissa Greidy, la que estuvo cargo de mi grupo de examen, para

ingresar a *TINERCA* y como supervisora mía.

Ella fue muy agradable y simpática.

Y agradezco su presencia, para evitar pensar en el hombre caliente, de la cafetería.

Nos saludamos amistosamente, subiendo las escaleras.

Charlamos animadas y poniéndome al tanto, que hace siete años trabaja en la metalúrgica.

Comenzó como una cadete novata y hace poco más de cuatro años y cuando se recibió, fue ascendida al departamento de Marketing Comercial y Logística Publicitaria.

El piso 17, donde fui asignada.

- ¡Estoy segura que te pondrán a cargo mío, para que te capacite y barra todas tus dudas de principio! - Chilla, con emoción sincera. - Y eso es jodidamente bueno porque en nuestro piso, la población masculina es mayoría. Contigo ahora, somos siete mujeres... - Toma aire.- ...y sacando a Lorna la recepcionista y Marité que vive en su mundo, hay otras tres de nuestra edad, que son unas perras... - Exclama haciendo que ría por su comentario, más mueca acompañada. - ...el trío es conocido, como el cuartel de las víboras.

- Guau.

- Sip nueva amiga, guau. - Suspira. - Pero no te preocupes sólo ladran de envidia, pero no muerden. Si tienes un problema con ellas, solo avísame y la pondré en su lugar. O se lo comunicas a nuestro supervisor a cargo del piso, Aaron Dean. - Me guiña un ojo. - Él es, sexi...

- Dios. - Murmuro sonriendo, por sus salidas.

- Tú lo has dicho. Un Dios griego. - Se gira, hacia mí. - Y por favor solo dime Mel ¿Si? Mel para los amigos y ya te considero, una. - Exclama rodeando mi brazo con uno de ella, sonriendo.

Me cae estupendo y estoy segura, que así será.

Aunque Mel no para de hablar no puedo, no dejarme llevar por el diseño arquitectónico del edificio, porque es realmente increíble.

Grandes paredes de vidrios, como exteriores.

Su interior es casi todo metal plata pulido y paredes interiores blancas, con detalle en rojo bermellón.

Y la luz del día, penetra en cada enorme ventanal.

Haciendo del lugar luminoso, delicado, limpio y que parezca pecado, pisar los pisos de porcelanato italiano lustrados.

En el centro una gran escalera curvilínea de blanco marfil como las

paredes, que invita a subirla rodeada en cada extremo por dos sofisticados ascensores de enorme capacidad, en color acero.

Todo a juego, con mobiliarios en los tonos blancos y gris, con cuadros y decoración.

Subimos a uno de los ascensores con otro grupo de personas que Mel saluda amistosa y presentándome a cada uno.

Nunca saludé y estreché tantas manos, en mi vida.

Nuestro piso es el 17, un gran salón con aproximadamente, veinte box.

En el fondo se localiza una pequeña oficina que Mel me indica que es, la de nuestro supuesto y caliente supervisor.

Una recepción se encuentra en la entrada, donde una mujer afroamericana nos recibe con su enorme y bonita sonrisa.

Sus grandes aretes en dorado tintinean con cada movimiento de su cuerpo y su ropa es muy colorida y alegre.

Me saluda dando la bienvenida, con un fuerte abrazo cariñoso.

Verla me recuerda, a la gran cantante Tina Turner.

Todo está rodeado de ventanales y prácticamente las paredes, no existen.

Eso me alegra mucho, ya que adoro las habitaciones iluminadas.

Lorna me entrega una credencial con mi nombre y el logo de la metalúrgica, para que me la ponga en la pechera de mi saco.

Luego apretando un botón de un aparato, comunica a nuestro supervisor de piso de mi llegada.

Áaron se presenta, como mi supervisor.

Después de escucharlo y asentir varias veces, me conduce a su despacho mientras Mel me regala una sonrisa de suerte y entre cruzando sus dedos, cuando se dirige a su lugar de trabajo.

Con cada paso que doy, varias cabezas dentro de sus box.

Mis nuevos compañeros de trabajo.

Levantán sus miradas curiosas y giran hacia mí, para saludarme con palabras de bienvenida, sonrisas o estrechando mi mano.

A excepción como me comento Mel minutos antes, de las tres chicas ubicadas una al lado de la otra en un extremo.

Sip.

Son perras, de marca registrada.

Ni una se toma la molestia de ponerse de pie y solo se limitan a asentir con sus cabezas rubias, prolijamente peinadas y ultra maquilladas.

Parecen las típicas trillizas, tetas de plástico que predominan en la

secundaria o preparatoria.

¿Bonitas?

Sip.

¿Saxis?

También.

Esos escotes y mini faldas ajustadas para desatar un paro cardíaco, lo avalan.

Siento sus susurros cuando sigo caminando, muy al estilo víboronas.

Pero que, pendejas.

Santo Dios.

¿Qué, tienen?

¿Trece años?

Áaron mi supervisor, parece una persona agradable y muy competente.

Según Mel ronda los 33 años, pero parece más adulto con su barba casi rojiza y meticulosamente cuidada.

Su pelo es ondulado y del mismo tono, que resalta mucho bajo ese corte de traje de color azul marino de chaleco y pantalón.

¿Si es, guapo?

Mucho.

Su camisa arremangada hasta sus codos muestra unos fuertes brazos y un cuerpo que pese a su delgadez es atlético y tonificado preguntándome, que disciplina deportiva hará.

Y sus ojos son de un color gris que hacen un contraste atractivo, con su pelo rojizo.

Me explica mis futuras labores, mientras da pequeños sorbos a su taza de café y caminamos por la estancia, para que me familiarice.

- Esta es, nuestra cocina. - Abre una puerta, invitándome a ingresar. - Es pequeña pero lo suficientemente cómoda, para nuestras adicciones a la cafeína, glucosa e hidratos de carbono. - Sonrío y el también, de una manera linda. - Allí... - Me señala. - ...un frigobar con botellas de agua y aquí... - Abre la puerta de una alacena. - ...encontraras tazas, vasos, cubiertos, café para la máquina, azúcar o edulcorante. Y este cajón, Vangelis... - Abre otro, a un costado suyo. - ...se encuentra nuestro cofre en común, de todos y máspreciado...las golosinas. - Su sonrisa se amplía.

Miro sobre él y solo encuentro cantidades obscenas de chocolates, galletas dulces y barras de cereal.

- Todos aportamos... - Prosigue. - ...es un mimo al estómago, frente a un día

laboral extremo o aminorar el hambre, por un almuerzo ligero... - Finaliza divertido.

- Creo seré una socia muy vitalicia. - Agregó.

Amo las golosinas.

Corrección.

Amo todo lo que incluya, alto contenido de azúcar.

- Pues entonces, bienvenida al piso y al club, Van... - Sonríe señalando en general, con sus brazos la cocina.

Me muestra mi box y para mi alegría solo estoy a cuatro de Mel, quien se acerca a nosotros con una seña de Áaron.

- El señor Mon como supongo que lo sabrás, es una persona muy exigente a la hora del desempeño laboral, de sus activos. Y de un carácter...diríamos, bastante peculiar y fuerte.

Piensa unos segundos, para luego continuar.

- *TINERCA* es la sede madre de las T8P. Por lo tanto, si no está de viaje visitando y controlando las otras sedes o por viaje de negocios, él lo está controlando todo desde aquí, regenteando su imperio del acero. Su oficina está en el último piso del Holding, el 30. Lo más probable, es que no lo veas mucho. Él es una persona de muy pocas palabras y detesta ser molestado, el tumulto de gente o verse en público lo evita. Raramente manda a llamar por algún trabajo a los empleados. Todo lo maneja vía mails y en red al personal cuando quiere ser escuchado...- Me explica. - ...la única excepción que se muestra, es en la fiesta que da a fin de año. Si no, su método favorito de comunicación es por internet o a través del supervisor a cargo de cada piso. Le gusta la disciplina en cuanto al horario de trabajo y en el cumplimiento de las tareas, que nos asignan. El señor Herónimo Mon es un obseso del control y del autoritarismo... - Noto un revoleo de ojos burlón, de Mel.

¿Eh?

- ...y aunque su fama, lo precede... - Continúa, Áaron. - ...su presencia es, inhóspita. En los once años que trabajo aquí, solo demandó mi presencia cuando fue necesaria. Es muy raro que él aparezca en algún piso demandando su presencia o lo cruces en los corredores o planta baja. Ya que prácticamente vive en su piso. - Me mira fijo.

Mierda.

- Pero si lo cruzas Vangelis, solo saluda cortés y continúa tu camino. Detesta, las lamidas de culo o socializar...

Guau.

Ok.

Cumplir con afán las tareas laborales, ser puntual y no molestar al jefe de los jefes.

Clarísimo.

- Puedo, con ello. - Digo con un tono, demasiado convencido para mi gusto. Áaron me sonríe complacido.

- Entonces Van, nuevamente bienvenida a bordo. - Me estrecha con fuerza, la mano.

Y después de dar las últimas directivas a Mel sobre mí, da un golpe entre sí con sus manos satisfecho.

- Bien chicas, las dejo para que se puedan poner de acuerdo y comiencen, con su jornada laboral. Si se les presenta dudas, no dejen de consultarme ¿Ok?

- Nos regala su amplia sonrisa, mientras se encamina a su despacho.

- ¿No es, hermoso? - Suelta un suspiro Mel, con una mano sobre su pecho.

- Si es guapo y parece, linda persona. - Digo sonriendo por sus ojos soñadores que lo siguen con la mirada, mientras tomo asiento en la silla frente a la computadora.

- Lo es, Van. Y quiero ser malditamente, la madre de sus bebés...

No puedo evitar reír con ganas.

Las horas después pasan volando mientras trabajamos juntas y compartiendo mi box, hasta que me familiarice.

Mel es asombrosa, me ayuda mucho y es increíble explicando.

Intercambiamos carpetas y hojas con información.

Me remarca lo importante y señala, lo principal.

Me enseña a través de la computadora, a cargar los programas y su manejo.

Minutos antes del mediodía me doy cuenta orgullosa y bajo el ojo clínico de Mel, que hice todo bien y a término con las fechas de demanda y entrega.

- ¡Chica, eres genial! - Se sienta sobre el borde de mi escritorio, cruzando sus brazos.

- Gracias. - Solo digo muy contenta, conmigo misma.

- Oh por favor no me digas eso, eres muy buena en esto... - Se endereza. - ...ahora de pie amiga. Hora del almuerzo. - Recoge mi chaqueta y me lo entrega. - Nos merecemos unas buenas porciones de pizza. - Dice abotonando el suyo, alentándome.

Y el almuerzo es, puro placer.

La cantina del Holding es grande, muy grande.

Todo es un limpio blanco y también, bermellón.

Muchas mesas y con sus sillas, en rojo.

Un gran buffet con cubículos térmicos manteniendo el calor del surtido y variedad de las comidas y con autoservicio, a excepción del pedido del café.

Mel me presenta a algunos compañeros de nuestro piso y de otros.

Varios de ellos comparten nuestra mesa y obligando a juntar un par más, para poder comer todos juntos.

HERÓNIMO

Salgo de una puerta extra que tengo en mi oficina de mi piso 30, que da a un pequeño pasillo y a su vez, a dos habitaciones más.

Mi habitación en suite y un mini gimnasio, cuando necesito descargar algo de tensión.

Lo mandé a construir, cuando estaba casado.

Para esa época, el nacimiento de las T8P estaba en su auge y desarrollo con su construcción como demandas laborales en crecimiento.

Absorbían mis horas diarias, quedándome hasta altas horas de la madrugada.

¿Solución?

La construcción de un anexo donde vivir temporalmente, si lo necesitaba para descansar y luego proseguir.

Gracias a eso, mis días tenían más de 24h.

Loco, pero real.

Como también luego de mi viudez fue y es, mi nido de folladas si no me apetece llevarlas a mi Penthouse.

Abotono mi camisa blanca limpia luego de una ducha y la meto dentro de mi pantalón de vestir gris abrochando mi cinturón.

Me siento en mi escritorio peinando con mis dedos, mi pelo aún húmedo.

Jodidos rulos.

Dos minutos después la misma puerta anexa vuelve abrirse, apareciendo una exuberante morena alisando su falda lápiz en color oscuro.

No levanto mi cabeza de las hojas que estoy leyendo, pero si mi vista.

Lindo coño y perfectas tetas, talla 100.

Vuelve a hacerse un recogido en su melena larga color azabache, con una especie de prensa para el pelo.

Nop.

No le queda ni la mitad de bonito que, a la chica de la playa, cuando forma sobre su cabeza ese desconcertante nido de pajaritos desprolijo en su pelo.

Carajo.

¿Me convertí en un puto poeta, ahora?

La imagen de sus ojos cafés, azotan mi mente.

Sus pecas.

Esas endiabladas y sexis pecas.

¿Por qué me miraste de esa forma cuando te ibas, Vangelis?

Y Dios, con tu mirada.

La cafetería se vació con su salida, al igual que ese rayo de luz que lleva con ella como aura.

Siendo inútil que siguiera allí.

La poca concentración que me quedó después y por culpa de esa mujer, la utilicé en mi próxima reunión de las 8:45h con una gente de Lima y su compra millonaria, en acero en aleación.

La negociación estaba casi hecha, solo ultimar detalles para exportar en container y vía naval más la transacción de la cuenta, con firmas de papeles.

Junto a mi comprador, su linda secretaria.

Su muy linda secretaria.

¿Y por qué no?

Mi pene estaba pidiendo a gritos un poco de atención, gracias a la chica de playa en la cafetería.

Sip.

Cortesía de la señorita Vangelis.

Después de firmar con ambos abogados y contadores nuestros retirarse, desayuno ejecutivo para ambas partes en el restaurant de la zona.

Estrechar manos con satisfacción, por la negociación cerrada.

Mirada profunda, con linda secretaria.

Salida.

Mi coche.

Minutos después, linda secretaria subiendo a la parte trasera de mi coche.

Holding.

Y dos horas, más tarde.

Cogida con linda secretaria.

¿Resultado?

Sigo putamente caliente, por la chica de la playa.

JODER.

Y eso me encabrona, mucho.

Yo domino.

¿Se entiende?

¿Solución?

Tengo que encontrarla.

Tiene que pertenecerme para arrebatarme ese puto control que tiene sobre mí y cuando lo haga, la voy a coger duro hasta que crea que, sin mí no puede tener placer.

Así podré sacarla de mi sistema, de una vez por toda.

- Creo que es hora, de irme... - Me interrumpe de mis pensamientos la muchacha y se acerca hasta mi lugar.

Por favor cariño, no lo hagas.

Ruego para mis adentros viendo que toma asiento, en uno de los apoyabrazos de mi sillón y con su índice, acaricia mi mandíbula.

Dios.

Lo hizo.

Odio que me toquen, post-sexo.

- Le diré a Collins, que te lleve a tu hotel. - Digo volviendo a la lectura, de mis papeles.

Hace un mohín, con su boca.

- Pensé que tú, lo harías y tal vez en mi habitación, una tercera ronda...e ir después a cenar... - Me susurra con voz bajita y seductora.

Sus labios de rojo, se acercan peligrosamente a los míos.

Casi rozándolos.

Y en un rápido movimiento tomo su barbilla con una de mis manos, inmovilizándola y la miro con frialdad a los ojos.

No quiero lastimarla, sería incapaz.

Pero conmigo, no se jode.

- Tres cosas... - Le recuerdo. - ...yo no tengo citas y te lo dije. Yo cojo. Dos, yo no beso en la boca y creí dejarlo claro, cuando subiste a mi auto. Y tres... - Murmuro. - ...Collins está esperando afuera en la recepción, para llevarte de vuelta a tu hotel.

Le da un manotazo a mi brazo, para que la suelte.

Lo hago y se separa de mí, llena de ira.

Vuelvo a mis documentos poniéndome los lentes y sintiendo, que se pone sus zapatos con bronca.

- ¿Entonces, esto es todo? - Escucho, que dice.

- Solo esto, Mindy. - Le confirmo, sin levantar mi vista de mi lectura.

- ¡Mandi! - Me corrige ofendida, por ni siquiera recordar bien su nombre.

- Lo que sea, cariño. - De lo más natural.
Solo sentí su bufido frustrado y el portazo.
No la vi irse.

Pero estoy seguro, que me apuñalaba con la mirada.

Rodrigo entra diez minutos después como si nada a mi oficina, con esa sonrisa tan suya y una carpeta en mano.

Dejo de leer los documentos y me enderezo sobre mi sillón reacomodando mis lentes, en el puente de mi nariz.

Apoyo un codo en mi apoyabrazo y con mis dedos froto mis labios, observándolo con mi mejor cara de mierda.

- Eres un imbécil. Sabes que me molesta, que hagas eso. - Señalo la puerta, con mi pluma. - Tienes que anunciarte ¿Para qué pago, a una secretaria personal? - Le gruño volviendo a mi lectura.

Si lo ignoro, tal vez se convenza de irse.

- Cortesía no es tu segundo nombre, Hero. - Exclama como si nada y tomando asiento del otro lado de mi escritorio haciendo girar divertido con sus rueditas, el eje del asiento.

- Besa mi culo. - Contesto, provocando la carcajada de mi amigo.

Y firmo abajo del documento, para disimular.

Tengo ganas de reír, pero no le voy a dar con el puto gusto.

- Creo que ya lo hizo esa hermosa morena que acabo de ver salir de tu oficina, hecha una furia de enojo al lado de Collins... - Me dice, riendo más.

- Come mierda. - Juro, sin poder evitar sonreír.

Rodrigo Montero es mi único amigo y el hermano, que nunca tuve.

Nos conocemos, desde la universidad.

Él estudiaba Ingeniería en Sistema y yo, Relaciones Internacionales y Políticas e Ingeniería Civil.

Sip.

Se lo que piensan.

Un maldito nerds o friki, con lentes.

Coincidimos en varias clases de Ingeniería y los dos éramos como los bichos raros de la universidad, por nuestra amistad.

Él hispano y extrovertido, el divertido de la clase.

Y yo el ratón de biblioteca, el callado e introvertido y el puto genio de estas.

Y aunque las circunstancias tendrían que haber sido al revés, nos conocimos cuando lo salvé de la paliza de su vida.

Como latino, Rodrigo exuda sensualidad.

Piel aceitunada, ojos negros como la noche y cuerpo trabajado.

Y cuando su voz grave habla en castellano, es la jodida llave maestra y baja bragas de las mujeres.

Su arma letal.

Y por tal, se metió entre las piernas de la novia de un patán.

Donde armándole una emboscada, lo acorralaron cruzando el campus pasada la medianoche y después de una fiesta.

Y lo llevaron a la zona más apartada y desierta.

Yo salía de la biblioteca universitaria y caminando hacia mi coche en el estacionamiento, cuando noté en el silencio de la noche, ruidos y sonidos extraños.

Eso era raro, dado que era un sábado por la noche y la zona de la biblioteca.

Me volví sobre mis pasos, rodeando el edificio a la parte oscura y abandonada.

Y carajo.

Cuatro hombres golpeaban a matar a otro tipo que se percibía a la legua, que tenía una borrachera descomunal.

Fue fácil reducirlos.

Con ayuda de mi mochila cargada de libros como escudo y cuatro años de lucha clandestinas en el ring y que apestaban a marihuana y alcohol.

Lo cual eso minimizó sus reflejos y media hora después, Rodrigo descansaba sobre mi cama en mi Pen.

Y un día después.

Yo con 19 años y él mayor por un año, nos hicimos amigos inseparables.

Estando conmigo en los buenos momentos y más, en los malos.

Como un hermano, que siento que lo es.

- Toma. - Tira una carpeta de plástico, sobre mi mesa. - Lo que me pediste ayer en la reunión, hombre. La actualización de la base de datos de tus sesenta nuevos activos en las T8P. Los veinte ingresantes de *TINERCA*, más los de España y Francia.

Cierto.

Lo olvidé.

Lo abro sin ganas.

- ¿Dos en el Holding y diecisiete en la metalúrgica no? - Aclaro ojeando vagamente la carpeta separada prolijamente en tres secciones, con una docena

de hojas cada una.

- Sip. - Dice mientras se pone de pie para dirigirse hasta mi frigobar y sacar una botella de agua.

Toma asiento, de nuevo.

- ¿No almorzaras?

Le niego con la cabeza sacando mis lentes y cerrando mis ojos, para poder masajearlos con mis dedos.

- Hermano, debes comer... - Me reprocha.

- Hoy voy al Pen, ya avisé a Marcello. Me dejará preparada, una cena sustanciosa. - Declaro, volviendo a poner mis lentes.

- Podríamos cenar y después ver el partido, con un par de cervezas. Comienza a las 21h. - Me dice dando un gran sorbo a su botella.

- Suena bien. Me hace falta, una puta despejada...

- Bien, Llevaré los nachos. - Se pone de pie y encamina hacia la puerta, pero se da vuelta con la mano en el picaporte. - Por cierto, jefe... - Levanto mi vista. - ...una de las nuevas, está en mi piso.

- ¿Y, con eso?

- Jodidamente caliente. - Me responde, en su castellano sexi.

- Rodrigo... - Lo amonesto.

Si, lo sé.

Tienen razón.

Soy un caradura.

Hace veinte minutos, me cogí a una secretaria de otra empresa.

- Todavía no tuve el placer de conocerla y presentarme porque me encontraba en la planta de sistemas. Los compañeros dicen que es muy bonita y Mel lo afirmó, cuando me envió un mensaje de texto.

- ¿Mel?

- Si. Parece que se cayeron bien y se hicieron amigas...

- Mierda. - Solo digo.

Y Rodrigo ríe, saliendo por la puerta.

Melissa Greidy es una activa mía y de hace muchos años.

Cuando ingresó a trabajar al Holding, tenía apenas diecisiete años.

Rodrigo la tomó bajo sus alas protectoras y le enseñó todo.

Convirtiéndola en una persona muy importante, en el piso 17.

Incontables veces compartió conmigo y Rodrigo cenas, partidos de televisión o me acompañó con mi amigo, en algunas de mis luchas del Círculo.

Rodrigo, la adora.

Es confiable y nadie a ciencia cierta sabe en el Holding, de mi profunda amistad con él.

Solo especulaciones y yo la aprecio por su discreción, porque preservo a las pocas personas, que mantengo a mi lado.

Lo que es difícil de creer es, como una persona que viene en un envase tan pequeño, guarde tanta dinamita en carácter y personalidad, como esta chica.

Sonrío.

- Marcia, ven a mi oficina. - Ordeno por teléfono, a mi secretaria.

Me pongo de pie separando las carpetas y dejando únicamente la de TINERCA, sobre mi escritorio.

Marcia entra con su apuro natural y libreta en mano.

Después de dos años trabajando, aún noto en sus pupilas su miedo respetuoso en mí.

Bien.

No pierdo tiempo.

- Necesito que envíes vía fax a España y Francia, la lista con la base de datos de mis nuevos aspirantes. - Le alcanzo las carpetas. - A los departamentos contables y humanos de cada uno. Diles que es importante. Necesito que terminen con los papeleos y los contratos. Más tardar las copias en mi escritorio, a final de semana.

- Bien, señor Mon ¿Algo más?

Le hago seña que no con la mano y que se retire.

Camino en dirección a los grandes ventanales mirando a través de ellos y con mis manos en los bolsillos de mi pantalón, la ciudad industrial desde mi piso 30.

- Vangelis... - Repito en voz alta, lo que mi mente no deja de pensar.

Miro la hora, de mi reloj pulsera.

En breve vendrá Vargas, para ponerme al tanto de mi sede T8P Argentina.

Acomodo el desorden de mi mesa, juntando las hojas de *TINERCA / INCORPORACIONES* para tenerla libre con Manuel.

Pero mis ojos se detienen en el nombre de la segunda lista, al abrirse las hojas.

Dulce. Jesús.

¿Realmente puede ser, esto verdad?

Abro todas las hojas hasta topar con la foto actualizada y la base de datos, de mi nueva activa.

Después de leerla completamente y rozar con mi índice la foto, mi cerebro

solo repite algo por enésima vez.

Vangelis Heléna Coppola.

Me dejo caer pesadamente sobre mi sillón.

Esto es, jodidamente malo.

Yo.

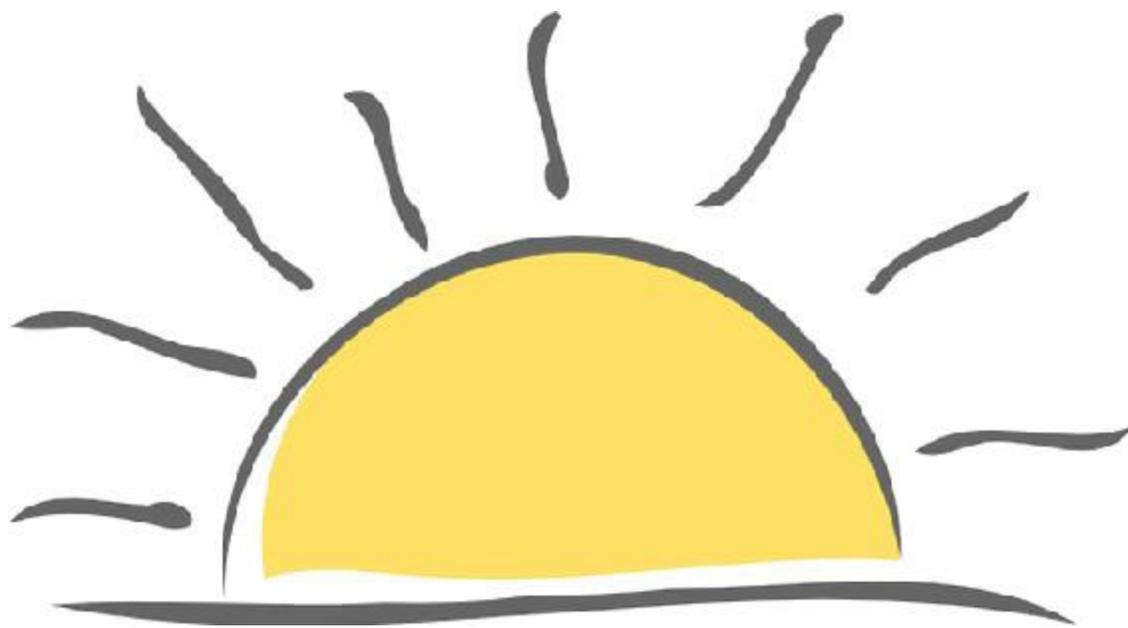
¿Su jefe?

Ella no puede, trabajar aquí.

No.

No debe, hacerlo.

Y me levanto precipitadamente, en dirección a la puerta.



CAPITULO 5

Yo

- ¿Van?

Levanto mi vista viendo por sobre mi box, a Mel al lado de un muchacho moreno.

Alto y con una gran sonrisa cautivante, que me muestra una perfecta y blanca dentadura.

- ¡Por fin, nos conocemos! - Se presenta solo y sin darle una oportunidad a Mel, de meter un bocadillo.

Ella frunce sus finas cejas oscuras, poniendo las manos como jarras en su cintura.

- ¿Vangelis verdad? ¿Puedo llamarte Van? Soy Rodrigo Montero y mi box es aquel... - Sigo con la vista aturdida, donde señala su mano. - ...estoy en la parte informática, nada que ver a tu área, pero si necesitas mi ayuda, sabes dónde encontrarme. - Sonríe. - Por cierto, me dicen Rodo...

- ¡Santo Dios, Rodrigo! ¿Quieres dejarla respirar? - Chilla Mel. - Espantarás a Van. Quiero que seamos mejores amigas y presentándote como *Mister.Hablo.Hasta.Por.Los.Codos*, rechazará mi amistad. - Hace un morrito, con su boca.

Suelto una risita.

¿Recuerdan que les dije que era tímida, con gente nueva?

El dicho Rodrigo envuelve con sus fuertes brazos a Mel, zarandeándola de un lado a otro con cariño.

- Bob Esponja... - Miro a Mel por su apodo curiosa.

Se sonríe señalando con su dedo, su cabellera rizada y esponjosa.

Y río, también.

- Es imposible, que alguien no te ame. - Le da un beso ruidoso en su mejilla. - Si alguien no te quiere, patearé su nariz hasta que grite que lo hace con locura...

Sus ojos negros como un mar en calma nocturno, reposan en ambas. - Apostaría mi feo culo, que ustedes serán grandes amigas. - Sonríe nuevamente.

Y ambas reímos, por su ocurrencia.

Luego de una charla más relajada entre los tres, descubro que ambos son mejores amigos.

Rodrigo es como un jodido hermano mayor sobreprotector para Mel.

Él tenía veintiocho años, cuando la conoció.

Y Mel era una niña prácticamente con solo diecisiete de edad, cuando ingresó a trabajar a *TINERCA*.

Él la adoró cuando la vio por primera vez, ya que le recordaba a su pequeña hermanita que falleció en un accidente y más, cuando descubrió mientras transcurría en tiempo y la iba conociendo, que era huérfana de nacimiento.

Viviendo desde su llegada, en orfanatos del estado y hogares transitorios.

Cuando entró a trabajar acá como la muchacha de los mandados, nadie reparó en su pasado y cuando lo hicieron, ya había cumplido sus dulces dieciocho y era mayor de edad.

Rodrigo la incentivó a que terminara sus estudios en una escuela nocturna. Para después matricularla en la universidad donde él, se hizo cargo de todos sus gastos estudiantiles y Mel en agradecimiento, se recibió en tiempo récords aparte de descubrir que era muy buena estudiante.

Rodo saca del bolsillo de su pantalón trasero un paquete de caramelos, nos ofrece y ambas negamos.

Mientras lo abre mira a Mel en más detalle, apoyado sobre mi box masticando con ganas los dulces.

- Lindo saco. - Señala metiéndose de a cuatro en la boca y mirando como nuestra amiga, enrolla las mangas hasta sus codos.

El saco de Mel de gabardina, es color morado oscuro y en sus solapas y bordes, millones de canutillos con tachas hacen un diseño abstracto.

- Oye Mel...olvidé decirte, que llamaron de los '80. - Acota. - Dicen que quieren recuperar su saco y las hombreras. - Señala, sus hombros.

Imposible.

No puedo evitarlo y comienzo a reír a carcajadas.

Y aunque Mel también lo hace, le pega en la oreja.

- ¡Ay! - Gime Rodrigo, frotando su colorada y palpitante oreja.

- ¡Moda Vintage, Rodo! - Rueda sus ojos divertida.

Pero un murmullo de golpe y en crecimiento nos saca de nuestra charla divertida, interrumpiéndonos y los tres al mismo tiempo, miramos de donde proviene.

La entrada al piso.

El bullicio empieza a intensificarse y se nota en el ambiente, cierto nerviosismo incómodo.

Yo sigo sentada, por lo que mi visión es casi nula para ver.

Mis compañeros.

Muchos están de pie, se quedaron estáticos y sin movimientos observando en posición congelada.

Para luego.

Como si un interruptor los encendiera, se movilizan rápido hacia sus lugares y como si el Armagedón viniera por ellos y necesitarían protegerse, chocando algunos entre sí por el apuro y para llegar primero.

¿Y eso?

- Que me parta, un rayo... - Exclama curioso Rodrigo, mientras percibo que intercambian miradas con Mel. - Esa movida holocáustica, solo lo puede generar una persona. - Murmura. - Herónimo Mon, nenas... - Y aunque su voz suena seria, una chispa divertida la decora.

¿En serio le causa gracia, el jefe?

O sea, es el señor oscuro.

El jefe de los jefes.

Y voy a tener la dicha de conocerlo en persona en mi primer día de trabajo, cuando hay compañeros con años de antigüedad y lo han visto de casualidad una vez, según me comentaron en la cantina.

BUENO...

Me tomo este tiempo para decirles, que a partir de este momento.

Respiren hondo.

Mucho.

Porque desde acá, mi vida hace un giro de 180 grados y cambia para siempre.

Ok.

La del señor oscuro, también.

Y vamos aprender bastante de un hombre que, pese que a veces se porta como el hijo de satanás en persona.

Él, es especial.

Y nos va a enseñar, mucho...

Por eso disfruten.

Lloren.

Déjense llevar, por la emoción.

Rían mucho.

Y, sobre todo.

Utilicen la imaginación.

Porque todo es en directo y malditamente, real.

- Esto, es raro... - Murmura Mel, apoyando una mano en mi hombro.

¿Protección?

Como el agua del mar rojo frente a Moisés, la gente del piso se divide en dos para dar paso a lo que se viene.

Y mis nervios se apoderan de mí, ante la expectativa.

Creo.

Llevo mi pulgar a mi boca, asesinando mi uña prolijamente pintada con brillo rosa.

Siento voces que lo saludan, pero no que él les conteste.

El abrir de la puerta del despacho de Aaron, hace girarme en su dirección.

Porque sale curioso, por tal movida.

Pero cuando vuelvo mi cabeza de vuelta, a las aguas divididas.

Oh mi Dios. Oh mi Dios. Oh mi Dios.

No puede ser.

Mi mandíbula, cae.

Y mi miedo, se levanta.

Él hombre que me folló con la mirada en la cafetería esta mañana, aparece y camina entre medio de la barrera humana con pasos lentos.

Decididos.

Y con una frialdad total y absoluta.

Controlando a todo y a todos lo que ve, con cada paso que da.

Jesús Bendito.

Él no habla.

Él no dice, nada.

Pero su mirada gélida y glacial es suficiente para que todos por arte de magia, vuelvan a sus quehaceres laborales.

El silencio es casi absoluto, solo un leve murmullo donde predomina el sonido de papeles y sillas deslizándose en el piso, que invade el salón.

Él hombre de la cafetería, es Herónimo Mon.

¡Pero que, bonita coincidencia!

Me cago, en mi vida...

Mi corazón late fuertemente y estoy segura que se atragantó en mi garganta del salto que pegó, cuando su mirada vaga por Rodrigo a Mel y luego, la deposita en mi persona.

Solo una mano levanta en dirección a Áaron, indicando que no viene por él.

¿Viene por nosotros?

¿Por mí?

Re mierda.

Mi boca se seca y mis ojos me traicionan, para recorrerlo.

¿Cómo, se los describo?

Es como decir.

Un príncipe de los cuentos Disney, pero malditamente caliente y en versión porno.

Alto.

Cuerpo musculoso y que acusa con cada movimiento de su andar, sus brazos tonificados y marcados.

Cintura estrecha, bajo esa camisa blanca ceñida.

Su pelo de un castaño claro avellana, ahora luce natural a como hoy a la mañana que estaba prolijamente peinado.

Y Jesús, porque ahora esos rulos y ondas, caen desprolijos por su frente y los lados.

Pero con un movimiento calculado los despeja de su frente, echándolos hacia atrás siendo mi perdición.

Piel dorada, labios carnosos y marcados.

Rasgos cincelados.

Hombres de índole como este, confirman que hubo algún tipo llámese, pincel mágico de nuestro señor de los cielos, cual lo cinceló y esculpió con su poder divino.

Ya que la madre naturaleza, pachamama o pónganle el título que deseen; no creaba cosas como esta.

Porque que él es, un jodido Dios de belleza Helénica.

Rodrigo y Mel le dan paso desconcertados para que el señor oscuro se detenga, frente a la entrada de mi box.

Levanta su índice y se inclina levemente, hacia mí.

Las fuerzas de mis piernas me abandonan y agradezco, por estar sentada en mi silla.

Me agarro fuertemente de los apoyabrazos tirando mi cuerpo hacia atrás, perdiéndome en esos ojos profundos y lleno de oscuridad.

- Tú. - Me dice con voz grave y fuerte. - A mi oficina, en cinco minutos.

¿Qué?

Y sin esperar mi respuesta, vuelve sobre sus pies caminando a la salida del piso nuevamente.

Sin mirar a nadie y sin saludar tampoco, al retirarse.

Áaron se acerca cauteloso, a nosotros.

Me mira.

- ¿Qué rayos, fue todo esto? ¿Lo conocías, Van?

Miro a Áaron pero la adrenalina y el miedo, se apoderan de mi voz.

Solo alcanzo a negar, con mi cabeza lentamente.

- Raro... - Murmura Mel indecisa y cruzando nuevamente, sus delgados brazos sobre su pecho.

- Interesante... - Acota Rodrigo con su media sonrisa y mirándome fijamente.

¿Qué?



Minutos después, el marcador del ascensor asciende de uno en uno.

Y para mi gusto, demasiado deprisa.

<<En cinco minutos, en mi oficina...>>

¿Qué diablos fue eso?

Ni siquiera puedo analizar esa oración cuando estoy bombardeada y no asimilé aún, lo de hoy en la mañana en la cafetería.

Absolutamente meada, por una manada de elefante.

Que perra suerte, la mía.

Carajo.

¿Abra fiscalizado algunos de mis trabajos, de hoy a la mañana?
Reproduzco rápido en mi cabeza, mi desempeño en el trabajo.

Nop.

Lo hice bien y Mel, me felicitó.

¿Cómo supo, quien era yo?

Porque él vino, directamente hacia mí.

¿Pero por qué?

Suspiro largamente apoyando todo mi peso, sobre una pared lateral del ascensor. En el sistema de audio de este, suena Monster de Imagine Dragons.

Muy propio.

Genial.

Alzo mi vista de nuevo, al display numérico.

Voy por el piso 24.

Recojo parte de mi pelo con la mano y me hiperventilo la nuca porque los nervios del miedo, me están haciendo sudar.

Las puertas se abren anunciando con un bip que ya llegué y salgo a la recepción del piso, con la imagen de una Mel calmándome y diciendo algo que ni ella lo creía.

Que todo, iba a salir bien.

Y un Áaron aún desconcertado con un Rodrigo y el estúpido consejo, de que solo sea yo misma.

Me anuncio en el mostrador donde me atiende una hermosa muchacha, que su identificación en el pecho dice Marcia.

Y murmuro que el señor Herónimo, solicitó mi presencia.

Sus lindos ojos verdes súper maquillados me recorren de arriba abajo, frunciendo con poco disimulo sus labios color rosa.

Epa.

- ¿Nombre? - Me pregunta con cara, como si se hubiera tragado un ladrillo.

Ruedo mis ojos, como respuesta.

Tranquila chica, puedes quedarte con el sexi jefe.

No me interesa.

Siento una risita, que proviene de mi inconsciente.

Otra vez, genial.

- Vangelis Coppola. - Respondo.

- Un momento, por favor. - Me dice apretando su intercomunicador en un costado que lleva puesto, sobre su cabellera rubia. - Debo verificar si el señor

Mon, puede atenderla...

¿Pero qué, mierda?

Si estoy aquí porque él me mandó a llamar, quiero decirle.

Pero está concentrada apretando unas teclas de su aparato telefónico de recepción y opto por callar, observando sobre mi hombro el lugar.

Es enorme y mucho más grande, que nuestro piso 17.

Todo es pulcro y en la gama de los blancos y grises.

Un juego de sillones blancos con una mesita baja en medio, ocupan un extremo. A su lado una gran puerta doble de vidrio y metal, muestran una sala de reuniones donde se puede apreciar una gran mesa ovalada en madera tallada y una docena de sillas a juego; en tapiz blanco marfil.

En otro extremo, otro ambiente ocupado por box y activos trabajando como en nuestro piso 17.

- Señor Mon, una señorita de nombre Vangelis Coppola pide ver... - Su rostro hace un ceño golpeando varias veces el aparato de su cabeza, con su índice. - ¿Señor Mon? ¿Sigue en línea...

La puerta de su oficina se abre de golpe haciendo que Marcia y yo, demos un salto desde nuestro lugar.

Sale dos pasos afuera recorriendo duramente con esos ojos raros que tiene, toda la longitud de mi cuerpo.

Sus labios son una fina línea rígida emanando todo su cuerpo, una inestabilidad cruel y llena de cólera culpándome por algo.

¿Pero, de qué?

- Pase, señorita Coppola. - Solo gesticula con su voz y un tono, que hace juego con su rostro de piedra.

Espera rígido sosteniendo la puerta, como si esta fuera a caerse.

Y yo camino indecisa, exhalando para mis adentros.

Relájate Vangelis.

No has hecho, nada mal y todo debe ser un gran error.

Paso por su lado, evitando mirarlo a los ojos.

Y su aroma masculino mezclado con su perfume importado y loción de afeitarse de agua mentolada, invade mis sentidos.

Mierda, a este hombre lo comería con cucharita de postre.

Pateo mi trasero en mi mente, por ese pensamiento.

Herónimo mira inquisitivo a toda su recepción de forma gélida, para luego girar hacia su secretaria.

- ¡Marcia! - Gruñe. - No quiero que absolutamente nadie, me moleste hasta

nuevo aviso.

No espera, que ella conteste.

No dice, gracias.

Y con una última mirada a todos verificando que todo está en orden, cierra la puerta conmigo dentro.

La que me parió...

HERÓNIMO

Salto de mi asiento caminando decidido antes de que Marcia termine de avisarme, que Vangelis está esperando por mí.

Una sensación nueva mezcla de ira, colma mi cuerpo.

Estoy jodidamente encabronado con ella, porque quiero verla.

Necesito verla.

No tolero ni la puerta de mi oficina, me separe de ella.

Mis manos sudan y muerdo mi labio superior para que mi cuerpo reaccione ante el dolor y comience a circular la sangre nuevamente, en mi sistema nervioso.

Abro la puerta y cierta emoción me impide caminar, porque la chica de la playa, está frente mío.

A pasos mío.

Vangelis.

En su piso, su mirada era de sorpresa y susto.

Ahora se convirtió, en miedo.

Por mí.

Pensé placer ante ello, pero irónicamente siento hueco mi pecho, por verla con su mirada de pánico por mi culpa.

Su lindo rostro con pecas, está congelado mirándome fijamente y yo, no puedo evitar no recorrer su cuerpo y verificar que está bien.

¿Y eso?

Ese estúpido pensamiento, me enoja más.

Y la fulmino, con la mirada.

Jesús.

Soy un puto bipolar.

- Pase, señorita Coppola. - Gruño aferrándome más fuerte al picaporte de mi puerta, como si se me fuera la vida en ello.

Ya que, si me muevo apuraría ferozmente las cosas.

Echaría a todos, de mi piso.

Para luego empujarla contra la puerta, rasgar sus bragas y embestir dentro de ella, con brutalidad.

Pero sospecho, que no lo apreciaría tanto como yo.

Santa Mierda.

Su aroma invade mi espacio personal, cuando pasa por mi lado.

Es dulce y floral.

Le ordeno a Marcia que no me molesten, hasta que yo lo diga.

Sé que me mira interrogativa porque estoy a minutos de la reunión con Vargas y sorprendida, porque yo no cancelo nada que se refiera, al control de mis T8P.

Nunca.

Mira con curiosidad, en la dirección de Vangelis.

Y blanqueo mis ojos.

Ésta condenada chica y su enamoramiento platónico, conmigo.

Antes de cerrar la puerta chequeo que todos estén trabajando, como se debe.

Bien.

- Llega tarde, señorita Coppola...

YO

¿Eh?

- ¿Perdón? - Murmuro.

Su oficina es extremadamente grande, elegante y sofisticada.

Una gran pared de vidrio, regala la vista de la ciudad desde su piso.

Asombroso.

Y en el medio de ella, su escritorio.

Corrección.

Su trono.

Rodea su mesa con pasos firmes, sentándose en su sillón.

Mierda, el silencio se hace abrumador.

Me mira profundamente apoyándose contra su respaldo y ladea a un costado su hermosa cabeza, dejando descansar un codo sobre un apoyabrazos y frotando sus labios con dos de sus dedos, me observa pensativo.

Un tic.

Reprimo la sensación de sentir la habitación hacerse pequeña, por la enormidad de mi incomodidad, mientras él me observa silencioso.

Y antes de que pudiera avergonzarme haciendo algo realmente estúpido,

como lanzarme sobre él por arriba de su escritorio por lo lindo que se ve, agradecí su intromisión.

- Le dije en cinco minutos y llegó tarde... - Es frío. - ...debe saber señorita Coppola, que yo odio la impuntualidad.

¿Me está jodiendo?

Miro mi reloj, en un acto reflejo.

- ¿Por cuatro minutos?

¿Dije eso, en voz alta?

Carajo.

- Siéntese. - Me ordena glacial señalando con su pluma, la silla que tiene en frente y haciendo caso omiso, de mi reacción.

Obedezco.

Separándonos solo, su escritorio.

Empiezo a odiar, la madera.

Por un leve segundo esos ojos cubiertos de un manto líquido de energía oscura, se suavizan y baja unos segundos su vista, hacia sus zapatos de forma reflexiva.

Pero, dura poco.

Mierda.

Cuando los vuelve a levantar, se pone de pie y a espalda mía, para caminar en dirección a la gran pared de vidrio.

Y a su paso.

Los muebles, el piso y una gran planta de hojas muy verdes y bonitas de un rincón, se llenan de escarcha.

Ok.

Exageré un poco, pero les juro que el frío lo sentí.

Con las manos en los bolsillos mira el paisaje, que ofrece el gran ventanal.

- No puedes, trabajar aquí... - Dice, como si nada.

¿Qué?

¡Qué!

Sofoco un grito.

¿Qué le había hecho yo, para que esté tan enfadado conmigo?

- ¿Por qué? - Solo sale de mí, luchando por las lágrimas que amenazan con golpear mi rostro.

No voy a llorar.

No voy a llorar, me repito.

Él dirige una mirada por su hombro hacia donde estoy, asesina hacia mí.

- Porque lo digo yo, señorita Vangelis.

Y oh, mi Dios.

Él folla mi nombre al pronunciarlo.

Esa maldita voz.

- Eso...no justifica mi despido, señor Mon... -No sé, de donde saco valor para decirlo.

El jefe me arquea una ceja, cuando se da vuelta.

Siento que quiere venir hacia mi o tal vez sentarse nuevamente, pero lo rechaza.

Cuando está a modo despido lo debe hacer de pie y apuñalando, con su mirada soberbia.

- ¿Duda de mi capacidad de reconocer a un buen activo, señorita Coppola?

¿Se está, sonriendo?

Nop.

La debe tener oxidada, por poco uso.

Arrugo mi nariz y lo miro por primera vez bien a los ojos, ofendida.

- No. Solo que veo cuestionable y disiento con usted, por el hecho de que solo trabajé... - Miro mi reloj pulsera. - ¿Seis horas? Y tomó esa decisión, viéndome solo una vez en persona.

Y que lo jodan.

Si me voy será pateando su trasero y su alter ego, como me enseñó mi hermana.

Estamos mirándonos frente a frente, como bestias a punto de saltarse a la yugular del otro.

¿Cómo se atreve a cuestionarme sin conocerme y sin un puto periodo de prueba, por lo menos?

- Más, de una vez. - Dice, al fin.

¿Eh?

- ¿Disculpe? - Balbuceo.

- Más de una vez, nos vimos... - Aclara su garganta buscando papeles inexistentes, sobre su escritorio y cajones.

Y yo, pestañeo.

Porque me reconoció y no lo niega.

Y sin saber porque, se me hincha el pecho de alegría.

A la mierda.

Enderezo mis hombros.

- Pues yo, no lo acepto.

- ¿Perdón? - Apoya ambas manos en cada extremo de su escritorio, con todo su peso inclinado frente mío.

Estrecha sus ojos dándome la oportunidad, para que me retracte.

Ya que estaba harto, de ser agradable.

Se le notaba en cada onza y por todos los poros su escultural cuerpo que Herónimo Mon.

No era AGRADABLE.

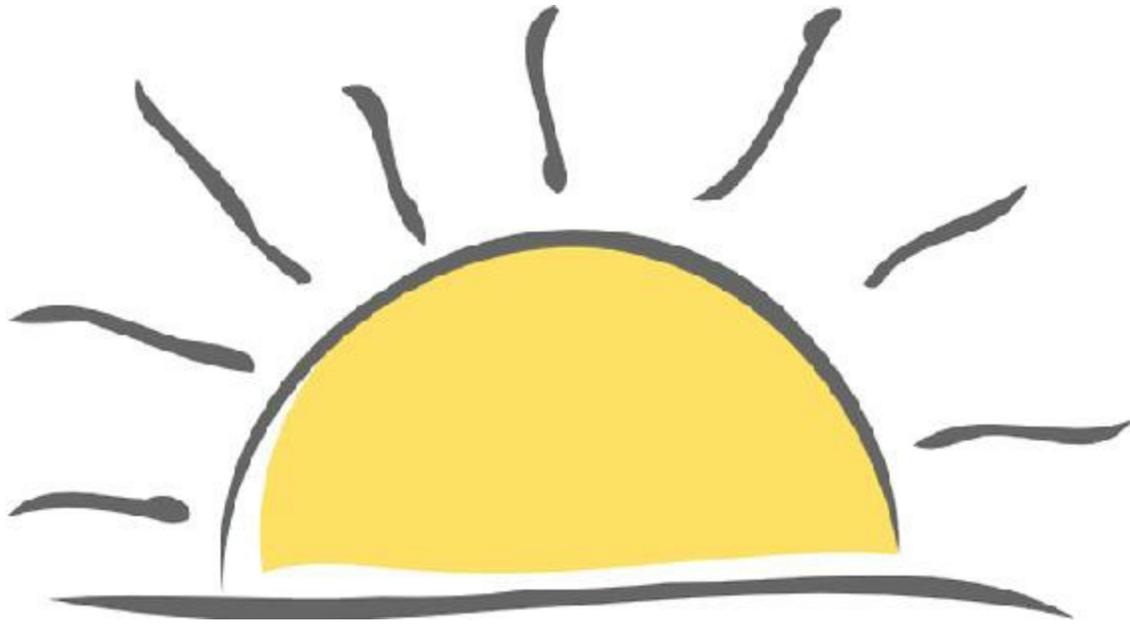
Me encogí de hombros para disimular lo pornográfico que le hacia de lindo, morderse su labio superior.

Segundo tic y jodido cielo.

- Que no acepto renunciar, señor Mon. - Aclaro yo mi garganta ahora, al ver que se vuelve a erguir, cruzando sus fuertes brazos sobre su pecho al escucharme.

Seguido a inclinar su cabeza.

Carajo...



CAPITULO 6

Yo

- Sé que usted es un gran empresario y jamás, lo pondría en duda... - Toso bajando mi mirada a mis manos entrelazadas, sobre mi regazo. - ...pero exijo, mi periodo de prueba. Yo lo merezco señor... - Aún, sigo sentada.

Levanto mi vista para encontrarme los de él comiéndome con la suya, muy pensativo procesando lo que dije.

Creo...

Después de los segundos más desgarradores que sufrí en mi vida, un lado de su boca se curva levemente hacia arriba. Y no soporto su mirada con matiz divertida, profunda y soberbia. Lo desvío a un gran cuadro marino, que tiene en una pared lateral.

- Esta bien, puede retirarse señorita Coppola... - Desliza su sillón para sentarse nuevamente, mientras abre un cajón para sacar su laptop y lo enciende sin mirarme.

Mi cabeza gira hacia él, con la boca abierta.

Me mira a través de sus pestañas en silencio, abriendo un segundo cajón.

- Espero que no sufra, de problemas auditivos... - Gruñe poniéndose unos lentes y enfocando su mirada, en la pantalla de la computadora tecleando algo.

Y Jesús bondadoso.

Porque.Él.Usa.Lentes.

Y no, los de cualquier tipo.

Son los rectangulares de armazón grueso y en color negro, de lectura.

Levanto mi vista al techo buscando una conexión, con el todopoderoso o una señal divina.

Arrugo mi nariz.

No es justo, señor Dios.

¿Por qué, me haces esto?

Dame un descanso.

Ya que adoro, los hombres con lentes. Siempre tuve un enamoramiento fetichista por Clark Kent y por Jhonny Deep en la película La ventana secreta.

Por ejemplo.

Si de niñas con Siniestra mirábamos la película Superman, Karla suspiraba por el héroe de acero y yo por el dulce Clark. En una palabra. Dame un hombre con lentes y considérame, tu mejor amiga para toda la vida.

- ¿Qué significa eso? ¿Qué usted, no me despedirá? - Digo al fin, recuperando algo de mi cordura.

Levanta solo su mirada sin dejar de teclear.

Si fuera en otro momento, ahogaría un jadeo en la forma que me mira.

Pero recuperar mi trabajo, es más importante.

- Usted...no pertenece aquí. Pero tiene razón, señorita Coppola. - Seco. - Dos semanas de periodo de prueba. La estaré vigilan... - Aclara su garganta y se corrige. - ...evaluando. Considérese advertida. - Dice glacial e invitándome a retirarme, con su fría ignorancia.

Maldito cabrón.

Le voy a demostrar, que valgo la pena.

Me pongo de pie sin pedir permiso y camino en dirección a la puerta, con pasos decididos.

Pero una sensación me invade y oprime mi corazón, olvidando por un momento de mi orgullo lastimado y pisoteado.

Y me detengo, apoyada en ella y antes de abrirla.

- ¿Por qué me odia, señor Mon? - Le pregunto, de espalda a él.

Nunca nadie lo hizo y duele como la mierda, que él sea el que lo haga.

Silencio.

- Yo no te odio, Van...

Abro la puerta sin despedirme, el ruido de la recepción se mezcla con el

resoplo de odio del señor oscuro.

Le va tan bien ese título...

HERÓNIMO

Cierro mi laptop y apoyo mis codos sobre la mesa, masajeando pensativo mi sien.

¿Por qué mierda, fui agradable? Yo no soy así. Sé que piensan que esto, no fue para nada agradable y lindo. Pero como para que se den una idea y comiencen a conocerme, como me comporté frente a esta frustrante mujer. Es mi dulce día de navidad. Mi mejor humor o una versión yo, en un día feliz.

¿Se entiende?

La iba a despedir, pero garantizando su entrada de trabajo en otra empresa de no menor prestigio. Con un sueldo si era necesario del doble o triple de acá, que personalmente me iba a encargar de eso. Tengo excelentes contactos, que me deben favores. No iba a ser problema.

Porque ella, no debía trabajar en *TINERCA*.

Tenía que irse.

Yo no follo, empleadas mías.

Jamás.

Punto.

Su frustración era comprensible. Maldita sea, su currículum vitae me lo confirmaba. Sobresaliente en todas la áreas y excelente estudiante. Me partió en dos verla conteniendo la respiración y mirándome con esos putos ojos lindos y brillosos, por contener ese dique de lágrimas por venir y sentí odiarme por ello. Y más cuando en realidad, no quería hacerlo.

Defiéndete nena.

Demuéstramelo.

Sip.

En un rincón muy lejano, vacío y sin uso de mi inconsciente, lo rogué a escondida.

Y la muy perra, lo hizo.

Solo muy pocas personas se atreven a cuestionarme y esta insensata fue una. Y aunque tenía ganas de masticarla viva por atrevida, me enfurecí de felicidad.

Si.

Tal cual.

¿Raro?

Puede ser.

Me cuestionó. Me desafió y me volvió, a cuestionar. Y pese a que lo odié, me gustó.

Levantó su dedo a modo explicativo y sé, que era un acto inconsciente.

Yo la observaba desde mi rincón y quería arrancárselo por audaz o mejor aún, chuparlo.

Jesús, ella me estaba matando.

¿Esta mujercita no entiende, que la deseo? ¿Que la quiero en mí, sobre mí y abajo de mí? ¿He iba a corromper mi control, si se quedaba? ¿No se daba cuenta, que estaba condenada?

Sacudo mi cabeza, cuando la palabra fémica aparece.

No, Mon.

Vangelis se había inclinado hacia atrás y cuando hizo eso, creó una superficie de espacio más grande entre nosotros con el escritorio y esa reacción de enojo conmigo, empujando todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo.

No importaba cuan furioso estaba, su actitud me excitó.

Fue caliente y mi pene, se movió.

Pero disimulé mi erección y las ganas locas de tomarla entre mis brazos y de sentir la necesidad imperiosa, de su cuerpo contra el mío.

Desnudo, obvio.

Y luego, la cagué.

Accedí.

Jodidamente, accedí.

Durante años utilicé a las mujeres para mi satisfacción, después de mi viudez.

¿Placer para enterrar dolor?

Mi lema.

¿El amor, es un sentimiento verdadero y puro?

Mi culo.

Porque el amor, es un sentimiento erradicado para mí.

No existe.

Da pérdidas.

Yo solo, cojo.

Duro.

No hay caricias dulces.

No hay sentimentalismos, ni promesas con suspiro.

Sé que estoy jodido.

¿De acuerdo?

Soy impulsivo y tengo un puto, mal genio. Mis demonios viven en mí, como una maldición que camina a la par mía. Y no me mal interpreten. Amo a las mujeres, es la perfección divina creada por Dios.

¿Pero la conexión, de dos corazones?

¿El amor?

No.

No condenaría a mi infierno a una mujer.

Ya lo hice una vez y lo pagó.

Y yo lo sigo pagando.

Mi biblia y mi calefón.

Mi conexión con una mujer o fémica, es puramente de mutuo acuerdo.

Una negociación.

Puede durar un encuentro o una temporada, como me gusta decir. Ser mi compañera sexual implica demanda, que exijo y poseo con la autoridad que me da el mutuo acuerdo de la mujer de turno y yo. Su compañía es para saciar mi necesidad sexual y la de ella, siendo una relación monógama que solo nos implica a nosotros dos por el tiempo que se dé.

No hay citas, no hay romanticismo, no hay flores. Pero si titúlenle, un compañerismo

Mientras eres mi fémica, me acompañas a galas o fiestas y reuniones que impliquen, la presencia de una mujer.

Pero solo, eso.

Y hay acuerdo, si se respeta mis cuatro reglas:

** No preguntar, por el pasado.*

**No esperar, nada del presente.*

**No hablar, de un futuro.*

Y el no menos importante:

**No besos, en la boca.*

Porque un beso, es una conexión profunda con el alma. Es algo especial y hermoso. Es la comunicación sin palabras, entre dos personas siendo una. Porque no solamente se conectan esos labios, además también nuestros corazones. Y eso, te hace vulnerable. Y aunque suene frío. Este acuerdo, protege a la mujer. Ya que no hay confusión, promesas o malos entendidos. Es directo y los sentimientos, no entran a discusión.

Y este acuerdo y la imagen de Vangelis, colisionan una y otra vez en mi

mente.

Tal vez...

Niego con mi cabeza.

No, Mon.

Ella es pura y dulce pese a ese crispante carácter, que creo que posee. Es un puto rayo de sol, en todo esto.

¿Y lo olvidas?

Accediste, a que siguiera trabajando aquí.

Imposible.

La veo irse, mientras cierra la puerta tras ella.

Yo no te odio, Van.

Solo quería protegerte, nena...

YO

Me cuesta dormir.

Mierda.

No le encuentro la vuelta a mi cama, a mi cobija y a mi almohada. Ya que mi mente divaga una y otra vez fragmentos, de la extraña entrevista con el señor Herónimo Mon. Y por más que lo intento, no encuentro una respuesta decente a ello ya que no tengo una causa coherente tampoco.

Todo fue confuso.

¡Por Dios!

Ese hombre está completamente loco.

Cierro mis ojos mientras intento reflexionar mejor y recapitular, todo el momento y las sensaciones. Sus palabras. Su cuerpo. Y, lo que dije en el orden correspondiente. Tapo mi cara con mi almohada ahogando un grito frustrado, porque mi mente no quiere cooperar.

Y esos ojos...

¿De qué mierda de color, son?

¿Verdes?

¿Grisés?

¿Negros?

Intenté focalizar, en ellos. Pero son fuertes, demandantes y lleno de oscuridad. Imposible sostenerle la mirada, porque a través de ellos podía leer y sentir, toda su mierda mental.

Glacial, roto, déspota, caliente, cretino, mandamientos, ruego.

En una palabra, un cabrón.

Por suerte las cosas en el piso se calmaron un poco cuando regresé de mi extraña reunión, con el jefe de los jefes. Me justifiqué antes mis compañeros curiosos y deseosos de información, con un simple error de papeleos en cuanto a mi ingreso a *TINERCA*. Y la mayoría se quedó con ello o lo disimilaron muy bien, a la falta de contenido de mi información.

Menos, el cuartel de víboras.

Sip.

Dos minutos después aproximadamente, me había convertido en la *“favorita del señor oscuro.”*

O sea.

Históricamente jamás el señor Mon hizo lo que ocurrió en nuestro piso, ante una subordinada. Y por eso oficialmente ese trío de tetas de plástico y con exceso de maquillaje, me habían bautizado como la lame polla oficial de nuestro querido jefe de los jefes.

Cuando los whatsApp explotaron por el chisme, Mel me dijo que lo ignorara que fue lo que hice. Aunque les confieso que mi mente cochina se preguntó, que se sentiría lamer el cuerpo y la longitud de la polla de ese hombre, con genética pateada culos de hermoso.

Estoy segura que si alguna vez Herónimo Mon se dignara a sonreír, derretiría las bragas de todas las mujeres del mundo entero.

Pero, no se ilusionen.

Como les dije anteriormente, la debe tener oxidada por su poco uso.

HERÓNIMO

- ¿Entonces?

Con el rabillo del ojo veo a Rodrigo engullir sin piedad, la bandeja de nachos.

Le doy un sorbo a la botella de mi cerveza mirando la gran pantalla plana de mi sala, que destella siendo la única iluminación. Creo que se inclina para ponerse a mi altura, pero aún me niego a mirarlo.

Disimulo concentración en el partido.

- ¿Y? - Continúa.

- ¿Y qué? - Le gruño arrebatándole la bandeja de nachos y masticándolos, como si me debieran dinero.

Se gira más, hacia mí.

- No seas come mierda, Herónimo. Entiendes muy bien, lo que te estoy preguntando...

Estamos los dos en el gran sofá, estiro mis piernas y las coloco una encima de la otra sobre la mesa baja. Apoyo la bandeja en medio de nosotros dos y me paso las manos, por la cara exhalando.

- A ver...que no entiendo... - Digo preparándome, para su verborragia inquisitiva.

Me mira.

Me sigue mirando.

Carajo.

- Que me cuentes hombre, que fue esa puta llegada tuya a nuestro piso, tipo hombre de las cavernas y con esa mirada de *No.Me.Importa.Una.Mierda.De.Señor.Todo.Poderoso.*

Cuento hasta diez.

- ¿Pero qué demonios? - Me cruzo de brazos.

- Joder hermano, nunca te vi así. - Baja sus pies, para mirarme directamente. - En el trabajo, sí. Pero con una mujer, no...

¿Qué?

Frunzo mi ceño.

- Vamos a dejar en claro, un par de cosas...

- No te pongas conmigo a modo jefe autócrata. Eres mi hermano y esa mierda autoritaria, sabes que no funciona en mí. - Me dice.- No sé de dónde carajo la conocías, pero lo que sé, es que no tenías idea que trabajaba para ti.

- Hace una mueca. - ¿La lista con los activos nuevos de *TINERCA*, que te dejé?

Resoplo mirando el techo, provocando que mis rulos vuelen a un costado y afirmo con la cabeza.

- ¡Que me jodan!

Giro mi cabeza hacia él.

Oh no, no y no.

No me mires, así.

- ¡No! - Respondo a la pregunta, de sus ojos divertidos.

- Si.

- Si mencionas algo...una sola palabra de lo que estás pensando, patearé tu trasero. - Lo amenazo.

Su sonrisa maligna que marcaba victoria en sus labios, creció más.

- Admítelo.

- No.

- Dilo.

Bufo.

- ¿No me dejaras en paz, verdad?
- Jamás.- Orgullosa.

Puto.

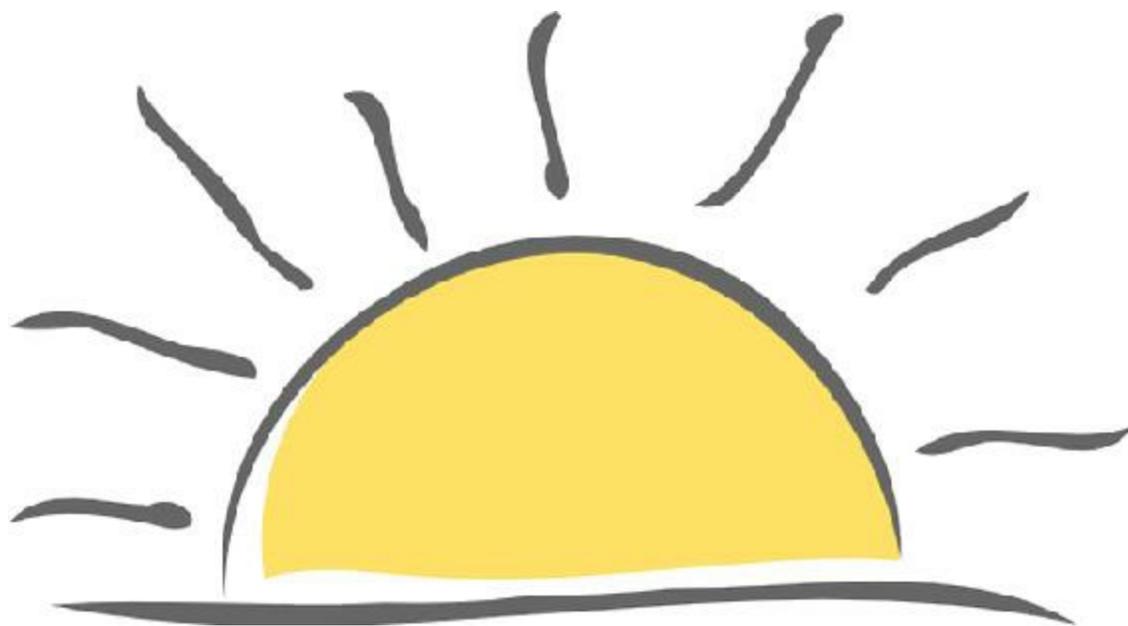
- Hay algo, en ella... - Digo entre dientes y muy bajo.
 - ¿Perdón?
 - Me gusta, un poco...- Murmuro sacándome los lentes, para limpiar una mancha imaginaria.
 - ¿Qué? No puedo, escucharte bien... - Pone su oído cerca de mí, divertido.
 - Eres un imbécil ¿Eso sí, puedes escuchar bien?
 - Dilo bien hombre, eres adulto. - Se cruza de brazos.
- Me reacomodo los lentes, en puente de mi nariz.
- La vi el domingo en la playa. Tenía el peor vestido de la historia de feo, acompañada por cinco perros. Lo que sigue, lo viste hoy... - Y no sé por qué, le oculté a Rodo lo de la cafetería. Tal vez para que no me tome, como un acosador pervertido. Eran muchas coincidencias o causalidades.

No lo sé.

- ¿Y?

Me encojo de hombros, para restarle importancia.

- Me gusta ¿De acuerdo? Pero no deja de ser, una empleada mía ¿Conforme? - Dirijo mi vista al partido, que está llegando a su fin. Rodrigo se pone de pie tomando sus llaves y celular.
 - Por ahora... - Se encamina, hacia la entrada de mi piso.
- Collins le abre la puerta al verlo, mientras lo sigo.
- Nos vemos mañana en el almuerzo, marica.
 - Idiota. - Replico.
- Ríe con ganas por mi dicho, mientras desaparece en el vestíbulo.



CAPITULO 7

Yo

- ¿Pizza?

Mel se asoma a mi box bajando y subiendo sus lindas cejas depiladas de forma graciosa.

Sonrío dejando los papeles en los que trabajo, apoyando mi codo y descansando en una mano mi barbilla.

- ¿No te cansas, de comer pizza?

- Nop. Creo que otra vida pude haber sido, una de las tortugas ninjas.

Sonrío más.

- Pero aún no son las 12:30h. - Confirmo mirando de reojo, el reloj de pared del piso.

- Lo sé, faltan '15... - Se pone de punta de pie, para husmear mi trabajo por sobre mi box. - ...pero has avanzado lo suficiente para escaparnos un rato antes, sentarnos en la cantina antes de que Rodrigo aparezca con su molesto trasero y compañeros a compartir mesa y podamos charlar tranquila. Necesito que me cuentes de la entrevista, que tuviste con nuestro sexi y caliente jefe de los jefes.

Si supiera...

Arrugo mi nariz, pensativa.

- Por favor, por favor, por favor, Van... - Junta sus manos rogando y con cara de perrito mojado. - Amo asquerosamente la pizza y me dijiste que te gustaba mucho a ti también. Prometo que, si nos vamos ahora, coquetearé con el chico del buffet para que le ponga extra chorreante y calórico queso mozzarella...

Muerdo mi pulgar.

Imposible decirle que no, a esta mujer.

HERÓNIMO

La puerta se abre y Rodrigo entra a mi oficina con la vista clavada en su celular, leyendo y tecleando como si nada. Elevo mis ojos al cielo.

No aprende, dame paciencia señor.

Resoplo.

- ¿Qué pasa? - Digo dejando lo que estaba haciendo y frunciendo mi ceño.

- Sácame esa cara de haberte tragado una polla. Marcia me dijo, que te encontrabas solo en tu oficina. - Se justifica por entrar sin avisar y deteniéndose frente mío, mientras guarda su celular en el bolsillo trasero de su pantalón de vestir.

Le entrecierro los ojos.

- ¿Entonces? - Le gruño. - ¿Hoy no sientas tu culo, para molestarme? - Señalo con mi pluma, la silla frente a mi escritorio.

Pone su mano en el corazón teatralmente, como si le doliera.

Luego ríe.

- No te ilusiones cabrón. Por supuesto que te voy a molestar, pero no aquí. Levanta ese puto trasero sexi que tienes, que te voy alimentar. - Ante mi nula reacción, exclama. - ¡Cantina hombre!

- Hoy, no... - Contesto ignorándolo y acomodando unas hojas.

- ¿Hoy no? ¡Pero si nunca vas! Si no fuera porque fui testigo de acompañarte un par de veces por café, juraría que ni enterado estás de la existencia de la cantina y de que color son sus sillas.

Gruño.

- Yo mandé a construir la cantina idiota y son rojas...

- Pero que gracioso ¿Te desayunaste, un payaso hoy? - Burla mi sarcasmo poniendo las manos en sus caderas y descansando su peso, en un pie.

Me hace reír.

Rodrigo es una de las pocas personas que lo hace, con Juli. Enderezo unos papeles dentro de una carpeta, con un golpe contra el escritorio.

- Pareces marica.

Ríe, conmigo.

- ¡Venga levántate! El sábado tienes una pelea y te bajaran de un hondazo por falta de energía. Y tía Marleane hará de mi un felpudo para pies, cuando vea tu bonito rostro a cuadritos por la paliza y por causa de no haberte alimentado, como corresponde.

- Sabes que detesto la muchedumbre Rodo, socializar no es lo mío. - Vuelvo a gruñir. - Lo detesto.

- Pero tampoco puedes vivir a granola, café negro y esporádicamente a una comida casera hecha por Marcello. Es hora de cambiar ese hábito Hero. - Me apunta con su dedo desaprobatoriamente. - Te estás poniendo viejo amigo y eso, no es bueno para tus huesos...

- Si serás puto. Eres más grande que yo. - Me pongo de pie sonriendo y buscando mi celular, engancho mi pluma en el bolsillo de mi camisa azul y recogiendo la carpeta.

Rodrigo me taladra, con la mirada.

- Ah no, no y no. Eso se queda. - Toma la carpeta entre mis manos y la tira sobre la mesa.

- No voy una mierda, si no la llevo. - Maldigo, recogéndola nuevamente. - Necesito leer este informe, no me sobra el tiempo y lo sabes.

- Tu y tu puto control obseso. Tendrás cincuenta y parecerás de ochenta por culpa del estrés. - Levanta los brazos al aire farfullando mientras camina hacia la puerta, la abre y me espera. - Necesitas una mujer, sextillizos y una linda casita en el campo con vacas y todo eso...

Mi teléfono suena.

Doy gracias por ello para evitar golpear a mi mejor amigo de una forma lenta y dolorosa, por su comentario.

Miro la pantalla.

Carajo.

Salimos y caminamos por la recepción, Collins se levanta de su escritorio para ser nuestra sombra hacia los ascensores.

- Chicas... - Saluda Rodo en su castellano sexi, guiñando un ojo a Marcia y otra empleada.

Ruedo mis ojos.

Si será jodido.

Y sin mirar a nadie, atiendo.

- Amanda. - Nos introducimos en el ascensor, aprieto planta baja e introduzco mi tarjeta personal por la ranura.

- Te extrañé, cariño... - Escucho su voz suave, fingida y melosa del otro lado.

A ver.

Les voy a decir algo para que entiendan que la mayoría de ustedes, se encuentran confundidas o ligeramente erradas. Los hombres odiamos del verbo detestar y mucho, cuando una mujer finge la voz y hace morritos. Porque siempre, viene acompañado de ello, infantil o la de bebé.

¿Qué necesidad?

¿Si el sonido y el timbre natural de una mujer es putamente celestial y la melodía más embriagadora? Y ni hablar cuando dice con ella y en medio de gemidos, que se la metas en la boca.

Ok.

Lo sé, la cagué.

Pido las disculpas, correspondientes. Pero para la información de ustedes esto, si es puramente verdad. Les paso la data, por si acaso. Maridos y novios, créanme. Muy felices y agradecidos.

- ¿Qué quieres, Amanda? - Gruño mientras Rodo al escucharme, hace la mímica de meterse los dedos en la boca y querer vomitar, haciendo sonreír dentro de su seriedad, a Collins.

- Del sábado, no sé nada de ti cariño. Estuve con Andrea ¿La recuerdas?

Arqueo una ceja, sonriendo.

Como, no.

Trabaja dando clases de aerobics en el gimnasio que sé entrenar cuando no lo hago desde casa y Amanda, es una de sus alumnas.

Lo que no sabe es que ese bonito trasero y yo, hemos cogido un par de veces. Parece que Andrea respetó, mantener en secreto esos encuentros.

Bien.

- Me comentó después de su clase, que se rumoreaba entre los chicos del gimnasio, que pelearas este sábado próximo...

Nota mental.

Que el Polaco cierre su boca, con los muchachos del gym.

- Si. - Solo digo saliendo del ascensor y caminando en dirección a la cantina.

- Te iré a ver ¿Entonces, nos podemos encontrar allá? - Evito su pregunta, pensando en hacerla pasar un mal rato o no.

Niego, eso demoraría más la llamada.

- Bien. Te dejo Amanda, estoy ocupado. - Cuelgo, sin esperar su

contestación.

No hay un hasta luego. Saludo ni nada. No me interesa.

Ella no me interesa.

- ¿Viene a la pelea? - Pregunta, de mala gana Rodrigo.

Me encojo de hombros, realmente no me interesa lo que esa mujer haga. Y por eso, escucho un joder en voz baja de Rodo. Nunca tuvo simpatía por Amanda y lo comprendo. La conocimos cuando festejé el 5vo aniversario de las T8P. Yo tenía veinticuatro años y Amanda veintisiete. Era la organizadora de eventos que me designó, la empresa que contraté. Y lo hizo impresionante y como me gusta. A tiempo cumpliendo mis demandas y sin complicaciones ni fallas. Y siendo, una excelente anfitriona de eventos. Por eso hasta hoy en día, ella se encarga de todas esas mierdas en la que implica, la aglomeración de gente y que yo detesto.

Es muy buena con su trabajo. Y también, en otras áreas. Pensé que me gustaba. Parecía agradable su compañía, sin olvidar que es una mujer sofisticada, elegante y hermosa.

Muy hermosa.

Pelo largo y rubio natural, que cae como cascada sobre sus hombros.

Alta, ojos claros y piernas kilométricas con un cuerpo para el infarto. Y una de las cosas que me gustó cuando las probé, sus tetas naturales talla grande. En una fiesta de fin de año que organizó la *Mercantile Commers* y no pude rechazar, le pedí que me acompañara y accedió gustosa.

¿La velada?

Como lo son siempre.

Estiradas.

Saludos falsos.

Gente rica regodeándose de sus millones.

Mujeres u amantes de ricos magnates o famosos, envidiosas del vestido de diseñador de la otra o burlándose por lo bajo, de su par de kilos de más.

¿Sigo?

Caviar.

Champagne.

Comida gourmet como plato principal valorizado en miles de dólares, que no llena ni una muela careada.

¿Lo único bueno, en este tipo de cosas?

La orquesta sinfónica, en vivo.

Me agrada disfrutar, de la música clásica. Pero ni un buen *Antonius*

Stradivarius, es suficiente para que yo pueda soportar la aglomeración de gente.

¿Les dije que odio, las reuniones multitudinarias?

¿No?

Pues sí, las odio.

Detesto las fiestas, de cualquier tipo. De gala, beneficencia, sindicalistas, políticas, las de fin de año, casamientos o de lo que sea. Tolerando solo las de mis T8P, por razones obvias. No me mal interpreten, las de buena causa como las de beneficencias las apoyo totalmente y en lo que pueda. Pero no tolero, la multitud. La acumulación de gente en un mismo lugar y lo que con lleva a eso, la falsedad. Gente falsa, fingiendo que no los son. Y de ello, sé bastante. Soy una persona poderosa, multimillonaria e influyente y todos quieren regodearse conmigo, con diferentes fines. Porque mi nombre y apellido, pisan fuerte. Los hombres me envidian o mueren por salir en una foto conmigo, estrechando mi mano. Y las mujeres me desean y pelean, por aparecer de mi brazo en ellas.

Y Amanda Adams, fue una.

Esa noche después de varias copas de champagne y *Jack's*, cogimos duro.

Tres veces.

En el baño de dicha gala, en mi auto y en su departamento.

¿Lo positivo?

Que le gusta el sexo de mil posturas diferentes.

Es una chica, muy flexible.

¿Lo negativo?

Cuando le pedí ser mi fémica de turno y explicarle mis reglas, accedió. Fue el acuerdo más largo, que tuve con una mujer. Al principio todo marchaba bien, cogíamos como conejos y me acompañaba a fiestas si lo requería. Pero no citas, no besos y no romance.

Pero las cosas por parte de ella, comenzaron a cambiar con los meses. De la nada, revistas del corazón y periódicos comenzaron a escribir sobre nosotros con data muy específicas. Etiquetándola a ella de mi novia y con ese título, surgió especulaciones y por ende, de mi matrimonio en el pasado.

Amanda confundida por ese glamour, comenzó a creerlo y a mostrarse por el Holding y fiestas como tal.

Adoraba en silencio y en mi presencia, que la gente comentara de lo nuestro.

Sumándose la persecución de los paparazzis y aunque se negaba a asistir porque la invitaban a programas amarillistas para confirmar lo nuestro, eso

comenzó a fastidiarme. Porque con el tiempo descubrí que Amanda a mis espaldas, daba información a los periodistas de nuestros destinos por eso. Donde Collins y Grands con su equipo un par de veces, tuvieron que hacer una persecución cerrojo para secuestrar material con imágenes nuestras.

Y eso fue la gota, que derramó el vaso.

Y mi ira se colmó cuando de sus labios, lo confesó.

Porque ella, quería más y creía que con el tiempo, yo iba a acceder a ese más.

No.

Éramos buenos en la cama y nos complacíamos, por el acuerdo.

Solo eso, yo nunca la amé. Nunca le di, falsas expectativas. Nunca, la ilusioné. Ella, lo sabía.

Y por eso le di fin a todo esto.

Punto y culminación, de nuestro acuerdo.

Minutos después, doy una mordida a mi sándwich de pollo.

Muy bueno.

Nos colocamos con Rodrigo en un rincón, uno de los más alejados. Pero el que me permite tener una visión periférica, de 180 grados de la cantina. No puedo evitarlo, me gusta tener el control de todo lo que me rodea.

Collins se ubica, a un par de mesas de distancia nuestra para almorzar.

Bien.

- ¿Hoy entrenas? - Me pregunta Rodrigo dando un gran sorbo a su gaseosa, para que le corra la media res que se está comiendo.

Como buen Argentino, ama la carne roja. Sentado en la esquina de la mesa y con un pie sobre mi rodilla sirviéndome de base para apoyar mi carpeta verde, doy vuelta una de las hojas haciendo anotaciones en sus laterales.

Rodo está sentado en uno de los lados de manera que sus compañeros de trabajo del Holding, se acercan a su lado para saludarlo con el típico golpe de puños o palmadas en el hombro.

Pero no podían, dejar de mirarme a mí.

Sip.

En la cantina para sorpresa de muchos, estaba el gran jefe almorzando y me saludaban con respeto.

Bien.

Al principio fue el típico bajo murmullo, cuando se percataron de mi presencia. No se atrevían a mirarme, pero eran curiosos.

Corrección.

Estaban fascinados, mirándome con mal disimulo.

Le di un trago a mi café negro, como si nada.

Era normal.

Las mujeres es otro tema, sonrían susurrando cosas observándome lascivamente la mayoría y señalándome por lo bajo. Mi magnetismo con el género femenino es poderoso, casi mortal.

Y me gusta.

Pero, no es más que un bonito exterior chicas.

Lo vuelvo, a repetir.

Mi alma es negra y de un líquido oscuro.

<< *Me maldijiste Herónimo...me lo llevo conmigo...y yo, te maldigo ahora. Hasta tu tumba...>>*

La sonrisa de ella viene a mi mente con ese recuerdo y aunque era apagada, fue cruel y llena de rencor.

Cristo.

Sacudo mi cabeza, para borrar ese recuerdo.

Mi condena.

Y por eso, necesito pelear.

Necesito sacar todas mis mierdas, en el ring el sábado.

Mis putos demonios.

- Si. Esta tarde, después del Holding. - Le respondo, acomodando mejor mis lentes. - En el gimnasio del Pen. El Polaco me programó un entrenamiento intensivo, con fisioterapia después.

- Según lo que leo. Ese Kid el perro, es un maldito pateador de culos de 130kg de masa muscular agresiva... - Me dice leyendo los WhatsApp del Círculo.

Yo no tengo esas mierdas, de redes sociales.

No me interesa, a excepción de la oficial de *TINERCA*.

Y aunque su tono quiere sonar despreocupado, lo está. Ya que nunca tuve, un oponente tan grande.

Jamás superaron mi peso y este está, por encima de los 35kg.

- No me preocupa. - No lo miro, porque sé que notaré su temor.

Y tengo que darle la confianza, que tengo en mí.

- Así que, no lo hagas Rodo. - Le digo.

Me mira pensativo.

- Lo harás bien, lo sé. - Luego silba, volviendo a la pantalla de su celular. - Hermano, las apuestas se han superados, por saber que vas a luchar.

- Mejor. Más para el hospital. - Respondo satisfecho.

Es lo único que me importa.

Por Juli y por todos ellos.

Una carcajada resuena en la cantina, haciendo que Rodo y yo giremos la cabeza a ese sonido.

Mierda, la podría distinguir a kilómetros de distancia.

Y mi cuerpo, se estremece ante esa risa.

Es profunda y suave.

Ella vino.

Ella está aquí.

Rayo de sol.

Está en el buffet con una botella de gaseosa de naranja, entre sus manos.

Mis ojos se resbalan, por su cuerpo.

Carajo.

Es tan hermosa.

Y lo más sexi es, que no lo sabe.

Su blusa azul acaricia su cuerpo marcando esos pechos pequeños, redondos y perfectos.

Jódanme.

¿Dije pequeños y que eran perfectos?

A mí, no me gustan los pechos pequeños. A mí me gusta, que llenen mis grandes manos. Pero los de ella, jodidamente me atraen y me gustan. Y quiero probarlos. Sentir ese suave pezón rosa, para mimarlo con mi lengua. Degustar su sabor. Todo para mí.

Mi mirada baja, hasta sus caderas.

Linda falda corta y oscura.

Lindas botas negras.

Un momento.

Rebobina, Mon.

¿Dije, falda corta oscura?

¿Dije, una puta falda corta?

Acomodo mis lentes.

No sé, si para ver mejor o para disimular la angina de pecho, que me va a agarrar.

Porque Vangelis tiene puesta, una falda.

Corta.

Demasiado, para mi gusto.

CORTA.

Joder mujer.

Eso no tapa tus piernas.

¿Qué pasó, con ese feo vestido largo de estampas?

La ira me recorre mientras escaneo el lugar y muchos de mis activos, la miran descaradamente como yo. Me maldigo por no traer, mi saco de vestir para taparla. Y quiero ponerme de pie y cubrir sus condenadas piernas lindas, con una de las cortinas de los ventanales de la cantina.

¿Me lo permitirá?

- Ella es caliente... - La voz de Rodrigo me saca de mis pensamientos, pero no de mi ira.

Lo fulmino con la mirada mirando nuevamente hacia el buffet, dándole otra mordida a mi sándwich para disimular las ganas de agarrarlo por el cuello, al chico que atiende el mostrador y que sonrío a Vangelis.

Él es alto y rubio.

¿Apuesto?

Jodidamente si, carajo.

Una versión más casual, de algún integrante de bandita pop del momento.

¿Le está coqueteando, a rayo de sol?

¿A mí, rayo de sol?

¿Eh?

No tengo tiempo de analizar esto último, que dije. Lo haré esta noche y en conversación, con mi almohada.

- Deberías llevarla, a una cita. - Lo miro a Rodrigo como si me hubiera dicho, que la tierra es plana.

Se encoje de hombros.

- ¿De qué mierda, estás hablando? - Señalo su plato. - ¿Esa carne, tenía drogas? - Vuelvo a mis papeles, pero la miro a través de mis pestañas.

El chico le alcanza una bandeja con una gran pizza y tiene un papel doblado, entre sus dedos.

¿Pero qué, mierda?

Se lo envuelve entre sus manos, en el cruce de comida.

¿Él la tocó y le pasó, su puto número de teléfono?

- Hero si la sigue mirando de esa manera, la gastarás hombre... - Ríe.

Y yo, resoplo.

- ¿Dame un respiro ¿si?

- Sal, con ella.

- No.

- Sal, con ella. - Repite.
- No. Trabaja para *TINERCA*. - Justifico.
- A la mierda, eso. - Se tira, contra el respaldo relajado.
- Veremos... - Digo para que calme, su idea celestina.
- Oye, eres el jefe... - Me alienta, mientras sus ojos se depositan en Van y Mel.

Se sonríe.

- ...a menos que estés interesado en ella por una noche, lo cual te daría la razón entonces. - Prosigue. - Pero oye...puedo entenderte hermano, mira esa curvatura trasera porque Vangelis tiene, un muy buen cu...

- Termina esa oración y te juro que meteré, la botella de tu gaseosa en tu trasero. - Le advierto a Rodrigo, quien hecha su cabeza hacia atrás para reír a carcajadas.

Me señala.

- Como lo sospeché, no es una follada rápida de una noche. - Se sonríe más. - Reconócelo.

Ruedo mis ojos.

Ya empezó con lo mismo.

- ¿Qué? - Digo de mala gana, porque me sigue mirando.

- Si serás, mierda. Que te gusta endiabladamente para más, hermano.

Ni me molesto en contestar.

Con mi silencio doy por finalizada esta charla, sumergiendo mi mente en los papeles que tenía frente mío. Toda esta conversación, empezaba a molestarme. Principalmente, porque comenzaba a tener sentido.

No sé.

No estoy seguro...

YO

- No quisiste darme el tuyo, así que toma el mío. Tal vez te interese ir al club donde trabajo, los fines de semanas como barman. - Me dice Andrew.

Él es muy lindo y agradable. Trabaja en la parte de atención al público, del buffet.

- Prometo GinTonic y Mojitos Cubanos, gratis. - Nos guiña un ojo cuando desliza un papel doblado entre mis manos, cuando me entrega la pizza.

Lo abro curiosa.

Es su teléfono con la dirección y el nombre del club nocturno.

- El sábado, estamos ocupadas. - Responde por mí, Mel robando una

aceituna de la pizza.

Andrew se sonríe sacándose la gorra negra con las inscripciones en rojo con la palabra *TINERCA*, para acomodar su rubio pelo. Para luego apoyar sus brazos cruzados con su peso, en el mostrador. Nos mira. Es muy atractivo. No es guapo y tan alto como Herónimo, pero atractivo.

Mierda.

¿Por qué lo comparo, con el señor oscuro?

Cómo si le importara.

Y sueño, como si pudiera haber una mínima casualidad a suceder.

Somos diferentes.

Mundos diferentes.

Voy a ir el sábado.

¿Por qué no?

Necesito despejarme y unos tragos con buena música, no me van hacer nada mal.

- ¿Lo tenemos? - Miro curiosa, a Mel.

- Sí. ¿No te lo dije?

Niego.

Comencé ayer a trabajar, así es que lo dudo.

Golpea con la palma de su mano, su frente.

Actriz total.

Lo estoy empezando a descubrir, de mi nueva súper mejor amiga.

- Pues te lo digo, ahora... - Recoge un par de servilletas de papel y cubiertos descartables, mientras caminamos por el largo del mostrador.

Me mira, por sobre sus hombros.

- No te comprometas con nada Van, tenemos salida de chicas el sábado por la noche. - Roba otra aceituna buscando con la vista, una mesa que le agrade.

- ¿Después, de las 24h? - Pregunta Andrew con una sonrisa dulce, sirviendo un plato con comida humeante a un compañero.

Va a la registradora para guardar el dinero, sacar el cambio y se lo entrega.

- ¿Qué podría llevar, tanto tiempo Mel? Podríamos ir al club, después de la salida de chicas.

Hace una mueca con sus labios, pensativa.

- Es que quiero que veas algo y no me mires así... - Ríe. - ...es una sorpresa y sé, que te va a encantar... - Pone cara y tono enigmático.

Andrew y yo, no podemos evitar reír.

Levanta hacia el cielo, ambos brazos divertida.

- Pero qué mierda ¿Por qué no? - Lo mira entrecerrando sus grandes ojos negros, hacia Andrew. - Amigo yo no olvido las promesas y menos cuando está en juego, ricos tragos gratis... -Su dedo lo apunta, amenazante.

Andrew hace la cruz en su pecho.

- Promesa, chicas. - Mira a Mel y largamente, a mí.

Carajo.

- ¿Entonces, las espero?

Mel me toma de un brazo y me guía, por las mesas.

- Puedes apostar, cariño. - Le dice, por sobre su hombro.

- ¿Qué fue, eso? - Le pregunto reposicionando la bandeja para que no caiga, mientras caminamos.

- Hacerlo desear amiga. Andrew te comía con los ojos. Y jodidamente lo amo. Tu coqueteaste al final con él y mira ¡el extra queso que tiene el amor de mi vida! - Señala la pizza.

Río.

- Yo no coquettee con él, Mel. Simplemente fui amable, porque Andrew lo fue.

¿Yo coquetear?

Si jamás lo hice y no me considero buena, en ello. De casualidad tuve un novio en mi vida y me fue, muy mal. Después de eso, descarté futuras oportunidades y me focalicé en mi carrera. Marido, hijos y una linda casa con verjas blancas, en un futuro lejano.

- Aha... - Dice buscando concentrada por la gran cantina con sus ojos, hasta que divisa dos brazos entrecruzándose por lo alto, llamándola. - Vamos...ahí están... - Me incentiva a caminar con un empujón suave, riendo por mi cara.

¿Están?

¿Quiénes?

Y miro con un suspiro, nuestra mesa de ayer. Tengo mucha hambre y quería sentarme ya. Saludamos por lo alto a nuestros compañeros, que hoy con ellos no. Camino detrás de ella y con cada paso que damos una ola de calor me invade, con esa maldita sensación que me recorre hasta mi bajo vientre.

Mierda. Mierda.

No otra vez.

Él está aquí.

Porque lo siento, como en la cafetería.

Perra suerte.

Cuando levanto mi vista, Rodrigo nos recibe con una gran sonrisa de

felicidad, dando un último bocado a su comida.

Y está, él.

El jodido hombre más guapo de la historia en la misma mesa, con los que tengo sueños como protagonista desde hace dos días, o mejor dicho pesadillas. Que mala pata, este hombre es mi jefe y no cualquiera.

Es el jefe de los jefes.

Una potencia mundial, el rey del acero.

El que me despidió ayer denigrando y desvalorizando mí persona. Para luego por capricho, así como me despidió, volvió a incorporarme haciendo que me sienta una mierda. Porque él, me odia. Hombre hermoso de rasgos celestiales de Adonis y de piel dorada. Pero, aunque parece un ángel con ese rostro de abundantes rulos y ondas avellanas, ocultan cuernos del diablo dentro.

Arrugo mi nariz.

A mí, que no me jodan.

Ambos se ponen de pie, para recibirnos.

Y Mel aprovecha mi desventaja y rápidamente pasa por Rodrigo para tomar asiento a su lado, siendo pura risa.

¿Por qué presiento que la muy perra, lo hizo apropósito?

El lugar de Herónimo está ocupado por papeles. ¿Este hombre descansa alguna vez?

Se hace un lado para que pase y me sitúe en un costado. A su lado y contra la pared.

Genial, sin escapatoria.

Y Jesús.

¿Por qué, me mira así?

Hay enojo, en ellos.

Y del mucho.

¿Conmigo?

Su mirada sobre mí, es una tormenta de nieve tempestuosa por lo fría y de una oscura noche, a través de sus lentes sexis.

¿Qué color de ojos, tiene?

¿Azules?

¿Marrones?

¿Se molestará si le pregunto de que, color son?

Sonríó, para mis adentros. Por supuesto, que sí. No lo haré, el jefe es peligroso.

Tal vez más tarde, se lo consulte a Mel.

- Señorita, Coppola. - Como que gruñe, al decir mi nombre.

Hoy no hubo follada, en su voz.

El muy cabrón.

Repito.

¿Qué le hice, para que me odie tanto?

- Señor... - Solo digo, pasando a mi lugar.

Exhalé una respiración y aflojé mis puños que no había estado consciente de que apretaba con fuerza la bandeja con la pizza, al dejarla en la mesa. Acomodo mi falda, cuando tomo asiento. Y su mirada cae nuevamente en mi persona, en mi falda azul y luego en mi rostro sin disimulo. Y su ceño se frunce y lo dice todo.

No le gusta.

Mierda, ahora me odiará más.

La compré en una barata de una tienda comercial, cuando fuimos con Karla. Siniestra me dijo, que me quedaba de muerte. Pero claro, no es sofisticado ni de diseñador. A este hombre le debe gustar, la mujer con ropa de alta costura. Y a mi mente viene la foto que pude ver en la universidad, abrazando a una sensual rubia con un vestido fino, ajustado y delicado en color rojo. Al tomar una porción de pizza, me ofrece su servilleta de tela a cuadros rojas.

Al jefe le dan de tela, no de papel.

¿Por qué, me la ofrece?

¿Caballero?

¿Le importo?

El calor me invade, en solo pensarlo.

Me desinflo.

No te ilusiones, Van.

Tomaste la porción de pizza con la mano.

Debe adivinar, que soy propensa a las manchas.

HERÓNIMO

Estoy cabreado.

Jodidamente, cabreado.

Vangelis y el chico, se sonríen.

Andrew creo que es, su nombre.

¿De qué carajo, hablaran?

Ella y Mel recorren el buffet y él, las sigue.

Corrección.

La sigue, en realidad.

Y le vuelve a sonreír.

Carajo.

Necesito contar hasta diez para no levantarme y darle un puñetazo, para borrar esa estúpida y perfecta sonrisa, gracias años de ortodoncia que le regala a rayo de sol.

Mel, interfiere.

Bien.

Buena chica.

Pero Andrew la sigue, con la mirada.

¡No le mires las piernas, cabrón!

Ella es, mi rayo de sol.

Punto.

Me saco los lentes para masajear mis ojos y que Rodo, no pueda ver mi frustración.

- ¡Las chicas vienen, hacia acá! - Me codea, con aire cómplice.

¿Qué somos?

¿Adolescentes, en plena pubertad?

Le gruño y se ríe, haciéndoles señas. Se acercan y son hermosas. Mel va primera, sonriente. En su envase pequeño y angelical que tiene por esos bucles naturales que le caen por sus hombros, pero con algo de bruja. Ya que siempre un paso delante de los demás, en lo que piensan. Noto ciertas miradas de inteligencia, entre Rodo y Mel.

¿Y eso?

Si serán.

Vangelis no lo nota.

Dios.

Es tan ingenua. La mirada y risa de Mel al tomar asiento al lado de Rodo, es la de un chico que hizo una diablura divertida y se cumplió. Vangelis la mira curiosa y luego, su lugar.

A mi lado.

Si nena, te sentarás conmigo.

Se petrifica, lo sé y la pone nerviosa.

Porque la siento en mi piel.

Bonita.

Gimo por lo bajo, por lo sensual que se ve.

Cuando recuerdo la puta falda.

Evocando que estoy cabreado con ella, por eso.

Carajo.

- Señorita, Coppola. - Mastico su nombre, de la bronca.

Y suspiro para mis adentros aliviado al saber que estará arrinconada y yo haré el resto al sentarme y poder tapar esas dulces piernas, de la vista de cualquiera.

- Señor... - Su voz es pura ternura.

Jodido universo, denme un respiro.

Su sonido es vulnerable, aunque me quiere demostrar fuerza y que es valiente.

Cosita.

Y mi pene, rebota entre mis pantalones.

La miro descaradamente y me importa tres mierdas, si Mel y Rodo lo notan.

Ya que su falda se SUBE, al sentarse.

Y le queda condenadamente bien. Quiero tomar con mis manos, esos muslos y taparlos.

O lamerlos.

Piensa rápido, Mon.

- ¿Servilleta, señorita Coppola?

Ella me agradece y se ruboriza. Y la abre para ponerlo sobre su regazo, tapando sus piernas y cumpliendo mi plan.

Soy un puto genio.

Por el rabillo del ojo veo a Collins reposicionarse desde su lugar, para tener una mejor perspectiva visual. No conoce a Vangelis y para él todo lo nuevo, es un cartel en rojo de neón con la palabra *peligro* sobre mi persona.

Nota mental.

Reunión rápida con mi mano derecha, para informarle de mi rayo de sol.

Nota mental dos.

Adivinaron.

Que mantengan, un radar en ella.

¿Un histérico y obseso, dicen?

Si.

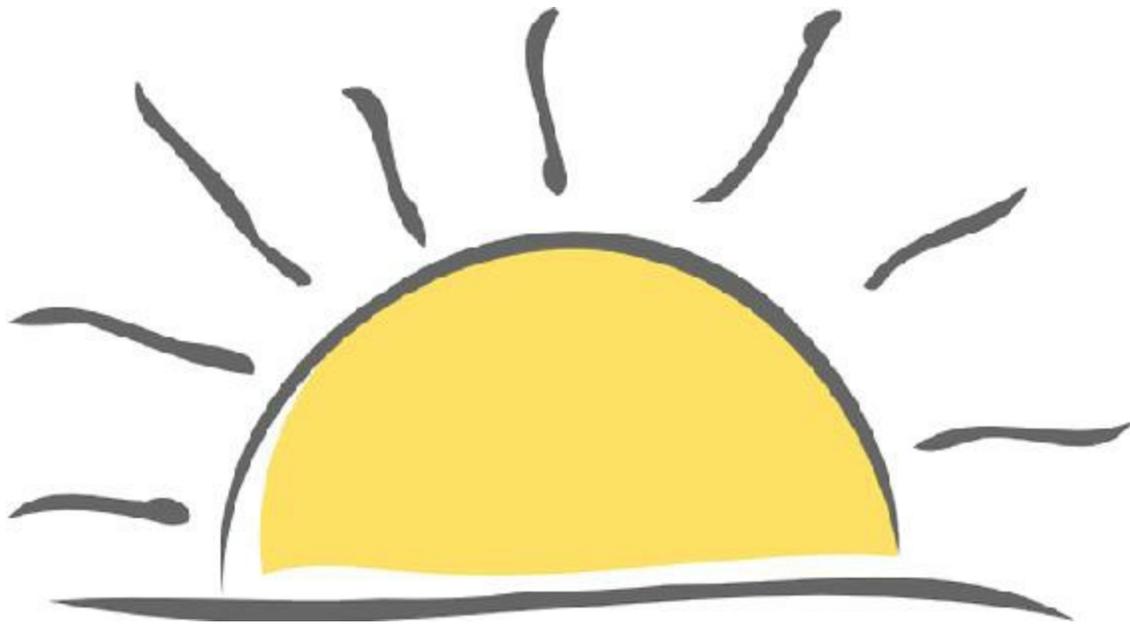
Siempre.

No piensen mal.

Solo quiero protegerla. Pero no me pregunten, el por qué. Y algo, ahoga mi pecho.

Tristeza.

Porque lo loco es, que la tendía que proteger de mí...



CAPITULO 8

Yo

Después de ofrecerme su servilleta, Herónimo demostró estar en la calma absoluta.

Aguas tranquilas.

Sospechoso.

No me dirigía la palabra, como tampoco me miró.

Ni una sola vez.

Se limitaba a contestar con palabras sueltas a Mel o con gruñidos y miradas fulminantes a Rodrigo. Ellos eran amigos entre sí. Los tres. En especial, Herónimo y Rodo. Se notaba que lo unía un lazo muy fuerte y se comunicaban, hasta sin hablar.

Y eso era a través de peleas, palabrotas y sarcasmo el 80% de las veces.

Ellos se entendían y se querían más allá, de como hermanos.

Raro, pero real.

Herónimo nunca dejó de leer papeles, firmar algunos, anotar en sus costados o atender ese condenado teléfono que no paraba de sonar. Hablaba lo justo, más bien lo preciso y todo era una orden. Yo lo observaba en silencio.

Y maldita sea.

Porque esos labios, eran hermosos. Perfectos movimientos, al gesticular. La boca de este hombre debería ser multada, por promover pensamientos obscenos y muy cochinos.

¿Si toda mi atención, estaba sobre él?

Sip.

Era imposible, no.

Obvio, con disimulo.

- Y bien Vangelis ¿Vendrás con nosotros, el sábado?

Simultáneamente Herónimo y yo, levantamos la cabeza hacia él.

- ¿Qué? - Dijimos los dos al mismo tiempo.

Nos miramos y volvimos a mirar, a Rodrigo.

- ¿Qué? - Se encoje de hombros. - Mel propuso de invitar a Van, a tu lucha el sábado.

Herónimo se atraganta con su café y le da un sorbo a su vaso de agua que le alcanzo tímida, mientras se saca los lentes. Me mira raro a mí y mi mano, por eso pensativo. Por ese gesto mío.

Dulce Jesús, con esos ojos raritos y sin dejo de color.

Luego, mira a Rodrigo.

Y mierda también, con esa mirada.

Yo no quisiera nunca recibirla.

Me giro hacia Rodrigo, que como si nada, mastica con ganas la pizza que nos sobró.

- Si Mel me lo dice, es porque está bien... - De lo más tranquilo.

Toma unos tragos de mi gaseosa de naranja para que le corra la porción de pizza, que en dos bocados se comió.

- ...permiso, Van. - Me dice, por tomarla.

Solo asiento, porque mis ojos están fijos en Herónimo y por eso, se reacomoda en su asiento.

HERÓNIMO

Rayo de sol me mira jodidamente fijo.

¿Atrevida?

Totalmente y descaradamente.

Y me excita de tal manera, que mi pene empuja las paredes de mi pantalón y agradezco, estar en la cabecera de la mesa y fuera de la vista de todos.

Cachorritos abandonados, Collins en bikini, Amanda con su voz patética de bebé.

Lo que sea, con tal de que esta erección baje.

Y joder.

No quiere.

A mi pene, no le llega el memo.

Jesús, parezco un cachondo adolescente.

¿Qué hace, que me puede esta mujer?

Vangelis sigue mirándome rara y en silencio.

Pero me enfoco en Rodrigo *Lengua.Larga.Cabrón.*

- ¿Lo que Mel, dice? - El muy puto me lo confirma, abrazando por sobre sus hombros a ella. - O sea que, si Mel te dice lánzate de un edificio ¿Lo harías?

Hace una mueca mirando el techo, como que está pensando.

- Le preguntaría, desde que piso. - Me guiña un ojo, besando la frente de ella.

- Eres, un come mierda... - Suelto.

Ríe a carcajadas con Mel.

- Supéralo jefe. Soy su más, mejor amiga que tu... - Me dice Mel.

- ¿Tú, peleas? - Nos interrumpe, Van.

Me vuelvo hacia ella, automáticamente.

Y carajo, esa mirada continúa fija en mí.

Toso dando vuelta una hoja, para seguir con mi lectura interrumpida.

- Si.

- ¿Por qué?

La inspecciono unos segundos.

¿Me está jodiendo?

No es mi amiga. No es nada mío y osa hacer preguntas, que ni a mi madre contesto.

- Porque si, señorita Coppola. - Y que se joda, si no le gusta mi respuesta.

Siento una exhalación seca, por parte de ella. Levanto mi vista. Su nariz respingona está arrugada y mirando con desaprobación a Rodo, a Mel y luego a mi persona.

¿En serio?

¿Ella está, enojada conmigo? Ahogo una risa y eso, llama mi atención. Ya que es la segunda vez que Van provoca en mí, reír con naturalidad.

¿Preocupante?

Puede ser, pero no me importa.

Ella es graciosa con sus ojos enojones y esa arruga en la nariz, que provoca

que se junten sus pecas y forme una constelación de ellas.

Estoy empezando a descubrir, cosas en rayo de sol. Y entre ellas, es que me va a encantar hacerla rabiar.

Por deporte.

Sus ojos van a Mel, nuevamente.

- Esa era, tu...

- ¡Sorpresa! - Exclama algo indecisa ante la cara de Vangelis, pero abriendo los brazos divertida.

Y que me parta, un rayo. Porque hay preocupación en sus ojos, al confirmárselo Mel.

¿Por mí?

Y una punzada, aprieta mi pecho.

Fuerte.

YO

Me fui de la cantina de vuelta a mi piso con Mel, con esa mirada de Herónimo incrustada en mi pecho. Que era de un frío hielo lleno de oscuridad en calma, en un principio. Sé que estaba enfurecido, por mi intromisión negativa a las luchas. Pero luego y por una fracción de segundos, me miró fijamente buscando en mi rostro...algo. No estoy segura que, pero sé que en ese momento lo encuentra porque arquea una ceja y algo cambia en sus ojos.

De suaves a lóbregos.

Dios.

Con ese temperamento volátil e inestable que tiene.

Y que, bonita y jodida sorpresa, la de Mel.

¿Qué me iba a encantar?

¡Mierda no!

Si no tolero la sangre y de solo ver un corte de dedo puedo llegar hacer muy escandalosa hasta desmayarme y eso de la lucha libre, debe ser sangriento y muy doloroso. Y en solo pensar a Herónimo mal herido, se me revuelve el estómago.

¿Pero qué rayos, le pasa a este hombre?

¿Su vida no es de lo más tranquilita que digamos y le suma esto? ¿Y, la gente del medio lo sabe? ¿Y eso, no es ilegal?



El resto de la tarde, transcurre lenta. Trato de no pensar y me concentro en el acero inoxidable y su marketing extractivo con sus putos niveles de cromo, plata como cobre para un lanzamiento nuevo a clientes.

Y cada vez que meditaba en Herónimo y en la dichosa pelea del sábado, me cacheteaba mentalmente y me enfocaba de nuevo en la pantalla de mi computadora y mi planilla de ventas.

- ¿Qué grado de enfado tienes, conmigo? - Levanto la vista para encontrarme a una Mel, con dos tazas de café en mano y un paquete de galletas dulces rellenas.

Suspiro.

- No estoy enojada contigo, Mel... - Le doy unas palmaditas a la otra silla, para que tome asiento a mi lado.

Sonríe feliz.

- Que bueno, amiga. - Toma asiento, mientras me alcanza una de las tazas humeantes. - Porque te debo, una explicación... - La miro, inclinando mi cabeza. - ...ok, ok. Varias. Pero con un fin en común. - Ahora ella me mira fijamente, pero con cierto aire divertido en los ojos. - El jefe de los jefes...

Tomo una de las galletas que me ofrece para disimular, lo sedienta de información que estoy del señor oscuro.

Y gimo de placer.

Oh Dios, riquísimas por su relleno de frambuesa.

- Y bien ¿Por dónde quieres, que empiece? - Me dice.

- ¿En por qué nunca me dijiste, que eras como una especie de muy amiga de nuestro jefe? - Sigo tecleando y la miro.

Sus mejillas coloradas, me muestran que estaba avergonzada.

- Tu nunca, me preguntaste...

- Mel...

- Esta bien, lo siento nena. Debí ser más específica, sobre todo antes de obligarte a sentarnos en su mesa en el almuerzo. - Me mira. - Tuve cierto miedo, Van. Es de reconocimiento público y mundial su nombre y apellido. Su fama empresarial, como la déspota y la de mujeriego... - Mierda, eso último dolió.

Mel suspira.

- ...pero yo no le veo así, será porque lo conozco de siempre. Para mí tan solo es Herónimo Mon mi jefe y amigo de mi mejor amigo. Y como dice el

refrán, los amigos de mis amigos; son mis amigos. Y lo estimo mucho... - Me explica. - ...pese a que es, todas esas jodidas cosas que dicen como publican de él y que en su mayoría son ciertas, no dejo de verlo como un muchacho más. - Me señala. - Como tú, Rodo o yo.

Mira, hacia un lado.

- Ya sabes mi historia y como Rodrigo, me ayudó. Pero Herónimo siendo lo que es, nunca interfirió en mi amistad con su mejor amigo. Tampoco me condenó cuando se enteró de que trabajaba en *TINERCA* siendo menor de edad y con serios problemas en tribunal de menores por haberme escapado, en mi último hogar transitorio. No me entregó a las autoridades por saber mi legajo de huérfana... - Vuelve su vista, a mí. - ...por el contrario, él puso todo en manos de sus abogados y me protegió del estado y sus leyes. Herónimo sabía que eso era un infierno y junto con Rodo, puso todo su poder por sobre mí. - Sus bonitos ojos negros se apagaron al recordar su pasado tormentoso, pero luego volvieron a brillar. - Él, es especial...

Quiero preguntar, que quiere decir con eso, pero me limito a callar y que continúe.

- ...todos, le temen... - Hace un gesto, a nuestro piso. - ...sus empleados, los noticieros, hasta los políticos... - Le da un sorbo a su café y la imito. - ...temí que me rechazaras al saber de mi amistad con el señor oscuro y Rodrigo. Siempre pasa. Aunque no lo tienen muy claro el origen de la conexión que nos une a los tres, siempre hay dudas y curiosidad en la relación nuestra y la del jefe, por parte de nuestros compañeros. - De golpe sonrío. - No sé que les parece tan extraño, es como si fuera imposible que él, fuera un mortal común. - Me mira. - Pero él, es como nosotros Van. Pero con genio corto, jodido y muchos ceros en su cuenta bancaria.

Aunque sonrío por esto último, me quedo procesando unos minutos lo que me dice, lo cual me lo respeta mientras come un par de galletas rellenas y chequea mi trabajo. Me sube un pulgar arriba cuando termina de leerlo y le sonrío agradecida por ello mientras muerdo mi bolígrafo, pensativa.

Carajo.

Será que detrás de toda esa inestable he irritable carácter de marca registrada que posee, más la crueldad que le suman los programas de televisión, blogs y notas de revistas.

¿Es más fama, que otra cosa?

Que Herónimo Mon, el jefe de los jefes y el dueño absoluto del oro negro.

¿Es mitad testosterona y mitad ternura?

Y suelto, una risita nerviosa.

Mel me mira raro, lo que me hace reír más fuerte.

Provocando que varios de nuestros compañeros levanten su barbilla para mirarme, inclusive Rodrigo. Mel se pone de pie mirando a todos y hace un gesto con una mano, como si fuera algo superficial.

- Hormonas. La jodida fecha. - Chasquea su lengua, rodando sus ojos. - Ustedes, entienden... - Siento la risa de Rodrigo y de algunos más. Y un " *qué asco* " del sector, del cuartel de las víboras.

Me río, volviendo a mi computadora.

- Ahora no solamente saben que soy la " *lame polla* " del jefe ¿Sino también, mi fecha menstrual? - Se tira a la silla, de forma pesada.

- Lo siento, nena... soy algo impulsiva y fue lo primero que se me ocurrió, para justificar esa risa psicópata que tuviste. - Me abre sus lindos ojos. - Créeme amiga...eso dio miedo. - Señala el sector, del cuartel con su pulgar. - En cuanto a lo otro, no te preocupes. En cómo te etiquetaron las víboras, ya que te has vuelto en *TINERCA* y próximamente cuando lleguen a las demás T8P, en la envidia y suspiros de la platea femenina adoradoras del señor Mon por ser la mujer, que llegó al corazón del señor oscuro...

Me sonrojo haciendo gestos rápidos y desesperados hacia Mel, para que deje de hablar.

¿Que yo, qué?

Santo Dios, esta mujer es peligrosa.

- ¡Calla! ¡Calla! ¡No digas eso, Mel! - Chillo en voz baja, avergonzada. Porque me muero, si alguien escuchó esa pendejada.

- ¿Qué cosa? - Dice.

¿Me está, jodiendo?

- ¡Eso! No vuelvas a repetir, esa palabra. Si que eres, rara... - Ríe. - ...ya bastante tengo, que el señor Mon me odie y todo ese jodido carácter volátil y negativo, que tiene contra mí... - Y mi pecho me duele más, al escucharme decirlo en voz alta.

Mierda.

Y Mel ladea su cabeza, sin entender.

¿Qué le pasa?

- Ahora la rara eres tú, Van ¿De qué rayos, estás hablando? ¿Qué Herónimo, te odia?

Ay, no puede ser...

Cubro mi rostro con ambas manos, sobre mi escritorio entregada.

¿Cómo hago para callarla y que no nombre más, a Herónimo aquí?

- Shuu ¡Si! - Le hago seña, en voz baja.

Capta mi desesperación y arrima su silla, más hacia mí.

- ¿De dónde, sacaste eso? - Me susurra.

Elevo mis ojos, de mis manos.

- ¿Qué cosa?

Se cruza de brazos y mira para todos lados y luego los fija en mí, otra vez curiosa.

- Pues mujer ¿Lo que te odia? - Gracias a Dios, no lo nombra.

Me encojo de hombros.

- Me mira feo. - Respondo.

Sonríe.

- Van querida, él mira a todo el mundo feo.

Buen punto.

- No es, eso. Él...él...se dirige con una especie de odio adicional, hacia mi... - ¿Y qué, le causa tanta risa? - Es como si me culpaba de algo...no pude contarte en la cantina, pero la sexi entrevista que tuve con él, como lo titulaste tu... fue para despedirme... - Mel deja de sonreír, para acomodarse más sobre su silla y poder captar toda mi atención.

- ¿Y? - Solo dice, atenta.

- Y que lo hizo y punto. Mi vida se desmoronó en esos minutos, Mel. No me dio explicaciones o motivos, solo despedida con esa voz de mierda - Y sexi, que tiene. -Pero me armé de valor y le dije que no lo aceptaba, que era injusto...

- ¿Qué dijo, él? - Pregunta, llena de curiosidad.

- Hizo esa media sonrisa estúpida que tiene y me dijo, que estaba bien...

- ¿Y después?

- Y que creo, que aún tengo el trabajo...por ahora. También algo de un periodo de prueba y que me estaría vigilando. - Ruedo mis ojos. - Algo así... - De golpe, es ahora Mel la que se parte de la risa y a lo psicópata.

Pero nadie mira, esta vez.

Como que están, acostumbrados.

- ¿Qué te da, tanta risa?

- ¡Ay por Dios! ¡Es, tan genial! - Murmura entre risas tomando un trago de su café ya frío y secando con su índice, las lágrimas de los ojos por reír tanto.

- Rodrigo al final, tenía razón...

Arrugo mi nariz.

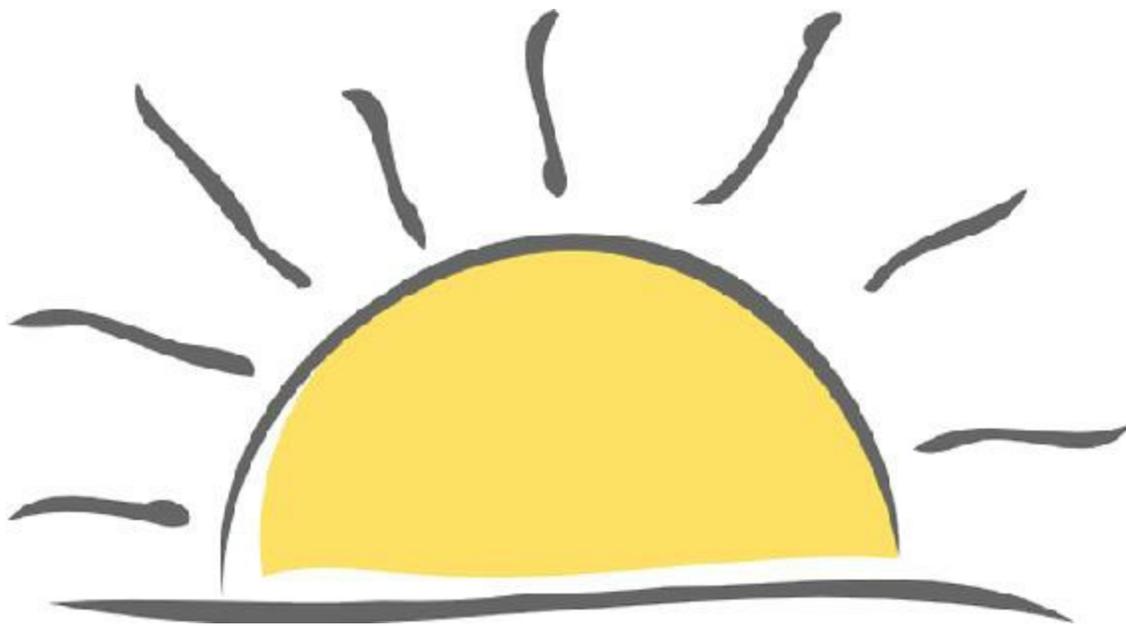
- Esto es bueno, nena...muy bueno ¿Acaso, no te das cuenta?

- ¿Qué estás loca?

Ríe.

- Puff...eso, es noticia vieja. - Golpea con cariño, su hombro con el mío. -
¡De que a Herónimo, le gustas! - Murmura por lo bajo y dando palmaditas
feliz.

¿Eh?



CAPITULO 9

Yo

¿Yo, le gusto?

¿Yo le gusto, a Herónimo Mon?

Imposible.

Él me detesta y no pertenezco, a su target de gusto femenino.

Vuelvo a mi computadora.

- Si eso es gustar no quiero saber, cuando este hombre odia... - Acoto.

- ¡Todo esto es tan, emocionante! - Continúa Mel en su mundo y sin siquiera prestarme atención. - Ya era hora...por fin...cuando le cuente a Rodo ¡Se emocionará, tanto!

- Ahh no...tu no le dirás nada, Mel. Es pura conjetura tuya y lo que dices, es imposible...él no puede...

- ...le gustas, Van...y mucho. - Me interrumpe.

Mierda con sus ojos.

- Te puedo asegurar, de ello. Tuvo un pasado de mierda, que no me corresponde a mí que te lo cuente. Solo él, puede. Y hoy yo vi algo en Hero, que nunca pensé que existiría en él. - Me intenta explicar. - Ese enojo y odio que tú, dices que tiene por ti. Si es bronca, pero no va dirigido a tu persona, es

hacia el mismo porque a Herónimo no le gusta sentir. A todo lo que es sentimiento, le puso un muro. Uno grande, para que nadie pueda pasarlo. No le gusta ningún tipo de dominación sobre su persona y tú, puedes contra ello, chica...

Si, como no.

Le blanqueo los ojos.

- Lo que sea... - Le digo siguiendo la corriente y riendo burlona.

Se pone de pie y se inclina al nivel de mi oreja, para que yo sola escuche lo que me va a susurrar.

- ¿Sabes que veo?

Niego pestañeando.

- A una chica que resulta ser que en 48h se convirtió en mi súper amiga y estoy aprendiendo, a querer mucho. Que le gusta el jefe y la muy cobarde no confía en mí todavía, para decir lo que siente. Y a un hombre incomprendido, un inseguro de mierda y que cubre eso con la fama déspota que ganó. Pero que busca, que alguien le de esa seguridad y un poco de cariño. Él no es mala persona, Van...si lo fuese, no se hubiera preocupado por mí, defendido a Rodo, su madre y por unos niños, que también lo hace...y sabrás de que estoy hablando, si el sábado me acompañas. - Suelta tomándose unos segundos, mirando todo.

Para luego a mí otra vez, sin perder esa postura.

- No puedo decir mucho, porque Herónimo es el que se tiene que abrir y mostrarte su pasión. Se que la búsqueda de entenderlo un poco la vas a encontrar, si le das tiempo... - Finaliza seguido de un beso con cariño y se va.

Que.Me.Jodan.

No entendí, una mierda.

Y puta lucha, la del sábado.

Y putos días que pasan luego.

Porque la semana transcurre muy lenta.

Siendo una maldita rutina mecánica, cada día.

Despertar, vestirme, bus al Holding, trabajar, bus de vuelta, casa y dormir en mi cama abrazada en mis dos docenas de almohadas.

¿Les dije que tengo como una obsesión fanática, por los almohadones?

¿No?

Pues sí.

Y comenzó para mí décimo primer cumpleaños, cuando me dieron uno como regalo.

Amo cada uno que tengo, en especial el que Sinistra lo catalogó como el

impresentable y horrible almohadón. Es de color rosa chicle, con piel de peluche y bordado de muchos corazones de diferentes colores y tamaños.

¿Feo?

Nop.

Yo diría, que dulce y pintoresco.

Resoplo, cansada sobre mi escritorio.

No me mal interpreten, adoro trabajar en *TINERCA*.

Como dije antes; fue y es mi sueño.

Pero por más que intenté con todas mis fuerzas concentrarme en mi trabajo este par de días y en el curso que dieron ayer, de Logística Corporativa. Fallé miserablemente cuando empecé a soñar despierta con Herónimo Mon otra vez, en estos días que no supe nada de él.

Después del almuerzo compartido con él y Rodrigo, y luego de esa extraña confesión de Mel diciendo que yo le gustaba.

Nuestro señor oscuro y jefe de los jefes.

Desapareció, de la faz de la tierra.

O por lo menos, de lo que es *TINERCA*. Siendo lo que dicen todos en esa leyenda, que recorre los pasillos.

El fantasma de que está, pero nunca se lo ve.

Ya que detesta interactuar, con sus activos.

¿Cómo lo sé?

Porque caminé por los pasillos y corredores con la fantasía, de cruzarme con su endemoniada cara hermosa y dominante.

Y nada.

Lo hice con disimulo en la cantina, tratando de distinguir esa mole de cuerpo y altura, finamente vestido con sus trajes de tres piezas.

Tampoco.

Rodrigo almorzó con nosotras y con un grupo de compañeros y mordí mis labios, para no preguntarle por su mejor amigo. Moría de ganas de hacerlo, pero no lo nombré como él tampoco.

Aunque capté varias veces en la cantina o a mi paso por nuestro piso, su mirada larga hacia mi pensativo, para luego sonreírme con sinceridad.

Estoy segura que sospecha que siento algo por Herónimo y creo, que le doy lástima.

Una tarde no lo soporté más y le confesé a Mel, este sentimiento absurdo para con el jefe.

Se limito a sonreír y darme un prolongado abrazo.

- Dale tiempo... - Me dijo suave. - ...se pone en nena histérica, cuando tiene que reconocer algo que sea con los sentimientos.

Solo eso.

Sin saber, si reírme o abofetearla.

Ya era viernes y la hora de salida se acercaba, quería terminar un escrito que me mandaron por mail unos días atrás, de un proyecto de balance trimestral para hacer. Era complicado y específico a detallar, pero me gustaban los desafíos. Unos minutos más y a casa, ducha y cenar con mi hermana y su familia. Ya que me llamó atacada de los nervios, por no haberle mandado un solo sms en la semana. Luego de reprenderme, pasé a comentarle mi semana laboral a muy grandes rasgos y evitando, la presencia de Herónimo en mi historia.

Oigan, Siniestra puede ser muy terrorífica, si descubre que alguien me lastimó.

Y una sonrisa se dibuja en mi rostro, en pensar que voy a ver a mis lindos sobrinos.

Extraño tanto a ese par de dinamitas.

Son gemelos y tienen siete años.

Tomas y Lucas.

Tan hermosos como traviesos, los amo.

- Y bien ¿A qué hora pasa por ti, Mel?

La voz de Rodrigo suena apoyando su brazo, mientras abre un paquete de galletas de chocolate.

Se la come de a dos.

¿A dónde va todo lo que engulle, este hombre?

Tiene un cuerpo atlético, que denota trabajo de gimnasio.

¿Cómo hace para no engordar, un miserable gramo?

Lo miro fijo.

¿En serio, me lo pregunta?

Después de no mencionar más la dichosa lucha en estos días, como el paradero del implicado en cuestión, pensé que era un tema ya aclarado.

¿Lo bueno?

Es que por lo menos sé, que nuestro querido jefe vive y no fue secuestrado, ni inducido por extraterrestres.

Mel aparece, poniéndose su abrigo.

Mira a Rodrigo y luego a mí, con mi cara negativa.

- ¡Ay por favor Van, di que dijiste si y que vendrás! - Me ruega.

Pero hoy los ojitos de cachorro mojado, no me hacen efecto.

- Lo siento chicos, no voy...no puedo... - Me giro sobre mi silla, para volver a mi computadora. - Prometí a mi hermana, cenar con ella.

- ¿Pero eso, no es hoy? - Se cruza de brazos Mel, entrecerrando sus ojos.

Mierda.

Cierto que se lo comenté, ayer.

Bien.

No me dejarán, en paz.

Aquí voy.

Enderezo mis hombros y deposito con fuerza mi bolígrafo sobre mi escritorio y los miro con dureza.

Capaz, que les doy miedo.

- No voy chicos. Dije, que no. - Mel me mira divertida y Rodrigo muerde su labio, para ocultar su carcajada.

Y mierda, otra vez.

Capaz, no.

- Vangelis, mientes y finges como el culo. - Si, eso es verdad. - ¿Recuerdas? ¡Salida de súper amigas!

Relajo mis hombros.

Carajo contigo, Melissa Greidy.

- Una lucha sangrienta no me seduce, como salida de chicas...

- Holaaa... - Chasquea sus dedos, sobre mí. - ...no es solamente la lucha, cariño. Es cuerpos musculosos y sudorosos con esos shorts ceñidos a traseros duros, que gritan muérdeme...testosterona de machos flotando en el aire, con esa adrenalina sexi tan alfa. - Prosigue. - Mujeres gimiendo sus nombres y gritando obscenidades a cada hombre caliente, que sube a ese ring..

- Joder Mel, no sigas. Me estoy excitando y soy hombre... - Interrumpe Rodrigo, apretando ambas manos sobre su pecho.

Nuestras carcajadas resuenan en el piso casi vacío ya por el horario de salida, que pasó hace diez minutos.

- ¿Entonces? - Me pregunta Rodrigo, comiendo las últimas dos del paquete.

- ¿Dónde guardas todo lo que comes? - Dije.

Necesitamos, ese secreto.

Se encoje de hombros.

- No lo sé. Necesito alimentarme, soy un niño en crecimiento. - Ríe y esboza, una media sonrisa. Que lo hace, tan bonito y simpático. Rodrigo sonriendo a toda potencia debe ser, un arma de destrucción termo nuclear

masiva.

Suspiro.

- Ok chicos, ustedes ganan... - Susurro, resignada.

Mi amiga da un grito de alegría y me abrazan con Rodrigo.

- Te llamaré antes de pasar por tu departamento. - Dice Mel, colgando su cartera.

Afirmo haciendo seña con mi mano, de que se larguen del lugar.

Ríen.

- ¿Te llevamos? - Pregunta Rodo.

Niego.

- No, estoy bien. - Señalo, la pantalla de la computadora. - Unas correcciones, lo mando por mail y termino.

- ¡Adiós cariño, entonces te veo mañana! - Mel me lanza un beso en el aire el cual se lo devuelvo, mientras se toma del brazo de Rodrigo.

Y suspiro, otra vez.

Lástima que a Mel le guste Áaron, porque serían una linda pareja con Rodrigo.

Minutos más tarde, la corrección está hecha y enviada.

Con un bostezo me levanto y acomodo mi escritorio, tirando a la basura un envoltorio de una barra de cereal y guardo en el cajón, el cuaderno de notas. Cruzo mi cartera sobre mí y me dirijo a la salida, saludando a Lorna y a un par de compañeros, que aún quedaron. Mi nombre suena cuando el ascensor se abre, miro por sobre mis hombros y es Áaron sonriente, que camina en mi dirección. Entramos en un cómodo silencio con él, mientras con una mano en el bolsillo de su pantalón y la otra su saco de vestir en mano, aprieta planta baja por ambos.

- Y bien chica ¿Cómo estuvo tu primera semana de trabajo?

- Totalmente agradable y llena de sorpresas. - Río.

- Pues déjame decirte Van, que tu desempeño laboral ha sido muy satisfactorio. Te has quedado después de hora hoy. - Me lo nota, con una sonrisa agradable.

Me ruborizo.

- Gracias. Si, no quería dejar pendiente el proyecto Trimestral del Balance. Aunque la fecha de entrega es para el lunes al mediodía. Pensé en enviarlo hoy para que lo chequees y si ves algún margen de error, por mail, me lo reenvías.

Áaron balancea sus pies hacia atrás, riendo.

- Van, yo no corrijo los Balance trimestral, semestral, ni anuales. Yo, solo

puedo ayudarte en orientarte o dirigirte si lo necesitas, pero de eso se encarga el señor Mon. - ¡Qué! - El visto bueno solo lo da él al final, porque eso va directo una vez que sacias esa información, a archivos... - Señala con su índice, hacía arriba. - Piso 26...

Mi cuerpo se pone rígido, al escuchar su nombre.

O sea, que todo este informe que desarrolle por el mail que recibí.

Pidiendo en detalle fechas, vigencia, caducación de cada elemento, diagrama evolutivo de cada uno por mes en lo que va del año o fraccionándolo en trimestre y de ser necesario con los efectos de cada spoiler de venta comparado al anterior.

¿Y con una opinión personal sobre los pros y los contras explayando en 450 caracteres, va a ser evaluado en las próximas horas por el obseso, controlador y puntillosa evaluación de Herónimo?

El destinatario en el correo, decía HRNMetalurgica.

Carajo.

HRNM es el seudónimo, sin vocales de Herónimo.

Arrugo mi nariz.

Inteligente.

<< *Periodo de prueba* >> su voz con esa frase, pasa por mi mente.

Él me lo advirtió en su momento.

Cabrón.

Sabía que me lo mandaba a mí.

Las puertas del ascensor se abren y siento un escalofrío en todo mi cuerpo, que me hace rodear mi cuerpo con mis brazos. No sé si es un fresco por la noche llegando o el repentino miedo de saber, que mi examen fue conspirativo y a prueba.

- ¿Tienes frío, Van? - Me pregunta Aaron, con preocupación. - ¿No trajiste abrigo? - Toca con su mano, mi brazo cubierto solo un saco liviano de tela. - Esto, no abriga chica.

- Lo que llevo puesto. - Le sonrío. - Pero no te preocupes, estoy bien.

Me ofrece su saco, pero me niego.

Él solo lleva camisa.

De golpe una voz que es inconfundible para mis oídos y para mi torpe corazón, resuena en la recepción de la planta baja.

Y nos giramos, sobre nuestros talones.

Santa. Mierda.

Para encontrar a Herónimo caminando alrededor del gran salón y en el

ingreso del Holding, hablando con un grupo de personas mientras señala el techo y rincones específicos en el. Jesús, él solo lleva una simple camiseta blanca y unos jeans gastados claros.

¿Podía verse tan caliente una persona, con ropa tan simple?

Si.

Herónimo Mon, podía. Porque él es, como el santo grial del sexo. Su pelo al natural lleno de rulos rebeldes, cae por sus lados coronándolo como rey que es en su perfecto rostro, haciéndolo más joven. Parece universitario con ese aire libre, de trajes caros y peinado riguroso.

Unos lentes 3D no me hubieran venido mal, para absorber como se debe ese paquete completo, de esculpido cuerpo hecho por los mismos dioses.

Dios, es hermoso este hombre.

Y no le hice justicia en mis recuerdos, este par de días que no lo vi.

¿Qué edad, tendrá?

Hay bastante gente aún en el salón, pero con pasos apurados por la hora de salida. Solo

Áaron y yo, estamos inmóviles en nuestro sitio. Ganas de recorrer con mi índice esa espalda marcada y sentir con mi dedo la rigidez de esa piel dorada bajo esa tela, invade mi mente.

Vóltea sobre sus talones explicando no sé, porque no llega a mi cerebro esa información, por tenerlo a unos metros justo frente mío.

Cuando mis ojos, se encuentran con los suyos.

Mejor dicho.

Los de Herónimo se encuentran con los de Áaron, luego en mi persona y vuelven a Áaron.

Y su ceño, se frunce.

Mucho.

Respiro duramente al notar que entre el grupo que escucha sus peticiones y a su lado, hay una mujer con vestido muy a lo Kennedy con maletín en manos, cual lo come con los ojos de arriba abajo descaradamente y con mal disimulo.

La ira me colma y mi estómago se retuerce, en señal de celos y saber que no es mío.

Acostúmbrate, Vangelis.

No puedes hacer nada.

Suspiro, triste.

Porque él debe coger cada noche, con una mujer diferente. Y mis ojos se encuentran con su profunda mirada, que me acorrala con esa oscuridad tan

suya.

- Estas pálida, Van... - Apoya con suavidad su palma, en mi mejilla.

Y su contacto, me despierta de mis pensamientos.

- Fiebre no tienes, gracias a Dios... - Murmura, Áaron

- Si...es solo cansancio... - Corro mi rostro avergonzada, por esa caricia.

- Te llevaré a tu casa, Vangelis. - Dice, con sincera preocupación. - No puedes viajar en bus.

- No se hace falta, Áaron. - La voz grave de Herónimo, interrumpe.

Levanto mi vista.

Él se encuentra frente nuestro con su mirada glacial y sus manos, como puños a los lados.



CAPITULO 10

Herónimo

- HRNM, estás perdiendo fuerza! - Me grita. - ¡Mierda contigo, hombre!
¡Mañana luchas! ¡Dame duro, muchacho! - Mi entrenador Rafa o el Polaco
como le dicen, se golpea con fuerza su pecho para incentivar me.

Me pide potencia, en los ataques en el ring.

Joder.

Sacudo mi cabeza, por la transpiración que baña mi pelo.

El Polaco golpea en mi mejilla feroz, con contraataques en el protector.

Mis jadeos y respiraciones fuertes se mezclan con la música de Uprising de
Muse de los parlantes a toda potencia de mi gimnasio. Y no es por la paliza
que me está dando, es porque tiene razón. Estoy perdiendo, no tengo fuerza
porque mi mente no está arriba en el ring.

Escapé.

Sip.

Desaparecí como un marica después de la cantina, de rayo de sol.

Llámenme cobarde, pero no pude y no puedo, contra lo que esos ojos cafés
me decían.

Ella me miró de una forma diferente, porque yo vi ese sentimiento flotando

en sus ojos y todo su ser en mí.

Que me jodan.

¿Cómo podía ser?

Ese sentimiento con la letra A irradiaba en ella.

Mierda.

Ni siquiera puedo nombrar, esa palabra.

¿Como Van podía sentir, eso por mí?

Si, fui una basura.

Arrogante, pérfido, con mi vocabulario 99% sarcástico.

En una palabra, un asqueroso.

La denigré cuando la mandé llamar a mi oficina desvalorizando sus años de estudios y carrera. Y sin embargo Vangelis, me respetó. Y sin disimulo en la cantina, me demostró su enojo por no estar de acuerdo que luche.

Porque yo, le importo.

Mucho.

Lo vi en su mirada.

Un golpe mío y certero en sus pectorales, hace tambalear al Polaco.

- ¡Eso muchacho! ¡Venga, otro! - Golpea sus guantes entre sí, para que siga reaccionando.

Con saltos precisos sobre mi lugar, esquivo sus puñetazos y le lanzo mi rechazazo bajo sus costillas.

Gime feliz, el bastardo.

Ambos nos encontramos vestidos con solo shorts de luchas, nos movemos circularmente sobre el cuadrilátero del ring, midiendo nuestros movimientos y analizando próximas emboscadas. Los tatuajes que tapizan mi cuerpo y músculos, brillan por mi sudor.

La extraño.

¿Mierda, de dónde salió eso?

Vuelvo a sacudir mi cabeza.

Yo no extraño.

Yo no siento.

Nunca.

Por eso tenía que huir. Yo no puedo darle, lo que sus ojos me pedían.

Debo, dejarla ir.

Porque ella necesita un hombre con la conciencia en paz y sin oscuridades ni demonios.

Vangelis no tiene idea la devastación que puedo crear teniéndola a mi lado

y con muy poco esfuerzo. Se me da, muy bien. Inclusive me deleitado en eso, muchas veces. Podía ser el jodido demonio, si quería.

Y ella, no lo merece.

Y como un puto bipolar que soy, imaginando a Vangelis rodeada de unos brazos conteniéndola. Por un hombre bueno y merecedor de ella, que la acaricie o toque su bonito cuerpo, hace que mi ira despierte. Y quiera descargar mi bronca, golpeando al Polaco y destruir el gimnasio.

Golpe.Golpe.GOLPE.OhDios.Golpe.

- ¡Sí! ¡Esa es la fiereza que busco, chico! ¡Tú puedes, HRNM! - Me grita feroz - ¡Dame más!

¿Sus labios, en otros labios?

Golpe.Golpe.Golpe.

Y la imagen de Andrew el chico del buffet, aparece.

Esa puta boca, es mía.

¿Que fue eso, Mon?

Yo.Golpe.No.Golpe.Beso.Golpe.

Nunca.

No soy, una persona melosa.

Odio, todo lo que implica una relación.

Dios...

Pero ella me corrompe y solo quiero abrazarla y tenerla, entre mis brazos.

Sentir su calor.

MÍO.

- ¡Estás huyendo, no seas marica! - La voz de Rodo entrando al gimnasio me desconcentra, ligando un golpe certero en mi mandíbula del Polaco, riendo ahogado por el esfuerzo.

Jadea.

- ¿Qué pasa, niño bonito? ¿Este viejo aún, puede patearte el trasero?

Rodrigo ríe acercándose a las cuerdas y apoyando su peso en ellas, mientras me tira una botella de energizante, cual la agarro desde el aire.

La abro y le doy un gran trago.

- No sabes más que pegar como mi abuelita, Polaco... - Limpio el sudor de mi boca y frente con el dorso de mi muñeca y río. - Acércate y pon la cara, viejo. - Le tiro la botella que bebí y se la baja en dos sorbos.

Hago ademán con mis guantes puestos que venga hacia mi desafiante, mostrando con mi media sonrisa; mi protector bucal flúo.

- Deja esa arrogancia e ira para mañana, muchacho. - Se seca con una

toalla que le alcanza Collins y me tira otra a mí, en la que la enrosco sobre mi cuello agarrando sus extremos con mis manos.

- ¿Cómo va eso, hermano? - Pregunta Rodrigo dando paso a que salga entre las cuerdas y salte del ring.

Lo miro curioso.

Sip.

Todavía sigue preocupado por mi oponente y la diferencia de peso.

- Me tengo confianza.

- Si golpea dos veces con la furia que lo hizo en el último asalto, lo noqueará en los primeros minutos. -El Polaco señala el ring y luego a mí. - Tu derecha tiene el demonio dentro, muchacho.

Demonios Polaco.

Muchos demonios, tengo.

- No sé en lo que pensabas, pero guárdalo y utilízalo de inspiración para mañana. - Camina en dirección al vestidor y me sigue hablando, sin darse la vuelta. -¿Consejo? Llévala a la lucha.

¿Qué?

¿De qué demonios, habla este viejo?

Como si hubiera escuchado mis pensamientos, se gira aún agitado por el esfuerzo de la pelea.

- A las jodidas bragas, que te tiene entre sus piernas...llévala. - Finaliza entrando a la puerta, del vestidor.

Rodo se tapa la boca con la mano, para ahogar su risa.

Y lo taladro, con la mirada.

¿Pero qué, mierda?

Suspiro y hecho mi cabeza hacia atrás mirando el techo, tomando asiento en el borde del ring.

- ¿Y bien, qué vas hacer?

Desabrocho el protector de mi cabeza y paso por ella, la toalla para secar la transpiración.

Collins se acerca, para desatar las cuerdas de mis guantes. Abro y cierro mis puños vendados, al sentirse libres.

- Puedes ir a descansar, Collins. - Digo poniéndome los lentes y recostándome, sobre el piso del ring. - No iré al Holding hasta la tarde, donde vendrá la arquitecta con su equipo de reformas.

- Bien señor, si me necesita estaré en la oficina del Pen. - Baja su cabeza en saludo a Rodo y se retira del gimnasio.

- ¿Y? - Vuelve a preguntar, acostándose a mi lado.

Me giro para mirarlo.

Me está inspeccionando.

- ¿Y qué?

Levanta ambas manos al aire, como pidiendo misericordia.

- Hasta el Polaco, se ha dado cuenta cabrón ¿Lo piensas, seguir negando? ¿Ignorándola y ocultándote, como lo has hecho este par de días? ¿O serás el puto macho desconsiderado que conozco y tipo hombre de las cavernas iras por ella, palo y a la bolsa?

Río acomodando mis lentes y me incorporo a medias, sosteniéndome por mis codos para poder verlo bien.

Y me sonrío, con esa cara de *A.Mi.No.Me.Engañas*.

Le pego un puñetazo, en el hombro.

- ¡Auch! Deja de pegarme. - Se frota el brazo. - Esa mierda, duele...

- Marica.

- No me cambies, el tema. - Ayuda sacarme las vendas, de mis manos.

- Eres un auténtico grano en el culo. - Me pongo de pie masajeándolas.

Me dirijo a los baños del gimnasio con Rodo detrás.

- ¿Lo sabías no? - Mi tono, volvía a traicionar mi mal humor.

- Puedo soportar, tus rabietas. - Se encoje de hombros, como si nada.

Desabrocho mi reloj de mi muñeca y lo dejo con mis lentes en la banqueta, mientras lo miro fijo. Me bajo el short abriendo la ducha al máximo y rápidamente, el ambiente se llena de vapor por el agua caliente. Rodo toma asiento al lado de mis cosas y saca de un bolsillo, un paquetito con caramelos confitados.

- Ella te estuvo buscando, Hero... - Su voz retumba en el silencio de las duchas, que solo lo interrumpe el sonido del agua cayendo. - ...quiso disimularlo, pero con Mel nos dimos cuenta de ello. Creo que te extrañó, estos días. Ella es una gran chica amigo y le gustas...

Enjabono mi pelo y cuerpo con rudeza, como si toda la mierda que cargo de años, se fuera con esta ducha purificadora.

- Lo sé Rodo y es por eso, que necesito evitarla. - Digo. - Es lo mejor, para ella.

Aunque tengo mis ojos cerrados por el jabón, lo siento ponerse de pie.

- ¿No me refería a eso, me refería a ti ¿Qué es lo mejor para ti, Hero? - Resopla. - Hombre, ya es hora de que dejes a Marian atrás.

Su tono de voz, se engrosa.

Se está cabreando.

Enjuago mi cara y lo miro unos segundos. Porque, que la nombre me eriza la piel. Y un arranque de frenesí de amargura por el pasado, me invade. Haciendo que el agua que hierve y que cae sobre mí, la sienta helada. Contraigo los músculos de mi espalda dejando que corra el agua por ella, apoyando ambas manos en el frío cerámico de la pared y apretando fuerte, mis ojos cerrados.

- No, la nombres... - Gruño.

- ¿Por qué, Herónimo? ¿Porque es, la innombrable? ¿Cuánto más, amigo? ¿Cuánto más vas a dejar que aún muerta, dejes que domine tu jodida vida?

Mis puños se cierran sobre la pared, haciendo que mis uñas se claven como puñales en las palmas de mis manos.

- Cumplo mi condena Rodrigo...yo, la maté... - Siento un escozor, detrás de mis ojos.

No, eso no.

Ya lloré lo suficiente, el domingo.

- ¡Eso, es basura! - Grita tirándome la toalla, al ver que cierro la llave de la ducha. - Marian no te condenó. Tú, te condenaste solo. Ella se aprovechó, de lo que no soportaste que te hiciera. Esa mujer no se mereció ni la mitad de la compasión que le tuviste, sin tener un puto derecho hermano...

- ¡Era mi esposa...MI MUJER, JODER! - Vocifero, enfrentándolo.

Estamos a centímetros jadeantes y por nuestras respiraciones entrecortadas, por la discusión. Envuelvo la toalla sobre mi cintura abriendo el casillero, para sacar mi camiseta y jeans que me preparó Marcello.

- ¡Si! Por los papeles, Herónimo ¿Pero era, realmente tu esposa? ¿Sientes, el significado de la palabra amigo? - Prosigue entre mi silencio por vestirme. - Una esposa, la mujer que uno elige es la que te cuida y valora por sobre todas las cosas Hero, la que cree sin vacilar; que eres lo mejor y puta creación de Dios.

- Yo, la descuidé...

- Si. - Afirmo. - Pero no justifica lo que te hizo, hermano. Tú comenzaste la causa, pero Marian fue su propia consecuencia. No te culpes. No te condenes...

Ella, ya lo hizo.

Me condenó y hasta mi tumba, soy culpable.

Yo no merezco, la felicidad.

- Eres un buen hombre y es la razón por la que eres mi amigo e ignorado el

hecho, de que eres un puto loco. No mereces, lo que te haces. - Levanta un brazo, señalando la puerta. - Allá afuera se encuentra una mujercita a la que, por primera vez en años, noto que te llama la atención considerablemente y que le gustas. Ve por ella, cabrón. Conócela, cenén juntos, échense un polvo de los mil demonios y ambos al otro día, cuando se levanten y se miren a las caras a la mañana siguiente; fíjense lo que pasa con ustedes...

- No.

- ¿Quién está siendo, un mariquita ahora?

- ¡Púdrete!

- ¡Solo hazlo, jodido de mierda!

- ¡No!

- Ponte tus bragas y ve por ella. No la cagues o te arrepentirás, por el resto de tu vida...

- Te odio. - Gruño, atándome las zapatillas.

Lo siento reírse, mientras me pongo de pie para abotonar mis jeans.

Cruza sus brazos y pies.

- Nahhh...me amas.

Farfullo por lo bajo y hecha su cabeza hacia atrás, para reír.

- Reconócelo, me adoras.

Si, lo quiero al bastardo. Es lo más parecido a un hermano que tengo. Pero no le voy a dar con el jodido gusto, en confirmarlo en voz alta. Peino mi cabello mojado, con los dedos de mis manos.

Putos rulos.

- Solo le puedo ofrecer a Vangelis, que sea mi fémmina... - Suelto, de la nada.

Y abre sus ojos, asombrado.

Se acerca a mí dejando a medio masticar, los caramelos en su boca.

- Joder ¿Estás seguro, con eso?

Me encojo de hombros, recogiendo mis lentes y el celular.

- Es lo que quiero y solo puedo ofrecer, Rodo. Tú, lo sabes. Vangelis necesita saber mis condiciones y a lo que se atiene, si desea estar conmigo. - Bajo mi mirada al piso exhalando profundamente, luego lo miro. - Yo no puedo ofrecer más. Debe saber mis reglas y mis mierdas...



CAPITULO 11

Herónimo

Collins me avisa entrando a mi oficina que la arquitecta con su equipo, están en mi sala de conferencia. El plan es la reforma del ala sudoeste del Holding.

Donde está la entrada principal.

Quiero sus techos con más iluminación y con paneles, más sofisticados.

Entro con un ademán cortés y se ponen de pie entre seis personas, una mujer que se presenta como tal de la empresa que contraté. Les pido que tomen asiento, abro mi laptop y sin perder tiempo como me gusta; explico lo que quiero a través de un dispositivo de proyección de la sala.

Luego de escucharme, la mujer se lanza con el típico marketing de discurso de ponderar al futuro cliente, explicando con su bla bla bla de agradecimiento de elegirlos, más bla bla bla de su origen e historia de la firma y bla bla bla de la garantía y satisfacción, que tendré por elegirlos.

Mujer.

Habla más rápido o resume eso, no me interesa todas esas mierdas.

¿Dices, que son buenos?

Eso es lo importante.

Porque soy exigente y ya lo veremos.

Sigue hablando y no para.

Joder.

Odio, perder el tiempo así.

Miro con disimulo, mi reloj.

Mierda.

La hora *fulltime* finalizó hace veinte minutos.

Vangelis ya se fue y seré, un maldito acosador. Me repositiono en mi lugar, mientras el parloteo de la mujer prosigue. Ahora, intercambiando opiniones con su gente por el proyecto. Blanqueo mis ojos cliqueando en mi programa de archivos de base de datos, de mi personal de *TINERCA*. Y doble clic en activos femeninos, donde aparece el buscador preguntando el nombre que solicito.

Bien.

Vangelis Heléna Coppola y su currículum Vitae con datos personales con una última foto reciente, aparece de inmediato.

Madre de Dios.

Es tan linda.

Vuelvo a clicar en sus datos personales y leo lo siguiente, con mi media sonrisa de lado.

Listo.

Cierro mi laptop y me pongo de pie.

- Acompañenme, por favor... - Invito a la fuerza a que me sigan y me importa tres mierdas, si piensan que soy un mal educado.

Estoy apurado.

Punto.

Con la dirección del domicilio de Vangelis grabada en mi mente, iré a verla.

Y aunque me tome por un maldito hostigador; hablaré con ella.

- Les mostraré en detalle la planta baja y lo que deseo. - Salgo encaminándome a los ascensores, mientras Collins mantiene las puertas abiertas, esperando que todos desocupen la sala. El ala sudoeste aún está concurrido pero lo suficientemente vacía, para que pueda señalar las modificaciones y reformas en los lugares que deseo. Algunos activos me reconocen y me saludan con respeto, sin detener su trayecto. Luego de darle algunas indicaciones a sus trabajadores como tomar fotos y medidas, se focaliza en mí, leyendo sus anotaciones con mis directivas.

- Guau, señor Mon. El proyecto es bastante grande... - Apoya su pluma, en sus labios.

Carajo.

No me vayas a batir las pestañas, mujer.

Odio eso.

Pero lo hace.

Con disimulo, pero sugerente.

Se acerca a mí, más.

- Si le parece bien, puedo mañana a la misma hora traer una serie de bocetos y mostrarle algunos artes finales, para que me oriente...conozco un buen restaurant italiano para cen...

- Señorita... - Dudo.

Me giro sobre ella para tenerla en frente, mientras si decido mandarla a pasear o no.

Y mierda.

Porque, ni su nombre recuerdo.

¿Me lo dijo?

- Thelma. - Me sonrío, recordándomelo.

Pelo castaño con onda hasta los hombros.

Buen cuerpo y tetas.

Vestido negro muy elegante.

Y mordida de labio inferior.

Es linda.

Pero hoy, no.

- Thelma no voy a coger contigo ¿Queda claro? - Ella se reacomoda sobre su lugar y un rubor cubre sus lindas mejillas, al escucharme.

¿Incómoda?

Puede ser.

¿Decepcionada?

Si.

- Me gusta dejar las cosas en claro de lo que deseo, en un principio. Y este, no pasa por cogerte, cariño. Pero sí, para que cumplas al 100% de mis necesidades con este proyecto ¿Se entiende? - Finalizo.

Creo, que me va a mandar a la mierda.

Pero no lo hace, por su compañía.

Porque tener al poderoso Herónimo Mon, como parte de su currículum firmado con su nombre y apellido como jefa de proyecto, vale más que un

cachetazo de ofensa.

Condénenme.

Pero piensen que fui, pura sinceridad.

Me giro para que volvamos a donde nos quedamos, cuando quedo paralizado en mi lugar.

Mis ojos por inercia van al gran reloj de la pared central de la recepción.

Las 17:56h.

¿Pero qué coño, está haciendo rayo de sol, con Áaron?

Están parados, cerca de los ascensores.

¿Recién salen?

¿Y eso?

Me pongo rígido, al verlos tan juntos.

Muerdo mi labio superior para irrigar mi sangre al cerebro, porque necesito con urgencia la movilidad de mis extremidades.

¿Ellos, solos?

No.

Estoy ardiendo de la furia y no sé, lo que pasa. No fue como en otras veces que la vi acompañada, porque nunca nadie antes había invadido su espacio personal. Y nunca, un hombre. Cierro mis ojos, para bloquear la imagen de ellos juntos. Porque estoy furioso y celoso.

Rebobina.

¿Celoso, yo?

Tendré unas palabras conmigo mismo acerca de esto, más tarde.

Ya que ahora mismo estoy distraído y esta, tiene la forma de una mujer castaña y con pecas que está formando una constelación, por arrugar esa nariz respingona.

Y que me observa, con mirada.

¿De reproche?

Sus ojos, van hacia mi arquitecta.

Y ella, jodidamente suspira.

¿Rayo de sol, está celosa?

Bonita...

Pero mi cólera arremete, cuando veo a Áaron acunar su mejilla.

Pero que, demonios.

Y camino hacia ellos ciego, loco y putamente celoso.

Si.

Infiernos de celoso, por rayo de sol.

Aprieto mis puños por sobre mis lados, para mantenerme calmado. Sus ojos cafés por sorpresa, miran a un costado y luego a mí de forma desconcertada, por mi súbita presencia.

Nena, me interesas.

Mucho.

Su embriagador perfume floral me llega.

Carajo, huele tan bien.

Cada rincón de su jodido cuerpo, me llama.

- Disculpe ¿Qué dijo, señor Mon? - Interrumpe mi contacto visual Aaron.

¿Todavía está, aquí?

Vete.

Fuera de una vez, hombre.

- Que yo me encargo de llevar a la señorita Coppola, Aaron.

Simple y entendible.

¿O te lo explico, a puñetazos?

Cálmate, Mon.

Está desconcertado y es obvio, en mi puta vida hice esto.

- ¿Que tú, qué? - Pregunta Van, lo que no se animó mi supervisor de piso a decir.

- Señor Mon, ella palideció. Creo que se debió a un filtro de trabajo laboral. Estuvo hasta recién, terminando un balance trimestral.

Joder.

¿El informe, que le mandé?

Pero si la fecha de entrega es para el lunes, pasado el mediodía.

Ladeo mi rostro y bajo mi mirada, para encontrarme con la suya.

Dije que estaría a prueba y por eso el proyecto.

Y aunque el 99% de las veces soy una mierda, no se lo exigí para hoy.

Vangelis se sonroja y se frota un brazo.

- ¿Por qué hizo eso, señorita Coppola? Si mal no recuerdo, estamos a viernes y lo pedí con fecha de entrega, el lunes al mediodía.

- ¿Ponerle difícil, mi despido? - Murmura.

Y noto, su sarcasmo.

Pequeña atrevida.

Mi sonrisa de lado en mi rostro, me lo confirma.

Y maldita sea, me gustaba más todavía.

Me doy vuelta hacia Aaron.

- Puedes retirarte. Yo me encargaré y acompañaré, a la señorita Coppola a

su casa.

Áaron abre y cierra su boca, sin saber que decir.

Sé qué le parece linda Vangelis, sus ojos cuando la mira, lo dicen. Y tiene jodidamente razón, porque ella es hermosa.

Pero resulta, que ella es mía.

Aunque rayo de sol, no lo sabe todavía.

Y creo que voy a reír, pero mejor no.

Disfruto de su cara que es un poema, por mi orden e insistencia.

- Uh...bien. - Mira a Vangelis. - Te ves mejor, nena. Nos vemos el lunes entonces.

Sip.

Iba a vomitar.

Pero que perdedor.

Vete hombre, de una puta vez.

- Esta bien, Áaron. - Susurra, rayo. - Nos vemos...y gracias...

Me cruzo de brazos exasperado.

No soporto la pérdida de tiempo y esto, se está prolongando por demás.

YO

Este hombre, está loco.

Si señor, es un demente.

Cuando Áaron se marcha, sin esperar me dirijo a José.

El guardia de la entrada principal del Holding, para que me llame un taxi.

Caminando apurada y dejando un Herómino detrás boquiabierto por mi reacción y parado mirándome con cara de muy pocos amigos. Y con una mujer que no sé quién es, a unos metros detrás suyo y que fue testigo de todo y lo está esperando.

Descarado, mujeriego e imbécil.

¿Cómo se atreve?

Dirige ocho metalúrgicas y seguro a un buen puñado de mujeres que se derriten a su merced, pero a mí, no.

¡Púdrete, Mon!

- ¿Qué diablos crees que estás haciendo, Vangelis? - Siento que me sigue, con sus pasos.

Oh.

Ahora soy Vangelis, no la señorita Coppola.

Sigo caminando y sin detenerme le digo, por sobre mis hombros.

- Ir a mi casa, señor...

José se yergue al vernos llegar y como yo, el buen hombre no entiende nada.

- Buenas tardes José, un taxi por favor. - Le sonrío al hombre uniformado, que me saluda con sus dedos en la visera de su gorra. Herónimo muy a lo él, lo detiene levantando su mano en alto cuando llega a nosotros.

Me doy vuelta enfurecida.

- No es necesario José. - Su voz ruge.

Y se detiene frente mío, fulminándome con la mirada.

- Vangelis, te vienes conmigo. - Posa su mano en mi baja cintura y todo mi cuerpo se tensa, ante su contacto.

Jesús glorioso.

Quiero aparentar tranquilidad y fracaso estrepitosamente.

Aunque va vestido con unos simples jeans y camiseta, trasmite arrogancia, poder y los lleva sobre sus hombros, como si fuera una elegante capa.

Bastardo hermoso.

- Ya le dije señor, que yo...

- No le estoy consultando, es una orden. - Hace señas con su mano a José, que se retire.

¿También?

Arrugo mi nariz.

Herónimo la ve y las comisuras de sus labios, se elevan.

Creo que quiere sonreír.

Creo, dije.

Y mierda.

Sonrisa escurridiza, que hace rogar.

Luego resopla, cansado.

- Déjame llevarte Vangelis...por favor... - Ruega.

¿Ruega?

Dulce Jesús.

¿Herónimo Mon, rogó?

No suelta su mano de mi cintura. Sintiendo cada uno de sus dedos posar con suavidad, en mí. Todo él, me reclama. Baja su rostro a mi altura, para mirarme con profundidad a mis ojos. Los suyos llenos de esa oscuridad buscan y pregunta en los míos.

Lo sé, porque lo siento.

Son abismales.

¿Pero de qué color, son?

Te atraen y como una maldita kriptonita, te debilitan. Te obligan a entregarte y lo que preguntan los suyos, exige una respuesta en los míos. Y esa respuesta, la encuentra.

Maldición.

Maldigo a mis ojos sinceros.

Porque, me susurra.

- Eres, hermosa. - Suave y sin dejar de mirarme, presionando más su mano en mi cintura incitando a que camine, junto a él.

Jesús.

Él me dijo, hermosa.

- ¿Crees que soy, hermosa? - Digo.

Y carajo.

¿Díganme que no dije eso, en voz alta?

Por Dios, que la tierra me trague.

Sin dejar de caminar, se vuelve hacia mí y me frunce su ceño. Y me mira como cavilando, mi estúpida pregunta que me confirma, que si lo hice.

Y se detiene.

Oh mierda.

Acuna mi rostro, con sus grandes manos. Su contacto es calloso pero suave, levantando mi barbilla para que lo mire a los ojos.

- Mucho. - Responde.

Y de golpe, esas cinco letras se convirtieron en la palabra más sexi, que escuché en toda mi vida, ¿Podía una palabra tan simple, convertirla este hombre en lo más sensual y dulce de este mundo?

¿En mi mundo?

¿Su tono y por la forma suave, en como la pronuncia?

Porque la acarició al decirla y fue, directo a mi entrepierna.

Orgásmico.



CAPITULO 12

Herónimo

¿Pueden ser unos ojos, más sinceros?

Dicen que los ojos, son la ventana del alma.

Y es así, créanme.

Les dije una vez que era muy bueno con la lectura corporal, eso nunca falla y leer los ojos a las personas, siempre me resultó. Ellos lo dicen todo cuando el cuerpo o la persona, comunican otra.

Como cuando una sonrisa, no llega a los ojos. Cuando una boca grita una cosa y la mirada otra. Y por eso busco en lo que me interesa, a través de ellos. Porque, nunca mienten. Y los de rayo de sol, son de lo más puros. Contestándome a lo que pregunté, aunque la cabrona de su dueña quería decirme lo contrario.

Que ella, era mía.

Dicha y satisfacción, se adueñaron de mí.

Y sonreí.

- Eres, hermosa. - Y eso profundo salió de mí, ante esa dulce respuesta de sus ojos.

Camino con ella, sin darle tiempo a nada.

Lo siento nena, estoy apurado.

Despachar a la arquitecta y llevarte a tu casa.

Bien.

Sus ojos no dejan de mirarme mientras camina a mi lado nerviosa, con pasos indecisos y en forma rara. No sé, si por el tacón de 10 cm que lleva, o por lo que dije.

- ¿Crees que soy hermosa? - Y tras soltar esa pregunta, se sonroja terriblemente.

¿Pero qué, demonios?

Frunzo mi ceño.

Que pregunta más estúpida.

Y baja su mirada, avergonzada.

No nena, no lo hagas te lo ruego.

Eres de verdad, hermosa.

Quiero empujarla y envolverla en mis brazos, es tan menudita a comparación mía.

Jodido, niño Jesús.

Ella es hermosa sin esfuerzo y mi corazón, da un vuelco al ver que me mira abochornada por su pregunta. Me detengo y sin poder evitarlo, levanto su barbilla y acuno sus mejillas.

Mírame nena y grábatelo.

- Mucho. - Solo respondo.

Y más...

YO

Y así como si fuera lo más natural del mundo, me toma de la mano mientras nos encaminamos en dirección a la mujer vestida de negro elegante que, con su boca abierta nos mira con sorpresa y poco disimulo, por el espectáculo que dimos con el señor Mon.

- ¡Collins! - Grita de golpe apareciendo de la nada un hombre tan alto como Herónimo, pero de fisonomía más gruesa y ruda que él.

Su pelo es de corte militar y gris como la ceniza.

Viste traje oscuro y es muy guapo llevando muy bien puesto, sus aproximados cincuenta años.

- Señor Mon... - Su mirada gris plata posa en mi persona con seriedad, escaneando mi cuerpo entero.

Para luego depositar esa mirada de halcón, entre nuestras manos entrelazadas.

Y trago con dificultad.

¿Este hombre tanque, acaso es su seguridad?

¿Un guardaespaldas?

Herónimo aprieta suave mi mano para darme tranquilidad al advertir mi incomodidad, por este hombre.

- Necesito que acompañes a la señorita Thelma, en el último recorrido del ala sud oeste. Después de ello, vuelve al Pen. - Me mira. - Yo llevaré a la señorita Vangelis, a su casa. - Luego a la mujer. - Collins es mi mano derecha, él sabrá responder a todas sus dudas para que comience cuanto antes, con el proyecto de reformas. Quiero los diferentes bocetos finales, a más tardar el martes próximo y con tres propuestas diferentes como mínimo. - No le estrecha la mano.

Creo que es, para no soltar la mía.

Y con una inclinación de cabeza y esa media sonrisa de lado baja bragas que le regala, me conduce en dirección a los ascensores.

Ok.

Quedamos así.

Se hace lo que el jefe de los jefes dice y pateo mentalmente mi trasero, por entrar al club de obediencia *Haga.Lo.Que.Herónimo.Dice.*

Las puertas del ascensor se abren y nos introducimos en un raro e incómodo silencio.

Estamos solos y sin soltar mi mano teclea el subsuelo y luego, desliza una tarjeta magnética.

Raro.

- Yo...no hace falta...que me lleve a mi casa...

- Claro que sí. - Su voz seca y tajante, me silencia de inmediato.

Gruño.

Esto de hacer lo que dice él, es agotador. Caprichoso debió ser su segundo nombre, ya que tenía los modales de un niño de cinco años. Y quiero sacarle la lengua, como tal.

O metérsela en su garganta.

El silencio nos invade, mientras el ascensor desciende.

Es lo mejor.

La música funcional del ascensor, suena con *Shalala* de Vengaboys.

Arrugo mi nariz.

¿Es en serio?

¿Quién era el que programaba esta lista de reproducciones de música, para

los ascensores de una metalúrgica seria y de alto prestigio?

- Rodrigo. - Tose.

¿Eh?

- Él se encarga de la parte operativa, de los sistemas en red y musical. - Se explaya, como si hubiera leído mis pensamientos. - Juro, que lo voy a matar...

- Gruñe al fin.

Imposible, no.

Y suelto una risita, por eso.

Estamos uno al lado del otro mirando fijamente el display numérico que va señalando, los pisos bajando. Por el rabillo del ojo noto que él también, se sonríe divertido. Me gustaría ser fuerte para soltar mi mano feliz que está entre la suya y decirle que me voy sola y punto.

¿Pero a quién, quiero engañar?

Ni en mil años me atrevería a decirle eso, al jefe de los jefes. Y menos cuando noto, que dibuja esa sonrisa tan natural y no se dio cuenta de ello aún.

- Estás mirándome raro. - Suelta al fin.

- ¿Perdón?

- Tu nariz. - No me mira. - La tienes arrugada y eso es, porque algo te molesta.

- No. - ¡Si, tú! - Claro, que no...

- ¡Claro, que sí!

Siento que me mira de reojo.

Que me importa.

Miro para el otro lado.

- ¿Pasa algo, Vangelis?

Señor bendito.

¿Por qué este hombre, folla mi nombre cuando lo dice?

- No, Herónimo. - Me hamaco sobre mis pies levemente, para disimular mi cobardía.

El bip, anuncia el subsuelo.

Y sin esperar que las puertas se abran completamente y de un suave tirón, Herónimo aún de la mano mía y con pasos largos que me cuestan seguir el ritmo por lo decidido; me lleva por un sendero peatonal de franjas amarillas.

¿Se enfadó, conmigo?

- Herónimo... - Jadeo trastabillando, por seguir sus largas zancadas. - Espera...

Llegando al rincón más oscuro de una esquina, aprieta su comando a

distancia donde destellan las luces de un auto negro, de alta gama alemana.

Ruedo mis ojos.

Muy propio.

Pero antes de que pueda abrir la puerta del acompañante, con un movimiento me empuja con sorpresa, presionándome con su cuerpo y ella. Sus manos sobre mí están recorriendo mi cuerpo, con fuerza y dulzura desgarradora. Y por eso, muerdo mi labio para ahogar un gemido.

Dominación y memorizar cada centímetro mío, exudan en sus manos. Sus hombros se elevan y descienden debido a las respiraciones profundas, con las que intenta llenar sus pulmones.

Una mano me dibuja hacia arriba, por mi espalda y sus dedos acarician mi nuca, siendo la sensación más deliciosa y escalofriante, que sentí en mi vida. Enrosca entre su mano mi pelo, para tener acceso a mi cuello y su perfecta nariz la recorre con suavidad, como absorbiendo mi esencia y se le fuera la vida en ello.

¿Devoción?

¿Pasión contenida?

Inhala el perfume de mi pelo, con un suave suspiro.

Para acunar luego, mi rostro con ambas manos rozando con la punta de su nariz; cada jodido centímetro de mi rostro.

- Dilo. - Me ordena, cerrando sus ojos.

¿Eh?

- Dilo, Vangelis. - Repite. - Mi nombre rayo de sol...

Miro a un lado y nuevamente, a él.

Carajo es verdad y estuve mal.

Porque él, es mi jefe.

Un momento.

¿Me llamó, rayo de sol?

- Dilo, Van. - Siento en mi mejilla su cálido y mentolado aliento, con cada respiración.

Dulce Jesús.

Esos perfectos y marcados labios, están a un roce de besarme.

- Herónimo... - Susurro, con un hilo de voz.

- Oh Dios... -Y su voz se quiebra, acercándose más a mí.

Cierro mis ojos ante esa dulce sensación y cuando creí que iba a besarme, la caricia de sus pulgares sobre mis mejillas; me despiertan de mi ensoñación.

Los abro para encontrarme con los suyos, mirándome profundamente.

¿Por qué, me mira así?

Mierda.

Sus ojos con esa oscuridad impenetrable, se confunde con la del estacionamiento.

Él está, en su hábitat.

Pero a que pese que son eclipsados y de difícil definición de un color por lo tormentosos, llámenme loca, pero me siento besada por ellos.

- Tú tienes, que ser mía. - Susurra, frotando su nariz en mi mejilla con suavidad. Sus manos descienden y acarician mis caderas. Desliza una de ellas por lo bajo de mi camisa y se abre ante el contacto de mi piel, atrayéndome más hacia él con brusquedad y robándome un jadeo. Me quedo inmóvil y con mi corazón, latiendo con fuerza dentro mío. Podía escuchar el suyo y su dura erección, presionando mi vientre.

- Joder. Muero por sentirte y estar dentro tuyo... - Susurra.

Presiona más contra mis muslos y un bajo gemido de satisfacción, sale de su garganta ahogando el mío, dándole la bienvenida a ese duro contacto. Siento su sonrisa en mi frente por ello, donde deposita un largo y tierno beso.

¿Dije, tierno?

- Pero hoy, no... - Dice al fin. - ...debemos hablar primero y mañana, tengo una lucha...

¿Qué?

Realmente empiezo a detestar, esa bendita pelea.

¿Ustedes no?

Levanto mi vista para encontrarme con los suyos, en una batalla interna de contradicciones.

- Yo debo llevarte, a tu casa.

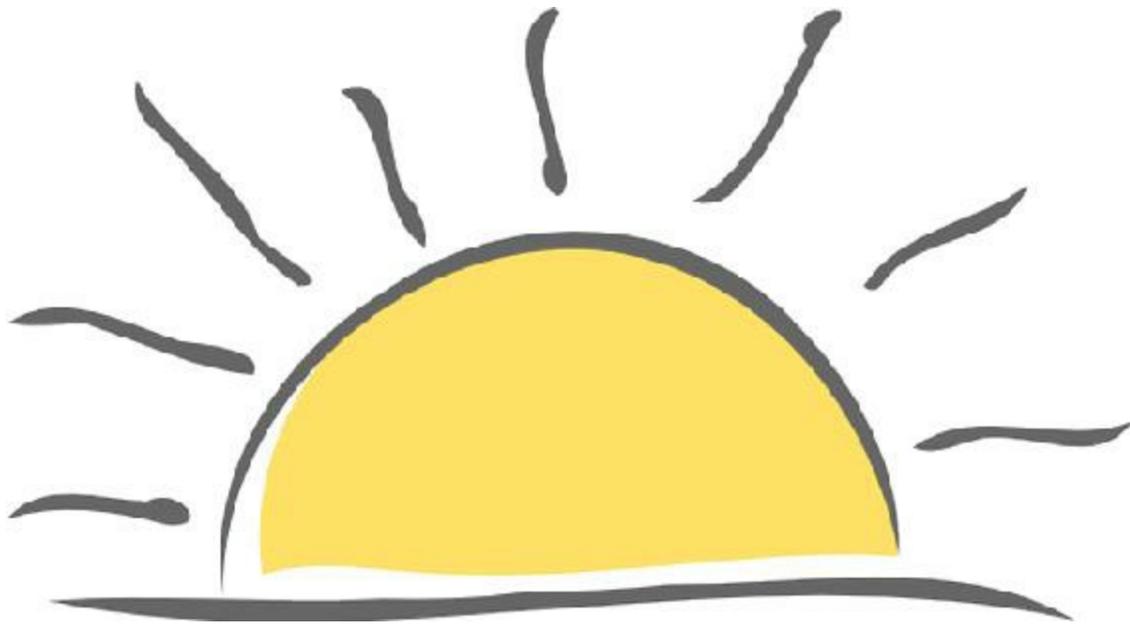
Aclaro mi garganta y que después de lo sucedido, intente ser normal.

- Yo en realidad...voy... a la casa de mi hermana... - Pero fracaso totalmente, saliendo una especie de chillido sofocado.-...voy a cenar co...con ella y su familia...

Hecha su cabeza hacia atrás, para poder mirarme mejor.

- Bien. Te llevaré. - Dice alejándose de la puerta del acompañante, para poder abrirla. Pero me lleva con él tomada por la cintura, para que no perdamos ese hermoso contacto.

Ese jodido, duro, erecto y grande, hermoso contacto...



CAPITULO 13

Yo

Me libera, farfullando por lo bajo.

Abre la puerta y ante mi demora, apoya su mano pesadamente sobre la puerta abierta del coche e inclina su cabeza; con aire de poca paciencia. Estoy indecisa sobre mi lugar, entre tomar un taxi o subir a ese oscuro coche de alta gama; como él.

- Vamos a dejar en claro, un par de cosas. - Su voz, es como su cara.

De pocos amigos.

- No te estoy pidiendo permiso, es una orden. Es tarde. Te llevo... -
Rebuzna. - Punto.

Se acerca a mí.

Dios, con su perfume.

- Te llevaré a lo de tu hermana y quiero cuando vuelvas a tu casa, pienses en todo esto...

Besa mi cuello produciendo un efecto gelatina en mis piernas, por el contacto de esos tibios labios en mi piel.

- Piénsalo...porque si dices si, nos vamos a pertenecer y serás mía. Solo mía. El hecho de que no pueda poseerte ahora mismo... - Me mira fijo. - ...no

implica que espere. Porque a mí, no me gusta esperar Vangelis. Y cuando lo haga, te voy a desear tanto, que voy a querer cada puto centímetro de tu cuerpo; para saborear con mi boca y mi lengua. No me tumbaré encima de ti y poseerte con delicadeza, voy arrebatarte ese condenado poder que tienes sobre mí y cuando lo obtenga, te cogeré tan duro, hasta que creas que tu mundo solo soy yo...

No puedo, contestarle.

Porque es lo más sexi y más mal educado, que me han dicho en mi vida.

Y me excita, muchísimo.

Su magnetismo es tan poderoso, que creo que acaba de secuestrar mi voz. Está en mi espacio personal, absorbiendo y tomando mi oxígeno y no puedo entender, porque mi corazón late así.

Todo mi enfoque está en él y su mano, entrelazada en la mía.

HERÓNIMO

Mi corazón palpita fuerte, al seguir su mirada.

A nuestras manos unidas.

¿Cómo ocurrió, eso?

Diablos.

Mi control se está yendo al carajo.

Corrección.

Mi control y mi manejo motriz.

En el Holding, no quería que se vaya.

Que tomara ese taxi y que se alejara de mi lado.

¿Qué hice, entonces? ¿Qué hizo, mi inconsciente en realidad? Porque mi consciente, no lo hubiera hecho. La tomé, de la mano. Entrelacé mi puta mano, a ella. El miedo, a perderla. El temor de sentirla, alejándose. Provocó que algo, impulsara desde lo más profundo de mi ser a hacerlo.

Y no me pregunten, por qué.

Ya que no tengo ni idea y solo lo sentí.

Lo sentí.

Trece años que no tomo la mano de una mujer, porque nunca más lo deseé y jamás lo necesité nuevamente.

Y acá, estoy.

Mirando bobaliconamente como un marica adolescente, mi mano y la suya entrelazadas. Y sintiendo cada pulgada de su tersa y suave piel, contra la mía.

Es cálido.

Un contacto reconfortante y llega a mi pecho expandiendo y empujando mi cuerpo fuerte, contra ella.

Y me gusta.

Mucho.

Y se siente.

Jodidamente, bien.

Y gruño, para mis adentros por eso.

¿Por qué, qué pasa?

No me gusta, una mierda.

Eso es debilidad Mon y no podía ablandarme ahora. Solo tiene que ser, sexo.

Control, sentirla y nada más.

Punto.

No la mierda de la pasión, que te lleva al sentimentalismo.

Cristo.

¿Que venía, después? ¿Llorar en el hombro de Collins?

¿Tejer mantitas de lana, al lado de mi madre?

De.Ninguna.Jodida.Manera.

YO

Con su frente apoyada en la mía, siento que su respiración se ralentiza cuando suelta mi mano pensativo para sostener de nuevo, la puerta abierta de su coche.

Una vez dentro, rodea su coche con gracia abriendo la puerta del conductor; enciende el motor y este ruge suavemente.

Sube por una rampa y acciona un interruptor del techo, que abre el gran portón corredizo y automático.

Y salimos al exterior y con cada majestuoso movimiento que su elegante coche da, es bañado por el ocaso de la noche aproximándose.

Está despejado de un azul oscuro y naranja intenso, muy cálido para la época. Se detiene en otro portón, con la salida principal del predio. Uno alto, hermoso, labrado y de hierro forjado. Y un guardia aparece de la ventana de su garita con impecable uniforme negro y lleva dos dedos a su gorra y nos saluda con cortesía; mientras abre manual el portón. En la espera, Herónimo apoya una mano en mi rodilla y me mira fijamente con esos ojos raritos y de color indescifrable que tiene.

Madre de Dios.

Es tan guapo.

Y su contacto me estremece y por eso junto mis piernas con fuerza y disimulo, mirando por mi ventanilla del acompañante. Aunque no le veo, siento que niega con la cabeza y se sonríe, para luego sumergimos en las calles y el tráfico.

Su auto zigzaguea entre coche y coche, por la avenida.

Aprieta un comando de su volante y la música de Eminem, suena en el interior.

Perfecto.

Suelto una risita porque su letra hace honor, a nuestra situación.

Jodidamente, perfecto.

Lo miro de reojo y noto que él también, se sonríe con malicia. Lo disfruta el muy bastardo, mientras me pide la dirección de mi hermana, para programarla en el GPS doblando en la próxima intersección.

- ¿Entonces? - Dice de la nada.

Lo observo con atención y sin entender.

¿Con qué diablos, saldrá ahora?

Me mira unos segundos como esperando mi respuesta, para luego volver a concentrarse en conducir; con su mirada en frente.

- No me gusta compartir, señorita Coppola. - Su tono de voz imperativo, me desconcierta.

¿Pero de qué diablos, está hablando ahora?

¿Me tutea y ahora, me trata de usted?

Este hombre tiene que venir con un manual explicativo, de su personalidad.

¿Estará bajo el asiento, del auto?

Se detiene en un semáforo en rojo y se incorpora apoyando casi la totalidad de su espalda, sobre su puerta para mirarme plenamente; mientras apoya su brazo en el volante y se frota sus labios, pensativo.

Puto tic hermoso.

Me mira inquisidor a través de sus lentes y fijos en mí, analizando.

Me reacomodo, en mi asiento.

- ¿Qué sucede entre tú y mi supervisor de piso Aaron Dean, Vangelis? - Larga.

¿Eh?

Pues que creo, que le gusta a Mel.

No sé, que mierda quiere que le responda.

Me encojo de hombros.

- Es agradable...
- ¿Agradable? - Gruñe volviendo al volante, cuando la luz marca verde. Me mira, aunque yo no.
- ¿Agradable? - Repite elevando más, su voz grave.
- Es mi jefe a cargo. No sé, a que se refiere...
- Él no es tu jefe, Vangelis. Yo, soy tu jefe. - Me corrige entre dientes. Y ya no me mira.

Está fijo en las calles que conduce, pero sus manos aprietan tan fuertemente el volante que los nudillos de sus manos; están blancos por la presión.

- Mi supervisor entonces... - Corrijo, rodando mis ojos.
- ¿Tienes algo, con él? - De la nada.

¿Qué?

Ahora soy yo la que me giro sobre mi asiento, para mirarlo de pleno. Y arrugo mi nariz, cruzando mis brazos en mi pecho.

- ¡No! - Aclaro, con demasiado fervor. - ¿Por qué, piensa eso?
- Dijiste que era agradable...

- Porque lo parece. - Explico. - Lo fue como supervisor en mi primera semana de trabajo y muy atento esta tarde. - Me justifico sin necesidad, ya que no estaba haciendo nada malo.

¿Qué le importa?

- Aunque te dije que pensaras sobre lo nuestro, eres mía... - Dice. - ...solo y malditamente mía y sé, que me dirás que si rayo de sol. Y me pondré jodidamente celoso, si un imbécil vuelve a tocarte o invade tu espacio personal; por más ayuda samaritana que predique...

¿Qué es, todo esto?

¿Él está, celoso?

No puede ser.

¿De mí?

No importa.

Exhalo, furiosa.

- No hables así, de Áaron. - Suelto el aire. - Es un chico ingenioso y linda persona, cuando habla...

Y me odia, con la mirada.

- ¿Él?

- ¡Sí!

Y me entrecierra los ojos, odioso.

- ¡Yo soy bonito e ingenioso y en seis idiomas sumando el árabe! - Me

arquea una ceja.

Pestañeo.

¿Me está jodiendo?

No sé, si comerlo a besos o darle de bofetadas al mismo tiempo, por ese comentario.

Pero lo sigo mirando fijo, sin moverme de mi postura. Ya que no sé, que decir.

- ¡Qué! - Me gruñe glacial y frunciendo esas bonitas cejas, después de unos segundos.

- ¡Tu! - Digo, con la misma energía.

Llámenme corajuda.

O suicida.

Como ustedes prefieran.

Me mira enojado.

- ¿Yo qué?

Suelto mis brazos que caen, pesadamente sobre mi regazo.

- ¡Tu! - Repito elevándolos al aire. - Eres un hombre, extrañamente fascinante...

Creo, que se quiere reír.

Sip.

Pero muerde su labio, para ocultarlo.

Y ladea apenas, su cabeza hacia mí.

- ¿Me estás llamando, rarito? - Murmura, suave.

Y que Dios me proteja.

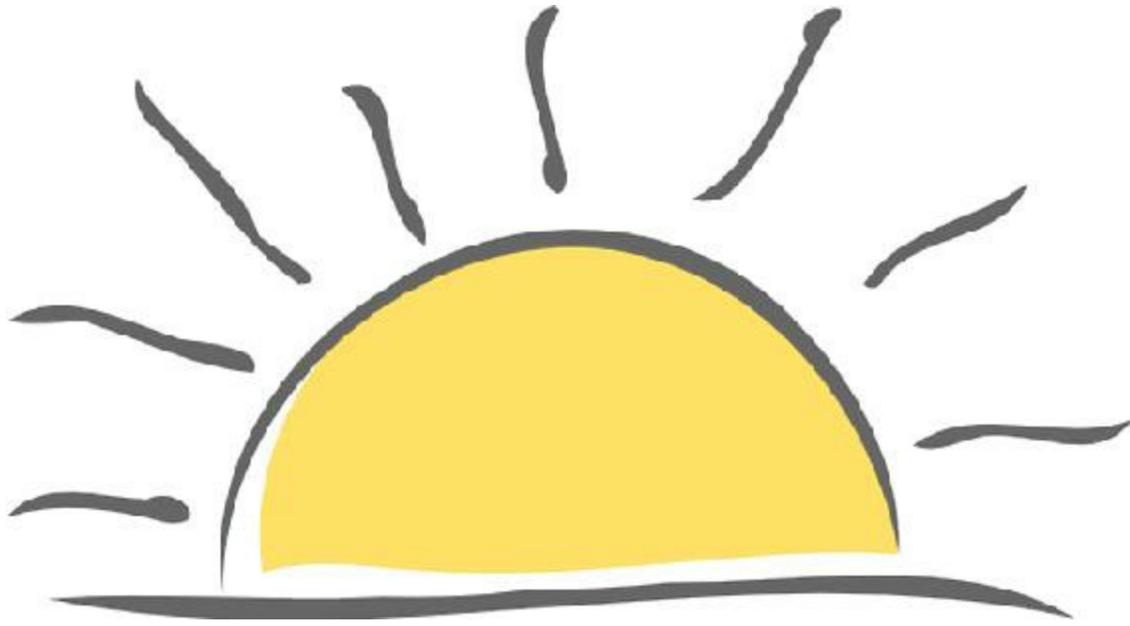
Me lo dice estrechando sus ojos y de una forma tan sensual y graciosa, que no puedo contener mi carcajada, que retumba en todo el interior del auto. Se saca sus lentes para masajear el puente de su nariz en otra detención de semáforo, mientras con una mueca en sus labios disimula las ganas de reír.

Era el jodido cielo este hombre por demás hermoso.

Y su sonrisa.

Dios querido, esa sonrisa escurridiza que se hace rogar.

El paraíso.



CAPITULO 14

Yo

Detiene el auto frente a mi hermana y ruego que Siniestra no aparezca por la puerta, al ver su coche tan elegante y fuera de su inquisidor radar protector. El suyo no está estacionado en su entrada y suspiro, agradecida. Es aún temprano. Debe haber salido, por algún recado.

Herónimo apoya todo su cuerpo contra el respaldo y suspira antes de mirarme.

Largamente.

- Yo, debo volver... - Acomoda mejor sus lentes.

Tic devastadoramente hermoso.

- ...necesito regresar al Holding, dejé cosas pendientes y tengo una cena de negocios. - Desprevenida, me vuelve a tomar sus manos entre las mías.

Las mira como sorprendido, por ello también.

Y suspira, otra vez.

- Rayo de sol, tú me gustas. Mucho. - Cada palabra le cuesta, pero son decididas.

¿Por qué?

- Dime que me dirás, que sí. - Levanta su vista hacia mí, buscando.

Indagando, en mis ojos.

Ay no.

Otra vez no.

No de vuelta, con mis ojos traicioneros.

- Dime que sí, Vangelis...

Una súplica.

Una orden.

Un mandamiento.

- Mírame, nena. - Me ordena.

Mi corazón late fuerte, porque toda yo, quiere gritar que sí y que no hay nada en que pensar.

Lo quiero, a él.

Solo a él.

Quiero decirle que soy suya del primer día que lo vi en la cafetería, que se hizo dueño de mi cuerpo y de mi alma. Pero esta sensación nueva, me ahoga de miedo. Pánico a Herónimo y todo lo que es, él.

Porque se metió en mi corazón y bajo mi piel.

Como también.

Que todo fue muy rápido y por eso, callo.

Se saca sus lentes poniéndolos en un compartimiento y levanta mi barbilla, para nivelar nuestros rostros.

Dulce.Niño.Jesús.

Como alguien podía pensar con algo de coherencia, teniendo a centímetros de tu rostro.

Un hombre gloriosamente hermoso con tal perfección, que harían pelear a muerte a las diosas del olimpo. Y lucho internamente, para no parecer idiota y con mi índice tocar su rostro y preguntarle. ¿Si duele, ser tan bello?

- Debería irme... - Susurro, sin responder.

Entiende mi confusión, lo cual pensé que lo enloquecería y eso me sorprende.

O sea.

¿Quién se le niega al millonario y atractivo, Herónimo Mon?

Me sonrío y vuelve a sorprenderme, cuando acaricia con suavidad por mi rostro apoyando su frente en la mía. Su respiración se mezcla con los mechones de mi pelo suelto, invadiéndome el aroma de su perfume importado masculino, en combinación con su jabón y enjuague de algodón.

Elixir.

No me suelta, pero sus palabras nacen de mi cuello donde posó su rostro, cuando lo bajó.

- Vangelis debes saber, que soy una persona dominante y posesiva. Soy un hombre de pocas palabras y estoy jodido... - Resopla. - ...un impulsivo, con mal genio de los mil demonios...y que si aceptas me vas a pertenecer en cuerpo y alma rayo...como yo a ti. - Se incorpora. - Es muy importante, que lo pienses nena ¿si? - Su voz es grave, profunda y no ayuda a relajarme, precisamente.

¿Podía una advertencia, sonar eróticamente dulce?

Asiento con mi cabeza, sin perder mi mirada en él. Acaricia con el dorso de su mano mi mejilla, para luego seguir con mis labios con su pulgar. Y yo cierro mis ojos, por ese contacto.

Un resoplido bajo, nace de él.

- Ve, rayo de sol...

Abro mis ojos.

Pero por primera vez, no la siento como tal.

Me atrae de vuelta, para besar castamente mi frente.

- Cuídate, mi rayo de sol. Te veré mañana...

Y eso, sí.

Fue una orden.

Bajo del coche deteniéndome en el ante último escalón, que da a la entrada principal de la casa de mi hermana. Y me giro para gritar a Herónimo que espera aún en su coche, para que ingrese a la casa.

Mi Dios.

Quiero extender mis brazos hacia él y hacer un recuadro, con mis pulgares e índices. Y como una máquina de foto imaginaria, hacer clic y guardar en mi corazón.

Para siempre, esa imagen.

En cómo me mira por la ventanilla baja de mi lado, con uno de sus codos en el marco de la suya y su mano en la sien.

Hombre hermoso.

- ¿Herónimo Mon, dime de qué color, tienes los ojos? - Grito recordando mi dilema de esos abismales y profundos ojos cubiertos de oscuridad, que no permiten ver su color.

Sip.

Aunque les cueste creer, me animé.

¿Kamikaze?

Si, puede ser.

Se sonríe con esa media sonrisa tan suya negando con la cabeza, provocando que parte de sus ondas naturales; cubran su frente.

- ¡Rosa! - Me grita divertido desde el interior de su auto, poniéndose de nuevo sus sexis lentes de marco negro.

Mi carcajada se mezcla con el encendido del motor de su auto y con una última mirada folladora sobre mi cuerpo entero, para luego perderse en el tránsito de la calle.

HERÓNIMO

Se que tengo una mirada, que infringe poder.

Es fuerte y son muy pocos, los que me la mantienen. Y eso generó siempre, respeto hacia mi persona.

¿Recuerdan los que les dije, que a través de los ojos se ve el alma de las personas?

Bien.

Esas son, mis chicas.

Y mi rayo de sol sin saberlo, con esa pregunta tonta y dulce que me hizo, leyó la mía. Vio la oscuridad, en ellos. Esos demonios que me atormentan, en mi impenetrable alma sombría.

Y por primera vez en mi puta vida después de muchos años, tengo miedo.

Temor a que eso la aleje de mí y que le dé, un final a esto sin haber comenzado.

No.

NO.

No va a pasar y mi cuerpo estremece en solo pensarlo.

Si.

Pienso, como ustedes.

Maricón total.

Y por eso rayo de sol, no debe saber de mi pasado. Yo no puedo, contarle. Los ojos del cabrón que refleja el espejo retrovisor, me sonríen.

Miro, mi color de ojos.

¿Rosa?

¿Dije, el puto color rosa?

¿Qué sigue, después?

¿Hacerme la mierda esa del alisado permanente, en mi pelo?

Joder, con mi chica de la playa.

¿Cómo mierda hace, para robarme siempre una sonrisa?

Miro nuevamente por el retrovisor a medida que me alejo y veo a Vangelis, desaparecer tras la puerta aún, riendo. Jodida risa hermosa que tiene y que llega, a lo más profundo de mí. Y por eso cierro mis ojos, tratando de impedir ese grito en mi cabeza. Porque todo en mi cerebro dice, que debo volver.

Bajar del auto. Tocar la puerta. Y cual cavernícola que soy, traerla de vuelta conmigo. Subirla al coche, arrancar y llevarla conmigo a mi Pen. Arrastrarla a mi habitación, desnudarla y tomar cada parte de su cuerpo que demanda y poder besar cada centímetro de su piel, reclamarlo y marcarlo como mío.

Porque ahora, soy su dueño.

Mío.

Refriego mi mano por mi cara en un semáforo, tomando una tranquila y profunda respiración obligada. Tuve que utilizar todo de mi autocontrol, para no volverme loco y poseerla en el parking del Holding o estacionados en la calle, a la vista de todos.

Joder.

Por supuesto, que no.

Nunca, lo haría.

Me hierva la sangre en solo pensar que alguien además de mí, pueda ver y disfrute de ver a Vangelis con un orgasmo. A mi dulce rayo viniéndose con su humedad en éxtasis, por ser follada por mis dedos o mi lengua.

- Mañana, chico. - Consuelo a mi pene, mientras reacomodo mis jeans sobre mi asiento, porque estoy putamente duro como una roca.

Mañana tal vez y después de la lucha, aclare a mi rayo de sol mis puntos.

Mis reglas.

Poner las cartas, sobre la mesa. Ella va a entender. Mi nena, tiene que entender.

Battle Ground suena, por los parlantes de mi coche.

Jodida y buena banda.

Aún siento su suave tacto y el calor de su mano, en la mía. La miro cerrando y abriendo mi puño, frente mío.

Como el calor de su bonito cuerpo, cuando la envolví.

Santa.Mierda.

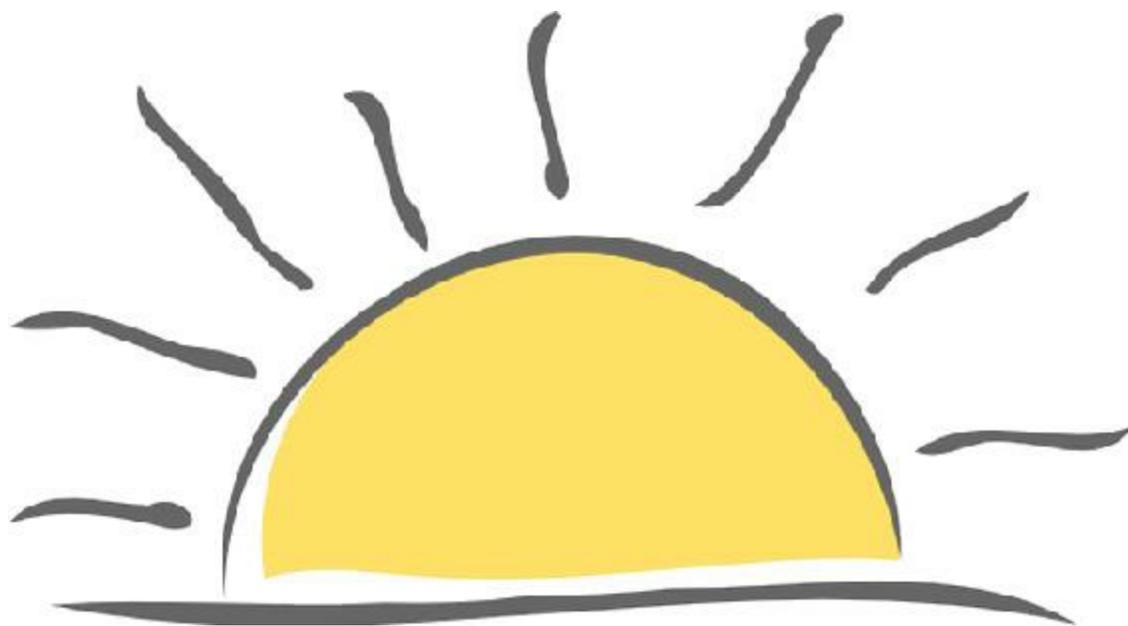
Yo la abracé.

Y esos labios.

Esa boca...

No, no y no.

No vayas por ese lado, Mon...



CAPITULO 15

Yo

Llegué y me abalancé, sobre mis sobrinos con cariño.

Mierda.

Como los había extrañado.

Semana y media había pasado desde que los vi, por última vez y créanme. Sentí que fueron años. Estaban hasta más altos mis pequeños diablillos, cositas raras y hermosas de la tía. Aunque faltaba poco más de tres meses para navidad, me llevaron arrastrando a la sala de la casa para mostrarme sus disfraces hecho por mi hermana, de la obra de teatro que representar en su colegio por fin de año titulada “*El pesebre viviente, el nacimiento del niño Jesús.*”

- Un langostino y un... - Miro a Tomas arqueando mi ceja dudosa en su gran disfraz inflado, curvilíneo y de un color rojizo oscuro. - ¿Garbanzo? - Arriesgo.

Mi sobrino, ríe.

- ¿Tía, no lo ves? - Se gira, frente mío. - ¡Soy un riñón! - Exclama muy orgulloso.

¿Pero que, mierda?

Busco los ojos de Siniestra, apoyada en el marco de la puerta.

Y se encoje de hombros, divertida.

- ¿Un langostino de mar y un riñón en el nacimiento del niño Jesús, en pleno desierto? - Murmuro.

Estoy sentada sobre mis talones, en la gran alfombra de la sala y frente a ellos.

Inclino mi cabeza hacia mis sobrinos.

- Eso, es raro...

Desde su sillón sentado, ríe a carcajadas Roger.

- Lo mismo, dije yo... - Señala a su par de hijos tan rubios como él y tan parecidos entre sí, como dos gotas de agua.

- Su maestra le dio libre albedrío, en las elecciones de sus disfraces a todos sus alumnos... - Mi hermana hace un gesto despreocupado, con su mano en el aire. - Es algo hippie y profetiza una especie de apología, de la libertad de expresión o algo así... - Posa su índice, en los labios pensativa.

Suelto una risita.

- No me perderé por nada, esta obra de teatro. Va hacer el nacimiento de Jesús, más raro y espectacular de la historia. - Digo agarrándolos a los dos por sorpresa, para hacerles cosquillas y llenarlos de besos.

Ríen y se sacuden entre sí sus cuerpecitos, por mi ataque de cariño y huyen escaleras arriba, hacia su habitación, con chirridos y grititos de felicidad. Me pongo de pie mientras Siniestra desde los pies de las escaleras, les grita que se cambien y laven sus manos; para la comida que está próxima.

Disfrutamos de una velada post cena, en la galería toda en madera blanca, de su patio trasero hamacándonos suavemente; en una mecedora de jardín que tiene. Observando cómo Roger enseña a patear penales a los gemelos y al perro que tienen. Spike, un callejerito que adoptaron en la perrera municipal hace dos años. Porque interfiere siempre en capturar la pelota, con ladridos y saltos juguetones.

Nos hace reír, a ambas.

- Esto es tan hermoso, Siniestra... - Le murmuro con mi cabeza apoyada sobre su hombro, mientras ella mece suave la hamaca con un solo pie; mientras miramos la linda familia que tiene, con la cálida noche haciendo juego.

- ¿Si verdad? - Solo, me responde.

Y suspiro asintiendo, por tanta paz.

- Has estado bastante callada en la cena, chiquita... - Me dice sin moverse

de su postura, ni mirarme. - ¿Como estuvo tu semana sin mí, bonita? - Sonrío y me aprieto, más a ella.

Todavía me trata como a una niña.

- Bien. - Solo digo.

Endereza su cabeza hacia mí y me mira con esa expresión que solo ella tiene y sacude su delgado índice al aire, con esmalte rosa.

- Estás rara... - Me quiere descubrir. - ...lo que no sé, es que si rara bien o rara mal... - Hace mohín con su boca.

- Rara bien, Siniestra. - Respondo sin dejar de mirar a mis sobrinos como le patean el trasero a su padre en fútbol, llenándolo de goles. - Te amo, Karla... - Murmuro dentro de mi burbuja de paz, familiar.

- Con el alma, chiquita... - Me dice sin dejar de hamacar la mecedora, con su pie descalzo.

Para luego de unos segundos, acotar.

- Patearé sus bolas con mucho placer si te lastima, nena... - Suelta de la nada, rompiendo nuestro silencio de amor de hermanas, con esa advertencia.

Y ahí tienen, porque le puse Siniestra. Ella y su maldito radar de hermana protectora.

Que lo percibe todo.

Suelto una risita.

- Ok... - Solo digo.

¿Para qué, más?

Mi señor oscuro, está advertido.

Ya en mi departamento, cierro la puerta y me saco los tacones de 10cm que me estaban asesinando los pies y revoleándolos por Dios sabe dónde, en el comedor.

Suficiente por hoy, de tortura snob.

Después de una ducha reparadora y de ponerme mi viejo pantalón pijama, con motivos de la pantera rosa y una gastada musculosa que en su mejor época; fue de color azul por tantos lavados. Me sumerjo en mi mullida y esponjosa cama con mis almohadones.

Aún es temprano y no tengo mucho sueño.

Me cruzo de piernas y abro mi laptop, para chequear mis mails.

¿Si tengo, facebook?

Una época.

Luego por mis estudios y mis mixtos trabajos de medio tiempo absorbiéndome por completo, desistí. Llámenme aburrída o fuera de onda,

pero prefiero salida y reuniones con amigos en vivo y en directo. O uno de mis mayores placeres. Café con leche con un buen libro para leer y que supere, las 300 hojas por favor.

Muerdo mi pulgar, mientras selecciono en mi bandeja de entrada y desecho, lo que no me interesa.

Y Oh Dios. Oh Dios. Oh Dios.

Grito para mis adentros y abriendo enormes mis ojos, ante la pantalla.

¡Porque Herónimo Mon, me reenvió mi mail del trabajo!

Verifico la hora, en mi reloj despertador.

Lo hizo hace una hora y media.

Sonrío.

Dejo de sonreír, dudosa.

Sonrío de vuelta y dejo, de hacerlo.

Abre ese mail de una vez, Vangelis.

No seas cobarde.

Inclino mi cabeza.

¿Qué dirá?

Y muerdo mi labio sonriente, recordando lo de esta tarde.

Él me dijo que le gusto y que soy suya.

¿Suya?

Mi cabeza es un lío que no termino nunca de procesar, en cuanto a Herónimo se refiere. Y que todo fue, tan solo un sueño. Pero la sensación de su mano en mi cintura, recorriendo mi espalda y su cuerpo presionando sobre el mío. Está, en mí y me lo confirma. Cierro los ojos exhalando y puedo hasta sentir su perfume caro, mezclado con la esencia de su propia masculinidad. Como el roce de sus labios en mi cuello, viajando hasta mi hombro.

Me siento húmeda en solo pensar en su boca y su presión ligera, en mi piel.

De pronto la angustia rompe con mi estado orgásmico de pensamientos sucios, al recordar la pelea de mañana.

Mierda contigo, Herónimo.

¿Por qué, lo haces?

Y suspiro largamente, haciendo clic en su mail.

De: HRNMetalurgica.

Para: VANI3.

¿Llegaste bien?

HRNM.

¿Eh?

Arrugo mi nariz.

¿En serio?

¿Archivos Adjuntos?

No hay.

¿Siguiente página?

Tampoco.

Verifico nuevamente si es, reenvío de mail.

Sip, lo es.

El de mi balance trimestral.

Pero no hay respuesta, nota u opinión del jefe de los jefes, con respecto a mi trabajo.

No sé, si ponerme a llorar o tirarme sobre mi colchón mirando el techo y reír de felicidad.

Opto, por lo segundo.

Porque yo le importo.

A Herónimo.

Me incorporo sobre mi cama.

¿Pero solo, un llegaste bien?

¿Es toda la respuesta, de mi informe de balance? ¿El supuesto examen exigente y conspirativo, que me envió el jefe?

Me cruzo de brazos mirando interrogante la pantalla de mi laptop, como si ella me diera la respuesta de la vida. Él me pidió, que seamos algo. Me rogó, a que le dijera sí.

Rasco, mi cabeza.

¿Pero si, a qué?

No me besó.

Eso, fue raro.

Pero supuestamente, aunque espera una respuesta mía, somos algo, pero sin saber qué título ponerle.

Creo.

¿Entonces?

¿Eso quiere decir, no más periodo de pruebas?

Mastico mi uñita.

¿Estoy dentro? ¿Mi balance, está aprobado?

Santa.Mierda.

Tapo mi boca, para ocultar mi fuerte risa. Ahora si me va el título que me bautizaron, el cuartel de las víboras. Soy oficialmente, *la lame polla* del señor oscuro. Típico cliché empresarial y novelesco, de algún escritor raro. Porque si acepto, sucumbiré a los deseos más oscuros y sexuales del jefe.

Ya que, los debe tener.

¿Pero cuánto a mi lugar, en *TINERCA*? ¿Mis logros, personales? Porque me los quiero ganar con mis propios méritos y no, por ser la no sé qué; del señor Mon.

Empiezo a teclear.

De: VANI3.

Para: HRNMetalurgica.

Oriénteme, por favor ¿considerando lo que me pregunta y venir su correo como reenvío, de mi balance trimestral; olvidó el detalle con su opinión personal de mi informe? ¿Amnesia por exceso laboral?

P.D: En cuanto a su pregunta enviada. Si, llegué bien. Muchas gracias.

Yo.

Me río sola dejando abierto mi correo, mientras voy en busca de un vaso de agua a la cocina. Abro el grifo llenando el vaso, mientras me apoyo sobre la mesada tomando de a pequeños sorbos tranquila; cuando siento que mi correo me avisa la llegada de uno nuevo.

Me atraganto.

¿Será?

Corro tumbándome sobre la cama llena de mis almohadones, buscando en la pantalla emocionada.

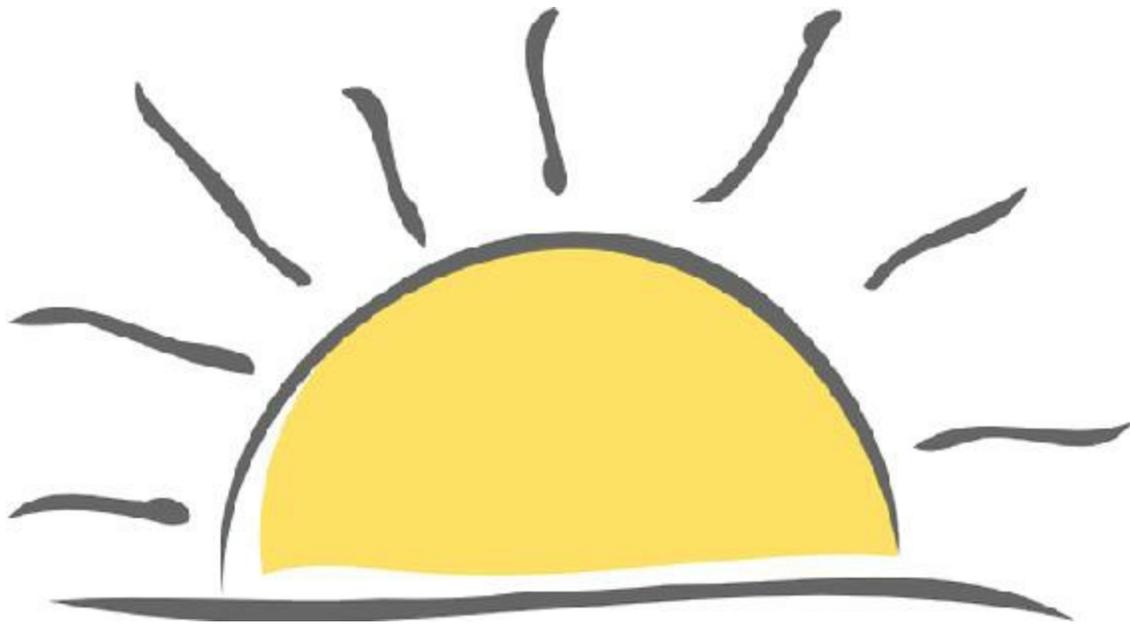
Me ataca la risa.

Si seré pendeja.

Y.No.puede.Ser.

Está conectado.

Sip.



CAPITULO 16

Yo

De: HRNMetalurgica.

Para: VAN13.

*No. No lo olvidé, explíquese. En cuanto a lo otro, lo sé.
HRNM.*

¿Qué lo sabe?

El muy cabrón.

¿Solo eso?

Rápidamente, vuelvo al teclado.

De: VAN13.

Para: HRNMetalurgica.

No sé. Dígame usted. No comprendí el “que lo sabe. Ilumineme. En cuanto a lo otro ¿Hojas adjuntas? Si la memoria no le falla, debo notificarle que faltó por enviarme, su informe especial y evaluativo y/o, opinión de mi capacidad de desarrollo, en cuanto al balance trimestral.

Yo.

Y aprieto enviar.

Ja.

Toma esto, jefe.

Muerdo mi pulgar esperando su respuesta, mientras miro por la ventana. Un trueno, amenaza con lluvia. Abrazo más una almohada, cuando otro correo llega.

Lo sabía.

Sonrío.

No es el tipo de hombre que se queda, con la sangre en el ojo.

No, para nada.

Y mierda, que velocidad.

El señor Herónimo Mon, es muy habilidoso con sus dedos.

Mmm...

Me abofeteo mentalmente.

Si seré jodida.

Fuera pensamientos sucios.

De: HRNMetalurgica.

Para: VANI3.

Yo nunca fallo...Paso a comunicarte que el informe personal y evaluativo con mi opinión de capacidad de desarrollo, en cuanto al balance asignado; no podré responder hasta la fecha designada (véase adjunto, hoja anexa al trabajo en cuestión).

Con día, lunes próximo. Horario, mediodía.

P.D : En cuanto a lo otro, te ilumino; yo lo sé todo.

HRNM.

Aunque sonrío divertida por este mail, con un título de advertencia raro. Hago un morrito. Porque pese a que tengo terror a su opinión personal, por mi desempeño laboral. Me carcome los nervios y ansiedad, saber de ella.

Resoplo, volviendo al teclado.

De: VANI3.

Para: HRNMetalurgica.

¿Por qué, Herónimo?

Yo.

HERÓNIMO

Jesús.

Y acá estoy.

Como un imbécil, leyendo esas tres palabras que con tan poco; dicen mucho desde mi celular. Hasta puedo imaginarla, preguntándolo en voz bajita sobre su cama.

Joder.

Y sentado casi al final de la cena de negocios, con mi abogado Millers.

Collins se acercó a mi mesa desde su rincón, para decirme en voz baja que Grands, mi otro hombre de seguridad; se comunicó para decir que Vangelis llegó bien.

Y, sí.

Piensan bien.

La estuve vigilando.

Dispuse a Grands, mi otro hombre en la seguridad y segundo al mando en que la siguiera como cuidara. Esa casa era realmente, de su hermana. Estuvo ahí, cenó en familia y más tarde volvió a su departamento traída por un taxi, sola.

Como un potencial acosador observándola, lo sé.

Lindo.

No me condenen, la cuido.

Yo todo lo que amo, cuido ferozmente.

Rebobina Mon y aclara.

Es importante para mí, garantizar la seguridad de la gente que quiero.

¿Se entiende?

A la hora de escoltar o proteger con mis sombras, cada minuto de sus putos días.

Soy una persona poderosa.

Muy poderosa.

Y te haces de enemigos.

Muchos.

Sin saber a veces.

Más cuando no te atraen ideologías, partidos políticos, sociedades, mesa directiva o las mierdas que sean. Y la peor de todas y que acumula en mi libreta negra de enemigos, cuando no le temes a nada ni nadie. Ni al jefe legislativo, del momento.

Yo, el jefe de los jefes.

El rey del acero.

Siempre.

Y por eso tuve que dejar obligado a cargo, a mi rayo de sol hoy. No podía cancelar esta puta reunión, Millers tenía la noticia que esperaba de un día a otro en estos casi 18 años. Años más o menos, pero sabiendo que tarde o temprano llegaría. Y me lo tomé, a la noticia. Como me lo hago, con todo en general.

En silencio y cavilando.

Asimilando y procesando, solo para mis adentros. Dirigiendo y analizando las posibles soluciones ante ese regreso, tras ese largo periodo.

En protegerlos.

A Marleane, Rodrigo, Juli con los nenes y ahora, mi rayo de sol.

Por eso Grands tiene que ser, la sombra de Vangelis.

Miro a través de los grandes ventanales del restaurant, como llueve torrencialmente. Y suspiro triste. Porque demonios nuevos se acoplan con los viejos, con esta noticia.

¿Más?

Si, más Mon.

Endurece más tu espalda como tu corazón para poder soportarlos, como lo has hecho en esto casi veinte años.

Mi espalda tolera más, pero esa sensación nueva en mi pecho presionando profundo y que duele como la mierda; me dice que ya el corazón, ya no puede más.

Espalda, sí.

Pero mi corazón con más tristezas, no.

- ¿Y bien? - Dice mi abogado.

Me vuelvo hacia Millers y levanto mi índice al aire pidiéndole un minuto, acomodando mis lentes en el puente de mi nariz. Porque necesito contestar su mail, con esa simple pregunta.

De: HRNMetalurgica.

Para: VAN13.

Porque me interesas, rayo de sol.

Ya que putamente es imposible concentrarme, desde que te conozco. Porque te siento mía y me sacas de mi eje de control, volviéndome loco pensando en cómo te dejé esta tarde y no pude llevarte conmigo por esa puta cena familiar tuya. Y que estoy en una jodida reunión importante, solo

pensando en ti.

HRNM.

P.D: No te preocupes mi respuesta al informe trimestral. Lo tendrás el día y hora estipulada correspondiente. No lo olvidé y seré implacable, como siempre lo soy con mis activos. Se separar las cosas.

Y enviar.

Punto.

Se lo dije.

Y para mi sorpresa, un alivio recorrió mi cuerpo.

¿Por qué, me preguntan?

No tengo la más puta idea.

Yo solo sé, que es mi rayo de sol.

YO

Estoy casi dormida tumbada sobre mi cama, cuando el destello de la laptop se ilumina.

Miro la hora de mi reloj en la mesa.

Veinte minutos pasaron, de la respuesta de Herónimo. Un gran trueno suena estrepitosamente en medio de la lluvia y me despabila con un susto, iluminando mi habitación.

Jesús, odio las tormentas eléctricas.

Abro su correo y me levanto de golpe.

Que.Me.Jodan.

Y otro trueno, vuelve a sonar afuera.

Oh mi Dios.

¿Herónimo...se declaró?

Releo por quinta vez su mail, bebiendo cada palabra suya y sin poder creer. Y sin poder evitar, inclinar mi cabeza indecisa.

Se lo que piensan y no las culpo.

Con 23 años y pronto a cumplir 24, solo estuve con dos hombres en toda mi vida. Uno en la secundaria y no llegué, ni a tercera base. Tenía de 16 años y me gustaba un chico, un año más grande. Chase. Era lindo y con un jodido cuerpo hermoso, por ser parte del equipo de fútbol del colegio. ¿Pero solo duro eso, porque recuerdan a Siniestra? ¿Mi hermana? Se había convertido en mi maldita chaperona, en mis salidas bajo la aprobación de nuestro padre. Y en nuestras salidas de cuatro, porque arrastraba con ella al pobre de Roger.

Como al cine. Y cada vez que Chase, con un disimulado bostezo.

Si lo sé, muy cliché.

Me rodeaba mi hombro y después intentaba algo tan inocente como una caricia y créanme, lo que menos quería era una inocente caricia. Siniestra sin dejar de mirar la película comiendo sus palomitas y sentada del otro lado suyo, le pegaba un manotazo en su cabeza.

Obvio, como me decía ella.

Con inocencia, también.

Cuando cumplí los 19 años y comencé como nanas de mis muchachos.

Mis adorados perros.

Conocí en la playa, donde los llevaba para que retocen. A Theo García. Mi novio por casi un poco más dos años. Hijo de madre norteamericana y padre español.

Jesús, él era guapísimo.

Alto y de contextura delgada pero fibrosa y marcada. Pelo ondulado y café, piel morena y los ojos color miel más lindos del mundo.

Las mujeres, morían por él.

Y mierda.

Él también, por ellas.

Estudiaba actuación y teatro. Y créanme, su cuerpo rostro le daba, para ser el próximo Antonio Banderas. Sin mencionar que era, un excelente actor. Tan bueno que lo practicaba todo el tiempo, conmigo. Con mentiras. Engaños. Llantos culposos, a sus salidas. Como cogidas y escapadas con medio campus femenino, en la universidad.

Sip.

Era una imbécil.

Una imbécil, que estudiaba y trabajaba mucho y que todo, le creía.

Era mujeriego.

Pero no me volví loca ni lo asesiné mutilando en pequeños pedacitos su cuerpo, cuando me enteré. Si me dolió como la mierda y me lloré la vida. Pero no tuve, mucho tiempo para el luto amoroso. Ya que, mi hermana al enterarse, tuve que abalanzarme y enroscarme a una de sus piernas, cuando vino a buscarlo con bate de beisbol en mano.

Le robó al hermano menor, de Roger.

Arrastrándome por el césped y envuelta en ella, casi dos cuadras de campus universitario y a la mirada de todos intentando detenerla. Impidiendo. Y rogándole que no lo matara o sacudiera, su cabeza con eso. Felizmente,

Theo pudo escapar de Siniestra. Pero su lindo Chevy del '66, restaurado y negro azabache, no.

Y creo, que nunca volvió a ser el mismo.

Después de unas semanas post Siniestra amenazadora contra la vida de Theo, tipo Kill Bill pero sin el sable; aunque le hubiera encantado poseer uno y un café de por medio los dos. Tuvimos una extensa charla, con disculpas por ambas partes. Theo había aceptado un papel en Europa semanas atrás y sin consultarme, como co-protagonista en la obra de misterio, de un prestigioso director de teatro de Londres. La paga era muy buena y las posibilidades de seguir creciendo, iban en aumento. Pidió que me fuera con él. Decía que pese a todo lo sucedido, él me amaba y que yo era su mundo. Cuando me rehusé a mudarme con él, la relación definitivamente había terminado de mutuo acuerdo.

Era un buen tipo pese a todo, pero la pasión que teníamos con el tiempo había desaparecido. Lo fui a despedir al aeropuerto y si soy sincera. Ni en el comienzo de lo nuestro, hubo esa adrenalina personal o esas famosas mariposas en el estómago de mi parte.

Por eso, sin poseer un currículum extenso amoroso.

Muerdo ahora mi pulgar releendo por sexta vez, el mail de mi señor oscuro.

¿Y les soy otra vez sincera?

No siento, mariposas en el estómago.

Siento helicópteros.

Muchos.

Suelto una risita por fin y solo tecleo dos simples palabras, siendo su respuesta casi al momento. Haciéndome caer de espaldas sobre mi cama, despatarrada de la risa y emoción.

Y feliz.

HERÓNIMO

Me despido saludando con la mano a Millers desde la entrada del restaurant, mientras Collins se estaciona frente y me abre la puerta trasera del coche con paraguas en mano; para no mojarme con la lluvia.

Se introduce en el tráfico, cuando mi celular suena.

Y mi cabeza da vueltas, cuando leo la respuesta de Vangelis a mi mail sincero.

Aprieto mi mano en mi pecho con fuerza.

Cristo.

¿Puede doler algo, por felicidad?

¿O simplemente mi corazón palpita fuertemente, porque ya no soy tan joven?

De: VANI3.

Para: HRNMetalurgica.

Me gusta su sinceridad.

Te necesito.

Yo.

- Cambio de planes, al departamento de Vangelis. - Digo a Collins con mi mejor cara de nada, para disimular la alegría contenida y la mano en mi pecho; aflojando mi corbata.

Porque yo, no tengo emociones.

Soy Herónimo Mon.

El puto déspota del acero.

¿Se entiende?

Bien.

- Si señor... -Solo dice, mirándome a través del espejo retrovisor.

Y pese a la oscuridad de la noche y del coche, las arrugas de la comisura de sus ojos color plata; se intensifican.

¿Se está sonriendo, para sí?

Si será mierda.

No lo puedo engañar, me conoce demasiado bien el bastardo desde hace años.

Demasiado, bien.

Haciendo caso omiso a su divertida expresión, vuelvo a mi celular. Primero mensaje a Marcello, que no regreso al Pen.

Segundo, a mi rayo de sol.

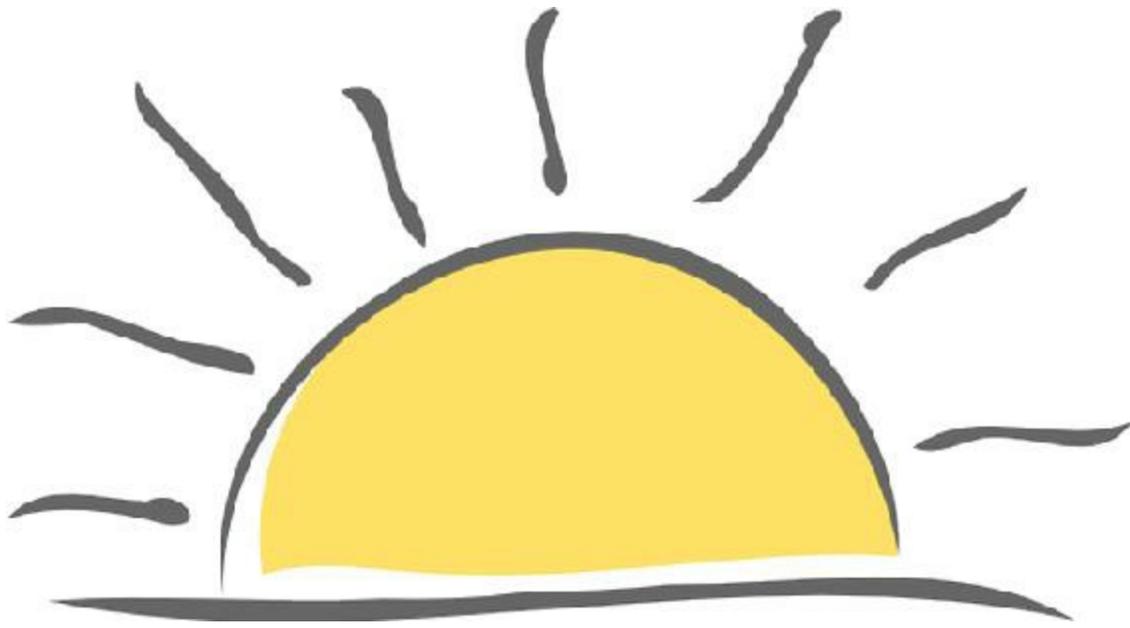
De: HRNMetalurgica.

Para: VANI3.

Voy.

Yo también, mi rayo de sol.

HRNM.



CAPITULO 17

Yo

Oh Jesús.

¡Herónimo, viene para mi departamento!

Estuve como una idiota, sonriendo mirando el techo y él viene en camino. Me levanto de un salto de la cama y corro al baño.

Y me miro al espejo.

Carajo.

Mi rostro es un desastre y mi pelo no se queda atrás, gracias a la humedad de esta lluvia.

Me lavo la cara, secándola ligero.

¿Algo, de maquillaje?

Niego.

No.

Soy un desastre en ello y queda muy obvio. Me conformo pellizcando mis mejillas, por algo de color natural. Cepillo mi pelo alisándolo lo mejor que puedo y lo recojo con mi “llego tarde.”

Me dirijo al comedor al escuchar sonar un sms desde mi celular, mientras busco con que atar mi pelo.

Miro desesperada para todos lados, encontrando un lápiz sobre la mesa, mientras me fijo en mi teléfono que quedó en el sofá con mi cartera.

“Abre la jodida puerta, está condenadamente lloviendo”

¿Eh?

Es un número que no tengo agendado.

Y siento el portero eléctrico de mi departamento, al mismo tiempo.

¿Ya está, aquí?

Salto del sofá en dirección al teléfono de pared de entrada, del edificio.

- ¿Quién es? - Pregunto.

- Te dije quién era. Abre la maldita puerta, que llueve como si fuera la última vez...

El dulce, Herónimo.

Si, como no.

Ruedo mis ojos sin poder evitar reír, apretando el botón de ingreso de la puerta.

Lo dejaría mojarse por cabrón, pero lo quiero.

Sip.

Lo dije.

No me pregunten cómo, pero siento cosas por este hombre tan hermoso como extraño.

Tocan la puerta y la abro encontrando un Herónimo de gabardina, traje gris oscuro y cabellos totalmente empapados. En todo su rostro le recorren gotas y gotas de agua.

- ¿Llueve mucho? - Pregunto y juro que fue con sinceridad, apoyándome en la puerta.

Lo necesitaba.

Ya que.

Era capaz de abalanzarme sobre él y lamer cada bendita gota; que corría por su rostro.

- Simpática... - Gruñe y me mira de arriba abajo, con su sonrisa de lado.

Mierda.

Siento mis mejillas arder, por su recorrido visual.

- ¿Puedo entrar? - Dice temblando.

- Dios, Hero... - Chillo tirando de su brazo, hacia dentro. - ...debes estar con frío, perdona. Traeré unas toallas. - Le señalo mi sofá. - ¿Quieres sacarte todo? - Toso. - Quiero decir...el abrigo y el saco. Estás todo moja...do... - Tartamudeo.

Me arquea una ceja.

Mierda, mierda y mierda.

Porque sueño, como una maldita perversa.

Se sonríe meneando su bonita cabeza mientras se saca los lentes y señala la mesa del comedor.

- ¿Puedo? - Joder con esa voz que tiene.

Levanto mi brazo, nerviosa.

- Claro...ponlos donde quieras... - Me aclaro la garganta. - ...siéntete cómodo, por favor...

- ¿Segura?

Y que Dios, me ayude.

Inclina apenas su cabeza hacia mí, entrecerrando sus ojos color oscuridad.

De esa forma tan suya cuando me lo dice, que tengo que apretar los dedos de mis pies para que sostenga mis piernas que amenazan con hacerse gelatina; por esa voz que susurra y acaricia.

Y ahí va con eso.

Otra palabra, malditamente sexi.

Estamos a cuatro pasos de distancia y todo él, me atrae y absorbe.

La profundidad, de su mirada.

Su tono provocativo.

El calor que irradia su cuerpo, pese a estar todo empapado y el delicioso aroma de su piel, mezcla con su perfume importado.

Me había seducido, por completo.

Él era, mi droga.

Señalo la puerta de mi habitación trastabillando, cuando doy unos pasos hacia atrás.

Porque necesito urgentemente, alejarme.

- Voy...por toallas... - Corro hacia el baño, sin esperar su respuesta.

HERÓNIMO

Mando a Collins de vuelta al Pen como a Grands, que está del otro lado de la calle en su Jeep negro, frente al edificio de Vangelis vigilando.

Sé que no le gustó ni mierda mi orden.

No le gusta dejarme solo y sin ningún tipo de seguridad y aunque siento desde el asiento del conductor su desacuerdo, más después de la reunión con Millers y su noticia. Pero con una bajada de cabeza, acata mi orden.

Se hace lo que yo digo.

Punto.

Me considero un imbécil sin sentimientos, pero no tanto como para dejarlos en el coche toda la noche y bajo esta fuerte tormenta que jura; nunca acabar.

Joder.

Llueve torrencialmente.

Debería estar en el Pen relajado y descansando para la pelea de mañana. El Polaco daría un grito en el cielo, si me ve en este preciso momento.

No dormir tarde, no sexo y no mujeres.

Ruedo mis ojos.

Como si nunca lo hubiera hecho a esto antes.

¿La diferencia?

Que ahora, estoy nervioso.

Créanme.

Exhalo ruidosamente mientras le mando un mensaje de texto, tratando de sacar toda esa sensación que me invade de saber, que voy a verla y eso; aprieta mi pecho. Busco su piso y número de departamento tocando el botón, contestando rayo del otro lado quien es.

¿Quién es?

¿QUIÉN ES?

Frunzo mi ceño.

¿Pero qué, pregunta estúpida?

Niego con la cabeza sonriendo, porque esta chica me puede. No sé si mandar al diablo esa ingenuidad que tiene a veces o tomar su cara entre mis manos y llenarla de besos.

Frunzo mi ceño.

¿Pero qué, mierda?

En todo su rostro, les aclaro.

No, en su boca.

Aunque un polvo castigo, me seduce más.

Sonrío.

Bien.

Mientras sacudo mi pelo y mi gabardina por el agua, escaneo el interior del hall buscando el ascensor. Edificio chico, limpio y agradable. Nada del otro mundo. Un minuto más tarde frente a la puerta de su departamento, observo su piso. Séptimo, con pasillo amplio con tres departamentos más y sin cámaras de seguridad. Tampoco había seguridad en la planta baja, en el hall.

Arrugo más, mis cejas en desacuerdo.

Mal.

Nota mental.

Mañana ordenar a Grands investigación del propietario del edificio y exigir seguridad. O mejor aún, comprar este pequeño condominio de siete pisos para que el equipo trabaje tranquilo.

¿Se enojará Vangelis, al saberlo?

Me encojo, de hombros.

Me importa una mierda.

Su seguridad, primero.

Golpeo tres veces, su puerta.

Mi rayo abre y se sostiene en ella, usando un pijama de algodón en color celeste, con motivos de la pantera rosa.

Sip.

He dicho.

De la pantera rosa, más feo que vi en mi vida y me trago una risa.

Dios misericordioso.

Es asqueroso y sin embargo no tengo idea como se puede ver, tan adorable en el.

Jesús.

¿Qué simbiosis extraña tiene esta mujer, con la ropa y estampas feas?

Sonrío, para mis adentros.

Lindo.

Su pelo está más desordenado que nunca y todo recogido en esa especie de nidito por arriba de su cabeza, logrando que se escurran mechones de su pelo por todos lados.

Jódanme.

¿A eso, lo sostiene un lápiz? ¿El de escribir? Y mi pene palpita fuerte y tiemblo, por ello.

¿Cómo mierda me puede excitar tanto, una maraña de pelos desprolijos atado por un lápiz?

- ¿Puedo entrar? - Carajo.

Verla tan chiquita, dulce en ese pijama horrible y descalza. Me pone tan caliente, que pone dudosa mi voz. Tengo que poner mis manos en los bolsillos de mi gabardina y me aprieto en ella, para ocultar mi erección. El satén, seda y encaje es lo mío. Y si tiene porta ligas, mejor. Siempre mis mujeres. Mis féminas, me esperaron así.

Adoro ello.

Pero la naturalidad de Vangelis.

Mierda, que me puede.

Sin necesitar de una puta previa con ligeros y encajes antes, porque ella me atrae como un imán así y sin más.

Me mira con esos ojos cafés, sus pecas y su boquita abierta que no sabe que lo está, con asombro por mi presencia.

Bonita.

Reprimo las ganas locas de estirar mi brazo y con dos dedos de mi mano, empujar su barbilla hacia arriba; para cerrar sus labios.

Huye a la habitación por toallas para poder secarme.

Mi presencia, no le pasa desapercibido y la desarma.

Como a mí.

Bien.

YO

Después de unas cien repeticiones, de exhalación y respiración buscando relajarme en el baño. De una gaveta saco un juego de toallas limpias y me dirijo nuevamente al comedor con mi cabeza más tranquila y con menos pensamientos impuros.

- Toallas y... - Le alcanzo unos pantalones de gimnasia y una camiseta clara de hombre. - ...encontré esto...son de Roger...

Su gabardina y saco de vestir, descansan sobre las sillas del comedor.

Se gira al escucharme, mientras desabrocha los gemelos de plata con sus iniciales, de las mangas de su camisa blanca.

- ¿Quién diablos es Roger? - Gruñe mirando la ropa doblada con las toallas entre mis manos, mientras desabotona los dos primeros botones de su camisa y abriendo el cuello relajado, pero mirándome con cara de pocos amigos.

Su mirada oscura se fija en mí, como la mía en él.

Para luego bajarla a esa porción de pecho dorado y tonificado que quedó al descubierto, por esos gloriosos botones que haría un monumento, por estar abiertos y permitirme esa vista.

Pestañeo.

Concéntrate, Vangelis.

Blanqueo mis ojos dejando todo, sobre mi sofá melocotón.

- Es mi cuñado, el marido de mi hermana. Trajo esta muda de ropa cuando vino semanas atrás, a ponerme unos estantes. - Los señalo en la pared, ahora

con adornos y libros. - Lo olvidó. Es de contextura más grande que tú, pero te servirá. Está seco y limpio, evitará que enfermes... - Digo encogiéndome de hombros y fingiendo con aire de poca importancia.

Me vuelvo en dirección a la cocina, a espaldas a él. Y camino abriendo mis ojos con asombro, fuera de su vista.

¿Eso fueron, celos?

Necesito hacer algo, para disimular mis nervios. Enciendo la cafetera y lo miro.

- ¿Café? - Digo con indiferencia y palmeando con orgullo mi hombro en mi mente, por mi excelente actuación.

Me observa mordiendo su labio superior, pensativo.

Luego dibuja esa media sonrisa tan asquerosamente hermosa, en su rostro de adonis.

- Si, por favor... - Dice, volviendo a su camisa y botones.

No tengo que mirarlo.

No tengo que mirarlo, me repito en mi mantra.

Y no lo hago. En su lugar busco las tazas y el azúcar, en los muebles de la cocina. Porque sé que sus ojos raros y de color indescifrables, están puestos en mí, con cada movimiento que hago.

- Usaré tu baño. - Dice.

- Ok. - Le digo con mis ojos puestos en la cafetera, mientras sirvo el café humeante en las tazas y el delicioso aroma, inunda el ambiente.

No lo miro, cuando se va.

Pero juraría, que sentí su risa en mi habitación.

- Nahh... - Culpo, a la ruidosa lluvia.

Eso es imposible.

- La tiene súper oxidada el jefe de los jefes, por su poco uso... - Me repito en voz bajita.

HERÓNIMO

¿Pero qué, mierda?

Mis ojos en su habitación, solo focalizan en su cama de dos plazas.

Y que Dios, me proteja.

No solamente rayo de sol tiene el vestido con estampas y piyama, más feos del planeta.

Sino, también.

La variedad en tamaños, textura y colores de docenas de almohadones que

duelen a vista de lo espantosos que son. En especial, uno en color rosa chicle y no exagero cuando digo que su color es un terrorífico rosa fuerte. Y con la peor combinación en tela de peluche.

Si.

Les repito.

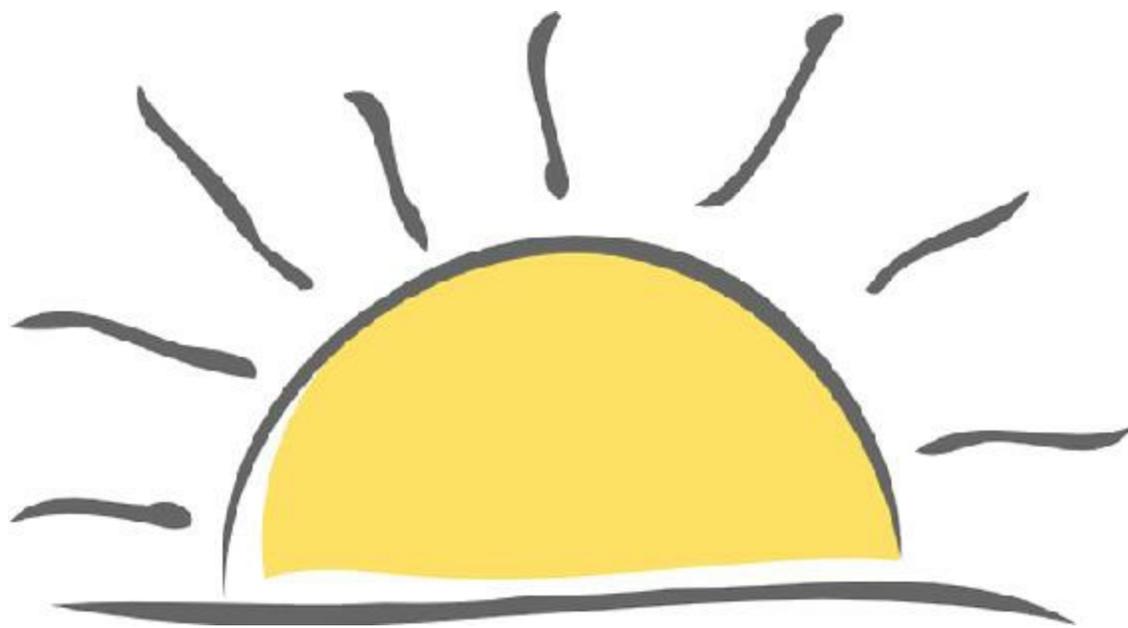
Tela de peluche y con motivos de corazones bordados, de diferentes tamaños.

Joder.

No hay ojos, para verlo.

Me introduzco en el baño negando con mi cabeza resignado y riendo de muy buena gana pensando, que más me deparará de rayo de sol teniéndola a mi lado.

Aburrido, seguro no.



CAPITULO 18

Yo

Mis ojos se vuelven involuntariamente hacia él cuando sale de mi habitación, mientras pongo las tazas de café sobre mi mesa del comedor y mi mandíbula cae.

Oh. Dulce. Niño. Jesús.

Porque solo sale envuelto con mi toalla en color lila en su cintura y otra, secando vigorosamente el pelo de su cabeza y descalzo.

Sip.

Leyeron bien, descalzo.

¿Un fetichismo con los pies descalzos, de un hombre?

Por lo menos yo, sí.

¿Él se acaba de dar, una ducha?

¿Y en mi baño?

Ahogo un gemido, que amenaza con salir de mi pecho.

¿Descarado?

Si.

¿Totalmente hermoso, a la vista?

Si ninguna, duda.

Todo su bello y musculoso torso dorado, está cubierto por tatuajes.

Un gran dragón de cuerpo entero, retorcido y mirada feroz como poderosa en color azul y naranja, nace desde su marcado pectoral izquierdo y costado de su cuerpo hasta más abajo de esa sexi V que marca su baja y estrecha cintura. Gracias al gimnasio, con ese paquete de seis que tiene como abdominales y con un tenue camino de bellos en dirección abajo donde rodea la toalla y te lleva a la gloria. Cada músculo de su cuerpo, se marcan con cada movimiento involuntario de Herónimo. Uno de sus brazos posee una manga completa de tatuaje, desde su hombro hasta la muñeca. Es todo oriental. Con una geisha rodeada de dibujos tribales, flores de cerezos y una enredadera de espinas, completándolo.

Raro, pero fascinante en diseño y puntilloso trabajo. Toda la tinta que lo tapiza, son colores ocres con naranjas fuertes y la gama de los azules. Su otro brazo, solo tiene uno y que recorre casi todo su ante brazo, en una linda letra esbelta que dice *EgoSogoSpiro*.

Parece latín.

- ¿Admirando la vista? - Su voz me despierta, de mi limbo.

Y me arquea una ceja divertido, mientras se seca.

Arrugo mi nariz.

Si será cabrón.

Sabe que me lo comí con la mirada como idiota, mirando ese cuerpo tallado y cincelado por Dios con sus manos. Porque ni el mismo Miguel Ángel, le hubiera hecho justicia con sus manos de artista.

Tomo asiento en la mesa tratando de esconder mis nervios, poniendo dos de azúcar a mi taza y removiendo más de las veces necesarias con la cuchara.

- No te emociones... - Toso y lo miro. - ...son tus tatoos... - Aclaro saboreando el café, de mi cuchara.

Ok.

Podría haber dicho algo peor o hacerlo, como chupar cada uno de ellos, de ese cuerpo sexi.

- ¿En serio?

Y mierda, con ese tono de voz.

¿Cómo puede hacer de una palabra, algo tan erótico?

- Sip. - Retruco. - ¿No lo hiciste acaso apropósito, porque la lluvia era un pretexto perfecto para desnudarte? - Arremeto con arrogancia.

- No ¿Decepcionada? - Me sonrío, arqueando su ceja divertido.

- No. En absoluto. - Cabrón.

Se sonrío más, mientras de un tirón saca la toalla que enrolla su cintura poniéndola sobre el sofá.

- ¡Dios! ¡Qué haces! - Chillo desesperada y poniendo a ambos lados de mi cara mis manos, para ocultar mi vista.

Jodido.Dios.Querido.

¡Él se desnudó, frente mío!

Y con su erección, así como así. Si previo aviso y como si fuera, la cosa más simple del mundo. Describir lo que fugazmente vi, no se podía con palabras. Solo encuentro, lo más parecido.

Y es.

Jodidamente.

GLORIOSO.

- Solo me estoy cambiando... - De lo más natural.

- ¡Per...pero aquí! - Grito y señalo con mi dedo mi habitación, sin mirarlo avergonzada. - ¡Mi habitación! - Justifico lo que no tengo idea, con mis ojos cerrados ruborizada.

- Mírame, Van...

Mierda.

Trato, pero no puedo.

La vergüenza me carcome, por más que sea lo que deseo en el mundo. Él no deja de ser mi jefe y cayendo en la cuenta que el hombre desnudo que tengo a mi lado es, el mega empresario y multimillonario Herónimo Mon.

Carajo.

Si esto me lo dijeras semanas atrás que me iba a pasar, hubiera reído en tu cara a carcajadas.

¿El famoso megalómano rey del acero, en mi casa?

Si su fama, prestigio e imperio no parece normal. Haciéndote hasta casi dudar, si es un simple mortal.

- Mírame, Vangelis. - Me ordena otra vez, con esa voz de ángel y la demanda del diablo.

Abro un ojo y me vuelvo hacia él.

Está frente mío, con los pantalones de gimnasia puestos.

Roger es una talla más grande, lo que provoca que caigan levemente sobre sus caderas, dando una vista de sueños a la V que se forma entre su ingle y bajo abdomen en su cintura. Está sin camiseta y con sus grandes brazos cruzados sobre su pecho, observándome fijo.

Elevo mi cabeza para mirarlo mejor.

Es una gran mole 100% sexi y comestible, con más de 1,90m de altura. Camina los metros que nos separan, con ese andar tan suyo. Cada pisada es lenta, precisa y con acción calculada, en extremo sensual y que acompaña sus hombros; con cada movimiento. Flexiona sus rodillas para estar a mi altura, que sigo sentada. Toma con suavidad mi barbilla, para que nuestros ojos se nivelen. Y su contacto es una descarga eléctrica, para mi cuerpo. La oscuridad de sus ojos, buscan profundamente de lo que preguntan para sus adentros, en los míos. Y suspira profundo luego y recorriendo cada centímetro de mi rostro con esos benditos ojos color nada, acariciando con su pulgar mi labio inferior.

Lo hace despacio.

Minucioso.

Como queriendo grabar el contacto de mi boca, en su dedo. Los mira y estamos a un suspiro de distancia, el uno del otro.

Un simple movimiento mío y podría besarlo.

Mucho.

- Son perfectos... - Susurra al fin, sin dejar de observarlos y tocarlos con suavidad. - ...respira, rayo de sol. - Me dice dulce, cuando levanta su vista a mí.

Su mirada demandante ahora está nublada y tormentosa. Y yo obedeciendo, exhalo entrecortada todo el aire que no sabía que retenía en mis pulmones.

Se sonríe.

- Necesitamos hablar, nena... - Besa largo, pero castamente mi frente, antes de ponerse de pie y en busca de su camiseta.

- ¡Alas?

Por Dios.

Péguenme.

¿Eso digo, después de ese momento emocional?

Me mira sobre sus hombros, para luego su espalda.

Tiene dos grandes alas abiertas en cada omóplato, en negro. Cada pluma que lo compone, es hermosa. Y aunque carecen de color y solo están tatuadas en negro, con sus sombras le da vida y no dejan de ser impresionante por cada detalle y su realismo. Con ellas sobre su espalda, abiertas y extendidas en sus tonos oscuros.

Le da el aspecto, de un ángel.

Un ángel caído, con su mirada sombría y llena de lobreguez.

El que proviene, del mismo infierno. Y el que te seduce a pecar, lleno de

promesas sensuales y en versión porno.

- Libertad. - Solo dice, poniéndose la camiseta.

¿Eh?

- En su eufemismo, significa libertad. - Repite y sin decir más nada, toma asiento a mi lado sorbiendo su café.

- ¿Tuya? - Pregunto curiosa y muerdo mi labio al notar, como pone rígido sus hombros por hacerlo.

- Solo una anhelada libertad, rayo de sol. - Me dice, con su voz grave y clara.

Ok.

Se lo respeto.

Tal vez más adelante, confíe en mí y quiera decirme.

- ¿Y te quedaras a dormir?

¿Ay por favor, digan que ese pensamiento tampoco lo dije en voz alta?

La cara de Herónimo con su taza de café en sus labios quieto y mirando de esa forma, me dice que sí.

Oh mierda.

- ¿Es lo que quieres? - Me pregunta, dejando su taza en la mesa y cruzando sus brazos sobre ella.

Miro hacia la ventana.

Sigue lloviendo tempestuosamente.

- Puedes quedarte... - Digo, tomando un gran sorbo de mi café.

Necesito coraje.

Aunque me vendría mejor, algo más fuerte.

- Pero no tendrás, sexo conmigo... - Aclaro con voz que pretendo que salga tranquila y despreocupada, pero creo fallo por la forma en que me mira. Hace una mueca con esos labios que deberían ser multados por fomentar la promiscuidad, bajando su cabeza y negando divertido.

Provocando que esos ondulados rulos, caigan sobre su frente y tapen esa mirada posesiva hacia mí.

Mejor así.

Pero con una mano, los recoge y los pone detrás de su oreja.

Y auch.

Eso fue lindo y gimo por dentro, por lo bonito que se ve.

Miro fugaz el techo.

Piedad señor.

¿Porque lo hiciste tan hermoso?

- No, Vangelis. No tendremos sexo, esta noche... - Ladea su cabeza, en mi dirección.

Creo que quiere sonreír y suspiro aliviada al escucharlo.

Me parece.

- Antes, necesito que hablemos. - Nos señala a ambos, con su dedo. - De nosotros y un acuerdo mutuo, a convenir...

Miro a un costado y luego a él, ingenua.

- ¿Qué? ¿Tengo que firmar algún tipo de documento, de confidencialidad? ¿O de esos más raros, donde se niegan o demandan por escrito ambas partes, preferencias y hábitos sexuales a exigir como cumplir?

Inclina su cabeza curioso.

- ¿Qué mierdas, lees? - Me dice.

Me encojo de hombro, tragando mi risa.

Cambia de postura para apoyar su codo en la mesa y su mano en la barbilla, dando golpecitos con dos de sus dedos, al labio.

Está a modo analítico, después de escucharme.

Me encanta.

De golpe, suelta una risa.

Una gran risa sonora, que llena en todo el comedor.

Es tan linda, risueña y espontánea.

Mierda, mierda y carajo.

Todo junto porque esa carcajada es hermosa y lo merece.

Su dentadura sonriendo es tan impresionante, que apostaría que debe algún templo en un lugar de este mundo, solo dedicado a él para idolatrarla y adorarla. Porque muestra sus dientes blancos y perfectos a excepción de un canino, que está ligeramente inclinado hacia un lado y milímetros más gastado; que su gemelo.

Pero que hace de su sonrisa completa.

Más bonita y más sensual.

Inhalo una respiración muy necesaria para fingir desinterés de tenerlo sentado frente mío, con esa risa y no comerlo a besos.

- No Vangelis... - Dice al fin volviendo a sus cabales y dando un último trago, a su taza de café. - ...yo no firmo esas mierdas. No lo necesito, nena... - Me dice con humor. - ...yo estoy muy seguro de mí mismo. De lo que quiero, pretendo exigir y dar, en los acuerdos como este...

¿Epa, tuvo varios?

No sé, si es interesante.

Pero se merece, un *Mmmm* sospechoso.

- ¿Es sobre la relación...tú y yo? - Tartamudeo.

Carajo, con mis nervios.

- ¿Qué vamos a tener? - Finalizo.

Muerde sutil un lado de su índice durante un periodo de silencio de segundos, como pensando mucho lo que va a decir.

- Si... - Suelta, volviendo a cruzar sus brazos sobre la mesa.

Se pone los lentes como si ellos fueran un escudo, a mi mirada fija en él.

Me volví mi hermana, inquisidora.

- Vangelis... - Murmura. - ...necesito que prestes atención a todo lo que te voy a decir y cada palabra que diga. Que asimiles cada una y si algo no entiendes, me lo hagas saber para poder evacuar, todas las dudas que tengas....

- Suspira. - ...pero tiene que ser cuando solamente, finalice de decir, todo...entiendes rayo de sol? Porque todo lo que hable, lo quiero solo contigo Vangelis...

Afirmo, sin hablar.

Carajo.

¿Qué es tan importante para que él y yo, podamos tener algo?

- Yo hace mucho tiempo estuve casado. Tenía 19 años cuando lo hice. Por motivos que no vienen al caso, enviudé a los 23...

Y mierda, ya quiero empezar con las preguntas que me nacen en la mente.

¿Casado? ¿Y viudo, después? Nunca escuché eso en la universidad, ni en *TINERCA*. ¿Es lo que Mel, me quiso decir?

Muerdo mi pulgar es un acto reflejo que tengo, cuando muero de los nervios.

- Tengo el alma oscura, Vangelis... - Lo siento miserable cuando dice eso y trago saliva.

Me mira con sus pupilas profundas y llenas de oscuridad.

Mi color favorito.

- No voy hablarte de mi matrimonio porque eso, es pasado ¿Pero estoy jodido, de acuerdo? Todos cargamos demonios rayo de sol y los míos sucumben en mí, una y otra vez porque ellos viven bajo mi piel. - Resopla. - Hay muchos tipos de infiernos Van y el emocional, es el peor de ellos. Y yo no creo en el amor, por eso...yo solamente follo y mucho. Duro. Solo acepto y tolero relaciones de temporada con una mujer, con mis reglas... - Me mira, para medir mi reacción. - ...solo las mías. Suena extremo y lo es por ser una

disciplina esta relación Van, cual la mujer que está conmigo lo acata. Pero lo que quiero que entiendas y que es importante que recuerdes, que todo lo que tiene lugar aquí y en lo que suceda con nosotros, es porque ambas partes han accedido. - Suspira y prosigue. - La mujer que está conmigo, mi fémica como les digo, está porque lo desea y no por obligación. - Nos señala. - Ambos, para satisfacer nuestras necesidades...

- ¿Sexuales? - No me aguanto.

Levanta sus dedos a su boca mordisqueando su labio superior, mientras piensa.

- Si. - Me mira. - Después de mi viudez, exigí este acuerdo con la autoridad, como las demanda mis reglas. Cuando estoy en una soy monógamo, como lo exijo por parte de ella. Soy posesivo y pecho por obseso de control con la relación que estoy, sea la temporada que dure. - Apoya los codos en la mesa, entrecruzando sus manos sobre su boca.

Me mira fijamente.

¿Jódanme, que está a modo negociación?

¿Qué soy?

¿Una transacción, para él?

- ¿Eso quieres, para mí? - Susurro.

Bufa.

- Cuando te vi por primera vez...no me fijé en ti, como mujer...

A bueno, muchas gracias.

Arrugo mi nariz y me cruzo de brazos, tengo que escuchar esto.

Se sonrío acomodando sus sexis lentes en el puente de su nariz, al notar mi ceño fruncido.

- ...pero luego en la cafetería me invadiste como una ráfaga de aire fresco, con tu luz dentro de lo que es mi oscuridad...

Ok.

Se ganó una sonrisa de mi parte, con eso.

- Eres mi rayo de sol, por eso...

Bueno, me roba dos sonrisas.

Pero que pendeja soy.

- ...aunque el vestíbulo de la cafetería era grande, tuve la sensación de que me habías rozado con tu esencia. No podía sacarte los ojos de encima y supe, que tenías que ser mía. Solo mía y de nadie más...

Imposible, pensé para mí.

A pesar de que tuve el fuerte presentimiento, de que en su frase hay una

advertencia y un no, no está en su lista.

Mierda.

Cristo.



CAPITULO 19

Herónimo

Su mirada es devastadora, mientras me mira.

Quiero abrazarla, contenerla y patear mi trasero, por hacerla sentir así. Pero soy un jodido hijo de puta mezquino que la quiero tanto para mí, que no lo hago.

Lo lamento nena, es lo único que te puedo ofrecer.

Su rostro se vuelve triste y me siento un idiota.

Habla bajito.

Y la luz que tenían sus ojitos cafés cuando llegué a su departamento, ha desaparecido. Ella está perdida en sus pensamientos, por lo que le estoy proponiendo.

- ¿Cuáles son esas reglas, Herónimo? - Susurra con su voz que es una caricia, para mi jodido corazón.

Detente Mon.

No vayas, por ese lado.

Froto mis labios con mis dedos sin dejar de mirarla, manteniendo mi postura cuando quiero cerrar un negocio.

Para mi conveniencia.

Obvio.

Como siempre.

- Las reglas son cuatro Vangelis y si la aceptas, hay acuerdo. - Y se las digo.

*No preguntar, por el pasado.

*No esperar, nada del presente.

*No hablar, de un futuro.

* No besos, en la boca.

- Yo no tengo citas. Yo no hago el amor, como tampoco tomo de la mano y esas mierdas... - Prosigo, e inclina su cabeza curiosa.

Lo entiendo y aclaro, con rapidez.

- ...lo que sucedió en el Holding, de tomarte la mano...fue algo mecánico y te pido disculpas. No volverá a suceder... - Me justifico.

- ¿No te gustó?

Y Jesús misericordioso.

Saca esa ternura de su voz.

Que no tiene idea de cómo, me afecta verla con esa tal dulzura cuando me mira así de triste.

Joder.

Si, maldita sea.

Me gustó tanto que idolatraría cada dedo de sus manos, hasta el fin de mis días. Pero me encojo de hombros, con aire indiferente a lo que realmente me pasa.

- Solo sucedió, Vangelis.

Y ya, está.

Lo hice.

La lastimé y le dolió, porque lo veo en sus ojos.

Me lo agradecerás nena, después.

Porque ya no habrá confusiones en el futuro, sobre nuestro acuerdo. Sentimentalismo, no.

Baja su mirada por un largo rato a sus manos que descansan sobre su regazo y aprovecho inconscientemente, a que mis dedos acaricien la palma de mi mano que entrelacé a la suya.

Aún siento su bendito y hermoso calor.

Me gruño.

Basta, Mon.

YO

A él no le gusta, dar la mano.

No sintió nada, cuando entrelazamos las nuestras.

Bajo mi mirada a ellas y miro con devoción la que Herónimo tomó entre las suyas y acunó con cariño. Por lo menos eso sentí yo. Pero definitivamente el señor oscuro, no.

Él no siente. Él no tiene helicópteros en el estómago como yo, cuando me ve.

Solo sexo, Vangelis.

Absolutamente, eso.

No vale, ilusionarse.

Recuerda, la regla 2 y 3.

No esperar nada del presente y no hablar, de un futuro.

Exhalo profundo.

- ¿O sea que, si yo acepto esto, no habrá romanticismo? - Pienso. - ¿Las cosas que hacen, los novios?

- Yo no tengo novias Vangelis. - Habla. - Si tengo aventuras, es porque estoy sin una fémina. Y son de una noche, lo que dure la cogida en realidad, ya que ni siquiera paso la noche con ellas... - Explica solemne. - ...no respondo al cliché, de alguien romántico. Alguien que espera encontrar su alma gemela para enamorarse y formar una familia. Yo no tengo relaciones, tengo parejas sexuales que están de acuerdo con mis condiciones y en seguir unas determinadas normas de conducta. - Me mira profundo. - El acuerdo, Van...

- ¿Y el beso? ¿Eso, tampoco? - Todavía, me cuesta creer.

- No me gusta besar en la boca nena, porque besar en los labios es apego emocional...todo de mi lo erradica. Yo no beso, por eso no te lo di... - Ahora entiendo. - ...en los labios... - Baja su mirada a mi boca y veo una lucha interna en sus ojos. - El beso que tú quieres y el que yo quiero, son opuestos. Tú quieres con los ojos cerrados, acariciando el rostro y que te hablen con ternura. Yo si te doy uno, es de posesión y no precisamente en la boca... - Su mirada me recorre, llena de lujuria.

Santa mierda.

- ...es para hacerlo en tu dulce cuello Vangelis, para luego lamer tus pezones y besarlos con devoción y arquees tu cuerpo pidiéndome más.

Re Santa mierda.

Prosigue.

- ...para besar suavemente tu entrepierna. Rodear con mis labios tu clítoris

y que te llenes de placer, por ello. Y con mi lengua dentro tuyo, te vengas en mí y con mis ojos abiertos observarte como dulcemente cada parte tuya sucumbe, para no perder ninguna de las reacciones de tu orgasmo... - Finaliza con tanta naturalidad, como si estuviera dando una tierna clase de catequesis.

Y mi compostura es como un accidente de tren en forma humana, disimulando mi excitación sin moverme y escuchando como absorbiendo cada jodida palabra sensual, de este hombre describiéndome. Se pone de pie después de un profundo suspiro, caminando hacia la ventana y mirando con demasiado interés, la lluvia caer con las manos en los bolsillos de su pantalón. Refucilos perdidos se reflejan en toda su silueta, dándole a esta situación; una apariencia apocalíptica.

Ok.

Exageré un poco.

Pero es como el sexi y guapo asesino, de la serie *The Fall*. Pero sin el cuchillo y toda la sangre. Me mira por sobre su hombro cuando otro terrorífico trueno, se refleja en él.

Haciéndolo, sexi y oscuro.

¿Ahora lo entienden?

- ¿Cómo estás? - Me pregunta.

Mierda.

Su voz suena dulce y muestra preocupación.

- Excelente. - Para la mierda. - Muy bien...

Se sonríe, volviendo hacia mí.

-Mientes como el culo, rayo de sol...

Sip.

Ya me lo han dicho muchas veces, no soy buena en ello.

Se inclina otra vez frente mío, para que igualemos la altura. Pero esta vez y como si fuera peso pluma, con sus dos brazos desliza mi silla para estar frente a frente.

Oh mi Dios.

Acuna mis mejillas, con ambas manos.

- Dime que sí, Vangelis... - Deja vú. - Ahora lo sabes todo, di que serás mía, por favor... - Apoya su frente en la mía.

HERÓNIMO

Y acá, estoy. Prácticamente rogando de rodillas que sea mi fémmina, a una bonita muchacha que conocí solo hace días.

Pero que lo siento como si lo hiciera, de toda la vida.

¿Lo raro?

Que no lo siento, como una súplica.

No puedo evitar, no acariciar su rostro con mis pulgares. Ella es embriagadora y aunque no se decide, es mía.

Mía y de nadie más.

Para siempre.

Y no me pregunten como sé, eso.

Porque no tengo idea, el por qué.

Me observa con esa arruga condenada en su nariz, provocando esa constelación de estrellas en el puente de su nariz respingona.

Carajo.

Quiero lamerlo.

Ok.

Quiero lamerle, otras cosas también.

Ella lo está pensando.

Mucho.

Y con rayo de sol eso, me parece que debe ser malo.

Muy malo.

¿Me rechazará?

Y mi corazón aprieta fuerte en solo pensar en su negativa y siento, la necesidad de llevar mi mano al pecho, para calmar sus palpitations aceleradas por ello.

No me niegues, nena.

- Vangelis, nos pertenecemos...límitate a ser sincera contigo misma y con tus sentimientos... - Aclaro mi garganta.

¿Pero qué diablos dije?

- ...con esta atracción, que sientes... - Prosigo. - ...reconócelo en voz alta porque entonces Van, sabrás que hacer. - Resoplo. - No es una relación, que pueda soportar todo el mundo. Es más difícil y compleja que la del resto, pero no imposible. Déjame demostrarlo...

YO

Maldita regla, número 4.

¿Por qué, no puedo besarlo?

Sus manos bajan de mis mejillas y mi piel, se eriza por su vacío. Lo quieren a él, desesperadamente. Mi toda yo, lo reclama. Me dice que no

niegue, la atracción que hay en los dos.

¿Pero si lo mío es, más que atracción?

¿Si él se cansa de mí, luego de un tiempo y quiere romper conmigo el acuerdo, en días o semanas? ¿Y si me enamoro de este hombre, lleno de oscuridades y que está fuera del rango del amor? ¿Qué hago, yo? ¿Quién junta después, cada pedacito de mi por quererlo?

Es solo sexo Van, me repito para mí.

Y ni yo, me lo creo.

A quien, quiero engañar.

Dios.

Ilumíname.

Luego de pensarlo asesinando la uña de mi pulgar, lo miro.

- Yo también, tengo reglas... - Respiro hondo.

Sip.

Leyeron bien.

Se me da lo de suicida, últimamente muy bien.

Descansa sus brazos sobre mi regazo y me mira con esos ojos raritos y monocromáticos que tiene, a través de sus lentes.

- ¿Si?

Diablos.

Porque no puedo leer nada, de su gélido y glacial rostro.

- ¿Si acepto, solo seremos tu y yo? - Lo señalo a él y a mí, con un dedo.

Afirma con su cabeza, determinante.

- Soy fiel Vangelis y reclamo lo mismo...

Suspiro mirando hacia un lado y luego a él.

- No preguntaré por tu pasado, prometo no esperar nada del presente como tampoco, te hablaré de un futuro juntos y juro no besarte jamás en la boca, Herónimo... - Exhalo profundo pero muy convencida, sin dejar de mirarlo. - ...y no tomaré nunca, tu mano en público nuevamente...como tampoco jamás pediré que me lleves, a una cita o a algo romántico, pero...

- ¿Pero? - Pregunta dudoso.

- Tú tampoco, lo harás conmigo. - Murmuro cortando toda entrada y con ello, mi corazón.

Triste.

Me frunce el ceño.

- ¿De qué diablos, me estás hablando?

Me encojo de hombros, como si nada.

- Nos pertenecemos, solo para los dos. Pero tus reglas, son las mías también. No me puedes preguntar, esperar, ni hablar de mi pasado, presente y futuro. Lo demás es claro como el agua Herónimo, te beneficiará... - Total él nunca me va a querer, como yo a él.

Lágrimas amenazan mis ojos y respiro hondo poniendo mi mejor cara de nada para que no sienta el amor que me crece por él.

- Créeme. Tómallo como una garantía doble o un aval para tus reglas, que nunca va a ocurrir nada... - Finalizo.

Se pone de pie y con él, conmigo.

Me abraza y me envuelve entre sus brazos, con fuerza.

Como protegiéndome.

Extraño.

- Nena... - Su voz se quiebra.

¿Emocionado?

No me jodan.

Si Herónimo Mon está fuera, de todo sentimentalismo.

Él me lo confirmó.

Y con esto, más.

HERÓNIMO

La abrazo contra mí, muy fuerte.

Jodido Dios.

Quería tanto hacerlo, desde que llegué a su departamento.

Ella me dijo, que sí.

Aceptó mi acuerdo y lo que me demanda Vangelis, es mi puta exigencia.

¿Mejor?

Imposible.

Sonrío.

Pero mi sonrisa, no llega a mis ojos. Si supiera que no tengo alma y que, en mi corazón es tan oscuro. Ni una sombra de rojo, queda en ambas. Sin embargo, sobre mi alegría confirmando no enamorarse de mí con su aval de reglas a las mías, diría que, en el fondo no me alegra toda esta mierda.

¿Por qué?

La estrecho, más fuerte.

No tengo, la más puta idea.

¿Temor, dicen?

No, para nada.

Bien.

Y no quiero meditar, en ello.

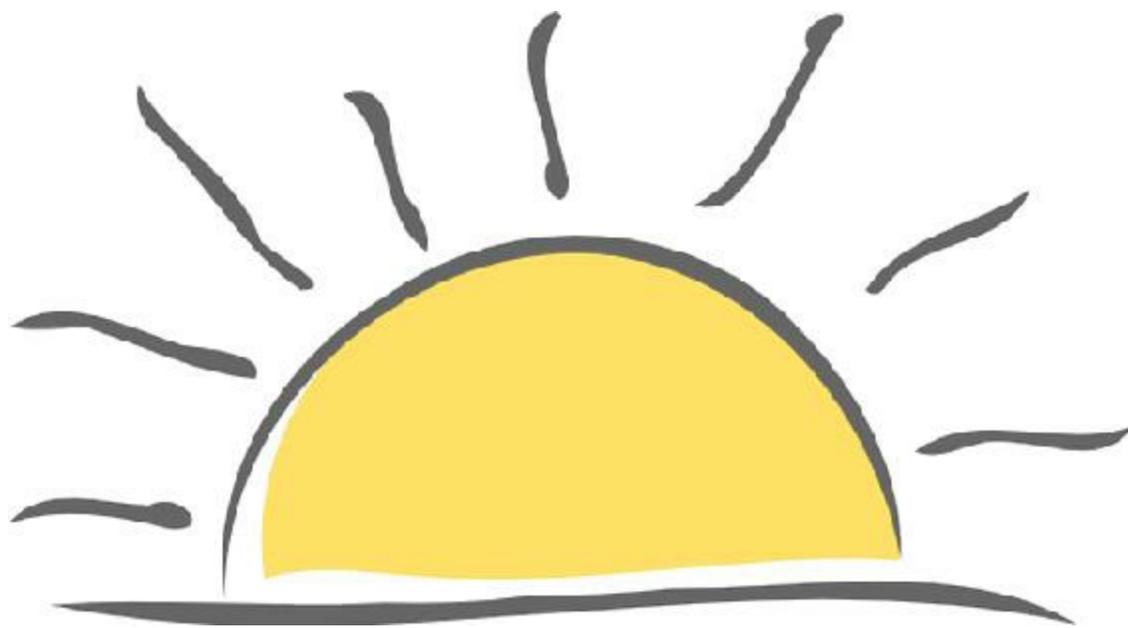
Porque no hay nada que pensar, a tras fondo de lo que dijo.

¿No?

Pero como mi alma está eclipsada con rincones de oscuridad como mi corazón, la alegría invade mi parte egoísta por saber que definitivamente.

Que rayo de sol, es mía.

MÍA.



CAPITULO 20

Yo

- Una última, cosa. - Suelta de golpe.

Lo miro.

¿Más?

Mierda.

Me dirijo a la cocina llevando las tazas al fregadero y las enjuago, poniéndolas en el escurridor. Necesito alejarme algo. Porque me va a ser difícil, pensar en todo esto hoy. Y tenerlo a unos metros de mi de distancia, como que respiro mejor y no tengo el sí tan fácil.

¿Entienden no?

- ¿Usas drogas? - Me pregunta. - Disculpa, necesito saberlo.

Me doy vuelta con brusquedad poniendo mis manos en jarra en mi cintura y midiendo que alcance como probabilidades tendrá el plato de la taza del café, directo a su cara desde tantos metros.

- ¡No! - Chillo.

Se encoje de hombros, como pidiendo disculpas.

- ¿Adicciones? - Sigue.

Y le entrecierro los ojos, con odio.

- El queso rallado y los caramelos gomitas... - Los amo.

Ríe.

- Puedo vivir con ello... - Dice divertido y dirigiéndose a mi habitación.

Lo sigo al terminar de secar y acomodar todo.

HERÓNIMO

Necesitaba saber, si consumía algún tipo de drogas.

No me condenen.

Pero es una pregunta obligatoria, en estos tiempos.

Yo no lo hago y nunca lo hice, sacando la vez en que visité a Rodo en su habitación de la universidad y él no estaba. Lo esperé masticando un brownie de chocolate, que tenía sobre su mesa de estudio. Tras día y medio después de vómitos. Jurando a elefantes multicolores, que veía en todos lados. Y con una adrenalina acosadora, a la bibliotecaria del campus.

María, de 54 años de edad.

Pidiéndole matrimonio y prometiéndole que la follaría de cien maneras diferentes, después de la iglesia y explicándole cada postura; en el pabellón de la biblioteca en horario público. Logré cinco días de suspensión y trabajo comunitario, por treinta días. Y doce horas en la comisaria, pagando mi fianza y sacado por Millers, Marleane y Rodrigo, partidos de las risas. El muy puto me confesó después que dichos brownies, estaban hechos con marihuana de la buena. Y esa fue mi primera y última vez, un contacto con ellas.

¿El queso rallado y los caramelos gomitas?

¿Pero qué, demonios?

¿Estaba saliendo, con uno de los ositos cariñosos?

Vangelis cada minuto que pasa, se supera.

Y por eso sonrío, caminando a su habitación.

- ¿Qué, pretendes hacer? - Pregunta llevándose nuevamente sus manos a la cintura, mirándome enojada y con su nariz arrugada.

Bonita.

Cierro mis ojos, recostado sobre su cama y con mis brazos cruzados por detrás de mi cabeza, aplastando todos sus almohadones.

No me importa, son horribles.

- Dormir en tu cama, rayo de sol. Ya es tarde y tengo una pelea, mañana. -
Digo.

Siento su respiración fuerte y que llega a lo más profundo de mí.

Creo que se está cabreando y mi pene le responde, agitándose.

Mierda.

Cruzo una pierna arriba de la otra, para disimular.

No, chico.

- Dije que no vamos a tener sexo... - Escucho, con un murmullo ahogado y nervioso.

Es hermosa.

Abro mis ojos, pero no me muevo.

¿Les dije que mi deporte favorito, es hacerla cabrear?

Bien.

Esas son mis chicas.

- Van... - Me centro en ella. - Es tarde nena. Ven y acuéstate conmigo... - Digo, sacando por detrás de mi cabeza una mano y palmeo tranquilo el colchón, invitándola a mi lado y sin moverme de mi postura.

Vangelis sacude la cabeza, desde su lugar.

- No estoy segura, que sea buena idea...

No.

Absolutamente, no lo es.

En ese punto no había ningún tipo de discusión, porque jodidamente quería enterrar mi polla en ella.

Solo me estaba divirtiendo.

Le arqueo una ceja con mi mejor sonrisa, baja bragas.

- No me intimidas, Herónimo. Tengo gas pimienta en mi bolso. Así que deja de mirarme, con cara de *Sabes. Que. Me. Deseas. Nena.*

Y no puedo evitarlo.

Me echo a reír.

Condenada mujer, que me roba risas.

Estoy sentenciado.

Joder...

YO

No le tomó mucho, analizar lo que quería decir.

Puso uno de mis hermosos almohadones sobre su rostro, para amortiguar esa carcajada que le nacía sincera.

Dios querido.

¿Podía ser más bello?

¿Dos veces en menos de una hora, reír así?

Lo adoraba.

Y mi corazón totalmente saltaba de mi pecho de alegría, ante ese

sonido. Hasta que recordé porque él, estaba aquí conmigo.

Y solo, por eso.

El acuerdo y sus reglas.

Nunca amor por parte del señor oscuro.

Jamás.

No lo olvides Vangelis y focalízate, en lo que es.

Sexo y compañía.

Solo eso.

Herónimo mira la hora de su reloj.

- ¿Es muy tarde y ahora qué, nena? - Se incorpora sobre mi cama, para sacarse sus lentes y ponerlos sobre mi mesita de noche junto a su reloj pulsera, mientras me mira divertido por toda la situación.

- Bueno. Como yo lo veo, tienes que dormir en mi sofá. - Simple.

- ¿Segura? - Dice suave.

Y quiero golpear mi frente, contra la pared.

Carajo, a sus palabras sexis.

¿Por qué este hombre, las folla?

- Sip. - Digo actuando muy bien, mi papel de persona seria.

Se pone de pie de un salto y me invita con una mano en el aire, a que volvamos al comedor. De mi armario saco un juego de sábanas limpias, una almohada y una cobija. Le preparo lo mejor que puedo ampliando mi sofá melocotón, para que pueda dormir y extendiendo las sábanas con la cobija.

Mierda.

Herónimo es un hombre muy alto, para el sofá. Indiscutiblemente parte de sus piernas, saldrán por afuera de este. En su palacio, que seguro tiene como casa. Debe tener una de esas camas gigantes, tipo King Size.

¿Por qué, se conforma con esto?

Suelto una risita.

- ¿Cuánto mides? - Pregunto acomodando la almohada en un extremo y dándole pequeños golpecitos, para hacerla más mullida.

Me observa hacerlo con su cabeza inclinada, sus brazos cruzados en su pecho y sonrisa de lado.

- 1,96m rayo de sol ¿Por qué? - Se acerca a mí.

No por favor, que esa sensación posesiva que irradia de él; me atrae más si lo tengo cerca.

- ¿Te di lástima y me dejaras, compartir tu cama?

Está a centímetros mío.

Ambos descalzos, así y todo, le llego apenas al pecho.

Él es enorme.

Respira Vangelis.

- Eres, tan alto... - Se me escapa.

¿Dios, dije eso?

Se inclina hacia mí y levanta mi barbilla con sus dedos, para que lo mire.

Siento su respiración tibia en mi rostro, haciendo cosquillas a mis mejillas.

Es cálida y huele a mentol con café.

Ya no sonrío.

Su mirada es seria y abismal.

Porque te atrapan y te atraen, a él.

Es posesiva.

- O tu muy bajita, nena... - Me abraza con suavidad y me besa, por sobre mi "llego tarde," inhalando profundamente en él. - ...ve a dormir, mi dulce rayo de sol. - Me despide, soltándome.

HERÓNIMO

Estoy como un idiota mirando a rayo de sol, haciendo mi cama en su sofá melocotón.

Porque ella jodidamente, me lo está preparando.

Para que yo, esté cómodo.

Abrigado y descansa en él.

No lo entiendo.

¿Por qué, hace eso por mí?

Nunca nadie, lo hizo. Ni siquiera, Marian. Y a Marcello, no lo cuento en ello. Es como si a Vangelis, se preocupara. Mucho por mí. Y por eso créanme que, a esto no lo cambiaría ni por todo el oro del mundo. Porque vale mucho. Todo lo que viene, de ella. Tiene abrazada a su pecho, la almohada que voy a usar mientras arregla las sábanas y la cobija. Y me lleno de júbilo por ello, porque dormiré con su aroma en mi cabeza.

Sonríe divertida mirando todo, cuando está listo. Y como si fuera una gran obra de arte, lo que hizo.

Sinceramente, para mí lo es.

Me pregunta mi altura.

Cosita.

Descalza, casi llega a mi pecho.

Maldita sea.

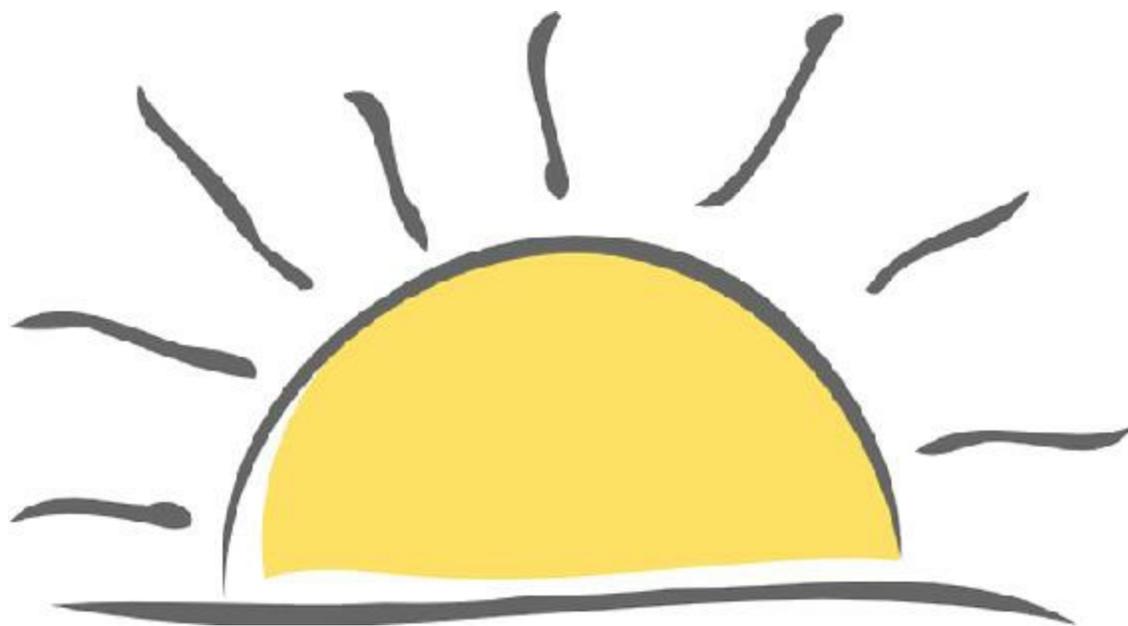
Es tan chiquita que, si la abrazo fuerte tengo miedo de quebrarla.

¿Pero cómo se contiene uno cuando lo que quiere, es eso?

Rodearla con mis brazos y hacerlo fuertemente, hasta que parezca que somos una puta sola cosa y que su aroma floral, se mimetice con mi piel.

Control, Mon.

Déjala que se marche.



CAPITULO 21

Yo

Me pongo en punta de pie y besé, su mejilla antes de irme.

Me pareció extraño, que se estremeciera con mi contacto.

Mierda, con sus demonios.

Si solo fue, un simple beso en la mejilla.

¿Quién te hizo tanto daño, mi señor oscuro?

Mis labios pican por ese leve contacto, con su piel. Y no puedo evitar morder mi labio, para saborearlo.

- Que descanses, Herónimo... - Me doy vuelta intentando actuar lo más tranquila posible cuando me giro para irme, sin que se dé cuenta lo mucho que me afectó ese beso tan casto.

Me deslizo dentro de mi cama, con todos mis almohadoncitos encima.

Mientras más peso, mejor.

Quiero sentirlos, para que contengan mi tristeza.

Al saber que jamás voy a saber, lo que se siente.

Cierro mis ojos.

Ser besada por Herónimo Mon.

No sé, luego si pasaron minutos o horas.

Pero un rayo que cae, me despierta de un sobresalto.

El reloj marca las 2:34AM.

Caigo con todo mi peso sobre el colchón, mirando el techo a oscuras con imágenes de lo que pasó en la noche que vienen a mi mente.

¿Soy su fémica?

¿Y eso cómo funciona?

Me pongo boca abajo.

Nada.

De lado.

Tampoco.

Vuelvo a mirar el techo, como si fuera la cosa más interesante del mundo.

Y resoplo.

Porque, no hay caso.

El sueño no viene.

Las cortinas corridas de mi ventana, muestran que ya no llueve. Pero truenos lejanos aún, amenazan en la lejanía. Una sonrisa idiota dibuja mi rostro, pensando en Herónimo durmiendo en mi pequeño sofá.

¿Estará bien?

Aunque no hace frío, tampoco hace calor.

¿Necesitará, otra cobija?

Me deslizo fuera de mi cama en silencio y me asomo por la puerta, que dejé abierta. La oscuridad es bastante, pero focalizo la silueta de Herónimo en el sofá rotundamente dormido. Se ve angelical, de una forma diabólica en su hábitat.

Mi ángel caído.

Suspiro mientras doy pasos cortos y silenciosos, en dirección a la cocina por un vaso de agua. Abro el refrigerador cerrando fuertemente mis ojos y como si ello, evitara que no haga ningún tipo de ruido al abrirse. Saco una botella y me apoyo en la encimera, girando la tapa sin dejar de mirarlo mientras bebo.

Quiero acercarme y observarlo más cerca.

Dudo.

Pero, a la mierda.

No contengo la tentación y camino sigilosa mientras que con cada paso que doy, la imagen de su cuerpo tiene más nitidez en las penumbras. Me detengo de golpe y tapo mi boca con una mano, para ahogar mi risa. Porque Herónimo duerme en una postura imposible, para un cuerpo humano.

Está boca abajo, casi toda esa mata de rulos avellanas que tiene como pelo, está desparramado por todo su rostro. Un brazo está extendido por sobre el respaldo del sofá, como abrazándolo y llegando hasta el otro lado, mientras el otro, cuelga y barre el piso. Una de sus piernas está por encima del apoya brazo quedando gran parte suspendido en el aire. Y la otra, doblada formando un bonito cuatro.

Arrugo mi nariz, dudosa.

¿Dormirá, así?

¿O esa postura insufrible, es por la incomodidad?

Me acerco y me siento sobre mis talones en la alfombra.

Cerca de él, para admirarlo.

Levanto con lentitud y miedo una mano, pero suave con dos de mis dedos hago a un lado, un par de rulos que cuelgan sobre su frente; enamorados de su rostro.

Mis ojos recorren, la longitud de su cuerpo.

Su torso desnudo baja y sube con cada resoplido suave, que da su pecho dormido. Sus labios carnosos, marcados y perfectos están ligeramente entre abiertos, por su respiración. Y sus pestañas gruesas y oscuras, reposan en sus mejillas. Ladeo mi cabeza mirándolas y preguntándoles, que color de ojos protegen con tanto afán. Decido que ya es hora de irme a dormir y me inclino apenas sobre él para besar su frente, cerrando mis ojos. Lo rozo ligeramente. Pero cuando me vuelvo y abro los míos, me encuentro con los de Herónimo, mirándome profundamente.

Oh mi Dios. Oh mi Dios.

Mi corazón salta y siento su presión en mi garganta, impidiendo el habla.

Y mi cuerpo no obedece, cuando le digo que se levante.

Está hipnotizado y solo obedece, a la mirada de Herónimo.

Cual se incorpora con suavidad sentándose y con ambas manos acaricia con dulzura, mi rostro.

Él, no dice nada.

Como yo, tampoco.

Pero nuestros ojos fijos, el uno por el otro.

Lo dicen todo.

Porque se declaran, y se reclaman.

Herónimo observa con lentitud, cada centímetro de mi cuerpo aún en cuclillas.

Y lee, mis labios nerviosos.

Se arrodilla también frente mío, mientras yo sigo sentada sobre mis talones sin dejar de mirarlo; en silencio. Su mano reposa en mi hombro y baja con lentitud como suavidad, por el largo de mi brazo hasta descansar en mi cadera. Su cuerpo me dice que apenas se podía contener y controlar su batalla, por poseerme con delicadeza, mientras suspira largamente. Pasa lentamente su pulgar por mi labio inferior, siendo un gesto muy sensual y muy propio.

- Ahora, serás mía... - Susurra, bajando sus labios a mi cuello y llenar un camino de ellos hasta mi mandíbula y terminar en el lóbulo de mi oreja, mordiéndolo con suavidad.

Gime.

- Toda mía...dilo, nena... - Me ordena.

Y yo jadeo, bajo el contacto de sus labios prohibidos.

Dios querido.

- Tuya... - Embriagada digo, por esos cálidos besos y porque lo soy.

Siento su sonrisa en mi piel, satisfecho al oírme.

Sus manos toman el borde de mi vieja camiseta y lo jala hacia arriba, sacándolo por mi cabeza. Dejándome en sujetador y mi pantalón pijama. Mi piel se eriza por el contacto del dorso de su mano, al acariciar uno de mis pechos y por encima de mi sujetador de algodón negro.

- Eres hermosa... - La acuna en su mano y dando un suave apretón, para luego rozar con su pulgar mi pezón, que se marca excitado por sobre la tela.

Dios de los cielos.

Y un gemido sale de mi sin permiso de lo profundo de mi garganta, ante esa gloriosa caricia. Su mirada no se separa de mi midiendo cada reacción mía, con cada suya. Como si quisieran sostenerme como contener, por lo que va a suceder. Se inclina a besar mi hombro y por instinto apoyo, mis manos en su torso duro y desnudo. La sensación de su piel en mis manos, es una descarga de sensaciones invadiendo y apropiándose del mío y en cada célula; que me compone lleno de placer. Sus manos recorren la silueta de mi cintura hasta la altura de mis pechos, para rodearlos luego por mi espalda y con delicadeza, desabrochar el sujetador que ante eso.

Cae en sus manos.

Me mira con sonrisa de satisfacción.

Es carnal y oscureciendo más esa negrura propia de sus ojos que lo hacen confundir más, con la oscuridad de la noche.

Entrelaza cada dedo de sus manos, con las tiras de mi sujetador y los hace recorrer, el largo de cada brazo mío. Para luego caer luego al piso, entre

nuestras rodillas. Sus ojos se posan en mis pechos desnudos, absorbiendo con su mirada cada uno de ellos mientras muerde su labio superior.

Hermoso y sexi, tic.

HERÓNIMO

Dulce Jesús.

Sus pechos desnudos, son malditamente gloriosos.

Son pequeños y redondeados.

Ahueco uno de ellos en mi mano y se acunan perfecto.

Joder.

Nunca pensé que este tamaño de tetas, me volvería loco.

Son la perfección, para mi vista y mi boca.

Y quiero jodidamente, probarlo.

Sentirlo en mis labios y catar el sabor de esos suaves pezones rosas, profundamente.

Y lo hago.

Mi rayo de sol grita de placer provocando un gemido de mi parte, al sentir el calor de mis labios y mi lengua, jugando con uno y después con el otro.

Y algo, se apodera de mí.

Yo no aguanto al deseo y me amamanto de ellos, como si se me fuera la vida en ello y por eso arquea su cuerpo hacia el mío, para no perder este sagrado contacto.

- Más... - Me susurra, entrecortada y suave.

Cristo.

Su condenada voz llena de ternura rogándome por más, es como un interruptor. Y lo hago, con más fuerza y devoción metiéndolo más en mi boca. Mi erección aprieta mis pantalones, empujándome en busca de ella.

De mi rayo de sol.

Santo cielo.

Voy a explotar si no la tomo y meta mi polla dura, en ella.

Me duelen ferozmente mis bolas, en saber que tengo que ir despacio.

Carajo.

¿Qué pasa, con mi autocontrol?

Van me consume con su dulce e ingenuo cuerpo que me saca de mi sistema, haciendo perder el poco dominio que tengo de mí. Porque ella controla, cada puto centímetro mío. Y cada uno, lo voy a meter en su interior y por eso gruño excitado de solo pensarlo.

Bien.

Sus jadeos son suaves y rítmicos, a nuestros cuerpos buscándose. Sus manos rodean mi cuello y apoya todo su peso sobre mí, mientras sus labios húmedos besan mi pecho ya sudoroso y desnudo.

Carajo.

Porque su boca me saborea con dulces respiraciones agitadas, cada pedazo mío.

Mis manos bajan al borde de su pijama acariciando su elástico, que rodea su cintura.

Me introduzco en ellos y sus ojos me miran curiosos, oscureciéndose de placer.

Si, mi rayo.

Le sonrío.

Quiero ver cuán lista estás, para mí.

La acuno sintiendo la suave tela de algodón, que la cubre. Le doy un leve apretón y su cuerpo me responde, pegándose más.

Y que, me jodan.

Sus piernas se abren para recibirme y eso, hago.

Mi dulce rayo de sol.

Dos de mis dedos la acarician y se humedecen por sobre la tela.

Y ella lo aprueba, susurrando mi nombre.

YO

- Nena... - Herónimo gime mi nombre de placer, cuando al introducir dos de sus dedos en mi interior, siente mi humedad y profundiza en ello. Y un grito sale de mi al sentirlo y mis terminaciones nerviosas vuelven gelatina mi cuerpo, por mi orgasmo por venir cuando me trabaja saliendo y entrando de mi interior empapándose más y más, con mi esencia. Herónimo lo percibe y con su otra mano en mi espalda, la abre para sostenerme y contener el peso de mi cuerpo; ya fuera de control.

- Dámelo, mi rayo... - Me susurra con su frente sudorosa sobre mi hombro, mientras me penetra con un ritmo que acompaño con mis caderas que aumentan. - Quiero sentirte...

Y mi cuerpo, convulsiona.

Mi vientre arde por sensación dolorosamente placentera, que recorre todas mis extremidades tomando de las pocas fuerzas que me quedan, para absorberlas y sucumbir en el orgasmo más dulce de mi vida. Herónimo gruñe

al sentirlo y desfallezco en su pecho, cuando me colma. Los últimos latidos de mi orgasmo, se siente entre sus dedos que siguen dentro mío y lo ordeño lleno de mi clímax. Lo miro y me lanza una tierna sonrisa, retirándolos de mi interior. Para llevarlos, a su boca. Y me saborea sin dejar vestigio de mis fluidos, saboreando sus labios. Para luego ahuecar mi rostro entre sus manos y corriendo parte de mis mechones sudados de mi rostro, mirarme.

Sus ojos recorren con lentitud cada centímetro de mi cara aún jadeante, por mi orgasmo.

Intento ralentizar mi respiración, pero es en vano.

Y me sonrío con dulzura, por ello.

- Eres la jodida cosa más bella que he visto cuando te vienes, Vangelis... - Murmura besando mi frente. - Cristo... - Jadea. - Yo nunca...me cansaré, de esto...

Se incorpora para ponerse de pie y quiero imitarlo, pero me lo niega.

- No nena, yo te llevo... - Dice inclinándose hacia mí, para levantarme entre sus brazos y llevarme al dormitorio.

¿Les digo una cosa?

Si tengo que morir mañana.

Lo quiero hacer, así.

Entre sus brazos y como ahora.

Con mi rostro sobre su pecho, sintiendo su piel y respiración jadeante.

Sonrío.

Y bien cogida.

- No voy a poseerte sobre un sofá, mi rayo... - Me dice suave en el oído, mientras me lleva.

- Quiero recostarnos en la cama para volvernos locos, de sentirnos. - Murmura. - Porque te quiero nuevamente temblorosa y húmeda cuando, me entierro dentro de ti... - Se sonrío. - ...duro... - Promete.

Santa. Mierda.

¿Dijo duro?

Y mi cuerpo pese al agotamiento, tiembla de placer y deseo. Otra vez. Cuando me recuesta de espalda a mi cama, con delicadeza y encima mío. Sosteniendo su peso con ambos de sus brazos, de cada lado de mi cara. Quita todos los almohadones tirándolos al piso y noto, que lo hace con un especial interés.

Por el rosa.

El color chicle.

Y mi favorito.

- Bien. - Dice después satisfecho, de verlo lejos y en el suelo. - ¿Y, nena?

- ¿Si? - Murmuro.

- No va a dormir sola esta noche, ni las que siguen... - Me aclara. - ...y nunca más sofás, como amenazas de gas pimienta...

Suelto una risita, como respuesta.

Su rostro está a milímetro mío y esos ojos difíciles e impenetrables a algún color, sonrían mirando los míos profundamente y divertidos, formando pequeñas arrugas en las comisuras de ellos, como disfrutando unos segundos del sonido de mi risa.

- Ahora, serás mía ¿Entendido? - Besa mi frente y besa mis mejillas.

Jesús.

Besa también mi mandíbula y lame mi cuello.

- Me perteneces. - Continúa.- Completamente mía, cada jodida parte tuya...porque soy tu dueño.

Si, como no.

Y una risita ahogada por su ataque de besos ante mi cara de poca obediencia a lo que me dijo, se escapa de mí. Se sonrío sobre mis pechos mordiéndome suave como castigo, un pezón y grito de placer para luego lamerlo y soplar, a modo de apaciguar mi dulce dolor.

- Serás mía, enteramente. No habrá centímetro de tu cuerpo que no sea mío y que no tenga encima o dentro tuyo... - Besa mi vientre y se entretiene jugando con su lengua en mi ombligo, provocando que me arquee hacia él.

- ...vas a necesitarme siempre, rayo de sol... - Introduce su índice por los costados de mi pantalón pijama, para sacarlos. - ...y me aseguraré de ello o te haré entrar en razón, a folladas.

¿Eh?

- Oh, nena... - Susurra sentándose en sus talones y entre mis piernas en la cama, para observarme.

Mi pecho baja y sube por mi respiración acelerada, sintiéndose en la habitación.

Porque estoy desnuda.

Y solo en bragas bajo este hombre, de belleza Helénica.

Sus manos descansan en sus muslos sentado frente de mí y se toma su tiempo, para recorrer con esos malditos ojos extraños que tiene, cada detalle y parte de mi cuerpo. Muerdo mi pulgar, por la ola de calor que me invade.

Pese a la oscuridad de la noche que nos cubre, el reflejo de la ventana por

las luces de la ciudad, bañan mi cuarto y a nosotros, sintiéndome avergonzada.

- No, nena... - Murmura, sacando mi pulgar de mis labios y llevándolo a los suyos.

¿Lo va a besar?

Peor y piedad señor.

Lo chupa.

Y el calor de su boca y su lengua rodeándola con dulzura, dispara mi lívido. Lo vuelve a lamer por última vez, sacándolo de su boca con un pequeño pop y dejándome con ganas de más.

- Vangelis, no quiero que tengas vergüenza de tu cuerpo ¿Entendido? - Me dice.

- El cuerpo de una mujer es la maldita creación divina, de Dios. Tenga formas pequeñas, grandes o no. Es un templo, para adorarlo y venerarlo. Y tú, eres el mío... - Finaliza poniendo ambas manos en cada uno de mis pies, empujándolos a los lados y haciendo elevar mis rodillas con suavidad.

Me está abriendo, a él.

Sus manos descienden por mis muslos hasta la unión de ellos y mi entrepierna, donde siento la suave presión por sus pulgares, acariciando mi braguita. Respiro profundamente y tratando de no retorcerme de placer, por su contacto.

- Herónimo... - Ruego.

- Lo sé, nena... - Me mira a través de sus espesas pestañas y me consuela.

Un pulgar se mete por el interior de mi braga para hacerlo a un lado, para acariciar mis pliegues íntimos.

- Dios... - Exclama excitado al verlos y sentir mojada mi carne, cuando los acaricia.

Se inclina y un sendero de dulces besos recorre por mi muslo interno, para luego besarme por sobre la tela de mi braga, dibujando círculos pequeños con la punta de su nariz.

Inhala profundamente y un gemido de placer, nace de él.

- Joder, eres hermosa. - Gruñe profundo arrastrando más con sus dedos, mi braguita hacia afuera. - Quiero follarte con mi lengua y necesito poseerte, hasta que sientas que soy la única razón en tu vida... - Su voz es carnal y llena de lujuria.

Dulce Jesús.

Y su cálida respiración cubre mi entrepierna, lamiéndome.

Destellos de electricidad, atacan mi cuerpo provocando que gimiera fuerte de

placer.

- Mi chica ruidosa... - Besa mi intimidad, para luego meterla en su boca y jugar con ella con hambre. Y yo me descompongo de placer, elevando más mis caderas hacia él.

Es posesivo.

Dulce.

Y demandante.

Acoplándonos en un ritmo, que lo dirige él.

Enredo mis manos en su pelo y tironeo de ellos, echando mi cabeza hacia atrás de puro placer ante su boca devorándome.

- Mi salvaje... - Jadea con su lengua en mí. - ...dámelo, nena...córrete para mí, amor...

Y esa devastadora y última palabra, es la orden para mi cuerpo y mi corazón.

Mi orgasmo nace con un gemido fuerte de mi pecho, curvándome en la cama. Sintiendo que me rompo en millones de pedazos y elevándome, a otra dimensión. Herónimo me llena de pequeños besitos mientras cierro mis ojos, para recuperar algo de aire para mi cuerpo agitado. Mientras el suyo, me cubre por completo y riega más besos consuelo por mi cuello y pechos, acariciando mis mejillas con suavidad.

Cuando los abro, los suyos me miran lascivos y entre divertidos e intensos.

- Probarte fue mi perdición, Vangelis... - Muerde con cariño mi barbilla, mientras presiona su dura erección con fuerza; entre mis piernas palpitantes para que lo sienta.

Y jadeo, fuertemente.

Su sonrisa nace, al hacerlo con más intensidad.

Y sonrío, al sentirlo duro sobre mí.

Mis manos, recorren su espalda desnuda.

Es grande y poderosa, sintiendo cada músculo contraerse con sus movimientos.

- Vangelis... - Murmura, disfrutando de mis caricias. - Necesito poseerte, nena... - Gime derrotado y frotándose con casi todo su peso encima mío.

- Por favor...te necesito... - Solo digo entrecortada, como respuesta.

Y no se hace rogar.

Se desliza fuera de la cama a la silla que hay en un rincón, donde dejó su pantalón de vestir.

Introduce su mano en el bolsillo de este y saca un paquetito que lo lleva a

su boca, girándose a mí.

Dios. Todo. Poderoso.

Camina con su desnudez de la cintura para arriba, resaltando por la tenue luz de la noche, toda esa belleza helénica de torso dorado tatuado y marcado por músculos. Nada que envidiar, al dios griego Apolo. Por él deben haber inventado, el photoshop. Ya que imposible para la raza humana masculina, que alguien pueda igualar su belleza.

Lo siento, Brad Pitt.

Porque mi señor oscuro es, insuperable...



CAPITULO 22

Herónimo

Llevo al condón a mi boca mientras camino hacia ella, rompiendo con mis dientes el envoltorio y escupo su sobra; en el piso.

Mierda.

Ella retuerce su bonito cuerpo desnudo, por verme hacer eso.

La excitó.

Oh, nena.

Sería condenadamente feliz usando estas mierdas de por vida, por solo verte hacer eso siempre. La necesito dentro mío, con urgencia. Mi pene está tan putamente erecto y duro, que siento que voy a reventar entre mis pantalones.

Control, Mon.

Lo volcarás, en ella.

Hasta la última gota.

Si.

Y duro.

Mi rayo me mira y me detengo, a los pies de la cama. Introduzco mis pulgares al elástico de mi pantalón de gimnasia y los bajo, mientras ella

jadea al verme desnudo.

Si mi nena, lo sé.

Y es todo, tuyo.

- Ábrete para mí, amor... - Ordeno, subiéndome encima de ella.

Y lo hace, para recibirme.

Mi respiración se entrecorta al verla expuesta y la urgencia de probarla, me invade.

Mío.

Solo mío.

Vangelis, es mía.

Y un vacío que no sabía que existía en mi pecho, se llena al pensar en ello.

¿Pero, qué demonios?

Reseteo, mi mente.

La necesito a ella.

Pero para poseerla, sentirla y nada más.

Me arrodillo sobre el colchón para ponerme el condón, mientras la observo a través de mis pestañas y veo, que se ruboriza mordiendo su labio mirando a un lado.

Tienes razón, bonita.

Y mi sonrisa de lado, nace.

Porque mi tamaño, la asusta.

- Mírame, rayo de sol... - Murmuro recostándome sobre el largo de su cuerpo, mientras con mis rodillas la empujo más para acomodarme entre sus piernas.

La miro.

- ...no voy a lastimarte nena, lo prometo... - Acaricio con mis labios su nariz pecosa, haciendo dibujitos suaves sobre ella. - ...empezaré despacio, Van...y de a poco, hasta que tu cuerpo se acostumbre a mi...

Jodido Dios.

Mi punta se acomoda en su entrada, pidiendo a gritos que la embista con fuerza. Porque mi rayo es tibia y húmeda, pero yo debo controlarme.

Por ahora.

Poso una de mis manos en su trasero levantándola, para mayor acceso.

Y mierda.

Porque mi princesa suspira, por eso.

Es casi un ronroneo cuando me siente dentro de ella, mientras sus brazos rodean mi cuello y acarician mi nuca. El contacto pequeño de sus dedos, me están matando.

No mi rayo de sol, no lo hagas o esto acabaré, antes de que empiece.

Por eso subo sus manos por encima de su cabeza, entrelazando nuestros dedos.

Mucho mejor.

Le doy a su frente pequeños besos con cada movimiento agónicamente lento, entrando en su interior para no lastimarla.

Me freno.

Gimo y espero que acepte, mi tamaño.

- ¿Más? - Le pregunto suave cepillando besos en sus ojos, nariz...

Solo hasta ahí Mon, detente.

Ya que soy grande y ella tan pequeña, que todas mis terminaciones nerviosas están en rojo. Solo asiente y no responde. Pero como respuesta sus caderas se elevan hacia mí, provocando que me introduzca más en ella y gruño de placer.

Esa es mi chica.

La lleno de a poco y su humedad me envuelve, incitándome a acelerar.

Cierro mis ojos, por piedad y control.

- ¿Más? - Pregunto nuevamente mientras, beso con ternura su cuello.

- Si... - Solo dice y se sonríe, enroscando sus piernas en mi cintura.

Y lo dice de una forma.

¿Traviesa?

Para luego.

- Herónimo por favor, cógeme duro... - Soltar.

¿Pero qué, mierda?

Y con su pedido se empuja más.

Y que Dios, me proteja.

¿Vangelis me ordena, provocándome?

Soy muy bueno dando órdenes, pero pésimo para seguirlas. Pero rayo de sol putamente, me puede. Y mi polla palpita en su interior y se expande.

Joder.

Nunca nadie lo hizo y eso, me excita.

Mucho.

Y me empujo, sobre ella.

Salgo y vuelvo a entrar, robándole gritos de placer.

Bien.

Vuelvo a hacerlo y gime, mordiendo sus labios.

Sonrío.

Mi nena es ruidosa.

Lindo.

Empiezo a moverme dentro suyo soltando sus manos, que se envuelven sobre mi rostro y tocándome con suavidad y sin apartar sus ojos de los míos con cada embestida que doy en ella. Su mirada, nunca me abandona. Dios en la forma en que lo hace, que hace perderme en ella. Porque rayo, es hermosa así. Despeinada, sudorosa y amortiguando mis penetraciones con suaves suspiros, que llegan a mi alma.

Y quiero más.

Yo necesito, más.

La tomo más de su cadera para dejarla inmóvil y elevo más mi cuerpo para hacerlo con más profundidad y rapidez, obligándome sin siquiera a descansar. Mi cuerpo está empapado de sudor, ya que empiezo a sentir el esfuerzo que brama ante el placer. Y rujo como un animal, mientras mi rayo se entrega y yo la poseo.

- ...mía... - Susurro jadeante, al sentir el resultado líquido de su pronto orgasmo que se corre por mi rígido pene hasta la unión de ambos, aumentando nuestro placer.

Tanto que.

No sé, donde termino yo y comienza ella.

Porque, malditamente encajamos.

- Herónimo... - Su voz, es apenas un murmullo.

Y me indica, que casi está.

Besa mi clavícula saboreando y lamiendo, mi sudor.

Cristo, nena.

Y muerdo mi labio superior, porque mi propio clímax se acerca.

Mi cuerpo vibra y sus piernas envueltas en mi cintura, comienzan a temblar.

Carajo.

- Herónimo... - Repite.

Y su voz diciendo mi nombre, me sucumbe.

Mi rayo de sol es atrevida y hermosa.

- Hazlo conmigo, nena... - Gruño, empujando más.

Sus dedos arañan mi espalda, cuando su orgasmo la consume.

Y yo, la sigo después. Explotando dentro suyo en millones de pedazos, en medio de mi eyaculación. Jadeo agitando mi cuerpo contra el suyo y no quiero perder, nuestro hermoso contacto. Suaves embestidas mías, siguen el compás de sus latidos internos.

Señor, esto fue único.

Yo nunca...

Carajo.

No sé, ni lo que quiero decir.

Me giro de espalda a la cama, llevándome a Vangelis conmigo y encima mío.

Sus piernas permanecen, rodeándome por mis costados.

Y yo sigo, dentro de ella.

Me gusta.

Porque aún no quiero dejar de sentir, esa conexión.

Envuelvo mis brazos a su alrededor y acaricio su espalda sudada. Su rostro también transpirado reposa en mi pecho y un suave pero profundo suspiro, sale de ella. Haciendo su respiración, calma.

¿Eh?

Retrocede, Mon.

¿Dijiste, respiración calma?

Ladeo mi cabeza hacia ella corriendo con mi dedo un mechón de su pelo, que cae sobre su rostro para poder verla bien.

Jódanme.

¿Acaso, se durmió?

Me trago una risa, para no despertarla.

Sip.

Ella está, totalmente dormida.

Y acurruca sus manos bajo su mejilla, acomodándose más sobre mí.

Paso mi mano por mi frente tirando mi pelo hacia atrás, mirando el techo.

Gimo.

Porque esto, es adorable.

Oh, mierda...

Estoy perdido.

Si seré, puto...

YO

Siento calor.

Mucho.

Bostezo y parpadeo varias veces, para focalizar.

Mis manos están sobre mi pecho y sobre este, otro aplastándome. Levanto mi vista y observo al hermoso hombre que duerme, plácidamente al lado mío. Sus brazos me rodean completamente y envolviéndome. Quiero apartarme un poco por el calor, que irradia todo su cuerpo. Y mi corazón da un vuelco cuando Herónimo, reacciona mascullando una protesta dormido, atrayéndome de nuevo hacia él.

Tranquilo, corazón.

Me sonrío, como una idiota.

A la mierda el calor.

Cierro mis ojos y me acuno, más sobre su pecho.

HERÓNIMO

Miro la hora que indica el reloj despertador, por tercera vez.

Treinta y tres minutos.

Treinta y tres putos minutos, que estoy mirando a Vangelis dormir.

Suspiro largamente.

No puedo dejar de hacerlo, como tampoco quitarme. Aún la tengo entre mis brazos y observando su rostro, acunado en mi pecho. Su suave respiración, me hace cosquilla en mi piel. Recorro su cuerpo. Cada parte desnuda de ella.

Bonita.

Porque ella es hermosa, cuando duerme.

Ella es hermosa y punto.

Hermosa cuando duerme, come o camina dando saltitos por no saber llevar bien, un buen par de tacones.

Sonrío.

Incluso cuando me pone su mejor cara de asco o me mira de lejos, con su condenada nariz pecosa y respingona, arrugada por alguna razón. Un espectáculo, a la vista. Pongo un mechón de su pelo, detrás de su oreja.

Estoy hecho, un marica.

Dios.

Estoy en problemas.

Mi celular suena, en algún lugar de la habitación.

Carajo.

Y Vangelis, se queja entredormida.

Vuelvo a besar su frente, levantándome.

Son pasadas las diez de la mañana, debe ser Collins preocupado. Nunca pasé la noche fuera, antes con una mujer y no lo haré nunca más. Vangelis, lo hará conmigo. Porque no es, una mujer cualquiera.

Decidido.

Punto.

Pero ella, solo es tu fémina siguiente.

Acidez cubre mi estómago, por ello.

¿Y eso?

Es porque, tengo que entrenarla primero.

Me justifico.

Saco mi móvil, de mi pantalón de vestir. Frunzo mis cejas mirando la pantalla y atendiendo de mala gana.

- ¿Cuántos polvos, te has echado? - Suena su voz divertida y me saca más.

Si será cabrón.

Me giro para ver a rayo de sol moviéndose entre las sábanas espalda a mí, mostrándome su semi desnudez cubierta por ellas.

Empiezo a odiar, esas sábanas.

Mi pene, opina lo mismo.

Me la acaricio, confirmándolo.

Dura.

Bien.

- ¿Qué, quieres? - Le gruño ronco a Rodo, que ríe a carcajadas del otro lado.

- Confirmarlo. Esa voz y por la hora, me dicen que estuviste cogiendo como conejo toda la noche. - Ríe.

Resoplo caminando, hacia la ventana para mirar.

- ¿Collins? - Solo pregunto, corriendo más las cortinas.

Ya que debe estar por ahí, entre las sombras.

Cuidándome.

- Vino recién de contactar, que estuvieras bien. Mientras Marcello, el cabrón del Polaco y yo estamos preocupados por nuestro niño bonito. - Me dice. - Hombre es casi media mañana, nunca haces eso, eres muy aplicado a la hora de volver a casa...

Si será muy puto, todo esto lo divierte.

- ...fui temprano al Pen pensando que ya te encontraría en tu gimnasio, dándole broncas a la bolsa y me encuentro con que no llegaste a casa. -
Prosigue y hace una pausa. - ¿Con Vangelis? - Pregunta.

La miro.

Una de sus manos tantea las sábanas y las estira para sí, hasta arriba de su cabeza tapándose.

Me sonrío, frunciendo mis cejas. Una atrevida, por tapar mi vista. A mi rayo le gusta dormir hasta tarde, los fines de semanas.

No nena...no lo hagas...

- Si. - Solo digo, encaminándome de vuelta a la cama.

- ¡Ese es, mi muchacho! - Festeja.

Ruedo mis ojos.

- Estaré en el Pen, en media hora... - Digo acostándome nuevamente a su lado, mirando como las jodidas sábanas dibujan la silueta de Van, bajo ellas.

O quizás en una hora lo esté, me corrijo mentalmente divertido.

- No me moveré, Marcello me está preparando un desayuno continental completo, sabe que vine con hambre... - Me responde masticando algo.

Corrección, siendo Rodrigo, devorando algo.

Cuelgo dejando el celular en la mesita y apoyando un beso en su hombro, ahora cubierto de Vangelis.

- Hola... - Siento su voz, del otro lado.

- Hola. - Respondo, atrayéndola hacia mí.

Suelta una risita.

Jodida mierda, con ese sonido lindo.

- ¿Qué estás, haciendo?

- Cuchara. - Digo, sobre su pelo oliéndolo.

Huele a mí, a ella y flores.

Y sí.

Yo también, estoy sorprendido.

Nunca hice cuchara con una follada de una noche, ni con ninguna fémica.

¿Siempre hay una privera ves para todo no?

- Duérmete. - Se acomoda.

Auch.

Como si fuera fácil.

- Tenemos cosa que hacer, rayo de sol... - Digo siguiendo con un dedo de mi mano, el contorno de su cuerpo por abajo de las sábanas.

YO

Su mano se detiene en mis caderas, para luego bajar a mi entrepierna.

Dios.

¿Tengo sueño, estoy cansada y quiero más?

¿Cómo puede ser?

Y mi cuerpo despierta, ante su contacto y sus dedos.

- Mi nena, voy a cogerte...por atrás... - Me susurra en mi oído, luego de besarlo.

- Oh. - Murmuro.

- ...Oh... - Repite acariciando mi mejilla, con suavidad sonriendo.

Se posiciona detrás mía elevando mis caderas y rodillas, acariciando mi columna vertebral desnuda con su mano. Besa mi nuca y cuello con ternura mientras sus dedos, descienden hasta mi unión y acariciando mis pliegues los abre para introducirlos como anoche y empaparse de mi humedad.

Suaves movimientos empujando y sacándolos, me roba gemidos de placer y ahogo en mi almohada, por mi posición en cuatro.

- Estás tan mojada, nena... - Me susurra Hero tan excitado como yo, al sentir la respuesta líquida de mi interior, por hacer esa magia trabajándome y donde ya, y bajo nuestras respiraciones acelerándose, colman la habitación al igual que la exudación y olor al sexo que nos alimenta, crece y nos rodea.

Sus penetraciones aumentan.

Es duro.

Gloriosamente, duro.

Y me mojo más, exclamando su nombre una y otra vez.

Su otra mano toma mi cintura y la otra me abandona de golpe llevándose un reproche mía, para ir a mi hombro y poder inmovilizarme, mientras introduce la punta de su pene tras ponerse otro condón tan húmedo como hinchado en mi entrada. Y gime embistiéndome, una y otra vez.

Fuerte.

Sin piedad.

Como una bestia hambrienta de mí.

Pero besando cada parte de mi cuerpo, para amortiguar sus ataques.

Es dolorosamente, dulce.

Y me roba gritos que no oprimo porque son de puro placer, mientras se entierra una y otra vez en mi interior sintiendo que todo tiembla a nuestro alrededor por la fuerza.

Grita mi nombre cuando su orgasmo llega, sintiéndolo dentro cuando se expande y algo caliente y bello me llena, estimulando y desencadenando, el mío.

Mis piernas flaquean y me desplomo sobre la cama recibiendo mi plenitud agotada, sudorosa y feliz.

Su corazón late desbocado sobre mi espalda y su respiración agitada con la mía, invade la habitación estrepitosamente.

Nuestros cuerpos unidos y sudados, se mueven al compás con cada jadeo post orgasmo.

Había sido, duro y rudo.

Y me gustó.

Su mano corre a un lado mi pelo totalmente mojado de transpiración, para besar con dulzura mi nuca.

- ¿Te lastimé, Van? - Logra decir jadeante y entrecortado.

Suelto una risita, ocultando mi cara en el colchón.

¿Después de cogerme como un demonio, lo pregunta?

Si estoy segura que movimos mi cama, unos buenos 40cm.

Se ríe sobre mi piel, mordiendo con cariño mi hombro como reproche.

- Qué haces que me puedes, rayo de sol... - Suspira, atrayéndome más hacia él y envolverme en sus brazos.



CAPITULO 23

Herónimo

Después de una ducha juntos y poseerla nuevamente, obvio.

De pie contra la pared de cerámicos y bajo el agua, cayendo sobre nosotros.

Frente al espejo de su habitación ahora, me visto con mi camisa y pantalón de vestir.

Doblo sus mangas hasta la altura de mis codos, dejando al descubierto los tatuajes de mis brazos.

EgoSogoSpiro.

Leo la traducción de la tinta, de uno.

Suspiro triste.

Tal cual.

Acomodo mi cuello dejando, solo los dos primeros botones abiertos.

Bien.

Peino tirando para atrás mi pelo húmedo con mis manos, intentando manejarlos.

Putos rulos.

Me pongo mis lentes acomodándolos en el puente de mi nariz para luego

apoyar, mis manos en los extremos de la cómoda que está abajo. Y mirando la imagen, que me devuelve el espejo.

Exhalo profundamente, bajando mi cabeza al piso.

Joder.

¿Qué haces, que me puedes Vangelis?

Repito esa pregunta en mi cabeza, otra vez.

Siempre me dirigí, a mis mujeres.

Sean cogidas de momento o fémimas con los adjetivos linda, cariño o dulce.

¿Pero amor?

¿AMOR?

Ni siquiera a Amanda, se me ocurrió llamarla así.

¿Se entiende?

Cuando la cogí con mis dedos anoche en el sofá, creí escuchármelo, pero la excitación me pudo.

Sin embargo, volví a decirlo.

Otra vez.

Y mi mente y cuerpo, se tensaron al escucharme.

¿Lo peor?

Que condenadamente, me gustó.

Carajo, carajo y carajo.

Mi control, se está yendo a la mierda.

Y yo, con el.

Pero los otros adjetivos con Vangelis, suenan como a papel de lija.

¿Entonces?

Entonces nada cabrón, ignóralo Mon.

Focalízate en lo que es, tu nueva fémima.

Y si ella como bonus, te da la luz que tanto le hace falta a tu corazón y alma llena de oscuridad, aprovecha.

Un respiro en toda la mierda que fue y es tu vida, no te vendrá mal.

Yo no nací, para tener una utopía.

Porque, no la merezco.

Soy un miserable bastardo, sin sentimiento.

Un demonio con sus propios demonios, viviendo en mí.

Yo no sé perdonar.

Yo, no me perdono.

Mi maldición y mi castigo.

Mi biblia y mi calefón.

YO

Saco mi pequeño mantel y lo acomodo sobre la mesa, para apoyar las tazas de café calientes y un plato con tostadas, recién hechas.

Miro divertida a Herónimo recorrer y observar, mi departamento concentrado.

Su presencia, hace más pequeños mis ambientes.

- Bonito... - Dice con las manos en los bolsillos de su pantalón, mirando a su alrededor. - ...encantador... - Toca las cortinas de mi ventana, en color durazno.

- Gracias... - ¿Qué puedo decir?

Noto su sinceridad, pero cierto descontento en el fondo.

Hombre raro.

Busco la mermelada del refrigerador y unas cucharas, mientras sigue observando de forma minuciosa todo. Parece un gran animal salvaje enjaulado, en un espacio chico. Niego, divertida mientras sonrío.

- ¿Notaste que, desde tu dormitorio a la cocina, llegas en dos pasos? - Larga como imposible de creer, que mi departamento sea tan pequeño. - ¿Ves? - Me dice sorprendido, demostrándome con dos zancadas suyas como llega hasta donde estoy.

Intento disimular mi risa, con un pedacito de galleta en mi boca.

¿Se puede ser, más inestablemente dulce?

- Bienvenido al mundo de los mortales de clase media, señor Mon... - Respondo, a eso normal.

Me mira con singularidad, mientras toma asiento a mi lado.

Unta una tostada con mermelada, sumergido totalmente en sus pensamientos sin dejar de mirar lo que lo rodea.

Y mastica pensativo, para luego mirarme.

Mierda con esos ojos lóbregos de matiz, que me miran.

¿Divertido?

- ¿Te das cuenta que, si quisieras comprar una silla extra o agregar una planta a este departamento, tendrías que dormir afuera por el poco espacio? - Me dice divertido girando con su índice el lugar, señalando su diminuto tamaño.

No aguanto y río, con ganas.

Y me mira encantado y sonrío, también.

He notado, que le gusta verme reír.

Y suspiro bajito.

Ojalá yo le gustara más, que eso solamente...

HERÓNIMO

Sentados, Vangelis con su barbilla descansando en su puño y ríe a carcajadas por lo que dije y siendo hermosa, sin esfuerzo.

Yo también lo hago, imposible no.

Me mira y se inclina sonriendo, empujando juguetonamente mi hombro por eso.

¿Lo más gracioso?

Es que lo decía en serio.

Muy en serio.

Mi reconocido examen para todo, exigente y detallista, escaneó su departamento.

¿Cómo, se los detallo?

¿Bonito?

Si.

Lo es.

Pero si me preguntan, demasiado melocotón para mi gusto.

Sin embargo, agradable a la vista con sus muebles en madera al estilo country y en la gama de los amarillos y naranjas.

Pintoresco y pequeño.

Extremadamente pequeño.

Pero como la objetividad no me nacía, por ser un puto mezquino con mi rayo.

Para mí, era un basurero y odiaba cada centímetro cuadrado de el.

¿Por qué, dicen?

Porque soy un cabrón posesivo y Van, era mía.

Y como era mía, la quiero conmigo 24/7.

Y no sé porque, me cabrea tanto y me importa tres mierdas, parecer un imbécil caprichoso. Detesto que este departamento sea tan dulcemente melocotón, chiquito y putamente acogedor, me separe de Vangelis. Me nace y quiero llamar a mi departamento de bienes raíces y comprarle otro más grande y espacioso.

Ella se vería hermosa, en una torre con una gran vista.

O en un piso.

Como mi penthouse.

Mi casa.

Frunzo mi ceño, ante ese pensamiento.
No vayas por ahí, Mon.
Aunque rayo de sol, se merece lo mejor.
Punto.

YO

Bajamos por el ascensor luego de desayunar, en dirección al estacionamiento de mi edificio.

Herónimo insistía que fuera con él a su casa.

Y me resistí.

Bueno, un poquito.

En realidad, me podía más la curiosidad de compartir la otra parte de su vida.

La intimidad de su hogar.

Y acepté con la condición de llevarlo ya que Collins, ese voluminoso hombre de mirada rapaz y mano derecha, le dio la orden que se volviera anoche y me negué a que lo llamara y venga por nosotros.

No quería depender de él, para regresar.

Siempre me manejé independiente y tengo el pequeño presentimiento que eso, iba a ser motivo de futuras peloterías con mi señor oscuro y obseso del control. Quería entrenar antes de la pelea, terminar unos papeleríos con su abogado que no me dejó claro qué y por algún extraño capricho, me quería a su lado todo el día.

<<Es lo que una fémica hace si lo deseo, Vangelis. >>

Se justificó, cuando le pregunté.

Y me encogí de hombros, aceptando.

- Ay, dime que no es verdad... - Su voz gélida y glacial, quebró el silencio del estacionamiento de golpe.

Levanto mi vista de mi bolso buscando la llave de mi coche, encontrándome con la suya endemoniada y perfecta; cara helénica agria.

Suelto una risita.

Él no dijo nada.

Pero hizo una mueca cuando llegamos a mi flamante y orgullo personal, mi Mini Cooper modelo '75 color rojo.

Me dirijo a la puerta del conductor para abrirlo.

- Mi chachita... - Le presento a mi auto, como si nada.

Y me mira por encima del techo levantando una ceja arqueada, desde el

otro lado.

- No me jodas. - Al fin habla. - ¿Entonces abrirás la puerta y saldrán de el, qué? - Señala con sus manos, sin poder creer la pequeñez de mi coche. - ¿Una docena de payasos grandes y chiquitos muy sonrientes, haciendo malabares y en bicicletas minúsculas?

Eso me hace reír.

Bastardo arrogante.

- Tendrás que comprobarlo... - Le sonrío abriendo la puerta y subiendo ambas cejas divertida.

- ¿Entro? - Me dice, elevando más la suya.

Y río, divertida.

Ni idea.

Pero esto, no me lo perdería por nada.

Mete ese enorme cuerpo monumental en el interior, para sentarse en el pequeño asiento delantero y tuve que admitir, que se veía dulcemente gracioso.

Insulta mientras se remueve hasta que encuentra una posición cómoda, en el limitado espacio y yo, enciendo entonces el motor.

Me detengo en la entrada de la cochera, esperando paso para salir el tránsito que circula.

- Podrías tener algo mejor... - Dice de la nada. - ...un modelo más nuevo y con mayor seguridad.

No sé a dónde quiere llegar con eso, pero me encojo de hombros indiferente.

- No lo necesito, la adoro. - Me justifico. - Se la compre hace tiempo, a una persona muy amable...

- ¿No me jodas? ¿Pedro Picapiedra, existe de verdad? - Pregunta, divertido.

Le blanqueo los ojos para no reír, introduciéndome en el tráfico.

- Es un clásico, Herónimo... - Acoto, orgullosa.

- Y jodidamente viejo. - Responde observando por su espejo lateral el tránsito detrás nuestro, para luego sobre mis piernas.

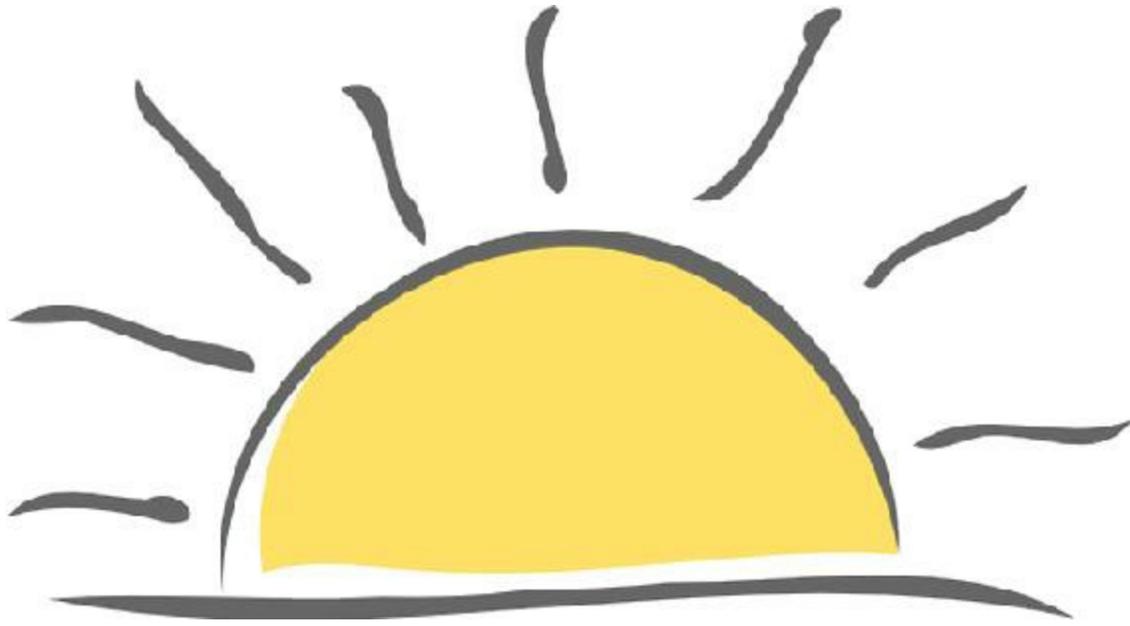
- ¿Esto, tiene los tres pedales? Juraría, que te vi frenar con los pies, en esa detención de semáforo que pasamos. - Prosigue.

Y me giro hacia él, mordiendo mi risa.

Se acomoda sus lentes y se sonrío de esa manera tan suya, que me hace querer darle un beso y una bofetada al mismo tiempo.

Señor.

Cuando está a modo jugueteón con su humor ácido, es imposible no amarlo.



CAPITULO 24

Yo

Ok, mi auto no le caía bien.

¿Seguro estaba acostumbrado a montarse, en qué?

¿Ferrari?

¿Maserati?

¿Jaguar?

Solo conozco, ese coche alemán de alta gama en color negro. Pero apostaría dos de mis sueldos que en su cochera tiene una flota de autos deportivos, como los que aparecen en las películas y valen millones.

- ¡Eres un idiota! - Exclamo deteniéndome en otro semáforo en rojo, tratando de no reír.

Se encoge de hombros.

Cortesía no es su segundo nombre, como ya lo sabemos.

Nop.

No lo es.

Se ríe.

- Esa boca... - Me reprende, divertido.

Y le estrecho los ojos, manejando.

No me jodas, Mon.
Ríe más.



Minutos después, llegamos a la zona exclusiva de la ciudad.

La city.

Donde los edificios acarician las nubes y donde la wallstreet, el lujo y el confort corren en cada una de las arterias; de estas diez manzanas comerciales. Solo lo conocía, por su nombre en las portadas de revistas modas o de arquitectura del jet set.

Gente adinerada que se mueve en el ambiente mercantil de la bolsa, la economía o viven en el. Me hace ingresar a una gran entrada lujosa de estacionamiento, ubicado en el subsuelo de un edificio de diseño arquitectónico y construcción nueva.

Un gran rascacielos, en metal y vidrio.

Su nombre BLUSTERY en grandes letras estilo Franklin Gothic, dominan los cielos.

Irradiando ostentabilidad y mando desde su altura, haciendo honor a su nombre.

Noto cámaras de seguridad por encima nuestro y frente, con una pequeña luz roja que focaliza en nosotros.

Guaa.

Impresionante.

Lo miro curiosa.

¿No será, mucho?

Me sube y baja las cejas, como respuesta.

Y niego.

Tan hermoso, como engreído.

Bajamos por una rampa, donde todo es blanco y luminoso.

Casi todas las gradas están ocupadas por autos de alta gama e importados y me señala unos parkings exclusive de un extremo, cerca de los ascensores de ingreso al edificio.

Cuatro únicas plazas vip, con una vacía en el medio.

Me indica que estacione allí, marcha atrás.

Pero detengo mi coche, indecisa.

- ¿Estás seguro? - Pregunto respirando hondo y con mis manos que aprietan fuertemente el volante.

Mierda.

¿Este hombre insensato me pide estacionar mi viejo Cooper, entre una Bugatti Veyron negra y un Porsche Caimán deportivo blanco?

Pero con sus brazos cruzados sobre su pecho, me mira relajado.

- Si, rayo de sol... - De lo más natural.

Y como si fuera cosa, de todos los días.

Santa.Mierda.

Porque un roce a unos de esos autos y no me alcanzaría esta vida ni la que sigue, para pagar el valor del rayón. Pero obedezco y sigo unos metros más, para luego hacer marcha atrás y tomar envi6n, para poder estacionar.

Hazlo despacio Vangelis, me digo para mis adentros.

Respira.

Exhala.

Y hazlo muy lento, me repito maniobrando con sumo cuidado.

Detengo el auto.

Y sonrío mucho, cuando lo logro satisfecha.

Trato de no reírme cuando Herónimo lucha por salir del interior, con más juramentos abriendo la puerta.

Frente a la línea de autos deportivos donde me estacioné y llevando mis manos a las caderas, miro con orgullo mi logro, en ese espacio tan reducido.

Y Herónimo se pone a mi lado y también, lo hace.

- Aposté que rayarías, mi Bugatti... - Ladea su cabeza mirando entre puerta y puerta, el espacio entre los autos. - No. - Lo confirma.

Me giro de golpe hacia él, con la boca abierta.

- ¿E...este Bugatti, es tuyo? - Titubeo.

Asiente con la cabeza, tranquilo y con las manos en los bolsillos de su pantal6n.

Y yo, estrecho mis ojos.

Un momento...

Miro con más atención la plaza exclusive vip de los cuatros coches estacionados, incluyendo el mío. La Bugatti Veyron, el Porsche Caimán y un BMW gris plata de los nuevos, lo ocupan. Le entrecierro los ojos, como pregunta. Y vuelve a asentir con la cabeza, como respuesta.

- ¡Estás loco! ¿Por qué, lo hiciste? - Señalo, otros parkings libres.

Estos son los exclusive, de él.

Los mejores, acotación aparte.

A pasos del ascensor de entrada, en un rincón y apartados de los demás.

Obvio.

El jefe de los jefes, tiene que tener lo mejor.

- Podría haber dañado...sin querer... - Aclaro. - uno de esos deportivos ¡que valen millones! - Chillo.

- Es solo un auto, rayo de sol... - Se encoje de hombros, como si nada. - ...y disfruté enormemente tu nariz respingona arrugada, ante el desafío. - Se inclina y besa la punta de ella.

Y joder, con esos labios prohibidos.

¿Por qué no lo hizo, unos centímetro más abajo?

- Valía cada céntimo de dólar, puedes apostararlo... - Me susurra luego, en el oído.

Y mi sangre, hierve.

¿Así es como se divierten, los niños ricos?

- ¡Eres el hombre, más frustrante de todo el mundo! - Resoplo, encaminándome a los ascensores.

¿Por qué?

No lo sé, supongo que hay que ir para arriba.

Siento sus pasos siguiéndome, con su risita estúpida de fondo.

- ¿Yo? - Exclama. - Nahh...ni que conocieras a todos los hombres del mundo... - Me dice ingresando un código numérico, a una pantalla digital.

Lo miro.

- ¿Me estás jodiendo? - Las puertas de acero se abren y entro con él.

- ¿No, por qué? - Cara de nada.

Cruzo mis brazos y miro el techo, una vez dentro con él.

Dios.

Hoy imposible hablar con seriedad, con él.

Ingresa la misma tarjeta lectora en una ranura, junto a otros dígitos.

Jesús, cuanta seguridad.

Para luego sin darme tiempo a reaccionar, me atrapa entre sus brazos.

- ¿Cabreada? - Me susurra.

- No. - Miento.

Y su perfume, me invade.

Tan coolwater y masculino.

Que debería estar prohibida por las autoridades sanitarias y así poder prevenir, ataques ninfómanas del gremio femenino.

Me tiene entre sus brazos.

Fuerte.

Y la verdad quiero estar así toda la vida, con este abrazo tipo oso.

Se inclina para apoyar su boca en mi frente y besarla largamente.

- Miente como el culo, señorita Coppola... - Gruñe con sus labios, pegados en mí.

Si, tiene razón.

No soy muy buena, en ello.

Suelto una risita.

Porque Herónimo Mon es, un mal y gran malhumorado oso de peluche.

El ascensor comienza a subir, haciendo caso omiso a llamadas de otros pisos.

Raro.

Solo se detiene cuando el display digital, aparece la palabra PNHS.

¿PNHS?

Oh Dios...

¡Él vive, en el penthouse!

Las puertas se abren dando la bienvenida, un gran hall en marfil y madera.

Me suelta del abrazo, pero su mano se mantiene en mi baja cintura conduciéndome a un impaciente Collins y otro hombre de aspecto parecido a él con traje, pero de pelo castaño y de menos edad.

Nos reciben de pie y con miradas serias.

- Collins...Grands... - Saluda a uno y después a otro. - Ella, es Vangelis Coppola. - Baja su mirada, a mí. - Van, ellos son Collins y Grands. Son como mi sombra, mi primero y segundo al mando. Te acostumbraras a ellos...

- Que, tal... - Solo digo.

Ok.

Como que no entendí mucho, lo que quiso decir a tras fondo de esas palabras y por ello, me limité a saludar con la mano en alto, algo tímida.

- Señorita Coppola... - Me saludan con una bajada de cabezas respetuosas tanto, el tal Collins como Grands.

Nos abren unas puertas dobles en madera oscura y finamente talladas, para que ingresemos primeros seguidos por ellos.

Y mis ojos, no creen lo que ve.

Todo es lujo y confort.

Herónimo desocupa los bolsillos de su pantalón sacando sus llaves, celular y otras pertenencias sobre una mesita de cristal y al lado de la gran puerta de

entrada.

Su piso es, como una enorme sala.

Donde dos paredes de vidrio al final y con forma de L, regalan la vista de la gran ciudad.

Cuadros geométricos de diferentes tamaños y estilo abstractos en tonos primarios, decoran exquisitamente el resto de las paredes en su blanco impecable, donde una lámpara de pie desde un rincón, ilumina tenue y da calidez al lugar.

Los ambientes se dividen solo, por escalones con desniveles. Que separan el gran comedor con mesa en madera ébano y tapiz natural en sus sillas para una docena de personas, haciendo juego. Recubriendo su superficie, un lustroso vidrio que destella por su transparencia, la gran araña de cristal en su centro desde lo alto del techo.

El living, dos niveles más abajo.

Y rodeado por la gran vista de la ciudad de un extremo a otro, acompañado de un sofá en la gama natural; con almohadones a tono como los cuadros. A juego decora una enorme mesa baja en vidrio y madera, con accesorios decorativos.

Y en un extremo, una gran escalera de granito lustrado que lleva a un segundo piso.

Del otro, una cocina con mobiliario y electrodomésticos de última generación en acero y también madera oscura, con una isla en mármol gris con banquetas altas que separa esta estancia de lo demás.

Toda la iluminación es por sectores dando un aspecto cálido, limpio y elegante, por las luces dicróicas ubicadas en lugares estratégicos.

La suave melodía de Luke Bryan, ambienta el lugar.

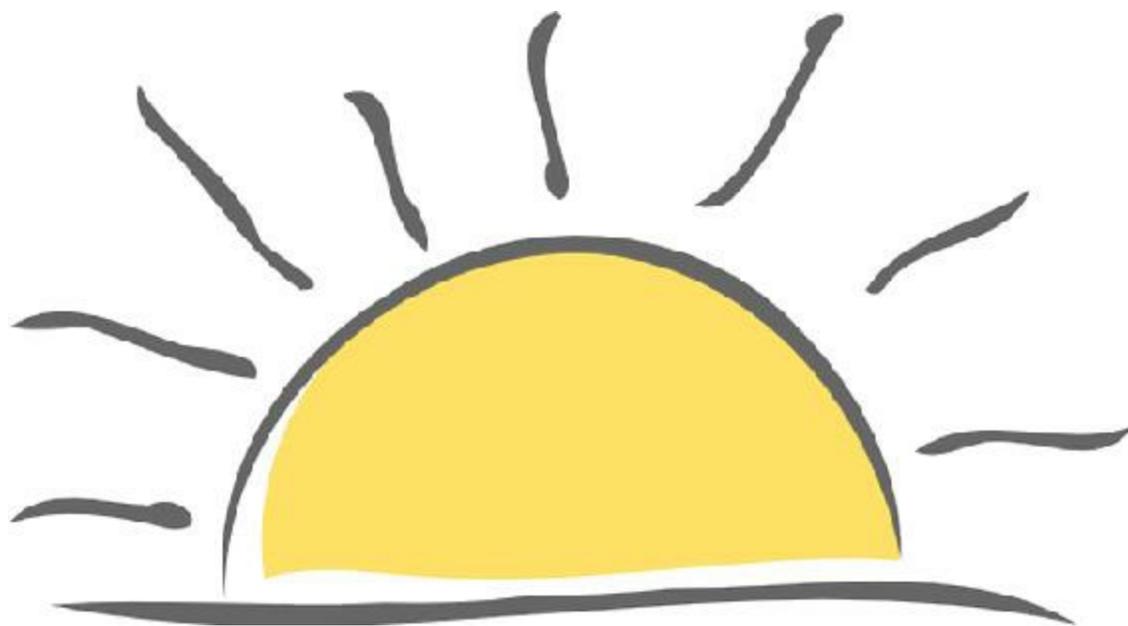
Pestañeo.

¿Música Country?

¿El seños déspota y oscuro jefe de los jefes, le es agradable este tipo de música?

Y lo miro raro.

Porque, guau.



CAPITULO 25

Yo

- ¿Marcello y Rodo? - Pregunta, mientras me lleva hasta la barra de desayuno de la cocina, donde hojea la correspondencia.

Para luego mirarme, con ternura.

- ¿Agua? ¿Alguna soda? ¿Un jugo? - Me ofrece y asiento, en silencio.

Porque la presencia de estos hombres, me inhibe un poco.

Herónimo abre el gran refrigerador y saca dos latas de sodas de naranja.

Busca un par de vasos en unas gavetas altas y vierte el contenido de ambas, para luego entregarme uno.

Y le doy, un gracias bajito por eso.

De su mirada linda hacia mí, cambia rápido a serio en Collins esperando una respuesta, mientras da un gran sorbo a su vaso.

Y éste lo mira aturdido y curioso, por lo que hizo.

¿Acaso el jefe, no se sirve las cosas solo?

Reacciona.

- En el mercado señor, compras. Y el señor Montero tuvo una llamada telefónica. En breve vuelve... - Responde. - ...en la mesa de su oficina está su agenda diaria, con una llamada del señor Millers - Me mira con cautela. - Y

demás anotaciones... - No especifica.

Se miran, fijamente.

Estos hombres se entienden y comunican con las miradas.

Herónimo se vuelve hacia Grands, dejando su vaso ya vacío en el desayuno.

Yo lo imito.

- Voy a necesitar que me investigues financieramente, un encargo... - Aclara su garganta. - ...es una compra nueva.

- ¿Inmueble, señor? - Solo pregunta.

- Si. - Toma la pluma del saco y escribe algo en un anotador de la barra, para luego arrancar el papel y se lo alcanza. - Y lo quiero... - Acentúa grave. - Necesito esta información sobre mi escritorio y en detalle del propietario. Si tiene deudas, su estructura en seguridad como edificación y Grands... - Advierte. - ...triplica, si es necesario...

Este se sonríe y hace un paso al costado para retirarse, pero sin antes con un gesto, saludarme a modo despedida.

- Señorita Coppola... - Solo dice y sin esperar mi reacción, se pierde por un pasillo.

Se vuelve para tomar mi baja cintura de nuevo, cosa que no le pasa desapercibido a Collins.

- Una hora y estoy contigo Collins, prepara todo el papeleo para cuando regrese... - Me conduce hacia las escaleras y sin darse la vuelta, prosigue. - ...dile a Marcello que prepare mi atuendo de gimnasio y el tuyo, haremos algo de sparring y bolsa después de la oficina...

- De inmediato, señor Mon. - Escuchamos su respuesta desde abajo y sus pasos fuertes, que se pierden.

El final de las escaleras, nos lleva a otro recibidor grande.

Es espacioso y en los tonos blancos, grises y natural.

Con tres habitaciones.

Dos de un lado y una, del otro.

Abre, las dos primeras.

- Habitación de huéspedes. - Me muestra la primera.

Es hermosa con sus colores claros y ocres.

Y la segunda es una biblioteca, el paraíso del lector.

Llevo ambas manos a mi pecho.

Santo Dios.

Porque es, mi sueño.

Tres paredes del nivel del piso hasta la altura del techo, son estantes con centenares de libros. Una cuarta pared desnuda de ellos con una inmensa ventana con sus cortinas corridas, baña el lugar llenando de luz el ambiente. Y unos pequeños sillones en cuero en tono café en cada extremo con una mesita de por medio, están ubicados bajo ella.

- Jesús Herónimo, esto es hermoso... - Murmuro tomando un viejo libro, de la tercera fila.

Lo miro, sin poder creer.

- ¿Giovanni Guareschi? ¿Don Camilo? - No salgo de mi asombro y lo hojeo con cariño.

Él me observa con su hombro apoyado en los estantes y sus manos en los bolsillos.

Y se sonríe acercándose a mí, mientras acomoda sus lentes.

Busca otro, cerca del que saqué.

Lo levanta, para que lo vea.

- Y la vuelta, de Don Camilo... - Su segunda parte.

Ahogo una emoción dando un saltito de alegría, mientras lo agarro y lo abro con cuidado.

Es la continuación, de esa saga.

- Fueron parte de mi infancia... - Le cuento feliz, abrazándolos contra mi pecho. - ...tenía once años cuando los leí. Crecí leyendo Pepón y don Camilo.

- Sonríe por el recuerdo. - Amo leer, aprendí de mi abuela paterna la pasión por la lectura, cuando me regaló mis dos primeros libros, Juana Eyre y Muñequita...

- Charlotte Brönte y Rafael Pérez y Pérez. - Responde, por los autores.

Le vuelvo a sonreír, porque los reconoce y se encoge de hombros.

- Toda mi vida leí rayo de sol y aún lo hago... - Aclara. - ...con siete años, comencé con el primero. El pájaro Espino, que se lo robé a mi madre... - Y su media sonrisa de lado, aparece. - ...carajo...comencé a ver a los curas cuando me llevaban a misa, de una forma diferente después de eso... - Sonríe.

Suelto una risita, mientras vuelvo a acomodar los libros en su lugar.

Cuando regresamos al recibidor, me señala su final con el brazo.

Otras escaleras, pero de menos peldaños.

- Las habitaciones de Collins y Marcello... - Señala.

- ¿Ellos, viven contigo?

- Si, nena...

- ¿Y quién es, Marcello? - Pregunto.

- Su título podría ser el de un mayordomo, pero es más que eso. Parte de lo que se compone mi pequeña familia. Trabajó en casa de mis padres. Yo tenía 6 años cuando llegó. Luego cuando cumplí los 17 años y vine a vivir a la ciudad definitivamente, a los pocos años él se instaló conmigo en el Pen, porque lo necesitaba mucho.... - Suspira largo, como no queriendo dar detalle profundo en eso. - ...y trabaja para mí, desde entonces... - Da como toda explicación.

- Se puede decir, que Marcello te conoce de toda la vida. - Acoto.

Interesante.

- Si...

Pero la curiosidad a su simple afirmación como toda respuesta, me puede.

- ¿Por qué, lo necesitabas mucho? - Pregunto.

Y su mirada posó en mi profundamente, oscureciéndose más de lo necesario.

Mierda.

¿Qué dije, que lo hizo poner así?

- Es mi pasado personal Vangelis, no voy a responder a eso... - Su voz pasó de cálida a fría, en un segundo.

Entonces, entiendo.

Maldita sea.

La puta regla 1.

Idiota, eres solo su chica de folladas.

Nada más Vangelis.

Ni siquiera, una amiga.

- Lo siento... - Digo, sin sentirlo.

¿Mierda, cuál es la diferencia?

¿Segundos antes me relataba cosas de su pasado social, pero lo personal no?

¿Cómo se hace, para poder diferenciarlos?

Su ceño, ahora está fruncido.

Adiós a la parte simpática, de Herónimo Mon.

Y hola, a la agria y glacial.

Hombre de carácter volátil e inestable.

Me conduce a la única puerta, que queda en frente.

- ¿Qué hay acá? - Pregunto mirándola.

La entreabre a medias manteniendo su mano en el picaporte, pero se detiene.

- Mi habitación.

Mi boca, se abre.

Señor mío...

Su habitación.

La abre totalmente y es como la imaginaba.

Grande, espaciosa y con paredes como pisos, en los tonos grises y blancos.

La cama está ubicada en el extremo opuesto.

Es inmensa y con un diseño de cabecera bastante particular, en hierros forjados cruzados.

La decoración de la misma, aunque es elegante, es muy sobria y más bien poca. Carente de toque femenino derrochando masculinidad, en cada cosa y objeto que la compone. Dos puertas más, lo acompañan. El baño en suite y un vestidor, de casi el tamaño de la propia habitación.

- Linda. - Me giro a él, abrazándome a mí, misma.

Me encojo de hombros.

- ...muy masculina... - No sé, que decir.

Su mirada de pocos amigos, me ordena que me llame al silencio.

Sus ojos, se estrechan más.

Y lleva su mano al puente de su nariz, para masajearlo pensativo.

Creo que le va a dar un aneurisma de la bronca por mi intromisión anterior y romper, esa jodida regla.

Creo.

Pero luego su mirada se suaviza.

Al menos lo intenta, como su voz.

- Tú debes descansar y yo tratar unas cosas, con Millers y Collins... - Señala su enorme cama, como pantalla gigante de televisión. - ...puedes dormir si te apetece o pasar el rato en la biblioteca, hasta que me desocupe de mi abogado... - Me ofrece. - ...si tienes hambre, solo baja y pide a Marcello. Él lo hará con gusto, nena... - Finaliza.

- O puedo volver a mi casa... - Sugiero, con muchas ganas.

Porque venir, fue un error.

Apenas conozco a este sexi pero irritante hombre, que resulta que también es mi jefe.

Su mirada vuelve a cubrirse, con ese manto de oscuridad.

- No. - Gélido. - Quiero que te quedes. - Me ordena.

Inclino mi cabeza en desacuerdo a su mandamiento poco ortodoxo.

Respira hondo, al ver mi cara poco contenta.

Y resopla vencido, mirando el piso.

Para luego a mí, suplicante.

¿Y con cierto miedo?

¿Eh?

- Por favor Vangelis, no te vayas... - Me ruega bajito.

Y mi pecho se cierra.

Carajo, con ese tono.

Y carajo otra vez con su forma tan triste de mirarme, pese a ese enojo que lo colmó.

Suspiro.

- Ok. - Solo digo con poca gana, mirando la habitación. - Creo que leeré algo para pasar el tiempo ¿De acuerdo? - Acepto porque, aunque sus ojos siguen ennegrecidos, está ese dejo de melancolía y que solo Dios sabe la causa.

Y porque pese a ello y sin una gama de color específico.

Son unos ojos hermosos que llegan a lo profundo de mi alma, con su ruego a que me quede.

- Gracias... - Dice encaminándose a la puerta y sin voltear hacia mí.

HERÓNIMO

Quería que me abrace, lo necesitaba.

¿Sin embargo, que hice?

La cagué.

La idea era pasar el rato con ella, hasta que Collins me avisara que Millers ya había llegado para nuestra reunión.

En mi habitación.

¿Se entiende?

Bien.

Estaba putamente feliz, de que accediera venir conmigo al Pen.

Y como un niño emocionado, le mostré mi piso.

Maldita sea.

Ella se veía tan bien, en mi casa.

Llámenlo aura, energía o la mierda que fuera esa luz, que es su persona.

Pero hacía juego, con mi penthouse.

Condenadamente encajaban, como dos piezas de un rompecabezas.

Sabía que la biblioteca, la iba enamorar.

En su expediente de *TINERCA* decía que, entre sus favoritos, la lectura estaba primero.

Pero yo, fallé.

Sip.

Fui el culpable.

Porque me explayé de más y mi inconsciente, me traicionó.

Y aunque hablé de mi pasado cosas secundarias.

Le di el pie, a que preguntara por más.

Sacudo mi cabeza.

¿Qué haces que me puedes, Vangelis?

Bajo las escaleras llevándome el diablo de la bronca y odiándome, por dejarla sola arriba.

Si no fuera el puto bastardo que soy, volvería a ella y le pediría perdón por mi reacción.

Que me abrazara y que me dijera, que todo iba a estar bien.

Solo eso.

Pero los demonios despiertan, con solo nombrar la simple palabra pasado.

Y ella como él, reviven en mi mente.

Siempre.

Me emociono.

Más por él.

Porque su recuerdo, desgarrar mi corazón de la tristeza.

Si hubiera sido otra fémina o mujer, del pasado.

Esa impertinencia, me hubiera sacado.

Con decoro, obvio.

La hubiera mandado a la mierda y ordenado a Collins, que la llevara de vuelta a su casa.

Y hasta que mi humor de perros se pasara, tal vez le hubiera dado otra oportunidad.

Tal vez, dije.

¿Fatalista?

Condénenme.

A mi edad ya hay cosas, que no lo tolero.

Pero Vangelis, es diferente.

Si se iba, no lo permitiría.

La ataría a la cama de ser necesario.

Con mis esposas.

Sonrío.

Basta, Mon.

Aunque es la pura, verdad.

¿A quién, quiero engañar?

Lo haría.

Punto.

Porque, si se marchaba.

Un pedazo de mí, se iba con ella...

Tanteo mi pene sobre mi pantalón, reacomodándolo.

Y joder.

Ahora estoy duro como una roca por imaginarla con mis esposas de cuatro eslabones, atada en mi cama.

Lindo.



CAPITULO 26

Herónimo

Dos minutos más, me repito.

Joder.

Sentado en los pies de mi cama, mientras veo a Vangelis dormida y abrazada a un libro contra su pecho.

La flecha negra, de Robert Louis Stebenson.

La casa Lancaster, contra los York.

Excelente literatura inglesa.

Suspiro suave mirando mis manos entrelazadas, sobre mi regazo.

Perdón, nena...

Yo no debí, perderme así. Soy un imbécil. Si tan solo pudiera hablar de ello y contarte.

Pero saber de mí y mi pasado que es una cruz, lo odiarías.

Me odiarías.

Las reglas, protegen.

La protegen.

Mis ojos vagan por su cuerpo completo y profundamente dormido, sobre el cubrecama.

Ella, es hermosa.

Y me gusta, como queda en mi cama.

¿Y eso?

Re mierda.

Sacudo mi cabeza.

No.

NO.

Aunque he traído féminas y mujeres, a mi Pen y a mi cuarto.

Solo fue, para el momento.

¿Se entiende?

Noche cualquiera.

Copa de vino europeo con cena si da la situación y hacer la digestión, con una buena cogida en la cama.

Créanme.

Es buen ejercicio para después de las comidas y se queman las calorías ingeridas.

Ok.

No me miren, así.

Fue un mal chiste.

Público difícil.

Mis mujeres fueron muchas a lo largo de estos años, pero pocas las que se han quedado a pasar la noche conmigo.

¿Soy del tipo que odia las caricias post sexo, recuerdan?

¿Compartir una tina juntos, con arrumacos?

¿charlas acurrucados, en la cama?

No way.

Por lo general cuando están dormidas o no, porque no me interesaba en realidad saberlo, me levantaba he iba a mi gimnasio que está en planta baja. Para descargar, llámenlo energía sobrante, insomnio o una simple excusa, para desaparecer.

Mi mente, lo pide.

Y mi cuerpo, también.

Necesito mi espacio, aislarme y descargar con la bolsa o salto en soga en el ring; mis tormentos. Y si fue una noche que me sació sexualmente, dormir en el cuarto de huéspedes.

No soy un miserable de ofrecerle, una segunda habitación a ellas.

Sé, lo que están pensando.

Vangelis en mi cama y horas antes, yo en la de ella.

Aquí va mi descargo o respuesta.

NO LO SÉ.

¿Ok?

Soy un cabrón.

Coincidimos en algo.

Pero no, hipócrita.

Si lo fuera, les diría que Vangelis provoca sentimientos en mí.

Y aunque no me tienen ninguna simpatía.

Repito, público difícil.

Les encantaría que les dijera, que ella me enamora y está robando mi corazón, de a poco.

Disculpen.

Denme dos segundos, porque tengo que reír por ello.

Lamento decirles, que no.

Nop.

Eso, no va a suceder.

Y sinceramente si les hace sentir mejor, río con asco por ello.

Soy un infierno de persona en carne y hueso, un maldito jefe y autócrata señor oscuro.

Fama que me gané, por mis activos y la prensa.

El rey del acero, de las T8P.

Y no hay vuelta atrás, con eso.

El puto demonio que deja sus secuelas por donde camino o peor aún, lo contamina.

Yo, no me enamoro.

Creí sentirlo un tiempo atrás y la condené.

Los condené.

Yo no debo y jamás lo volvería hacer con alguien, que por estar a mi lado.

Lo sufra.

Porque yo lastimo y se me da bien eso.

¿Entonces, cuál es la diferencia?

Cuando elijo una fémica y aunque la quiero solo para mí, porque soy la mierda egoísta más grande del mundo. Me aseguro que nada se salga de control, ya que nunca se va a arrastrar conmigo, si cumple las reglas.

Porque si las acata, no hay sentimientos encontrados.

Ellas, las protege.

Pero no voy a negar que con Vangelis es especial, porque ella es natural y simple.

No está contaminada con la mugre de sociedad, seducida por mi dinero o la potencia que soy como el resto. Y eso me atrae y por eso, quise ese abrazo. Ella es mi diáfano bienestar, en todo lo que es mi mal.

Porque, ella es.

Un rayo de luz, a mis tinieblas.

Y esa puede llegar a ser la respuesta, de porque con ella más.

Su cuerpo se mueve en la oscuridad de la habitación y un suspiro dormido sale de sus labios acomodándose más, sobre el suave y mullido acolchado.

- Herónimo... - Me busca y susurra, media dormida.

Carajo con su tono de voz y en la forma que tanto me gusta, cuando dice mi nombre.

- Estoy aquí, nena... - Respondo bajito.

No hay órdenes.

Ni tono seco o gélido.

Solo necesidad imperiosa, de ella.

Acomodo un mechón de su pelo, detrás de su oreja.

- Descansa rayo... mi reunión terminó, pero debo entrenar...

- Ok... - Bosteza robando mi almohada, para abrazarla más contra ella.

Santa mierda.

¿Puede ser, más dulce?

Me incorporo de la cama luchando contra un impulso feroz de tenerla contra mí y poseerla hasta que no haya luz del día.

Mía.

Tienes que entrenar Mon, me repito.

Pero mi cabeza no quiere cooperar.

Ajusto los cordones de mi pantalón de gimnasia y con suavidad retiro el libro entre sus manos para dejarlo, sobre la mesita baja junto a la cama.

Farfulla descontenta algo intangible, que me hace sonreír.

- Herónimo... - Me llama otra vez, mientras camino hacia la puerta.

Me detengo a medio abrirla.

- ¿Si, rayo? - La miro, sobre un hombro.

- ¿De qué color, tienes los ojos? - Susurra con la última bocanada de aire, antes de quedarse dormida otra vez.

Y mis labios se acentúan hacia arriba, pero intento no reír.

- Naranja, amor...

Suelta una risita con un bostezo dormido.
Y yo me paso la mano pesadamente, por mi cara.
Carajo, estoy jodido...

YO

Las suaves sábanas y el cubrecama acolchado que me envuelven, hacen retorcerme de placer aún media dormida.

Un brazo delgado y poco masculino, me rodea sobre ellas.

Abro, mis ojos.

¿Dije delgado y poco masculino?

Me giro con brusquedad, incorporándome rápido.

Y la risa de Mel, llena la habitación de Herónimo.

Envuelve sus brazos contra sí para sostener su vientre de su carcajada, para mirar el techo y luego a mí.

- ¿Te asusté?

Le estrecho los ojos.

- ¿Asustar? ¡Asustar es poco, Mel! - Chillo y me cubro con la frazada, hasta el cuello.

¿Por qué?

No lo sé, si estoy totalmente vestida.

Tal vez por vergüenza, que me vea así en la cama del jefe.

Se levanta, de esta.

- ¡Ay por favor, Van! No hagas eso ¿sí? - Me señala, para luego saltar nuevamente sobre la cama, haciéndonos rebotar una y otra vez alegremente sobre el colchón. - ¡Esto es maravilloso, amiga! - Sonríe más. - ¡Guau! Necesito calmarme... - Pone una mano en su pecho y respira profundo.

Miro a un lado y después a ella, confundida.

- ¿Maravilloso? ¿Por taparme? - Cubro mi rostro con las sábanas avergonzada. - Joder Mel, no lo vayas a decir...

Para de rebotar una y otra vez sobre la cama, para mirarme en silencio.

He inclina su cabeza, sin entender.

- ¿Qué cosa, Van? - Se sonríe otra vez. - ¿Que adoro haberte encontrado en la cama de nuestro sexi, caliente jefe y amigo mío? - Me ladea su cabeza interrogante y siguiéndome con sus ojos cuando me pongo de pie y trato de acomodar lo mejor posible, mi jeans y blusa arrugada.

Me giro, a ella.

- ¿No lo entiendes verdad? - Se encoje de hombros.

Miro el techo.

Señor...

- Solo es sexo ¿sí? Y no empieces... - Levanto mi mano en actitud, de que se detenga. - ...el típico cliché ¿ok? Del jefe que se coge, a una de sus empleadas... - Y mierda, como duele escucharme decir eso en voz alta.

- Herónimo, está abajo... - Señala con su índice, la planta baja. - ...en su gimnasio despotricando sin guantes y solo vendado contra la bolsa, sostenida por Collins...y te aseguro que esa mierda duele sin esos guantes inflados, de lo bonita que eres durmiendo y solo hablando, de ti...

Me encojo yo ahora de hombros, encaminándome al baño seguida de ella.

- Tal vez lo soy dormida y no lo sabía... - Digo.

Ríe con ganas bajando la tapa del inodoro, para poder sentarse encima.

- Eres muy mala no solamente mintiendo, sino también fingiendo. - Apoya su barbilla en su puño, mientras me observa intentando poner orden a mi pelo.

- ¿Piensas quedarte? - Miro en dirección a la puerta del baño.

- Si. Eso hacen las súper amigas... - Se acomoda más. - ...acompañar a la otra y charlar, mientras una se ducha o en este caso se arregla...

- Pues resulta que ahora no quiero hablar contigo, cuando te pones a modo *Análisis.Y.Conjeturas.De.Herónimo.Y.Yo.*

Mastica su chicle, pensativa.

- Eres una necia Van, Herónimo te come con los ojos... - Se echa hacia atrás, sonriendo. - ...y puedo apostar que no solamente a tus manos y tu nariz respingona...te comería y con mucho gusto, hasta tu entrepiern...

- ¡Mel! - Chillo interrumpiéndola, mientras salgo del baño siendo un manojo de nervios.

Y no, por su dicho.

Sino.

Porque me hizo recordar sus labios llenos y marcados, sobre mí.

Besando y lamiéndome, todo.

- No seas mala, déjame divertirme un poco. Jamás lo vi así Vangelis, créeme cuando te lo digo. - Suspira algo romántica. - Contigo es diferente. Confía en mí. - Me mira fijo. - ...confía en él...

Farfullo por lo bajo con cierta tristeza, porque me gustaría poder contarle que solo soy, la siguiente de su lista de féminas.

¿Sabrá Eso?

Y quiero preguntarle, pero no me atrevo.

Por ahora.

Porque Mel debe haber conocido, a todas.

Seguro.

- ¿Después de todo, qué diablo estás haciendo acá? - Pregunto, intentando cambiar la conversación.

- Tu celular me mandaba al buzón directamente... - Se vuelve a tirar en la cama boca arriba, mirando sus uñas pintada de rojo y naranja.

Voltea, a mi dirección.

- Rodrigo me dijo, que estabas con Herónimo.

Me cruzo de brazos y ríe.

- Son como uña y mugre cariño, ellos están en constante comunicación. - Se incorpora algo, sobre sus codos. - Vine, por ti. - Me mira. - No lo olvidaste ¿verdad? ¡Salida de chicas y pelea, de hombres sexis esta noche! - Aplaude divertida.

Asiento recogiendo mi pelo con “mi llego tarde” y buscando por la habitación, el lápiz que traía puesto.

Miro entre las sábanas y sobre la cama.

No está.

Que raro.

Rendida busco otra cosa para sostenerlo, encontrando la pluma de Herónimo sobre el bolsillo de su saco de vestir en un perchero.

Es negro y labrado en plata, con las letras HRNM grabadas.

Hago una mueca con mi boca, evaluando las grandes posibilidades de un holocausto cercano, si me lo llevo.

Y muerdo mi labio, con picardía.

A la mierda.

Yo, me lo pongo.

Bajamos las escaleras riendo y ultimando los detalles para esta noche.

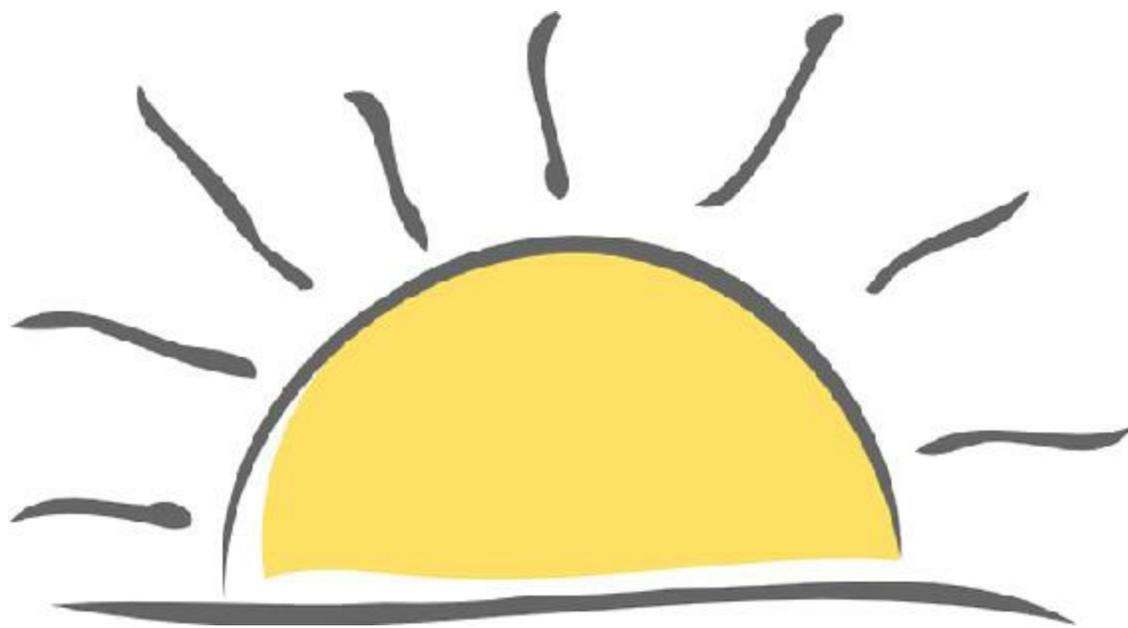
Todo arreglado.

Mi departamento para la previa, con música y pizza.

Pelea de hombres y después, daiquiris y gin tónico en el club donde trabaja Andrew, mientras seguimos la música de Muse con Reapers, que proviene de una puerta anexa a la cocina y que supuestamente conduce donde esta él.

Y.Oh.Mi.Dios.

Con lo que mis ojos ven, al pasar una puerta.



CAPITULO 27

Yo

Un enorme gimnasio nos da la bienvenida, al abrirla.

Con un par de bicicletas de última generación y una cinta caminadora, como aparatos con pesas ubicadas en un rincón. Un ring construido con tarimas de madera barnizada oscura en un azul fuerte y cuerdas triples en rojas, se encuentra en el centro y cerca de eso, una bolsa de boxeo que cuelga desde el techo.

Y de éste.

Un Herónimo que le pega duro y furiosamente con solo sus manos vendadas, pantalones de gimnasia claros y todo el esplendor de su torso dorado musculoso, desnudo y empapado de sudor. Cada fulminante golpe que da, la bolsa se tambalea pese a su pesadez y por más que Collins vestido también con ropa de deporte, la sostiene con fuerza entre sus manos.

El sonido de sus impactos, son secos.

Rudos.

Y tajantes al aire, que se mezclan con la música.

Las alas tatuadas en su espalda brillan pecaminosamente por la transpiración, que corre por sus omóplatos. Deleitando más a la vista, que

cada músculo marcado se contraiga con los movimientos bruscos; incitándote a lamerlas.

Rodrigo con una paletita de fresa en la boca y cerca del gran equipo de música, está sentado y hablando con otro hombre de mediana edad que sigue de pie. Y que no deja de observar a nuestro jefe con cierto recelo y con un vaso de dudoso batido de color verde oscuro en mano. Nuestro amigo al vernos entrar, se sonríe abiertamente provocando que el hombre que está a su lado, voltee a nuestra dirección con seriedad.

Mira a Mel y después sus grandes ojos celestes como el agua, reposan en mi persona largamente y escaneándome de arriba abajo sin poco disimulo.

Pero, aunque su mirada es profunda.

No me resulta incomoda, ya que no es lasciva.

Más bien, sobreprotectora de.

¿Herónimo?

Carajo.

Por inercia pongo ambas manos en los bolsillos traseros de mis jeans, al acercarnos a ellos.

El rubor, me invade.

- ¿Qué tal? Vangelis... - Me presento tímida extendiendo una de mis manos, cuando estoy frente a él.

Es poco más alto que yo y de contextura media.

Lleva puesto unos pantalones en tono marrón claro y una camisa blanca.

Casual.

Pero de notable calidad y buen gusto.

Es casi calvo y de pelo más bien rojizo rigurosamente cortado en los costados, con la piel blanca y los ojos celestes más claros y lindos; que vi en mi vida.

Es muy atractivo con su edad que debe predominar, a mitad de sus cincuenta años.

Creo.

Unas pequeñas arrugas se dibujan en el costado de sus ojos, al ver mi mano extendida hacia él y en el aire.

Se sonríe.

¿Complacido?

- Ya era hora... - Dice suave.

¿Eh?

- ...es un placer conocerla, señorita Vangelis. - Me mira.

Todo él.

Sonrisa y voz que irradia un aire como tono centroamericano.

Estrecha mi mano con delicadeza.

- Soy Marcello... - Mira hacia Herónimo que todavía no se dio cuenta de nuestra presencia y luego, vuelve a mí. - ...trabajo para el señor Mon, en su Penthouse.

Le sonrío agradecida.

¿Por qué?

No lo sé.

¿Tal vez por cuidar, de mi señor oscuro?

Una canción de Justin Timberlake, comienza.

Y con ella, Herónimo levanta una mano en alto.

- Suficiente. - Le dice a Collins que suelta la bolsa, mientras le entrega una toalla que la cuelga sobre sus hombros y seca con ella su cara y pelo mojados por la transpiración, mientras se da vuelta hacia nosotros.

Encontrándose sus ojos y los míos.

Y créanme.

Ya con eso, no existe nada y nadie más para mí.

Tranquilo corazón mío, lo consuelo.

Su mirada es como un manto líquido de negrura, en un mar en calma.

No separa sus ojos de mi mientras camina hacia nosotros, ahora secando el sudor de su pecho y cuello.

Y mierda.

Con sus condenados pasos suyos, tan sensuales.

Pausados.

Y mecánicos al compás, de sus hombros.

Que con esa canción de fondo y los pantalones viejos de gimnasia cayendo por los lados de su cadera, regalando toda la gloria de su V marcada en su ingle y abdomen tonificado.

Juraría que derretirían las bragas, de todas mujeres del planeta.

Me escanea de arriba abajo, igual que su fiel empleado Marcello.

Pero él, no me regala una bonita sonrisa como éste.

Más bien, un bonito ceño fruncido y mirada de pocos amigos.

Hombre raro, como hermoso.

HERÓNIMO

Estaba concentrado, en cada golpe que daba a la bolsa.

Mis puños ardían por ello y por cada impacto duro, que le daba.

Bien.

El tema me señala el final, del entrenamiento.

Dos horas en punto.

Muero de hambre, pero no de cansancio.

Mi adrenalina y de llenar de puñetazos mi rival esta noche, me revitaliza.

Y mi vitalidad, tiene un nombre.

Gaspar Mendoza.

Mi abogado me traía noticias de él nuevamente, cuando nos juntamos en mi oficina, como en la cena en el restaurant.

Su pedido de libertad condicional por buen comportamiento y bajo una fianza, fue apelada y aceptada después de casi un poco más de 16 años de prisión. A regañadientes dejé a Vangelis dormida en mi cama hoy, pero tenía que entrenar y sacar un poco de mis demonios.

Solo un poco.

Esta noche en el cuadrilátero, terminaría de arrojarlos.

Y me conformé con mirarla sentado desde la cama, mientras me llenaba de ella.

Y siendo sincero.

Aún lo hice luego, cuando me quedé apoyado en la puerta por unos largos minutos más después. Y hubieran sido otros diez, de no escuchar a Rodrigo entrar al Pen a las carcajadas con Mel y sentirlos, que subían las escaleras.

Le pude prohibir a él, entrar.

De ninguna jodida manera, vería a mi rayo de sol durmiendo por más vestida que estuviera. Ningún puñetero hombre vería a mi chica, jamás durmiendo. Y aunque me interpuse sobre la puerta cerrada para que no ingresaran y en vano haciendo señas de que hablaran en voz baja y callaran, para no despertarla. Ellos actuaban como unos adolescentes y festejando la mierda de tener a Vangelis conmigo.

¿Cuál era su puto entusiasmo por ello, no entiendo?

Impedí que Rodo lo hiciera, pero no a la locuaz Mel que se escurrió por debajo de mis brazos.

Quise, pero créanme.

Ella puede ser una cosita muy violenta, cuando lo desea.

Y por eso resignado, bajé de mala gana las escaleras con mi mejor amigo y su sonrisa estúpida, mirando por sobre mi hombro la puerta cerrada y con Mel dentro.

Y ahora.

Viéndola en mi gimnasio con Mel a su lado, riendo al lado de Rodrigo y Marcello.

Y por eso voy a ellos, con mi ceño fruncido.

Porque tengo el leve presentimiento, que se marcha.

¿Por qué?

¿Y a dónde?

Y eso, me enoja.

- Señor Mon, su batido de nutrientes de vegetales... - Se interpone Marcello, a mi objetivo.

O sea.

A rayo de sol.

El viejo me conoce bien, cuando estoy a punto de tener una pataleta por algo.

Y por eso también, me asombro.

Caramba.

¿La defiende, a Van?

¿Podrá ser que una vez, le agrade una mujer que traigo?

Que me jodan.

Eso es interesante.

Tomo el vaso con licuado de vegetales que me ofrece y en tres tragos lo liquido, con mis ojos clavados en Vangelis y se lo devuelvo vacío.

Me paro, frente a ella.

Y carajo.

Porque huele a mí, por dormir en mi cama y le queda putamente bien mi aroma.

Cálmate Mon o tendrás una erección, frente a tus amigos.

- ¿Te vas? - Pregunto, pasándome por última vez la toalla en mi cara.

Tal vez con la fricción, se me va las ganas locas de envolverla entre mis brazos y poder sentir mi perfume en ese raro peinado suyo, que siempre se hace y tanto me gusta.

Con sus lindas manos en los bolsillos traseros de su pantalón, mira con ingenuidad a Mel y luego a mí.

Bonita.

- Sip. Hoy, es salidas de chicas... - Libera una mano, para señalarse ambas.

Y mi ceño, se profundiza más.

¿Pero qué, mierda?

Miro a Mel y nuevamente a ella.

- ¿Salida de chicas? - Gruño llevando mi mano a la boca y aprieto mi labio superior con fuerza, para evitar que palabrotas mentales salgan de ella.

- Sip. - Me responde.

¿Perdón?

Ella es mi fémina.

¿Acaso no le llegó el memo, de ello?

¿Cumple mis órdenes y reglas, se entiende?

Bien.

Aunque desde ayer a la noche me la cogí tres veces y pensé que, con ello ya la sacaría de mi sistema.

Hasta un próximo encuentro.

No.

Malas noticias.

Carajo.

Al contrario.

No la he eliminado, con los orgasmos.

Y lo peor de todo es que la quiero a mi lado todo el tiempo, a diferencia de mis otras mujeres.

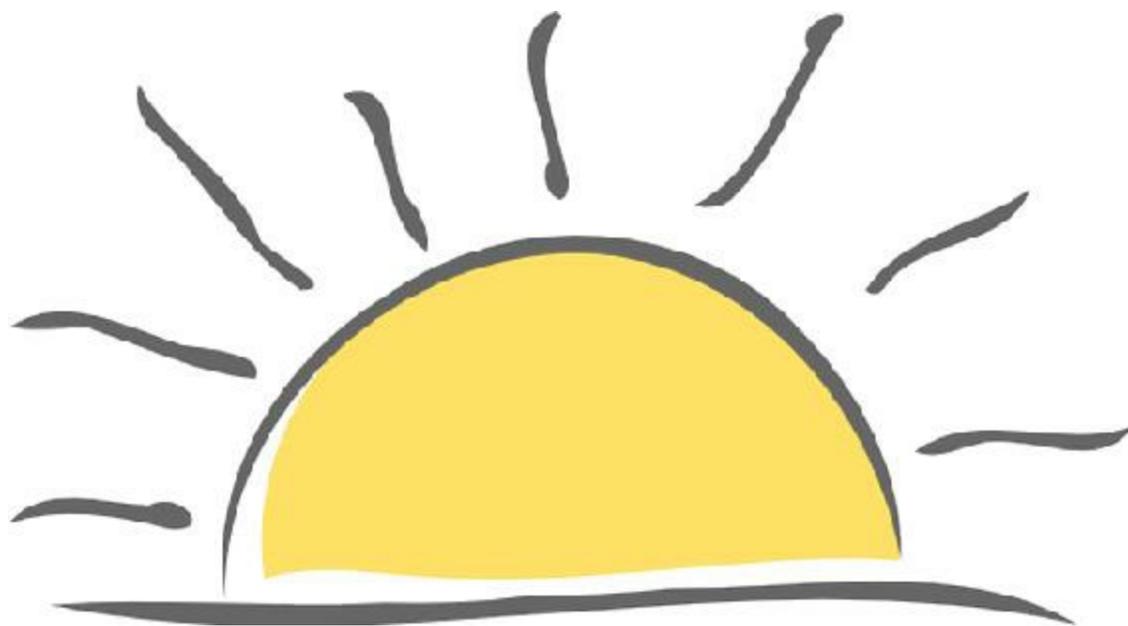
Y por eso, solo deseé que pasaran las dos putas horas de entrenamiento, para estar con ella.

Ríanse.

Lo merezco.

Si seré, marica.

¿Resulta que me convertí, en su puto perro faldero ahora?



CAPITULO 28

Yo

Me encantaría reírme ante la postura con la que Herónimo, me está mirando en este momento.

Sus manos cuelgan en ambos lados de la toalla que ahora rodea su cuello, mirándome inquisidoramente y con uno de sus pies, descansando con todo su peso en él.

Pero nop.

Mejor no lo hago.

Creo que sería, mala idea.

Me trago mi risa porque irme, lo tomó de sorpresa y me parece que el jefe, odia las malditas sorpresa.

Más cuando lo involucra, mantener el control en algo.

Y ese algo, soy yo.

Gira solamente su cuello.

- ¡Marcello! - Ordena seco, con una mueca en los labios.

- Señor. - Este, se acerca.

- Café. Que sea grande y negro... - Dice aceptando los lentes que le alcanza Collins, mientras se los acomoda mirándome.

Lo miro curiosa.

¿Café?

¿Y a esta hora?

- Bien, señor Mon ¿Algo más?

Herónimo niega y Marcello, se aleja.

- ¿Vas a tu departamento? - Me dice agriamente.

Señor...

Miro a Mel.

- ¿Trajiste para cambiarte de ropa? - Le pregunto.

- Mi bolso está en la sala... - Me responde mordiendo su labio, para ocultar su risa.

Y la miro raro.

¿Qué le parecerá tan gracioso, un Herónimo de mal genio?

- Si... - Le respondo, volviendo a él.

Y sin más se gira sobre sus talones, para dirigirse a la salida del gimnasio.

Sin mirar atrás.

- Bien. Me ducho y yo, las llevaré... - Al fin gruñe, sin voltear.

¿Eh?

Miro a Rodo y a Mel, para que hagan algo por esto.

Y estos, se miran al mismo tiempo.

¿su respuesta?

Sonrisas.

Carajo...

- No hace falta ¿Traje mi coche, recuerdas? - Digo.

Sin dejar de caminar y no mirarme, dice.

- ¿Ese tronco móvil?

Bastardo.

Y una risita, lo supera a Rodrigo.

Lo sigo cruzada de brazos y tras mío, Rodo y Mel.

Ya la mierda, con el protocolo de una fémina.

- No, tú te quedas... - Digo buscando mi cartera, de la barra de la cocina.

Que se joda.

Se detiene en los pies, de las escaleras.

Y se gira hacia mí.

Mierda. Mierda y mierda.

- ¿Perdón? - Murmura, masticando la palabra.

No se ilusionen.

No me pide disculpas.

Es su sarcasmo exasperante.

Me encojo de hombros, indiferente a su cara hermosa y furiosa.

- Mi coche está perfecto, Herónimo ¿Te traje no? - Me arquea su ceja.

Hago una seña de insuficiencia en el aire, hacia él.

- ¿Y tú, ya deberías supongo, prepararte para la pelea de esta noche? -
Miro a Collins y Rodo buscando su aprobación.

Y ellos, asienten.

- Señor Mon - Interrumpe Collins, aclarando su garganta y mirando su reloj. - Van a ser las 19h. Usted debería estar alistándose, para ir al Círculo. -
Tose.

¿Círculo?

¿Qué es eso?

Memo.

Preguntar a Mel, más tarde.

- No. Yo, las llevo... - Dice entre dientes, sin hacer caso a Collins y caminando hacia mí.

- No va a pasar Herónimo, te veré en la lucha... - Y la última palabra, se pierde con mi voz.

Mierda, porque no quería ir.

¿Para ver, como lo golpean?

No, gracias.

- Amigo, ella tiene razón. Debes estar en el Círculo temprano y lo sabes... -
Rodrigo interfiere.

Y lo toma de un brazo, para que focalice en él.

- ...lo necesitas Hero, recuérdalo...

¿Él lo necesita?

¿Jodidamente, que me estoy perdiendo?

Pellizca el puente de su nariz, cerrando esos ojos raritos que tiene.

- Joder con ustedes. Denme dos minutos, con Vangelis... - Gruñe, endureciendo su voz.

Y como una orden que es, Marcello se pierde en el segundo piso.

Collins, en la oficina.

Y Rodrigo le dice algo en el oído a Mel mientras como si nada, se dirige a la cocina para abrir el gran refrigerador y sacar el pan lacteado, jamón y aderezo para prepararse algo.

- Te espero en tu coche, nena. - Me dice Mel tomando su bolso del sillón y

saliendo por la puerta de entrada, donde Grands la espera.

Cuando la puerta se cierra tras mi amiga, Herónimo pasa nerviosamente sus manos por su cara.

Tomando una profunda respiración, para luego mirarme.

- ¿Dijiste, que vendrás a la pelea? - Pregunta.

Aparto los ojos de él revisando los diseños super importantes, de su fino piso de porcelanato italiano que compone la sala. Eso antes que mirarlo con mi baba cayendo, de lo caliente que se ve después de entrenar y con solo esos viejos pantalones de deporte colgando.

Como también, a responder a su pregunta.

Porque todavía, dudo por ello.

No quiero sufrir, si lo lastiman.

¿Por qué, quiere que valla?

- Van... - Su tono me llama y levanta mi barbilla, para que lo mire.

Jesús.

¿Por qué, lo hiciste tan hermoso?

Su glacial mirada, es hielo negro.

Duro y poseso, como su mano que sostiene, pero con suavidad mi rostro.

Es tan sexi, que te da miedito.

Como una escena de la película, Atracción Fatal.

Pero sin lo espeluznante y ese pobre conejito, en la olla hirviendo.

- No lo sé, Herónimo... - Titubeo. - ...no me gustan las peleas y odiaría ver, que te lastimen... - Murmuro.

Me mira largamente y luego suspira.

Dios.

Qué bonito, su suspiro.

- Te prometo, que no lo harán... - Acaricia mi labio inferior con su pulgar, con cariño.

Dudo.

- ¿Cómo, lo sabes?

Se sonrío feliz.

- Porque no permitiría nunca, que sufras rayo... - Me susurra bajito.

Cruzo mis brazos.

Re mierda con su tono de voz dulce y en la forma que me mira.

Porque, me puede.

- ¿Esto hacen las féminas? ¿Decir, si y obedecer? - Pregunto curiosa.

- Usualmente... - Sus labios se elevan más, hacia arriba. - Pero dudo que

contigo nena, lo lleve a cabo el 100% de las veces...

Miro hacia un lado intentando inútilmente, no sonreír.

- Ok... - Digo a regañadientes convencida.

- ¿Vendrás?

Resoplo porque ni yo me la creo, que terminé aceptando.

- Sip. - Lo miro. - ¿Me dejaras elegir, alguna vez?

- A veces lo haré... - Se encoje de hombros y me dice, con su sonrisa de lado soberbia. - ...según la biblia, tengo que dar para recibir y toda esa mierda ¿no?

Suelto una risita, mientras besa mi frente antes de llamar a Collins.

- Señor... - Aparece de la nada, al escuchar su nombre.

Sorprendente.

- Que Grands acompañe y siga en su auto a Vangelis, desde su... - Farfulla por lo bajo. - ...coche... - Arruga su ceño. - ...no confío en esa cosa...

Le ruedo mis ojos y él me regala esa devastadora sonrisa lejos ya, de todo enojo.

Y para mi placer.

Ese condenado canino ligeramente inclinado y más gastado que su gemelo.

Cabrón sexi.

Reanuda su caminata hacia las escaleras, pero se detiene en la base de las mismas, para mirarme con un dedo apuntándome.

- Eso...o te llevo Coppola... - Fulmina.

Cruzo mi cuerpo mi cartera de mala gana a punto de decir algo, pero Rodrigo con un ademán silencioso me dice que no lo haga.

Y Respiro hondo.

- Ok... - Solo largo, aceptando.

Y no sé, por qué.

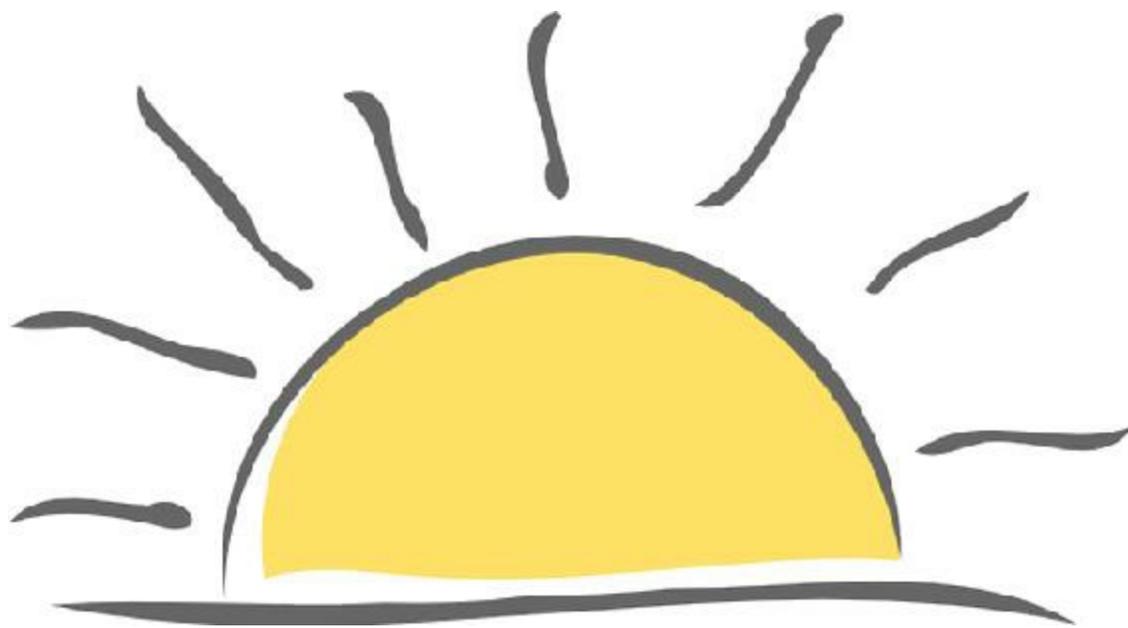
Siento que Rodrigo, como Collins.

Relajan los hombros, por no hacerle la contra.

¿Acaso evité, la tercera guerra mundial?

Muerdo mi labio para no reír.

- Bien. - Finaliza al notar que acepto con ese tono tan suyo de manda más, reanudando las escaleras.



CAPITULO 29

Yo

Estiro lo más que puedo con la mano libre del volante, la minifalda de jeans que llevo puesta sentada en el asiento del conductor de mi auto, a la espera del semáforo en verde.

Mientras me pregunto, por décima octava vez.

Si fue buena idea ser convencida por Mel, a que revise mi ropero y eligiera por mi esta falda tan angosta y una blusa por demás, escotada adelante en color negra.

Después de un delivery de pizzas, como cena.

Sobredosis de Bon Jovi escuchando.

Y con un par de botellas de cervezas tras tomarlas a modo micrófono, cantando y bailando como adolescentes neuróticas. Estábamos listas y en ritmo en mi departamento para maquillarnos, vestirnos y dirigirnos con mi chachita, a la lucha libre de Herónimo.

- ¡Cálmate, quieres? - Su voz en el asiento del acompañante, me hace mirar a ella. - Dobla a la derecha en la próxima... - Me indica.

- ¡Qué! - Farfullo siendo caso y poniendo el giro para doblar.

- ¡Tu, chica! - Exclama. - Estás hermosa, deja esa falda en paz. A Herónimo

le dará su famosa angina de pecho cuando te vea, desde el ring así. - Ríe a carcajadas, echando su cuerpo hacia atrás. - Compadezco como se llame “Kids, no sé qué...” - Me mira. - ...su oponente esta noche, porque va ser una pelea ganada...

Ruedo mis ojos mientras nos internamos en una zona semi urbana que no conocía y que da, a una salida a la autopista.

Mel me dice que ingrese a ella, por la zona oeste.

Y me detengo en un cruce de un ferrocarril, a la espera de mi turno.

- ¿Perdió, alguna vez? - Pregunto, mientras observo como termina de bajar la barrera mecánica anunciando la llegada del tren.

- Solo una vez. Era muy joven y Rodo me contó, ya que no lo conocía en esa época. Fue cuando ellos se hicieron amigos en la universidad y Rodrigo empezó a acompañarlo en esto...Herónimo hacía unos años que ya lo hacía con otro amigo, en lugares clandestinos... - Reacomoda su bonita camisa roja que lleva puesta, bajo el cinturón de seguridad. - ...él es muy bueno en ello Van...debes verlo en acción...

Resoplo, poco convencida volviendo mí vista al frente por el sonido de las campanadas que da el tren, que pasa por frente nuestro.

- No lo sé, Mel...detesto los deportes violentos. Y si eso lo acompaña la sangre, mucho peor...

Aunque debo admitir.

Que saber la vida misteriosa del señor oscuro, me atrae como un abismo por más que sigo dudando de mi presencia.

Las luces de los faros de los autos detrás de mí, encandilan mi visión desde el espejo retrovisor.

Lo muevo un poco, mientras prosigo.

- ¿Qué es, el Círculo? ¿Y por qué, lo hace? ¿Su vida no es bastante complicada ya? - La miro curiosa.

Se retoca su labial rojo y sale un intangible si, con un encogimiento de hombros.

- Si, lo es...pero la lucha para él es importante... - Suspira. - ...el deporte del boxeo tipo kingboxing, es una disciplina de auto defensa y control. Y lo practica de adolescente. Gracias a ello, Herónimo y Rodo, se conocieron ¿Lo sabías?

Niego circulando nuevamente mi auto, ante la barrera levantada dándonos paso.

- Herónimo salvó a Rodrigo de una paliza de los mil demonios, que le iban

a dar una patota de rufianes...

- ¿Herónimo solo? - Pregunto, con sorpresa.

Mel me muestra cuatro de los dedos, de una mano.

- Eran cuatro contra él. Y le dio a cada uno, la zurradas de sus vidas. - Me cuenta enérgica con ademanes de sus brazos golpeando, como si hubiera sido testigo y provocando que sonría. - Según Rodo, dos terminaron internados con quebraduras de brazo y tabique... - Finaliza.

Santa.Mierda.

¿No séra, mucho?

- Guau... - Solo sale de mí, seguido a un escalofrío ya sin risa.

Mel me señala que doble en la próxima entrada y como si nada, continúa.

- Nahh...fueron un par de días de hospital. Eran una banda problemática en la universidad, abusando de su poder entre los estudiantes. Merecían esa buena paliza y se ganaron el respeto de Herónimo, después de ello. Y si no fuera por eso, Rodrigo ni Herónimo se hubieran hecho amigos Van... - Vuelve suspirar. - ...ellos estaban muy solos Vangelis, sobre todo nuestro sexi jefe. Rodrigo era popular, pero carecía de una amistad verdadera a meses llegado de Argentina con su madre, hermano menor y hermanita, para radicarse aquí. Y Herónimo era un nerds o ratón de biblioteca, introvertido y de un carácter gélido en la universidad. Ambos congeniaron, llámalo intervención divina, forjando una amistad entrañable y de lazo muy fuerte...prácticamente, crecieron juntos... - Abre un paquete de chicles y me ofrece uno.

Niego.

Se mete uno en la boca, mientras me quedo pensativa.

Si eso era verdad, ellos son inseparables.

Se nota a la legua ese amor que se profetizan ambos, de amistad incondicional.

Se lo podría comparar hasta más, que la de hermanos.

Ellos se llevan bien y se quieren.

Y la forma de demostrarlo por ambas partes, era tomándose el pelo e insultándose el uno con el otro con bromas.

Herónimo Mon es conocido por su poder multinacional empresarial.

El mega y cuestionado hombre, dueño absoluto del acero.

El que en revistas y periódicos como la *Commers*, lo catalogan como el hombre más influyente, en los últimos tiempos.

El ególatra jefe de los jefes, asediados por los paparazzis y la prensa.

Mujeriego y dueño, de las multinacional T8P.

Y verlo interactuar con otras personas, como un simple mortal.

Una persona normal.

Ese aspecto de Herónimo.

Me encantó.

Y pese a que él irradia autoridad y esa seguridad en sí mismo, que jamás había visto en otra persona por cada maldito y sexi poro, que lo compone.

Él que parece un hermano mayor, casi paternal diría yo y protector.

Es el carismático y alegre, Rodrigo.

Como el que quiere evitar o proteger a su amigo, de sufrimientos.

Raro.

<< *Él, es especial...* >>

Me dijo una vez, Mel.

- ¿Qué es, el Círculo? - Pregunto recordando.

- El Círculo se llama al club de lucha donde pelea Herónimo. Los socios, luchadores y público que van y lo componen... - Me explica. - ...que, a su vez son los Chacales, los Dingos y los Latrans.

Ok.

No entendí nada.

- ¿Socios? - Pregunto, sin dejar de conducir.

- Se le dice así, porque es un círculo muy cerrado. - Me explica. - Muy pocos pueden ingresar. Tienes que ser socio Van ¿entiendes? - Prosigue. - Antes, cuando Herónimo ingresaba a las luchas clandestinas en su juventud, eran del tipo universitarias. Citadas en horarios y lugares que avisaban a través de mensajes móviles a una hora previa de anticipación, por las posibles infiltraciones de la policía. En una de esas, había un hombre como parte del público y al verlo a Herónimo, le ofreció hacerlo a lo grande... - Me mira fijamente. - ...en un club privado. Donde las apuestas en una noche, superan el millón carriño... - Joder. - ...la gente que lo compone, los Chacales. Son del target de él, gente poderosa y adinerada. Estas luchas se producen por lo general, una vez al mes... - Sus ojos están en mí. - ...y créeme...cuando Herónimo asiste a una, las localidades se agotan y las apuestas colapsan...

- Pero Herónimo, no necesita de todo ese dinero...

Dulce Jesús.

Si las T8P deben generar por hora, más de seis ceros.

- No. No lo necesita. Esto para él es un vuelto, tienes razón. - Aclara. - Él lo hace porque lo necesita, Van...

Frenamos frente a un gran predio, que corta nuestra interesante charla.

En algún momento la construcción que tengo en frente, iluminada solamente por la gran luna llena y pocas farolas, debe haber sido antes una enorme fábrica industrial. Aunque para nada este edificio de unos siete pisos que ocupa una manzana, está deteriorada. La soledad y lo inhóspito, lo rodea. Cruzamos a una velocidad lenta lo que sería un gran estacionamiento al aire libre llegando a una gran entrada, que en el pasado debe haber sido la salida de camiones en el lateral.

Un hombre corpulento, con casi el doble del tamaño de Collins.

Afroamericano.

Calvo y con traje de vestir negro, nos detiene.

Mira mi coche despectivamente haciendo una mueca negativa con sus gruesos labios y bajando un poco los lentes de sol que lleva puesto, para verme mejor.

Sip.

Lo que leyeron.

Lentes de sol, en plena noche.

Intimidante.

Y carajo.

Sostengo mis rodillas con mi mano libre que tiemblan ante su presencia, cuando se inclina por mi ventanilla.

Y bajo su vidrio, con mi mejor sonrisa falsa.

¿Pero qué mierda estás haciendo aquí, Vangelis?

Me pregunto, mentalmente.

- ¿Estás perdida, princesa? - Su gruesa voz retumba en el silencio de la noche e interior de mi coche, terroríficamente. - Será mejor que pegues la vuelta por donde viniste, en tu auto de juguete de Barbie Malibú, lindura... - Finaliza.

¿Pero qué mierda les pasa a los hombres, con mi Mini Cooper modelo 75?

Un Jeep último modelo en color negro se detiene detrás nuestro, mientras Mel se tira sobre mí, para que el fortachón de traje negro la vea.

- ¡Hey, Pulgarcito! - Le dice y la miro, totalmente encima mío.

¿Jodéme, le dicen así?

Ríe.

- Yo no le hablaría así, a la mujer de HRNM... - Solo es su respuesta y yo, le blanqueo mis ojos mientras a manotazos desesperada, la saco de mí con su risa de por medio.

- ¡Que no lo soy! - Le grito, empujándola contra su asiento.

El gigante Pulgarcito aún inclinado sobre mi ventanilla al escuchar eso, solo me inspecciona de arriba abajo unos segundos.

Y nota algo que no sé qué, es.

- Si. Si lo eres, princesa... - Su voz gruesa dice al fin y se acopla, a la puerta del coche detrás nuestro abriendo como cerrándose.

Miro por el espejo retrovisor.

Alguien baja, del Jeep negro.

Y mierda.

Porque ahora reconozco ese coche.

- Excelente... - Solo digo al ver acercarse al hombre del Jeep, hacia nosotros.

Grands saluda al gigante de mi ventanilla con el típico saludo de los hombres, chocando los hombros y golpes de puño.

- Pulgarcito. - Solo dice, mirándome.

- Poli... - Saluda éste mostrando con su sonrisa, su blanca dentadura y un diente de oro entre ellos.

¿Dijo poli?

¿A caso Grand, es policía?

- ¿La princesa del acero? - Pregunta el moreno Pulgarcito, cabeceando en mi dirección.

- Primera dama, amigo... - Le corrige, el otro.

¿Eh?

Y joder.

Dejo caer mi frente, contra el volante resignada.

¿Pero de que corno, están hablando estos hombres?

Porque se dirigen a mí, como si yo no estuviera frente suyo.

Grands se inclina, con las manos en los bolsillos de su pantalón de vestir.

- Señorita Coppola, ingrese y estacione al final. La señorita Mel sabe dónde están ubicados los estacionamientos vip, del señor Mon... - Me señala la rampa que desciende, frente mío.

Pongo primera obedeciendo, pero le estrecho los ojos.

Sip.

Últimamente se me da lo valiente y kamikaze, entre hombres de miedo y de dudoso perfil laboral.

- ¿Tú me escoltaste hoy en la tarde, hasta mi departamento no?

Se endereza.

- Si, señora. - Responde.

- Y nos estuviste... - Hago un ademán al aire con dedo. - ¿Vigilando hasta que salimos, para aquí?

Tose con un puño en la boca, irguiéndose más.

- Si, madame...

- ¿Y siguiéndonos ahora, también?

Afirma, con su cabeza.

Miro a Mel sin poder creer lo imposible que estoy empezando a descubrir que es, Herónimo Mon con lo poseso y su puto control.

- ¿No es genial? - Festeja, abriendo los brazos divertida.

Ella lo supo, todo el tiempo.

Me reacomodo en mi asiento de mala gana, mascullando por lo bajo cosas desagradables del señor Mon, familia y antepasados, haciendo que Pulgarcito ría a carcajadas sosteniendo su prominente abdomen por ello.

- Genial... - Digo, con mi peor voz de mierda. - ...tengo 23 años y resulta que tengo niño y no me enteré...

Pulgarcito ríe más por ello, mientras me abre la barrera amarilla con sus propias manos para que ingresemos.

Y notando que Grands se pone colorado por mi dicho, frotando su nuca.

Y mierda, porque me roba una sonrisa.

- Me gustas, chica... - Me dice el fortachón al pasar por su lado con mi coche y señalando con su índice hacia mí una y otra vez en el aire, provocando que sus pulseras y cadenas de oro suenen entre sí.

Y no me aguanto.

También, le sonrío.

Porque me cae bien, el hombre gigante.

Me estaciono marcha atrás una vez dentro donde me indica Mel siendo el único vacío, entre un Jaguar deportivo rojo que me indica Mel que es el de Rodo y la Bugatti Veyron de Herónimo.

Ruedo mis ojos.

Los hombres y sus juguetes...

Y estos.

No se andan con chiquitas.

El estacionamiento, está casi completo.

Todo por coches ostentosos y poderosos.

Miro mi chachita entre el deportivo de Rodo y el de Herónimo, con un grupo de Ferrari que están en la fila de en frente.

Jesús.

Juraría que la miran como animales salvajes y tuvieran vida propia.

Provocando que piense, que apenas ingrese al ascensor, atacarán y destrozarán, a mi pobre coche.

Suelto una risa por mi pensamiento absurdo tomándome de un brazo de Mel, mientras nos encaminamos al ascensor y nos introducimos en su interior.

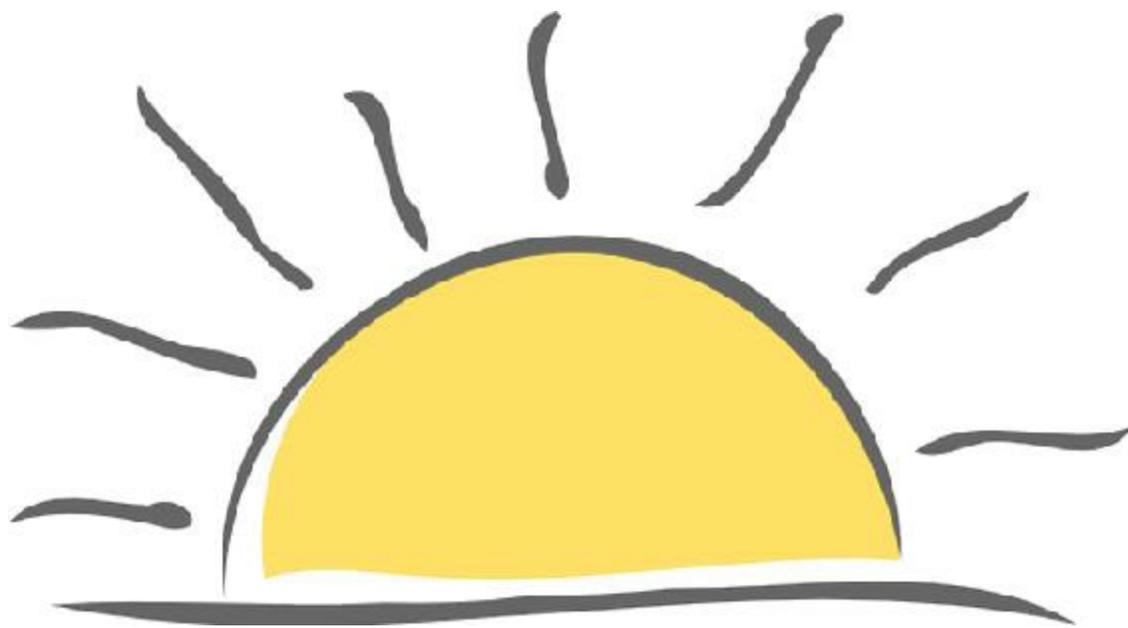
Y SANTA.MIERDA.

¿Por qué?

Por lo que mis ojos ven.

Cuando sus puertas se abren, en el cuarto piso.

El piso, de la lucha libre...



CAPITULO 30

Yo

Cuando se abre el ascensor en el cuarto piso, aprieto el brazo de Mel ante mi sorpresa.

Música a todo volumen, invade el lugar.

Es un gran recinto y está colmado de gente en la que apenas, podemos movernos entre ellos. Mujeres con atuendos provocativos y tragos o copas de champagne nos miran al pasar, bailando desde su lugar entre ellas seductoramente o abrazadas a hombres de diferente tipo de edades.

Muchos, de estos.

De trajes y otros casual, pero derrochando elegancia y diseñador.

La música retumba, a juego con las luces que como láser. Que van y vienen en colores verde y rojo, cortando el humo que ambienta con cierta sensualidad el lugar. Casi al final de este, un gran ring corona el lugar con sus tonos blanco, negro y plata. Y mi sangre deja de circular, viniendo a mi mente a Herónimo que, en breve sobre éste luchará contra otro hombre.

Palcos en dos niveles de altura, lo rodean.

La mano de Mel aprieta mi brazo para que la mire y deje de observar con miedo, ese cuadrilátero de pelea.

- ¡Todo estará bien, Van! ¡Confía en mí! - Me grita acercándose a mi oído para que pueda escucharla, por sobre la música fuerte y el bullicio de la gente. Y me sonrío indicándome con una seña de cabeza, que la siga en dirección a la barra.

Sip.

Necesito un trago.

Nos acomodamos en un rincón de la esquina, mientras Mel le pide al barman dos cervezas trayéndolas casi al momento.

Rica y fría cuando la bebo, haciendo que mi sangre vuelva a circular.

- ¿Qué quisiste decir con eso de que Herónimo, necesita esto? - Le pregunto, señalando con la botella el lugar.

Mel da otro sorbo antes de contestar, apoyando sus brazos en la barra y todo el peso de su cuerpo.

- Van, él es una máquina de energía...

Sip.

Sonrío sucia.

Pude contactarlo.

- Una máquina que necesita descargar ese exceso, porque es de naturaleza inconsecuente ¿Entiendes?

Niego.

La verdad, que no.

Ríe.

- ...la esencia de Herónimo, es muy voluble donde predomina su singular carácter agreste. Vive con esos tormentos del pasado cariño, sus demonios y créeme...son muchos. La única forma de liberarse un poco de ellos y mitigar ese dolor que lleva en su piel, es canalizarlo por este medio...

Y mi sangre, se congela.

¿Señor bendito, él es agresivo?

- No nena... - Mel me dice, como leyendo mis pensamientos. - ...Herónimo es incapaz, de levantar la mano a una mujer. Antes, se las corta. Pero pese a todo ese dominante ímpetu que irradia, propio de su carácter poseso del hombre que es, él es un chico carente de emociones por falta de afecto que no recibió y necesitó, cuando era el momento...

Y no me aguanto.

- ¿Su matrimonio?

Me dice que sí con la cabeza, dando otro sorbo a su cerveza.

Mierda.

¿Por qué?

¿Por eso ya no confía en las mujeres y nos sentencia a todas, con esas estúpidas reglas y con la etiqueta de féminas?

- ¡Están aquí! - Rodrigo en compañía de Grands, aparece abriéndose entre el gentío y hacia nosotras con sus brazos.

- ¡Un Jack's! - Grita al barman de la barra con una mano en el aire, mientras le hace señas a Grands que se vuelva y éste, asiente.

Mira a Mel con su camisa roja entallada y shorts cortos negros ajustados, con extra botas de tacón alto negras y se sonríe complacido.

Luego, a mí.

Escaneando mi minifalda de jeans gastada con botas altas, pero no de tanta altura como el de mi amiga.

Sus ojos suben, a mi escote.

Mi gran escote.

- Joder Vangelis, estás hermosa mujer... - Gime. - ...a Herónimo le dará un infarto, cuando vea que viniste así vestida aquí y con tantos buitres... - Le da un trago a su whisky con necesidad y mira a Mel. - ...lo hiciste a propósito, Bob... - Le reprocha.

Me doy vuelta curiosa a ella, sin poder disimular mi risa.

Mel rueda sus ojos y me señala sus grandes, esponjosos y tupidos rulos oscuros de su cabellera.

- Por Bob Esponja... - Me responde otra vez, volviendo a su mejor amigo. - ¿Se más original, quieres? Y no lo hice tan...apropósito... - Se sonríe pícara. - ...hay que despertar a nuestro amigo ¿captas? Además, Van tiene unas piernas de muerte, sería pecado no mostrarlas Rodo...

- Carajo contigo Mel, muerte va ser nuestra sentencia, cuando Hero la vea así desde el ring. Mandará a vaciar el lugar o correrá sangre... - Esto último lo dice, tratando de no reír.

- ¿Qué? - Chillo, al escucharlo.

- Tranquila amiguita. - Ríe más, Rodo. - Es figurativo y la frase favorita de tu novio, cuando los celos posesos lo invaden.

- ¡Que no es, mi novio! - Grito de mala gana, haciendo seña al barman por otra ronda.

Necesito más.

- Pues mándale un memo al jefe, avisando nena... - Se encoje de hombros, burlón.

Otra canción suena, cuando el chico de la barra llega con dos botellas más

de cervezas.

Con Mel las chocamos a modo brindis, antes de beberlas.

- ¿Viste a Herónimo? - Le pregunta Mel, bailando sobre el lugar.

- Hasta recién. - Responde Rodo. - El Polaco le está dando los últimos consejos, mientras Gladys le hace los masajes descontracturantes.

Mi mirada, va directo a él.

¿Gladys?

¿Quién demonios, es Gladys?

Y mi vientre se retuerce por escuchar el nombre de una mujer, en la oración de Rodrigo por los celos y en solo pensar las manos de esa otra que no soy yo, tocando el cuerpo de Herónimo.

Soy tan idiota.

Me desinflo.

No sentimientos, Vangelis.

Tarde, me responde mi corazón.

Y la cerveza por eso, me sabe más amarga ahora.

Rodrigo mira la hora, de su reloj.

- Será mejor ir tomando asiento, ya va a empezar chicas... - Nos dice llevándonos a ambas con sus brazos, en dirección a los palcos. Los nuestros, están ubicados en la segunda fila. Hombres de trajes con mujeres delante nuestro, saludan a Rodo y después a nosotras, con gestos caballeros de cabeza. Gruesos habanos los acompañan, con copas de champagne en manos. El más viejo me mira largamente y hace seña a Rodo, que se inclina hacia el. Y le pregunta algo en el oído, sin apartar su mirada de mí.

Rodrigo le sonrío y le responde de la misma manera, para luego negar con su cabeza y darle palmaditas en el hombro.

A lo cual el viejo me inclina la cabeza con respeto, para luego tomar asiento en su lugar y al lado de una despampanante morocha con vestido azul entallado y por demás escotado, que me apuñaló con sus ojos maquillados por eso.

Me acerco a Rodrigo, con disimulo.

- ¿Qué te dijo, ese hombre? - Le pregunto, por lo bajo.

- Eres carne nueva en el Círculo, Vangelis. Preguntó con intenciones sexuales, por ti... - Palmea mi espalda divertido, por mi cara de asombro. - ...tranquila nena...le dije que eras la mujer de Herónimo. Y aquí...nadie quiere enfrentar su furia y sus demonios. - Señala al viejo con su barbilla. - Ni siquiera él que es un millonario italiano, dueño de astilleros...

- ¡Oh Dios! ¿Y estaba, su mujer al lado? - Gimo avergonzada recordando la mirada de desaprobación, de la morocha minutos antes.

Rodrigo, ríe a carcajadas.

- Vangelis...que esté con él, no precisamente significa que sea su esposa...

Lo miro.

Guau.

Que me jodan.

Y quiero decir algo, pero de golpe la música cambia.

Los láser desaparecen como el humo.

Y las luces se apagan en su totalidad y focalizando los únicos reflectores en el ring, como única iluminación.

Provocando que tanto el público que está en sus palcos vip como los de pie, aúllen de placer con aplausos ensordecedores.

Y la adrenalina empieza a correr por mis venas de saber, que todo esto está por comenzar.

Listo.

Ya no hay, vuelta atrás.

Todo el ambiente en auge llama mi atención.

Y lo recorro con mi vista sin poder creer, que cientos de personas.

Socios, Latrans o como se llamen.

Festejan brindando y mujeres desatadas ante el éxtasis propio, por el comienzo de las luchas.

Santo Dios.

Porque ver golpearse hombres, las excita.

Algunas gritan y chillan entre sí, ante la expectativa de ello y blanqueo mis ojos sin poder creerlo, cuando mi mirada se encuentran con otros verdes fijos en mí.

Por una mujer rubia y de largo pelo lacio.

Sentada en los palcos en frente y ring de por medio, que me observa con atención.

Su mirada muestra sorpresa y una mueca en sus lindos labios de rojo, frustración como desacuerdo.

¿Enojo?

Lleva un vestido corto en color negro.

Y todo ella es, sensualidad y belleza pura.

Intento registrar su rostro porque me es familiar, pero mi cerebro no quiere cooperar.

Tal vez es una modelo de pasarela reconocida y por ello, su familiaridad.

Y me encojo de hombros resignada, cuando un hombre de traje blanco sube al ring con micrófono en mano. De mediana edad, pelo entrecano y su porte indica que sabe llevar la batuta de todo esto, haciendo que su presentación y con sus elogios a los luchadores por participar esta noche, que la gente brame por ello.

- ...Y la última lucha, damas y caballeros...- Prosigue con el programa, el hombre llenando con su voz el lugar, que retumba en los altavoces.

Y carajo.

Porque me tengo que comer todas las peleas, para ver a Herónimo.

- ...la más esperada por todos ustedes ¡Luego de unos meses de descanso, vuelve a nosotrosss! - Grita el presentador, sonriendo satisfecho al público y en especial al femenino, con una mueca gozosa. - ¡Nuestro HRNM! - Vuelve a gritar levantando un brazo y como si eso, el gemir y suspiros de las mujeres del lugar, aumentara.

Y créanme, no hacía falta.

Nombrar a Herónimo, fue suficiente para que un estallido de gritos femeninos se desatara, como en pleno orgasmo.

Mierda...

Las que están de pies, saltan desde su lugar dando palmaditas de aplausos como colegialas o groupies en pleno concierto de rock ante su banda favorita.

Vuelvo a rodar mis ojos.

Sip.

Putos celos.

Lo reconozco.

Y mi mirada se cruza otra vez, con la rubia.

Ella se sonríe.

¿De mí?

¿Acaso, se dio cuenta de ello?

Carajo.

¿Qué, le pasa conmigo?

- ¡Y con ustedsss, la primer lucha libre de esta noche! - Presenta el hombre señalando artísticamente, desde el centro a un rincón. - ¡Con un peso de 113kg, Rob el Cobra América!

Respaldado del griterío femenino con aplausos estrepitosos de todos, aparece un hombre de gran masa muscular con solo un short de boxeo en color rojo brillante, descalzo y con sus manos vendadas. Pasa por las sogas del ring

acompañado por su entrenador, que queda en una esquina de este mientras el Cobra desde el centro del cuadrilátero y levantando ambos brazos al aire y por sobre él, roba alaridos y frases obscenas de mujeres con su saludo.

Si.

Duda no hay.

Es guapo y no pasa desapercibido, ese escultural cuerpo trabajado que posee.

- ¡Eres el mejor, Cobraaa! - Chilla al lado mío Mel de pie, dando saltos.

Y el Cobra, le guiña un ojo.

- ¡Te amo malditamente, hombre sexi! - Vuelve a gritarle, mi amiga.

Y empiezo a reír ante la nueva faceta, que descubro de ella y miro por eso, a Rodo curiosa.

Niega divertido con su cabeza, sonriendo.

- Debí prevenirte, Van. - Dice. - Mel se vuelve algo Afrodita en versión porno, cuando ve estos hombres arriba del ring..

Mi carcajada se mezcla, con las ovaciones del público.

- Y con otro fuerte aplauso, le damos la bienvenida a este cuadrilátero también, con un peso de 124kg al... - Continúa el presentador, volviendo a señalar el mismo extremo. - ¡Gitanooo! - Los aplausos vuelven a inundar el recinto con los mismos alaridos y gritos femeninos, como aprobaciones de los hombres.

Y el Gitano aparece al igual que su rival con short de boxeo, pero en color verde y siendo tan intimidante como sexi en personalidad y cuerpo, que el Cobra.

- ¡Quiero casarme contigo, Gitano! ¡Eres, el jodido hombre más sexi de este planeta! - Aún de pie, grita Mel eufórica. - ¡Te amo!

- ¿No amabas, al Cobra? - Le pregunto, mientras aplaudo como todo el público.

- ¡Tengo un corazón muy grande, amiga! - Me contesta en voz alta para que la escuche por sobre la gente, sin dejar de mirar a los sexis gladiadores en el ring.

Con Rodrigo rompemos en risas mientras el presentador en compañía de un referí, les dice a los hombres un par de observaciones básicas de lo que está prohibido a cada luchador, que se miran en las caras y a centímetros de distancia.

Es algo breve y conciso.

Porque la realidad es, que no hay reglas.

Todo vale.

Y por tal, da la señal de comienzo.

Estas luchas libres, se les llama el “32” porque se dividen en tres rounds de dos minutos, con la determinada pausa en cada uno, para que los luchadores vuelvan a sus esquinas. Si ningún oponente, me explica Rodo mientras dura la lucha. Logra bajar al otro nockeándolo o hiriendo de gravedad, para que tiren la toalla. También tres jurados asignados, mediante una puntuación del 1 al 9 darán a cada uno.

El que acumulé más, es el vencedor.

Donde se evalúa.

La disciplina.

Comportamiento ante el rival, ya que no se tolera intención con sed de venganza o ensañamientos.

Y tolerancia ante los impactos, heridas como postura en el reconocimiento marcial, que el luchador posee.

Yo lo escucho, mientras asesino mi uñita chica.

Porque.

Jodidamente.

Este está, por terminar y seguirán los otros.

Y suspiro, ante ello de miedo.

Herónimo...



CAPITULO 31

Herónimo

- ¿No te quedarás? - Le pregunto a Gladys desde la camilla que estoy sentado, mientras dejo que el Polaco termine de vendar mis manos y verifique que estén bien ajustadas.

Abro y cierro mis puños, chequeándolas.

Bien.

El ensordecedor griterío y los aplausos llega hasta mi vestidor, donde la gente alienta cada puñetazo y golpe de la primera pelea, que comenzó hace unos minutos.

Gladys guarda todo su set de fisioterapia, en su bolso de hospital.

- Hero, te amo como a un hijo... - Dice sacando su viejo saco del respaldo de una silla, para ponerlo por sobre sus hombros, bajo la chaqueta de hospital que lleva puesta. - ...y como madre, no toleraría ver cómo te llenan la cara de puñetazos... - Sube sus lentes colgados de una cadenita hacía su cabeza para acomodarlos, sobre el tirante recogido de su pelo ya entrecano.

Río con el Polaco por su ocurrencia sincera, meneando la cabeza.

- ¿No confías en mí, Gladys?

Adoro a esta viejita, que no pasa el 1,50m de altura.

Está en mi vida, desde que tengo 22 años.

Ella me conoce tan bien, como Marcello o Collins.

Se acerca hasta donde estoy con esos pasos cortos, propios de la edad avanzada.

Y carajo.

Porque millones de veces quise jubilarla y darle el retiro que se merece como todo viejo de tercera edad debería tener, pero la muy terca pone el grito en el cielo cada vez que se lo menciono.

Ella moriría, sin el hospital.

Sin su hospital.

Y sinceramente, es la única persona que confío para que lo maneje.

Por los niños.

Por Juli.

Levanta su pequeña mano ya arrugada, para darme unas palmaditas en mi mejilla con cariño.

- Hijo, confío en ti... - Pero señala con su dedo a la puerta. - ...pero no, en esos hombres tamaños roperos. Llenos de testosterona y anabólicos que están allá afuera esperándote...tu cuerpo es natural, sano y fuerte. Y la mayoría de ellos, no. Son unos Aberdieen Angus de competición inflados por inyecciones y eso es trampa, es como dar puñetazos a una pared de concreto... - Concluye.

Otro fuerte aplauso y griterío del público, anuncia el triunfo de uno de los luchadores, seguido por la presentación de la próxima pelea.

La tos discreta de Collins desde la puerta, nos interrumpe.

- Señor Mon, ya Grands está listo para llevar a la señora Gladys, de regreso al hospital...

- Baja la cabeza, mi pequeño gigante. - Me ordena y yo cumplo, para que me deposite su beso maternal en mi frente, antes de irse y como lo hace en cada pelea. - Dios está contigo, hijo...

Y yo sonrío triste, para mis adentros.

Dios dejó de acompañarme hace tiempo quiero decirle, pero como siempre guardo silencio.

Dejando que se vaya en paz, con Grands.

Me pongo de pie una vez solos verificando sus vendas en ellos y si están correctamente puestos, elevando de a uno en el aire bien alto y en postura marcial como dando pequeñas patadas en el aire, desde mi lugar.

Bien.

Relajo mis hombros haciendo rotar de atrás hacia adelante y viceversa, con

respiraciones y exhalaciones largas, mientras giro mi cabeza sobre su eje para aflojar la tensión muscular.

- ¿Y Vangelis? - Le pregunto a Collins dando pequeños saltitos para entrar en calor, manteniendo mi respiración regular y elongando los brazos.

- Con el señor Montero y la señorita Greidy, en sus palcos correspondientes señor...

Otra vez, bien.

- Señor, debe saber algo... - Sin embargo, sigue.

Levanto mi vista hacia él, de mis flexiones.

Porque su tono, me intranquiliza.

- ¿Qué sucede, Collins? - Gruño, sacándome el short de deporte que tengo puesto.

Camino desnudo hacia el perchero donde cuelgan mis pantalones largos, que utilizo para luchar.

Porque yo no utilizo cortos, como los demás.

Uso unos largos y en color negro, con franjas blancas en los lados.

Reajusto el cordón de la cintura para meterlos dentro, mientras miro a Collins por la repuesta y con cara de poca paciencia.

- Dos cosas, señor. - Murmura. - La primera es que la señorita Amanda se encuentra aquí, en los palcos frente a los suyos y mirando con cierto recelo su antiguo lugar, ahora ocupado por la señorita Vangelis...

Joder.

Lo había olvidado, su llamada en el ascensor y que vendría.

Ahora toda mi paz, se fue a la reverenda mierda.

Carajo. Carajo. Carajo.

La muy zorra captó que Van, es mi nueva acompañante temporal y conociéndola, hará lo imposible para que pase un mal rato.

Lo ha hecho con todas mis féminas, después de ella.

¿La diferencia?

Que antes no me importaba sus inoportunos desplantes y lo que acarreaba.

Eran mis reglas.

No preguntar, por mi pasado.

¿Se entiende?

Si a mi fémina, no le gustaba.

La que sigue.

Punto.

Pero con Vangelis, es diferente.

Aún las dudas de todo este arreglo, la invaden pese a que me dijo que sí.
Ella es como un fruto inmaduro y necesita, más entrenamiento e información.

Quería trabajarlo, de a poco.

Yo todavía, no empecé con ella.

Y aunque sé que putamente disfrutará de ello, un paso en falso y saldrá despavorida.

Mi corazón aprieta por ello y en solo pensarlo.

Reposo mi mano abierta sobre mi pecho y lo palmeo, como si eso me calmara.

Porque en solo pensar a Vangelis, alejándose de mí y sin estar a mi lado.

Mis vísceras, se contraen de dolor.

Ella es mía.

MÍA.

Y ese paso en falso, se llama Amanda Adams.

Mierda con esta mujer, que no se da por vencida conmigo.

Rebuzno.

Porque el único culpable soy yo en todo esto y por no darle, un no definitivo.

Putas mamadas excepcionales, que hace.

- Collins manténla vigilada y alejada de Vangelis, hasta que termine con toda esta mierda ¿Entendido? yo me encargaré de Amanda, personalmente después... - Abro una botella pequeña de agua y la bajo en tres tragos.

Me reacomodo los lentes.

- ¿Qué es, lo otro?

Se reposiciona sobre su lugar y me mira fijo, con sus ojos color plata.

- Señor Mon, he visto al señor Mendoza entre los palcos vip...

- ¿Gaspar?

Pregunta estúpida, lo sé.

No hay otro.

Asiente.

Ya comenzó, con su acecho.

Lo prometió delante de todos hace casi 17 años, sin importar que estuviera presente Marleane o la misma jueza. No temió que, por ese desacato se lo amenazara con años más a su condena, para que mantenga el orden y se retractara de sus amenazas hacia mí. Su venganza, comenzaba a partir de hoy.

De esta noche.

- Mis hombres tienen un seguimiento 24/7 sobre su persona y lo que lo rodea. Tendrá un informe de él, sobre su escritorio en la mañana señor. - Quiere calmarme Collins.

Pero no respondo.

Estoy sumergido, en mis pensamientos.

Era de suponer que iba a estar aquí esta noche estando en libertad, ya que con él empecé las peleas clandestinas de mi adolescencia en la preparatoria.

¿Tendríamos qué?

¿Yo 15 años y Gaspar 17?

Él me acompañaba en todas y era el que se encargaba de avisarme con una hora de anticipación, donde se hacia y de circular por medio de mensaje de texto la movida, avisando a las fraternidades y smigos.

Fue mi mejor amigo, desde que tuve 5 años.

Cristo.

Vangelis, Marleane, Rodo y el hospital ¿Con él libre?

No.

Y no.

Debo anticiparme.

- Collins, necesito que redobles la seguridad del hospital y la quinta de Marleane... - Señalo la puerta del vestuario. - ...avisa a Rodo y mantenlo al tanto. Y que Grands no se separe de Vangelis a partir de ahora, tiene que ser su sombra...

Me siento en una silla apoyando mi brazo en su respaldo, dando golpecitos nerviosos a mis labios con mis dedos.

Pensando y analizando las próximas jugadas, contra Gaspar.

- ¿Cuánto falta para mi lucha, Polaco? - Pregunto sin dejar de mirar pensativo, la puerta de salida de mi vestidor.

- Está terminando la tercera HRNM, segundo rounds... - Dice. - ...creo que irán a puntos, los dos son edificios difíciles de caer y están haciendo elevar, las apuestas altamente...

Froto mi barbilla con mi mano.

- Acabaré con esto, ya. - Me pongo de pie, estirando mis pantalones para abajo.

Entrego mis lentes a Collins, seguido de atar con una banda de pelo mis putos rulos, hacia atrás.

Y me encamino, hacia la puerta.

- Collins bajaré de dos puñetazos a mi rival. Seré rápido. Quiero que

tengas todo bajo control para cuando termine y nos larguemos de acá con Vangelis y los chicos. No quiero darle a Gaspar tiempo, para que haga ningún movimiento ¿Se entiende? - Lo miro sobre un hombro.

- Si, señor.

Bien.

Si no fuera porque está próxima mi entrada al cuadrilátero y que las apuestas, han superado más del millón de dólares, cancelaría todo.

Pero el peligro, sería el doble.

Y no se trata por el dinero, ya que yo lo cubriría.

Es moneda, para mí.

Se trata del poder, que genera todo esto.

Lo que yo ocasiono limpiando cada puto rival, que me pone mi competencia o adversarios del sector mercantil.

El querer verme pisoteado y derrotado sobre el ring, ganándome.

Alguna vez.

Sonrí.

Nunca, va a pasar colegas.

Niego, con mi cabeza.

Reacciona, Mon.

No es momento, de regodearse con ello.

Ya que, conociendo a Gaspar, debe estar enterado de rayo de sol y de mis palcos.

Inteligencia es lo que le sobra, al maldito.

Y mierda.

Aunque su venganza está puesta en mí, no en mi persona.

Juré lastimarme, con lo que más me dolería y eso sería.

Mi madre, Rodo, el hospital o mi rayo ahora.

Cierro mis ojos, con fuerza.

Ya que, con mi padre lo hizo.

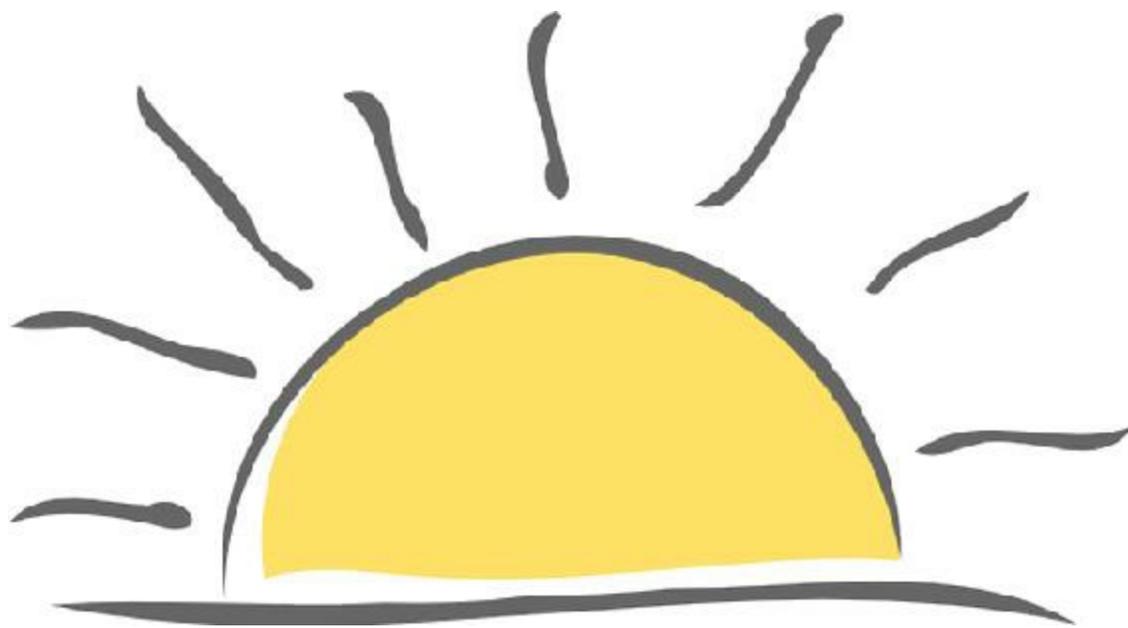
Y mis demonios empiezan a despertar y a cobrar sus putas vidas, en mi interior.

Siento como recorren mi sistema nervioso, espesando mi sangre.

Abro mis ojos.

Porque.

Ya la oscuridad de ellos, comienza a llenarme...



CAPITULO 32

Yo

Labios partidos.

Sangre que brota de la nariz.

Sonido del impacto de puñetazos certeros a una velocidad imposible para un cuerpo humano, que no sabía que existía sobre las costillas.

Patadas a mandíbulas, dejando ulceraciones o hematomas del tamaño de Canadá y quebraduras de tibia o piernas, es el resultado de la crudeza de cada encuentro arriba de este ring.

Mi estómago, está revuelto.

Sonrientes, lastimados y sudorosos estos luchadores a la par del referí, esperan el veredicto con la puntuación de los jueces.

Rodrigo se levantó de su palco hace diez minutos llamado por Collins, pregunto a Mel por eso.

- El próximo es Herónimo, Van... - Sigue de pie aplaudiendo y ovacionando como el público, al ganador por puntos.

Se inclina hacia mí para que la pueda escuchar más y por sobre la gente, ya que sigo sentada en mi lugar. Pero un silencio se hace ante nosotros, cuando la canción de Imagine Dragons con I'm So Sorry en su versión extendida y lenta,

suenando dando la presentación de Herónimo y naciendo del micrófono del presentador.

Y la multitud estalla en aplausos y ovaciones.

OH.DULCE.NIÑO.JESÚS.

Herónimo aparece, entre las cuerdas de la misma manera que sus oponentes y en compañía de su entrenador, un muy serio Collins que queda del otro lado de estas, escaneando como ave rapaz que es, en un lugar.

Y Rodrigo un par de pasos detrás, alentando a su mejor amigo y jefe.

Flashes de celulares y cámaras fotográficas, iluminan con destellos una y otra vez sobre él, tipo reacción en cadena.

Gritos enfermizos de mujeres diciendo obscenidades que dan risa y acompañadas de gemidos se mezclan con la canción.

Su canción.

Carajo, le queda tan bien.

Involuntariamente, entrelazo mis manos con fuerza llevándolas a mi pecho y solo mirándolo a él.

Al señor oscuro.

Y siento mis piernas desfallecer, cuando se centra en el ring.

Lleva puesto solo unos sexis pantalones largos negros con franjas blancas en los costados, del mismo material que los de boxeo y que caen sutil sobre sus caderas, mostrando toda la gloria de su cuerpo dorado y esa mole monumental de casi 2m de altura llena de tinta.

Tatuajes que brillan y tienen vida propia con el movimiento de cada respiración que su pecho y abdominales marcados dan, ante las luces y los flashes.

- ...y con un peso de 96kg HRNM, damas y caballeros! - Grita el hombre elevando unos de sus brazos, haciendo que la multitud aumente más sus gritos.

- ¡Quiero ser la madre de tus bebés, HRNM! - Chilla una mujer con desespero, entre el bullicio de la gente.

Y muerdo mi labio, riendo con Mel.

- ¡Cásate conmigo, Adonis! ¡Y rompe, mis jodidas bragas! - Otra.

- ¡Te amo, HRNM! ¡Vine solo, por ti! - Jadea, una detrás mío.

- ¡Hazme, tuya!

Herónimo no guiña el ojo, como los otros a la platea femenina.

No les sonrío, seductor.

Ni tampoco con complicidad, a los hombres.

Él no alienta para alimentar más su ego, caminando por el cuadrilátero .

Solo permanece de pie como dios griego que es, sin mover un músculo de su hermoso rostro mirando y observando.

Buscando.

Hasta que me encuentra.

Dios querido.

Y por un momento, sus ojos llenos de oscuridad.

Gélidos como fríos de un hielo acuoso y ennegrecidos más que otras veces, se suavizan al verme.

Posa toda su mirada en mi sin disimulo, provocando que varias miradas del público sigan las suya y me miren también.

Tanto mujeres, como hombres.

Mierda. Mierda.

Rubor y vergüenza, me invade al sentirme observada.

Y su sonrisa de lado nace de satisfacción al notarlo, provocando los gemidos de mujeres al verlo sonreír.

Y lo reconozco, yo también.

- ¡Y con una masa de 134kg, Kid el perro Marcovich! - Anuncia el hombre, dando pie al rival de Herónimo.

Y un contrincante con toda la apariencia rusa, aparece ingresando al cuadrilátero.

Señor...

Porque él, es ENORME.

Y me pongo de pie inconscientemente, al verlo.

Es tan alto como Herónimo, pero su cuerpo es casi el doble que el suyo en contextura física.

La mierda.

Este hombre es infrahumano.

Los aplausos y gritos, lo alimentan a gruñir y endurecer sus puños en una pose agresiva, mostrando sus músculos diciendo palabras en ruso.

Supongo.

Pero Herónimo tranquilo y como si nada, ante sus amenazas.

Señor.

Cuanta paz lo invade.

Suelto una risita, nerviosa.

Patrañas.

Él no tiene, esa paz.

- Carajo... - Exclama Mel.

La miro y su frase me preocupa más.

Porque si lo dice, por algo es.

- Joder, me acabo de enamorar de mi futuro marido... - Prosigue.

Me vuelvo hacia ella.

¿Pero qué, demonios?

¿Pensé, que no estabas preocupada? - Le pregunto.

Dios, ella está loca.

Se encoje de hombros, divertida.

- Phsss...para nada, Van. Hero lo destruirá en el segundo round, como mucho cariño. Me preocupa, el caliente ruso... - Lo mira soñadora, al gringo. - ...no quiero que nuestro jefe, le desfigure el rostro...

Suelto, otra risa.

Porque no sé si abofetearla o llenarla de besos, por esa maldita confianza que tiene a Herónimo y me tranquiliza.

Una campana anuncia el comienzo de la lucha y primer asalto.

Herónimo y su oponente.

Descalzos y con sus manos como puños vendados sobre sus pechos y en posición de boxeo, se analizan mutuamente girando sobre el cuadrilátero; uno frente al otro.

El ruso suelta el primer golpe con su derecha y Herónimo lo evita sin comprometerse, para luego esquivar una serie de puñetazos en serie que da con habilidad su oponente y gruñidos de por medio. Pero mi señor oscuro no hace nada y solo observa, eludiendo cada embestida y analizando a su rival.

Juraría que está leyendo, su expresión corporal.

La gente festeja cada golpe que intenta dar el ruso y ovaciona a Herónimo, cuando las esquivo. De pronto un giro y patada al aire, sale de su oponente y como objetivo, romper la mandíbula de Herónimo. Éste, lo frena con su antebrazo y con un grito gutural que sale de lo profundo de su garganta, le inserta un golpe en seco en el pecho, con la palma abierta de su mano estilo arte marcial.

Haciendo tambalear y caer contra las cuerdas, la gran mole rusa llevándose con él, un *ohhh* del público.

Sacude su cabeza llena de ira, por lo ocurrido.

Es como un Hulk, pero sin lo verde.

Y mi corazón desfallece.

Yo lo intento, pero no puedo seguir mirando.

Esto, me supera.

No soporto verlo ahí arriba.

Porque siento que me ahogo y me falta el aire.

Y moriré ante el primer impacto, que él reciba.

Aprovecho la ausencia de Rodo y que todos están de pie alentando, para escurrirme rápido.

Mel apoya su mano en mi hombro al notar mi partida, preguntándome a donde voy.

- ¡Necesito el baño con urgencia! ¡Dos minutos, nena! - Miento.

- Ok. Pero no te tardes ¿si? - Grita para que la escuche. - Si Herónimo no llega a verte, se enfadará.

Le sonrío, como respuesta.

Que le den a Herónimo y su control pienso para mí, rodando mis ojos cuando me doy vuelta hacia la gente y pasando como puedo, a través de ellos. Voy pidiendo disculpas, a medida que avanzo y como puedo entre el gentío. No giro mi cabeza hacia el ring. Porque ya tuve demasiado, por esta noche. Los bramidos del ruso y el aliento de la gente por Herónimo, llegan a mí. Un cartel en neón verde, señala el baño de mujeres.

Unos metros más y llego.

Necesito mojar mi cabeza, necesito aire.

Hasta que, un golpe.

Solo un golpe de puñetazo certero.

Seco.

Frío.

Duro.

Muy duro.

Resuena, desde el cuadrilátero.

Y con eso, un silencio.

De la gente que es unánime, por el ruido concreto de un cuerpo cayendo con peso muerto, sobre la lona del ring.

Y mis pies se detienen, como si una fuerza les ordenara que parasen.

Carajo...

Un murmullo intangible, nace de a poco en medio del silencio.

Es leve, pero el susurro está.

Y esa sensación de la cafetería ya familiar en mí, me llama.

Es él, reclamándome.

Me giro sobre mis talones despacio y mordiéndome mi pulgar.

Para ver.

A Herónimo salta de las cuerdas y viniendo hasta donde estoy y entre la gente.

Mientras su oponente ruso, quedó desparramado sobre el piso del cuadrilátero.

Está inconsciente, por el puñetazo que recibió de él.

La gente se queda mirando, estupefactos e impresionados, por lo que ocurrió.

Y dejando que pase este hombre que tiene pinta de un ángel del infierno, con ese cuerpo y cincelado por las manos de Dios y con esas alas tatuadas en negro tan real en su espalda, caminando tan cómodo y como si nada hubiera pasado.

Cada paso en mi dirección, era como en la oficina.

Aguas humanas divididas, para dar paso al rey.

Los flashes destellan más que nunca, en la semi oscuridad del lugar.

Reflejándose en todo él con cada paso descalzo con esos condenados y sexis pantalones de boxeos, cayendo de sus caderas.

Se detiene, frente mío.

Su respiración está algo agitada aún, por la pelea.

Está sudoroso y aún con sus manos vendadas, que siguen cerrados como puño sobre sus costados.

¿Él noqueó al ruso de un golpe, porque vio que me fui?

No nos importa la multitud de gente, observándonos con la boca abierta.

Tampoco nos importa las fotos que roban desde sus celulares a nosotros, mientras nos estamos comiendo con la mirada.

Los de él, posesos y con ira.

Los míos con miedo y de amor por él.

Si.

Porque creo, que lo amo.

Y me cago en mí y mi corazón.

- ¿A dónde crees que vas, rayo de sol? - Su voz dura, me cala hasta los huesos.

Está enfadado.

Mucho.

Suelto una risita, encogiéndome de hombros.

- Al baño... - Miro por sobre sus hombros poniéndome en punta de pie, a la gente que nos mira maravillados, ya que él tapa mi perímetro visual.

¿Cómo protegiéndome?

- Bien. - Asiente. - Yo, te acompaño...

Ah no.

No, no y no.

De ninguna manera.

- ¿Entrarás al baño de mujeres? - Pregunto con un susurro, para que no escuchen los fastidiosos como curiosos, que siguen mirando y sin perderse ningún detalle.

- No será, la primera vez... - Me responde.

Arrugo mi nariz.

Maldita, su sinceridad.

- ¡Eres, un cerdo! - Chillo dándome la vuelta para ingresar por la puerta, provocando que ría mientras me sigue.

Extiendo mi mano frente suyo para que se detenga, cuando llego a la puerta.

- ¡Dije, que no!

Cruza sus brazos sobre sus pechos y abriendo sus piernas, de forma intimidante.

Y mirándome glacial.

Ladea su cabeza, hacia un costado.

No está de acuerdo, el jefe.

No me importa.

- ¿No tienes que recibir, algún tipo de medallita? - Prosigo. - ¿O subir a un podio para levantar tu trofeo, con una mano a tu público? - Le señalo el ring.

Me estrecha los putos ojos bonitos que tiene, de color nada mordiendo su labio superior para no reír.

- A la mierda el trofeo. - Se perfila mejor, sobre su lugar. - Yo te espero acá, nena.

Si será...

Blanqueo mis ojos apoyando mi espalda sobre la puerta, cuando sus ojos me escanean de cuerpo entero.

- Pero, que demoni... - Bufa pestañeando para focalizar mejor, sobre mi persona. - ¡Collins! - Grita apareciendo este.

Herónimo no dice nada, pero se limita a extender su brazo derecho y Collins entiende.

Le alcanza sus lentes.

Se los pone y vuelve a mirarme profundamente, de arriba abajo y con más detalle.

- ¡Joder! - Gruñe reacomodándolos, en el puente de su nariz.

Tic hermoso.

Los genes XY posesivos y de mente cavernícola me miran inquisidoramente, volviendo a bajar a mis piernas desnudas.

A mi escote.

Para luego, subir a mis ojos otra vez.

Me eleva un dedo, como señal que aguarde y no me mueva.

Resopla dándome la espalda caminando unos pasos hacia Collins, para decirle algo a él y al presentador que están a la espera suya. Luego de unos segundos, este con una sonrisa se vuelve hacia el ring y haciendo seña al DJ que ponga música, exclama.

- ¡HappyHour para todos! ¡Invitación de HRNM! - Dice por el micrófono el presentador, haciendo que la gente festeje con aplausos y silbidos.

Y la algarabía vuelve a estallar en el público, dejándonos un poco de lado los curiosos gracias a ello.

Se vuelve, hacia mí.

- Rayo, sufro de acidez. - Gime. - ¿Quieres que tenga una úlcera del tamaño, de la capa de ozono? ¿Qué mierda, llevas puesto? - Me dice agriamente.

- Ropa... - Que exagerado.

Me gruñe como un perro rabioso, por mi respuesta.

Se yergue.

Me mira.

Abre la boca, para luego cerrarla de vuelta.

- Eso no es ropa. Eso es un retazo, de tela de jeans... - Me toma la mano y entra al baño conmigo sin darme tiempo a negarme cerrando la puerta, detrás nuestro.

Y yo agradezco, que estemos solos.

- Tu no vas a...no puedes, Vangelis. - Señala mis piernas. - Nena... - Vuelve a gemir lastimero y resopla otra vez, mientras señala mi escote con una mano, de modo insufrible.

Y tengo ganas de reír, pero tapo mi boca.

- Muestra mucho y yo...no puedo mirarte... - Dice, al fin.

Y se dirige a la puerta recolocándose la entrepierna con una mano, sin importarle que vea.

Murmurando en el trayecto, que soy frustrante y una atrevida.

La dura erección escala Ritcher que tiene ahora, por mi culpa.

Y no sé, que de sus anginas de pechos mientras abre la puerta.

Le dice algo nuevamente a Collins, solo sacando una mano desde la puerta y la cierra otra vez.

Para aparecer, con un saco negro de vestir de hombre.

- Póntelo. - Me ordena.

¿Qué?

Suspira.

- Abre los brazos, amor... - Me dice con seriedad y dulzura.

Y no espera a que yo, reaccione.

Él mismo me lo pone y por lo que puedo ver, es el saco de Collins.

Carajo.

Me queda casi por las rodillas y ni hablar, del ancho.

Podría dos veces, envolverme en él.

Levanto ambos brazos al aire donde el largo de mangas supera mis manos y cuelgan sobre ellas, mostrándole furiosa. Está apoyado con su trasero en el lavado de manos de mármol y frotando sus labios con la mano, pensativo en pose analítica.

Eleva más sus lentes de su nariz con su índice, para disimular su risa.

Tose con un puño cerrado divertido, mientras dobla un par de veces cada manga del saco apareciendo mis manos y sin dejar de mirarme, mientras lo hace como respuesta a mi queja del largo.

Besaría cada ojo suyo monocromático, mierda.

- ¿Conforme? - Pregunto intentando no reír, por ese morrito de satisfacción que hace con sus labios y no sabe.

Me mira profundamente.

- Mucho. - Folla, la puta palabra sexi.

Cuando lo conocí en la cafetería, a 12m de distancia me había robado completamente el aliento.

Cuando me mandó a llamar a su piso para despedirme y a una distancia de 3m, yo estaba lista para tener sus bebés.

Y ahora, a menos de un paso.

Encerrados en este baño de mujeres, muy estrecho.

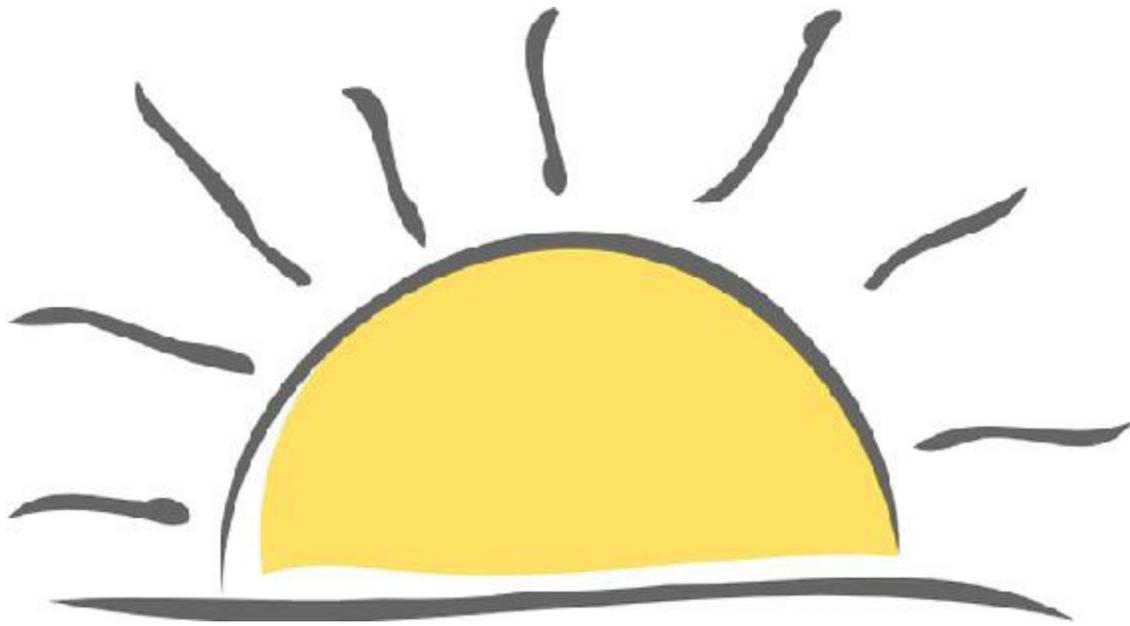
Pasarle la lengua, era poco.

Toma ambos lados del saco abierto que tengo, con sus manos y me empuja con fuerza hacia él, chocando nuestros cuerpos y sintiendo su duro pene en mi vientre.

- ...oh. - Digo sorprendida.

- Oh... - Repite él divertido y acariciando la punta de mi nariz, con la suya.

Y mierda...



CAPITULO 33

Yo

Gime por mi contacto y me rodea, con sus brazos bajando con sus manos hasta mi trasero.

Lo aprieta y acaricia, por sobre la tela del saco que lo cubre.

Y apoya su frente entre el espacio de mi cuello y hombro, mordiendo el lugar.

Para luego, besarlo largamente.

- ¿Qué haces que me puedes, rayo de sol? - Pregunta con un suspiro, volviendo a besar el mismo lugar.

Amarte Herónimo...

Y muerdo mi labio, por mi estúpido sentimiento.

Le rodeo su cuello con mis brazos, como respuesta.

Levanta su vista buscando los míos y sus ojos recorren mi rostro, como queriendo llenarse de él.

Jesús.

Se detiene en mi boca largamente y entreabre levemente los suyos, para humedecerlos con la punta de su lengua.

El ruido y la música del exterior, desaparece.

Solo somos él y yo, con nuestra burbuja.

Bésame Herónimo, grita mi interior.

Le suplico.

Le ruego.

Una lucha interna, batallan sus ojos.

Y un atisbo de color, brillan en ellos.

¿Será?

Necesito ver.

¿Puede que, sean verdes?

¿O café?

Pestañea elevando su vista a mí, que estaban fijos en mis labios.

Y la oscuridad, lo invade nuevamente.

- Baño, rayo de sol... - Dice.

Su voz, me despierta.

¿Eh?

Se incorpora, pero sin romper nuestro abrazo.

Besa mi frente.

- Necesitabas el baño, nena... -Me lo recuerda, señalándome un cubículo con su puerta abierta.

Arrugo mi nariz.

- ¡No voy hacer, contigo aquí! - Chillo, saliendo de sus brazos.

Ríe.

- ¡Claro, que sí! - Como si nada.

Si será, cabrón.

- ¡Que no! - Señalo la de salida. - ¡Vete, Herónimo!

- ¿Vas hacer, pis?

Le entrecierro los ojos con odio.

- ¡Eso, no te importa! - Grito.

- Todo de ti me importa, amor... - Vuelve apoyarse, sobre el lavado de mano de mármol.

- ¡Cerdo!

- Mucho... - Y ahí va esa palabra orgásmica, otra vez.

¿Como una simple palabra de cinco letras, puede sonar tan erótica?

Solo Herónimo, lo logra.

Porque él la acaricia, cuando la nombra.

- Te odio... - Digo.

No, no lo hago.

Pero quiero que se vaya.

- Mientes como el culo, rayo... - Se pone de pie, caminando hasta donde estoy de golpe.

Y por eso, retrocedo sobre mis pies.

Chocando mi espalda con la puerta de madera de los baños, que se abren y me hacen golpear, con la pared interna del cubículo.

Embiste su enorme cuerpo contra el mío y con ambas manos, toma mis caderas para bajarlas hasta mis muslos y con un movimiento.

Me levanta haciendo que mis piernas rodeen su cintura y me sostenga, contra esa pared.

Su mano sube mi falda de jeans hasta casi la altura de mis pechos, dejando mis bragas de encaje negro a la vista.

Al verlas ahoga un lamento sobre mi escote, apoyando su frente.

- Me va a dar una angina de pecho, Vangelis...- Huele mi piel. -...Cristo nena, quiero cogerte aquí y ahora... - Gime mordiendo uno de mis pezones, para luego lamerlo con su lengua por sobre la tela de mi blusa como consuelo y humedeciendo esa porción de género, provocando que se endurezcan.

Mi braguita se moja por su reacción apretándome más a su cintura, causando que su dura erección y mi entrepierna, se froten entre sí.

Se busquen.

Y electricidad de placer, nos colma.

- Hazlo... - Le susurro al oído, besando suave su oreja. - ...duro... - Y su cuerpo tiembla, por mi pedido.

- Nena. - Se queja. - No tengo condones encima... - Su voz apenas se escucha, por el deseo que lo invade empujándose más contra mí y haciendo, que ambos jadeemos fuerte. - ...no me lo pidas, por favor... - Ruega desesperado y sin dejar de frotarse, contra mi cuerpo.

- Tomo la píldora hace dos años Herónimo, para regularizarme... - Murmuro apoyando mi cabeza en su pecho. - ...lo juro...

Al escucharme desata "mi llego tarde" para poder enroscar su mano sobre mi pelo suelto y lo tira para atrás, para que nuestros ojos se encuentren.

La oscuridad de ellos, colman los míos y preguntan.

Y mis ojos, responden.

Se sonríe.

Porque sabe, que mi mirada no miente.

Y siempre responden, a lo que preguntan los suyos.

- Carajo, Vangelis... - Entra más al cubículo conmigo arriba y a tropezones,

por su pequeño tamaño contra la puerta vaivén.

Patea el canastito con su pie rebotando este, contra una de las paredes de madera provocando nuestra risa.

- Te mereces un polvo castigo, por no habérmelo dicho antes... - Me reprocha, sobre mi piel.

Suelto una risita enroscando más mis piernas, sobre él.

- ¿Polvo castigo? ¿Qué es eso? - Pregunto mientras intento desatar el cordón de la cintura, de su pantalón.

- Spanking. - Como si nada.

¿Qué?

Sonríe ante mi cara, de no entender.

- No me obedeces, una cogida castigo. Me haces cabrear, otra cogida castigo... - Susurra levantando mi blusa y con ello, mi sujetador para tener acceso a mis pechos desnudos.

Chupa estos, con ferocidad.

- Para los amantes del buen sexo una vieja disciplina inglesa, donde se hace entrar en razón, a polvos mi rayo de sol... - Finaliza con uno de mis pezones en su boca saboreándolo largamente y provocando, que yo gima de placer.

- Shuu, nena... - Lo suelta con un dulce pop, de sus labios.

Me mira profundamente, mientras corre a un lado mi braguita y con sus dedos acaricia mis pliegues íntimos.

Seguido a abrirlos bajo un jadeo mío y con ellos empaparse con mi humedad, para luego unos suaves círculos de su pulgar, en mi clítoris.

- Mía... - Besa mi nariz. - ...solo y condenadamente, mía... - Me introduce dos de ellos, más profundamente.

Y cierro mis ojos, al sentirlos trabajar dentro mío moviéndome.

Subiendo y bajando mi cadera al compás de ellos, para que los meta más dentro.

Vuelvo a jadear fuertemente.

- Dulce Jesús, Vangelis... - Apoya su frente, sobre la mía. - ...siempre lista, para mí...- Saca sus dedos para meterlos en su boca y saborear mi esencia.

Mi humedad.

Y su duro pene me aprieta más, como respuesta.

- Nena yo nunca cogí, sin condón... - Con su frente aún sobre la mía, no deja de mirarme. - ...nunca Vangelis, de casado hasta en un cierto momento... - Suspira para retener, su impulso... - ¿Puedes entenderlo, amor?

Creo.

Pero asiento.

- Será como nuestra primera vez para ambos, entonces... - Digo sonriendo y acariciando su nuca, con mis manos.

Convencida y dando, el sí.

Sonríe sobre mi frente, mientras una de sus manos toma mi nuca con ternura y la otra, intenta romper las tiras de mis bragas.

- Necesito sentirte toda, sin barreras rayo de sol. - Las enrosca sobre sus dedos y de un jirón las corta.

Hace lo mismo con la otra, para guardarla en el bolsillo trasero de su pantalón.

Y un escozor caliente, siento en mi piel por eso.

Pero no duele, ese ardor.

Más bien.

Un dulce, dolor.

Se sonríe, otra vez.

- Mi pequeña... - Me dice con ternura bajándose la parte delantera del elástico de su pantalón, para liberar su pene desnudo y con su mano, guiarla en mi entrada.

Seguido a meterla, de una estocada.

Y ambos gritamos silenciosamente, por el contacto.

Jesús bendito.

Es duro, como algo grande de acero.

Pero aterciopelado y cálido, al estar dentro mío.

Y se mueve, lentamente.

Llenándome cada centímetro, con su longitud.

Y cuando me colma, plenamente.

Empieza a moverse dentro y fuera de mí con fuerza, pero despacio hasta que me familiarice, con su tamaño.

- Eres perfecta, mi rayo... - Jadea entrando y empujándose más.

Depositando suaves y tiernos besos, en mi cuello.

- ...nunca sentí esto en mi vida, nena... - Se empuja más. - ...piel con piel... - Levanta sus ojos para mirarme, mientras me embiste con más fuerza, causando que mi cuerpo rebote duro contra la pared.

Y por eso rodea mi cabeza, con su mano.

Para amortiguar sus penetraciones que van en aumento con cada ataque y que no golpee mi cabeza.

Caigo fatigada de placer, acunando mi cabeza sobre su pecho desnudo y sudoroso.

Y esta acción mía, desarma a Herónimo envolviéndome más a él.

- Nena... - Susurra besando por sobre mi pelo, sin dejar de cogerme.

Me lleva más contra la pared, para poder abrazarme total y con ternura.

Cada embestida, se lleva un gemido mío y un fuerte jadeo de él.

Lo rodeo con mis brazos por abajo de los suyos, acariciando con mis dedos su espalda e intentando algo que ya era imposible.

Estar más unidos y ser, una sola persona.

- Esto nena, no se me va a olvidar en años...no sabes lo que has hecho, rayo de sol...ahora no querré parar...- Me jura jadeante y ronco tomando con ambas manos mi rostro y acariciando con sus pulgares, mis mejillas sin detenerse.

Siento que ellas arden y mis piernas comienzan a aflojarse, por mi clímax llegando.

Herónimo lo percibe y se aprieta más contra mí, besando mi barbilla.

- Dámelo, rayo... - Suplica, al sentirme.

Y gruñe de placer cuando mi orgasmo llega y lo envuelve, en mi interior.

Recorriendo la humedad que desahogo mojando más su erección, con dulces palpitaciones que lo ordeñan y provocando, ese sonido líquido de ambos cuerpos de uno contra el otro.

Toca con su pulgar mi rostro y con suavidad sin dejar de mirarme, satisfecho por sentirme.

- Casi estoy, nena... - Me susurra bajito cuando mi cuerpo vibra, por mi liberación que me consume y caigo con todo mi peso sobre él.

Herónimo gime mi nombre y me sigue.

Jadeando y agitando su pecho, cuando su corrida me llena y se vierte todo dentro de mi.

- Mi amor... - Murmura con ternura dando sus últimas embestidas suaves.

Como no queriendo dejar nada en él y todo, dentro de mí con su eyaculación.

Mi corazón late fuerte, por mi clímax.

Y porque él, me dijo mi amor...

- Cristo... - Resopla intentando tranquilizar su respiración, pero manteniendo con su peso el mío y contra la pared, para que no caiga.

Levanta su vista y corre con dos de sus dedos, mechones de mi pelo de mi rostro para ponerlo detrás de mi oreja.

Me mira.

- Eres hermosa... - Dice con dulzura.

Blanqueo mis ojos, mirando a un costado.

Si, como no.

Mi pelo quedó suelto y sudado, debe ser una maraña de asco.

Y ni hablar de mi maquillaje que, aunque es poco debe estar corrido.

- Hey... - Me dice tomando mi barbilla, para que lo mire. - ...eres la mujer más hermosa que he visto en mi vida, Vangelis. Hermosa y perfecta, para mí. - ¿Eh? - Y eres condenadamente, un sueño viviente cuando te vienes... -Exhala aire. - ...mi sueño viviente... - Aclara.

Tengo mis manos en su rostro y se lo acaricio con suavidad, mientras lo escucho sonriendo por lo que me dice.

- Y tú, eres el mío, Herónimo... - Me sale de adentro.

Y muerdo mi labio avergonzada, por escucharme decir eso en voz alta.

El cuerpo de Herónimo, se tensa por mi dicho.

- Repítelo. - Me ordena.

Carajo.

Yo y mis putos pensamientos, en voz alta.

¿Se enfadó?

Mierda.

Levanto mi vista avergonzada.

- Lo siento, yo...

Me aprieta más, contra la pared.

Como no queriendo perder, nuestro precioso contacto.

- Repítelo, Vangelis... - Sus ojos son profundos.

¿Me está, rogando?

Tartamudeo.

Porque no sé bien que hace una fémica, en este caso.

- T..tú también eres...el mío, Herónimo... - Susurro.

- Júralo. - Me aprieta más, contra él.

Y lo siento crecer dentro mío, nuevamente.

Y eso, me excita otra vez.

Suaves movimientos.

Casi indescriptibles con su pene, que vuelven a ir y venir, en mí.

Y mi cuerpo vuelve a despertar, al sentirlo.

- Júramelo, rayo de sol... - Su tono no es de mando, es un ruego de pura ternura.

Cierra sus ojos mientras flexiona sus caderas para profundizarse, más

dentro mío.

Su pene está duro de vuelta.

Y comienza a entrar y salir para volver a enterrarse de mi interior, haciéndome ahogar un grito de placer.

- Te lo juro... - Prometo en su oído tragando esta y apoyando mi frente en su hombro dejándome llevar.

- ¿Aunque soy un hombre roto y jodido? - Me pregunta, entregado.

No hay brutalidad, ni rudeza.

Y no sé bien, lo que nos está pasando.

Pero lo hace pausado y disfrutando.

Como gozando más cada precioso movimiento lento, deslizándose dentro de mí.

- Te quiero así, Herónimo... - Murmuro de placer por sus tiernas embestidas, perdiéndose mi voz y floreciendo, mi maldita sinceridad. - ...roto, pero mío...

- Tuyo... - Susurra, como probando en sus labios cincelados por Dios, como suenan. - ...prométeme que no me dejarás rayo, aunque sea un dolor de muelas. Júralo, nena... - Río con mis labios contra su pecho, besando ellos.

Dos y hasta tres veces, haciendo que se estremezca por el contacto de mis besos.

Y suspiro de placer.

- Lo juro... - Digo, porque es la verdad.

Negar lo sería tapar el sol, con un dedo.

Imposible.

¿No me preguntes, como?

Pero estoy enamorada, de este hombre.

Un hombre, que nunca va amar.

Y nunca, me va amar.

Que tiene cierta fascinación por mi persona de índole poseso y que me quiere para él.

Solo eso.

Mientras yo, me entrego.

Por amor...

Acuna mi rostro mirándome sonriente y empujándose, contra mí.

Es suave.

Cuidadoso.

Como temiendo romperme.

Gemimos juntos, despacio y disfrutándonos.

Nos acariciamos los dos y su nariz, roza la mía con ternura.

Besa mi mejilla para apoyar luego su frente, sonriendo feliz.

Porque Herónimo, no me está cogiendo.

Me está haciendo el amor...

Su orgasmo llega y grita mi nombre otra vez, cuando me llena.

Es tibio, líquido y me colma.

Aprieto con fuerza mis piernas porque quiero todo de él y eso, trae el mío por sentirlo.

Acaricia mi mejilla intentando ralentizar ambos, nuestras respiraciones.

Y calmar los fuertes jadeos de ambos, que llenan el solitario baño.

Sin decir nada sale conmigo unido del baño, para sentarme con cuidado en el lavado de mármol.

Me muevo para separarnos, pero me lo niega con la cabeza.

- No, nena... - Su voz es suave. - ...yo, te limpio... - Accedo sin hablar y siguiendo con mis ojos sus movimientos.

Sin dejar de mirarme, saca varias toallas de papel del dispenser y las humedece con agua.

Sale de mi interior y con suavidad, limpia mis muslos.

- Mío... - Dice al higienizarme con cuidado mi intimidad y sobre mis pliegues.

Nota algo de su eyaculación en mi entrada y mirándome a través de sus espesas pestañas oscuras con ternura, la empuja en mi interior con su índice.

Gimo, por la sorpresa.

Mierda.

¿Por qué eso me excita y me parece tierno?

- Siempre dentro tuyo, mi rayo de sol... - Acuna mi entrepierna con una de sus manos, con suavidad. -...esto, es mío. Solo mío...

Suelto una risita.

Me mira raro.

- ¿Qué? - Gruñe.

Le señalo sus manos y sigue sin entender.

- Todo el tiempo llevaste puestas las vendas de lucha, en tus manos. - Digo.

Se las mira frunciendo su bonito ceño y luego, se sonríe de lado.

- No lo había notado. - Me responde, con una mueca divertida.

Río, con más ganas.

La verdad, yo tampoco.

Y su sonrisa crece mientras se limpia su pene y tira las toallas de papel usadas, al canasto de la basura.

Seguido a guardarlo dentro del pantalón y atar nuevamente el cordón de la cintura, mientras me ayuda a bajar con cuidado.

Me acomoda mi sujetador y blusa alisando con sus manos, mi falda de jeans.

Y frunciendo nuevamente su ceño al notar, su poco largo.

Le gruñe acomodando el saco de Collins evitando que se pueda ver algo de ella, abrochando dos botones.

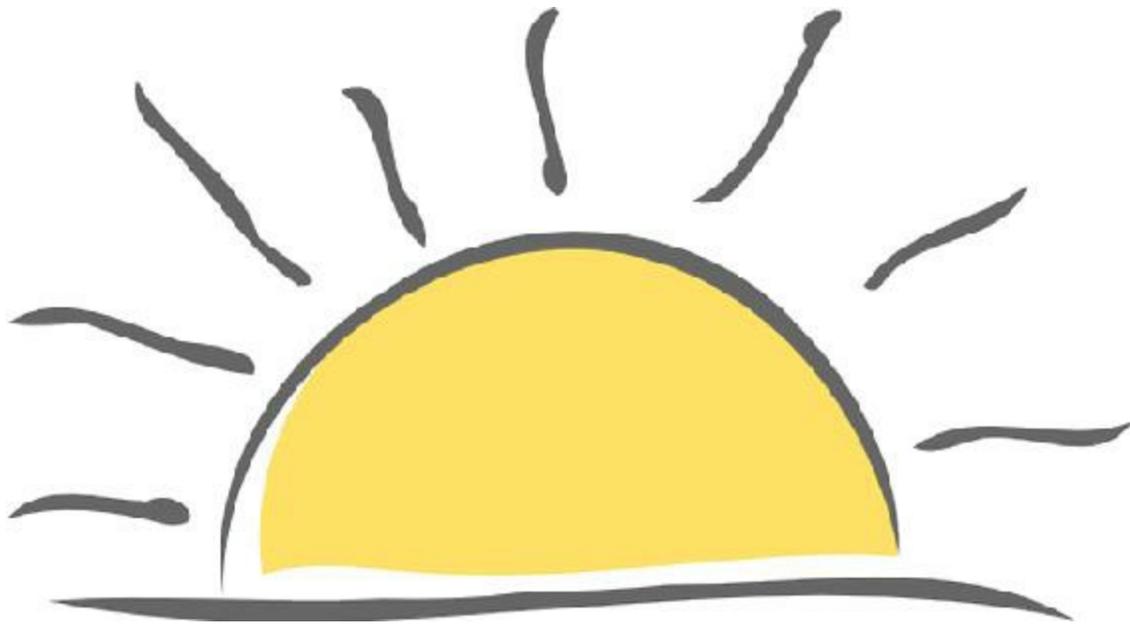
Ruedo mis ojos.

Levanta su índice, sobreprotectoramente.

- ¿No te lo sacas hasta que lleguemos a casa, entendido rayo?

¿Cómo?

Y arrugo mi nariz y me cruzo de brazos.



CAPITULO 34

Yo

Yo no vuelvo a mi casa, Herónimo. - Le digo abriendo las llaves del grifo, para lavarme las manos y mirándolo a través del espejo.

Me seco, con una toalla.

- Lo sé. Vendrás a la mía, nena. - Suelta de lo más natural y encaminándose a la puerta de salida.

La abre y se detiene, para esperarme.

Camino hacia él intentando peinar lo mejor que puedo mi pelo, para recogermelo con otro "llego tarde."

Se sonrío, al verlo.

- Nunca quedé contigo, en volver a tu casa Herónimo. - Le aclaro. - No has entendido.

No vuelvo, porque esta noche salgo con Mel ¿Recuerdas? Salida de chicas.
- Le aclaro.

Jesús.

Su bonito rostro se desfigura, como si se hubiera tragado un ladrillo.

Me entrecierra los ojos, pensativo.

- No. - Dice al fin, girando y haciendo señas a Collins solo con camisa

blanca y pantalón de vestir, que se acerque.

Le susurra algo en el oído que no logro escuchar por la música alta y este, asiente y vuelve al rincón donde estaba.

¿No?

¿NO?

Y la furia me invade.

¿Pero quién, se cree que es?

¿Mi dueño?

Camino hacia él muy enojada, tomando su brazo para que me mire y lo hace.

- No te estoy pidiendo permiso Herónimo ¡Dije, que voy!

- No Vangelis, te vienes conmigo. Punto. - Me ordena. - ¡Collins! - Lo llama nuevamente. - Iré a cambiarme y terminar, un asunto. - Me mira. - Cuidala, hasta que regrese...seré rápido...

¿Qué me cuide?

¿Qué?

¿Tengo cinco años, ahora?

Y sin esperar respuesta mía, se encamina por detrás de la barra, perdiéndose entre la gente, humo y luces láser.

Lo fulmino con la mirada a Collins, como si el pobre tuviera la culpa de todo.

- Él es un hombre bueno señorita, créame...solo la está protegiendo. - Dice, después de unos segundos.

Me cruzo de brazos sin responder y tapándome más con su saco, recordando que no llevo puestas mis bragas.

Carajo.

- ¡Aquí estás! - Grita Mel bailando al ritmo de la música, con Rodo al lado y un Gin tonic en mano.

Se detiene, para mirar mi atuendo.

- ¿Pero qué diablos llevas puesto, Van? - Ríe.

Levanto mis manos al aire, provocando que Rodrigo se carcajee.

- ¿Fue Herónimo verdad? - Pregunta.

Ruedo mis ojos.

- ¡Lo sabía! - Dice feliz ante mi mejor cara de mierda, que le da más risa.

El enojo me consume y le saco a Mel el trago de sus manos, para beberlo de un sorbo.

El alcohol quema mi garganta, mientras me acerco a ella.

- Espérame en los ascensores, para ir al club de Andrew. - Le digo dejando el vaso vacío. - Iré a decirle a Herónimo...

Mel chilla con un grito triunfante y un brazo como puño, en el aire.

- ¡Sí!- Dice.

- ¡Voy por Herónimo! - Grito a Collins por sobre la música.

Y sin darle tiempo a nada, camino rápido entre la multitud y en la dirección que él se fue.

Una entrada a un pasillo, me lleva directo a lo que aparenta ser unos vestidores.

La mayoría están con sus puertas abiertas y las luces apagadas.

Todo muy solitario haciéndome pensar, si fue buena idea mi decisión.

Solo unas más lejanas, están encendidas.

Me dirijo a la primera.

- ¡Señorita Vangelis, espere! - La voz de Collins, resuena detrás mío.

Me doy vuelta sobre mi hombro para mirarlo y lo noto, agitado en sus pasos.

Como apurado para llegar a mí y haciendo, que acelere más los míos.

Jadeo por la carrera al llegar, a la primera habitación iluminada.

Y me sostengo con ambos brazos en el marco de la puerta, para recuperar el aliento mientras levanto mi vista.

Y mi corazón.

Se rompe, al ver...

A Herónimo de pie y solo con unos viejos jeans gastados a medio abotonar y descalzo.

Y sosteniendo de los hombros, a una mujer que lo abraza de su cintura.

Besando.

Besándola.

Repito.

Besándola, en la boca.

- Dios... - Sale de mí cubriéndome la boca inmediatamente con mis manos, con un Collins detrás mío llegando justo.

Herónimo se da vuelta por mi gemido de tristeza al sentirme, empujando a la mujer de pelo lacio y rubio.

Cual se limpia sus labios por el beso sensual y por más rechazo de él, con sus dedos mirándome fijo.

¿Se está sonriendo?

Joder.

Miro hacia ellos con el estómago revuelto de la ira y los celos.

Piernas kilométricas.

Vestido corto, ajustado y negro.

La recuerdo.

¡Es la mujer que no dejaba de mirarme, al otro lado del ring!

Continúa sonriéndose, con sus dientes perfectos y nacarados.

Al parecer la bulimia, no le había podrido el esmalte.

Todavía.

- Nena... - La voz de Herónimo se quiebra al acercarse hasta donde estoy, con una mano en alto.

Niego con mi cabeza, retrocediendo unos pasos.

- No es, lo que... - Intenta decirme.

- ¡No! - Le grito, interrumpiendo. - No, te atrevas... - Murmuro entre dientes, llena de rabia y tristeza, caminando hacia atrás y chocando mi espalda con el enorme cuerpo, de Collins por no ver.

La rubia como si nada se acerca a Herónimo y envuelve con su delicada mano de uñas pintadas de rojo, su brazo.

- ¿Quién es, cariño? - Le pregunta. - ¿Tu nueva fémica? ¿No le hablaste, de nosotros? - Le dice suave.

- ¡Basta, Amanda! - Le grita Herónimo, soltándose de su agarre. - Ella...ella es, mi...

Bastardo.

Maldito, bastardo.

Él decía.

Él me dijo.

Cuarta regla.

No besos, en la boca.

Pero frente al dolor de ello y verlo.

Enderezo mis hombros y tomo fuerza para decir, lo que él no puede.

- Si, la que sigue en esa lista...solo una más del montón... - Respondo mirando fríamente, a la mujer bonita.

Mis ojos vuelven, a Herónimo.

- La "cuarta regla", está hecha... - Mis ojos amenazan con llorar, debo huir. - ...les quedó pendiente las tres primeras, que lo disfruten... - Digo con asco, volviendo al pasillo.

Y corro con todas las fuerzas que Dios me dio y la voz de Herónimo, llamándome.

Lágrimas recorren mis mejillas con la imagen de él y esa tal Amanda, besándose.

Cretino.

Me dijo, que éramos exclusivos.

Idiota de mí por un brillo de ilusión que tuvo mi corazón, por lo sucedido en el baño minutos antes.

Me sentí especial, por la forma en que me amó.

Él la besó Vangeliz, repite mi mente.

Ella es hermosa y con ella, todo debe valer.

¿Una ex fémmina?

Por supuesto, que no.

Él, la beso.

Debe ser, alguien especial.

Choco con una multitud de gente, intentando escapar.

Y otra imagen golpea mi mente, terminando de reconocer a la mujer rubia.

¡La foto que vi en unas de mis clases, de la facultad!

Era la sexi rubia de vestido rojo abrazada a Herónimo en alguna *premiere* o *mega* fiesta de gala, unos años atrás.

Claro.

Era su pareja.

Mi estómago, se revuelve más.

Oh, Jesús.

¿O tal vez es el amor de su vida, después de viudo?

Seco mis lágrimas con la manga del saco de Collins, con bronca.

Porque Herónimo, no me ama.

Él nunca, me beso.

En cambio, a ella sí, y por eso la debe amar.

Empujo a dos hombres que impiden mi paso, para invitarme un trago cual me niego.

Pero uno me toma de la cintura, moviéndose conmigo al ritmo de Lady Gaga con su canción que suena.

Su aliento a whisky me abruma e intento escapar.

- ¿Qué pasa pequeña? Solo queremos invitarte, una copa y pasar el rato... -
Acerca su boca a mi rostro.

Todo él es alcohol y está muy ebrio.

- ¡No! - Grito corriendo mi rostro e intentando salir de sus brazos, que me envuelven con más fuerza.

- Soy jugador de fútbol, cariño...estamos fuera de temporada y buscamos algo de diversión... - Abre mi saco y me mira lascivo, silbando. - Mira lo que tenías escondido, eres jodidamente hermosa y no solamente de rostro, pequeña...

- ¡Suelta, mi mujer! - Ruge una voz, por sobre nosotros.

Sin darle tiempo a nada, Herónimo lo toma del cuello de su camisa y lo eleva para darle un certero puñetazo, en la mandíbula demoledor.

Haciendo que caiga contra el piso y empujando gente con su cuerpo.

El hombre trata ponerse de pie, pero Herónimo se abalanza sobre él para golpearlo nuevamente con furia.

Dios Bendito.

Nunca lo vi así, sus ojos reflejan el infierno mismo en ellos.

Todo él, es níveo y tempestuoso.

Cada poro de su cuerpo irradia, su elemento.

La oscuridad.

Collins llega con Grands para separarlo del hombre maltrecho, que sangra estrepitosamente de su nariz.

Creo que la tiene partida, mientras su amigo lo ayuda.

Grands se inclina a ellos, les habla y obedeciéndolo, se pierden con él entre la multitud.

Estos entre curiosos y expectantes, siguen observando a Herónimo sacado por la furia, intentando en vano escapar de los brazos de Collins y Rodo, que quieren calmarlo.

Sus hombros bajan y suben, por sus fuertes respiraciones.

Pero resopla, cerrando por unos segundos sus ojos.

Sigue solo con sus jeans y descalzo, frente a toda esta gente y de mí.

Acusando que no quiso perder tiempo.

O sea.

¿Él vino, detrás mío?

Flashes de centenares de celulares, me despiertan.

Mierda, los paparazzis se harán el mes con esto.

Mel sale por detrás de ellos y me abraza con cariño que sigo petrificada desde mi lugar, mirando todo sin poder reaccionar.

Grands aparece nuevamente entre el gentío sin ya, los hombres y acercándose a nosotras.

- Señorita Vangelis, permita que yo la lleve. - Me murmura. - No está en condiciones que maneje usted, créame. - Prosigue. - Yo mandaré buscar su

auto y que lo lleven a su departamento a primera hora.

Me vuelvo hacia Herónimo que ya calmado pide que lo suelten, con un ademán fuerte de sus brazos.

Trona con su mirada a Collins y Rodo.

Pero los suaviza, cuando los deposita en mi persona.

- Rayo... - Me susurra, caminando en mi dirección.

- ¡No! - Retrocedo hacia Grands.

Lo miro.

- Llévame por favor a casa... - Le suplico.

Esos hermosos rasgos que tiene se endurecen por mi negativa, pero obedece deteniéndose.

- Vangelis, eso no fue... - Resopla, poniendo sus manos en la cadera. - ...tú, me juraste no dejarme! ¡Tú eres mía, maldita sea! - Poniendo como puños sus manos, en la cintura.

-¡Y tú me juraste, que solo seríamos nosotros dos! - Le grito.

Exhalo aire.

- Pídele que te lo jure, ella... - Me quiebro, viniendo a mi mente lo otro. - Ya que la besaste, Herónimo... - Digo llena de odio y dolor llenándose mis ojos de lágrimas otra vez y retrocediendo más.

Porque tenerlo cerca, me duele mucho.

De golpe por lo que digo, cuatro pares de ojos me miran y luego a él interrogantes como sorprendidos.

Claro, como no.

Ahora entiendo.

Mel, Rodo, Collins y Grands saben lo de las féminas y sus putas reglas.

Lo que no sabían era, que conmigo también.

Sonrío con tristeza por eso limpiando mis lágrimas con el dorso de mi muñeca, mientras camino hacia los ascensores con Mel abrazándome con fuerza y un silencioso Grands, detrás de nosotras.

HERÓNIMO

La sigo sin importarme una mierda que Rodo se interponga sobre mí, para que no lo haga y toda esta puta gente mire.

Collins con su equipo, solucionará las mierdas de paparazzis.

Me envuelve entre sus brazos, para detenerme.

- No lo hagas hombre, detente...ya bastante espectáculo diste por esta noche. - Me frena con su cuerpo.

Miro por sobre sus hombros a Vangelis, introduciéndose al ascensor en silencio.

Su mirada se encuentra con la mía, antes de cerrarse las puertas.

Lágrimas, recorren sus mejillas.

Mi rayo de sol, está llorando por mi culpa.

Mucho.

Y si algo me quedaba de mi alma, en color rojo.

Se rompe en diez mil putos pedazos y se va con ella.

- La lastimé, Rodrigo. - Murmuro. - Ella, se fue llorando... - Lo miro, con furia.

Porque tengo que ir detrás de ella, consolarla como acunarla en mis brazos y explicarle.

- ¡La hice llorar, maldita sea! - Gruño tratando de zafar, de sus brazos otra vez.

Pero me aprieta más fuerte, para impedirlo.

- Tiene, que creerme... - Gimo.

Rodo, niega.

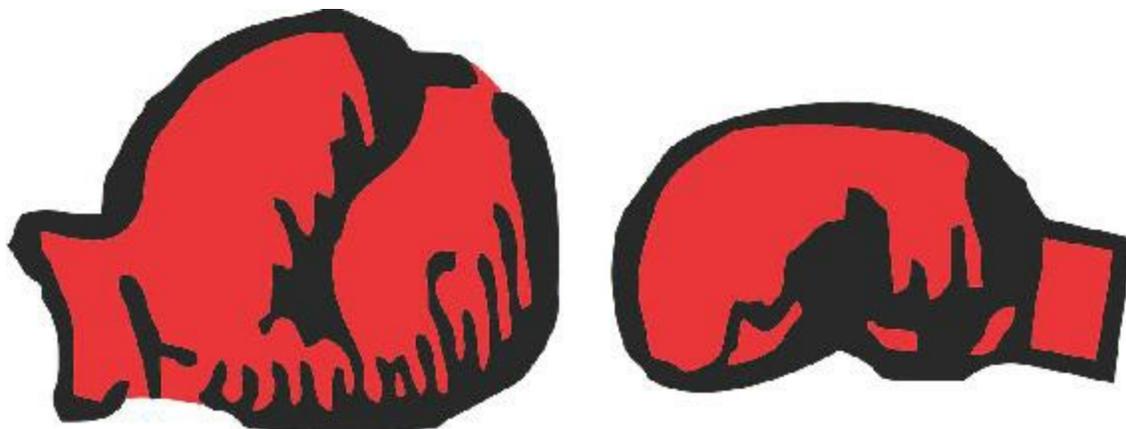
- Escucha, estás sacado. El Herónimo en sus cabales no lo haría...tranquilízate hermano... - Me ruega palmeando mi espalda.

Resoplo.

- ...vamos... - Me indica tocando mi hombro, en dirección a los vestidores.

Obedezco de mala gana, mientras lo sigo.

- Termina de cambiarte, llamaré a Marcello para que nos espere en el Pen con un par de Jack's dobles para los dos y me contarás que demonio pasó, que no entiendo una mierda... - Finaliza, alentando a que camine.



CAPITULO 35

Gaspar

Casi 18 años, de no vernos las caras.

Por estar encerrado entre malditas rejas y sin privilegios.

Padeciendo la comida de mierda de la cárcel, pelear con cada hijo de puta para que no me meta el dedo en el culo o su pene y ganarme mi respeto, a puñetazos y rompiendo brazos.

Sentir la mierda fría de una celda repugnante, por 18 inviernos helados donde por las noches, el ruido de ratas chillando en tuberías y desagües era la canción de cuna, de las buenas noches.

Cada puta noche soñé con mi libertad y en cada una, imaginando que este día llegaría para ver al que fue mi mejor amigo.

El gran empresario Herónimo Mon, ahora.

Cuando fui a prisión a cumplir mi condena tenía apenas 19 años, lo justo para que me tomaran como mayor de edad y sentenciarme como adulto que ya era.

Él tenía solo 17 años cumplidos cuando me condenó, como todo un adulto en el cuerpo de un adolescente.

Pero no me arrepiento, por ello.

Para nada.

Yo, lo volvería hacer.

Ojo por ojo, Mon.

Su padre destruyó, a mi familia.

Y vuelvo, por mi venganza.

Sonríó.

Lo sabes...

Reconozco que disfruté verlo pelear después de mucho tiempo otra vez arriba de un ring y como reviviendo en el pasado, aposté por él sin dudarlo y no me defraudó.

Cada año que pasé encerrado, seguí toda su vida y cada uno de sus movimientos.

Herónimo llegó muy lejos y era predecible.

Siempre fue, un puto genio.

Era un muchacho inteligente y ahora, todo un hombre brillante.

El rey del acero.

Esta noche miré y observé todo.

Analizando y creyendo que me iba a costar días o tal vez semanas, encontrar su talón de Aquiles.

Siendo el hombre difícil, que siempre fue y es.

Y caramba.

Que interesante.

Mi primera noche y soy, el flamante espectador en primera fila desde mi rincón, del famoso empresario.

El gran jefe de los jefes, de las T8P.

¿Enamorado?

Joder.

Ni en las mejores épocas, pensé en verlo así.

Aunque en su adolescencia fue y es apuesto, nunca dejó de ser un jodido nerds.

Un traga libros de lentes y brackets en los dientes.

Un maldito chico sexi estudioso, que algunas noches peleaba clandestinamente en lugares de poca monta, pero que rechazaba a todas y huía del género femenino.

Ya que solo una muchacha le sacaba el sueño y admiraba de lejos.

Marian la zorra Linch.

Su compañera de preparatoria y una embaucadora.

Una loba vestida de cordero con minifalda de puta.

Y como buena zorra, que era.

Lo atrapó y cumpliendo mi tercer año de condena, recibí la noticia de que se había casado con ella.

Imbécil.

Incrédulo y ciego.

Era la puta ramera del campus sin que Herónimo sepa, que follaba como los dioses.

Sonrí recordándola, como cogíamos.

Y por eso me persigno con la señal de la cruz, por pensar en todas las posiciones que le gustaban a la muertita.

Pero...

Con esta muchacha, es diferente.

Es un amor adulto y maduro.

El verdadero.

No el adolescente y que fantaseaste Herónimo.

Este es.

El jodidamente, amor real...

Y te conozco tanto Mon, que apostaría todo lo que me hiciste ganar esta noche y que fue mucho.

Que no tienes la más puta idea, de saberlo.

Suelto una carcajada de pura satisfacción dentro de mi limousine, dando una calada a mi puro cubano.

Mierda, que buena suerte la mía.

¿El universo, conspirará, a mi favor?

Tengo que averiguar quién es esa chica y acercarme a ella.

Levanto al aire, mi vaso de Bourdon.

Brindo por ti, hermosa muchacha de peinado extraño y sexi...

HERÓNIMO

- ¿Que Amanda, te besó? - Pregunta Rodo sin poder creerlo, arriba de unas de las bicicletas fijas de mi gimnasio.

Le da otro sorbo a su whisky y pedalea pensativo, un par de veces.

Si será, idiota.

Yo sentado sobre el ring, miro el techo.

Vuelvo a recargar mi vaso con otra medida doble de whisky y lo tomo de un trago, limpiando mi boca con un puño.

Y lo vuelvo a llenar.

- Trece años... - Solo digo.

Rodrigo baja de la bicicleta y se acerca para sentarse a mi lado, quitándome la botella de mi alcance.

- ¿Y qué, sentiste? - Me pregunta.

Lo miro sincero.

- Nada.

- Carajo. - Blasfema. - ¿Te desvirgan de la boca después de trece años, para no sentir nada? - Exclama intentando no reír.

- Si serás, come mierda...

Ríe más fuerte y echando su cabeza hacia atrás.

Acomodo mis lentes intentando con una fuerza sobrehumana, que con su cuello tan expuesto no ahorcarlo.

Me consuelo, con un puñetazo en su hombro.

Y grita como nena, sobándose el brazo.

- Lo siento, hermano... - Muerde su labio, para evitar seguir riendo de mí.

- Yo, no. - Digo por la golpiza sonriendo y dando el último trago, a mi bebida etílica.

Me pongo de pie.

- ¿A dónde diablos, vas? - Se me queda mirando.

- Al departamento de Vangelis... - Respondo.

Porque no lo soporto más.

Necesito verla y explicarle quien es Amanda, aunque rompa mi regla número 1 y hasta la 2 con eso.

Si, si...

No me miren, así.

Yo tampoco puedo creer, lo que digo.

Le pedí a Grands que trajera a Amanda, para dejar las cosas claras sobre nosotros.

Y que se acababa absolutamente todo, entre ella y yo.

No más llamadas, ni apariciones sorpresas en mi piso.

No más, mamadas.

Y solo, por trabajo.

Pero ella se apareció de golpe mientras me vestía, diciendo incongruencias sobre nuestro pasado y relación.

¿Nuestro?

¿Cuándo hubo, un lo nuestro?

Amanda solo fue mi relación temporal más larga, como mi fémica.

¿Nunca hubo, un lo nuestro?

¿Sexo del bueno?

Si y mucho.

Pero nunca sentí nada por ella.

Lo más cercano a la palabra sentir, fue mi gran pene en su boca.

Y cuando empezó a confundir las cosas, se acabó y sabía que sería así.

Jamás le alimenté una esperanza, con los sentimientos.

Y aún intento deducir, el planteo que me hizo hace un rato.

¿A mí?

Que yo si sentía cosas por ella y por eso, siempre volvía.

Joder.

¿Si solo eran unas putas mamadas en mi oficina y bajo mi escritorio?

Perdonen la crudeza.

Pero ella iba, con ese propósito.

Siempre.

Y si recordaran.

Les dije anteriormente que una mamada y un vaso de agua, no se le niega a nadie.

Lo sé, soy un idiota.

Mis más sinceras, disculpas.

Pero es la verdad.

Bien.

Volviendo a su planteo.

No termino de comprender, porque creyó que un beso.

¿Me haría ver, las cosas diferentes?

¿Acaso pensó que, besándola las cosas cambiarían?

¿*Qué la amaría?*

Porque un puto beso es para mí, es apego emocional.

¿Y creyó que eso despertaría en mí, cuando se abalanzó sin darme tiempo a que reaccione?

Carajo al centenar de preguntas que giran en mi cabeza y gracias a los dichos de Amanda.

Y no precisamente, por ella.

Sino.

Por mi rayo de sol.

- No vayas hermano... - Rodo, me saca de mis pensamientos.

Y se pone de pie acercándose, hasta donde estoy.

- Estas ebrio y la vas a cagar...

- Me daré una ducha. - Gruño.

- Si, la necesitas. Pero después, directo a tu cama. - Dice.- Mel se va a

quedar con ella esta noche... - Chequea su celular. - ...tranquilízate marica...

Me mira mientras me froto mi pecho donde me crece un dolor, ante la idea de no ver a mi rayo.

Solo mueve su cabeza y suspira.

- No puedo creer cabrón, que te hayas enamorado finalmente.

¿Eh?

¿De qué demonios, está hablando?

Empujo con mis manos, mi pelo desordenado para atrás desesperado.

¿Enamorado?

¿Yo, enamorarme?

Quiero reírme a carcajadas, con mi sarcasmo ácido de marca registrada que tengo, por lo que dice.

Pero, nada.

Loser total, para burlarme.

Ni una risa.

Carajo.

Whisky, necesito otro trago.

Y camino en dirección al ring otra vez, donde quedó olvidada la botella.

- No. - Respondo al fin, llenando la mitad del vaso.

Es la mejor y estúpida respuesta, que se me ocurre.

Culpo al alcohol, por ello.

Punto.

- Si serás jodido, Hero. - Me dice.

- La conversación terminó Rodo, no te va lo de Cupido. - Le digo caminando hacia la puerta del gimnasio otra vez, tomando mi bebida.

Joder, arde como la mierda.

- Te he visto abrir una botella de un vino con los dientes... - Le elevo una ceja. - ...los pétalos de flores y dar consejos de amor, no es lo tuyo... - Finalizo.

Su carcajada resuena en toda la habitación, siguiéndome.

Y no puedo evitar, sonreír también.

El puto me las roba, hasta en mis peores momentos.

- Eres, tan genial... - Dice riendo más y dirigiéndose a la cocina, a robar unas galletas que horneó Marcello y quedaron enfriando sobre la mesada.

Son dulces y hechas, de diferentes moldes.

Rodo analiza con sumo detalle cada una y se sonríe como niño, cuando levanta la elegida.

Una con forma de estrella con decoración en color verde y rojo.

Tomo asiento en una de las sillas del comedor, observándolo a la distancia.

Y blanqueo mis ojos, dando el último sorbo a mi whisky.

Cristo.

¿Qué tiene?

¿Seis años?

¡Saben todas iguales, santo dios!

La come entera, gimiendo de placer saboreando.

Selecciona otra.

Esta vez, un corazón rosa.

Sonrí.

Si será maricón.

- Admítelo. - Me dice, masticando desde la barra de desayuno sentado.

- Jódete. - Me pongo de pie y en dirección a las escaleras.

- ¿Y ahora, a dónde vas? - Me mira llevándose la cuarta galleta a la boca.

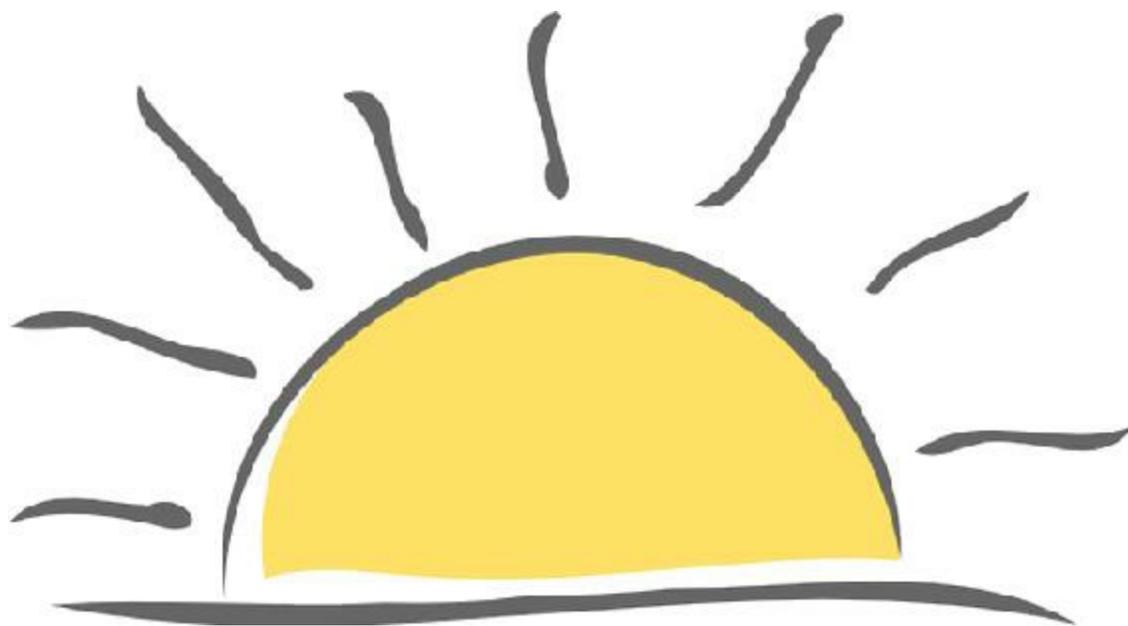
- Ducha y cama, porque ya no te soporto. - Respondo. - Si decides quedarte, tienes la habitación de huéspedes amigo.

Sonrí.

- ¡Te quiero, hermano! - Me grita, desde abajo.

- Y yo... - Le gruño, sin dejar de subir las escaleras.

Te adoro, hermano...



CAPITULO 36

Yo

Creo que me dormí de tanto llorar, finalmente.

Aunque intenté oponerme, Mel quiso quedarse conmigo a pasar la noche en mi departamento, para hacerme compañía.

En el fondo se lo agradecí, porque no quería sentirme más sola.

No podía llamar a Siniestra.

Era un mar de lágrimas y conociéndola, se hubiera venido en camión conduciendo su coche a media noche desde su casa para no perder tiempo y con las tijeras de podar de Roger para rebanarle las pelotas, al que me lastimó.

Y aunque en este momento siento que odio a Herónimo, no lo suficiente para verlo sin ellas.

Todavía...

Después de veinte minutos anoche junto a Mel y sobre mi cama, de preguntarme por qué.

Más dos latas de cervezas, que tenía en mi refrigerador.

Y unas lágrimas más con un par de mimos después de mi amiga y la miraba con expresión de espanto, por alguna respuesta ante mi desgracia mirando el

techo con música sad.

Me dormí.

Y desperté entre mis almohadones y con Mel profundamente dormida, al lado mío y ambas vestidas.

Era temprano, pero ya no podía conciliar el sueño.

Los eventos de la noche anterior, me mantenían los ojos abiertos.

Me deslicé despacio de la cama para no despertarla y caminé hacia el baño, por una ducha rápida y purificadora, donde seguí llorando.

Me sequé rápido y vistiéndome solo con mi ropa de deporte, calzas negras y un top rosa.

De la cocina desayuné solo cereales con un vaso de yogurt de fruta del refrigerador, comiendo sin gana y de pie, apoyada en la encimera.

Estar encerrada me hacía pensar y entristecer más.

Carajo.

Recojo mi pelo aún húmedo, con la pluma de Herónimo mirándome al espejo.

Suspiro.

Mi rostro da angustia, tengo los ojos hinchados y enrojecidos de tanto llorar anoche hasta la madrugada y ahora, otra vez a la mañana.

Tonta.

Te pasa por ilusionarte.

Herónimo Mon, eres un idiota.

Me pongo las zapatillas y escribo una nota a Mel diciendo que salí a correr y la dejo sobre la mesa, mientras busco una botella de agua del refrigerador.

En la puerta de entrada de mi edificio, aunque son pasadas las 7 AM y es temprano, mi Mini Cooper '75 ya está estacionado en la vereda en frente.

Me pongo los auriculares mirando para ambos lados de la calle, buscando una señal de Grands vigilándome desde su Jeep negro.

Nada.

Aprieto play en la lista de reproducción de mi celular y comienzo a trotar en dirección al parque, que está a 2km de distancia por zona Este.

El aire pega en mi cara despejándome, renovando el aire de mis pulmones y el que está turbio en mi cabeza.

Por mis auriculares suena, una canción de Pink.

Llego al parque en tiempo.

No sé, si es de la ira que cargo de anoche o porque siendo domingo, las calles están en su totalidad desiertas. Me sumerjo en el sendero, cruzándome

con gente trotando también.

Luego de una hora y cuarto después de correr sin parar, me siento en una de las bancas de madera.

Tiro mi cabeza hacia atrás intentando regularizar mi respiración, tomando de a sorbos pequeños mi agua mineral y agradeciendo que el sol me da a pleno, cierro mis ojos.

Relajante.

- ¿Perdón señorita...puedo? - Una voz masculina muy agradable, suena frente mío.

Abro mis ojos pestañeando con dificultad por el sol que me da de frente y pongo una mano como visera.

Un hombre de pantalones deportivos azul y una camiseta blanca sin mangas jadeante también por correr, me mira divertido.

- No quisiera molestar... - Le da un vistazo al parque y me sonrío. - ...pero las bancas cercanas, están todas ocupadas.

Miro y es verdad, luego a él.

Es muy atractivo.

Alto.

De pelo de un rubio oscuro y lacio.

Y sus ojos son de un azul tan intenso, como el cielo despejado de esta mañana.

Mierda.

Él es guapísimo y con un enorme cuerpo fuerte, marcado de músculos.

- Claro. - Solo digo, corriéndome para darle espacio.

Me agradece poniéndose sus auriculares, cuando toma asiento.

Cierra sus ojos y se echa hacia atrás como tomando sol, mientras escucha su música.

Y yo sigo con lo mío, chequeando mi celular.

Lo apagué anoche, antes de acostarme.

Y pestañeo, asombrada.

Tengo 19 llamadas perdidas de Herónimo, siendo la última hace diez minutos.

Y 7 mensajes de textos.

Seis de él y uno de Mel.

Resoplo abriéndolos.

Herónimo:

23:51h - *“Nena deja que te explique, atiende el puto teléfono”*

01:24h - *“Yo no la besé, Van.”*

02:07h - *“Rayo de sol te estoy llamando.”*

02:09h - *“¡Atiende el condenado celular, AHORA!”*

02:13h - *“Joder contigo. Buenas noches amor...”*

07:19h - *“Estoy en tu dpto. ¿Dónde MIERDA estás?”*

¿Amor?

¿Qué te jodan, Mon!

Dile amor, a esa lagartona de tetas falsas.

Bastardo mentiroso.

Abro el mensaje, de mi amiga.

Mel:

07:20h - *“¿Cariño, saliste a correr? Pues sigue haciéndolo y llega hasta la frontera con México, pidiendo exilio ^^ Porque tu sexi novio y jefe nuestro, se presentó en tu dpto y está que se lo lleva el demonio por no encontrarte. Con lo que te hizo anoche es un puto engreído y le dije que le vas a dejar las pelotas moradas de suspiros por ti. Se lo tiene merecido, por ser un cabrón ;)”*

Suelto una risita por el mensaje de Mel mientras tecleo contestándole, provocando que el hombre guapo sentado a mi lado, abra un ojo para mirarme.

Yo:

08:58h - *“Jajaja, eres increíble. Estoy en el parque y vuelvo en un rato, tal vez visite a Siniestra más tarde :)”*

Mel:

08:59h - *“¿Siniestra? ¿Dónde tienes, el café? :S”*

Yo:

9:01h - *“Jajajajaja Es mi hermana mayor...en la gaveta derecha de arriba XD”*

Mel:

09:03h - “¿A tu hermana, le dices Siniestra? JODER. Creo que voy adorar, a tu hermana ;D
¿Y las galletas dulces? Te dejaré café recién hecho :)))»

Yo:

09:04h - “En un frasco, gaveta izquierda ;)”

- Tienes, una bonita sonrisa... - Suelta el hombre sentado al lado mío, sin voltearse a mí como abrir sus ojos.

Lo miro.

- ¿Disculpe? - Le digo.

Abre solo uno de ellos, por el sol de frente.

Y ladeando apenas su cabeza, hacia mí.

Se saca un auricular, dejando escuchar de fondo a los Rolling.

Se sonríe.

Linda sonrisa.

- Cuando llegué no pude evitar notar, que tu rostro estaba triste. - Dice.

Arrugo mi nariz y eso, lo hace sonreír más.

- Lo lamento ¿sí? - Se disculpa, ante mi cara. - Pero, es bueno saber... - Señala mi celular entre mis manos. - Que tienes a alguien que te hace reír, en momentos de tristezas. - Sus ojos vagan fugazmente a mis pechos.

Me cruzo de brazos.

Aunque fue un vistazo rápido y muchos hombres tienen esa tendencia, se sintió raro.

- ¿Y cómo sabes, que estoy triste? - Le pregunto dudosa.

Acomoda su pelo hacia atrás para luego extendiendo a lo largo de la banca, sus grandes brazos de forma relajada y mirando sin un lugar fijo, el extenso parque.

- Tus ojos cafés tienen huella, de haber llorado mucho... - Me mira profundamente.

Joder, que escalofrío.

- ...como si hubieras tenido ayer, la noche más triste de tu vida...

Ok, un oráculo no es.

Tengo los ojos en compota de tanto llorar y un par de horas al aire libre, no me lo iban a deshinchar.

Predecible.

Pero es en la forma en que me lo dice, lo que me incomoda.

Porque esos ojos que eran de un color cielo momentos antes, ahora se volvieron de un azul plumizo.

- ¿Nos conocemos? - Pregunto intentando registrar su rostro, de alguna parte.

Y una media sonrisa, se dibuja en sus labios.

- ¿Tu qué crees? - Solo es su respuesta.

¿Carajo, si o no?

Y elevo mis ojos, al cielo misericordioso.

¿Me podías mandar, a alguien normal?

¿Es mucho pedirte?

- Lo siento, no te recuerdo... - Digo juntando mi botella de agua y poniéndome de pie, con ademán de irme.

Este tipo guapo, es muy extraño.

¿Otro más, en mi lista?

No, gracias.

- ¡Aléjate, de ella!

Y dulce Jesús.

Volteo para ver, a Herónimo.

Sacudo mi cabeza.

¿HERÓNIMO?

Vuelvo mis ojos, al cielo.

Muchas gracias, normal dije.

Viene hacia mí, con Collins al lado.

Lleva puesto esos jeans claros gastados que le quedan de muerte, con una camisa a cuadro en azul abierta totalmente y dejando ver abajo de ella, una camiseta blanca y zapatillas.

Una gorra con el logo *Porsche* corona esos malditos rulos avellanas que caen bajo ella y por sus lados, acompañado de unos lentes de sol.

Es una gran mole de casi 2m de hombre, caminando y podría jurar que cada paso que da, estos retumban en el parque.

Provocando la caída de árboles detrás de él y convirtiendo en hielo, lo que pisa.

Ok.

Exageré de vuelta.

Pero como les dije una vez, cuando este hombre hermoso y oscuro como glacial, viene con toda su ira encima, sientes que todo se congela.

Inclusive, tu sangre.

Sus mejillas están de un rojo furioso.

Y su respiración es rápida y siento a través de sus lentes de sol, su mirada asesina.

Onda, Masacre en Texas.

Hermoso, el muy puto.

¿Pero cómo diablos, supo dónde estaba?

Achino mis ojos.

Mel, traidora...

El hombre sentado al lado mío, no se inmuta ante su grito y presencia.

Permanece relajado en la banca mirándolo fijo y sonriendo levemente.

Y arrugo más mi nariz, porque se podría decir que se deleita con todo esto.

Herónimo llega hasta mi sacándose sus lentes de sol, para colgarlo en el cuello de su camiseta. Seguido de escanearme, de cuerpo entero. Toma una de mis manos y con un impulso, me envuelve en su brazo. Con su mano libre, acuna mi rostro para mirarme.

Raro.

Hay felicidad y descontento al mismo tiempo en ellos, con su gama de oscuridad.

- ¿Te hizo, daño? - Me pregunta, lleno de preocupación.

Se ve caliente, fuerte, tierno.

Y esa palpitante energía o llámenla, sensación que irradia de él.

Es como un imán, para mí.

Y carajo, conmigo.

Me suelto, de él.

- Define daño. - Le murmuro.

Me entrecierra sus ojos, ante mi sarcasmo.

- Collins acompaña a Vangelis, hasta el coche. - Dice entre dientes y volviendo al hombre sentado.

- Vaya...esperaba un saludo más caluroso de tu parte, después de...tanto tiempo de no vernos, amigo... - Habla por fin el extraño, sin sacarle los ojos tampoco de encima.

Pero se pone de pie y ante eso, Herónimo retrocede un paso envolviéndome más entre sus brazos.

¿Me está, protegiendo?

- ¡Collins! - Vuelve a llamarlo y me gira a él.

Éste, se acerca.

- Señorita, acompáñeme por favor. - Me susurra Collins.

No obedezco.

Porque los miro.

¿Qué demonios está pasando, acá?

¿Herónimo, conoce a este hombre?

Están parados, uno frente al otro.

Mirándose de forma fría, profunda y desafiante.

Y hasta midiéndose ambos como si fueran unas malditas fieras alfas, a punto de saltarse a la garganta del otro.

Collins trata de guiarme con una mano gentil en mi brazo y camino unos pasos, sin dejar de mirar por sobre mi hombro a ambos.

Pero me suelto.

- ¡No! - Grito. - ¿Qué está sucediendo acá? ¿Ustedes, se conocen?

El extraño suelta una risa y Herónimo me taladra, con su mirada.

- Dije, al coche... - Me dice glacial.

Que lo jodan.

- Me quedo. - Respondo.

- ¿No le has contado a tu chica, de mí? - Nos interrumpe el hombre de nuestras miradas llenas de reproches, por parte de él y de odio del mío.

Finge una mueca de tristeza, hacia Herónimo.

- ¿Crecimos juntos y no sabe nada, de mi existencia? - Lo mira fijo. - Permíteme, presentarme... - Se vuelve, a mi dirección - Soy...

- ...Gaspar... - Advierte amenazante Herónimo, dando un paso más a él.

El dicho Gaspar retrocede y poniendo sus manos frente suyo con sus palmas abiertas, como escudo y con expresión divertida.

- Hey...tranquilo, amigo. - Le dice.

- No soy tu amigo, Gaspar... - Responde Hero, tajante.

Y con eso tres hombres del estilo de Collins y Grands, aparecen de la nada y de forma intimidante, de un sector del parque. Para ubicarse a poca distancia del tal Gaspar y con sus manos cruzadas por delante. Inconscientemente me acerco a Herónimo y él, me toma de la mano.

Los ojos de Gaspar, se endurecen más por su dicho.

- Lo éramos. - Su tono de voz, me eriza la piel. - Éramos familia, la tuya y la mía...

- Llamaré a la policía Gaspar, vete de una puta vez... - Herónimo no se inmuta.

Y éste, se ríe.

- ¿De qué, me vas a culpar esta vez? ¿De qué, salí a correr? ¿Es un crimen?

- Se señala su ropa deportiva sudada. - ¿De que, después de casi 18 años de encierro, quiero disfrutar del aire libre? - Me mira de arriba abajo, de forma lasciva. - ¿Y por encontrarme, a una hermosa muchacha?

Miro a Collins preocupada.

No dice nada, pero sus ojos de color plata me quieren dar tranquilidad.

La mano de Herónimo libre se cierra como puño y sé, que intenta controlarse para no saltar contra él, como al jugador de fútbol de anoche en la pelea.

- Señor, no lo haga... - Se cruza Collins provocando, un movimiento de los tres hombres ante su reacción.

Collins lo mira desafiante, para luego volverse a Herónimo.

El dicho Gaspar, se da la vuelta.

- ¿Crees en las causalidades, Hero? - Pregunta, caminando en dirección a sus hombres.

Nos mira, por sobre uno de sus hombros.

- Porque, yo sí... - Me mira. - ¿Un consejo? Aléjate de él si eres tan inteligente, como hermosa nena...

Y Herónimo no se hace esperar y me suelta, para abalanzarse hacia donde está él.

Collins lo frena interponiéndose y envolviéndolo fuerte entre sus poderosos brazos, para impedir que continúe.

Lucha por zafarse y yo, me sumo.

- ¡Herónimo, cálmate! - Grita Collins.

Sus ojos inyectados de sangre por la furia no dejan de mirar a Gaspar, que riendo se aleja con los hombres por el sendero.

Forcejea contra Collins y conmigo.

Lo miro.

- ¡Para! - Grito apretando su mano, para que focalice solo en mí.

Cristo.

Él puede convertirse en un demonio.

Y dos veces, en menos de 24h.

- ¡Qué! - Me gruñe. - ¡Que pare, que!

- ¿Qué tienes? ¿14 años? - Digo. - ¿Quieres darte de puñetazos con otro hombre, en plena vía pública? - Y le señalo la gente y familias, en el parque. - ¿Acaso no recuerdas quién, eres? ¿Y los paparazzis?

- ¡A la mierda, todos! - Bufa.

Suspiro.

- ¿Sabes, que? - Suelto su mano y se la queda mirando, cuando lo hago.

- Tienes razón, a la mierda todos. Llénate de golpes si quieres con ese tal Gaspar. - Niego. - Ya no me interesa nada, que venga de ti...

Tomo mi botella de agua, que quedó sobre la banca.

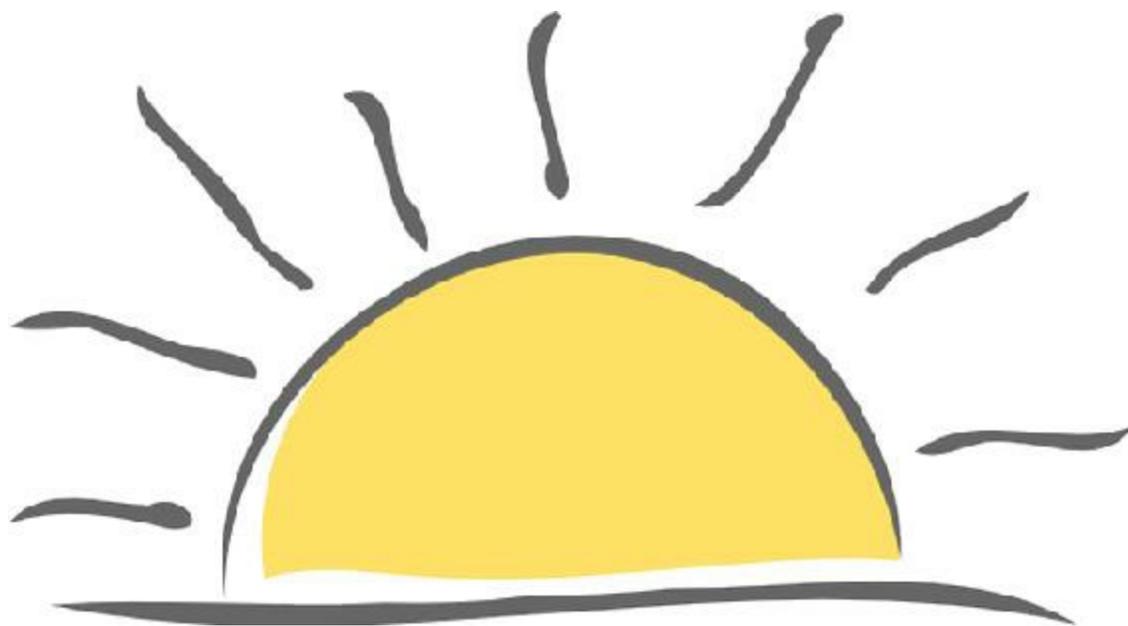
- Dile gracias de mi parte a Grands, por traer mi coche de vuelta cuando lo veas... - Le digo a Collins al pasar por su lado, sonriéndole agradecida.

Cual solo asiente, como respuesta.

Y me voy sin darme la vuelta, porque sé que Herónimo me está taladrando con la mirada.

Lo siento en mi nuca y hasta podría jurar, que baja hasta mi trasero.

- JODERRR... - Lo escucho maldecir en voz alta y venir, tras mío.



CAPITULO 37

Yo

Llega hasta mí sacándose la camisa a cuadros, para quedarse solo con su camiseta blanca mangas corta y escote en V mostrando todo el esplendor de sus brazos tatuados.

Carajo, no puede ser más hermoso este hombre.

- Ponte esto, nena... - Me ordena, alcanzándome su camisa entre sus manos.

- No lo haré...salí a correr y es mi ropa deportiva. - Digo, con su mirada vagando por mi cuerpo.

Y escucho su gemido ahogado detrás de mí, cuando retomo mi caminata de vuelta a casa y sin esperar por él.

Resopla tratando de contener su ira y con dos zancadas suyas, se pone a la par mía.

Lo ignoro, mirando al frente.

- Eso, muestra piel. - Dice por mi top deportivo rosa, con sus manos en los bolsillos de sus jeans, también mirando al frente intentando ser casual.

Lo miro de reojo y encogiéndome de hombros.

- Un poco.

- Es sexi... - Gruñe.

- Pero no, exagerado...

Suspira sin dejar de caminar, al lado mío.

- Mierda contigo, rayo de sol... - Se detiene en frente, haciendo que pare de caminar. - ...y esas calzas? - Se toma el pecho, con una mano abierta. - Carajo, mi angina de pecho... - Gime sufrido. - ...nena, tu no...

- ¡Que te den, Herónimo! - Le doy como respuesta, esquivándolo para volver a mi camino.

- ¡Eres tan terca, mujer! - Y Me toma entre sus brazos, con fuerza.

Su perfume masculino mezclado con jabón de ducha mentolado, me invade cuando me abraza.

Mi perdición.

Fuerza Vangelis.

- ¡Suéltame! - Intento salir de sus brazos alimentando mi bronca, pensando en lo de anoche.

En él, la rubia y ese puto beso...

No lo estoy mirando, pero sé, que se está mordiendo el labio superior sin responder.

- ¡No tienes, derecho a nada! ¡A nada! - Chillo, amenazando mis lágrimas otra vez. - ¡No me jodas con mi vestimenta, sé que ponerme! No me jodas vigilándome, Herónimo... - Golpeo con mi puño, acusador su pecho.-... porque tú y yo, no somos nada!

Tomo aire e intento, liberare de su agarre.

- ¡Ni siquiera pude terminar de entender aún, lo de tus féminas! - La tristeza me colma nuevamente, soy una idiota. - Ve y plántale tus berrinches de celos, a tu rubia de tetas falsas...

- Ella no es mi rubia, rayo... -Al fin habla y me sigue abrazando, pero ya no con fuerza.

Más bien, con mucha necesidad y ternura.

Su mirada oscura mira hacia las calles como juntando sus pensamientos, mientras observa el tráfico y los transeúntes.

- Estoy tan, cansado... - Murmura triste.

Afirmo, aunque no estaba segura, de lo que estaba hablando.

- Fuiste hecha para mí, Vangelis. Yo no puedo pasar mucho tiempo sin tenerte a mi lado o dentro, de ti... - Entrecierro los ojos ante el resplandor del sol y sus palabras, agarrando más fuerte la botella de mí agua mirándolo.

- Pues pásale el memo a tu cabeza por lo de anoche, idiota...y no estoy hablando precisamente, de la que llevas encima de tus hombros...- Respondo,

intentando soltarme de él.

- Nena... - Dice en tono de reproche, dibujando una sonrisa su rostro por mi vocabulario. - Esa boca...

Que te jodan, Mon.

- ¡Quiero irme! - Fracaso en soltarme, otra vez.

- Déjame llevarte, Vangelis. - Me ruega.

Me implora, suave.

- Un café y a tu casa. - Me suplica.- Si no me crees lo que necesito explicarte, prometo dejarte en paz...

- Tu, la besaste... - Mis primeras lágrimas, comienzan a recorrer mis mejillas.

¡Santo dios!

¿Qué, me pasa?

Estoy tan llorona.

Me las limpio con mi mano, con ira.

- Yo te creí...cuando me dijiste, que solo seríamos nosotros dos... - Mi mirada reposa en dos niños jugando en el parque, con unos perros a la pelota.

Extraño a mis muchachos, replanteándome si fue correcto dejar ese trabajo por este nuevo.

Porque, aunque ganaba mucho menos.

Me daba tanta felicidad y no me hacía llorar.

- Por favor, rayo de sol... - Vuelve a rogarme mientras un pulgar suyo, seca mis lágrimas.

Me sostiene la mirada, mientras reanudamos la caminata.

Y me suelta para ello, pero sostiene prisionera una de mis manos entre la suya.

Tiemblo ante su contacto y me responde, con un suave apretón.

¿Porque está tomando mi mano, en público?

Me arde la cara por parecer torpe delante de este hombre glacial y seguro de sí mismo, que había conocido en toda mi vida y enamorada como una idiota.

Y él no.

Miré el piso revisando las grietas súper interesantes de la acera, con cada paso que damos y decidiendo.

- Solo, un café... - Al final digo y después de pensarlo, pero sin mirarlo.

Él tampoco me mira.

Pero siento su sonrisa de lado de satisfacción en ese rostro de adonis,

mientras me lleva hasta su BMW gris plata estacionado; donde nos espera ya Collins de pie y con la puerta trasera abierta para nosotros.

HERÓNIMO

Nos detuvimos en una cafetería a pocas cuadras, del departamento de Vangelis.

Toma asiento, frente mío una vez dentro.

La camarera.

Mujer de unos cincuenta años, nos da una tierna mirada de “*Oh que linda pareja*” y luego extiende nuestros pedidos sobre nuestra mesa.

Y Vangelis rueda sus ojos hacia un costado por la expresión de la mujer de, si supiera señora...

Ahogo una risa burlona.

Y no estoy seguro por el fuerte murmullo de la gente en el bar, pero creo escucharle un *bastardo* en sus labios, en voz baja.

¿No es, hermosa?

Se limita a remover su jugo de naranja exprimido, mientras muerde con ganas el emparedado de jamón que se pidió.

- ¿Qué? - Me gruñe, por quedar mirándola embobado.

Ella no tiene vergüenza, en mostrarse comer en público como todas.

Y eso es caliente y me encanta.

Un consejo.

Los hombres odiamos verlas comer hojas verdes y bastoncitos de zanahorias, en un restaurant.

¿Por qué demonios piden una ensalada, cuando pueden comer un buen bistec o una porción de pizza con su chico?

¿Y optan por pedir, lo que te puedes preparar en tu casa?

El hombre que no disfruta de verlas comer, es un puto patán.

No es hombre.

Pónganse de pie de su silla y huyan, porque no las merece.

¿Se entiende?

Bien.

Esas son, mis chicas.

Froto mis labios con mis dedos pensativo ante ella y niego con mi cabeza sonriendo y dando un sorbo al café negro, que me pedí.

Sus ojos aún están hinchados por llorar.

Carajo, con todo.

Verla con esa expresión, me parte el alma.

¿Alma?

Si, Mon.

Y soy, el único culpable.

Y la mierda más grande del mundo, porque sus ojos me dicen a gritos que me ama.

Toda ella y mi pecho aprieta culpable, por ello.

Porque el amor, podía besar mi culo.

Está quebrada.

Lastimada.

Y en vez de dejarla en paz, de una puta vez.

Acá estoy sabiendo lo que siente por mí y obligando a que me de otra chance para explicarle por lo de anoche, como el cabrón egoísta que soy.

- No deberías, tomar tanto café puro... - Suelta de golpe.

- ¿Me estás cuidando? - Pregunto con suavidad.

Disculpen, no puedo evitar mi sarcasmo para provocarla.

Le doy una mordida a mi masa de vainilla con chispas de chocolate, mirándola con mi sonrisa de lado burlona y soberbia.

Y me entre cierra los ojos, con odio.

Bonita.

- No. Solo te estoy diciendo, que no es bueno... - Me mira otra vez y luego, a mi gran taza de café negro. - ...para ti... - Susurra, lo último.

Yjoder.

Quiero reír, a carcajadas.

No lo hagas, Mon.

Me froto mi barbilla, para ocultarlo.

- ¿Me estás diciendo, viejo?

Me inspecciona unos segundos.

- Eres un idiota, no me refería a eso...- Se quiere excusar.-...es porque no es sano, su abuso. - Muerde su labio divertido, mirando a la gente del bar.

Ok.

Intercambiamos insultos, era un progreso.

Respiro hondo, porque jamás tuve que dar explicaciones a nada ni nadie.

Se hacía, lo que yo decía.

Punto.

Pero Vangelis frente mío aceptando el desayuno conmigo, me demostraba la persona que era y se lo merecía.

Porque ella sin saberlo, me perdonaba todo y me demostraba en cada momento que compartía conmigo, que me cuidaba y que me aceptaba tal como era.

Ella malditamente se preocupaba, por el hombre jodido y roto que soy.

Un que solo la cagaba, cuando la tenía a mi lado.

Con un control de daño ahora, mi rayo de sol lastimada.

Mierda.

- Amanda Adams... - Suelto, tomando otro sorbo grande de mi café.

Carajo, me vendría bien un *Jack's* doble ahora.

Los ojos de rayo de sol vuelven a mí, al escuchar el nombre de la mujer.

Se reacomoda en su silla.

Y suspiro largamente.

No me pregunta quién es, ni nada.

Juró respetar mis reglas y lo hace.

Y solo espera llena de curiosidad que yo por motus propio, le hable de mi pasado.

Mirándome con sus bonitos ojos café, fijos frente mío y del otro lado de la mesa.

- Es la mujer que viste anoche. Ella fue hace mucho tiempo, una fémina mía. - Aclaro el verbo en pasado. - En realidad, con la que más tiempo estuve...

- ¿Cuánto? - Pregunta bajando su mirada, a su jugo de naranja.

Trato de calcular.

Y carajo, no lo sé bien, porque nunca me importó.

Solo cogíamos.

Mucho.

Y me acompañaba galas empresariales y nada más.

- Supongo que año y medio, tal vez dos...

- Eso es mucho tiempo... - Murmura con cierta decepción, tomando un poco de su jugo.

Mierda.

- Supongo... - Digo dándole, poca importancia.

Disculpen.

Yo no sé, que decir ante eso.

- Ella es organizadora de eventos y la contraté cuando las T8P, cumplieron su 5to aniversario. Y desde ahí... - Toso. - ...se encarga de ellas, cuando hago una...

Carajo por su cara, cuando escucha esto último.

Porque me parece que la cagué, otra vez.

Joder.

- Eso es como siete años, que están junt... - Se aclara la garganta. - ...que se conocen bastante bien. - Se corrige.

Mierda.

¿Qué tienen las mujeres, con las cuentas y el tiempo?

- Rayo, yo no estoy con ella... - Digo nervioso sacándome mi gorra y poder pasar nervioso mis dedos por mi pelo.

Para luego volver a ponérmela y evitar que la gente me reconozca, bajando más la visera de la misma.

Apoyo toda mi espalda en el respaldo de mi silla, de forma cansada.

- Si estuve con Amanda...pero eso fue, hace cuatro años. Pero lo dejamos porque después de un tiempo, ella comenzó a confundir las cosas...

- ¿Quiso, más?

Paso mi mano de forma pesada, por mi cara.

Odio dar explicaciones, pero lo hago.

- Si, nena...

- ¿Y se lo diste?

- ¿Qué? -Maldición. - ¡No, Vangelis!

- Yo no sé, que creer Herónimo... - Hace una pausa desgarradora para mí, cruzando sus brazos en la mesa sin mirarme y perdiéndose con sus pensamientos, mirando distraídamente a la gente de la cafetería.

Carajo.

Mala señal, Mon.

- Nena...

- ...ella parece más que la simple mujer, que te cogías. - Suspira. - La forma en que me observó toda la noche, desde su palco en la lucha...

Su mirada vuelve a mis ojos, habla bajito y está quebrada.

Y yo me doy de patadas mentales, por ser culpable de ello.

- ...y cuando los vi besándose...ella irradiaba saber de memoria mucho más que datos, como tu apellido Herónimo. - Me mira. - Esa mujer te conoce bien y sabe lo que necesitas...como complacerte y lo que quieres. - Niega con sus ojos, lagrimeados. - Yo apenas, si...

¿Qué?

¡QUÉ!

- ¿De qué diablos estás hablando, rayo? - No, no y no.

- Tú no te viste, Herónimo...pero yo, si... - Me observa de una manera tan convencida.

No nena.

No lo hagas, estás confundiendo las cosas.

Piensa rápido, Mon.

- ...se veían, tan bien juntos. - Su rostro está muy triste y esa puta voz. - Amanda te ama y tu...

- ¡No! Le interrumpo.

- No lo sabes... - Me contradice.

- ¿Qué no lo sé? - Digo. - Me estaba vistiendo para volver por ti, rayo de sol. Si, iba hablar con ella, pero para darle fin a todo. Pero apareció de la nada y llena de frases estúpidas y me sorprendió con el beso. - Pego con mi puño, mi pecho. - Yo, nunca la besé antes. - Aclaro. - ¿Acaso no entiendes? NO QUISE ESE BESO. Yo, no sentí nada... - Gruño fuerte.

- ¡Tú eres, el que no entiende! - Me grita.- Le dijiste que no a un beso de mierda, Herónimo Mon... - Su nariz se arruga más, formando esa constelación de pecas.

Estamos en problema Mon, su furia vuelve.

Si serás jodida, mi rayo de sol.

- ...pero no le dijiste NO, a todo y por eso, siempre vuelve!

Mierda. Mierda y re Mierda.

- ¿Cuánto hace, de la última vez juntos? - Pregunta ante mi silencio.

Joder.

- ¡Cuánto! - Repite.

Silencio de mi parte.

Pero.

- Días... - Hablo al ver que toma sus cosas de la mesa, con ademán de retirarse y no quiero.

Y se queda inmóvil, al escuchar mi respuesta.

- ¿Estando conmigo? - Solo dice.

Resoplo.

- La noche anterior... - Respondo sincero.

- ¿Ahora lo entiendes? Tu siempre, vuelves a ella...

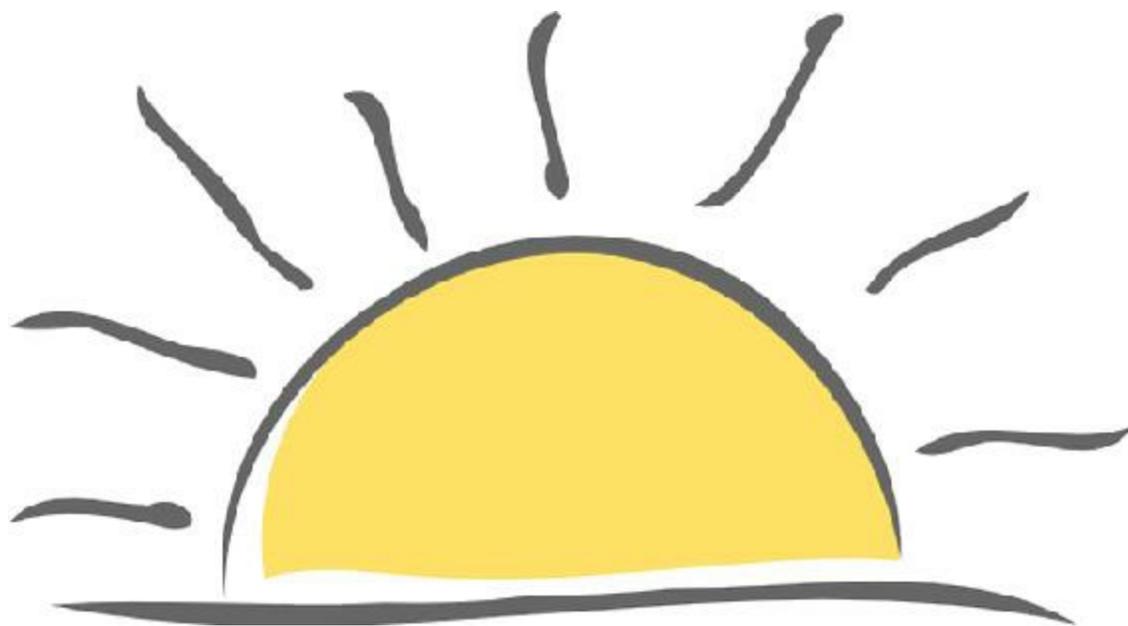
Y otra vez.

¿QUÉ?

Me mira con sus ojos brillosos, de nuevas lágrimas asomándose.

Y se va de golpe sin darme tiempo a nada, en dirección a la puerta.

Pero voy tras ella tirando un billete grande, sobre la mesa.



CAPITULO 38

Yo

Salgo de la cafetería, casi llevándome puesta a la pobre mesera.

Abro la puerta del local con Herónimo detrás mío y saludando con una mano a Collins que nos espera apoyado en el coche, mirándonos sorprendido.

- ¡No hemos terminado, rayo! - Me dice frenando mi paso, en plena vía pública.

Mi cabeza, se sacude hacia él.

Estaba enojada.

Ok.

Él no se sentía tierno, tampoco.

- Está todo dicho para mí, Mon. - Respondo, intentando caminar hacia mi departamento.

Pero me lo impide y lo miro.

No había nada más sexi que su ceño fruncido con su mirada profunda, egocéntrica y concentrada.

- Amanda no significa nada para mí, Van... - Levanta ambos brazos al aire resignado para luego, en su cintura mirando el piso.

Y suspira.

- Es mi error ¿sí? Pero estaba solo, con cogidas casuales de mujeres... - Si será pendejo. - ...cuando te dije que no estuve con ella en cuatro años, es verdad. No hubo sexo, solo mamadas ocasiona...

Y cierro mis ojos levantando mi mano, interrumpiéndolo.

- Ahórrate los detalles...

Resopla triste.

- ¿La volví a cagar, no es cierto?

- No sabes, cuanto...

Farfulla por lo bajo y después, mira la calle.

- Tu departamento queda a pocas cuadras, te acompañaré... - Dice poniéndose a la par mía a caminar.

- No hace falta, yo...

- Dije que era un café y tu casa, Vangelis. - Me recuerda y advierte haciendo señas a Collins, poniéndose los lentes de sol.

Y este asiente, siguiéndonos con unos metros de distancia.

Lo miro por un hombro, como camina pasos atrás.

- ¿No te cansas? - Le pregunto abrazando más la botella de agua contra mi pecho y volviendo mi mirada al frente.

La mañana es soleada y cálida, invita a caminar y pasear.

- ¿De Collins? - Lo señala con su barbilla, mientras lo hace a mi lado y con las manos en los bolsillos de sus jeans.

- Sip. Y de todo lo que eres en realidad. - Digo. - ¿Estás vestido así, por la prensa no? - Le indico su gorra, lentes oscuros y camisa.

Se sonríe.

- Me gusta la ropa informal nena...aunque el 90% de las veces, lo haga de traje. - Hace una mueca con esos endemoniados labios cincelados y llenos que tiene. - Pero si...prefiero pasar desapercibido. - Me explica.- Los paparazzis y el periodismo, aunque los mantengo alejados y bajo control, están siempre al acecho. Sin olvidar los bichos raros como los secuestradores y algunos enfermos... - Continúa.-...a parte que odio la aglomeración. No soy precisamente bueno en lo que se refiere a las relaciones públicas, donde abundan las personas. - Finaliza.

- ¿No te gusta, estar en sociedad? ¿Relacionarte con mucha gente? - Le pregunto recordando leerlo en varios reportajes de revistas o blogs, sobre eso.

Me mira de reojo con su media sonrisa de lado, sin dejar de caminar a mi lado.

- ¿Acaso te gustaría que corra sangre, por llevarme a un lugar así? - Es su

respuesta.

Y no lo puedo evitar.

Esta conversación casual y sincera por parte de él, sin su escudo huraño.

Déspota y de jefe de los jefes, me da placer y risa.

Muerdo mi labio para no hacerlo, pero me es imposible y río a carcajadas, por su sinceridad mezcla de inocencia y de mal humor, con la que me mira y lo dice.

- ¡Por eso la gente piensa, que eres inmortal! - Exclamo entre risa y Herónimo sonrío, meneando su cabeza divertido por lo que digo y acomodando mejor sus lentes de sol en el puente, de su perfecta nariz.

Puto tic, hermoso.

- ¡Eres como una maldita leyenda viviente de lo que es, el poderoso Herónimo! - Mi turno de explicar. - Y lo genera tu apellido mundialmente ¿Lo entiendes? ¡Eres, el rey de acero! - Exclamo y lo señalo.

HERÓNIMO

Vangelis lo dice sin poder creerlo y por un momento, olvida su enfado.

Sus ojitos brillan al mirarme extasiada y divertida, tratando de hacerme entender algo que yo sé, muy bien quién soy.

Su ingenuidad me divierte y me llega, a lo más profundo de mí.

- El jefe, de los jefes... - Susurra.

- Así es nena y no tengo tiempo de olvidarlo. - Miro mi reloj pulsera. - Como ahora que, en hora y media tengo una reunión en el Holding... - Se detiene de golpe mirándome con frustración, quedando unos pasos detrás mío.

- ¡Pero, es domingo! - Chilla.

¿Me está reprendiendo?

¿A mí?

Bonita...

YO

- Lo sé, nena... - Cierta matiz de amargura, brota de su grave voz ante mi reproche.

Él no tiene una familia.

Recuerdo haber escuchado algo de su madre y que vive, fuera de la ciudad en una quinta. Su padre murió cuando era un adolescente y no sé el motivo. Solo lo leí alguna vez, en un informe comercial de la facultad. Tiene a Rodo que es como su hermano y en cierta manera a Mel.

Como también sé, que alguna vez formó una por estar casado, pero el fracaso de su matrimonio parece palabra tabú para él, como hablar de ello.

¿Por qué?

Y la furia que tengo con él, es envuelta por un manto de tristeza.

Provocando que tenga unas ganas locas de abrazarlo y decirle, que estoy para él.

Que nunca me iría de su lado y que todo va estar bien.

Si seré, idiota...

- Deberías tomarte los domingos Herónimo, como la gente normal... - Me consuelo por no poder darle mi abrazo y se lo digo pensativa.

Suelta una risa tan alegre echando su cabeza hacia atrás, sorprendiendo a Collins y a mí.

Jodido Dios, cuando ríe con tanta sinceridad.

Y mostrando esos dientes y ese canino ligeramente inclinado como gastado, tan perfecto y hermoso.

Que muchos peatones.

Sobre todo, las mujeres.

Se dan vuelta para mirarlo al cruzarnos en la vía pública, comiéndolo con sus miradas y devolviéndoles sonrisas seductoras.

Suspiro.

Lo sé, gremio.

Es realmente hermoso este hombre de genética patear culos y como espécimen masculino.

- ¿No recuerdas? Yo soy el jefe de los jefes, y no soy mortal, rayo. - Me responde aún, sonriendo y sin darle importancia a la platea femenina, que se lo queda mirando a medida que caminamos.

Porque solo, me mira a mí.

No te derritas, corazón mío.

- Sip, lo eres. - Con mi pulgar señalo la gente detrás nuestro y que nos cruzamos momentos atrás. - Pero mira lo que provocas, cuando eres un simple Herónimo, caminando y riendo. Y te olvidas por un momento, que eres el señor oscuro y el multimillonario empresario, dueño de las T8P. - Solo respondo, reanudando mi caminata con él.

Ahora es él, que se detiene ladeando su cabeza y mirándome fijo, quedando unos pasos detrás.

Llegaremos a mi casa mañana, si seguimos así.

- ¿Tú me ves como un simple Herónimo, rayo?

Carajo.

¿Qué fue eso?

¿una pregunta o un ruego?

Me doy vuelta hacia él, encogiéndome de hombros.

Mi mirada recorre, su enorme cuerpo.

- Yo solo veo a un simple hombre de jeans, zapatillas y con camisa a cuadros. - Le contesto sincera. - Que le gusta el exceso de café negro, las galletas con chispa de chocolates e hizo una gran carrera e imperio... - Y que amo.

Hago una pausa, con un suspiro.

- ...y que necesita tener los domingos libres porque él es, una persona normal... - Finalizo.

HERÓNIMO

Carajo.

Y algo se remueve en mí, con sus palabras.

¿Por qué, dicen?

Ya que, cada palabra que me dijo, las siento jodidamente sinceras. Y una sensación nueva como profunda me llena y es como si algo en mi pecho que no sabía que existía, se colma de ella.

Del lado, del corazón.

De mi puto corazón que se mantenía bajo llave como una puerta, pero que abriéndose una ventana. Y cuando estalló con esa risa de alegría por mi dicho, me recordó a ese día en la playa.

Tan bonita con ese horrible vestido de estampas de mi abuelita. Para tapar con su alegría, esa fecha de mierda para mí.

Diablos.

Estoy perdido.

No vayas por ese lado Mon, me repito.

Tienes, que dejarla ir ahora.

Pero sacudo mi cabeza.

No.

No puedo.

Quiero decirle y que sienta, el fanatismo que provoca en mí.

Quiero que entienda que mi mundo lo volvió de cabeza con su presencia y eso me gusta, porque todo tiene un puto significado ahora, gracias a ella. Y daría todo lo que tengo y más, por la tranquilidad y paz que me proporciona

con su presencia.

Y a mis demonios.

Rebobina, Mon.

¿Darías todo y más?

¿Y eso, de donde mierda salió?

No.

Y NO.

Cristo...

Esto se sale de control.

De mi total, control.

Se detiene frente a la entrada de su edificio y frunzo mi ceño, al notar que no hay seguridad.

Mierda.

Repaso mentalmente los documentos y carpetas que husmee hoy temprano, sobre la mesa de mi despacho del Pen.

Y no recuerdo haber visto el informe que le pedí a Grands, del propietario de este lugar.

Porque esto, tiene que ser mío.

Por la seguridad de Vangelis y mi propia tranquilidad.

YO

Me detengo sobre la gran puerta, de la entrada principal de mi edificio.

Herónimo a unos pasos, me mira pensativo.

Muy pensativo y mordiéndolo su labio superior.

Su tic de preocupación.

Dios, con la cabeza de este hombre que nunca descansa.

- Yo, debo entrar... - Digo mirando como Collins, termina de estacionar el coche bajando de él.

Lo saludo nuevamente con mi mano y me lo devuelve con una sonrisa.

Un momento.

¿Collins, me sonrió?

¿A mí?

Guau.

- Gracias, por el desayuno. - Murmuro.

Herónimo sonrío.

- De nada, rayo de sol.

Abro la puerta con mi llave y señalando con mi índice, hacia arriba.

- No sé si Mel está todavía, pero yo debo ir a la casa de mi hermana... -
Justifico, mi rápida entrada.

Asiente como si nada, para luego focalizar al escucharme bien.

- ¿Qué? - Gruñe al escuchar esto último mío y sacándose los lentes de sol.
Se acerca a mí.

- ¿Te vas a lo de tu hermana?

Miro a un costado ingenua y luego a él.

- Sip.

Bufa.

- Nena...este hombre que vimos recién en el parque, es un hombre peligroso. Una persona que salió en libertad condicional después de casi 18 años, de cumplir su condena en la cárcel. - Me dice preocupado. - Vino por mí y ese encuentro contigo, no fue casualidad Vangelis. Está al acecho de lastimarme, con lo que me importa...

¿Eh?

¿Yo soy importante, para él?

- ¿Ese tal, Gaspar?

Pasa su mano por su rostro.

- No lo nombres rayo, por favor... - Murmura entre dientes y como si escucharlo, lo quemara vivo.

- Ok. - Solo digo.

- No vayas, Vangelis...

¿Qué?

¿Acaso está loco?

No me puede prohibir nada.

- Herónimo soy una adulta, puedo cuidarme sola y...

- ¿Me obedecerás alguna puta vez? Dame unos días, que lo solucione con mi abogad...

- ¡No! - Lo interrumpo metiéndome en el interior del hall y camino hacia el ascensor apretando con furia, el botón de llamado.

- ¡Rayo! - Su voz retumba en el interior y blanqueo mis ojos al sentirlo detrás mío.

Me giro.

- ¡Que! - Le gruño, a lo muy Mon.

Sin sus lentes de sol, me estrecha sus ojos dudosos por mi imitación.

Pero juro que me salió sincero, con ira y para nada desde lo gracioso.

- No lo hagas ¡Estás en peligro, joder!

- ¿Por qué es, peligroso? ¿Qué hizo, Herónimo? - Pregunto y a la mierda sus reglas, necesito saber.

Calla de golpe y su cuerpo se tensa.

Abre la boca para decir algo, pero luego la cierra.

Al igual que sus ojos bajando como su barbilla al piso, negándomelo con frustración.

- Regla 1, Vangelis...no preguntar, por el pasado. - Me dice.

Río de mala gana.

- Esta bien. No te voy a obligar Herónimo. Pero ten en cuenta, que tus reglas...son mis reglas. - Le recuerdo. - Voy a visitar, mi hermana. - Le advierto y lo detengo con una mano en alto frente suyo. - No me puedes detener. Regla número 2, no esperar nada del presente...

- ¿Qué?

- ¡Que voy! Así que aleja tu obseso control de mí, Mon. - Se lo aclaro. - Consíguete un instructor de yoga, de Reiki o de la mierda que sea para que te enseñe a relajarte...porque lo haré a mi manera. - Chillo apretando varias veces el botón de llamado y puto ascensor, que no baja.

Su media sonrisa, se dibuja en su rostro.

- Nena, esa boca... - Me riñe suave y divertido.

Miro el techo.

Señor querido con esa naturaleza inestable y volátil de carácter que tiene, que me exaspera y tanto me gusta.

Apoya toda su espalda sobre la pared del ascensor, al lado mío y cruzando sus brazos detrás de su cabeza de forma relajada, mientras espero histérica la llegada del ascensor.

Ladea su cabeza soplando un rulo de su frente, que tapa su visión y vive enamorado de su frente.

Mierda, quisiera ser ese rulo.

Está en modo negociación ternura, el muy cabrón.

Me pongo más derecha a su lado concentrada en los números del display que van descendiendo, sin mirarlo.

Porque si lo hago, estoy perdida.

Y mis piernas flaquean por sentirlo tan cerca y con su mirada monocromática llena en mí.

- Deja al menos que te lleve Grands, nena... - Dice cuando el bip, anuncia planta baja. - Por favor...

- No Herónimo. - Me introduzco y pone una mano, para que no cierre.

Carajo, cruzo mis brazos y golpeo con un pie, el piso frustrada.

- Dime que sí, Van. - No es una orden, es una advertencia.

Arrugo mi nariz, desafiante.

- No va, a pasar. - Digo.

- Esta bien.

¿Eh?

- Bueno. - Digo.

- Genial...

- Bien. - Acoto indecisa.

¿Entonces, la decisión es suya o mía?

Le estrecho mis ojos por ser, un come mierda embaucador.

Entra al ascensor, apretando el botón de stop.

Y me atrae hacia él con un brazo y pegando mi cuerpo contra el suyo con fuerza, pero con cariño.

Jadeo un grito.

Porque su rostro está a centímetro del mío, mirándome largamente y su aliento a menta y café, me colma.

No lo puedo evitar y mis brazos involuntariamente, rodean su cuello.

No sé si son segundos, minutos u horas, pero nuestros ojos no se abandonan.

La punta de su nariz, roza la mía con ternura.

- ¿Qué haces que me puedes, rayo? - Solo sale de sus labios casi tocando los míos y a un respiro, de besarnos.

Acariciarse y mimarse, con nuestras respiraciones contenidas.

Pero una tos discreta nos interrumpe y ambos, suspiramos bajo por eso largamente.

Apoya su frente en la mía mirándome, a través de sus negras pestañas.

- Mía... - Me susurra en voz muy baja y con dulzura, para que solo yo lo escuche.

Dulce Jesús.

¿Qué fue, todo esto?

¿Si Collins no nos interrumpía, Herónimo iba a besarme?

Y muerdo mis labios para no sonreír como una estúpida colegiala, a la espera de su primer beso.

Hero se endereza, girando hacia él.

- ¿Si, Collins? - Vuelve a ser, el gélido y frío señor oscuro.

- Disculpe señor Mon, pero está a una hora de reunión en el Holding con

gente de Alemania, para cerrar la venta del AC/INOX. al Cr-Mn. - Dice alcanzándole sus lentes de ver.

Y Herónimo maldice en voz baja.

Y yo, suelto una risita.

Él levanta su vista hacia mí.

- ¿Eres un auténtico dolor de cabeza, lo sabes verdad? - Me dice poniéndose esos condenados *Trenty* de marco negro sexis. - Mi autentico, dolor de cabeza... - Aclara dulce, besando mi frente con ternura.

- ¿Herónimo? - Lo llamo al verlo salir del interior del ascensor y antes, de que se cierren las puertas.

- ¿Si, rayo? - Contesta con ambas manos en los bolsillos de su pantalón, parado frente mío.

- ¿De qué color, tienes los ojos? - Le pregunto volviendo a mi dilema, que lo divierte.

Se sonrío.

- Amarillos, amor... - Responde cuando las puertas se cierran y dejándome su última imagen.

Una negando con su cabeza sonriendo y un Collins tosiendo, para tapar su risa.

Bastardo, había hecho un juego de esto.



CAPITULO 39

Herónimo

Juego entre mis dedos con mi pluma de repuesto negra, pero grabada con mis iniciales en oro porque.

¿Dónde diablos habré dejado, mi favorita?

De pie y de espalda a mi mesa de conferencia y reunión del Holding, miro a través del gran ventanal; la ciudad desde mi piso 30.

Escucho lo que dicen mis compradores, padre e hijo.

Con su respectivo abogado y secretario, ultimando los detalles de cierre de contrato de venta, con mi abogado Millers y el contador de *TINERCA*.

Más de 2h de reunión, pero valió la pena.

Les había pateado el trasero a todos y sin siquiera, pestañear en la negociación.

Bien.

- Entonces les parece bien que envíe el container, con el cargamento de acero inoxidable de... - Digo acercándome a la mesa, donde están todos sentados.

Levanto unas hojas de una carpeta verde y las ojeo leyendo.

- ...65kg/mm² y 175-200HB descartando entonces 60kg/mm² para el

próximo semestre?

- Si. - Dice el más joven de traje, bajo la mirada aprobatoria del más viejo, firmando los documentos que les alcanza Millers, para cerrar la negociación.

- ¿Llegarían a La Ravier, en cuantos días? - Pregunta, su padre.

Tomo asiento en la cabecera de la gran mesa, mirando mi laptop tecleando algo.

Acomodo mis lentes sobre el puente de mi nariz, concentrado en la pantalla.

- El acero está en Alcalá de Henares, mi T8P Madrid. El cargamento saldrá el martes y llegará a Rhur, mi T8P Alemania el viernes pasado el mediodía vía tren de carga, señor Graham..

Froto con mis dedos mis labios, pensativo leyendo la ruta de viaje.

- ...con dos días más de viaje en mi convoy hasta su destino, La Ravier. - Finalizo cerrando mi laptop y corriendo mi silla para ponerme de pie, guardando mi pluma en el bolsillo de mi camisa blanca. - Si me disculpan caballeros, debo retirarme a otra reunión... - Miro la hora en mi reloj. - ...que tengo en treinta minutos. Mi contador y abogado, evacuaran dudas si tienen y los acompañará a la salida de *TINERCA*, donde un coche con chófer a su disposición las 24h los llevará al Resort Hotel de la empresa, que le reservamos para que descansen y disfruten del servicio de sus 4 estrellas en sus días de estadía... - Prosigo - ...spa, casino y shopping cortesía a cargo, de las T8P..

Y mi sonrisa de transacción tanto humana como de negocios se dibuja en mi mente, al ver a los cuatro intercambiar miradas de satisfacción entre ellos por la invitación, mientras les estrecho las manos.

Otra venta de almas, agregadas a tu lista Mon.

Bien.

- Señor Mon, si me permite una última cosa... - Se acerca a mí, el hombre más viejo mientras me pongo el saco de mi traje gris claro.

Y conozco esa mirada, que me pone.

La he visto tantas veces y en casi toda mi vida.

La reconozco porque muchos malditamente, me lo piden y créanme cuando les digo, que me han rogado por ello.

Me giro hacia él con mi mejor sonrisa falsa de empresario, mirando fugazmente otra vez la hora en mi reloj.

Carajo, ya es bastante tarde.

- ¿Señor Graham? - Digo abrochando el primer botón de mi saco y

arreglando, el cuello de mi camisa. - ¿En qué, puedo servirle?

¿Servir?

¿Yo?

Quiero reírme, por escucharme decirlo.

¿Yo puedo ayudar, pero servir?

No.

NO.

Soy el puto jefe de los jefes.

¿se entiende?

Ellos, me sirven a mí.

Solo cumplo el protocolo empresarial y porque mi madre estaría desilusionada, por la educación que me dio, si no lo hago.

Se acerca más a mi mientras su hijo habla con mis hombres del contrato. Es un hombre pasado, de los 60 años. Pequeño, no muy menudo y de pelo con barba blanca. Pese a que es uno de los dueños de las marcas más importantes en maquinaria obrera y eléctrica en el mundo. Humildad y benevolencia, irradia todo él. La fama y ostentación, no lo contaminó.

Mierda, creo que hasta me cae bien el viejo.

Y por eso decido regalarle dos minutos, de mi precioso tiempo.

Oigan, no se enfaden.

Pero cada segundo de mi tiempo vale y soy un puto mezquino con él.

- Volvemos a La Ravier en dos días con mi hijo y equipo, sé que no es de su agrado este tipo de cosas, su fama lo precede...pero mi hijo es un gran admirador suyo, aunque no se lo dijo para no avergonzarlo, siendo usted su referente en su carrera comercial en la universidad... - Me susurra.

Piensa unos segundos.

- ...sería muy importante para él...una foto con usted estrechando su mano. El periódico de la ciudad y la misma Alemania están al tanto de esta transacción y esperan por nosotros para la nota, por la nueva negociación del año en lo industrial para nuestra marca, innovándonos como lo hicimos con las T8P. - Prosigue sincero. - Le doy mi palabra de honor, que la foto no saldrá a la luz, señor Mon. Solo será un recuerdo, para mi muchacho... - Me manifiesta el viejo, mirándome a los ojos.

Leo en ellos y sé, que no lo hará.

Y no sé por qué, la imagen de Vangelis aparece en mi mente.

Ok.

Nunca dejó de estarlo.

Lo estuvo desde que la dejé en el ascensor y en esta puta reunión, que duró 2h.

La caminata.

Hablar con ella de mi poseso control, contra mi intimidad y privacidad.

Y sus ojos y todo ella cuando responde a mi pregunta diciendo, que solo soy un simple hombre. Uno que le gusta mucho el café negro, las galletas con chispas de chocolate y que necesito los domingos libres, porque soy una persona normal, vuelve a mí.

Y algo cálido siento en mi pecho, por recordarlo.

Y estoy jodido, porque me encuentro sonriendo por ello frente a este hombre que es un extraño y se parece a un pequeño Santa Claus, que apenas me llega a mi pecho.

Tiene la altura, de mi rayo de sol.

Sacudo mi cabeza.

Dios, todo me recuerda a Vangelis.

Me miro a mí mismo.

¿Puedes dejar de ser maricón, Mon?

¿Qué sigue?

¿Sentarse a ver la novela centroamericana de la noche, con Marcello?

- Será un placer, señor Graham... - Respondo, feliz.

Paremos acá.

Presiento, sus sonrisitas.

¿No se ilusionen, ok?

Repito.

Es raro en mí, que alguien lo haga, pero el viejo me cae bien.

¿Se entiende?

Rayo de sol no está cambiando, mi forma de ser.

Yo soy, oscuro.

¿Aclarado?

Bien.

El viejo me sonríe con una sonrisa sincera y con una inclinación de cabeza con respeto. Y con una seña a su secretario, le dice que traiga la máquina de foto y a su hijo, que se acerque a nosotros.

- Hijo, el señor Mon aceptó una foto con nosotros y estrechando tu mano. -
Le dice emocionado.

Si, chico.

No me mires así, ruedo mis ojos en mi mente.

Porque resulta me han dicho, que soy una simple persona normal ahora.

El viejo se sitúa en uno de mis lados y del otro, su hijo. El muchacho no supera los 20 años de edad y me recuerda algo a mí, cuando los tuve. Ganas de trabajar, superación y algo verde para los negocios todavía. Pero denota esfuerzo, dedicación e ímpetu por lo que hace y orgullo, por su apellido. Nos acomodamos para la foto y estrecho con fuerza su mano, cuando el flash dispara.

- Tiene un gran hijo, señor Graham. - Digo y es sincero, mientras me encamino a la puerta de salida de la sala, donde me espera Collins de pie.

- Y yo, no alabo... - Murmuro dándome vuelta hacia ellos, por última vez. - ...tiene mi consentimiento con la foto, para utilizarla como portada en la nota del periódico. - Miro al muchacho. - Cuida y protege los valores familiares, que tu padre te da y llegarás muy lejos. - Finalizo dando por terminada mi presencia en la reunión, dejando a un padre e hijo atónitos por mi generosa ofrenda post venta y a mi contador como abogado, con sus bocas abiertas y sorprendidos por mi reacción gentil.

Sonrío.

Amo ser impredecible y mantenerlos siempre alerta, a mis reacciones.

- ¿Y Grands? - Pregunto a Collins mientras nos encaminamos en dirección, a los ascensores aflojando mi corbata.

- Cuidando a la señorita Vangelis, señor...

Bien.

- Lo que pidió del informe del propietario del edificio donde vive la señorita Coppola, se lo dejó Grands en el escritorio del Pen hoy a las 8:30h, señor Mon... - Me informa. - ...cuando estaba en el parque con ella. Fue duro en la negociación por eso su tardanza, ya que el dueño se rehusaba a vender, pero al final para cerrar negocio. Pidió cuatro veces, su valor real.

- Pero es, mío... - No es una pregunta, es lo que me interesa.

- Si, señor. Tiene que firmar el documento de compra venta y lo enviaremos a su escribano, los papeleos finales.

- Bien. - Digo entrando con él, al ascensor. - Quiero a primera hora el lunes, un equipo para la instalación de seguridad con tecnología de última generación Collins. Lleva los planos a mi arquitecto para que conste, si sus instalaciones como edificación son seguras y que haga todas reformas correspondientes de ser necesarias ¿Entendido? - Asiente mientras aprieta, el botón de SUB y pasa su tarjeta personal.

Busco mientras mi celular y toco la pantalla, buscando el nombre de mi

rayo.

- ¿Y Collins? - Olvidé.

- ¿Señor?

- Vangelis no debe saber, que soy el nuevo dueño. - Digo mientras le escribo un mensaje texto, rogando que rayo una puta vez en su vida, haya obedecido mis órdenes y esté en su departamento.

Mi consuelo, que Grands vela por ella hasta que llegue.

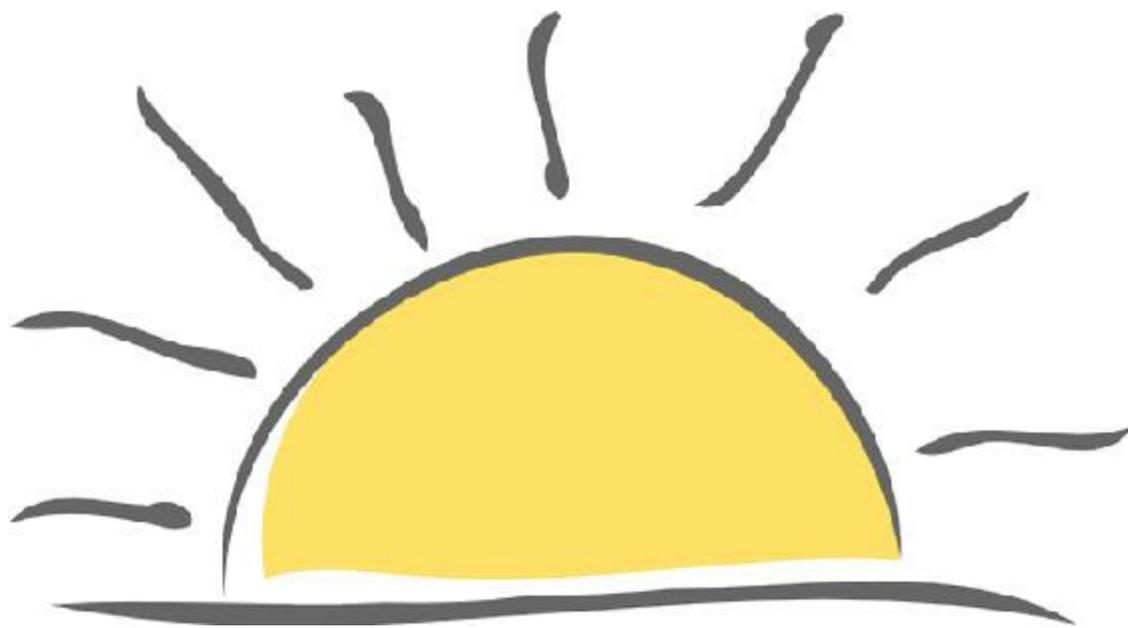
- Bien, señor Mon.

Estoy un poco más tranquilo de haber tomado el asunto por mis propias manos y eso alivia una parte de la tensión, en que me encuentro.

Solo falta la otra parte, de eso.

Su seguridad personal.

Y que la testaruda de rayo de sol, lo acepte.



CAPITULO 40

Yo

- ¿Entonces, vendrás? - Me pregunta emocionada Siniestra, del otro lado del teléfono.

- Sip. - Respondo tratando de ponerme mis jeans cortados como shorts y haciendo equilibrio al mismo tiempo, con mi celular hablando por sobre mi hombro.

Abro mi armario, buscando que ponerme arriba.

Karla se mudó hace unos días a su nueva casa y a nuestro pueblo.

A unos 34km, de la gran ciudad.

Y me ofrecí en ayudarla con parte de la mudanza, que le quedó todavía en cajas y embalajes.

Palmotea feliz.

- ¡Genial! Odio ordenar sola, sobre todo lo que quedó en el garaje... - Resopla. - ...y sinceramente cariño, necesito espacio para meter mi coche en el.

Río eligiendo mi vieja remera de Mickey Mouse, tomando otra muda de ropa para guardar en mi mochila para después del aseo y poder cambiarme, con algo limpio en su casa.

Un mensaje de texto entrante, suena en mi celular.

Chequeo.

Mi Dios, es Herónimo.

- Oye me entró un sms, te veo luego Siniestra...

- ¿Y eso?

Carajo.

- ¿Qué? - Digo, con mi mejor voz de desentendida.

- Ay no te hagas, Vangelis ¿Desde cuándo un mensaje es más importante, que hablar con tu hermana querida? - Queda en silencio unos segundos y yo aprieto mis ojos cuando los cierro, porque sé lo que se viene.

- ¡Nooo! - Sip. Su grito. - ¡Nooo! - Vuelve a repetir, con sorpresa.

- ¿¡Qué!?

- Un momento...solo me hacías esto cuando participabas por sorteos en la radio, por entradas a bandas de rock y no querías ocupada la línea...o cuando alguien te gustaba ¿Es un hombre verdad? ¿Dime, quién es? ¿Lo conozco? ¿Es guapo? Dame su nombre y apellido así lo googleo ¿Es bueno contigo, nena? - Dice esto último, amenazante.

- Si. No. No. Si y no. - Cuando empieza con su verborragia inquisidora, esta es la mejor manera de responderle.

- Espera, necesito anotarlo ¿Dijiste si, si, no y si? ¿O si, no, no y si? - Escucho que abre y cierra cajones buscando. - Joder, con esta casa ¡Nunca se encuentran bolígrafos! ¡Los gemelos, se las comen!

Río divertida.

- Karla te lo contaré después ¿si? Necesito terminar de alistarme...en un rato nos vemos cariño.

Bufa.

- Ok nena...haré tu postre favorito, para la cena... - Me dice con ternura.

Amo, a mi hermana.

Cuelgo, mirando los sms y me encuentro ya, con tres del jefe.

Herónimo:

13:48h - “Mi reunión con la gente de Alemania finalizó y como resulta que ahora soy un hombre simple, acepté una foto para una portada del periódico de ese país ¿Di, un gran paso? :)”

¿Él señor oscuro de las T8P, me puso una carita feliz?

Suelto una risita.

Leo los siguientes.

13:52h - “ ¿Te hace estar menos cabreada? A que sí. ;)”

13:59h - “ ¿Nena estás bien? ¿DÓNDE, estás?”

Mierda.

Escribo rápidamente.

Comienzo a conocerlo y mi silencio, lo preocupará.

Yo:

14:02h - “Estoy perfecta, estaba al teléfono con mi hermana. Me agrada leer que empiece a darse cuenta de ello, señor Mon.

P.D: Me gusta la carita feliz :)

Aprieto enviar buscando mis zapatillas debajo de la cama, cuando suena la entrada de otro.

Lo sabía.

Herónimo:

14:05h - “No tengo nada de niño explorador, pero ya me gané el día con esta buena acción ;) Mis caritas felices continuaran, si desistes con el tema de ir a visitar a tu hermana y ME OBEDECES.”

Arrugo mi nariz, no pierdo tiempo en contestarle.

Que se joda por cabrón, dije que voy.

Mi celular empieza a sonar, desde el bolsillo trasero de mis jeans.

Carajo, con este hombre.

- ¡Qué! - Chillo, cuando atiendo.

Ni me fijo quien es, porque sé que es él.

- Abre, la maldita puerta... - Me dice del otro lado del teléfono, con voz de pocos amigos.

¿Él está, aquí?

¿En mi edificio?

Pongo una mano, en mi cadera.

- Pues resulta que no estoy, ya me fui...

- Vangelis no seas infantil, escucho tu voz desde el interior de tu departamento. - Responde tranquilo.

Y asomo mi cabeza desde mi habitación, mirando la puerta de entrada.

¿Cómo hizo para ingresar?
¿Y cómo, supo que sigo aquí?
Mi rabia aumenta.

Grands...

Camino, furiosa hacia la puerta.

- ¿Como diabl... - Le abro y su presencia, me interrumpe.

Dejo la puerta abierta y pasa, como si nada.

Lo sigo con los ojos y cruzadas de brazos hasta el centro de mi comedor, donde se quedó mirándome serio.

Muy serio.

- ¿Por qué, haces esto? - Pregunto.

Niega con la cabeza y suspira largamente, frotándose su rostro con las manos como si con eso, su enojo se fuera.

- No tengo la más puta idea... - Dice como si nada y como si la cosa, no fuera conmigo.

Inclino mi cabeza.

- ¿Y cómo puedo ayudarte con tu “no tengo la más puta idea?” - Arrugo mi nariz molesta y se sonríe al verlo.

Se quita el saco de vestir y afloja más su corbata gris sin dejar de mirarme, mientras pone ambas cosas en el respaldo de la silla.

Ok Mon, ponte cómodo.

Dobla las mangas de su camisa blanca hasta la altura de sus codos mientras camina hacia la ventana a mirar, dejando ver esos condenados tatoos hermosos de sus fuertes brazos.

Y muerdo mi labio interno para que mi gemido no salga y recordarme, que no debo mirarlo fijamente.

¿Estaba enojada, recuerdan?

Camina hacia la cocina y abre mi refrigerador como dueño de la casa para mirar en su interior con cierta depresión, mientras distraídamente se rasca su vientre tonificado.

- Que decepción...no hay nada rico... - Murmura haciendo un morrito, sin saberlo.

Intento no reír.

¿Cómo puede ser tan odioso y tierno al mismo tiempo?

Golpea sus manos, entre sí.

- Bien, este es el plan rayo. Yo te llevaré a casa de tu hermana Karla y después en la noche te buscaré ¿Se entiende? Pero antes pararemos en la ruta,

para almorzar algo... - Dice de lo más tranquilo, cerrando el refri.

Abro mi boca, sorprendida.

Pura mierda.

- ¿Estuviste investigándome? ¿Y a mi familia? ¿Ruta? ¿Cómo sabes que mi hermana se llama Karla y que no vive, en la ciudad?

- Yo lo sé todo, rayo. - Se da vuelta hacia mí, con esa mirada de *Me.Importa.Una.Mierda* de señor todo poderoso, que me crisan los nervios.

HERÓNIMO

Estaba nervioso, pero no podía demostrárselo.

Tenía que seguir con mi postura no negociable y con mi mejor cara soberbia y de mierda que tengo, si quería conseguir que me obedeciera.

Agradecí mentalmente que la barra de desayuno estuviera en el medio de nosotros, porque Van me miraba como si tuviera ganas de asesinarme bajo un método muy, pero muy lento y también doloroso.

¿No es linda?

Trago mi risa como las malditas ganas de tomarla entre mis brazos y de cogerla sobre la mesada, de la cocina.

No es el momento amigo, consuelo a mi pene mentalmente, que se agitó entre mis pantalones.

- ¡No tienes derecho a investigarme como un maldito psicópata! - Me grita lanzándome con sus bonitos ojos cafés, puñales y hasta bombas termonucleares con la mirada.

Me da, igual.

- Necesito saber, para poder cuidarte, nena... - Digo calmo.

- ¡No! - Me responde furiosa.

- ¡Claro, que sí! - Le respondo, de la misma manera.

Ya la mierda mi calma.

- ¡Afuera si hay verdaderos psicópatas, Vangelis! - Le señalo la ventana. - Gente depravada y personas realmente con malas intenciones y mucha maldad, que les corre por sus venas... - Mi voz por un segundo se quiebra, en solo pensar en Gaspar y si algo le hace a ella...

Dios, no...

- Pues creo que en estos 23 años me he cuidado bastante bien sola, Herónimo. Te lo agradezco ¡Pero no, gracias! - Exclama entre dientes.

- No te estoy consultando, rayo de sol. - Vuelvo, a mi tranquilidad.

Si no le gusta, que se joda.

Va a hacer, lo que yo digo.

Punto.

- Tal vez deberías ponerme esas especies de tobilleras de seguridad con GPS, para tenerme vigilada todo el tiempo! - Dice con sarcasmo, se entiende.

Y yo acomodo mis lentes con seriedad y la miro fijo como cavilando su propuesta "*chiste*," con verdadera seriedad.

- ¡Era broma, Herónimo! - Me gruñe levantando ambas manos al aire exasperada y pateando el suelo con un pie.

Me sonrío.

Casi como que no lo siento, hacerla enojar.

Porque es jodidamente tan caliente, cuando lo está.

Recoge su largo pelo con ese raro peinado suyo, dirigiéndose a su habitación.

Busca algo arriba de una de las repisas en la pared que tiene, con una mano y lo encuentra.

Es, mi pluma.

Pestañeo.

¿MI PLUMA?

¿Rayo tiene mi pluma favorita importada, que mandé hacer exclusivamente de 5.000 dólares?

¿Y la utiliza, para agarrar su pelo?

- ¿Usas mi pluma, como sujetador de pelo? - Como que, no lo creo.

Y se detiene mirando a un costado con ingenuidad y luego a mí.

- ¡Oh Dios! ¿Dime por favor que, no es tan valiosa? - Gime recapacitando y con sus manos, en la boca. - Cuando desperté en tu habitación, no encontré el lápiz que la sostenía...

¿El lápiz?

Por supuesto, que no lo iba a encontrar.

Cuando lo vi sobre la cama lo atesoré para mí, como sus braguitas que le arranqué en el baño de mujeres, del Círculo de la pelea.

Son míos.

- La vi en tu saco y la tomé prestado, para recogerlo con "mi llego tarde."

- ¿Tu...qué? - ¿Qué diablos, dijo?

Se señala su peinado, con mi pluma atravesada.

- "Mi llego tarde," así le digo al peinado que siempre me hago, por que rara vez tengo tiempo de peinármelo como se debe...

Carajo.

Pongo mi mano en mis labios en actitud pensativa de pie frente a ella, para no reír.

¿Llego tarde?

¿Así le dice a ese raro y jodido peinado, que se hace y tanto me gusta?

Esto es genial y me gusta malditamente más, ahora.

Nos quedamos mirando, el uno con el otro.

No tenía idea de que, demonios acababa de suceder, pero ambos nos sonreímos mutuamente.

Como si esto que acaba de ocurrir, es un bálsamo de paz y tregua entre ambos.

Verla parada con esa remera de Mickey Mouse, short, zapatillas y con ese condenado pelo hacia arriba con mi pluma sosteniéndolo.

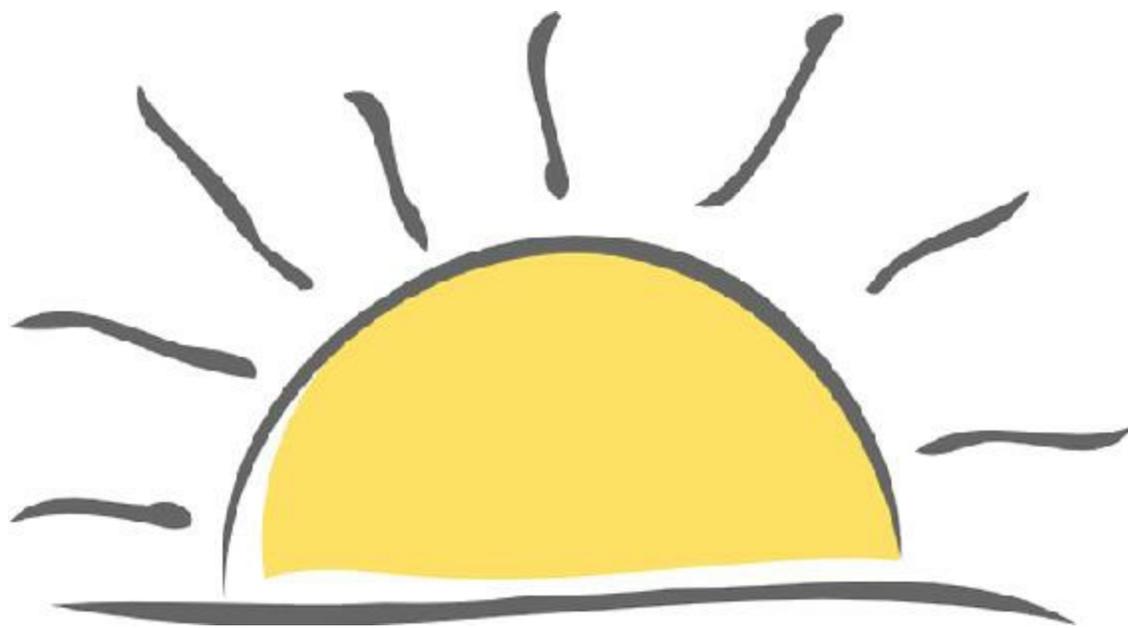
Solo una parte de mí, le gustó.

La otra parte de mi mitad, la amó.

Y otra vez esa sensación en mi pecho, invadiéndome.

La del lado de mi corazón con esa puta ventana, que se abre más y de par en par.

Estoy, putamente perdido...



CAPITULO 41

Yo

- Ok. - Digo, encogiendo mis hombros.
- Suspiro.
- ¿Entonces, tú me llevaras? - Suelto resignada.
- Y te busco. - Termina él.
- Si digo que no ¿No me dejaras en paz verdad?
- Nunca. - Y ahí va, otra maldita palabra sexi.
- La que acaricia, cuando la pronuncia.
- Este hombre sabe, como follar las palabras.*
- Voy por mi mochila... - Digo.
- Un momento. - Me detiene, acercándose a mí. - No iras así ¿Verdad?
- Si.
- Señala mis jeans cortados.
- Nena... - Gime. - ...tu no pued...tus piernitas se ven mucho...
- Se agarra el puente de su nariz y jadea.
- Sip.
- Es un exagerado.
- Mi angina... - Aprieta su pecho, con una mano.

Me acerco hasta estar, frente suyo.

Dios, es tan alto.

Le doy palmaditas suaves y tranquilizadoras con una mano, a ese pecho con angina celosa y posesa.

- Tranquilo...no correrá sangre. Te lo prometo. - Me pongo de punta de pie a centímetros de él y siento su miedo en los ojos, pero no se aleja.

Santo Dios.

¿Herónimo piensa, que lo voy a besar en la boca?

¿Por qué, esta tan roto?

Beso su barbilla y sonrío, para disimular su reacción.

- Voy por la mochila... - Repito, agradecida de ello para poder escapar por unos segundos y controlar mi corazón, que palpita rápidamente por la tristeza de su rechazo y por pensar que lo iba a besar en la boca.

Cuando intento irme su mano retiene la mía, como no queriendo que me aleje.

- Rayo... - Susurra sosteniendo mi mirada, mientras me enderezo lo mejor que puedo.

Jesús.

¿Por qué, lucha tanto?

- ¿Qué Herónimo? - Me doy de palmaditas en mi mente por salir natural mi voz, cuando la tristeza de su rechazo; me dan ganas de llorar.

Traga fuerte y luego, niega con su cabeza.

- Nada, nena... - Sonríe, pero ella no llega a sus ojos, que están más oscuros que nunca. - ...tengo hambre...ve por tus cosas... - Acomoda sus lentes.

HERÓNIMO

Cobarde.

Un puto cobarde me seguí repitiendo desde su departamento, hasta inclusive dentro del ascensor mientras bajamos.

Yo quería decirle.

Necesitaba, decirle...

¿Qué diablos es, lo que quería decirle?

Joderrrrrrrrrr.

Quiero pegar un puñetazo, contra la pared.

No lo sé bien.

Tal vez pedirle perdón porque sé, que notó mi rechazo.

Y sin embargo rayo de sol, me consoló con su sonrisa.

¿Carajo, por qué lo hace?

Quería decirle que me perdona ya que, por años, yo me creía muy entero.

Muy mío y muy, yo.

Pero fue, hasta que la conocí.

Que me di cuenta que estaría siempre incompleto, si no tenía a mi lado a alguien como ella.

Sin embargo, callé.

Cobardemente, mantengo cerrada mi estúpida boca.

Abro la puerta principal, de su edificio para ella.

Sale y mira, para todos lados.

- ¿Y Collins? - Pregunta buscando entre la gente, que camina por la acera y los coches estacionados.

- Hoy no hay Collins, nena. - Le digo.

Me mira curiosa, buscando nuevamente.

- Entonces ¿Grands?

- Tampoco hay Grands, rayo. - Sonríe ante su mirada incrédula, mientras cruza sus brazos sobre sus bonitos pechos.

- ¿No hay Collins ni Grands, hoy? ¿Y eso? - Muerde su labio sonriendo.

- ¿No recuerdas, acaso? - Digo tomando su mano y entrelazando mis dedos para sorpresa de ella, con los míos.

Sip.

Lo que leyeron.

Le tomé de la mano y en público.

¿Felices?

Bien.

¿Tal vez me estoy convirtiendo, en un marica con la vejez?

Y me importa, una mierda.

Porque quiero hacer este tipo de mariconadas con Vangelis, ya que malditamente la quiero al lado mío.

Y mientras más cerca, mejor.

- ¿Qué cosa? - Pregunta, mirando nuestras manos unidas.

¿Feliz?

Y que, me jodan.

Porque ella es feliz, con tan poco.

- Lo que me dijiste hoy a la mañana rayo ¿Acaso no soy un simple hombre, que necesita los domingos libres?

- ¿Y, con eso? - Me mira ingenua.

Bonita.

Abro mis brazos como respuesta, sin soltar la que tengo prisionera suya.

- Pues que es domingo todavía y le di el día a Collins para que descansa, lo necesitaba. - Realmente, lo necesitaba. - Y le dije a Grands, que vuelva al Pen.

- Eso, quiere decir... - Me susurra, dudosa.

- Que soy un hombre, con su domingo libre. - Respondo. - Soy tuyo, nena...

- Digo y no me da tiempo a nada.

Porque pega un grito de alegría.

Seguido de un salto hacia mí, riendo de felicidad.

La atrapo en el aire, envolviendo mis brazos en su cintura.

Cristo.

Es tan pequeña que sus pies, cuelgan en el aire.

Gente que pasa por nuestro lado, nos miran curiosos y me importa tres mierdas, si me reconocen.

- ¿Mío? - Pregunta sin poder creer, con su frente en la mía.

- Tuyo... - Repito la palabra y me doy cuenta, que se siente agradable en mis labios decirlo.

No suspiren.

¿No es para tanto, ok?

- Pero yo, voy a casa...de Karla. Prometí ayudarla... - Dice, algo afligida.

- Shuu... - Acaricio mi nariz, con la suya. - Deja que explique. Mi domingo empieza a partir de ahora. - Miro mi reloj. - A las 15:03h y termina mañana, a la misma hora. Almorzaremos por ahí, te llevaré a lo de tu hermana y luego a la noche, te buscaré porque quiero que vengas conmigo al Pen después.

- ¿Al Pen? ¿Por qué? - Inclina su cabeza.

Suspiro largamente, mirando a la gente pasar.

- ¿Tienes una pasión por algo, Vangelis? - Vuelvo a mirarla y sus ojos, que no abandonan lo míos y joder con lo que me responden los suyos, pero me hacen feliz.

Porque me dicen, que soy yo.

- Si... - Solo me susurra, tímida.

Cosita.

- Quiero que pases la noche conmigo porque mañana temprano, necesito mostrarte el mío...

- ¿Tu pasión?

- Si, nena.

- ¿Tienes una?

Sonrío.

- Si...

Hace una mueca.

- ¡Pero tengo que trabajar! Y no quiero faltar, no soy así...

- Y no lo harás rayo, ni yo tampoco. Solo serán unas horas. Tengo que estar también en *TINERCA*. Soy el jefe nena y necesito estar siempre, para mantener todo bajo control.

Piensa largamente pidiéndole consejo, al piso de la acera.

Luego, vuelve su vista a mí.

- ¡Si! - Exclama al fin.

Muerdo su barbilla, con suavidad.

- ¿Es un trato, entonces?

Mira nuevamente a la calle.

- ¿Y en qué, nos vamos?

La bajo a regañadientes de mis brazos, sacando del bolsillo de mi pantalón las llaves de mi coche.

El sonido de la alarma desactivándose, destellan las luces de mi *Porsche 911 Rase S CA* en color blanco. Camina en dirección al coche con una de sus manos en la correa de su mochila y la otra con la mía, obligando a que la siga

Y le abro la puerta del acompañante, con mi típica sonrisa de lado.

- Hombres... - Rueda sus ojos al ver, mi expresión ganadora.

Y rodeo el coche por delante abriendo la puerta del conductor, sin poder evitar reír.

El motor ruge con el encendido y con él, sus revoluciones.

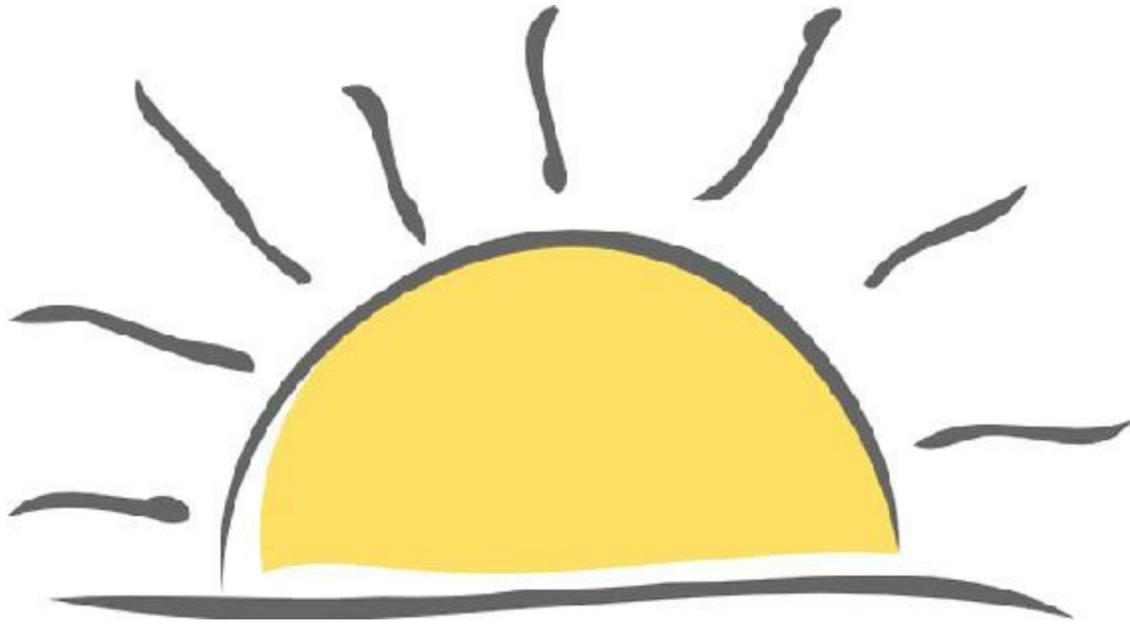
Bajo el techo con un comando del volante y Vangelis mira sorprendida el movimiento, de la capota guardándose.

El sol a pleno, nos invade.

- Guau... - Solo sale de su boca admirando, su tecnología alemana.

- ¿Gorra? - Le ofrezco una gris de beisbol, que tomo del cubículo trasero.

Niega con la cabeza y me la pongo yo, sacándome mis lentes para cambiarlos por unos oscuros de sol, mientras abrocha su cinturón de seguridad y yo después la imito.



CAPITULO 42

Yo

Nos detenemos en un paraje a medio camino en la ruta, que nos lleva a la casa de mi hermana. Aunque ya es muy tarde para un almuerzo, hay muchos coches aún estacionados a 45 grados en su frente.

El restaurant es un gran chalet pintoresco de tejas francesas y estilo colonial.

Me gusta.

Una camarera nos recibe con una sonrisa en la entrada.

Corrección.

Le sonrío a Herónimo, dándole la bienvenida e invita por ende a mí también, a seguirla y tomar asiento en unas de las mesas alejadas sospechosamente del tumulto de la gente del lugar.

Una, junto a una gran ventana que nos regala la vista asombrosa de un jardín prolijamente cuidado, lleno de vegetación verde y flores, a los pies de una montaña.

- ¿Vienes seguido? - Pregunto tomando asiento, cuando la camarera se aleja un momento.

- ¿Por qué? - Se sonrío abriendo su servilleta de tela a cuadros rojas, sobre

su regazo y sacándose los lentes de sol.

- Porque no aceptarías cualquier lugar... - Miro el otro extremo del restaurant, donde se agolpa más la clientela. - ...esta, definitivamente es tu mesa...lejos de la gente. - No me contesta, pero baja y sube sus cejas de forma divertida como respuesta y me hace reír.

La camarera aparece nuevamente con la sonrisa dibujada en sus labios y las cartas de menú en mano, demorando un poco más en Herónimo de lo habitual, con la recomendación de la casa en vinos y comida.

¿Yo?

Pintada para la chica.

Sigue de pie al lado del adonis griego que tengo sentado en la mesa frente mío, para que elija el vino y haga la orden.

Suspiro apoyando mi codo en la mesa y mi barbilla en mi puño, conformándome con mirar el bonito jardín que tengo a mi lado.

- ¿Nena, nos vas a pedir? - Miro a Herónimo.

- ¿Pensé, que lo harías tu?

- No amor...pide lo que tengas ganas...

Jesús.

¿Me dijo amor, en público?

Siento que mis mejillas arden y Hero se sonríe más, mostrando ese sexi canino inclinado y gastado a diferencia de su gemelo, en esa perfecta dentadura blanca.

Y yo gimo en mi interior y cruzo mis piernas, con fuerza bajo la mesa.

Mierda.

¿Pueda ser, que me excite un diente?

Y Herónimo niega con la cabeza, porque el muy puto se dio cuenta.

Aclaro mi garganta intentando disimular tomando la carta y leer la lista de comidas, mientras a su lado la rubia camarera aprovecha mi demora, para mirar de reojo y con descaro, a Hero.

¿Y qué, puedo hacer?

Él es un semental.

Creado para aparearse y procrear, porque es el alfa de los alfas.

Suspiro, resignada.

- ¡Listo! - Digo decidida, cerrando el menú.

- ¿Alguna ensalada? - Dice la camarera con libreta y bolígrafo en mano, mirándome despectivamente.

Herónimo apoyado en la mesa, se frota sus labios con la mano pensativo y

sonriente, mientras me mira.

Y le arquea una ceja sonriendo, también.

Yo no soy una chica dieta y lo voy a dejar en claro, ahora.

- No. Una hamburguesa completa, pero sin huevo y extra papas fritas con un agua con gas, por favor...

Suelto una risita, por su cara.

Oye chica camarera, no mires así.

No soy de las que piden hojas de lechuga y medio tomate, por comida.

Se retira con un resoplido y yo ruego para mis adentros que, por eso, no escupa mi comida. Pero vuelve al minuto nuevamente, con las bebidas. Agua con gas para mí y un *Chateau Margaux* tinto, para él. Descorcha el vino frente a Herónimo poniendo solo un poco en su copa y él lo lleva a sus labios, para catarlo. Lo aprueba y le regala su típica media sonrisa baja bragas, de marca registrada que posee. Y podría jurar que sentí un gemido de la mujer por ello, si no fuera por la música que suena con *Different Worlds* ambientado el lugar.

Blanqueo mis ojos.

- En breve, sus almuerzos... - Dice retirándose y recorriendo con su mirada por última vez a Herónimo.

- ¿Es siempre así? - Digo tomando un poco de mi vaso de agua con gas, cuando quedamos solos.

- ¿Qué cosa?

La señalo.

- Ella. En realidad, todas las mujeres...

- La mayoría, de las veces. - Dice y ladeo mi cabeza poco convencida.

Ríe, por mi cara.

- En realidad, sí.

Maldita sea siempre, con su honestidad.

Se inclina sobre la mesa y cubre con su mano, una de las mías.

- Rayo, no dudes otra vez ¿sí? Lo dije porque quiero ser lo más sincero contigo posible, para que esto funcione ¿Entendido? No va a ser la primera vez que lo veas, ni la última... - Baja su mirada, pensativo unos segundos para luego focalizar en mí. - ...las mujeres siempre se sienten atraídas a mi persona. Pero es solo superficial, solo mi exterior y reconozco, que siempre lo utilicé para mi placer. Solo el mío. Tu eres diferente Vangelis, porque tú, me ves diferente. - Murmura.

Eso, es verdad.

Yo lo vi diferente, desde la primera vez.

Lo que yo siento es puro, verdadero y algo que Herónimo nunca va sentir por mí, porque él está cerrado a ello.

- No digas eso Herónimo, solo soy la siguiente de tus féminas... - Digo, pensando en ese bendito acuerdo con sus reglas.

Muerde su labio superior al escucharme, mientras los dedos de su mano libre, juegan con la base de su copa de vino.

Le da un sorbo, cuando la camarera aparece con nuestros platos de comida.

Suelta mi mano con un dulce apretón, para dar lugar a nuestro almuerzo.

- ¿Necesita algo más, señor Mon? - Pregunta mirándolo, con una sonrisa de eficiencia.

Y Herónimo niega, con sus ojos puestos en mí.

- Gracias, puedes retirarte. - Le murmura grave dando otro sorbo a su vino y observándome a través de su copa.

La mujer se retira girando sobre sus talones ofendida, creo que no está acostumbrada a sentirse no notada y en especial con él.

- Este es el restaurant favorito, de Marleane... - Dice de golpe.

- ¿Marleane? - Repito.

Ay por favor, otra fémina no...

- Mi madre, rayo de sol... - Dice cortando su carne y masticándolo como si nada.

HERÓNIMO

Pese a que mi *Dueto de Cerdo Ibérico* está sabroso, siento un sabor amargo en mi boca que me dejó Vangelis, tratándose como una más.

Una jodida, fémina más...

Carajo.

¿Pero por qué, me molesta tanto eso?

¿Acaso no es, lo que le pedí y es?

¿Una más?

¿La siguiente, de mi lista?

Niego, para mí.

¡Por supuesto, que no lo es!

Porque ella, es única.

Entonces, díselo Mon.

Y yo.

No puedo...

Prometí, no lastimar más.

Nunca condenaría a alguien a estar conmigo para siempre, otra vez.
Porque todo lo contamina con el tiempo y como una planta, marchita y muere.

Dios...

Los engranajes de mi cabeza van a mil, por los imposibles.
Ya que la ilusión, no nació para mí.

Yo, no debo.

Mi cuerpo por tristeza, duele.

Estoy cansado.

Esa palabra vuela sobre mi otra vez, como hoy a la mañana en el parque.

Denme un respiro, suplico a mis demonios dentro.

Solo por hoy, les ruego.

Leyeron bien, estoy malditamente suplicando. Porque ansío con la poca alma si la tengo, que me dejen en paz. Yo necesito disfrutar mi domingo con mi rayo de sol. Porque ella dice, que soy un hombre normal.

Cierro mis ojos, por unos segundos.

Por favor.

Por favor, ruego.

YO

Herónimo masajea el puente de su nariz, con sus ojos cerrados.

¿Le dolerá su vista?

¿Necesitará, sus lentes de ver?

¿Estará cansado?

Y me pateo mentalmente.

Por supuesto, que lo está.

Si este hombre, nunca descansa.

¿No es acaso su primer domingo libre, después de tanto tiempo?

¿O de toda su vida, quizás?

Y lo está compartiendo, conmigo...

Me levanto con cuidado y sin esperar a que reaccione, apoyo mis labios en su mejilla.

Sus ojos abren cuando me siente, sorprendido al verme y palidece.

Y mierda, otra vez.

Porque no deseo que crea, que lo quise besar en los labios nuevamente.

Muerdo los míos, avergonzada.

Dulce Jesús, sus ojos se iluminan...y parece...

¿Que tienen color?

Son...tal vez.

¿Azules?

Pestaño nerviosa por lo que hice, ya que fue mala idea.

Y me quiero levantar.

Pero su mano atrapa mi cintura y de un movimiento me jala hacia él corriendo su silla, para hacer lugar y me sienta sobre su regazo.

Acuna con sus manos, mi rostro.

Carajo casi todo el mundo nos mira, inclusive nuestra camarera.

- Herónimo, la gente... - Le susurro nerviosa, intentando levantarme.

Me frena.

- A la mierda la gente, mandaré a vaciar el lugar si no les gusta... - Gruño.

Y sus ojos, se oscurecen.

Nop.

Fue una ilusión, ver su color.

Aún sigue, ese manto oscuro que cubre sus bonitos y raros ojos.

Mi color favorito...

HERÓNIMO

El contacto de sus dulces labios en mi mejilla, me despertó de mis pesadillas.

Yo rogué y mi ángel, vino a mí con su luz.

Porque ella lo es, para mi alma.

La necesito cerca mío. La necesito conmigo y por eso la atraigo contra mí, en mi regazo. Y me importa una mierda que, a la gente no le guste lo que ve. Mando a echar a todos si es necesario.

Punto.

Ni ellos ni Vangelis saben que soy dueño con Marleane, de este restaurant. Ni siquiera los empleados, ya que lo maneja uno de mis contadores bajo mi obsesa vigilancia. Lo compré unos años después de que mi padre falleciera, porque era su restaurant favorito junto con el de mi madre. Sus casi 20 años le avalan su fama y prestigio culinario gourmet, manteniendo por años las tres estrellas Michelin, como premio a la excelencia.

¿Y por qué, digo manteniendo?

Porque solo unos pocos establecimientos consiguen una y con ellas, se puede ver el efecto que produce en su negocio. Así también, como cuando se pierde tal, ya que no son vitalicias. Si no, que debes mantenerla. Y por ello sus

reservas superan a veces, los dos meses de espera.

Menos mi mesa, demás está decirlo.

Obvio.

- Estas muy lejos... - Le susurro dando palmaditas a mi pierna y sentándola sobre ella.

Rodeo su rostro con mis manos.

- ¿Por qué lo hiciste, nena? - Pregunto.

- ¿Besarte? - Dice con voz baja y sus mejillas enrojecen.

Asiento sin hablar.

- Es un gracias, Herónimo...

Alzo mis cejas, curioso.

- ¿Un gracias, por qué? - Pregunto trayendo su hamburguesa y papas, al lado de mi comida.

Porque, se queda conmigo.

Muerde su pulgar, nerviosa.

- Por compartir conmigo tu primer domingo libre, de simple hombre normal. - Me dice bajito y sonriendo.

Joder.

Lo repito.

Ella se conforma con tan poco y mi corazón aprieta más, por ello.

- Eres hermosa... - Le digo sacando su pulgar de su boca con mi mano y beso, donde sus labios se apoyaron.

Su calor como su humedad, aún están en el.

Rico.

El contacto de mi beso la estremece y sonrío por ello, porque yo malditamente estoy igual y jodidamente creo que a eso, lo deseo tanto como ella.

No se emocionen y tampoco, pregunten qué.

Sospéchenlo.

¿Ok?

Bien.

Un mesero pasa por nuestro lado con una copa helada gigante de varios sabores, con extra crocantes, trozos de frutas tropicales y sus ojos se van con él.

Jódanme.

¿Le gusta lo dulce, también?

- ¿Quieres después de tu hamburguesa, esa copa helada? - Murmuro

rodeando más su cintura, mientras robo una de sus papas del plato.

Y sus ojos se iluminan al mirarme.

Carajo, si me va a mirar así.

Voy a comprarle toda la puta crema helada del mundo de por vida.

- ¡Si! - Exclama mordiendo su hamburguesa.

Y cierra sus ojos gimiendo ante su sabor y yo, tengo que reajustarme en mi silla.

- ¿Peso mucho?

Jesús, a veces es tan ingenua.

Cosita.

- No nena...

Se encoje de hombros volviendo a su comida, saboreando cada bocado que da.

Utiliza uno de sus dedos para limpiar el aderezo de su mejilla y chuparlo con sus labios yendo esa acción, directo a mi pene.

Y yo apoyo mi frente en su hombro, ahogando un gemido interno.

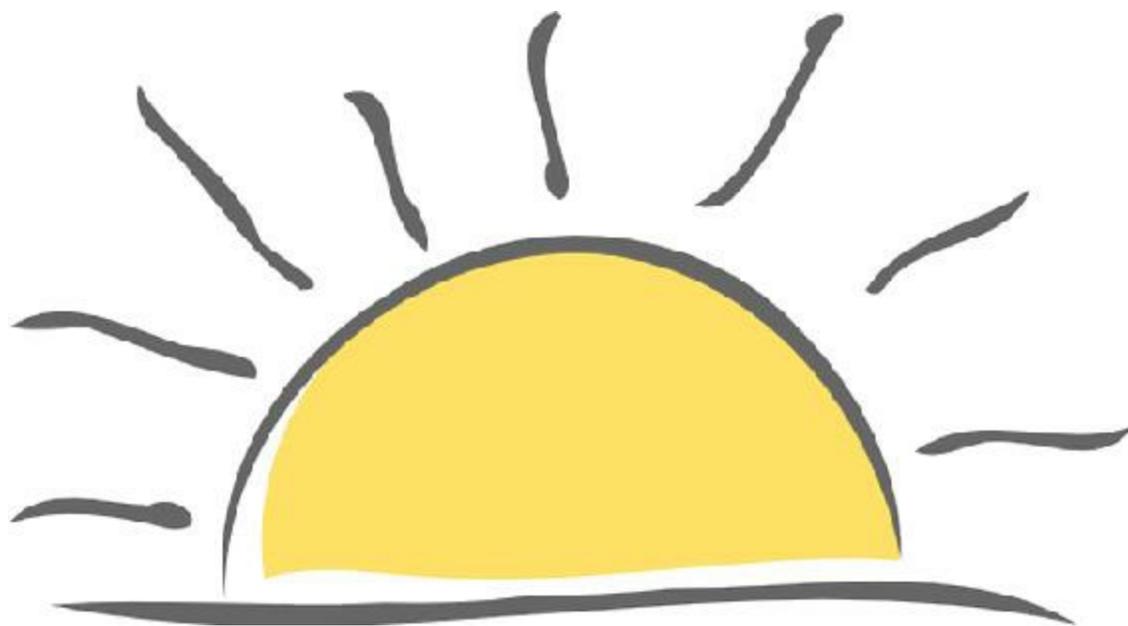
Este va a ser, el almuerzo dolorosamente más lento y feliz, de toda mi vida.

Mierda.

Soy como un adolescente cachondo, con Van.

Pensé que a mi edad, ya tenía un mejor control sobre mi polla, que esto.

Que me has hecho, nena...



CAPITULO 43

Yo

- ¡Cristo, ya es suficiente! - Ruega Hero, con la última cucharada de helado que le ofrezco de mi gran copa helada.

Aunque se negó de un principio alegando que no le gusta el helado, empezó a aceptar las cucharas que le ofrecía y créanme.

Si le gusta el helado.

Sobre todo, el sabor menta granizada.

- Eres, un flojo... - Digo riendo y comiendo, otra cucharada de dulce de leche.

Y gimo de placer, por su sabor derritiéndose en mi boca.

Glorioso y el mejor.

Herónimo se sonríe, reacomodándose otra vez en su silla y conmigo encima. No entiendo a este hombre que gana, con tenerme sobre él en lo que duró la comida. Hasta podría jurar que gané un buen par de kilos, con todo lo que comí.

Pide la cuenta una vez terminado y abre la puerta de entrada manteniéndola, para darle paso a una pareja de ancianos que quieren ingresar al mismo tiempo.

El hombre se lo agradece, pero se lo queda mirando.

- Usted me disculpará ¿Pero no es el empresario Herónimo Mon, dueño de las T8P? - Pregunta, observándolo con atención.

- Lamento contradecirlo, pero no. - Hero, sonrío amable. - Debo ser bastante parecido, ya que muchos me han hecho esa pregunta, con dicho personaje. - Miente con cortesía acercándome a él, con un brazo.

El viejo hombre se nos queda mirando fijo, pero solo inclina su cabeza cortésmente como respuesta, mientras guía a su anciana esposa a seguir camino.

Herónimo, lo imita.

- ¿Eres muy buen mentiroso, lo sabías? - Digo una vez afuera riendo y caminando a su lado, en dirección a su coche.

Ríe sacándose la gorra de su cabeza y poniéndola sobre la mía, peinando con sus dedos todo su pelo, avellana ondulado.

Camina conmigo como si nada, pasando su brazo por encima de mis hombros.

Me aprieta a él más, dándome un beso en mi sien y por sobre la gorra que me puso, sonriendo.

- Su nombre es Marcus Howards y su esposa Margaret Howards. Es dueño del periódico La Voz, nena y de la editorial tecnológica Copérnico. Y malditamente me reconoció, solo fue amable y ético ante mi negativa respetándolo.

Alzo mi vista, a él.

- ¿Y no te molesta? ¿No deja de ser, un periodista y puede poner un chisme tuyo, mañana en primera plana?

Levanta mi barbilla, con ternura.

- Y lo es rayo de sol, pese a sus años. Tanto, que apostaría mi trasero a que robó una foto nuestra ahora, desde su celular de alta tecnología que debe tener. - Piensa. - Pero hoy...nada me molesta. - Baja la visera de mi gorra con un gesto de cariño impidiendo que pueda ver haciendo que ría, mientras me abraza más contra él caminando.

Y yo suspiro.

Porque hoy realmente es un simple hombre común disfrutando su domingo, pese a estar vestido con una costosa camisa de diseñador y pantalones a juego.

Y creo que hasta por un buen rato, logró olvidar quien es.



- Bien. - Dice tras unos minutos de ruta y estacionando, frente a la casa nueva de Siniestra.

Miro maravillada todo.

Santo Dios.

La casa y la zona es hermosa, con muchas montañas y verde.

Verjas blancas, muchos patios frontales y niños jugando en la calle con bicicletas y patinetas.

- ¡Esto, es tan lindo! - Exclamo palmoteando feliz, por ser el sueño hecho realidad de Siniestra.

- Y muy seguro, también. - Acota bajando levemente sus lentes de sol, para observar mejor.

Lo miro.

- ¿Estuviste vigilando, a Siniestra? - Ahora él, me mira curioso a mí.

- ¿Quién?

Ruedo mis ojos, riendo.

- Así le digo a mi hermana...

- ¿Y debo temer, por ello?

Suelto otra risa.

- Probablemente...

Muerde su labio disimulando su sonrisa, pensativo.

- Interesante... - Solo dice y luego, suspira. - ...ve nena...te veo luego...

Le sonrío y él esboza, su media sonrisa de lado.

Lo abrazo de golpe y sin esperar su reacción, salgo de su coche corriendo en dirección a la casa de Siniestra, cuando niños en bicicletas y algunos adolescentes, se detienen a admirar el Porsche de Herónimo y me miran curiosos caminar e introducirme, dentro de una de las casas vecinas.

Un mensaje de texto de él, suena bien cierro la puerta.

Río al leerlo.

Herónimo:

16:46h - "Por favor, la próxima vez podrías caminar más deprisa cuando llevas puesto ¿Eso que llamas shorts? Porque estos adolescentes cachondos, te comieron el culo con sus miradas.

Grrr...<----(es un gruñido, nena)

P.D: Corrección, no habrá próxima vez :D”

Tecleo.

Yo:

16:47h - “¿Si? Hubiera jurado que estaban más cachondos, con el trasero de tu coche que con el mío.

P.D: Espero que sea un gruñido del tipo sexi, señor...;)”

Herónimo:

16:49h - “Joderrrr nena...”

Suelto una carcajada, al leer su respuesta.

Mi hermana y los gemelos dan un grito de alegría cuando me ven aparecer por la puerta trasera de la cocina, estando el jardín intentando limpiar la piscina.

- ¿Y Roger? - Pregunto, después de muchos abrazos y besos a mis sobrinos.

Karla resopla.

- Fue hasta la ferretería de papá por un no sé qué, que va acá... - Señala la manguera. - ...y que se une, a esta cosa. - Me muestra un motor, que ayuda a limpiar el agua de la piscina.

- Ok. -Digo.

Soy inútil como ella, para esas cosas.

No entendí nada.

Tomas y Lucas, me jalan al mismo tiempo de mis brazos.

- ¡Ven tía! Queremos mostrarte como quedó nuestras ranas en clase de Biología, diseccionadas. - Gritan ambos al mismo tiempo, muy emocionados.

Arrugo mi nariz a Siniestra mirándola curiosa, mientras me dejo llevar por ellos al interior de la casa.

- ¿Esos bichos, son de verdad? - Pregunto.

- Con vísceras y todo, cariño... - Me dice Karla apoyada sobre una escoba en la orilla de la piscina riendo.

Después de ver esos experimentos cortados y disecados de mis sobrinos, que me mostraron con lujo de detalle y su habitación nueva, con Siniestra no pusimos en plan limpieza al temido garaje.

- ¡Dios! ¡Para qué guardas tantas porquerías, Karla! - Exclamo levantando y sacudiendo el polvo de una caja llena de botones, retazos de telas multicolor, una tijera vieja y un pote de yogurt vacío.

¿Un pote, de yogurt?

Me lo saca de mis manos con un golpe a mis hombros, con un trapo de limpieza fingiendo enojo.

- ¡Que no es, porquería! - Lo deposita arriba de unos estantes. - Cuando tengas tus hijos, veras cuanto te sirve este tipo de cosas, en época escolar. - Dice poniendo sus ojos en blanco y sonriendo, con sus manos al aire. - Nunca se sabe, cuando tienes que hacer un conejito pompom o un presidente...

Ambas reímos.

Después de acomodar algunas cajas, barrer y embolsar cosas, está casi listo para que su coche no duerma más afuera.

- ¡Nos merecemos, una rica limonada refrescante! - Gime de cansancio Siniestra, tumbándose conmigo en el viejo sofá color bordó que despide tanta tierra como nosotras.

- Porque no lo preparas y lo traes, así termino con estas viejas revistas de Roger en acomodar en el estante. - Digo mirando las pilas interminables de ejemplares de auto, caza y pesca.

- Eso... - Los señala. - ...si es, porquería... - Responde, tirada desde el sofá. Volvemos a reír a carcajadas.

Adoro a mi hermana.

Se va dejándome sola.

De afuera se siente a los gemelos jugando en el jardín, a Roger que llega recién diciéndoles algo intangible para mis oídos desde el fondo y a Karla, riñendo a los tres desde adentro.

Meneo mi cabeza divertida, mientras ojeo una de las revistas.

- ¿Van, la quieres con azúcar a tu limonada? - Me grita escaleras arriba, desde la cocina.

- ¡Si, por favor! - Respondo dando un último vistazo y poniéndolo en el estante.

- Van... - La voz de mi hermana, nuevamente segundos después.

- Hummm... - Solo respondo sin darme vuelta, acomodando más revistas.

- Te buscan, cariño...

¿Eh?

¿A mí?

Volteo.

Karla parada en el umbral de la puerta y con su bonito semblante petrificado me mira con sus grandes ojos color zafiro, preguntándome que, diablos no sé qué.

Y se hace a un lado, para dejar paso a alguien.

Mi.Dios.Querido.

Y Herónimo aparece como si nada y sonriente.

Está cambiado.

Ahora lleva puesto unos viejos jeans color celeste pre lavados, calzados en cuero marrón tipo borcegos y una camiseta clara.

Dios misericordioso, ni un hombre podía verse tan bien con una sencilla camiseta y jeans claros.

Su pelo, lleno de ondas aún están húmedos por la ducha y caen libres por su frente y costados. Sus ojos embrujados de esa oscuridad detrás de esos sexis lentes de armazón, me miran profundamente y me absorben a ese abismo que hay en ellos, de una forma obscena y dulce. Amago tanteando nerviosamente para apagar estrepitosamente, la vieja radio que suena como puñalada, los viejos acordes de *Hungry Eyes* sobre una silla descolorida.

Putas letras, de la canción.

- Hola. - Me dice sin moverse del lugar, apoyado con un hombro en la pared.

- Hola... - No puedo salir de mi asombro y disimularlo, ante su presencia.

Lo miro a él, miro a Karla y luego a él, nuevamente.

Pausa.

- No nos presentamos bien...soy Karla. - Saluda Siniestra, levantando su mano hacia él. - La hermana mayor de Vangelis. - Subraya esto último sobreprotectoramente, estrechando su mano con fuerza y como empresaria como él, que es.

- Herónimo... - Dice, dando su mano correctamente. Mi hermana, le sonrío. - Herónimo Mon. - Finaliza.

Al sentir su apellido su boca cae y sin disimulo, lo mira de arriba abajo y detenidamente.

- Guau...ahora que te veo bien, si lo eres... - Murmura. - ...eres mucho mejor, visto de cerca. La mayoría de las celebridades no lo son y créeme, he visto muchos por mi negocio. Pero guau...sin duda, tu das con la talla...

Hero sonrío al escuchar a mi hermana y yo, ruedo mis ojos como respuesta.

Karla no se conforma y camina por sus lados y lo revisa por detrás descaradamente observando su sexi trasero.

- Sip. Definitivamente das con la talla. En las pocas revistas en que te he visto, no te hacen justicia...

Bien.

Eso era suficiente, tenía que intervenir o había una buena posibilidad de que Siniestra, comenzara a manosearlo.

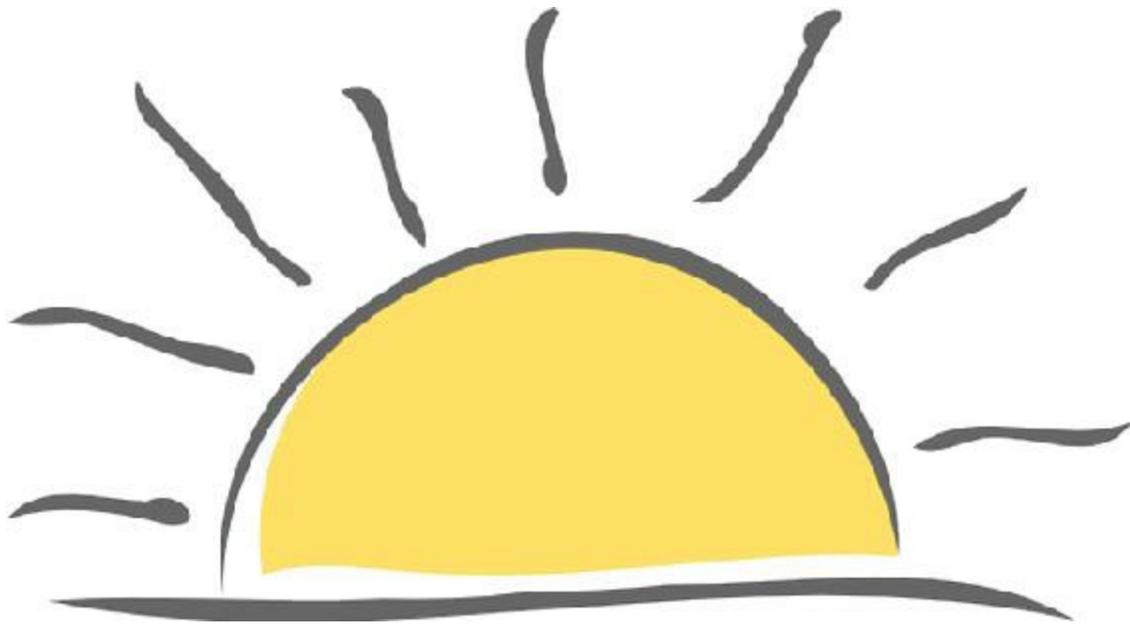
Le pego suavemente, para que recobre la compostura.

- Auch... - Se queja, tocándose el brazo.

- Compórtate Siniestra, eres la mayor ¿Recuerdas? Casada y con hijos... -
Murmuro, mientras miro interrogante a Herónimo.

- Vine, por ti. - Dice respondiendo a mi mirada con toda tranquilidad y como si su presencia aquí, fuera algo de lo más natural.

¿Eh?



CAPITULO 44

Yo

- Está oscureciendo y prometí, buscarte nena. - Se da vuelta, a mi hermana.
- No es prudente, que viaje sola de noche...

Pero que, hijo de...

Sabe que anotó un punto con eso, con mi hermana protectora.

Bastardo.

Se acerca a mí con timidez, con sus manos en los bolsillos de sus jeans y su mejor cara de nada.

Karla lo mira encantada.

La muy traidora está deslumbrada, con este ejemplar masculino de belleza pateando culos.

Y acá estoy, yo.

Sudada y con el pelo a la miseria.

Desalineada con mi vieja remera de Mickey ahora sucia y unos pantalones de gimnasia desteñidos que me prestó mi hermana, arremangados para no pisarlos con mis zapatillas.

Y frente a este hombre, que es un mega empresario y absolutamente sexi, que huele a jabón y perfume importado caro, que viene a verme.

¿Podría ser peor?

¿Y la pregunta, existencial?

¿*Qué me vio?*

- Él tiene razón. - Karla mira por la ventana. - Está oscureciendo y fue suficiente de limpieza por hoy ¿Por qué, no se quedan a comer? - Exclama feliz, con su idea. - Hice tu postre de limón favorito cariño y demostraríamos al señor Mon, algo de hospitalidad... - Se justifica bajo mi cara diciendo NO con mi boca y con la mirada, tras Hero.

- Me parece una idea fantástica, señorita Coppola. - Dice Herónimo, dándolo por hecho y sin consultarme.

- Soy Karla...solo dime Karla... - Murmura engatusada.

- Karla. - Repite, regalándole su devastadora media sonrisa.

De no creer.

¿A mi hermana, le gusta un hombre para mí?

- Necesito darme una ducha... - Murmuro subiendo los pocos escalones que dan a la sala, seguido por ellos, tratando de arreglar mi remera lo más presentable posible.

- Y yo iré a preparar la cena ¿Le gusta el cordero, señor Mon? - Pregunta entusiasmada.

- Mucho. - Responde suave.

Y carajo, con esa palabra orgásmica.

Karla aplaude feliz.

- Haré una vieja receta familiar, a base de especias mediterráneas. - Continúa totalmente en su mundo, revolucionada por la expectativa.

Cuando se está dirigiendo a la cocina de espalda a Herónimo, se da vuelta y me gesticula con su boca en silencio “*¡Dios, es tan sexi!*” tocándose y frotando sus pechos sensualmente por sobre su blusa.

Y yo, muerdo mi labio mirando para otro lado, para no reír.

Herónimo no lo nota, por estar mirándome fijo.

Una vez que estamos a solas se acerca a mí con cuidado y midiendo mi estado de ánimo.

Busca mis ojos.

- Estás tan...

- ¿Sucia? ¿Desprolija? - Termino su oración, alisando con mis manos y como puedo mi pantalón.

- Hermosa... - Me dice.

Ruedo mis ojos, con burla.

Si, como no.

- No te esperaba, tan temprano...

- ¿Molesto? - Me pregunta observando la gran sala de la casa, aún con las manos en sus bolsillos.

Se acerca a la ventana corriendo las cortinas, para mirar afuera.

- No. No es eso, Herónimo... - Titubeo. - ...es que no me siento, presentable...

Se gira a mi dirección, corriendo nuevamente las cortinas.

- ¿Para mí? - Acomoda sus lentes, curioso.

Levanto ambos brazos al aire.

- ¿Para quién, si no?

Sonríe viniendo hasta donde estoy.

- No me importa lo que tienes puesto rayo, créeme cuando lo digo... - Arquea una ceja divertido.

¿Qué le dará risa?

- Ya te lo dije, eres hermosa... - Me acaricia con el dorso de su mano, mi hombro y brazo.

Y dulce Jesús.

Porque su aroma masculino me impregna con su contacto, haciéndome estremecer por lo mucho que lo quiero.

Baja su mirada al piso pensativo, unos segundos y vuelve a mirarme.

- Yo...la pasé fatal desde que te dejé, hace unas horas...

Inconscientemente acuno su rostro, con mis manos.

- ¿Pasó algo? ¿Estás, bien?

Se sonríe.

- Si rayo...ahora lo estoy. Solo tenía que venir a verte. Ni entrenar en el gimnasio, ni la compañía de Rodo hicieron pasar rápido, los putos minutos.

Y este corazón mío se hincha de felicidad, por lo que escucha.

No te enamores más, le suplico.

Recuerda que solo soy una más, de su lista.

Tarde.

Muy tarde, me dice...

Me abraza de golpe, sin importarle donde estamos o que haya estado limpiando y muy sucia por ello.

- Jesús, se me va a ser eterna esta puta cena... - Susurra, hundiendo su rostro en mi pelo y lo inhala profundamente. - Mierda...hueles a flores. -Me dice.

Suelto, una risa.

- Es mi shampoo, amapolas y savia. - Digo.

- Rico. - Y ahí va, otra palabra sexi.

Me abraza más a él y sentirlo me estremece, acelerando más mi corazón.

Desliza suave su mano por mi vientre y lentamente, por dentro mis pantalones de gimnasia.

- No... - Jadeo.

Si los niños aparecen o Roger.

¡Dios, si Karla lo ve, buscaría su mejor cuchillo de la cocina!

- Shuu... - Me dice tranquilizador mientras me aprisiona más a su cuerpo, sintiendo su duro pene por su erección palpitante, apretando sobre mi vientre.

Sus dedos viajan abajo para acariciar mis pliegues íntimos con sus dedos.

Pero de golpe se detiene, al notar algo y para mirarme fijo.

- ¡Jesús rayo! ¿No llevas, ropa interior?

Me encojo de hombros, riendo.

Y apoya su frente en la mía, suspirando ahogado.

- Dios...moriré de una angina de pecho... - Gime dolorosamente y con lentitud introduce unos de sus dedos en mi interior, mientras con su pulgar acaricia mi clítoris.

Y yo ahogo mi jadeo excitada, sobre su pecho para que no me escuche nadie.

- No te vayas a correr cuando te duches rayo de sol, ni te toques o me enojaré...mucho. Esto... - Susurra en mi oído con dulzura, mientras trabaja en mi interior. - ...es mío, solo y malditamente mío. - Muerde el lóbulo de mi oreja. - Quiero que tu cuerpo agonice con cada puto segundo que pase y me reclames, como tu dueño. Porque esta noche te voy hacer definitivamente mía, en cuerpo y alma... - Jura.

Y yo retuerzo mis piernas de placer por cada palabra que dice, tomando su mano prisionera entre mis piernas.

Y se sonrío sobre mi frente, cuando nota lo que hago.

Después de unos segundos castigadores y negándome mi orgasmo, saca su dedo de mi profundidad muy empapada y sin dejar de abrazarme se lo lleva a su boca, con nuestras miradas fijas en cada uno.

Lo lame, para luego chuparlo entero y sacarlo limpio de todo fluido mío, con un suave pop.

- Sabes jodidamente bien, rayo... - Acaricia mis labios con ese dedo y yo, beso y también lo lamo, sintiendo mi propia salinidad íntima como mi aroma.

- Señor. Si que será, eterna esta cena... - Ríe gimiendo.

HERÓNIMO

Hacía mucho tiempo, que no tenía un día libre.

Años, en realidad.

Que, si me preguntan, malditamente no lo recuerdo cuando fue.

Si me lo hubieran propuesto semanas atrás, evitaría su pregunta para no hacerlas pasar un mal rato por semejante idiotez.

¿Yo?

¿Un día libre?

No me jodan.

Hubiera reído agriamente en sus caras, por atrevidas.

¿Pero hoy?

Les diría que fue el jodido día más feliz que tuve en mucho tiempo y lo comparo, como cuando fundé las T8P.

Pasar el día con Vangelis, fue una locura.

Una locura hermosa.

Jamás disfruté tanto y créanme, reí mucho.

Esta mujer es graciosa, como caliente y dulcemente torpe. Porque sus salidas ingenuas, me divierten y me llenan. No me importó almorzar mi comida fría para disfrutar la de ella mirándola, con la suya chatarra. Tampoco que pareciéramos dos tontos, compartiendo el helado. Creo que tenía 14 años cuando lo comí por última vez y sigue siendo aún y después de tanto tiempo, la menta granizada mi sabor favorito.

Y me importó mucho menos y tres mierdas que Marcus Howards, el viejo buitro de los periodistas y que regentea uno de los periódicos más poderosos e importantes del país, donde tantas veces su cuartel de paparazzis me persiguieran bajo sus órdenes por años.

Que hayamos putamente coincidido y que me viera con Vangelis.

No.

Aunque odio las fotos y detesto el periodismo amarillista y de corazones.

Ni siquiera lo aprobé con Marian, aunque no pude evitar que salieran algunas a la luz pública de mi vida íntima y matrimonial.

Con Van, es diferente.

Sé que habrá una portada de primera plana nuestra mañana, con especulaciones y títulos idiotas sobre el amor.

Y me importa un carajo, que suceda.

En realidad, es un consuelo.

Un respiro, de que Van es mía y que todos, lo sabrán y nadie se fijará en ella.

Porque pobre del infeliz mortal, que lo haga.

Bien.

La dejé en la casa de su hermana, ahogando la bronca de decirle, que no lo haga. Y mordí mi labio para evitar bajar de mi Porsche y seguirla cuando me abrazó y huyó. Golpee mi frente resignado al volante al verla caminar y que pendejos cachondos, la siguieran con las miradas.

A su trasero.

A ese trasero durito, que era mío.

¿Mi consuelo?

Escribirle un sms e imaginar eso que llama short, quemándolo a fuego lento.

Con una sonrisa idiota de satisfacción encendí el motor de mi deportivo, bajo la exclamación de admiración de los adolescentes y niños, por el rugir de mi máquina.

Fui directo al Pen, pero la imagen dejando a Van me perseguía y a mi pene también.

Ya que, en solo pensarla me ponía duro.

Saludé a Grands, cuando salí del ascensor.

Tiré mis llaves, la gorra que llevaba Vangelis y mi celular sobre la barra de desayuno, vaciando los bolsillos de mi pantalón de otras mierdas. Era domingo y Marcello no estaba, debe haber salido a la casa de su hermana y Collins, descansando en su habitación.

Fui derecho a mi despacho con mi segundo al mando, para terminar de cerrar mi compra del edificio de Vangelis, luego entré vía Skype con tres de los delegados de mis T8P. Ya que, en una fecha no muy lejana, tendré que viajar a ellas para uno de mis controles, que hago varias veces al año.

Abrí mi laptop leyendo los mails y descargué información tecnológica que me interesara, para leer alguna noche.

Hasta que otro mail, captó mi atención.

El balance trimestral de Marketing y ventas, de las T8P y examen, de Vangelis.

Era un resumen exigente donde pedía detalle, puntillismo y una logística profesional en ventas y marketing pasados. Exigiendo ideas innovadoras y posibles daños colaterales en las jugadas de ventas futuras en cada mes

restante, respetando o superando la curvatura de ventas futuras. Y con una opinión personal después, de no más de 450 caracteres.

Si, se lo que piensan.

Soy una mierda y un jodido, hijo de puta.

Pero tenía que buscar, la excusa perfecta para despedirla.

¿Recuerdan?

Mel podía hacer esto, porque estaba capacitada para ello y era la mejor.

O sea.

Gente que trabaja conmigo desde hace años y conocía las ventas como logísticas, como la palma de sus manos.

¿Pero pedir esto a una recién graduada y trabajando en TINERCA, a un par de semanas?

Quería despedirla, buscar una puta justificación para que se vaya del Holding y de mi vida.

Y esa, era la oportunidad.

No es descabellado pensar que no lo lograría, sería casi imposible para una novata.

Cierro mis ojos masajeando el puente de mi nariz, frustrado.

Porque que ahora pensando a rayo fuera y lejos de mí, no lo concibo.

Abro su mail y acomodo mis lentes para leer minuciosamente cada palabra, cada punto y cada coma. Donde en ciertas dudas mías sobre sus cifras de análisis, verifico con mi base de datos de ventas personal, de cada una de mis T8P con los balances antiguos, si coinciden.

Froto pensativo mis labios con mis dedos, leyendo su opinión personal final y sus menciones de mejoramiento.

Unos justificándolos y basándose en datos de archivos, señalando su ubicación con número, letra y color de carpeta que corresponde de años.

¿Años?

Me levanto de mi silla en dirección al archivador, abro unos de los cajones buscando las fechas que me da esa información, sacando una de las carpetas naranjas.

La abro, mientras tomo asiento nuevamente.

Sip.

Tiro mi cuerpo hacia atrás con todo mi peso en el respaldo de mi asiento, mirando el techo.

Carajo...

¿Podrá ser?

Y sonrío, feliz y asombrado.



CAPITULO 45

Herónimo

Después de leer el mail de rayo en mi oficina, me dirigí a mi gimnasio por algo de entrenamiento. Tras, 15km de cinta y una rutina de *spinning* intensivo, ajusto las bandas de mis zapatillas de boxeo poniéndome de pie. Y miro que estén bien fijadas, dando pequeños saltos sobre mi lugar.

- ¡Comienza con un complemento básico, HRNM! - Dice el Polaco trayendo una nevera con hielo, lleno de botellas con energizantes.

Me señala las máquinas, mientras seco el sudor de mi cara.

- ¡Pesas! Con series 3/30 y estocadas. - Me ordena.

Asiento apuntando el control remoto de mi equipo de música, para subir el volumen con Eminem.

Y obedezco, a lo que mi entrenador dice.

Necesito gastar energía, para eliminarla y sacarla de mi sistema.

Por eso cumplo con cada ejercicio bajo la mirada de lince de mi entrenador al lado mío, gritándome cuando lo necesito y cargándome con más kilos, si me hace falta en cada pesa.

Rujo entre dientes, elevándolas.

Las venas de mis brazos y cuello, se hinchan con cada levantamiento que

hago.

Luego el Polaco apoya todo su peso en sus rodillas al apretar mis pies con ellas, para la secuencia de diferentes flexiones de abdominales que debo cumplir, obligando a pegar con mis puños sus palmas abiertas en el aire, desde la colchoneta cada vez que me elevo.

Series de 300.

Carajo.

Me alcanza un energizante, para que beba y escupa, una vez que finalizo.

Y lo hago.

- ¡Vamos HRNM! ¡Levanta ese trasero rompe corazones que tienes y dame sogas! - Me exige mirándome desde arriba.

Resoplo sonriendo e incorporándome sobre la colchoneta, mirando la hora del reloj digital de la pared mientras masajeo el aductor, de una de mis piernas.

- Dame un respiro viejo, te pedí venir y que me dieras duro. Pero creo, que ya no estoy para estos tipos de entrenamientos intensivos con mi edad...

- ¡Pura mierda muchacho! Yo a tu edad había derrotado al musulmán *Rafic Querem* en las MMA.

Si, eso era verdad.

Pero yo, no era él.

Y el Rafa como le decían al Polaco en su época dorada en las luchas clandestinas, era el puto rey.

Desde los 8 años vivió en las calles y su mecanismo de defensa como supervivencia, era dar palizas y vivir a los golpes. Cuando cumplió los 18 años, tuvo su primera lucha profesional y era un maldito animal salvaje, sin sangre caliente entre sus venas. Derrotó en el segundo round al dos veces campeón de la liga, que lo superaba en edad y años de disciplina.

Sus peleas en suburbios, hoteles clandestinos y sótanos de mala muerte, habían desaparecido. Porque, su fama creció al liquidar luego por *knockout*, al tricampeón del cinturón mundial en Kick Boxing de las MMA por una apuesta estúpida y al azahar en un bar, encontrándose en el lugar correcto el Polaco y en el incorrecto; el tricampeón.

Convirtiéndose con el tiempo, en el quintuple campeón de ello, haciendo historia. Y como lo descubrieron a él, el Polaco me descubrió a mí, en una de mis tantas peleas callejeras de índole vale todo.

Quería que me convirtiera, en el próximo rey de la MMA. Pero no era mi meta, mis objetivos eran otros. Esto es un juego para mí y todavía, lo es. Un

puto juego que dejo todo y lo destruyo, con mis años de KickBoxing y Arte Marcial del que me ponen en frente.

Donde canalizo, en ese cuadrilátero todo.

Se me da bien y me deleito, con ello.

Ellos ganan y yo gano.

Mis oponentes dinero, del mucho.

Y yo, mis demonios liberados.

Me pongo de pie con un movimiento tomando la sogá que me alcanza, para comenzar la rutina de saltar.

Quince minutos después Rodo hace su acto de presencia en mi gimnasio, vestido con pantalón de gimnasia, camiseta sin mangas y con una manzana en mano comiendo.

- ¡Ay por favor! - Dice acercándose. - Mi sobrinita salta más rápido y más bonito que tú, y solo tiene cuatro años.

Lo miro, sin parar de saltar a la sogá.

Salto, salto, cruzo, salto, salto.

Mido su distancia, de mí.

Nop, muy lejos.

No llego a darle un chicotazo con mi sogá a ese sexi trasero, que dicen las mujeres que tiene.

- Cállate, puto... - Le gruño.

Ríe, saludando con un golpe de puños al Polaco.

Salto 498, cruzo 499 y salto 500. Listo.

Tiro la sogá a un costado tomando la toalla nuevamente, para secar mi transpiración.

Y camino hacia él, que está sobre una de las bicis fijas.

Se pone a pedalear como nena.

Me siento en la otra, bebiendo otro trago de mi bebida energética.

- ¿Comiendo una manzana? - Solo digo, al verla devorarla. - ¿Y eso?

Ok.

Les explico, para que entiendan.

Rodrigo es, una máquina de comer masiva.

¿Su pasión?

Engullir.

Y si es carnes rojas o hidratos de carbono con glucosa, mejor.

Y créanme cuando les digo que tiene un cuerpo privilegiado, con una digestión envidiable y de otro planeta. Porque un humano normal, no asimila

todas esas calorías, que digiere este cristiano por día. Su altura debe rondar 10cm más bajo que el mío y aunque no tiene tanto volumen muscular como yo, posee anchos hombros con un cuerpo musculoso, tonificado y un estrecho vientre marcado.

¿Genética ancestral de parientes primitivos milenarios, de la vieja Sud América corriendo por sus venas?

Puede ser.

Porque verlo llegar con su presencia, intimidada se los puedo asegurar. Ya que, todo en el porte de mi amigo, irradia masculinidad y respeto.

Hasta, que la caga.

Sonríó.

Con sus comentarios graciosos y bromas, que le pueden.

Y la gente lo adora, por ello.

Y yo, también.

Sobre todo, el campo femenino, porque es como un maldito *Latin Lovers* con todas las letras.

Y no soy, maricón.

Aclaro.

Mis respetos, a ellos.

Tengo un primo gay y lo amo.

Su nombre Gabriel y es diseñador de zapatos.

Vive en Europa, pero le gusta que lo llamen Holywood y es como un hermano para mí, como Rodo.

Bien.

Pero es imposible, no dejarse cautivar por mi amigo. Lo he visto en acción desde la universidad y todas, caen bajo su encanto. Piel entre aceitunada y dorada, pelo castaño y sin definición de peinado. Ojos negros, mandíbula recta y dos hoyuelos adorables, cuando ríe el muy puto.

Y su arma secreta.

Ese castellano perfecto con voz grave diciéndote cosas dulces al oído, mojando las bragas de cualquier mujer al escucharlo.

Lo siento.

¿Fui muy directo?

Perdón, pero es la puta verdad.

Hace un bufido de tristeza, por mi pregunta.

- Fui al club con Mel. Me pidió que la acompañe, porque tenía un partido de tenis. Y después hicimos pileta y sol...

- ¿Y con eso? - Digo.

- Sentados en las reposeras tomando sol, me dijo que tenía pancita... - Hace morrito triste sin dejar de pedalear, comer la manzana y con su mano libre levantar su camiseta para mostrarme a mí y al Polaco, su tonificado vientre sin un gramo de grasa.

Lo miro fijo golpeando mis labios con mis dedos pensativo, deliberando si debo reírme a carcajadas o consolarlo, porque es el imbécil más grande del mundo por creerlo.

¿Acaso, no se dio cuenta, todavía?

-¿Eres un idiota, verdad? - Le digo frotando mi barbilla pensando en cómo decirle y sin poder evitar sonreír.

¿Vieron la película Shrek?

¿La del ogro?

No me miren así, es una de mis favoritas con Juli.

Lo sé.

Difícil de creer en mí, salvo si me comparan con él.

¿Recuerdan el gato, que habla español?

¿En cómo ponía esos grandes ojos tristes, cuando quería dar lástima?

Bien.

Pues Rodrigo igual, cuando escucha mi insulto contándome su pena.

- ¿No te das cuenta que lo hace para fastidiarte y llamar tu atención? - Ladea su cabeza aún, sin entender.

Jesús, esto va ser difícil.

- Rodo no tienes panza, tienes un cuerpo perfecto. - Carajo, falta que le diga que es hermoso y que me broten tetas, para ser una típica charla de chicas.

Joder.

- ¿Cuándo, se lo dirás? - Digo, al fin.

- ¿Qué cosa? - Me pregunta.

- Si serás cabrón hombre ¿Cuándo le dirás a Mel, que la amas?

Escupe el pedazo de manzana que mastica, seguido de golpear su pecho con un puño ahogado.

Le ofrezco mi bebida y me lo acepta, dando un largo sorbo.

Resopla, mirándome resignado.

Y mierda.

Porque mi amigo.

El chico Me.Gusta.Follar.Con.Muchas.Mujeres.Diferentes, está

perdidamente enamorado de su mejor amiga.

- ¿Se me nota, tanto? - Suspira, sin dejar de pedalear.

- Mucho.

Se cruza de brazos, estrechándose sus ojos.

- ¿Y desde cuando mierda, lo sabes? - Dice.

Me encojo de hombros.

- Desde que te enamoraste de ella, hace años...

- ¿Y por qué diablos, nunca me lo dijiste?

¿Me está, jodiendo?

- ¿Acaso, no lo sabías?

Me mira con odio y río.

- Pero que gracioso estás ¿Te comiste a los tres chiflados, hoy en el desayuno? ¡Por supuesto, que lo sabía!

- No lo dije amigo...porque tu no me lo contaste y respeté tu silencio. - Digo saliendo de la bicicleta y palmeándole con cariño su hombro, dirigiéndome al ring.

Me sigue.

- Es que estaba, confundido... - Rasca su nuca.

- Lo sé.

- Y ahora no, Mel es mi vida, Hero. Cuando la vi por primera vez era tan solo una niña y lo juro, era el recuerdo de mi hermana menor fallecida, pero...

- Lo sé, hermano... - Me detengo, para mirarlo. - ...no tienes que justificarte...

Este era un momento feliz para él, no quería que lo transformara en tristeza por el doloroso recuerdo de su hermanita fallecida en un accidente.

- Lo hiciste por cariño Rodrigo y al corazón, no se lo manda. - Lo miro. - Y Mel se convirtió he hiciste de ella, una gran mujer...

- Pero ella fue mi cómplice de años, de mis aventuras y cogidas con mujeres. Conoce putamente cada detalle amoroso mío. - Levanta sus manos a la cabeza, con desesperación. - ¡Dios! ¿Qué he hecho? ¡Mel debe pensar, que soy un puto mujeriego! Y si le digo que la amo, pateará mi trasero... - Gime. - ...ella merece, algo mejor...

Me acerco a él, sonriendo.

- Créeme, tu eres lo mejor de su vida...

- ¿Por qué, lo dices con tanta seguridad?

- Sus provocaciones, para llamar tu atención... - Explico.

Porque ahora resulta, que soy un puto doctor corazón.

Acepto, sus risas.

- ...durante siete años van y vienen juntos, al Holding. - Prosigo. - Te duele una condenada muela y cae a tu departamento a medianoche, con analgésicos para ti y te cuida ¿Sigo? - Niega con la cabeza. - ¿No te das cuenta hermano? Están todo el jodido día juntos buscándose y mirándose.

Me acerco.

- Rodo, esa chica te ama más que a su vida, desde la primera vez que te vio. Aunque apenas tenía 17 años y fuiste su héroe, Melissa jamás te vio como el hermanito mayor que pretendiste ser para ella...

- ¿Y tú?

Lo miro raro.

- ¿Yo qué? - Reanudo mi camino al ring, haciéndome el desentendido.

Tal vez, no la siga.

Ríe.

- No te hagas, sabes de lo que te hablo...

Carajo.

Lo va a decir.

Me volteo a él.

- ¡Que! - Gruño estirando los brazos, para que el Polaco me calce los guantes de box.

Se sienta sobre el borde del ring cruzando sus brazos en su pecho mientras mira, como me atan y ajustan los guantes de boxeo con su ceño fruncido.

Mala señal.

Porque algo me dice que esta conversación, no va a terminar bien.



CAPITULO 46

Herónimo

- ¡Te hablo de Vangelis, cabrón!

- ¿Y con eso?

Ladea su cabeza.

- ¿Y luego, me dices a mí? Que sabes mejor que yo, que sientes cosas por ella y te cuesta horrores reconocerlo. - Suspira. - Que te juegues hermano, porque es una mujer que sabes que te ama de verdad, importándole tres mierdas quién eres...ella se enamoró del hombre, no del empresario millonario y poderoso...

Golpeo los guantes entre sí, para su afirmación.

- Es más complicado Rodo...y lo sabes...

- ¿Sabes lo que creo? Que, por una vez en la vida, no la hay Hero. Y como estas tan acostumbrado a ello, la buscas porque putamente crees que no mereces algo bueno que apareció en tu vida y que lleva como nombre el de un ángel, Vangelis. Y tienes tanto pánico marica de jugarte, que prefieres hacer de esto; algo complejo. Buscar la quinta pata a donde no la hay. Dile lo que sientes por ella y deja que te demuestre abiertamente...lo que te ama.

- Erradica lo romántico, Rodo. - Murmuro subiendo al ring, para disimular

mi perturbación. Salto sobre mi lugar para entrar en calor nuevamente, haciendo flexiones sin mirarlo. - Tus comentarios de niña bonita, son vomitivos ¿Te pones bragas ahora? - Sigo.

Ríe.

- ¿Quién es el imbécil, eh? - Dice apoyándose a las cuerdas y mirándome fijo desde abajo. - Estás tan enfrascado en tus mierdas mentales y en ese puto pasado que no te deja vivir amigo... - Reflexiona. - ...ese pasado que te golpea una y otra vez, alimentando tus demonios y poniéndote ciego. Tanto, que no te deja ver la realidad a 2cm de tu nariz. Te castigas por dos cosas que no fueron tu culpa, la muerte de tu padre y la de Marian con...

- No sigas, Rodrigo... - Digo entre dientes, interrumpiéndolo y advirtiéndole con mi tono de voz que no continúe.

Porque la ira, comienza a colmarme.

A mi padre lo asesinaron.

Sé que no soy culpable, pero pude haberlo evitado.

Y a Marian la castigué y eso la llevó a la muerte y con ella, nuestro hijo en su vientre.

- ¡No te atrevas a decirme, lo que no es! - Grito. - ¡Yo, la maté! ¡Yo, los maté! - Me doy vuelta hacia él enfurecido y poniendo en alerta al Polaco. Porque me conoce, con mis demonios despiertos.

Pero Rodo me mira, con su puto semblante en paz.

Él estuvo a mi lado acompañándome, en cada uno de esos momentos de mierdas.

Aunque no vivió la muerte de mi padre y el juicio con el asesino, si cada proceso que llevó después y hasta ahora con él, y su libertad condicional.

Conocía a Marian de la universidad, mi amor por ella y aunque nunca me lo dijo, sé que no hubo por partes de ambos, una amistad.

Pero me respetó cuando después de un tiempo de noviazgo, decidí casarme con ella.

Porque Rodrigo, era feliz por mí.

Ya que, yo pensé, que era una buena mujer...

Mi sangre, comienza a hervir.

- ¡Estaba enferma maldita sea, Herónimo! ¡Le diagnosticaron cáncer terminal, cuando ella había huido de ti con otro! - Grita como si eso, me hiciera entrar en razón. - ¿Cómo puta podías adivinar, su embarazo y enfermedad si te dejó, y se fue con su amante? Apareciendo meses después como si nada y reclamándose como la gran señora Mon, cosa que le quedó

siempre grande...y trayendo la buena nueva de que estaba embarazada de ti y esa mierda de enfermedad...

- Ese niño, era mío...

- Y lo sé...pero reconoce en esa cabeza dura que tienes, que era imposible continuar con esa gestación y ella también lo sabía y por eso te castigó...ella, lo disfrutó Hero...

Muerdo mi labio superior con tanta fuerza, que el tibio sabor metálico de la sangre, corre por mi boca.

- Yo tendría que haberla seguido Rodo, cuando Collins localizó su paradero y no lo hice...

- Estaban separados hermano y ella te ocultó ese embarazo...a ti y a su amante...

Caigo de rodillas en el medio del ring, tapando mi rostro con mis guantes. Jesús, las primeras lágrimas comienzan a correr por mis mejillas, después de mucho tiempo de no hacerlo y por ese hijito que nunca vi.

- Marian fue una mala mujer Rodo, pero llevaba mi bebé. Yo...debí protegerlo de ella, nunca estuve para el... - Seco mis lágrimas como puedo con mis guantes.

Y la imagen de Vangelis aparece en mi mente.

La necesito, quiero que esté conmigo y me diga, que todo va a estar bien.

Sentir otra vez su abrazo, como el que me dio en el auto a la tarde y antes de bajar, en la casa de su hermana.

Será lo primero que haga, cuando la vea.

- Herónimo eso es triste y sé, que lo sufres después de muchos años, como si hubiera pasado ayer... - Continúa. - ...pero sabes que eso era imposible, ya que tu matrimonio era un caos. Prácticamente vivías en el Holding y en tu piso 30. Y ella, solo se divertía... - Suspira. - ...tienes la puta y verdadera oportunidad ahora, frente a tus ojos. Y le pones a la única mujer sin ser Marleane y que te ama de verdad, tus estúpidas reglas de fémica. Y sabes mejor que yo, que ella no lo es y nunca las va acatar...

Sube al ring, sentándose a mi lado.

- No sé, si podré hacerlo... - Suelto a los dos, que me miran.

Uno a mi lado y el otro desde abajo del ring, expectantes.

- ¡Si, que puedes!

Niego con la cabeza.

- Hoy por equivocación, creí que Van iba a besarme en la boca y sentí pánico...

Sip.

Lo que leyeron, un puto terror me invadió en solo pensarlo.

- ¿Y?

Le frunzo el ceño, a Rodo.

¿Me está jodiendo?

- ¿Es todo, lo que tienes? ¿Un, y? - Bufo. - ¡Que no estoy seguro! Con Amanda no pasó ni remotamente parecido. No me dio miedo, inconscientemente como que lo esperé, con esas sartas de estupideces que dijo sobre lo nuestro...

Rodrigo y el Polaco se miran y ríen.

¿Pero qué mierda?

- ¿Pero dijiste que no sentiste nada, con ese beso no? - Vuelve a preguntarme Rodo.

- ¡Por supuesto, que no! - Grito con ira.

- ¡Si serás pinche cabrón! - Suelta el Polaco de golpe, haciendo reír a Rodo.

Los miro a ambos, con furia.

Recoge la toalla que dejé tirada en el suelo y las zapatillas que me cambié, para llevarlas al vestidor.

- Te voy a decir algo muchacho para que te lo grabes bien en esa cabeza que tienes, que se ve que solo sirve para hacer imperios y negocios millonarios nomas...

Su voz rasposa y gruesa, resuena en todo el gimnasio.

- Eres según la fama que te has echado, el ególatra y déspota empresario, de renombre mundial. El jefe de los jefes. Pero para mí eres como te conocí, un simple muchachito con sed de sangre y puñetazos arriba de un cuadrilátero y podrías haber sido el rey, si lo hubieras deseado. Viví tu matrimonio y fue una mierda de entrada y tu mejor que nadie sabes, que lo que mal empieza; mal acaba. - Tose. - Esa señorita, no fue lo que necesitabas... - Escucho callado, todo lo que el Polaco me dice.

Porque en su puta vida y los años que llevamos juntos y que son muchos, jamás se metió en algo privado y personal mío, aunque lo vivió conmigo.

- ...te vi entrar y salir con muchas mujeres diferentes por muchos años, después de tu viudez y es la primera vez que te veo sufrir por una de verdad y no es, la innombrable...

¿Jódanme, el viejo me está riñendo?

¿A mí?

- No tengo idea quien es esta Vangelis, chico. - Prosigue. - Pero la muchacha te tiene tomado de las pelotas y si condenadamente tienes miedo de besarla pendejo...es porque la amas y ahí tu terror. - Me mira fijo. - Miedo a entregarte de nuevo y volver a dar todo de ti y que te vuelvan a patear tu lindo trasero. Pero con la diferencia que a ella la conquistaste tú, el caprichoso, controlador y roto tu...y no tu cuenta bancaria o tu fama, como a la otra. - Cuelga la toalla en su hombro. - Este es el amor del que salva a uno muchacho, el verdadero. Y yo lo sé porque hace 30 años que la tengo a mi lado y no se compara ni remotamente con las sexis y jodidas zorras que uno se coge en el camino de la vida, hasta que llega la indicada. Porque es la que te cuida, te llena de hijos y la que, al discutir con ella, es la sal de la vida y se soluciona matándose a polvos por las noches. No, el de la calentura adolescente...- Y se dirige sin más, al vestidor. - ...piénsalo HRNM o te arrepentirás toda tu puta vida restante, de no haberte jugado... - Finaliza, sin voltearse a nosotros.

- Hero... - La voz de Rodrigo me despierta de mis pensamientos analizando, lo que me dijo el Polaco.

Aún sigo sentado en el cuadrilátero y elevo una rodilla apoyando mi brazo suspirando, mientras lo miro.

- Estás jodido, eso es claro y tienes un mal genio de los mil demonios. Pero reconoce que esa chica se metió bajo tu piel como nadie. Ni siquiera Marian lo hizo amigo, ni en sus mejores épocas... - Se pone de pie y se sacude la ropa y me mira. - Crees que nunca has acertado en nada y que no lo mereces. Llevas sobre tu espalda la cruz de haberte considerado un mal hijo, mal esposo y mal padre...pero estás malditamente enamorado de Van y la amas más de lo que has querido en tu vida, nunca a nadie. Ella es en todo lo que piensas y soñaste...

- Yo, no lo sé...estoy confundido, Rodo...

- ¡Joder! - Exclama. - Hablar contigo es como tener una conversación, con un agujero negro ¡Tu puto oído selectivo, es exasperante a veces! - Me grita furioso, saltando las cuerdas del ring y caminando en dirección hacia la puerta de salida. - ¡Después no digas que no te lo advertí, maldita sea! - Bufa dando un portazo y desapareciendo, de mi vista.

Mierda.

¿Hoy es el día de péguenle, a Herónimo?

Cambie mi postura sentado, pensativo y, algo incómodo de que alguien más que mi madre sea sincero y directo conmigo.

Y cerré los ojos tan intensamente, que quise huir.

Rodrigo Montero era mi hermano, mi mejor amigo, un tipo divertido y

gracioso, pero intimidaba como la mierda cuando quería serlo.

Necesito salir, aire nuevo.

Quiero, a mi rayo de sol ya...



CAPITULO 47

Herónimo

Me pongo de pie, al ver ingresar a Collins al gimnasio.

- Me daré una ducha y saldremos, Collins. - Digo una vez fuera del ring, mientras me ayuda a sacarme los guantes.

- Bien, señor.

Camino, escaleras arriba.

- ¿Y Grands?

- Vigilando a la señorita Vangelis, en la casa de su hermana señor.

Bien.

- ¿Tienes noticias, de Gaspar?

- Millers se contactó con su abogado, tiene una reunión con él mañana temprano. Después irá al Holding, para llevarle noticias de ello.

Asiento pensativo.

- ¿Están vigilándolo, tus hombres?

- En todo momento, señor Mon. Gaspar no ha hecho movimientos, está muy tranquilo.

Mierda.

Eso es precisamente, lo que me preocupa.

Su puta, tranquilidad...

- Una última cosa Collins, comunícate con Gladys y dile que iré al hospital mañana por la mañana. Y que llevaré una invitada. - Subo las escaleras.

- ¿La señorita Vangelis? - Pregunta.

Me detengo, girándome.

- La única. - Y sigo mi camino sin mirarlo, pero lo conozco tanto a mi mano derecha que sé, que se está sonriendo el muy cabrón.

- Será un placer. - Lo escucho decir, desde abajo.

Abro la llave de la ducha, mientras me desvisto en el baño y tirando mi ropa usada del gimnasio a un canasto.

Apoyo ambas manos sobre el lavado de manos de granito de forma cansada, mirando al tipo afectado y petulante, que la imagen me devuelve en el espejo.

Resoplo haciendo que el pelo que cae sobre mi frente, vuele por los costados.

Y bajo mi cabeza negando, algo que ellos.

Rodo y el Polaco tienen razón, pero me caga hasta las pelotas admitirlo.

Bueno.

Lo estoy esperando y le pongo, el pecho.

¿Que, qué cosa dicen?

Pues sus risas de satisfacción y “*un te lo dije*” de sus partes.

Porque creo, que la amo.

¿Conformes?

Bien.

La palabra oportunidad ronda mi cabeza y por ello, mis demonios y miedos también. ¿Pero cómo alejo, todo eso de ella? ¿Y de mí, si me doy una oportunidad? Si me escucho decirlo y no me lo creo, porque eso sería abrirme más. Dejar que Vangelis pregunte más de mi pasado y contar de Marian, mi hijo querido que no nació y el infierno que desaté y fue mi matrimonio.

¿Alentarla, a esperar más?

¿Y que hablemos de un proyecto juntos, en un futuro?

¿Romper, mi regla número 3?

No y no.

¿Cómo puta se hace para retener algo que quiero con el alma, pero no puedo ofrecer nada más? Río, con asco.

Porque yo, no puedo...

Solo puedo ofrecerle esto y ella, dijo que sí. Y no importa lo que diga

Rodrigo y mi entrenador.

Entro a la ducha dejando que de lleno el agua, dé en mi rostro tirando mi pelo hacia atrás. Enjabono mi cuerpo y como capitán que manda a su marinero, sufro de una dura erección ante su recuerdo.

Jesús...

¿Qué hace que me puede, esta mujer?

Pensarla enterrado en ella y sintiendo todo su interior envolviendo mi pene mientras la penetro, me hace jadear de excitación. Apoyo una de mis manos sobre la pared de cerámicos, dejando que la lluvia caliente afloje la tensión de mi espalda.

Mi pene está duro y rígido, pidiéndome más.

Cierro mis ojos con un profundo suspiro, mientras la rodeo con mi otra mano y acaricio hacia arriba y abajo, con la seria posibilidad de hacerme una paja.

Cortesía, de Vangelis.

¿Muy gráfico?

Pido disculpas, pero mis pelotas explotan pidiendo una.

Vangelis es perfecta, porque es la puta horma de mi zapato.

Inteligente, risueña, graciosa, independiente y jodida.

Muy jodida.

No le gusta que la controle y que la sobreproteja, a la terca de mierda. Como tampoco jamás se planteó tener que aprender acatar mis órdenes, para contentarme. Porque no teme ser fuerte y ella misma para decirme abiertamente, que no se le apetece y mandarme a la mierda.

Mi pequeña, cabrona.

Y suspiro nuevamente, abriendo la llave de agua fría.

Hoy no hay masturbada, Mon.

Guarda para tu rayo de sol, esta noche.

Sonrío.

Bien.

Collins me abre la puerta trasera del BMW en el estacionamiento.

Y aunque era temprano para pasarla a buscar por la casa de su hermana, quería ir ya.

Punto.

Subí ansioso y molesto.

Muy molesto.

Cóctel peligroso, en mí.

El tránsito es bastante para ser domingo y eso, empeora mi mal humor.

¿Acaso todo el puto mundo en familia, decidió salir a pasear hoy?

Traté de relajarme pensando en que iba a ver a mi rayo en breve y exhalé aire moviendo mis hombros, para sacarme la actitud molesta que traía del gimnasio y que la ducha no hizo su magia, gentileza de mi mejor amigo y mi entrenador.

Collins se detiene a cargar gasolina y por alguna razón, había un montón de coches con la misma idea.

Estaba impaciente y listo para tener un exasperante ataque de ira por la ruta, para el momento en que finalmente pasamos el peaje, indicando la entrada al pueblo donde vivía la hermana de Van.

Y mi pecho se hincha de una alegría infantil borrando mi pesar y por solo saber que estoy cerca de verla, abrazarla y estar con ella.

YO

- ¿Y cómo, se conocieron? - Siento cuando bajo las escaleras después de darme una ducha y cambiarme, que dice Karla alcanzándole la bandeja con cordero y especies al horno, a Herónimo para que elija a gusto.

Ruedo mis ojos.

Es claro que la curiosidad la mata y su santa inquisición de preguntas, está por comenzar.

Aparezco en la galería del jardín trasero donde está la mesa puesta, para que cenemos al aire libre.

Y un silencio se hace de golpe, con mi presencia.

¿Y eso?

Roger, mi hermana, Herónimo más que todos e inclusive mis sobrinos que eso es muy raro, me miran fijamente cuando abro la puerta trasera.

Pongo una mano en la cintura y arrugo mi nariz.

- ¿Qué? - Digo acercándome a la mesa para levantar la ensalada de papas con aderezo, sirviendo a los gemelos.

Me acerco a Herónimo.

- ¿Te gustaría, probar?

Herónimo no contesta, apoyado uno de sus codos en los apoyabrazos del sillón y su mano en la barbilla, frota sus labios sonriendo.

Y solo se limita a asentir mirándome divertido de arriba abajo, con poco disimulo.

El silencio continúa y solo sintiéndose, los cubiertos de Tomas y Lucas

comiendo.

- ¡Que! - Les gruño otra vez, mientras le sirvo la ensalada de papas al plato de Hero.

Karla busca la mirada de Roger mordiendo su labio para no reír, luego en Herónimo y por último en mi persona.

- Mierda, cariño. - Levanta su mano hacia mí, señalándome riendo. - ¿Todavía tienes ese espantoso vestido con estampas? Juraría que creí sacarlo de tu armario cuando lo vi...y llevarlo conmigo, para hacerlo desaparecer...porque esa cosa no hace justicia, a tu belleza nena...

Miro el vestido, que llevo puesto.

Ok.

Es viejo y lo compré en una venta vintage de una feria americana, que vino a nuestro pueblo una vez hace un par de años atrás.

Es un simple vestido tipo de verano y su largo, es mucho más abajo de mis rodillas.

Holgado y claro.

Y con un estampado de flores.

Muy grandes.

De todo el planeta tierra.

Es poco favorecedor, lo reconozco.

Y no me pregunten, el por qué.

Pero cuando lo vi colgado de una de las perchas, en uno de los puestos de la feria.

Lo adoré.

Me resistí en el primer momento, disfrutando con Siniestra y mis sobrinos de los juegos, del parque ambulante. Pero por alguna razón cada vez que pasaba por el puesto, mis ojos reposaban en el vestido de estampas de flores una y otra vez. Y casi al final de la noche, no lo resistí y me acerqué deteniéndome, frente a el.

Una anciana de largo pelo entrecano, recogido por una extensa trenza y grandes aros dorados colgados de sus orejas, me sonrió con cierta satisfacción sentada en un rincón.

Haciendo con un gesto con sus manos llenas de pulseras y anillos con piedras de colores, a que lo tocara. Y así lo hice, con una sonrisa agradecida. Lo descolgué de su percha, para tocar su tela.

Era y lo es aún, suave.

<< *Llévatelo mi niña, está hecho para ti... - Me dijo acercándose a mí,*

era más menuda y más bajita que yo.

- No lo sé... - Murmuré tocando nuevamente su tela y largo. - No llevo, mucho dinero.

- Cariño, no hablé de cuánto dinero cuesta, aunque está a la venta. Solo dije lo que veo a través de el y de ti juntos, porque este vestido tiene que ser para ti. Recuerda lo que esta anciana mujer te dice mi niña...muchas veces lo llevarás puesto, pero solo en una de ellas; en un futuro no muy lejano...cruzaras tu destino definitivamente con el vestido puesto, con el hombre de tu vida. Y como las flores de su tela, estamparás tu corazón en él, para toda la vida >>

Y fin del cuento de mi vestido con estampas que adoro y la gitana con su “*mágica predicción*” y yo.

Como verán la gitana le erró estrepitosamente, ya que estoy perdidamente enamorada del hombre que tengo frente mío, mirándome con esos ojos raritos que tiene y completamente adorable, con su media sonrisa de lado muy a lo él.

Ya que cuando lo vi por primera vez, no llevaba el vestido.

Sino.

Mis mejores jeans.

Y créanme.

Aunque hacen de mi un calce perfecto esos pantalones, tampoco hicieron su magia para que él se enamora de mi cuando me vio.

Suspiro.

Triste, pero real.

- Sip. - Digo sirviendo más ensalada de papa, al plato de Herónimo. - Pero lo vi en tu bolso antes de que te fueras y lo saqué ¿Qué tienes contra mi vestido, Siniestra? - Le pongo otra cuchara de ensalada al plato.

- Nena... - La voz de Herónimo, suena.

- ¡Santo Dios! ¡Que es horrible! - Ríe Karla cortando la carne a uno de los gemelos, para pasar al que sigue sin dejar de mirarme mientras lo hace.

Le entrecierro los ojos odiosa y poniendo otra cuchara más, al plato.

- Es que tía, pareces una gran carpa de circo con el puesto. - Acota Tomas comiendo su carne, ganándose una risita de Herónimo. - Pero, una carpa de circo muy bonita...

- Gracias, cariño... - Le digo mirándolo con amor, para luego con rabia a Siniestra. - ...el tema es que me guste a mí y no, a ti. Es cómodo, fresco y lo adoro... - Finalizo poniendo otra cucharada al plato.

- Nena... - Repite Herónimo.

Lo miro.

- ...suficiente, de ensalada de papas...

¿Eh?

Miro su plato lleno de ella.

Mierda.

Me ruborizo avergonzada haciendo que todos rían a carcajadas, inclusive mi jefe.

- Lo siento, cambiaré tu plato. - Digo entre risas pasando el suyo por el mío vacío y poniendo su lonja de cordero, con una prudente porción de la ensalada.

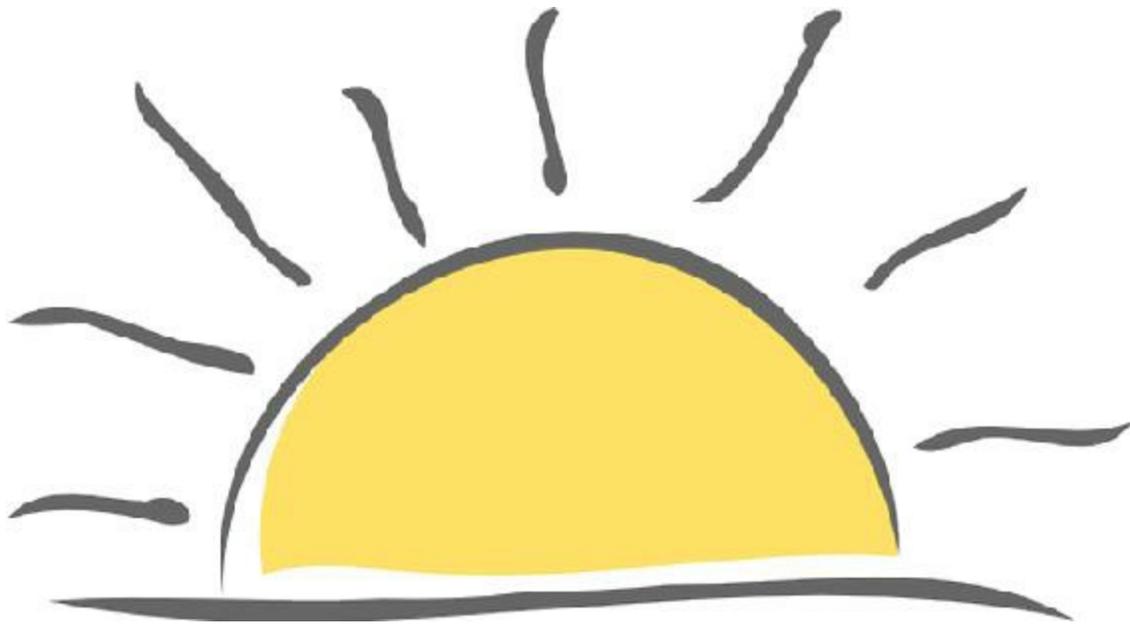
- ¿Comerás, todo eso? - Señala, mi abundante plato con ella.

Y yo, suelto una risa.

- Tengo mucha hambre y amo, la ensalada que prepara Siniestra. Cuando la pruebes créeme, envidiarás mi plato... - Le digo tomando asiento a su lado, recogiendo mi húmedo pelo con mi "llego tarde" y atravesándolo con su pluma.

Niega con su cabeza divertido y acomodando sus lentes, en el puente de su perfecta nariz.

Hermoso y bello, tic.



CAPITULO 48

Yo

- Con todo esto, no han dicho como se conocieron. Es decir... - Reanuda Karla su pregunta anterior, tomando un sorbo de su copa de vino mientras nos mira a ambos. - ...es obvio. - Blanquea sus ojos con diversión. - En el trabajo ¿Pero cómo? Siendo tan grande *TINERCA* de las T8P y tú eres Herónimo Mon, algo imposible de coincidir y no siendo tan fácil cruzarse en un Holding...

- Cariño, no molestes a los muchachos... - Interrumpe Roger amistoso y guiñándome un ojo cariñoso, llevando un pedazo de pan a su boca.

Le sonrío agradecida.

- En una cafetería, el primer día de mi trabajo. - Contesto natural y mirando a Herónimo.

- Ella fue un ángel, cuando la vi por primera vez...y su presencia me cautivó, después en la cafetería porque yo no pude dejar de mirarla. - Acota él mirándome con calidez y con su mejor cara de nada, para luego darle un mordisco a su cordero.

A Karla no se le escapa, el detalle de su mirada.

Era completamente adorable, el muy cabrón.

Y sonrío porque él me folló con su mirada mientras estuve ahí y toneladas

de veces, en su cabeza cuando no pudo físicamente.

Cretino de mirada angelical ahora, pero con demandas del diablo después.

Karla suspira, llevando una mano al pecho.

- Eso es hermoso. ¿No Roger? - En realidad, busca la aprobación de su marido.

El alemán nos mira alegre, sus ojos color agua dicen muchas cosas al posar en mí, en mi jefe y finalmente en su esposa.

- Yo creo que ustedes dos, se van a divertir mucho. Son lo que uno necesita, del otro. - Dice posando su mano en la de Siniestra, acariciándola afectuoso.

¿Qué fue eso?

¿Su aprobación?

Para que entiendan.

Roger no habla mucho, más bien lo justo y necesario. Pero cuando lo hace, sus palabras, opinión o consejos siempre son acertadas y precisas. Y Karla esboza una sonrisa de satisfacción y tranquilidad, porque sabe tanto como yo que cuando Roger opina, es porque está convencido de sus palabras.

- ¿Y qué, sigue? - Nos pregunta sonriente apoyando su puño en su barbilla, expectante hacia nosotros.

- ¿Que, de qué Siniestra? - Pregunto llenando mi tenedor de cordero y papa con aderezo, llevándolo a mi boca.

Y gimo de placer, esto está sabroso y aunque almorcé mucho, sigo teniendo hambre.

A Herónimo le entra la risa al verme y lo miro curiosa masticando.

Y sonrío, diciéndome nada con su cabeza.

Vuelvo a mi hermana.

- ¿Bueno, pero están juntos o no? - Continúa ella, sus ojos zafiros posan en Herónimo y por un momento se oscurecen. - ¿Por qué, están saliendo no? - Con un leve matiz amenazante y tierno lo hace sonar.

Hero no se inmuta por esa mirada, hasta creo que se divierte con ello.

- Es más que eso Karla, puedes quedarte tranquila. - Su voz se hace presente y su tono, me hace mirarlo.

Porque, había algo...allí.

- Vangelis es la puta horma de mi zapato... - Y renace ese canino levemente inclinado y poco más gastado, en su gran sonrisa perfecta y devastadora que poco uso le da el señor oscuro y que me ciega siempre, de lo bonita que es.

- Vaya...eso es tranquilizador escuchar. - Le da otro sorbo mi hermana a su copa. - Vangelis, es una nena aun... - ¿Qué? - Y tu un hombre mayor, Herónimo...

- ¡Siniestra! - Digo.

Es suficiente o mi hermana, no se detendrá.

Me pongo de pie para juntar los platos y traer el postre.

- ¡Qué! - Responde, como si nada. - Soy tu hermana mayor y debo cuidarte. Necesito saber sus intenciones cariño. - Lo mira con naturalidad, ayudándome con los platos. - ¿Te resulta incómodo que lo haga? - Le dice.

Y Herónimo hace un gesto con su boca negando.

- Para nada, continúa... - De lo más tranquilo y sin un atisbo de nerviosismo ante sus preguntas, dando el último bocado a su cordero con papas.

- Bien. - Dice Karla. - ¿Qué opinas entonces, de tener bebés? ¿Ya eres un hombre adulto y dices que ella, es para ti no? Formar una familia, se entiende. - Termina de explicar.

Y mi boca cae, por lo dicho de Siniestra y por Hero que con esa puta paz que sé, que no tiene y me está mirando con ternura.

- ¿Quieres que tengamos bebés, nena? - Me dice.

Dulce Jesús, este hombre folla las palabras.

Los bellos de mi nuca se erizan por el tono suave y tranquilo con que lo dice, provocando que los cubiertos caigan estrepitosamente sobre los platos acumulados por mis nervios en la mesa, siendo mi respuesta.

El bastardo, se divierte con todo esto.

- ¿Qué? ¿Vamos, a ser tíos? - Pregunta Tomas sonriente desde su asiento, con sus ojos claros iluminados.

Y Roger ríe.

Jesús.

Cierro mis ojos.

Porque esto, no puede estar sucediendo.

- No cariño... - Le digo acariciando su barbilla y dándole un beso, por sobre su cabecita.

- No tonto. No seremos tíos, seremos primos. - Corrige Lucas. - Un primo varón para que aprenda, hacer experimentos como nosotros...

- Entonces ¿Tú eres, nuestro tío nuevo? - Murmura Tomas dudoso, hacia Herónimo.

Dios...

- ¿Nuevo? - Dice Herónimo frunciendo el ceño hacia mí, acomodando sus

lentes.

- ¿Podemos llamarte, tío Herónimo? - Pregunta Lucas.

Carajo.

- ¡Es suficiente! - Interrumpo.

Miro a los gemelos.

- No hay primos chicos, no estoy embarazada. - Les murmuro con ternura, volteándome con desdén hacia Siniestra, absolutamente sin sonrisa para ella.

Porque la muy perra disfruta todo esto divertida, mientras sirve el postre.

- ¿No hay primo, pero si tío? - Vuelve Tomas, a la carga.

Y yo miro al cielo nocturno con estrellas, entregada.

Siniestra clonó su inquisición en sus hijos, convirtiéndolos en pequeños Siniestritos del futuro.

- Por supuesto que sí. Definitivamente su tío y el único. - Aclara y dice sonriente Hero, de la nada.

Y los gemelos se levantan de sus sillas festejando con grititos y corren hacia Herónimo para abrazarlo, tomándolo desprevenido a sus muestras de cariños sin pudor.

Dejo escapar una risa al ver esa gran mole humana, corriendo su silla para dar acceso a dos cositas tan pequeñitas como tan idénticas y exactas, para recibirlos entre sus fuertes brazo.

¿Con cariño?

Vaya.

Él me devuelve otra sonrisa, mientras comparte su regazo para los dos

Guau.

Nunca imaginé que mostrara docilidad y cierta vulnerabilidad, por lo niños.

¿Acaso le gustan?

O sea.

Es un empresario de naturaleza agreste, déspota, obsesa y controladora.

Es el jefe de los jefes.

¿Pueden creerlo?



- Me agrada... - Susurra Karla en mi oído mientras me abraza desde el

pórtico de su casa, cuando nos despedimos. - Un hombre que le guste los niños y ello de él, es buena señal... - Continúa al ver a Herónimo saludar a Roger y ponerse en cuclillas, para hacerlo con los gemelos con suaves golpecitos de puños, como hacen los hombres. - ...pero no creas, que te salvaste nena...la próxima quiero un almuerzo a solas para saber todo de este sexi hombre, que me tenías oculto. - Ruedo mis ojos, si supieras hermana. - ¡Es tan caliente! - Me dice, por lo bajo. - ¡Es Herónimo Mon! - Me gesticula como si no lo pudiera creer todavía, mientras me da un beso en la mejilla. - Vete, antes de que me arrepienta... - Sonríe.

El viaje de regreso es tranquilo y silencioso en el coche.

Los acordes de Luke Bryan, suenan en el interior del coche suavemente.

Bostezo con mi mano en mi boca largamente y reacomodándome en el asiento trasero del BMW, mirando a través de mi ventanilla la carretera y su paisaje nocturno, solo iluminado por las luces de la autopista.

- ¿Cansada? - Me dice desde su lugar con su mano en su sien, apoyado su codo en su ventanilla.

Lo miro, negando.

Y vuelvo a bostezar.

Se sonríe inclinándose hacia mí, desabrochando mi cinturón de seguridad y lo miro curiosa.

- Mientes como el culo, rayo de sol. - Murmura bajito, sacándose el suyo. - Ven aquí, nena... - Con un movimiento toma de mi cintura, atrayéndome a su regazo.

Quiero protestar, pero me arquea una ceja demandante haciendo que calle. Seguido de acomodarme sobre él con cuidado y vuelve abrochar su cinturón de seguridad en ambos.

Lo miro mientras verifica su protección con un suave clic, que señala el dispositivo la seguridad para ambos. Y me levanta y baja sus cejas divertido cuando lo aprueba, haciendo que ría. Sus brazos me envuelven acunándome más a él, seguido de besar por sobre mi pelo y suspirar.

¿Eh?

¿Qué me perdí?

Carajo, ni idea pero, se siente bien.

Demasiado y dolorosamente bien para mí y mi corazón, para ser una simple fémina más...

- ¿Alguna parada señor, antes del Pen? - Pregunta Collins desde el volante y mirándonos por el espejo retrovisor.

- ¿Nena? - Me consulta Hero, bajando su barbilla para mirarme.

HERÓNIMO

Y no me aguanté, lo quería hacer desde el momento que Collins nos abrió la puerta trasera del coche, para que subamos.

¿La excusa perfecta?

Sus malditos y bellos bostezos.

Y no lo pensé dos veces.

Pese a que pensé en nuestra seguridad, la atraje encima de mí y elevé una plegaría de agradecimiento, al que inventó estos cinturones de seguridad tan amplios y seguros.

Besé su pelo.

Carajo, olía a frutos del bosque.

No era su shampoo.

Debe ser el de su hermana cuando se duchó, pero le queda condenadamente bien también. Y suspiro recordando cuando, apareció por la puerta trasera y estando todos sentados para cenar.

Yo no podía creer, lo que mis ojos veían.

Porque mi chica de la playa estaba ahí y de pie, frente a todos nosotros.

Y a solo metro y medio mío.

Ella y su vestido con estampas de flores más feo del mundo y de toda la historia, de los diseñadores.

Jodidamente, no podía creerlo.

No podía siquiera, hablar de la emoción. Y por eso me limité a sonreír y mirarla, para llenarme de ella por esa sensación de completa felicidad.

Dulce Jesús.

Ella era hermosa y real.

El ángel que conocí, en una fecha nefasta de mi vida.

Mi ángel que vino a salvarme, con un poco de luz ese día.

Y el resto de tu vida, Mon...

Sip.

Porque Vangelis era la mujer que puso toda mi vida de años controlada rigurosamente por mi control, patas para arriba. Desequilibrando con su ingenuidad, juventud y terquedad mi dominio obseso. Y sacándome putamente, de mi eje de poder.

¿Por qué, dicen?

Están esperando que lo diga ¿verdad?

Hasta puedo sentir, sus risitas.

Joder, con ustedes.

Bufo.

Ok, se los confirmo.

La amo.

¿Felices?

Me inclino ante ustedes dándoles la razón y masticando, mi orgullo.

La amo mucho.

Bien.

La amo condenadamente y cada parte de ella.

Amo asquerosamente ese vestido de estampas de mi abuelita que lleva puesto y no hay ojo para verlo, de lo feo que es.

La amo, con su “llego tarde” porque sin eso, no sería ella.

La amo cuando come algo que la llena de placer, cuando camina de forma rara y chueca, por no soportar tacones de 10cm por el Holding después de una hora puestos.

Amo su cuerpo desnudo con el mío y estar dentro de ella, en todas las posiciones posibles.

Y amo de forma odiosa cuando me contradice y que sea una terca cuando le pido obediencia, haciendo que me enfurezca de felicidad.

Créanme, ese sentimiento también existe.

Y tuve que usar todo el control de mi sistema cuando la vi con el vestido, hasta mirando al cielo invocando a Dios y todos sus santos.

Hasta inclusive a Los 4 fantásticos y Los Halcones Galácticos, si era necesario.

Por un poco de misericordia de arriba y que me den fuerza para permanecer en mi silla y no levantarme de ella y tomarla de forma desenfrenada de alegría, por verla vestida así.

Como el primer día, que la vi.

Bonita y tan solo, siendo ella...

Ahora con todo esto, una pregunta.

Si, a ustedes que me leen.

Mis chicas.

¿Y ahora qué?

Las escucho.

Caramba, noto silencio de su parte.

Interesante.

Como putamente lo estoy yo, también.

Porque yo no sé, qué hacer con todo este sentimiento que erradica en mi ahora.

Joder.

Si yo no sirvo, para esto.

¿Me explico?

¿Cómo se hace?

¿Cómo se hace para desarrollar algo que tenía enterrado, muerto, olvidado y aislado para mi vida? Ya que no sé redimirme, a todo esto. ¿Cómo se hace para recuperar algo, que nunca tuve? ¿Reponer algo, que jamás tuve la dicha de disfrutarlo cuando creí poseerlo, pero en realidad nunca fue mío?

¿Cómo se hace para amar, cuando nunca fui amado?

¿Cómo hago para decirle que la amo, a la persona que llevo entre mis brazos ahora entredormida sobre mi regazo, mientras nos dirigimos al Pen y no lastimarla en el proceso?

Yo tengo el alma oscura.

Aparto mis ojos mirando por la ventanilla, para acomodar mis ideas.

Mierda.

Jodida tortura, sentir todo esto.

Amar duele, como una perra.

Porque cuando me entregué a ese sentimiento, sentí que me desmembraron y mutilaron cada parte mía. Muriendo algo en mí, parte de mi corazón y la totalidad de mi alma. Haciéndome duro, impenetrable y enfriando mi sangre, para cicatrizar mis heridas haciéndome inmune al dolor y a lo afectivo.

Ya que eso, podía besar mi culo.

Y por eso, me hice fuerte a lo que eran sentimientos. Apático a todo lo que es, apego emocional. Ni ustedes ni rayo tienen idea de la destrucción, que puedo engendrar con muy poco empeño. Porque los demonios de mi pasado habitan en mí y eso provoca estragos ya que yo lastimo, arruino lo que mantengo a mi lado y me he deleitado muchas veces en ello.

Y solo una vez bastó, para malditamente condenarme.

Mi biblia y mi calefón...

Y por eso, sacudo mi cabeza.

Ya que no podía ablandarme ahora, porque el amor da perdidas.

Y yo no puedo perder a Vangelis y destruirla por amor.

Porque yo, no sé amar bien.

Y por eso, debo protegerla con mis reglas.

Carajo conmigo.

Soy un puto bipolar.

Y la abrazo más, en solo pensar que salga herida con todo esto, cuando Collins pregunta si nos detendremos en algún lado.



CAPITULO 49

Herónimo

- ¿Nena? - La miro, ante la pregunta de Collins.
Abre los ojos, entredormida.

- Estaba por decirte, que me lleves a mi departamento. - Susurra.
¿Pero qué mierda?

Mi estómago se hunde, por lo que dice.

- ¿No te vendrás conmigo, esta noche? - Hablo sin pensar.

De ninguna, jodida manera.

Se viene conmigo.

Punto.

- Si Herónimo, lo haré. Solo tengo que recoger un par de cosas que olvidé,
para pasar la noche en tu Pen y necesito para mañana en el trabajo.

- ¿Cómo qué? - Frunzo mis cejas.

Mandaré a Marcello a comprarle, porque no quiero que le falte nada.

Se incorpora, un poco.

- Bueno...no sé, tal vez... - Hace que piensa. - ...una toallita higiénica por
si me viene la menstruación por las dudas y mi banditas depilatorias, para no
pincharte esta noche en la cama... - Me mira odiosa. - ¡Qué te importa! - Me
arruga la nariz al mirarme.

Y la miro atónito.

¿Acaba de decir eso, frente a Collins y de mí?

Las arrugas formándose en los costados de los ojos de él, que muestra el espejo retrovisor de su sonrisa silenciosa; me lo confirma.

- ¿Sabes que puedes ser una cosita muy violenta, cuando tienes sueño? - Digo acomodando mis lentes, sin dejar de mirarla.

Pero que atrevida.

Y quiero reír, a carcajadas.

Maldita sea.

Me gustaba más, todavía.

Suelta una risa rodeando mi cuello con sus brazos, besando mi frente.

Joder, con esos labios.

- Lo siento...tengo algo de mal humor y no tengo idea el por qué. Solo quiero ir por algo de ropa, para el Holding mañana. - Acuna mi rostro con sus manos, corriendo parte de mi pelo de mi frente con caricias.

Santo Dios.

¿Eso fue una muestra de cariño, espontáneo?

Ella jodidamente, lo hizo.

Marian nunca...

O sea.

Ella si me acariciaba, pero nunca con dulzura porque jamás le nació.

Y algo, se expande en mi pecho más.

Es abrumador y a la vez, la sensación más reconfortante llenando mi alma.

¿Será felicidad?

YO

Collins se estaciona frente a la fachada de mi edificio y Hero desabrocha el cinturón, para que ambos descendamos del coche.

Caminamos en dirección a la entrada, mientras hurgo en mi bolso por las llaves.

Me mira raro y con su ceño fruncido.

- ¿Y ahora qué? - Pregunto con una mano en la cintura, sobre mi lugar.

- Esto. - Gruñe empujando la puerta, esperando que pase primero. - Es basura la seguridad... - Chequea la hora con su reloj. - ...son casi las 22h, no está con llave siquiera y ningún puto guardia a la vista...

- Será porque, no hay tal guardia... - Digo caminando hacia los ascensores como si nada, a su rabieta.

Y se detiene sorprendido.

- ¿Qué? - Dice sin poder creer, seguido de farfullar por lo bajo haciendo señas a Collins de que vigile la entrada.

Santo Dios.

Pero que obseso.

Ruedo mis ojos a él riendo, mientras lo busco donde quedó, para tomarlo de la mano y entre conmigo al ascensor.

Y mi corazón salta de alegría, porque no opone resistencia por ello dejándose llevar.

No entiendo porque amo tanto a este hombre, que todo lo enoja.

Y él, ni siquiera lo imagina...

- Solo tardaré 5 minutos y volveremos a tu Pen... - Digo tocando el botón de mi piso y para tranquilizar, su humor caprichoso de nene de 5 años.

Hace una mueca con esos lindos labios llenos que tiene como respuesta.

Y hasta creo que quiso ser, una sonrisa.

Creo, dije.

Me concentro en los números del display del ascensor subiendo para no mirarlo, porque si lo hago río.

Entramos al departamento y me dirijo a mi habitación en busca de cosas y llenar nuevamente mi mochila.

- ¡Recoge cosas, para dos o tres días! - Dice encaminándose a la cocina, abriendo mi refri.

¿Eh?

Me asomo por la puerta de mi habitación mirándolo curiosa, mientras saca una botella con un jugo preparado de color verde flúo.

Levanta una ceja con dudosa mirada, al preparado.

- ¿Tres días? - Repito.

¿Me estás jodiendo?

Me cruzo de brazos.

Y me mira aún con su ceja levantada, sumándole su cara de *Haz.Lo.Que.Herónimo.Dice*.

- Si. - Como si nada.

Arrugo mi nariz.

- ¿Y desde cuando yo decidí quedarme contigo, tantos días? ¿Estaba presente, cuando dije sí? - Acomoda sus lentes y ladea su cabeza hacia mi pensativo.

Creo, que me quiere mandar a la mierda.

- Vangelis es importante garantizar tu seguridad, así que no tengo ninguna duda de que te vengas conmigo al Pen por unos días. Gaspar es una amenaza para mí y hasta que Millers no hable mañana con su abogado y apelemos su prisión preventiva nuevamente en tribunales, sería de mi agrado que esta vez; me obedecieras por una puta vez... - Dice entre dientes esto último, volviendo a mirar el dudoso jugo de color radiactivo que tiene entre sus manos.

- ¡Pues, no! - Digo, con mi enojo marcando rojo. - Solo dije una noche, Herónimo... - Levanto mi índice. - ...y eso. - Señalo la botella de jugo. - Es jugo de manzana verde, es rico y a mí, me gusta... - Aclaro dirigiéndome a mi habitación otra vez.

Siento su suspiro seguido a un resoplido de rabia y el sonido de puertas de gavetas, abriéndose por vasos.

Me encojo de hombros.

Supéralo, Mon.

De golpe gira mi cuerpo haciéndome perder el equilibrio, pero Herónimo me toma de la cintura para sostenerme y acorralarme, contra la puerta de mi armario con su cuerpo.

- Ese genio tuyo ¡Por qué eres tan terca, mujer! - Grita mirándome profundamente, con sus manos en mi rostro y acariciándome con sus dedos.

- ¡Tu control obseso, saca lo peor de mi Hero! Intentas hacer la tercera guerra mundial por no escuchar razones y por siempre acatar tus órdenes. Pero no voy a dar un paso atrás, así que cuenta hasta mil si te hace falta, no eres mi dueño ¡Recuerda!

- Nena...esa boca... - Me riñe divertido.

Me parece.

- ¡Pues acostúmbrate! - Chillo.

Luego de unos segundos, respiro profundamente apoyándome sobre su pecho.

- ¿Pusiste a Grands para vigilarme, no es cierto?

- Si... - Responde bajando y subiendo su mano por mi espalda, relajándome.

- ¿Seguridad? ¿Por qué? - Me sale, con un suspiro cansado.

- Ya te lo dije rayo...para garantizar tu seguridad...

¿Por qué siento, que no me dice todo?

- ¿Quieres decir, estar escoltada las 24h por la sombra de Grands?

¿Cómo se supone que voy a relajarme así?

¿Y pretender, que todo sigue normal?

Se encoje de hombros, sin soltarme.

- Pronto lo harás y olvidarás, que está allí...- Suelta como si nada aflojando estos, por la tensión.

- No lo sé, Herónimo... - Digo saliendo de sus brazos y volviendo a mi mochila como parte de mi ropa, que quedó sobre la cama.

Necesito más información.

A la mierda, sus reglas.

- Bueno, no tienes nada que ocultar, no veo cual es el problema... - Dice.

¿Qué?

Y mi enojo vuelve.

¿Y me dice, terca a mí?

Le entrecierro los ojos.

- El problema es, que no me seduce la idea de un niño... - Sigo doblando ropa. - ...solo dices lo que tengo que hacer, pero no el motivo, porque implicaría tus reglas...y yo quiero saber más. Pero prometí no interferir con ellas, así que es un rotundo no a tu seguridad Hero y un no, a quedarme contigo más que una noche...- Exhalo aire. -...debes calmarte, no puedes esperar protegerme cada minuto del día. La vida está llena de riesgos y tienes que aprender, a vivir con ellos. - Lo miro. - Lidia con eso, Mon...

- ¡Mujer frustrante! - Bufa glacial y tomándome por atrás. - ¿No te das cuenta, que me importas más que a mi vida Vangelis? ¿Que no es joda si te digo que Gaspar, es un hombre peligroso? ¡Él es un puto asesino nena y yo lo mandé, con todo el peso de la ley a la cárcel!

¿Yo le importo, más que a su vida?

Apoya su frente en mi hombro jadeando de los nervios, pero con ternura.

- Gaspar cuando recibió su sentencia en el juicio, no me amenazó sobre mi persona, su venganza por su condena...si no, por lo que me importa. Toda esa mierda caería en ti, Marleane o Rodo...yo no lo sé aún...

Me suelta caminando sobre mi habitación y pasando nervioso sus manos por el pelo.

- Él le hizo frente a la jueza importándole tres mierdas, si su desacato le sumaba más años a su condena. Necesito que entiendas rayo, que él cuando te cruzó en el parque, no fue coincidencia. Gaspar sabía muy bien, que estabas allí... - Cierra sus ojos, negando con las manos en la cintura. - ...tu no entiendes...pero si te pasa algo, yo no lo...

¿Qué?

Me siento en mi cama, con mi ropa entre mis manos.

- ¿Él, es un asesino? - Solo sale de mis labios, repitiendo lo que dijo.

¡Dios, querido!

¿Estuve sentada al lado de un asesino, esta mañana?

Lo miro.

Carajo.

Tengo que preguntar, yo necesito saber.

A la mierda la puta regla, número 1.

- ¿Tu padre?

Herónimo, levanta su vista a mí.

- Si. - Silencio.

Me pongo de pie acercándome a él, abrazando su pecho.

- ...lo lamento mucho... - Digo descansando mi rostro, también sobre él.

Acaricia mi pelo, como respuesta.

Jesús.

Ese hombre Gaspar, mató a su padre.

¿Por qué?

¿Que desencadenó, toda esa tragedia?

Su silencio es desgarrador, porque no dice más nada.

Solo permanece callado y taciturno, sumergido en sus pensamientos.

Estamos de pie y nos miramos un tanto inseguros, por cómo están las cosas entre nosotros.

Resopla.

Nunca me gustó, que me dieran órdenes sobre mi vida.

Más del señor oscuro cuando se convertía en *Yo.Cerdo.Arrogante*, pero cuando me habló de esa manera y me miró con esos ojos monocromáticos de oscuridad y de algún color, como si lo único que le importase en esta vida, era mi bienestar.

No puedo conseguir enfadarme, por su tono autoritario.

- ¿Estás enojado? - Pregunto.

Carajo, no sé, ni que decir.

Su ardiente mirada, taladra los míos.

Hero estaba harto de ser amable, como les dije una vez.

Porque él es todo, menos amable.

- No. No lo estoy... - Miente.

Y lo miro, inclinando mi cabeza.

- Si, si estoy jodidamente enojado contigo... - Larga, luego de un bufido.

Suspiro y cierro los ojos en derrota.

- Ok.

Me entrecierra los ojos, acomodando sus lentes.

- ¿Qué? - Dice.

Calzo mi mochila en mi espalda.

- ¡Que tú, ganas! - Elevo mis manos al cielo.

- ¿Aceptas, lo de Grands?

Afirmo.

- ¿Las 24h? - No se la cree.

- Si, Mon... - Pero lo detengo, con mi índice en alto. - Hasta que se solucione, lo de Gaspar. - Advierto.

- ¿Y te quedarás en mi casa? ¿Hasta que lo solucione? - Y mierda, con su voz ilusionada.

- Tres días. - Aclaro.

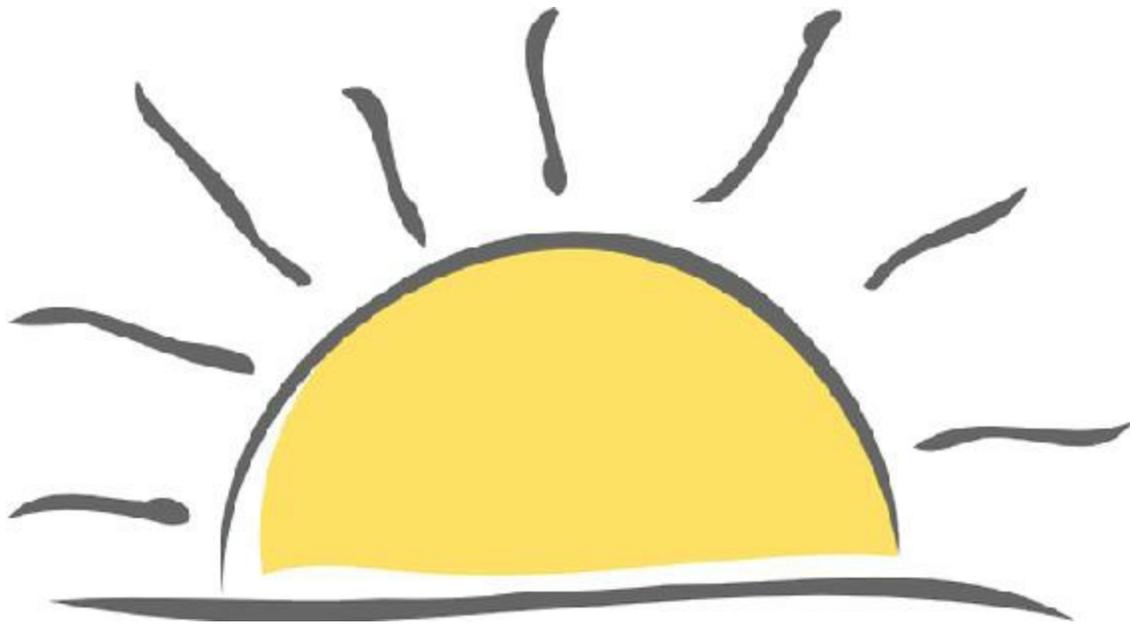
Su sonrisa le gana, pero ladea su cabeza hacia mi dudoso y cruza sus brazos sobre su pecho rápidamente.

- Nada de juguitos rayo. Como te pongas hacer tonterías, te juro que...

- Eres tan romántico... - Lo interrumpo saliendo de la habitación, sin esperarlo.

Siento su risita, de fondo.

Bastardo hermoso...



CAPITULO 50

Yo

Salimos del edificio callados y solo con el ademán de Herónimo tomando mi mano, acariciándome con su pulgar.

Lo miro.

¿La segunda vez, en una noche?

Y me arquea una ceja con su media sonrisa de lado, como respuesta.

¿Y eso, qué significa?

Toma mi mochila entregándola a Collins que la pone en la cajuela del coche, mientras que con un suave apretón me suelta para abrirme la puerta, rodeando después el mismo el coche para ingresar por la otra.

Nos internamos en el tránsito nuevamente y desde su lugar del asiento, me mira profundamente sin decir nada.

Le pregunto qué, con los míos.

Pero solo me responde con un nada, negando con ese endiablado rostro perfecto que tiene.

Lo miro de reojo, cuando vuelve su vista hacia la ventanilla.

Su bonito perfil de nariz recta y labios marcados como llenos, se reflejan con las luces nocturnas de la ciudad que lo iluminan. Él realmente es un dios

griego, bañado con la magia de las luces. Collins ingresa por el subsuelo del estacionamiento y automáticamente, el gran portón de hierro se abre. Baja por la rampa, buscando el parking vip. Y sale del coche abrochando el botón de su saco de vestir negro para abrir mi puerta, mientras Herónimo lo hace de la suya a mi encuentro.

- Mis cosas... - Digo cuando toma mi mano, conduciéndome al ascensor.

- Lo llevará Collins rayo, no te preocupes... - Murmura ingresando su tarjeta en la ranura y tecleando un código.

El ascensor llega al momento, he ingresamos mientras toca PNHS y otra vez, esa tarjeta.

Llamados de otros pisos se anuncian, pero este no se detiene hasta avisar la llegada a su piso.

Inclino mi cabeza curiosa ya que eso es raro, pero no me responde ante mi duda.

En el hall nos recibe Grands, poniéndose de pie desde el escritorio.

- Grands... - Solo dice Hero, al salir del ascensor conmigo y Collins.

- Señor...señorita Vangelis. - Nos saluda.

Marcello nos recibe desde la cocina, sentado con una taza de té y libro en mano.

- ¿Qué tal? - Lo saludo con la mano en el aire y me inclina la cabeza sonriendo.

- Señorita Vangelis, agradable sorpresa. - Y mira a Herónimo, diciendo mucho con sus ojos color agua de mar. - ¿Le gustaría un té verde? ¿Rojo? ¿Usted señor?

Niego con una sonrisa.

- Solo agua, gracias.

- Café negro Marcello, gracias. - Murmura Hero revisando la correspondencia, dejada sobre la barra de desayuno. - Pueden ir a descansar. - Les dice a Collins y Grands sin dejar de chequear cada sobre. - La señorita Vangelis se quedará esta noche y por unos días, hasta que se solucione lo de Mendoza.

- Tres días... - Aclaro.

Herónimo resopla, como respuesta.

Tomo la mochila de las manos de Collins.

- Gracias por traerla. - Le digo, agradecida.

- Para servirle, señorita. - Dice retirándose escaleras arriba mientras Grands, se encamina a la puerta de entrada.

- Estaré temprano, señor Mon. - Dice abriéndola. - Ya mi gente, está en sus puestos. - Mira a Marcello y a nosotros. - Que tengan, buenas noches...

- Gracias Grands, espero que tu esposa se encuentre mejor. - Murmura, levantando su vista a él.

Y Grands, se sonríe.

- Si señor Mon, malestares propios del embarazo. Estamos casi en fecha...

- Dice con tono feliz.

Hero, le sonríe.

¿Le sonríe?

- Eso es bueno. Ve hombre, no pierdas tiempo. Tu mujer te espera...

- Si señor, hasta mañana. - Saluda, cerrando la misma.

Y me volteo a él.

- ¿Grands, tiene familia?

- Si nena. Es casado y están esperando con su esposa, su primer hijo... -

Recibe la taza de café que le ofrece Marcello, tomando asiento en la barra de desayuno.

¿Café?

¿A esta hora?

- En un par de semanas... - Acota Marcello con una sonrisa, alcanzándome mi vaso de agua.

Le digo gracias, pero arrugo mi nariz a Hero.

- ¿Me vas a poner de niñero, a un hombre que va a ser padre en días y va a estar conmigo las 24h? ¿Cuándo debería estar con su mujer, esperando la llegada de su bebé? - Le doy un sorbo a mi agua, porque mi boca está seca.

- ¿Niñero? - Repite Marcello, enjugando su taza.

Herónimo lo mira y luego a mí.

- Rayo, es su trabajo. - Solo dice tomando su café, de lo más tranquilo.

- ¿Rayo? - Dice Marcello, con una risita.

Herónimo le arquea una ceja gélido, por sus acotaciones.

- ¿No te estás perdiendo, algún tipo de novela centroamericana de la noche?

- ¡Que no es novela! Es serie... - Aclara y me guiña un ojo divertido, cuando pasa por mi lado. - ...y si...es verdad. Está a punto de empezar. - Se excusa, yendo escaleras arriba.

Una vez solos, retomo la conversación.

- Eso es inhumano Hero, su esposa lo debe necesitar y mucho. Más en estas instancias del embarazo y ese hombre trabaja para ti, 24/7.

- 16/6. - Me corrige.

Me cruzo de brazos.

Lo que sea.

- Lo hace desde hace seis años Vangelis, nada es nuevo para él. Y créeme, gana en el mes lo que cobraría en un año como policía. - Prosigue. - Más gratificaciones anuales, vacaciones y todas esas mierdas...

Carajo.

- ¿Pero...y su familia?

Se incorpora sobre la banqueta, para verme mejor.

- También es policía, está de licencia por maternidad...

No estoy satisfecha.

- ¿Y qué pasará, cuando su bebé nazca?

- ¿A qué, te refieres? - Su tono me indicaba, que toda esta conversación empezaba a molestarle.

No me importa.

- Pues que tiene que estar con ella Herónimo. Es su hijo también. - Llevo mi vaso ya vacío a la pileta y abro la llave para enjuagarlo, cosa que le llama la atención.

- Lo puede hacer Marcello, rayo... - Señala el vaso enjuagado. - A eso...

- También yo. - Me encojo de hombros, mientras seco mi mano con una toalla.

Frota sus labios, pensativo por mi respuesta.

- Retomando...no lo veo justo. - Digo apoyándome sobre la encimera. - Marcello dijo, que serán padres en dos semanas. Deberías darle la licencia antes y no solamente, después del nacimiento. Como lo hicieron con su esposa. Si Grands va a cuidarme, te pido que solo sea esta semana y la siguiente, que esté con su mujer ¿Tiene un equipo, bajo su mando no? Bien, ellos pueden cuidarme perfectamente, hasta que se reincorpore nuevamente.

Me entrecierra los ojos, mordiendo su labio superior.

- ¿Tú, decides ahora?

- Es mi niño al fin ¿no? - Juro, que no fue sarcasmo.

Bueno...un poquito.

No dice nada.

Se limita a mirarme con ambos codos sobre la barra de desayuno y manos entrelazadas en la boca.

Diablos.

Su mirada me dice de todo, menos bonita.

Toma una tranquila respiración con esos ojos duros y glaciales que tiene, poniéndose de pie.

Y mierda, mierda y re mierda.

Porque viene hacia mí, decidido y de golpe.

- Lo lamento... - Digo yo.

- ...Yo no... - Dice él, acorralándome.

- ¿Rompí las reglas 2 y 3 no? - Susurro echando mi cuerpo hacia atrás, por su invasión a mi espacio personal.

Su sonrisa de lado nace y con ella, ese puto y suave tono sexi.

- Mucho. - Me susurra bajito.

Y carajo, con esa palabra orgásmica.

- Entonces...

-...entonces. - Murmura casi rozando, sus labios con los míos. - Que te voy a castigar, como mi fémina...

- Oh...

-...oh... - Repite Hero dulce y con una sonrisa, entrelazando su mano con la mía.

Ambos las quedamos mirando unidas, en nuestro lado.

- ¿Castigo? ¿Es como en esas novelas, donde existen los azotes y cuarto del dolor?

Se lo que piensan, no me condenen.

Pero esto me da mucha risa, de lo nervios.

- ¿Esa trilogía BDSM? - Pregunta con suavidad curioso, sacándose el reloj pulsera y poniéndolo encima de la isla de la cocina, junto con sus lentes.

Asiento.

Tuerce su boca divertido intentando no reír y negando, esa cabeza de belleza helénica que tiene.

Me mira.

- No Vangelis. Es solo un cuarto, mi habitación. Una simple habitación. Y no es del dolor...yo doy placer en el... - Se acerca a mí, rozando su nariz con la mía. Pestañeo. - ...porque yo, cojo en el. Mucho... - Finaliza.

Dulce Jesús.

- ¿Y a qué te refieres, con castigo?

- Desobedeces mis reglas, yo te castigo. - Sus ojos se oscurecen aún más de placer. - Pero mi castigo es hacerte entrar en razón a polvos, nena...

¿Eso, existía de verdad?

Suelto una risita.

Empieza a caminar conmigo, en dirección a las escaleras.

Su habitación.

Una vez dentro, me quedo en medio de ella mientras Hero cierra la puerta.

El clic de su seguro, suena en el silencio que hay.

Froto con mi mano uno de mis brazos para darme calor, o tal vez que la circulación de la sangre vuelva a mí.

¿Polvo castigo?

¿Qué diablos, es eso?

Suena amenazante.

Pero es la advertencia más escalofriante y sensual, que he escuchado.

Y solo Herónimo.

El señor oscuro tan primario y tan elemental, podría hacerlo sentir tan carnal y pecaminoso.

Siento que deja sus zapatos a un lado, caminando hacia mi descalzo.

Y carajo con mi fetichismo por los pies desnudos, que me excita más todavía.

El contacto de dos de sus dedos reposando en la cremallera de la espalda de mi vestido de estampas, eriza los bellos de mi nuca.

Y el sonido bajándolo hasta mi cintura, invade el lugar.

Cierro mis ojos suspirando, por sentir esa sensación.

- Respira, nena... - Dice suave en mi oído y por sobre mi cuello, dejando caer en su totalidad mi vestido al piso, quedando en ropa interior.

¿Respira, me dice?

Cómo si fuera fácil.

- Quítate los calzados, rayo... - No es una orden, es un deseo rozando con suaves caricias de su nariz, por uno de mis hombros por detrás.

Su mano se abre en mi vientre sosteniéndome para no caer, cuando me quito uno y después otro, expectante a todos sus movimientos.

- No te preocupes Vangelis, no haremos nada que tu no quieras amor. Confía, en mí... - Dice por mi cuello, depositando un cálido beso para darme tranquilidad. Y muerdo mi labio entregándome, asintiendo en silencio y cerrando nuevamente mis ojos, a esos húmedos y dulces labios en mi piel.

- Eres, hermosa... - Susurra bajando los breteles de a uno por vez de mi sujetador, seguido de su broche, mientras lo hace correr por mis brazos para terminar en el piso junto a mi vestido.

Hace unos pasos atrás.

Creo que me está observando.

Y agradezco que solo la luz de un velador, esté encendida.

Sip.

Todavía siento vergüenza de mi desnudez, frente a este hombre perfecto.

¿Quién no?

- Soy un afortunado, hijo de perra. - Suelta, a espalda mía.

Y yo exhalo una dura respiración, cuando lo siento de vuelta en mí.

Su cuerpo, contra el mío.

Suspira, al recorrer su mano el contorno de mi silueta.

- Shuu... - Consuela, mi gemido. - ...cuando mi fémica, no entiende razones... - Continúa. - ...frente a mi control... y mis reglas... - Murmura rodeándome para estar en frente, tomando su camiseta por atrás para sacársela por el cuello y dejando a mi placer, su bello torso dorado marcado y tatuado.

Por María Santísima, respira Vangelis.

- ...las hago entrar en razón a polvos, pero en mis condiciones... - Finaliza, dibujando con caricias mi estómago.

Baja hasta el elástico de mis bragas rozándolas con sus dedos, mientras sus ojos nunca dejan los míos, midiendo cada milímetro de mis reacciones.

- No es BDSM, solo una práctica de flagelación inglesa, reina madre del sado... - Se aleja de mí y en dirección, al único mueble con cajones de su habitación.

- ...Spanking. - Saca algo que no puedo ver bien que es por la baja luz y porque lo pone, en el bolsillo trasero de sus jeans. - Lo mío es inmovilizarte, pero no para darte dolor, si no placer. Para satisfacer mi control y dominio sobre ti nena y al estar inmovilizada. En este caso sobre la cama. Descubras, vivas y experimentes nuevas sensaciones, donde tus cinco sentidos serán los protagonistas para sucumbir en cada orgasmo desgarrador que voy a provocar en ti... - Murmura. - ...porque esto, te va a crear una expectativa seguido a una excitación. Y como tal excitación, te va a dar vergüenza. Entonces más estimulada y excitada vas a estar. - Se acerca de a poco. - Te prometo, que muy agitada y muy húmeda y que, con cada orgasmo que te robe, vas a creer que soy lo únicamente puto y verdadero, en tu mundo. - Besa el lóbulo de mi oreja. - Es castigo porque no vas a poder tocarme, acariciarme o manejarme...solo sentirme profundamente, cuando esté con cada jodido centímetro mío, dentro tuyo...

Y eso bastó, para que mi parte racional colapsara y perdiera en algún rincón de mi mente y mi parte libidinosa floreciera.

Ya la mierda, todo.

Me abalanzo sobre él, pero con un rápido movimiento de sus brazos, me tira sobre su cama haciéndome gritar y rebotar en ella.

Muerdo mi labio, para suprimir mi risa.

Porque esta enorme cama es blanda, esponjosa, suave y firme.

Es perfecta.

Aquí, se debía coger de miedo.

Ya que, me constaba que se dormía de miedo.

Herónimo en silencio, pero con una sonrisa en los labios me acomoda mejor, sentándose a horcajadas sobre mí. Impidiendo algún tipo de movimiento de mis piernas, por las suyas encima mía. Me observa desde arriba, provocando que uno de sus rulos rebeldes caiga sobre su frente.

Jodido Dios, él es hermoso.

Lo miro con toda la gloria, de mi vista privilegiada.

Sus anchos hombros y su pecho desnudo como tatuado.

Intenta ralentizar su respiración que, aunque es suave, es acelerada por su propia excitación. Subiendo y bajando con cada exhalación que emana, marcando ese paquete de seis que tiene este hombre como abdominales. El magnetismo de sus ojos es tan poderoso, que secuestra mi voz y mi voluntad.

Porque todo él con es esa oscuridad tan suya, toma mi oxígeno y mi espacio sin mi permiso y a su voluntad dominante, como si fuera de urgencia para su propia vitalidad.

Haciendo que mi corazón lata con fuerza y que yo, me entregue a su abismo posesivo.

- Mía... - Dice tomando una de mis manos y acunándola en su rostro con cariño, mientras con la otra saca del bolsillo trasero de sus jeans, unas esposas.

- Una *Smith & Wesson modelo 100*. - Dice suave. - Con cadena de cuatro eslabones. - Explica. - Se utiliza para presos de masa corporal mayor. Resultan, para la flexibilidad y comodidad...sin doler nena... - Me dice, al ponerme una y pasando sus dedos entre mi muñeca y ella, para que note ese espacio. - ...es solo, para inmovilizarte. - Murmura, para luego conectarla por atrás de los hierros forjados de la cabecera de su cama de diseño personal, dejándome sin movimiento en una.

Toma mi otra mano repitiendo su caricia en su rostro, elevándola después por sobre mi cabeza y tomándola prisionera, con la otra esposa.

Verifica con fuerza su agarre, haciéndome jadear por la expectativa.

Intento moverlas, pero por la presión de su frío acero, gimo.

- No rayo, no lo hagas o dejarás marcas en tus muñecas. Debes aprender a controlar las emociones... - Se eleva por sobre sus rodillas, encima mío. - ...porque lo único que quiero que te duela mañana, es tu dulce vagina de tanto que te voy a coger... - Se inclina a mí - ...duro... - Finaliza.

Y oh mierda.

¿Una amenaza puede sonar, tan dulce?

Suspira.

- Porque quiero que mañana, cuando estés sentada y cruces tus piernas, el dolor te tome de sorpresa nena, te recuerde que estuve ahí y te sientas húmeda por ello en como besé y comí, cada parte de tu cuerpo... - Me retuerzo por su dicho, bajo él.

Besa mis pechos como respuesta, lamiendo mis pezones con fuerza con su lengua y mirándome a través, de sus gruesas pestañas oscuras.

- ...que me pienses dentro tuyo, trabajándote Vangelis... - Sigue, descendiendo hasta mi braguita, he inhala profundamente en ella apoyando toda su nariz en mi vagina y solo separando el material de tela. - ...joder con tu olor, nunca me cansaré de ti. Nunca... - Me promete, introduciendo sus índices por los costados, para sacármelas bajando de la cama.

Se pone de pie y la lleva a su boca para darle un beso y me guiña un ojo.

- Mío. - Dice, caminando para guardarla en el mismo cajón.

Y mi cuerpo convulsiona, de necesidad por Herónimo.

Se sonríe, por ello.

- ¿Polvo castigo, recuerdas? Mis tiempos, mis deseos...hasta que razones y me obedezcas... - Me mira mientras desabrocha la hebilla de su cinturón, seguido de los botones de sus jeans en su totalidad y permitiéndome ver abiertos en ellos.

Eleva una ceja y se sonríe lascivo, ante la expresión de mis ojos.

Jesús.

¡Porque él tampoco lleva ropa interior, como yo en la tarde!

Vuelve a retomar su posición, encima mío.

Su duro pene lucha por salir, mientras Hero me recorre con la mirada, la totalidad de mi cuerpo desnudo e inmovilizada por las esposas.

Besa mi frente con devoción y partes de mi rostro.

Sé que es parte de su perdición, las pecas del puente de mi nariz porque en el reposa, el beso más profundo. Siento que es su locura y apenas puede controlar la batalla por poseerme, mientras pasa lentamente su pulgar por mi labio inferior, con gesto tierno y muy propio.

HERÓNIMO

Me incorporo, a horcajadas de ella.

Jesús bendito, ella es hermosa.

Y apenas puedo contenerme, de chupar esos labios.

¿Cristo misericordioso, que puta me está pasando?

¿Rayo de sol, que estás haciendo conmigo?

Porque mi mente dice una cosa y mi corazón, otra.

Ya que yo, no debo...

Juro, que jamás lo deseé con ninguna fémica y nunca lo extrañé.

Ni en medio de una cogida, tampoco lo quise.

Y cuando una intentó darme un beso o rozarme con sus labios, fue suficiente para tirar abajo mis deseos sexuales y solo sentir rechazo.

Hasta asco y, por lo tanto, mandarla a pasear.

Pero con mi rayo de sol, no.

Porque, jodidamente la amo.

Cristo...ruego para mis adentros.

¿Qué voy hacer, con todo este amor que siento?

Vangelis, es mi jodida vida.

Mi todo.

No.

Niego.

No vayas por ese lado, Mon.

Recuerda.

Debes protegerla.

Las reglas.

De mí.

Bien.

- ¿Estás lista para el castigo, amor? - En realidad no era una pregunta, era una advertencia.

Respira hondo y suelta el aire lentamente moviéndose bajo mío, provocando el sonido de las cadenas choquen entre sí en sus manos y con ella, mi respiración se anticipa jadeante.

- Si, Herónimo. - Su suave voz, resuena en la habitación y en mi corazón.



CAPITULO 51

Herónimo

- Quiero probarte, nena... - Digo consolando mis ganas locas de besarla en la boca, con sus pezones.

Unos duros por los toques húmedos de mi lengua, lamiéndolos.

Gime fuerte de placer al sentirme y más, cuando los abandono tironeando uno y sigo descendiendo. Y sonrío sobre su abdomen, porque mi nena es gritona. El sonido de las esposas chocándose por el movimiento involuntario de sus manos al retorcerse, hace agitar a mi pene de excitación.

Oye, tranquilízate amigo o no llegaremos ni a tercera base.

Mis manos reposan en su vientre abriéndose sobre su piel de par en par, para medir la irregularidad de su respiración.

Necesito saber cuan lista está para mí, mientras dibujo camino de besos hasta su vagina abriendo sus piernas, con una de las mías.

Y humedezco mis labios con la punta de mi lengua, de puro placer.

Mierda, maravilla de vista su entrepierna totalmente abierta y expuesta, para mí.

Porque rayo de sol, es putamente mía.

- Herónimo... - Ronronea mi nombre bajo la música de los movimientos de las esposas, al sentir mi lengua lamiendo un lado de sus pliegues íntimos.

Y se retuerce más, bajo sus manos atadas y elevando sus caderas hacia mi boca, cuando las separo con mis dedos e introduzco mi lengua en su interior.

Gruño de placer, porque me vuelve loco y profundizo más, penetrándola y cepillando toda su humedad para beber de ella, empapando hasta mi barbilla.

Lo haría, toda la vida.

Es dulce y picante.

Tibio, mojado y adictivo.

Me vuelvo a su pequeño montículo nervioso y lo muerdo suavemente para luego chuparlo y subsanar el dolor, con un suave soplido.

Y las esposas golpeándose resuenan con fuerza, llevándose un grito con mi nombre de doloroso placer de mi rayo por querer tomarme pese a sus manos aferradas.

Me incorporo.

¿Castigo, recuerdan?

Está a punto, de su primer orgasmo.

Su clítoris hinchado y toda su vagina mojada y abierta para mí, me lo acusa sobre sus fuertes jadeos conteniéndose.

Sus ojos se abren ante mi negativa de no a sus caricias, pero no dice nada y solo relame, sus labios expectantes.

Bonita...

Recorro con mi mano toda la longitud de su cuerpo de forma acariciante, mientras introduzco dos de mis dedos en su interior.

Y sus pezones se endurecen más, ante el contacto de mis caricias y mis dedos trabajándola, subiendo y bajando su respiración entre cortada en aumento.

Vangelis se arquea jadeando fuerte y su piel se eriza.

Sentido del tacto, sucumbiendo.

Con un movimiento rápido tomando de sus caderas, la giro contra el colchón boca abajo.

No pregunten, solo soy un puto genio haciendo eso.

Y una nalgada en su trasero, provoca un grito de sorpresa y excitación en mi rayo de sol.

- Deja las manos quietas amor y pon tus pechos bien abajo, incorporándote con las rodillas... - Le ordeno pacientemente.

Sujeto su cuerpo cuando obedece, recorriendo mis manos por su hermosa espalda que brilla de sudor.

- ¿Te sientes bien, nena? - Le pregunto acariciando su trasero, hasta su

dulce entrepierna.

Está tan empapada, que moja mi mano.

Yjoder.

Porque mi pene, se expande.

Dios.

Está tan excitada, que yo voy a reventar entre mis pantalones.

Paciencia, Mon.

- Si... - Responde, entrecortada y jadeante.

- Esa es, mi nena... - Otra nalgada y mis dedos nuevamente la cogen palpitando nuevamente su interior porque me ordeñan, avisándome su pronto orgasmo.

- Dámelo, rayo... - Gimo con mis labios en su piel, besando su sudorosa espalda. - ...quiero tu primer orgasmo en mis dedos amor...

Y Vangelis tira su cuerpo hacia adelante y sus piernas colapsan en un dulce temblor, aprisionando más mis dedos con la llegada de su orgasmo, sintiendo cada puto y hermoso latido de el.

Dulce Jesús, esto es glorioso.

Bajo mis jeans, para liberar mi dura y grande erección y me introduzco en su interior con fuerza, robándole otro grito.

Sus manos esposadas intentan liberarse y chocan entre ellas, al sentirme llenándola.

Cada embestida, aunque son fuertes y profundas, verifico que no se lastime por movimientos bruscos.

Un gruñido sale de mi interior lleno de placer por mi dominio como control, entrando y saliendo de ella.

Gime recibíendome, con cada dura estocada.

Está, entregada a mí.

- Dime que me obedecerás, nena... - Digo sin perder mi ritmo en ella y acariciando, su bonito trasero.

- No lo sé... Herónimo... - Responde, en voz baja y agitada.

Mi bonita, es terca.

Sonrío.

Su humedad me llega y el sonido de agua propio de nuestros fluidos al estrellarse nuestros cuerpos como ya el olor a sexo, invaden la habitación y eso, me excita mucho.

Mi pene se expande en su interior, porque rayo es el puto infierno y el paraíso.

Carajo, es tan receptiva.

- Deberíamos, averiguarlo. - Respondo dándole otra nalgada, sin dejar de cogerla fuerte.

Y Vangelis se rinde ante esta, porque sus piernas desfallecen por la pronta llegada de su segundo orgasmo y de cansancio.

No amor, todavía no.

Sin salirme de ella, la envuelvo con unos de mis brazos su cintura, provocando que nuestra unión sea más profunda. Mientras con la otra, tomo los eslabones de las esposas sujetas a los hierros de la cabecera y las elevo a una altura prudente, para poder incorporar a mi rayo de sol.

- Elévate de rodillas, nena... - Ordeno pegando mi pecho a su espalda, sin perder nuestro precioso contacto saliendo y entrando de ella.

Mi tono y voz de mando, es un mandamiento para ella y obedece.

Mierda, malditamente me encanta.

Y sentido auditivo, también sucumbiendo de placer.

Entregada, colapsa con su cuerpo en mi pecho cumpliendo.

- Herónimo... - Ruega.

- Lo sé, nena... - Gemimos los dos.

Nuestros cuerpos sudados, son uno.

La abrazo posesivamente, saliendo de ella y grita descomponiéndose, ante su vacío de mí y por negarle su clímax.

La tomo con fuerza, para que no desfallezca.

Bien.

Y la aprieto contra mí, sin dejar de acariciarla con cariño.

- ¿Me obedecerás? - Jadeo frotándome contra ella, pero sin metérsela.

- Si...

- ¿Si? - No le creo, una mierda.

Y por eso la tibia punta de mi duro pene mojado, juega en su espalda con mi frote.

Porque, mi rayo de sol es tramposa.

- ¡Herónimo! - Chilla buscándome con la cadera y que se lo introduzca.

Beso su nuca, sonriendo.

- ¿No más, desobediencias?

- N..no...

- ¿Quieres que termine, de cogerte? - Tiro con suavidad de su pelo enroscado en mi mano hacia atrás, para tener acceso a su cuello y depositar un beso con ternura, pero demandante.

- ¡Si, Herónimo! - Grita.

Suelto su pelo para guiar mi pene nuevamente a su entrada y gemimos fuertemente, al sentirnos otra vez.

- Dime entonces que me obedecerás, Vangelis Coppola. - Rujo en ella muy excitado y sin moverme, pero sintiendo cada jodido centímetro de mi longitud dentro suyo.

- ¡Si! - Susurra necesitada y moviéndose ella como puede por sus manos atadas, buscando su orgasmo que le niego.

Bajo mi vista, a nuestra unión.

Donde por su poca movilidad inclinada ante mí y por las esposas.

Pero aún así veo, por sus movimientos de su cadera.

Como su vagina chupa y saca mi duro pene.

Y eso, me excita más.

- Mía... - Digo entre dientes, acunándola más contra mi pecho, ahora yo saliendo y entrando de ella, con dulzura y profundamente.

- Tuya... - Me susurra besando mi brazo que cruza por su pecho, sosteniéndola.

Yjoder con eso.

- Eres para mí, rayo... como yo, soy tuyo. Nos elegimos... - Y mi estomago es un nudo, por escucharme.

Carajo, porque soy sincero.

Porque amo a esta mujer, como nunca lo hice.

Ni siquiera, a Marian.

Ella llena mi alma rota, siendo el puto esclavo de esta mujer.

Ladea su rostro para que nuestras miradas se encuentren.

Van no habla, pero son sus ojos lo hacen por ella.

De amor.

¡Amor!

La embisto con brutalidad robándole otro grito y me deslizo fuera, para volver a entrar con ella con fuerza.

Gimo gutural al sentir más mi pene, mojada de ella.

Y sucumbo.

Sucumbimos.

Gritamos ambos, cuando nos sentimos llegar.

Su orgasmo me aprieta y con el suyo, el mío. Saco rápidamente las llaves de las esposas de mi bolsillo, para liberar sus manos sin dejar de embestirla con mi corrida, mientras la sostengo y beso su mejilla. Y la envuelvo con mis

brazos, rindiéndonos sobre el colchón.

La habitación solo es jadeo y respiraciones entrecortadas nuestras, muy fuertes.

- Nena... - Murmuro sobre ella y aún, derramando todo el resto de mi eyaculación en su interior. Porque lo hago lento y suave. Sus palpitaciones me ordeñan, dejando hasta lo último de mí dentro suyo.

Dulce Jesús, yo nunca sentí esto...

YO

Santo Dios.

¿Qué fue, todo esto?

Extiende el brazo para envolverme, cuando sale de mi interior y se da vuelta, llevándome con él.

Me abraza contra su pecho, dándome un cálido beso en mi frente sudada.

- Dame tus manos. - Dice.

Levanto mi cabeza de su pecho exhausta tratando ambos, de tranquilizar nuestras respiraciones, para mirar esos ojitos raros que tiene.

Pero pongo mis manos, frente suyo.

Las inspecciona en detalle acariciando con sus pulgares, sus leves marcas rosas.

Y muerde su labio superior, con preocupación.

Resopla largamente, besando cada una de mis marcas con ternura y cerrando los ojos.

- Yo, debo cuidarte más... - Murmura con mis manos en esos labios perfectos, ahora hinchados y más llenos, por el sexo.

Sonrío.

- ¿Era un polvo castigo, recuerdas? - Le susurro, acariciando su mejilla. - Y a mí, me gustó mucho. - Río. - Creo que me voy a portal mal, muy seguido...

Muerde su labio, para no reír.

- Santo Dios, eres imposible.... - Me acomoda más, sobre él.

Suspira.

- Qué haces que me puedes, rayo de sol...

Ahora, suspiro yo.

Intento focalizar en sus ojos, pero son fuertes, lleno de oscuridad y demandantes. Quiero gritarle cuanto lo amo y que es un cabezón, por no dejarse amar. Y muerdo mi pulgar, para retener ello.

- No. - Dice sacando el dedo de mi boca, con un movimiento. - Yo, solo

muerdo. - Se sonrío llevándolo al suyo.

Puto canino sexi he inclinado que muestra, cuando sonrío.

Chillo fuerte al sentir, sus dientes.

Silencia mi grito llevando mi cabeza a su pecho, para ahogarlo riendo.

Intento quejarme, pero es imposible porque me aprieta más contra él, impidiéndolo.

Y me salen solo palabras intangibles sobre su piel, que le produce más risa.

- ¿Qué? - Dice.

Mierda, como lo amo más cuando está en modo jugueteón.

Bastardo hermoso.

Logro, levantar la cabeza.

- Eres un imbécil... - Intento gritar, pero vuelve a hundir mi rostro contra su pecho apretándome más fuerte y dando en mi trasero, pequeñas nalgadas.

- Esa boca, tuya... - Reprende besándome por sobre mi pelo, divertido.

Me suelta.

- Mi nena es gritona cuando la cojo y despertará a todo El Blustery, a Marcello y a Collins...shuu... - Pone su índice en mis labios.

Levanto más, mi cabeza preocupada.

¿Todo el edificio?

¿Será que Marcello y Collins, escuchen cuando él y yo...?

Asiente como respuesta, a mis ojos.

Maldito enfermo depravado.

Con tantas féminas y mujeres en su nómina y sabiendo de sus reglas, es obvio que ellos deben saber de sus cogidas y polvos castigos, que sucede aquí.

Pero entrecierro mis ojos, pensando.

Que me importa.

- ¡A la mierda, todos! - Digo.

Y carajo, porque soy tan perversa como él.

Ríe bajo mío y me contagio, invadiéndose la habitación de nuestras risas.

- ¡A la mierda, todos? - Dice.

Y me encojo de hombros divertida.

- Sip. A la mierda, todos... - Finalizo riendo más, por la expresión del rostro de mi señor oscuro y recostándome otra vez, contra su pecho.

HERÓNIMO

Su poco dramatismo, me dejo nulo.

Ella no lo sabe, pero estas paredes tienen aislantes de ruido.

¿Ustedes creen que dejaría que escuchen a mi rayo gimiendo y gritando, por su orgasmo?

Eso es mío.

Solo mío.

Punto.

Y gimo para mis adentros para reprimir, lo sensual que la hace eso.

Maldita sea, con la carcajada despreocupada de mi chica de la playa y que ya era mi perdición.

Reí con ella buscando las sábanas para cubrirnos importándome una mierda, que siguiera con mis jeans a medio poner.

Ella es la mujer de mi vida y nunca nada nadie, podría cambiar eso.

Gira su cabeza y me atrapa mirándola, como un adolescente embobado.

Rápido Mon, disimula.

- A dormir. - Digo aclarando mi garganta y volviendo, a mi seriedad registrada.

Y me saca la lengua, como respuesta.

Carajo.

Quiero chupar esa lengua.

Sacudo mi cabeza resignado y estirando un brazo, para apagar la luz del velador.

Vangelis se acomoda, más encima mío.

Y por eso la envuelvo entre mis brazos en la oscuridad, porque la quiero malditamente cerca mío. Si Rodo me viera en este momento, se partiría de la risa. Ya que su amigo, el déspota y autoritario Mon. El mujeriego y jodido depravado que arrancaba las bragas de cualquier mujer o fémica, para cogerla con sus dedos en un rincón, por una mamada rápida, esposarlas o darle duro contra una pared.

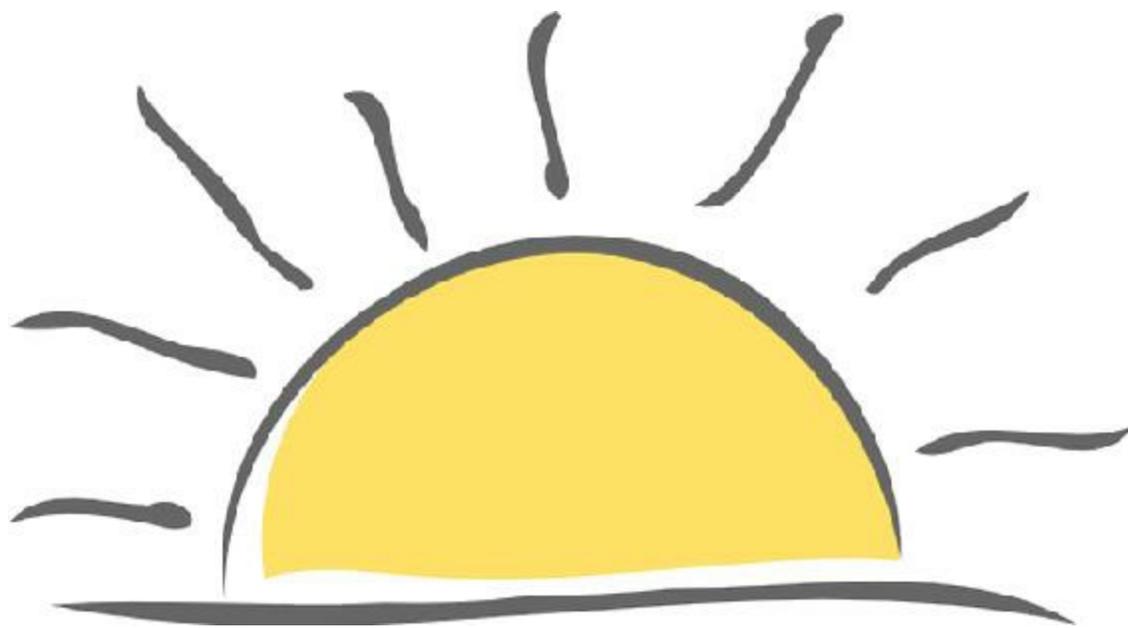
A elección, de la consumidora.

Está enamorado de esta mujercita, que duerme acurrucada sobre mí.

Farfulla en sueño quejona, cuando la acomodo, mejor sobre mi cuerpo.

Y ahogo una risa, mirando el techo.

Estas enterrado hasta las pelotas por ella, Mon. Joder...



CAPITULO 52

Yo

Me retuerzo entre las sábanas bostezando media dormida, por una leve claridad anunciando la mañana, que entra por la comisura de las cortinas de la ventana.

Siento, peso sobre mí.

Es el brazo de Herónimo, que atraviesa mi espalda posesivamente.

Me incorporo con ayuda de mis manos, sobre su pecho apoyándolas con suavidad para no despertarlo.

Me dormí, encima suyo.

Y muerdo mi labio, para no reír fuertemente.

Ya que no era, por mi sofá melocotón.

Hero realmente, es de dormir en "*posturas imposibles.*"

Aunque está bajo mío y con unos de sus brazos envolviendo mi espalda, estamos cruzados diagonalmente en el colchón. Su otro brazo libre, cuelga sobre una esquina de la cama casi tocando el piso alfombrado con sus dedos. Su almohada, cubre su rostro en su totalidad. Una de sus piernas la tiene elevada sobre el cabezal de hierro de la cama, al lado aún de las esposas que aún, cuelgan en ella. Y su otro pie flexionado, sobresale casi hasta la altura de su rodilla por fuera del colchón.

¿Cómo un humano, puede dormir tan tranquilo así?

¿Y cómo, llegamos a esa posición?

No tengo, la menor idea.

Corro con suavidad la almohada que le cubre el rostro, sin entender como no se ha ahogado por falta de oxígeno por tenerla encima.

Y lo observo dormido.

Mandíbula marcada, nariz recta, labios dibujados y gruesos entreabiertos, por su suave respiración.

Pestañas oscuras y gruesas, descansando sobre sus mejillas.

Y ese pelo alborotado de ondas rebeldes, de color avellana.

Es un hombre hermoso que, pese a todo, con esa posición in medida para dormir, parecía estar posando para una sesión de fotos de Calvin Klein con sus jeans a medio poner, el muy puto de lo bello que es.

Deposito un cálido beso en su pecho.

Donde el dragón guerrero y tatuado con mirada furiosa, vela ese corazón jodido y roto con recelo protector.

- Hola... - Su dormida y ronca voz, suena.

Levanto mi vista, para mirarlo.

Pestaña aún dormido, pero incorporándose algo, para ver la hora del despertador.

Seguido de depositar, un beso en mi frente poniéndonos de lado a ambos y enfrentados.

Flexiona su brazo bajo su cabeza y yo, lo imito.

- ...hola... - Le digo.

Estamos uno frente al otro mirándonos y a un latido de corazón, de rozarnos.

- ¿Sabes, que duermes en posturas muy raras?

- Me lo han dicho...- Levanta sus cejas juguetonamente.

Si será...

- ¡Eres un cerdo!

Ríe.

- ¿Y tú, cuando duermes lo haces profundamente...? - Me dice dulce y sin tocarme.

- Disfruto dormir. - Respondo, bostezando.

Se sonrío, otra vez.

- Eres hermosa. - Dice.

- ¿Babeando la almohada? - Bromeo.

- Mi brazo. - Corrige divertido.

Arrugo mi nariz.

- ¿De verdad? - Me ruborizo.

Asiente, con su hermoso rostro.

Río y se contagia de mí.

- ¿Y me quieres, lo mis... - Toso. - como tu fémica, igual? - Me corrijo.

Carajo.

Suspira.

- Mucho más. - Dice, sin dudar.

- ¿Me has estado observando, mientras duermo Mon? - Pregunto acomodando más por abajo de mi mejilla, mis manos.

- Si.

Guau.

- ¿Ronco?

- No.

- ¿Hablo dormida?

- No.

- ¿Vas a seguir respondiéndome, con monosílabos?

- No. - Me dice.

Reímos de vuelta.

De golpe me toma con sus brazos por abajo de mis hombros, se acomoda boca arriba y me sienta sobre su abdomen y a horcajadas.

Las sábanas resbalan por mi cuerpo, quedando desnuda de la cintura para arriba.

- ¿Quieres cogerme? - Pregunto al sentir, su dura erección bajo mío.

Buscándome.

- Mucho... - Susurra suave y dibujando con un dedo, el contorno de mi cuerpo.

Putá palabra sexi.

Y lo que me dijo esa noche de mi departamento vuelve a mi memoria, mientras siento abajo mío como con su mano saca su pene, para meterlo en mi interior.

<< Yo Vangelis...cojo mucho y duro >>

Y jadeo fuerte arqueándome sobre él, mientras me muevo a su ritmo.

Gracias Cristo.



Tras otro polvo mañanero y ya sentada en la barra de desayuno después de mi ducha, intento controlar mi pelo aún húmedo mientras Marcello me sirve el desayuno.

- ¿Café cortado con leche, yogurt de fruta y tostadas con jarabe de glucosa? - Dice poniendo frente mío el plato y taza, donde todo huele riquísimo.

- ¡Ay por Dios, si Marcello! - Tengo tanta hambre y se sonríe, cuando gimo por el sabor acaramelado de la primera tostada.

- Un placer, señorita. - Responde.

- Solo Vangelis, Marcello...llámame, Vangelis. - Digo, tomando mi yogurt.

- Muy bien, Vangelis. - Dice tomando asiento en un extremo con su taza de té verde, observando cómo recojo mi pelo con la pluma de Herónimo.

Y sonríe, meneando la cabeza.

Creo que va decirme algo por eso, pero el sonido de alguien bajando las escaleras nos hace mirar a esa dirección.

Veinte minutos después que yo, Herónimo aparece en el salón rascándose la cabeza y bostezando.

Su pelo está disparado para todos lados después de la ducha, excepto por ese rizo perfecto, que vive enamorado de su frente.

Y con solo unos pantalones de gimnasia grises, cayendo por sus caderas y sus lentes de armazón negros y nada más.

Dulce Jesús...sin palabras.

- Vangelis... - Folla mi nombre al pasar por detrás mío robándome una de mis tostadas y le entrecierro los ojos por eso, cuando se sienta frente mío de la barra.

- Marcello... - Saluda.

- Buen día, señor. - Se pone de pie. - ¿Café como siempre y jugo?

Reacomoda sus lentes mientras acerca para sí, los periódicos y un par de revistas de economía.

Abre el primero, llevándose la tostada a la boca.

- Si, por favor... - Mira mi plato. - Y más tostadas.

Pasa de una página a otra leyendo la sección economía, espectáculo y otros.

Cierra el primer periódico, para pasar al siguiente.

Y su ceño empieza a fruncirse, por la concentración.

- Joder con eso que llamas, short de jeans... - Murmura, entre dientes.

¿Eh?

- Sales hermosa, en las portadas. - Dice al fin, dando un sorbo a su café.

Un gran sorbo.

Ante mi cara sin entender, da vuelta un periódico y luego el otro, girándolos para que los vea.

Y CARAJO.

Porque en ambos somos, tapa de primera plana.

En uno, son varias fotos nuestras, tipo collage.

Y la mayoría, de la interna de la noche de la pelea.

Herónimo de pie a metros del baño de mujeres conmigo al lado, otra de él y desde el ring junto a su oponente y con letras amarillas que preguntan, quién soy yo observándolo desde abajo, en mi palco. Y una última foto, es de nosotros de espaldas y tomados de la mano, caminando por la acera después del parque.

Mierda.

¿También esa?

Nunca los vi.

¿Pero cómo?

- Son como sombras, Vangelis... - Murmura como respondiendo a mis pensamientos, desayunando de lo más tranquilo.

- ¿No estás enfadado? ¿Son paparazzis y tú, detestas las fotos?

Abre una de las revistas de economía, por encima suyo.

Aclara su garganta.

- ¿A ti, te molesta? - No puedo verlo bien, porque me tapa en gran parte esa revista abierta sobre él.

Pero juraría, que no es una simple pregunta.

Aguas tranquilas.

Sospechosamente raro.

- No... - Digo.

Y mierda.

Mis pensamientos, caen en Siniestra y mi padre cuando lo vean.

¡Dios!

¡El Holding, entero!

Vuelvo a las fotos y con cierta extrañeza noto que, pese a que hay fotos de la lucha libre y el parque, no hay y no mencionan tampoco, su altercado con el jugador de fútbol o con ese tal Gaspar.

Y una última, llama mi atención.

Herónimo sentado, en el terraplén de una playa.

Lleva camisa y pantalón de vestir observando no sé qué, con la mirada absorta a algo y en dirección a la playa.

Y su expresión, aunque es de perfil, es triste...

Intento focalizar, hacia donde está mirando con tanto interés.

Pero la imagen es difusa por la lejanía que fue tomada y tal vez, por la calidad del aparato que lo sacó.

Pero se parece tanto, la playa que yo llevaba a mis muchachos a retozar y jugar.

Herónimo nota mi duda y lo miro curiosa.

La mira con una mueca en su boca y me levanta sus hombros, como restándole importancia.

Nahh...

Él no sabe eso y sería mucha coincidencia.

Todas las playas en estas costas, deben ser parecidas.

Imposible Vangelis.

Paso, al siguiente periódico.

Y mis ojos, se abren enorme.

Porque carajo, es tan bonita que no parece robada.

Es solo una foto.

La del restaurant y es grande, ocupando la totalidad de la portada de la tapa.

Estamos afuera de este y caminando, en dirección a su coche.

Herónimo me tiene abrazada por mis hombros y está besándome por sobre su gorra que llevo puesto en mi cabeza.

Ambos, estamos sonriendo natural y tan felices.

Amo, esta foto.

Porque no tiene esa armadura de jefe déspota y empresario que se come al mundo, con su poder y carácter.

Y aunque irradia distinción con esa camisa y pantalón de vestir de corte italiano, solo es un simple hombre disfrutando su domingo.

Herónimo tenía razón.

Ese hombre Marcus Howards, lo había reconocido.

Arrugo mi nariz.

Pero si sabía.

¿Por qué no hizo algo para impedirlo?

Y ahogo un grito llevando una mano a mi boca, por leer el titular y más abajo.

“¿Amor en puerta?” dice y mi estómago aprieta.

<< El multimillonario y empresario Herónimo Mon, el rey del acero y dueño de las T8P, dejó sus obligaciones a un lado este último fin de semana pasado como jefe de los jefes, para disfrutar de un domingo de placer en compañía de una señorita de nombre y apellido desconocido.

Según fuentes de información y tal como la foto demuestra, este soltero considerado como uno de los más codiciados del planeta y según la Time en el puesto 4 como uno de los más sexi, parece haber encontrado al fin su alma gemela. (----)

Más fotos de él y la enigmática jovencita aparecen en otros periódicos, revistas y blogs, haciendo explotar los portales de internet y redes sociales con sus visitas por lo que genera este acaudalado hombre de negocios, con su llamativa y siempre vida privada entre los curiosos y seguidores. (----)

>>

- Guau... - Digo, en voz alta al terminar de leer el artículo y doblándolos al lado de la mesa.

Herónimo levanta su vista de la revista, para mirarme.

- Si, guau. - Solo dice.

- ¿Has leído, lo que dice? - Pregunto.

- Hummm... - Afirma y le da otro sorbo a su café y prosigue como si nada, con su lectura.

Inclino mi cabeza.

- ¿No estás cabreado, por ello?

- No Vangelis. - Me responde, sin mirarme y totalmente absorto en leer, como si en cada página de esa revista mercantil; tuviera la respuesta del universo.

Marcello se asoma por sobre mi hombro, para apreciar la foto de portada.

- La imagen es hermosa y de muy buen ángulo, se la podría tomar como a una pareja en su luna de miel. - Lo mira. - ¿No le parece, señor?

El calor de la vergüenza sube a mis mejillas y le doy un trago a mi yogurt, para disimular.

- ¿No tienes otra novela centroamericana de la mañana, tal vez para ver? - Gruñe Herónimo dando vuelta de página de la revista, con demás fuerza.

- Que no son novelas ¡Son series! - Aclara Marcello nuevamente sonriendo y palmeándome cariñosamente mi hombro, a modo de despedida. - Y

si...comienza una, en 15 minutos. - Se dirige a las escaleras y yo río, mientras se aleja.

Una vez solos intercambiamos una que otra frase suelta, mientras terminamos de desayunar. Mastico mi tostada pensativa por su actitud, mientras lo observo. Es tan inestable y volátil. Durante más de una década con su poder y mando, logró la oposición de fotos suyas y por cualquier medio de comunicación.

¿Y ahora, le es indiferente?

Anoche en casa de Siniestra jugó conmigo a la casita y a tener lindos bebés.

¿Y ahora, reacciona molesto por la actitud de Marcello?

¿Qué es lo que lo atormenta tanto, que lo hace irse del sol a la luna en un segundo?

De la luz...a la oscuridad.

Lo miro más.

Mierda.

Porque es, una hermosa estatua viviente.

Duele mirarlo, de lo lindo que es.

Levanta su vista hacia mí, cuando da vuelta otra página y acomodando sus lentes de montura gruesa.

Y una leve sonrisa, asoma de sus labios.

- ¿Estás lista, nena? - Dice, cerrando la revista dejándola sobre la mesa y cruzando sus grandes brazos tatuados, sobre su torso desnudo.

Mis ojos se deslizan por él costándome tragar saliva, al ver sus abdominales marcadas subir y bajar, por el suave movimiento de su respiración.

Herónimo arquea una ceja.

- ¿Apreciando, la vista?

Soberbio, como hermoso.

Pero que pendejo.

Ruedo mis ojos, para disimular lo caliente que se ve.

- Eres un cerdo arrogante... - Contesto corriendo mi banqueta, para ponerme de pie y dar por finalizado el desayuno.

Estira sus brazos por encima de él, para luego cruzarlos por detrás de su cabeza a modo relajado, provocando que sus bíceps tatuados se inflen más y muestren cada puto músculo marcado y regalarme, toda la gloria de ese cuerpo monumental de casi 2m desnudo de la cintura para arriba.

¿Si el cerebro, puede tener orgasmos?

Yo creo que si, por lo que siento al verlo ahora y en esa postura.

Herónimo capta como me babeo por él y me mueve sugerente y de forma graciosa, sus cejas.

- Trae, tu bonito culo aquí... - Me ordena.

Carajo, me pateo mentalmente para reaccionar.

- No. Necesito terminar de alistarme para ir, a donde sea que me quieres llevar... - Murmuro, encaminándome a su habitación.

-Ven aquí...- Me susurra.

- No, Herónimo. - Contesto.

Gruñe profundo.

- Vangelis, ven...

Me giro para mirarlo cruzando mis brazos y descansando, mi peso en un pie.

- Que no, Hero. No es buena idea...y tenemos cosas que hacer... - Mi voz se pierde.

Mierda, porque me puede este hombre.

Enarca otra vez, esa maldita ceja sexi que tiene.

- Amor ven...no luches contra lo que tu cuerpo en el fondo desea y le gusta... - Se señala, divertido.

Le entrecierro los ojos odiosa, para que no note, las ganas locas que tengo de tirarme sobre él y lamer cada centímetro de su pecho como besar esos labios cincelados como perfectos que tiene, para poder borrar esa media sonrisa estúpida de su rostro.

Egocéntrica y tan suya baja bragas, que posee.

- No lo niego, el problema es ese; en el fondo. No sale a la superficie... - Exclamo, con sarcasmo.

Y me volteo.

Puedo sentir su mirada detrás de mí, como si estuviera tocándome físicamente mientras subo las escaleras y sin poder borrar, mi sonrisa triunfante.

Juraría que escuché su gemido de frustración detrás mío, pero no puedo estar segura, porque en ese preciso momento sentí, la puerta principal abrirse.

No importa.

Herónimo: 0

Vangelis: 1

Auch.

Sonrío ganadora.
Lo siento, jefe.



CAPITULO 53

Herónimo

- Ponte el cinturón de seguridad, nena. - Le digo, una vez que estamos dentro de mi Bugatti.

Asiente obediente cruzándolo por su pecho, mientras la ayudo a abrocharlo.

Nuestros ojos se encuentran en un momento, cuando verifico su agarre y que esté bien sujeto a su cuerpo, de la misma manera que anoche con las esposas en sus muñecas.

Su leve jadeo me confirma, que lo recuerda tan bien como yo.

Y le sonrío divertido, como respuesta.

Abrocho el mío seguido de encender el motor de mi deportivo y su suave rugido, inunda el estacionamiento.

Miro por mi retrovisor a Collins y Grands, subiendo al Jeep negro y siguiéndonos a una distancia considerable, mientras tomo la rampa y nos deslizamos por la calle de la ciudad, atestada por el tráfico matinal de la mañana.

- No me dirás ¿Dónde vamos? - Me pregunta rayo.

La miro por el rabillo del ojo y toda ella como su tono de voz, es de curiosidad.

- No.

- ¿Sorpresa?

Me encojo de hombros en un semáforo en rojo.

La miro.

- Tal vez.

Se cruza de brazos, arrugando su nariz.

- No soy muy fans, de las sorpresas sabes...

Y mi pecho se sacude por la risa, que me trago.

Carajo, era tan linda cuando actúa como si tuviera 5 años.

Bonita.

¿Les había dicho que mi deporte favorito, era molestarla no?

Bien.

Esas son, mis chicas.

Moría por hacerlo y cavar más en su curiosidad desgarradora que a toda ella le invadía y hacerla cabrear un poco más, pero me resistí.

No se sorprendan.

Todavía tenía un poco de caballerosidad, dentro mío.

Incluso bajo miles y miles de mis otras cosas duras y oscuras.

Suspiré para mis adentros y me limité, solo a acariciar su rodilla.

- Rayo, es algo que necesito que lo veas, porque va más allá de las palabras que te pueda decir ¿Entiendes?

Me mira largamente y suelta una risita.

- ...no. - Me hace reír. - Pero estoy muy ansiosa, de saber que es. - Cubre con sus manos la mía que descansa sobre su rodilla dándome una suave caricia, provocando que esa simple reacción de cariño, hinche más mi pecho por ella. - Estoy segura que es algo, que vale mucho la pena...

- Lo es, nena... - Carajo.

El brillo de sus ojos café me demuestra que entiende que, a donde sea que fuéramos, es muy importante para mí.

Y realmente, lo es.

Nunca llevé una mujer.

Mel, no cuenta.

Ninguna fémica mía conoció, algo que implicaría mi regla número 3.

Pero carajo.

Vangelis me corrompía, porque era mi maldita Kryptonita.

O quizás.

Vangelis no era mi debilidad, después de todo.

¿Y tal vez, era mi fuerza?

Se los dejo, a su criterio.

YO

Una bocina detrás nuestro de un coche, nos avisa que está el semáforo en verde.

Herónimo no dice más nada, de a dónde vamos.

Un agradable silencio hay entre nosotros.

Hero se concentra en manejar zigzagueando entre auto y auto, cambiando al carril rápido con suma destreza en el volante y yo me concentro en mirarlo.

Todo su perfil es de una simetría perfecta, como si alguna super modelo europea y un actor famoso y hermoso, hubieran decidido crear un hijo natural y programaron la perfección juntando sus cromosomas. Sus cabellos rebeldes de rulos y ondas ahora peinados rigurosamente, se complementaban con ese caliente traje de corte de diseñador de tres piezas en color gris oscuro y camisa impecable blanca.

Había algo en esa forma nerviosa que intentaba disimular, por donde fuera que íbamos que me decía por todo su ser, que todo esto era muy importante para él.

¿Por qué?

Estaba bastante segura que Herónimo Mon, el señor oscuro.

No tenía ningún hueso de bondad, en ninguna parte de su impresionante cuerpo.

Él era poder.

Él era dinero.

Y él era control absoluto.

La gente con eso, siempre pensaba que tenía el sartén por el mango y que podían manipular a los demás, sin consecuencias.

Pero Herónimo, era superioridad a toda esa gente.

Porque era el jefe de los jefes sobre ellos.

Sin embargo, podía apostar tres de mis sueldos a que a donde sea que nos dirigiáramos, iba a ver ese pedacito de él de dicha bondad.

Soltó un suspiro cuando nos introducimos en una avenida de canteros dividiéndola.

La zona es de enormes árboles altos, tupidos y mucho verde, que se mecían al compás de la suave brisa. A medida que vamos a través de ella. A lo lejos y a su final, se puede divisar un edificio gigante y de arquitectura antigua. Como si en décadas pasadas, fue un gran hotel de categoría a los pies de las

montañas.

De unos diez pisos aproximados.

Una vieja edificación restaurada, impecable en color amarillo y tejas francesas en naranja.

Herónimo aminora la velocidad y me mira en silencio, cuando estamos llegando al enorme portón de bienvenida abierto de par en par de hierro labrado antiguo. No me pasa desapercibida la extra vigilancia de la entrada al atravesarlo, de hombres al estilo Collins y Grands en ella.

Sobre un lado, un bonito cartel en madera tallada que, aunque denota que falta su acabado por detalles y que está en pleno proceso su construcción, nos recibe con un:

“Bienvenidos al hospital oncológico infantil”

Y un escalofrío recorre mi espina dorsal como un montón de pensamientos que se arremolinan en mi mente, haciendo que me sobresalte sobre mi asiento mirando a Herónimo.

- Nena espera ¿si? Deja que te muestre, por favor. No saques conjeturas, hasta que lo veas todo... - Me ruega con la voz invadida, de cierta emoción.

Solo asiento con mi cabeza, porque mi corazón lo atraviesa mi garganta impidiéndome el habla.

¿Jesús, que significaba todo esto?

¿Un hospital infantil?

Rodea la glorieta con una fuente de agua que tiene en el medio, estacionando en su frente donde enormes arcadas lo componen, con una gran puerta de entrada de vidrio principal.

Nos recibe un muchacho unos años menor que yo, de pelo tan rubio y bucles ensortijados, que parece un ángel.

Lleva un uniforme tipo guardia y sonrisa en los labios, cuando abre mi puerta.

- Ven. - Me dice Herónimo rodeando su coche y tomando mi mano.

- ¡Buen día, señor Mon! ¡Qué bueno verlo! - Saluda, el muchacho alegre. - Señorita... - Se inclina a mí.

- ¡Lo mismo digo, Gabo! - Le responde Hero con una sonrisa, acariciando los nudillos de mi mano con su pulgar. - Ella es Vangelis, Gabo y viene a conocer el hospital. - Me presenta.

El muchacho con rostro de querubín se acerca a mí, y me regala la sonrisa más dulce que vi en mi vida.

- Un placer, señorita Vangelis - Estrecha mi mano con respeto. - Esto es

realmente, muy bueno.

¿Eh?

- Que tal... - Saludo.

- ¿Acomodas el coche por mí, Gabo? - Interrumpe Herónimo y fue suficiente para que el muchacho expandiera más, su sonrisa angelical.

Y yo ruedo mis ojos, divertida.

Autos y hombres.

- ¡Oh si! ¡Señor Mon! - Exclama recibiendo en el aire y con precisión, las llaves del deportivo que le lanza Hero.

El Jeep negro se estaciona descendiendo Collins y Grands, cuando los parlante de la Bugatti suenan a toda potencia con la música de Bruno Mars puesto por Gabo, provocando la risa de nuestros niños.

- Siempre en esta parte en las películas, el chico que conduce la máquina de infierno de deportiva ¿No lo hace, con algún tipo de rock pesado? - Inclino mi cabeza con curiosidad, viendo cómo se aleja.

Herónimo sonrío, negando.

- Eso sería muy cliché, para él.

- Lo aprecias ¿verdad? - Pregunto, mientras subimos por los escalones en dirección a la puerta principal.

- Es un gran muchacho y vivió mucho, para solo tener 19 años, nena...

Su tono es cálido y hasta juraría orgullo haciéndome preguntar mirando a Herónimo, que no solamente ese chico con rostro de ángel es especial.

Sino también.

Este hombre al lado mío y que, tras las puertas a lo mejor esté parte de la respuesta.

HERÓNIMO

Hice un contacto visual ligero con Van, cuando ingresamos.

Mis manos sudaban como la mierda, por el manojito de nervios que era y que malamente disimulaba.

Miro hacia abajo y a nuestras manos unidas.

Carajo, porque rayo de sol era la que me daba calma con suaves apretones de su mano cariñoso, en vez de ser yo, cuando ella estaba en este lugar y sin saber por qué y para qué.

Entramos a la gran sala de recepción toda blanca con ribetes amarillo pastel en las paredes, donde sillas en color natural cubre un sector y en el otro extremo, sillones de doble cuerpo a tono como las sillas.

Todo rodeado por juegos de plaza infantil, sobre una enorme alfombra que imitaba un gran rompecabezas con personajes de Disney. En su pared me había encargado de conseguir un gigante plasma pasando capítulos de la pantera rosa y sonrío por ello.

Ya que ese personaje querido, fue parte de mi infancia también.

En el medio y fondo, la recepción con atención al cliente.

- Herónimo, esto es hermoso... - Dice.

Si.

Lo sabía, pero no miraba lo que sus ojos llenos de sorpresa admiraban.

Yo no respondía, a lo que ella me decía.

La miraba, a ella...

Porque también es hermosa, maldita sea.

Me deleitaba con su sonrisa sincera, que era la jodida cosa más hermosa por no mencionar, cuando rodeó mi brazo en un acto reflejo por la emoción del lugar, con las suyas.

Calidez, en mi extremidad...

¿Mierda, por qué eso me hacía tan malditamente feliz?

YO

Yo le hablaba, pero Hero no respondía y solo me miraba.

Sin embargo, su postura rígida me decía, que estaba consciente de mis palabras.

Sacudió su cabeza acomodando sus lentes y me rodeó con sus brazos y aroma a jabón con perfume masculino, invadió mi nariz sobre su pecho. Y cerré mis ojos inhalando fuerte su perfume, queriendo acurrucarme entre sus brazos.

¿Qué tan ridículo era eso, frente a tanta gente en este hospital y con el famoso, Herónimo Mon?

Como leyendo mis pensamientos, él me atrajo más acunando mi cabeza, provocando que mi mejilla se acariciara a su corbata de seda negra.

Subí mis ojos para encontrarme con los suyos de tono medianoche y sin color específico. Seguido de sonreír y con ello, sus bordes se dibujaron pequeñas líneas en sus ojos, dándome cuenta que lo amaba más que nunca.

Mierda.

Sentí inflarse mi pecho por respiración contenida y mordí, el costado de mi labio.

Dulce Jesús, estaba completamente enamorada de este hombre.

No Vangelis, me repito.

Él nunca.

Solo sexo y compañía...

Me alejo de sus brazos para mantener una triste distancia de lo que es mi realidad y aunque no quise que sea evidente, Herónimo lo nota y arruga su ceño.

Evito mirarlo, acercándome a los juegos infantiles.

Hay niños en ellos con algunos padres, vigilando desde los sillones o jugando. Muñecos de peluches, hojas con crayones para colorear, juegos de mesas como de *Bob Esponja*, autitos y otros juguetes, componen el sector. Todo para esos niñitos, que en su mayoría llevan barbijos o sus cabecitas, sin pelo. Y lágrimas, amenazan picando mis ojos.

Pero el brazo de Hero me rodea por sobre mis hombros, depositando un suave beso por sobre “mi llego tarde.”

No quiero llorar.

No debo, estando frente a ellos y porque todo esto, es hermoso.

Y únicamente para ellos y que sanen.

- No llores, rayo... - Susurra con sus labios, aún en mi pelo.

- No lo haré... - Lo miro. - ...porque esto, es maravilloso.

Me sonrío, con tristeza.

- Continuemos, quiero mostrarte más... - Murmura tomando mi mano nuevamente y llevándome en dirección a la recepción.

Varias enfermeras rodean este, de diferentes edades llevando casacas y pantalón con motivos infantiles.

Una levanta la vista de una carpeta en nuestra dirección y chilla de alegría al vernos llegar, haciendo que la de más edad de todas, mire y una amplia sonrisa se dibuje en sus labios.

- ¡Herónimo, Hijo! - Se pone de pie, dejando unas hojas.

Es de estatura bajita y su pelo entrecano, está atado en por un tenso recogido.

Lleva puestos unos lentes pequeños y rectangulares sostenidos por una cadenita, que cuelgan de ella.

Todas.

Y digo todas, se vuelven y festejan su llegada llena de emoción, radiantes y sonrientes.

Y una punzada de celos aprieta mi pecho por esa maldita atracción, que ejerce este espécimen masculino sexi.

Suspiro, resignada pero feliz.

- Chicas...Gladys... - Saluda cortes dejándose rodear y abrazar, por la llamada Gladys.

Un momento.

¿Gladys?

¿Dijo Gladys?

¿Acaso será esa Gladys, la masajista de la noche de la pelea?

Gracias Jesús, que alivio.

Al notar mi presencia, varias se hacen a un lado y solo ella que abraza a Hero, se incorpora para mirarme con curiosidad.

- Gladys, ella es Vangelis...y quiero que conozca el hospital. - Me presenta.

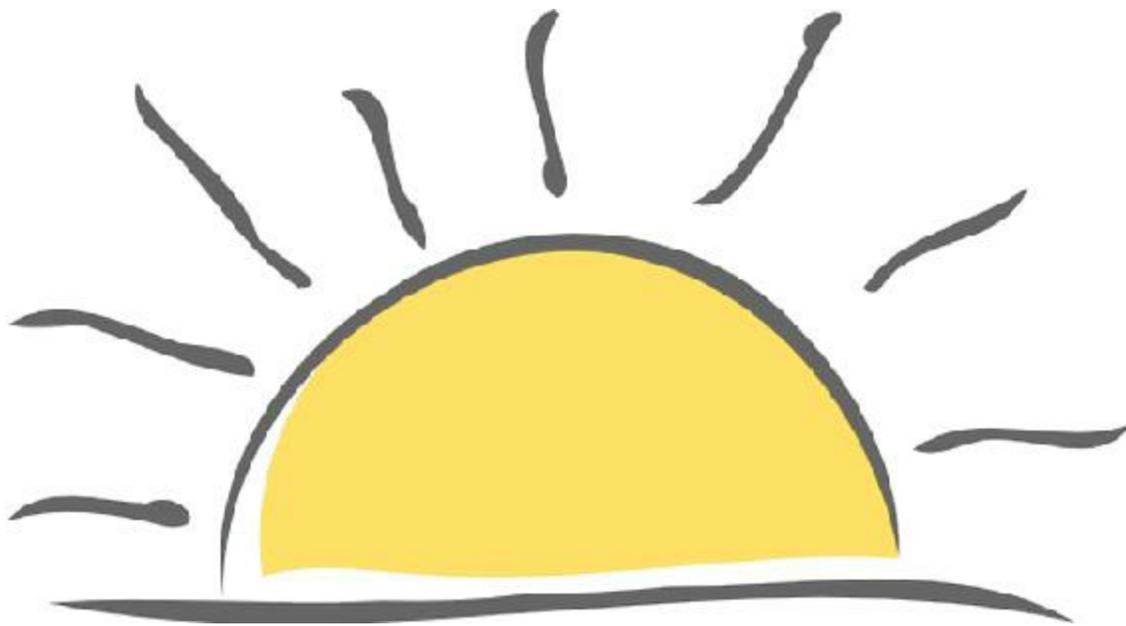
La anciana mujer se suelta de sus brazos, para asentar su atención en mi persona.

- Vangelis... - Pronuncia mi nombre. - ...tienes nombre de ángel, cariño. - Me sonrío.

- Mucho gusto, señora. - Digo, recibiendo su abrazo de bienvenida.

- Deja el señora, a un lado. - Me dice, con un gesto de mano. - Solo Gladys cariño, aunque ya rondo los 70 años, me hace sentir más vieja... - Mira por sobre mi lado, a la figura gallarda de Collins y me guiña un ojo por sobre sus lentes. - ...pero no lo menciones, le dije al guapetón de Collins, que solo estoy a cumplir los 40 años...

Y suelto una risa como las demás enfermeras y Herónimo, negando divertido.



CAPITULO 54

Yo

- ¡Chicas, cálmense! - Exclama Gladys, haciendo señas con sus manos para abajo divertida, por nuestras risas a su broma.

Es claro, que es la jefa de enfermería.

- Demostremos al señor Mon y a esta dulce mujercita que lo acompaña, lo bien que sabemos llevar esto.

Cuando los ánimos se calman y cada una de a poco vuelve a sus respectivos lugares y quehaceres, Gladys se vuelve a nosotros, con muchas ganas de atendernos personalmente.

- Quiero que Vangelis conozca el pabellón de las Disney princesas y Caballeros del zodiaco, Gladys ¿Crees que es muy temprano? - Dice Hero acercándose a mi lado y reposando su mano en mi baja cintura, cosa que no le pasa desapercibido ese detalle a la anciana mujer.

Sonríe.

- Nunca es temprano y nunca es tarde, hijo. Van a estar encantados de verte... - Dice dulcemente y apretando su brazo, con gesto de cariño.

Me mira.

- ...y ahora, más... - Le guiña un ojo cómplice.

Jódanme.

¿Herónimo se ruboriza?

Ya que un tinte de color refleja su rostro, por el dicho de la enfermera.

Y por primera vez lo veo avergonzado, por las palabras de una mujer.

Que risa.

Nos guía a través de un amplio pasillo blanco, donde hay varias puertas vaivén en metal gris en los lados.

Doctores, paramédicos y personal del hospital nos cruzan y todos ellos, saludan con respeto a Herónimo, estrechando su mano o con inclinaciones de cabeza.

Subimos por una escalinata estrecha, que ambas paredes tienen pintada en sus paredes, de super héroes de todos los tiempos. Sonríe cuando veo al Chapulín Colorado.

Mi favorito.

Entre el Increíble Hulk y Iron Man.

Al final de esta, un amplio pasillo con sus paredes empapeladas de dibujos hecho por niños de aquí. Con motivos de familias, animales, corazones, autos y paisajes lo componen.

Me detengo a mirar y a absorber lo que más pueda de ellos, ya que siempre me gustó dibujar de niña y todos estos, son hermosos.

- Este, es Herónimo. - Me dice Gladys señalando una hoja A4 pegada en la pared con cinta junto a otros.

Es un dibujo pintado con lápices de colores, unos pasos más adelante de donde estoy. Y cruzo mis manos en mi pecho acercándome, para disimular mi emoción. La hoja tiene dibujada a un hombre muy alto, de pie sobre un césped verde. Y tapo mi boca para ahogar mi risa que me amenaza, al ver que es muy pero muy alto. Con muchos rulos esponjosos su pelo y pintado con lápiz marrón oscuro. Un brazo apunta el cielo y el otro, hacia abajo empuñando una espada medieval como la de un príncipe. Lleva puesto un traje de vestir azul y una corbata con una letra "H" dentro y con una gran capa roja, que cuelga de sus hombros detrás.

Todo él, está rodeado de muchos corazones pintados de rosa.

Y un detalle, no menos importante.

Casi la totalidad de su rostro lo cubre, una enorme sonrisa dibujada.

Guau.

¿Será que el señor oscuro y de sonrisa oxidada, ríe mucho aquí?

- Para Juli...Herónimo, es su héroe... - Me dice, Gladys a mi lado bajito.

- Y su príncipe... - Acoto fascinada.

Y lo miro maravillada preguntándome para mis adentros, quien diablos es realmente.

Apoyado del otro lado de la pared con un hombro y las manos en los bolsillos de su pantalón, se encoje de estos como respuesta y restándole importancia.

- Continuemos o se nos hará tarde... - Murmura fríamente, empujando su hombro para erguirse.

Su tono de voz era dura, masculina y acento autoritario.

Muy él.

Muy jefe.

Pero ya, no le temo a su mirada glacial y voz imperiosa.

Lo hace a propósito porque, no quiere que se centre su atención en él.

Gladys y yo, nos sonreímos.

Al pasar este pasillo, hay otro.

Uno más grande, donde hay tres puertas de cada lado.

- Son habitaciones para los padres, Vangelis. - Me aclara Gladys. - Para pasar la noche o descansar en el día. Un tratamiento contra el cáncer infantil, es de gran exigencia para el niño enfermo como al padre, por lo muy estresante. Estas habitaciones son para reconocer fortalezas, aceptar ayuda, aprender del otro que pasa por la misma situación y compartir tiempo, con las otras familias...

- ¿Estamos en el área, de tratamiento oncológico infantil?

- Sí, nena... - Me responde Herónimo, a mi lado.

Al final de este, nos detenemos en una gran puerta doble de madera pintada de blanco con un cartel hecho por cartulinas y pintado de temperas de color, que dice:

“Pabellón de las Disney princesas y Los caballeros del Zodiaco.”

- Necesitaras, esto... - Gladys saca de uno de los bolsillos de su casaca, un labial con brillos de colores y me lo da.

La miro, curiosa.

- Ven, entremos... - Me dice Herónimo, tomando mi mano y sonriendo.

Lo sigo, pero con la mirada en la anciana enfermera, mientras me voy

con el brillo labial de colores en mi mano.

Pero ella solo asiente y me saluda con una mano, sonriente.

El pabellón es enorme, se podría decir dos veces una cancha de tenis.

Su techo es alto donde cuelgan adornos infantiles y llamadores de ángel de todas las formas y colores. De sus paredes claras, más dibujos empapan el lugar, con guirnaldas entrelazadas de diferentes texturas. Y en cada lado, hileras de camas lo componen formando un pasillo espacioso.

Diferenciando una de otro, por los colores.

Camas rosas con acolchados Disney princesas de un lado y azules con motivos de los Caballeros de zodiaco del otro.

La mayoría están ocupadas por niños, con alguna enfermera o padres. Algunos tienen sus cabecitas rapadas, otros con barbijo en sus caritas o simplemente sin nada. Y se me oprime el corazón al ver todo esto y no puedo evitar, apretar la mano que tiene con la mía a Herónimo.

- Rayo, no permitas que la tristeza te gane ¿Confías en mí? - Me dice con suavidad.

Afirmo con mi cabeza y él, besa con ternura mi frente.

- Acá no hay diferencias sociales nena, solo niños, que es lo que realmente importa. Cada uno está tristemente aquí, por este infortunio...pero compartir un rato de tu tiempo con ellos y sus familias, les da mucha felicidad...y no tienes idea cuánto. Jamás te traería a que los conozcas, si no supiera que te irás llena de amor de todos estos chicos, con ganas de repetirlo y querer darles más, te lo aseguro... - Me dice.

- Entremos... - Digo decidida.

Porque oh mierda, con sus palabras y su fervor.

Su pasión.

Me esboza una sonrisa de un millón de voltios tipo Rodo, empujando la doble puerta en madera blanca.

- ¡Herónimo! - Una dulce vocecita de nenita invade el pabellón, al vernos ingresar y viniendo a nuestro encuentro.

Herónimo sonríe y se agacha para recibirla entre sus brazos y la envuelve con ellos suavemente. Y un pellizco en mi pecho siento profundo, de verlo con esa actitud que desconocía y nueva para mí, de esta faceta del señor oscuro que parece tan natural y simple para él.

Ella es pequeña, de unos 6 años de edad.

Su camión de las Disney princesas, le llega a sus tobillos. No tiene pelito por la quimio, su piel es tan blanca como la mía y con suaves pecas sobre sus mejillas. Sus ojos son de un celeste cielo, que me recuerdan los de Marcello. Y su sonrisa de felicidad por verlo, muestra que tiene una ventanita entre sus dientes, porque le falta uno de los frontales y los está cambiando.

Se empiezan acercar más niños y niñas de diferente, pero cercanas edades y todos quieren saludarlo.

Porque también reclaman un pedacito de la atención de Herónimo, pero la niña no lo entrega fácil acunándose más sobre su pecho.

Río.

Su gigante cuerpo musculoso de casi 2m, que da miedo y respeto en el Holding y arriba de un ring, se inclina con precisión y tal ternura, solo para estar a la altura de ellos.

Yo disfruto desde mi rincón como Hero se reparte con cada uno de ellos, mirando con suma atención los dibujos en papel que hicieron. Para que les arregle la patita, de algún muñeco roto. Mostrarle el diente que se le cayó con orgullo o que vea la bandita de su brazo porque se lastimó, mientras escucha con suma paciencia como se hizo la herida.

- ¡Cumpliste! - Dice de golpe la niña soltándose de sus brazos, descubriéndome en mi rincón.

Se acerca a mí con timidez, con sus pequeños pasitos y mostrando con su bonita sonrisa, la falta de ese dientito.

Me inclino también y le sonrío tímidamente.

- Juli, ella es Vangelis... - Dice Herónimo alzando entre sus brazos un pequeñito, que demanda su cariño.

Ella tiende su pequeña manito a mi rostro y me acaricia con ternura.

Y me contengo, para no comérmela a besos.

Se vuelve hacia Hero, feliz.

- ¡Cumpliste! - Vuelve a repetir. - Porque me trajiste a tu princesa...

Oh mi Dios.

Porque sus ojos color medianoche se intensifican, detrás de sus sexis lentes de armazón.

Aclara su garganta, solo como respuesta.

- ¡Y tiene pequitas, como yo! - Murmura tocando el puente de mi nariz, con un dedito.

Y otra vez, aclara nuevamente su garganta y su sonrisa de lado nace.

- Muchas. - Dice.

Y le entrecierro los ojos, por su tono juguetón.

Pero que cerdo y pendejo.

Me vuelvo a Juli.

- ¿Somos dos princesas, entonces? - Le digo y su pequeño rostro se ilumina.

- ¿Tú crees, Vangelis? - Me pregunta ilusionada.

Me incorporo con ella, en mis brazos.

- Estoy muy segura. - Murmuro. - La princesa Juli...

Y me abraza, con sus bracitos de felicidad.

Encuentro los ojos de Herónimo que con el niño en sus brazos aún, está sonriendo y regalándome para mi gloria, ese canino desgastado y ligeramente inclinado malditamente caliente, de su sonrisa completa.

Su mirada está llena de una emoción diferente y es relajada, con una gratitud llena de él.

- ¡Vangelis tiene el labial arco iris! - Grita Juli a los demás, al ver en una de mis manos el cosmético palmoteando feliz.

Y niños, padres y enfermeras, dan otro de júbilo.

Miro a Herónimo interrogante y contagiada por sus alegrías.

Pero él, solo se limita a levantar sus hombros con las palmas de sus manos para arriba, poniendo los ojos en blanco divertido.

Mezcla de niños en pijamas rosas y azules me llevan y empujan, hacia las camas para que tome asiento al lado de Herónimo.

Entrecruzamos miradas y risitas entre los dos, con frases tontas y dejándonos llevar por la algarabía de ellos.

- ¡Muy bien niños! ¿Ocupemos nuestros lugares, para comenzar el juego! - Exclama una de las enfermeras, sacando la tapa al brillo labial.

Y un círculo, conformados por Hero, los niños y yo sentados en camas enfrentadas, participamos.

Padres y enfermeras detrás nuestro, se posicionan para mayor visión del juego y alentando con sonrisas y aplausos.

La enfermera, le da el labial con brillo multicolor al primer niño y este, se lo pasa por sus labios varias veces.

Una vez que termina, se lo pasa a su compañerita de al lado que repite la acción y se lo da al que sigue a y así sucesivamente.

Hasta el turno de Juli, que una vez que su boca está maquillada, con risita infantil se lo entrega a Hero que está a su lado.

Él la mira a ella y luego al labial con cara rara y arqueando una ceja, provocando que todos los niños festejen divertidos y lo alienten, con pequeños grititos infantiles de felicidad.

Collins desde un rincón apartado con Grands, no pueden evitar reír también, por la expresión graciosa del jefe.

Con resignación fingida, toma el labial de Juli y empieza a pasarlos por esos labios increíbles y llenos que posee.

Y todos los padres, niños, enfermeras y yo, reímos a carcajadas por la valentía de maquillarse.

Acomoda sus lentes con ese hermoso tic que posee, cuando me mira.

Y Dios.

Quiero desparramarme de la risa.

Peinado riguroso.

De traje y siendo una máquina, del negocio y el control.

¿Pintado sus labios con brillo labial, multicolor?

Levanta entre nosotros dos, el labial con una mano.

Ambos lo miramos y nos miramos a los ojos.

Me arquea una ceja soberbio, divertido y desafiante.

Porque es, mi turno.

Se lo saco de su mano, sonriendo y gesto de desafío aceptado.

Gesticulo y actúo teatral con mis manos que tengo un espejito imaginario de mano y lo abro, para mirarme y acomodar “mi llego tarde” seguido luego, a pasarlo varias veces por mis labios el brillo.

Finalizando con un masajeo de mis labios entre sí, para asentarlo con un suave pop.

Pese a que el pabellón se llena de gritos y aplausos por mi actuación, lo cual yo agradezco poniéndome de pie y con una reverencia tipo princesa, siento un profundo suspiro de Herónimo al lado mío.

Lo miro, pero niega masajeando el puente de su nariz y creo escuchar un susurro, de su parte.

Algo así como “*Dios, con esa puta y hermosa, boca...*”

Creo.

No lo sé.

Porque en ese momento, la enfermera grita que comience el juego.

Este consiste en que el primer niño de un beso a su amiguito de al lado y este, al que sigue y así sucesivamente, respetando la dirección del círculo y de a uno por vez.

Gana el premio, el participante que más besos marcados con el labial multicolor tiene en todo el rostro.

Comienza una nenita de la edad de Juli que se inclina, para depositar en la mejilla a su compañero de al lado.

Una vez marcado este, le da a otro niño y la ronda sigue.

Todos, reímos divertidos.

Mirarlos y ver sus caritas felices disfrutando de algo tan simple, llena el alma.

No tiene precio.

Dios querido.

Herónimo, tenía razón.

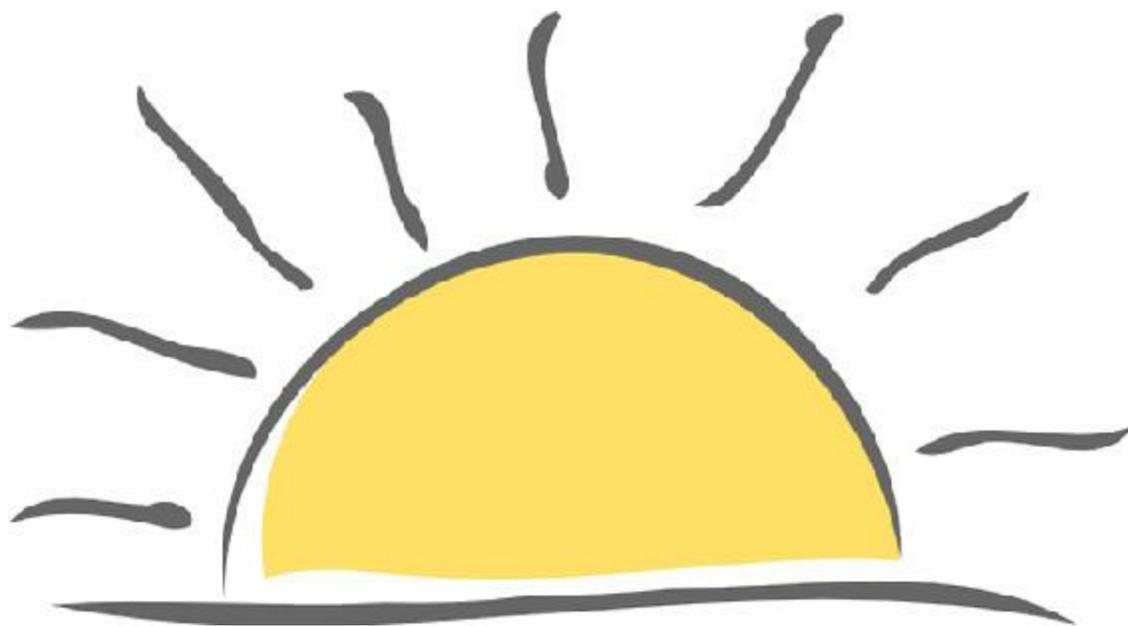
Cuando Juli lo besa, este sonrío complacido girándose en mi dirección.

Me toca a mí.

Y mi respiración falla cuando él acuna mi rostro con sus manos y todo él es vacilación, al recorrer por unos segundos, cada centímetro de mi rostro con sus ojos.

Acaricia mis pómulos con sus pulgares y yo los cierro, cuando siento el calor de sus labios se acercan a mí.

Oh dulce niño, Jesús...



CAPITULO 55

Yo

Y ahogo un suspiro.

Al sentir sus labios, en la comisura de los míos.

Carajo...

Abro mis ojos encontrando los suyos, mirándome lóbregos y profundos detrás de sus lentes. Una milimétrica curvatura de su boca señala creo, que una sonrisa. Y resoplo para mis adentros, para recuperarme.

Respira Vangelis.

¿Quiso, besarme ahí?

Maldita sea.

¡Por qué esos ojos raros, nunca me comunican nada!

Quiero decirle y muerdo por preguntarle, si eso fue un intento y quiso, darme un beso. Pero se da vuelta como si nada hacia Juli, para bromear y reír con ella. Y sin un atisbo de nerviosismo por el casi beso, cuando yo sí. Mi cuerpo quedó rígido por su roce, pero él no. Y muerdo mi labio inferior para tratar de rescatar algo, de ese dulce contacto y sabor del casi besito.

Herónimo, en cambio no.

- Tu turno, Vangelis. - Su voz rompe mis pensamientos imaginarios, de lo que pudo ser.

Lo miro.

Y me mira como si nada, frotándose los labios con esa actitud de amo y señor del control, muy él.

Auch.

Eso duele, como la mierda.

Bajo mi vista, hacia mi compañerito de al lado.

Él no lo quiso, realmente.

Nada.

Me inclino a mi gordito bello, que tengo sentado a mi lado.

Su nombre es Benjamín y solo tiene 3 años y como su nombre lo dice, es el más chiquitín del pabellón.

Le regalo un hermoso beso en su frente devolviéndome, una sonrisa pícara.

Y me consuelo con que, a este hombrecito si le gustó mi beso.

Van pasando más rondas, hasta que nos quedamos prácticamente sin labial todos.

Hero ya no vuelve a besarme ni cerca de mis labios, todos son en mi frente y mis mejillas.

Triste decepción.

La enfermera hace el recuento, de besos marcados a cada participante.

Gana Herónimo, con 7.

Seguido de mi besable compañerito de al lado, con 6 besos que tengo ahora en mi regazo.

Y absolutamente de acuerdo, porque todo él.

Mejillas y manitas regordetas, era para comerlo a besos.

HERÓNIMO

Si el chocolate negro podía besarse, se sentiría como mi casi beso a rayo de sol.

El beso arco iris es un juego que implementé con Gladys en mi hospital entre otros, para confraternizar y unir lazos niño *enfermo-sociedad*.

Por la mierda de siempre.

Gente estúpida que, al ver un niño con discapacidad por una enfermedad o víctimas de un accidente con secuelas físicas, como sobreviviente de un incendio, sienten rechazo a veces consciente o no, a la proximidad de ellos.

No me condenen.

Digo, no todos.

Pero en su mayoría putos egoístas que actúan con indiferencia a ellos y créanme, eso es lo más tierno que reciben estos niños por parte de ellos.

Otros, los miran por sobre sus hombros a estos niños víctimas de infortunios de salud o de accidentes, como si fueran infecto contagiosos o meneando sus cabezas con lástima arrogante murmurando la vida miserable que tendrán de por vida por padecer tal afección, dando después un sorbo a su copa de excelente champagne francés.

¿Recuerdan que les dije, que odiaba las fiestas y galas?

La causa, esto.

Bien.

Detesto, la aglomeración.

Detesto, la gente.

Detesto la aglomeración, de este tipo de gente.

Algo tan simple como maquillar tu boca con mucho color, aunque parezcas el marica más grande del mundo y compartir un juego de 15 minutos con ellos, llena el corazón.

Y llena, sus almitas.

Un niño que lucha con una enfermedad terminal o que cargará con la secuela en su piel por un incendio o un niño que sufre por el motivo que fuere, de una discapacidad física. A través de este juego, no siente el dolor de la indiferencia social y menos la mierda del rechazo con el que se le castiga inconscientemente.

Solo recibe un poco de amor y un, aquí estoy amiguito.

Punto.

Les juro que mi pecho iba a explotar de orgullo, al ver a Vangelis adaptarse tan bien en el pabellón.

Era toda una mujer.

Perdón, aclaración.

Toda mi mujer, con muchos niños jugando y sonriendo.

Solo eso y nada más.

No, mirada de pena.

No, rechazo por su invasión personal.

No a nada, de la mierda infecto contagiosa.

No miedo.

Solo mi Vangelis y yo.

Y mi pasión.

Cuando Juli me da su beso en mi frente, mi pequeña nenita pícaro me incita

a que siga el juego, apoyando su manito en mi brazo expectante.

Diablilla, como no.

Para ella soy su príncipe y hace un tiempo atrás me dijo, que yo no debía estar solo.

¿Pueden creerlo?

¿Santo Dios tiene 6 años y es más madura, que Rodrigo?

Ya que como príncipe que era, necesito a mi princesa para gobernar mi reino.

No me juzguen.

¿Pero qué mierda podía hacer ante la niña, más dulce del mundo que conocí jamás?

Por eso le prometí que cuando la encontrara, iba a traerla al hospital para que la conociera.

Resultado.

Vangelis, ahora mi princesa.

Realmente jodido y encantador.

Me vuelvo hacia mi princesa.

Yjoder.

No me mires así, rayo de sol.

Y carajo por como amo, malditamente a esta mujer.

Después de su actuación imaginaria y de maquillarse esa jodida boca provocona, suspiré profundo y maldije para poder controlarme y dejar de preguntarme, como se sentirían esos labios hinchados y carnosos de forma natural, en los míos.

Probablemente, jodidamente bien.

Quería sentir el contacto de su suavidad, rozarlos con mis labios y acariciarlos con mi lengua en búsqueda de la suya, para después morder su labio inferior.

Jesús...borra esos pensamientos de mí aquí.

Porque soy un depravado.

De no ser por mi público infantil presente, le hubiera arrancado su braga y cogido con mi mano, en solo pensar besándola.

Acaricio con mis dedos su rostro deleitándome en absorber, cada centímetro de el mirándolo.

Ella, es mía.

Putta felicidad triste.

Créanme, eso también existe.

Regla 4, Mon.

No.

NO PUEDES.

¿Recuerdas?

Bien.

Quiero besar, su hoyuelito.

Mi rayo tiene uno pequeñito y estoy seguro, que no lo sabe.

Mejilla derecha y apenas visible, que se muestra en su mayor esplendor, cuando ríe con ganas.

Bonita.

Y por eso, la comisura de su boca llega a mí.

Mierda.

¿Y eso, Mon?

Un golpe de miedo estrangula mi garganta y mi pecho se ahoga, por mi respiración contenida.

Porque mierda, mierda y re mierda.

Casi, la besé en los labios.

¿Error de cálculos?

¿Acto inconsciente fallido?

Maldición, todo en mí quiere descomponerse y con él, mi control.

Mi miedo y ese puto pánico que tengo a un simple beso a Vangelis en sus labios, me caga los nervios.

Esto es malo.

Muy malo.

Forcé una postura glacial y abrí la boca lentamente porque temí balbucear y necesitaba, que mi voz saliera natural.

Y puse, lo que mejor me sale.

Mi mejor cara de mierda, para decirle que continuara con el juego, sin poder evitar que mis dedos acariciaran la zona de mis labios donde la besé.

Sabía a gloria, sol y miedo.

Y quise patear mi trasero al ver sus ojos de tristeza, con la que me miraba.

Perdón nena, perdóname mi amor.

Porque solo así, te protejo de mí...

Fingí una sonrisa volviendo a Juli porque su mirada carcomía lo que me quedaba, si tenía algo de corazón rojo todavía.

No aflojes, Mon.

La enfermera se acerca, para reclamarme campeón.

Siempre cariño pienso para mí, cuando padres y enfermeras me felicitan.

Si, si...lo sé.

Disculpen.

Está mal, lo reconozco.

Pero es inevitable, mi espíritu competitivo.

¿Soy el jefe de los jefes, recuerdan?

Y no soy muy fans, de las derrotas.

Jamás.

¿Que lo importante es competir, dicen?

Mi culo.

Amo ganar y siempre estar delante de los demás, aunque mis competidores en este caso no me superen de mis rodillas de altura y los adore.

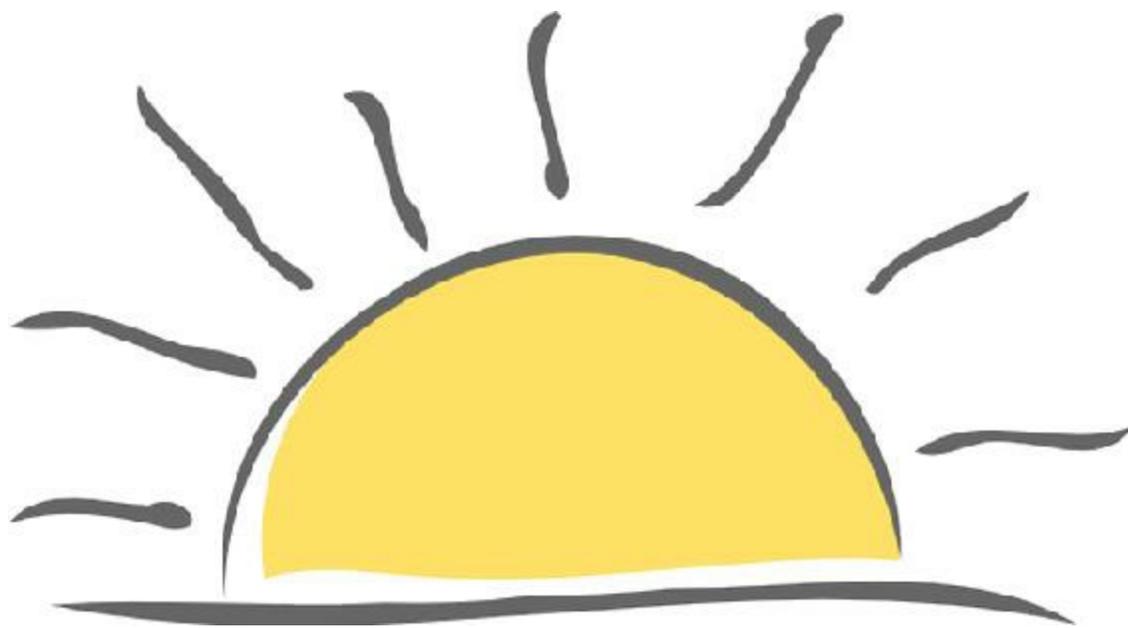
No hay diferencia si el premio en cuestión es un trofeo, un galardón *Commerz* del año o una venta de seis ceros a mi cuenta bancaria, por la venta de mi acero.

O como en este caso, que mi premio es una paletita de sabor fresa, que me entrega con orgullo la enfermera ahora.

Ganar, es ganar.

Punto.

Bien.



CAPITULO 56

Yo

Herónimo viene orgulloso, hasta donde estoy sentada en una de las diminutas sillas de colores en madera, que componen un extremo del pabellón con el premio en mano.

Una paletita, sabor fruta.

Imposible no reír por su cara de ganador y satisfacción, que refleja todo él.

Santo Dios.

¿Qué tiene?

¿Seis años?

Ruedo mis ojos divertida.

Toma asiento a mi lado y no puedo evitar reír cuando ese gigante cuerpo de traje, hace su magia sobre la pequeña silla que parece más diminuta, a comparación de su gran tamaño sobre ella.

- Por eso opté por las de maderas y no de plástico, cuando las encargué. -
Me dice sacando el envoltorio de la paletita y se lo da a Benjamín que tengo en mi regazo, sin antes darle un beso sobre su cabecita.

Lo repito.

¿Esta mole de hombre, es mitad gruñidos y mitad osito Teddy?

Pero no se lo digan, no queremos verlo furioso.

Nos limitamos a contemplar a los niños del pabellón, en un agradable silencio.

Algunos, jugando entre ellos.

Y otros, recibiendo la atención y cariños de sus padres como enfermeras.

Una suave canción infantil que habla de unicornios y golosinas, se siente de fondo y se mezcla con el sonido de la película de *Los Minions* desde un enorme plasma, que hay en una de las paredes.

- Gracias. - Solo digo.

Me mira.

- ¿Por qué, nena?

- Por romper tú regla número 3 con esto. Y creo que la 1 y la 2 también... -
Pienso indecisa.

Lo hace reír.

Vuelvo mi vista a los niños, la mayoría en sus camitas.

- Esto no deja de ser maravilloso y lo compartiste conmigo... - Bajo mi mirada al niño que tengo entre mis brazos y beso sus manitas regordetas, llena de pegotes dulce por la paletita. - ...imposible no amar, este lugar y a ellos.

Acomoda sus lentes y suspira.

Silencio.

Juraría que quiso decir más, pero se limita a acomodar un mechón de mi pelo suelto detrás de mi oreja y a asentir, con su cabeza.

Después de ayudar a las enfermeras con el desayuno de todos y medicamentos de los niños, observo como Herónimo serio y con sus brazos cruzados en un extremo alejado, habla con un par de médicos que vinieron con Gladys.

Su postura, aunque es intimidante y glacial, no deja de asentir y escuchar atento, a cada palabra que dicen.

Mi celular vibra desde el bolsillo trasero de mis jeans, por un mensaje de Siniestra.

Karla:

10:21h - "¿Tengo una hermana famosa? 0.o ¡Joderrrrrr! Casi morí al ver esta mañana en la pastelería, las portadas de los periódicos. No se anda con chiquitas tu sexi y millonario novio ;)

¿Reunión urgente, en la semana ok?

Y debes hablar con papá cariño, me llamó.

XXOO.
K.”

Le respondo, con un simple ok y guardo mi celular mientras pienso, como afrontar a papá con esto y cuando ir.

“Oye papi, quédate tranquilo ¿si? Lo que dicen los periódicos, es salamería del corazón. Solo me estoy cogiendo al gran jefe y mega empresario de las T8P. Pero no te preocupes, aunque le gusta atarme a la cama, dar un par de nalgadas, darte duro contra las paredes de un baño público sin piedad. Y ser un posesivo celoso, controlador y se rige por 4 reglas rompe corazones sabiendo que nunca me va amar, soy feliz ok?”

Aunque es sarcasmo, río para mí, levantando mi vista y encontrarme con los de mi señor oscuro mirándome fijo y sin dejar de intercambiar palabras con los médicos.

Su oscura mirada sobre mí, es como un pozo sin fondo donde no había fin y no hay luz.

¿Qué mierda de color, son esos?

¿Azules o marrones?

Ni idea.

Pero algo le molesta, porque muerde su labio superior.

¿Tal vez vio mi reacción de sarcasmo, por leer el mensaje de Karla y la duda lo carcome?

Mierda.

- Herónimo, es especial... - Me interrumpe Gladys sorprendiéndome y siguiendo mi vista.

La ayudo a juntar los *Legos* esparcidos por la mesa de juego, dentro de una canasta.

- Él hizo esto ¿Verdad? - Pregunto alcanzando otros del piso.

Suspira sonriendo.

- Si. Es una gran causa y su proyecto personal hija. - Lo mira con cariño. - Esto en antaño fue un viejo hotel. Lo compró y refaccionó todo. Hizo este centro, con los mejores especialistas buscando un equipo de gabinete, que solo se puede encontrar en grandes hospitales pediátricos o centros de alta complejidad universitarios de referencia...

Acomoda su pelo entrecano y prosigue.

- ...es un hospital público, pero con alto grado en oncología y con la calidad de un privado, abierto para toda gente, en especial la de escasos recursos económicos ofreciendo más y mejores servicios, a un niño con cáncer y su familia...

- ¿Todo esto, es gratuito? - Increíble.

- Todo, cariño... - Afirma Gladys.

Ambas miramos nuevamente a Herónimo que no deja de hablar y dar órdenes por teléfono, con ese semblante tan imperativo y autócrata.

Seguro dando directivas vaya a saber que pobre diablo del otro lado, para insumos y necesidades del hospital ya que los médicos esperan paciente a su lado, el final de su llamada telefónica.

- Él es una persona que podría sustentar, hasta cien hospitales supongo... - Digo. - ...pero tiene el apoyo de ninguna organización no gubernamental? ¿O fundación?

Gladys ríe bajito limpiando sus pequeños lentes con su casaca y tomando asiento en una de las sillitas.

La imito, sentándome del otro lado.

- Siempre fue él en todo, Vangelis. - Prosigue. - Herónimo es muy bueno para dar órdenes, pero pésimo para recibirlas y por eso es dueño absoluto de todo lo que quiere, ama y lo preocupa... - Me mira como si supiera más de lo que me diría, acomodando sus lentes otra vez en el puente de su nariz. - ...Herónimo no acepta juntas directivas, sociedades S.R. y negó ayuda, no gubernamentales como cheques de muchos ceros, de partidos políticos y de gobiernos, hasta de otros países cariño, porque el poder que genera y tiene Herónimo Mon, es muy codiciado. - Piensa unos segundos, con lo que va a seguir. - Aunque podría abastecer a muchos hospitales de por vida, lo que mantiene a estos niños y este hospital que ama... - Hace una pausa. - ...lo genera con sus peleas, arriba del ring.

Carajo.

Las palabras de Mel vienen a mí, de esa noche incentivándome.

“Por los niños, me dijo...”

Que conociera su causa, además de erradicar los demonios de su interior.

- ¿Las apuestas?

Gladys, afirma.

- El Círculo como le dicen, se compone de socios *Chacales* que son magnates de la industria del cine, empresarial o políticos. Se mueven millones con cada noche de pelea y con cada *Dingo* o luchador que lo compone. Pero

Herónimo, es el rey. Muchos adinerados y de un estatus económico como el de él, pagan lo imposible para verlo arriba de un ring, más cuando ellos ponen un oponente para bajarlo. - Me explica. - Cuando él lo necesita y la suma de la apuesta le interesa, pelea...

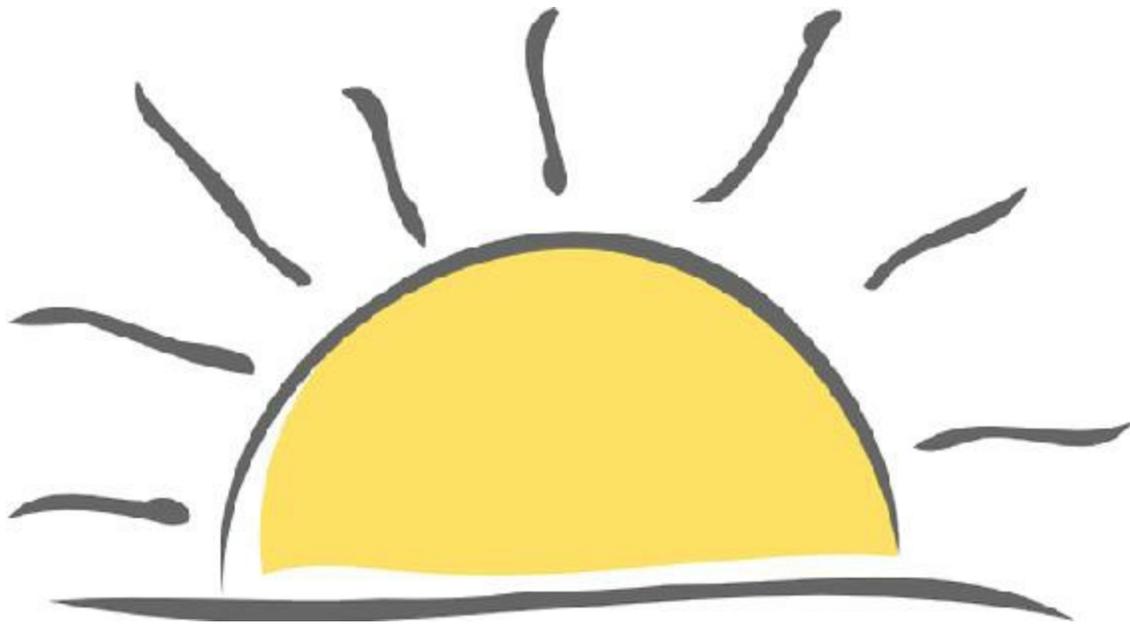
- ¿Pero esas luchas, no son ilegales?

- El Círculo es una S.R.L de la MMA. Aunque existen leyes que toman como desacato las apuestas fuera de un establecimiento, con las reglamentaciones con las habilitaciones deportivas correspondientes y que pertenezcan al gobierno de turno, cuando hay poder y mucho dinero nada es ilegal hija... - Responde Gladys.

Me sonrío.

- ...como dice el cartel de la ciudad del pecado. Lo que pasa en Las Vegas, queda en Las Vegas....

La mierda.



CAPITULO 57

Yo

Juli me abraza fuerte de la cintura, cuando nos despedimos de todos.

Me voy, pero prometiendo tanto a ella, como a los demás niños y padres, que pronto volveré.

Imposible, no.

Miro por sobre mi hombro por última vez, tragando mis lágrimas mientras Herónimo me encamina hacia la salida.

Cuando el coche se detiene en el estacionamiento vip del subsuelo del Holding, ya son pasado el mediodía.

Hero rodea su auto para ayudarme en abrir la puerta, caminando solo como él lo sabe hacer y abrochando el primer botón de su saco de vestir.

- Nena. - Folla la palabra cuando la abre, en el momento que Grands y Collins estacionan frente suyo.

Se detiene para consultar no sé qué, a Grands de un inmueble que compró recientemente no se en dónde y algo, de que si el equipo comenzó con la seguridad.

Él lo pone al día y con asentimiento de cabeza, obedece al jefe y se vuelve al Jeep para regresar a las calles.

Cuando nos encaminamos en dirección a su ascensor particular, para mi

desconcierto y el de Collins que nos sigue unos pasos detrás, Herónimo no opta por su ascensor como toda su vida hizo y que va directo a su piso 30, por su apatía al tumulto de gente.

Sin soltar su mano de mi baja cintura, me conduce a las escaleras laterales que llevan directo afuera y precisamente a las escalinatas, que van a la puerta principal de la entrada al Holding. Miro con disimulo a Collins que se contenta con responderme, con un leve encogimiento de hombros tan perplejo y curioso como yo.

Sospechoso.

Reacomoda sus lentes y gruñe cuando salimos al exterior y ante la luz del sol del cielo despejado, que nos baña.

Dios.

Es como una versión más porno, de una nueva temporada de *True Blood*.

Y él, un sexi hermano perdido del caliente vampiro, Eric Nortman.

Empieza a subir las escalinatas al Holding, como uno más.

Y me lo quedo mirando.

- ¡Qué! - Me dice de forma asquerosamente hermosa, dos escalones más arriba.

Sabe que esto, es extraño.

- ¿Ingresarás, por la entrada principal?

Me arquea, una ceja.

- ¿Qué? ¿Te pondrá caliente, si te digo que sí? - Susurra y como si nada continúa subiendo, con una sonrisa perversa en sus labios divertido y sin esperar a que conteste.

Se detiene en el octavo escalón, para mirarme desde arriba.

Y yo ruedo mis ojos subiendo hasta donde está él, pero no lo espero.

- ¡Cerdo! - Digo al pasar por su lado, bajo la risita de Collins siguiéndonos.

Saludo a José el hombre de la entrada, que me lo devuelve con una reverencia.

- Dilo. - Se inclina leve caminando detrás mío por el hall principal y con esa sonrisa desafiante y odiosamente sexi que tiene, con una mano en el bolsillo y maletín en otro.

Personal y gente nos mira entre curiosos y raros, que vamos cruzando.

- No. No eres, caliente... - Le digo entre dientes y sin detenerme en dirección a los ascensores.

Se traga una risa.

Cabrón.

HERÓNIMO

Ni mierda iba a separarme de rayo de sol, en el subsuelo.

Si era necesario, iba a ingresar con ella por las puertas del Holding.

Punto.

Lo que sea, con prolongar unos putos minutos más su compañía.

Suspiro.

Jesús.

Estoy hecho un marica, por tener sentimientos con la letra A.

Créame o no, solo de niño y en compañía de mi padre hasta parte de mi adolescencia, entré al Holding por la entrada principal. Luego de adulto, mandé a construir el estacionamiento vip en el subsuelo y mi ascensor particular.

Después de recibir noticias por Grands, de que el equipo de seguridad estaba ya a primera hora, en el edificio de Van.

Lo mandé a supervisar, personalmente.

Ya que odio malditamente los contratiempos, detesto las imperfecciones y solo Grands, puede lograr lo que demando y que esté listo y perfecto en las poco más de 36h que tengo, antes que rayo vuelva a su departamento melocotón.

Jodida cabrona.

Si se quedara conmigo, no sufriría de esta acidez del tamaño de un elefante que tengo por su protección.

Si tan solo, se dignara a vivir conmi...

¿Pero qué, diablos, Mon?

No vayas por ese lado.

¿Qué pasa contigo?

Sacudo mi cabeza, en mi mente.

Siento la mirada de desconcierto de Van, por la dirección que tomo en vez de mi ascensor.

Sonrío.

Adoro, ser impredecible.

Gruño de mala gana cuando salimos afuera y un par de activos, creen reconocerme.

Si, si...soy yo maldita sea, ahora fuera.

Y estrechar mis ojos es suficiente, para que bajen sus cabezas y continúen

subiendo las escaleras.

Bien.

Respondo a la curiosidad de mi rayo, con una cabreada de las mías de marca registrada.

Dios.

Me encanta.

Me mira un par de escalones abajo como si le hubiera sugerido, que fuéramos a patear cachorros.

¿No es linda?

Y por eso rueda sus ojos pasando por mi lado, sin esperarme y quiero reír como Collins.

Pero oigan, quiero vivir un poco más cuando la veo caminar tan furiosa.

Creo que es lindo, pero estoy seguro que en este momento, mi rayo no me soporta.

Y me encojo de hombros, sonriente.

Que me importa.

La sigo embobado y como un perrito faldero, frunciendo ese ceño tan bonito cuando me mira de reojo.

Cristo.

¿Cómo algo tan pequeño, puede hacerme perder el control de felicidad? Pienso, mientras la veo dirigirse a los ascensores.

- Dilo. - Le ordeno divertido caminando detrás de ella, sin importarme que mi presencia llame la atención de todos mis activos.

Gira sobre su hombro, sin detenerse.

- No. No eres, caliente... - Me contesta.

Pequeña mierda dura.

La amaba más, todavía.

Esperando el ascensor, de a poco se va llenando del personal. Algunos me reconocen y atónitos e imposibles de creer, que yo esté entre ellos. Otros ni me registran como su gélido señor oscuro, que solo conocen de nombre. Empleadas murmuran boquiabiertas entre ellas y me señalan entre risitas coquetas, preguntándose si soy o no.

Blanqueo mis ojos.

Si nenas, soy yo.

Pero solo tengo, un bonito exterior solamente.

Cuando las puertas del ascensor se abren, ingresamos lentamente y llevo a Vangelis al fondo y por detrás de mis empleados y aunque sigue enfadada

conmigo, no se resiste.

Hago señas a Collins, que se tome el siguiente.

YO

Me conduce al fondo, pero no protesto.

Era imposible que Herónimo, pasara desapercibido como un cliente o empleado más.

Con su altura y ese traje demasiado sofisticado de corte italiano y de diseñador, como su persona. Pareciendo esos hombres, que son sacados de alguna revista de moda masculina.

El ascensor inicia su subida, deteniéndose en los primeros pisos para el descenso de gente y carga nuevamente.

Su postura y seriedad abrumba.

Este hombre no habla, gruñe con cada saludo que le dan.

Más gente sube con cada piso.

Entre ellos compañeras de trabajo de otros pisos que lo devoran con sus miradas, antes de dar la espalda al jefe.

Todo él, emana masculinidad con su casi 2m.

Hombros definidos, cuerpo musculoso y rasgos helénicos.

Y Jesús...esos ojos.

La sangre me hierve de los celos, pero Herónimo se limita solo a sonreír y colocarse más al final del ascensor y llevarme con él, con disimulo. Su capacidad está casi llena, pero nadie se atreve a voltear su cabeza y mirar al jefe de los jefes. Ya que ninguna de las cuatro filas de personas que se había formado delante nuestro, lo hacia.

Solo su música funcional con *Sexi* de French Affair, colma al sonar por sobre el leve murmullo del ascensor.

Suelto una risita, por la canción.

Y la barbilla de Hero, reposa por mi cabeza con un suspiro resignado al escucharla.

- Pero que puto que es...me lo hace a propósito... - Me susurra bajito por Rodo y su fanatismo raro en poner este tipo de música, en la empresa.

Pero por el rabillo del ojo, capto su sonrisa y no pude evitar, reír más.

Un par de compañeros de trabajo se giran por ello y hacia nosotros, él aclara su garganta irguiéndose y yo miro para un costado fingiendo, pero riendo por dentro.

Sabe que soy un manojo de nervios por tenerlo cerca y estar expuesta, con

gente del Holding y a un roce nuestros cuerpos.

Niega divertido con su cabeza, de seguro por algún pensamiento pervertido el muy bastardo, dando un paso hacia atrás y para ser preciso; detrás mío.

Tomo un gran aliento, para mirarlo con disimulo por sobre mis hombros.

Y maldición.

Está hermoso.

Medio apoyado con uno de sus hombros en la pared.

Para luego sacar una de sus manos de los bolsillos de su pantalón y con el dedo, dibujar una ruta de caricia en el contorno y largo de mi espalda, hasta mi trasero que hace erizar mi piel.

Jesús.

¿No será capaz?

Y resoplo.

¿A quién quiero, engañar?

Herónimo Mon, es capaz de todo.

Sus ojos se elevan y se encuentran con los míos de lado, mirándolo con furia.

Un NO gigante, gesticulo con mis labios.

Suprime una risita.

Bastardo.

Entreabre sus labios para humedecerlos con la punta de su lengua, cuando vuelve a su dedo explorador que a mi baja cintura donde se detuvo, prosigue dibujando pequeños círculos.

Sus ojos vuelven a mí, son cálidos y traviesos.

¿Cómo podía permanecer enfadada con ese rostro y suave contacto?

Soy una flojita, maldita sea.

No era justo que mi cuerpo me traicionara así y quisiera, más.

Hasta que ese dedo indebido llega a la cintura de mis jeans y pasa por abajo de mi blusa, para acceder al contacto de mi piel.

Y yo cierro mis ojos al sentir su roce y trago mi jadeo, cuando parte de su mano y por abajo de mi pantalón, acaricia mi trasero.

Quiero decirle que se detenga, pero la mitad de mí, es emoción y adrenalina por lo prohibido en un lugar público.

Y la otra mitad, por tener una libido muy prostituta.

Carajo.

Me atrae más a él, mientras corre mi braga hacia abajo para mayor acceso y contacto.

Con disimulo besa mi cuello lamiendo y chupando con ternura, por sobre mi pulso.

- ¿No me respondiste, amor? - Me susurra muy bajito y contra mi piel. - Dime ¿Te pone caliente? - Sus dedos descienden más, buscando...

Y un dulce calor se construye en mi bajo vientre, con sus movimientos.

Uno, que moja más y más a sus dedos.

Cuando, las puertas del ascensor se abren en el piso 26, sección archivos.

Y con él, las figuras de Mel y Rodrigo aparecen.

Herónimo sale de mí, cuando los ve y se lleva con él, mi ahogo por su abandono.

- Carajo... - Gruñe.

Y aunque su tono fue bajo, se escucha en todo el ascensor dándose vuelta la mayoría por su expresión.

Herónimo con disimulo acomoda la parte de atrás de mi blusa con una caricia, mientras Rodo cambia su expresión de sorpresa, a arquear una ceja mirándonos a ambos divertido.

Me atrae más a él, cuando más personas bajan y descienden.

Rodrigo y Mel no dudan en pasar por ellos, para llegar a nosotros pidiendo permiso.

Y ambos amigos se miran mutuamente diciendo muchos con sus miradas ya que, notan que la mano del jefe está sobre mi cadera acariciándola con su pulgar para su sorpresa.

Y juro, que para la mía también.

Y este, solo se sonríe maliciosamente yendo su vista a Rodo y luego a Mel, para luego a Rodo nuevamente.

- ¿Sección archivos? - Solo murmura Hero aclarando otra vez su garganta y con su mirada al frente y no a ellos, pero fue suficiente para que Mel ruborice y Rodrigo, estreche sus ojos a su amigo y jefe.

- Come mierda... - Tose Rodo por sobre la música, mientras Mel niega con su cabeza.

Y algo, mágico sucedió.

Herónimo Mon.

El rey del acero.

El señor oscuro de carácter y fama déspota como glacial, para clientes y empleados.

Ríe a carcajadas, en público.

Sip.

Lo que leyeron.

Ríe como nunca lo escuché y delante de todo el mundo.

Me quedo ciega, porque es la risa más linda que escuché en toda mi vida y superaba por millones de voltios la de mi departamento, esa noche.

Su sonido es alegre, agradable y contagioso, a los oídos.

No solamente nosotros, sus simples empleados mortales, nos giramos para verlo reír.

El mismo Rodrigo lo hace y por su semblante, está tan sorprendido como nosotros, de escuchar esa carcajada tan sincera y natural.

Por lo menos yo no sabía la causa, pero entre ellos me doy cuenta que se entienden.

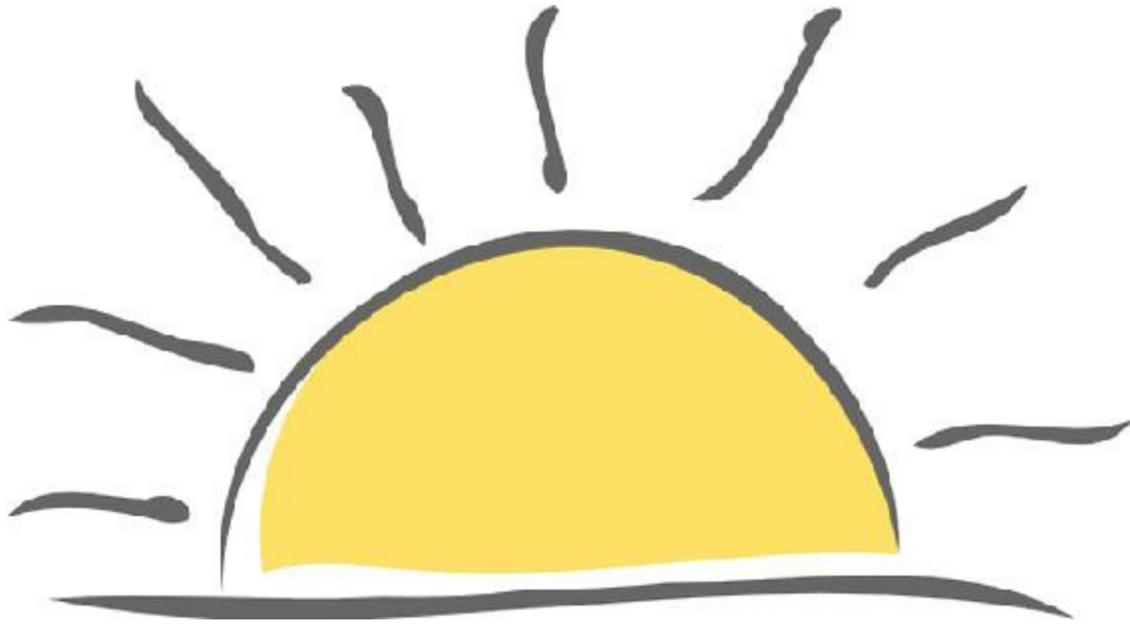
Nos quedamos los tres mirando después de su risa, al alegre Hero volviendo a su postura de ángel del infierno, tan cómodo como si nada hubiera pasado y limitándose solo, a acariciar mi barbilla a modo despedida, cuando nos detuvimos en mi piso.

Salí con Mel y solo me giré, cuando estuve fuera en mi piso.

La figura impresionante y alta de Herónimo con Rodo a su lado, sobresalen del final.

Su mirada, está en mí.

Dios con esos ojos embrujados y esa sonrisa de lado que le nace, cuando cruza sus fuertes brazos por sobre su pecho y las puertas del ascensor, se cierran.



CAPITULO 58

Yo

- ¿Entonces, que pasa contigo y el jefe de los jefes? - Pregunta Mel por encima de mi box, una vez que llegamos y tomé asiento en mi escritorio.

Suspiro y echo la cabeza hacia atrás.

- ¿De qué estás hablando? - Encendí, mi computadora.

- ¡Oh por favor! Se que tienen esa extraña cosa entre ustedes de *Te.Odio.Pero.Estoy.Demasiado.Atraído.Por.Ti*. Ustedes se cogen con los ojos cada vez que se ven o se cruzan en el Holding o donde sea. - Se ríe. - Es asqueroso, en serio...

Suelto una risita.

- Es complicado, Mel... - Murmuro abriendo mi carpeta de mis tareas y sonriendo.

- Lo que vimos con Rodrigo en el ascensor, no lo pareció. - Susurra, inclinándose para que solo yo, la escuche.

Tapo mi rostro con mis manos y gimo.

- Me estoy enamorando de él, amiga...

- ¿Qué? ¿No te escuché, bien? - Siento que se inclina más.

Resoplo, dejando ver mi cara.

- Que lo amo...

- ¡Oh Dios!! Oh Dios! ¡Oh Dios! - Chilla feliz.

Me pongo de pie tratando de tranquilizarla y de que calle.

Porque el cuartel de víboras estira el cuello, ante la alegría de Mel.

Saben que es un chisme jugoso, ya que después de lo sucedido con nuestras fotos en las portadas de los periódicos, todos en el Holding deben saber de lo nuestro, pero nadie se atreve a preguntar ante la ira del jefe.

- Shuu...shuu Mel ¡Santo Dios! Por favor... - Gimo.

Se hiperventila, tomando profundas respiraciones.

Y me obliga a ponerme de pie para abrazarme, pero al sentirme tiesa se echa hacia atrás para mirarme confundida.

- ¡Hey! ¿Qué pasa? Eso es maravilloso, amiga.

Tomamos asiento otra vez.

- ¿Mel...no te das cuenta? Él pertenece a otro status...

Mel, me blanquea los ojos.

- Y también, es brillante.

Mel exhala, jugando con mi bolígrafo.

- Él pertenece, a la alta sociedad... - Sigo enumerando.

Mel, resopla aburrida.

- ¿Eres tonta? - Dice al final.

Inclino mi cabeza.

No, creo que no lo soy.

Ríe.

- Herónimo tiene status y pertenece a la alta sociedad, porque de chico siempre fue una persona brillante y está donde está, por eso. Corriendo eso a un lado. - Hace un ademán, con sus manos. - Es un caliente y hermoso hombre ¡Así que, di que sí! - Chilla alegre.

- ¿Qué diga sí? - Repito y ambas miramos como una del cuartel de las víboras, pasar por nuestro lado con papeles en mano y en dirección al despacho de Áaron mirándonos de reojo.

Le arqueo una ceja quedando en silencio con Mel, hasta que la vemos a una distancia considerable.

- ¡Si! - Vuelve a chillar aplaudiendo divertida, una vez solas. - Si a decirle que estás lista, para ser su mujer ideal y tener unos sexis bebés con él.

- Si fuera, así de fácil... - Exclamo volviendo a mi compu resoplando y haciendo que mi pelo, vuele a un costado apoyando mi barbilla en un puño.

- ¿Por qué?

La miro.

- ¿Quieres la versión para todo público o él para mayores de 18? - Digo.
- La de mayor de 18 años querida, amo lo porno... - Su naturalidad, me hace reír.

- Me gusta él y con todas esas cosas rara y media pervertida que tiene... - Digo en voz bajita.

- ¿En serio? - Exclama sacando un paquete de chicles, que niego cuando me ofrece uno.

- Estoy bromeando...- Pienso en decirle o no, mientras saco una pelusa imaginaria de mi pantalón, pero opto por lo primero. - En realidad no bromeo y no me mires raro Mel. Tú y Rodo deben saber de esas 4 estúpidas reglas con la que se rige, con las mujeres que pasan un tiempo a su lado y de sus castigos, en la cama. - Me mira en silencio. - ¡Por favor, amiga! Lo que llama los polvos castigos. La cama de hierro, esposas y par de nalgadas...

Su cara, es un poema.

Luego, se echa a reír con ganas.

- ¡Mierda! Tenía idea de las reglas, es imposible no saberlo lo que estamos a su alrededor. Pero, ¿Polvos castigos? ¿En serio? ¿En solo escucharlo de mi boca esa palabra, es tan excitante! ¡Mierda! Es como pornografía versión romance... - Dice haciendo girar en círculo sobre su eje, la silla alegremente sentada encima. - ...amiga, con esas reglas y cuando se dan esos polvos castigos con gustos particulares en la cama, pueden ser sexis y con ustedes...deberían ser muuyy calientes. - Decreta.

Y no puedo evitar reír con ella, porque es un ser excepcional y divertidamente, rara mejor amiga.

- Estas oficialmente despedida como conciencia, eres terrible en ello. - Le digo negando divertida.

Hace un gran globo con su chicle y ríe.

HERÓNIMO

Salí del ascensor con Rodrigo, caminando a mi lado por mi recepción.

Mi cremallera retenía, mi maldito pene.

Dios.

Es siempre así.

Un toque y no puedo tener suficiente, de mi linda rayo de sol.

Desabotoné mi saco, necesitaba aire mientras Marcia se ponía de pie, para alcanzarme mi agenda del día.

Mi vista recorre a todos mis empleados con mi ceño fruncido, mientras me

detengo abrir la agenda y escuchar lo que me dice de esta, mi secretaria con la punta de su bolígrafo.

Todos vuelven a sus lugares, reanudan o prosiguen con sus obligaciones.

Bien.

- ¿Cómo estuvo tu día, cariño? - Pregunta standard de Rodrigo una vez dentro de mi oficina, tomando asiento frente a mi escritorio.

- ¡Púdrete! - Respuesta standard mía.

Reímos mientras cierro la puerta de mi oficina y tomo asiento en mi sillón.

Masajeo el puente de mi nariz con mis dedos, cerrando mis ojos.

- Oye ¿Estás bien? - Pregunta preocupado e incorporándose.

Bufo.

- Debo viajar a mi T8P España en esta semana. Mi control semestral es en estos días, Marcia me lo apuntó.

- ¡No jodas! ¿Habías olvidado, que tenías que viajar? - Me mira de lado.

- ¿Tu confundido, con el trabajo?

- Si. - Solo fue mi respuesta.

¿Para qué, negarlo?

Aflojé mi corbata, porque sigo necesitando aire.

¿Será la vejez?

¿O esa sensación de abandono que me sigue y aprieta el pecho, desde que dejé a Vangelis en su piso?

¿Y cuándo mierda, yo olvido algo?

¿Si soy una puta máquina de calcular y pensar, en todo lo que gira y me rodea?

Siempre mi cerebro, trabajando horas extras.

Mierda.

¿Viaje?

¿Trabajo?

Repito mi conciencia para mí, cuando eché una ojeada a lo que Marcia me mostraba en la agenda abierta.

Pensé que había quedado decidido que mi nuevo trabajo, sería comerla con mis ojos y mi cuerpo a mi rayo de sol.

¿Qué?

Niego con mi cabeza.

¡Concéntrate Mon!

Hasta que Rodrigo echa su cabeza hacia atrás para reír a carcajadas,

inundando de ella la habitación.

¿Qué mierda, le era tan gracioso?

- ¡Qué! - Le gruño odioso.

Ríe más.

- ¿Es por ella? - Pregunta, mientras limpia sus ojos de lágrimas de la risa.

Si será puto.

Acomodo mis carpetas que, ya están acomodadas.

Lo que sea para no ver su cara de idiota, de *Te.Lo.Dije*.

- Hummm... - Asiento abriendo un cajón, para sacar mi laptop.

Era estúpido mentirle.

Se sonrío divertido.

- Ya era hora hermano que lo reconocieras y que saques al aire, lo que sientes por Vangelis. Es muy bueno, pero ¿Cómo harás, con el viaje?

- Me la llevaré, conmigo. - Fácil.

Arquea una ceja con duda.

- ¡Qué! - Vuelvo a gruñir.

- Como lo veo en ella ¿Tú crees, que lo considerará?

Me encojo de hombros, acomodando mis lentes.

- No está a discusión Rodo, se viene conmigo y punto.

- No lo sé...esa pequeña, es un hueso duro de roer. Y no le sumemos que estás enamorado de ella locamente y eso te hace un blandito total y que como tu fémina y el funcionamiento de tus reglas para con ella, te va para el culo... - Sentencia.

Muerdo mi labio, pensativo.

Rodo prosigue mientras pone sus pies arriba de mi escritorio y tipo oráculo alegre, con su *bla bla bla* de dudas diciendo que rayo diría no al viaje por más que la quiero a mi lado, cosa que espero con paciencia que mi mejor amigo se acomode en la silla.

Una vez instalado, me inclino hacia adelante y le doy un brusco manotazo a sus pies cruzados con zapatos de vestir de marca italiana, acabando por los aires.

- ¡No pongas tus apestosos pies, sobre mi escritorio! - Y por decirme pollerudo.

Aparte.

¿Hay algo más gracioso que ver a un hombre, en especial Rodo y con traje de diseñador agitando los brazos como pajarito para no caerse de una silla, que está a punto de volcarse?

Perdonen.

Pero yo, creo que no.

Más si el que aleteaba como mariposita, es mi mejor amigo y hermano.

Lo único que me hubiera hecho más gracia aún, que la silla se hubiese caído y Rodo pegara con su trasero en el suelo.

Bufo.

Que decepción.

Porque los pies de Rodrigo, se posaron a tiempo en el suelo.

Era una lástima.

Si...sé, lo que piensan.

Soy muy malo.

- ¿Era necesario? - Me dice, acomodándose nuevamente en la silla para sentarse.

- Si.

Reímos.

Joder.

Como lo quiero.

- ¿Entonces, qué harás? - Retoma mi duda existencial.

- Ni idea porque tienes razón con rayo y los engranajes de mi cerebro ya no dan más, buscando la puta manera de que la testaruda, se venga conmigo a España.

Se carcajea.



CAPITULO 59

Herónimo

- Hombre, te deseo buena suerte con eso. - Dijo, cuando terminó de reír.

Suspiré sacándome los lentes, para dejarlos sobre la mesa de mi escritorio.

Pasé varias veces por mi cara mis manos, como si eso ayudara a sacar el mal humor que se estaba adueñando de mí.

Abrí mi agenda y tecleé mi contraseña en la laptop, necesitaba trabajar y maldita sea, no tenía ganas.

Carajo.

¿Dije eso?

Gruño.

- ¿Quieres calmarte? Te va a dar un ataque, si no te controlas. - Me dice robando de mi caramelera, mi golosina favorita.

Caramelos de menta y chocolate.

- Rodrigo me ha dado un puñetero ataque todos los días, desde que conocí a Vangelis... - Exclamo escribiendo sobre el teclado focalizando y mirándolo por sobre mis pestañas.

Posa todo su peso en el respaldo de su silla y me mira, sin dejar de saborear el caramelo.

- Sigues mirándome así y patearé tu trasero. - Lo amenazo levantando mi

vista hacia él para firmar unos papeles y luego guardarlos, en una carpeta verde.

Se sonríe.

- Oye...ya te dije, que yo no tengo la culpa de que estés hecho un asco por cometer el error de enamorarte. - Se mira las uñas.

Pero que marica.

- ¿Qué? - Digo.

- Admítelo. Sabías que ella te atraía mucho y que un sentimiento nacía. Pero como dijo el Polaco, este amor es el del bueno. Hace unos minutos atrás, ayudó a que sacaras todas tus mierdas al aire hermano. Eso habla mucho de tus sentimientos y de lo que sientes por Vangelis.

- Si lo sé y es un puto milagro, que no broten tetas por eso... - Gruño intentando leer, una compra de acero inoxidable de Brasil.

Porque las letras bailan y se burlan, de mí.

Puto papel.

- Los lentes, Hero... - Levanto mis ojos hacia Rodo y su mano extendida tiene mis lentes.

Mierda.

Cierto.

Se lo saco de mala gana y como niño caprichoso que soy.

Sufro de miopía de nacimiento.

Aunque con una simple operación láser se curaría, nunca me interesó.

Alcanzo a leer determinados tamaños de letras, pero no es bueno para mi cansancio visual ya que me produce dolores de cabeza y malestares.

Pero hoy las palabras sobre el papel y mi condenado mal humor, cortesía de este amor que siento por mi Vangelis y por no saber cómo mierda manejarlo; juegan contra mí.

- Juégate. - Sigue.

- Con mis reglas, la protejo. - Murmuro, volviendo a mi laptop.

- Ella es más que una fémica.

- No entiende, razones...

- La llamaste tu mujer, cuando te lanzaste en la noche de la pelea, al jugador de fútbol. - Me retruca.

- Fue confianza en ella...

- Tu corazón ya lo hizo, ahora tú, y tu cabeza necesitan admitir que estás enamorado. Pásale el memo a ese puto cerebro cerrado que tienes y dilo... - Gruño Rodo.

¿Me gruñe?

¿A mí?

- Es cabezona... - Carajo, ya no sé ni que decir.

- ¡Estás enamorado! ¡Dilo, de una puta vez! - Grita poniéndose de pie, con ambas manos sobre mi escritorio y su mirada filosa e inquisidora.

- ¡Carajo! - Pego un puñetazo. - ¡Si! La amo y me vuelve loco. Me hace feliz ¿Contento? - Le respondo. - Es tan malditamente bonita que pasaría horas contemplándola...- Continúo. - ...ella es mi luz, Vangelis es el rayo de sol de mi vida y me hace querer ser, mejor persona. Me mira a mí, no al millonario y empresario jodido que soy... - Exhalo fuerte y con toda mi espalda sobre el respaldo de mi sillón, totalmente entregado mirando el techo y suspiro. - ...me acepta como soy Rodo, con mi biblia y mi calefón, mis demonios y sin preguntar...pero es una mula terca y no debe...sé que la voy a lastimar si sigo con ella, yo debería dejarla ir... - Respiro hondo. - ...pero soy una mierda egoísta, porque no imagino mi vida sin ella...

- Entonces, no lo hagas hermano.

Lo miro.

- Yo condeno, lo que amo...

- No Hero, tu dejaste que te condenaran y se te hizo piel. Deja tu puto pasado atrás y entiérralo de una vez. Ya es hora, de que seas condenadamente feliz. Voltea ese muro que construiste para los sentimientos y deja que Vangelis, entre en tu alma...

- Yo no tengo alma. - Lo interrumpo.

La autopreservación era única forma de sobrevivir, a los apegos emocionales con el alma intacta.

Me corrijo, disculpen.

Yo había perdido mi alma después de Marian y ese hijito que nunca conocí.

Dudaba que Dios después de eso, me permitiera conservar cualquier regalo suyo de ese tipo, para alguien como yo.

Más bien creo, que nació sin el.

Y si por alguna razón lo conservaba, fue un caso de lástima por parte del misericordioso; ya que era negra y oscura.

- Si serás como mierda Herónimo, eres la persona más generosa que conozco ¿Te olvidas de mí? ¿Cómo nos conocimos? ¿Mel? ¿Juli y el hospital? ¿Marleane y sus viejitos? ¿Los millones que donas, a entidades benéficas anónimamente?

Me encojo de hombros.

- ¿Cargo de conciencia? - Solo digo, a modo justificativo.

- ¡Dios! Eres un dolor de culo, cuando no entras en razón... - Tapa su rostro con sus manos, volviendo a tomar asiento.

Mis cejas se fruncen, enderezo mi postura y le lanzo la mirada más fría que tengo.

- No me hagas eso... - Me señala. - ...no me vengas con esa mierda tuya de jefe de los jefes a mí, que yo soy tu amigo pendejo.

Froto mis labios, pensativo y deliberando, en mandarlo a la mierda o no.

Pero unos golpes previos y la entrada de Marcia, nos interrumpe.

- ¡Qué! - Bufo.

Alisa su falda lápiz gris, cuando se detiene frente mío.

- *Hola Marcia...* - Saluda en su castellano argento sensual y perfecto Rodrigo, volviéndose hacia ella.

Rodé mis ojos.

Ella sonrío, aclarando su garganta.

- ¿Cómo está, señor Montero? - Se gira a mí, luego de saludarlo y se ruboriza cuando la miro bajando leve la suya.

- ¿Qué pasa, Marcia?

Se acerca, para alcanzarme unos papeles.

- Es la carpeta de la organización, de la fiesta Summer Opening de las T8P señor Mon... - La abre por mí. - ...que viene ultimando los detalles, la señorita Adams...

Ya no escucho lo que dice, me limito a mirar a Rodo perplejo que tapa su boca con disimulo para ocultar su risa.

¿Será también?

Carajo.

Cierto.

La fiesta.

Olvidé también, que era en esta fecha por la apertura del verano.

Y meneo con mi cabeza, dando un masaje al puente de mi nariz.

Vangelis...Vangelis, que me haces olvidar todo...

- Tiene una reunión con la señorita Amanda Adams hoy a las 14:30h señor Mon, para ultimar los detalles y su aprobación. Y el señor Millers lo está esperando en la sala de conferencia, para reunirse con usted después, por el caso Mendoza...

Maldigo, cuando cierra la puerta tras ella.

Rodrigo se pone de pie.

- Si no quieres cagarla, comienza ahora... - Me dice caminando hacia la puerta.

¿Qué?

- Con Amanda, imbécil. - Prosigue antes de abrirla y sin esperar a que yo hable.

Se gira.

- Es una mega perra y lo sabes, debes ponerle un punto final a esa obsesión o lo que sea, que siente por tí. Porque, va a cagar tu relación con Vangelis...

- Yo no tengo nada con ella, solo fueron folladas.

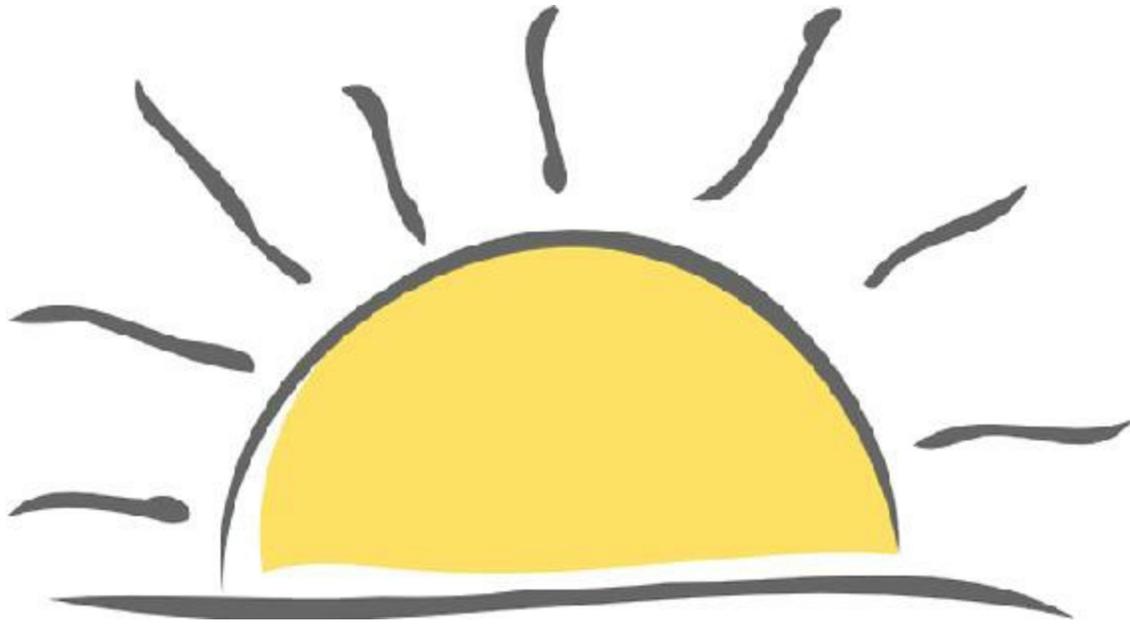
- Pues pásale el memorándum marica, porque ella se cree todavía más que eso...

Rodrigo me deja solo en mi oficina para regresar a su trabajo sentado solo en la fría habitación, con mis propios pensamientos y contradicciones como compañía.

Estos pensamientos que se componen de ojos color café, pecas y ese loco recogido de pelo que adoro.

Tiene razón.

Yo, debo hablar con Amanda...



CAPITULO 60

Yo

Dios.

Tenía tanta hambre.

Con el hospital y centrarnos con Mel en un proyecto de trabajo nuevo de ventas, decidimos que era hora de un bocado en la cantina y que una taza de té ya no era suficiente.

- ¿Plan, para la fiesta?

Estoy escribiendo un sms a mi padre para decirle, que en estos días voy a verlo.

Miro a Mel, saliendo del ascensor.

- ¿Qué fiesta?

- El cóctel de comienzo de verano de *TINERCA* que organiza Herónimo.

La Summer Opening de las T8P.

- ¿*Summer Opening*? - Repetí caminando con ella y abriendo la puerta de la cantina.

- ¡La mega fiesta, Van! - Exclama, detrás mío. - Siempre es un viernes y ese día solo trabajamos hasta el mediodía. - Me guiña un ojo, sonriente. - Para tener tiempo de prepararnos y embellecernos. Se utiliza el gran salón de

convenciones internacionales para ello. Es muy importante amiga. Clientes de otros países, magnates, actores y políticos entre otros acuden.

Me apoyo en el mostrador esperando que nos atiendan, no muy convencida.

Pese a que el comedor estaba lleno de trabajadores, la atención al público no.

- Supongo que asistiré y tendré que pedirle algo a Siniestra. Ella es la que tiene esos vestidos sofisticados y elegantes...

- Hazlo y que sea sexi y con muchos brillos. Tienes que estar caliente para el jefe. Iré antes por tu casa, para maquillarte y ponerte de morir de linda.

Río eligiendo un sándwich de jamón y queso.

Mel me imita.

- ¡Chicas! ¡Qué bueno verlas! - Saluda Andrew apareciendo por detrás del mostrador y poniendo nuestros aperitivos en unas bandejas.

Me mira y sonrío.

- No pasaron por el club, la otra noche...

Mel le hace una muequita.

- Lo lamento Andrew. Van tuvo un percance... - Murmura, eligiendo una magdalena de chocolate con dulce de leche también.

- ¿Estás bien? - La interrumpe, para mirarme con preocupación.

Y su mano se posa ligero sobre la mía, para ponerla nuevamente sobre el mostrador.

Oh mierda...

- Si Andrew, solo fue...un...un... - Sonrío nerviosa mirando para el salón y no ver esos ojos verdes, que me miraban de esa forma especial y rara.

Hasta que mi mundo cae y no pude seguir, hablando.

Ya que, solo salieron balbuceadas.

Porque Hero entra a la cantina acompañado, de esa zorra de Amanda Adams.

¿Él con ella?

Nuestros ojos se encuentran y aunque los de él se oscurecen al notarme, solo nos saluda con un movimiento de cabeza desde lejos, a Mel y a mí.

Él no viene, hasta donde estoy.

¿Captan?

Él no se acerca, para explicarme porque demonios está con ella.

Herónimo sigue como si nada, caminando con ella de su brazo y no vuelve a mirarme más.

Porque toda su atención, está puesta en los que esos labios de color carmín de ella y lo que va diciendo.

Toma asiento de espalda a nosotros en una de las mesas más alejadas y de un rincón.

Para ser precisa.

En la que estuvimos sentados los cuatro, la última vez.

Si el corazón, pudiera romperse.

Como lo hace, el mío ahora.

Les aseguro que sonarían como pedacitos de vidrio o porcelana, quebrándose y cayendo al piso.

Están los dos solos compartiendo un café que el mesero se apuró en servir al jefe, compenetrados en su charla y como si nadie más existiera.

Solo ellos, en el lugar.

Su burbuja.

Y eso, duele mucho.

¿Por qué, me hace esto?

Después del beso de la pelea me dijo que no era nada para él, que no sintió y no significó nada.

Herónimo, me mintió...

- ¡Dios! No lo puedo creer, él es un idiota... - Murmura Mel siguiendo mis ojos, tan sorprendida como yo.

En estas últimas horas que compartí con él, un algo de ilusión nació en mi interior.

Como la vez que cayó a la casa de mi hermana y en esa forma rara y especial que me miró, cuando aparecí después de que tomé mi ducha para cenar. Y aunque no estaba sexi con mi vestido de estampas, me hizo sentir, que lo era. Y hoy con el hospital con Juli, también.

Pero él, no es el idiota.

No.

La idiota soy yo, por creer siempre lo que nunca va ser.

Solo soy su cogida de turno, con algo más de posesión.

Soy la única que lo amo y me odio, por eso.

- Estoy bien, Mel. - Le susurro, por lo bajo.

- ¿Pasa algo, chicas? - Pregunta Andrew, sin entender.

Niego.

- Solo cansancio... - Sonríe mientras le pido un café con algo de leche, mientras escucho despotricar a Mel improprios no propios de una dama,

tomando la bandeja con ira buscando una mesa.

- Toma asiento Van, entonces... - Me dice Andrew con una cálida sonrisa y apretando mi mano otra vez. - ...mi turno termina en 5 minutos. Yo te llevo, el pedido de tu café nena... - Se ofrece.

- Gracias. - Digo caminando hacia la mesa, donde está Mel.

Soy masoquista porque no puedo evitar, no mirar en la dirección donde está Herónimo y la perra lagartona.

Sip.

Esa mezcla de animal existe y la raza se llama, Amanda Adams.

La mano de ella se posa en su brazo y lo baja y sube suavemente.

Carajo, estoy destrozada.

La cabeza me da vueltas y los celos me están matando y sigo, sin dejar de mirarlos.

Observo como noquea a la peliteñida, con esa hermosa cara que tiene.

Ella se deshace a sus pies, es toda suavidad y elegancia con ese vestido azul entallado y corto mostrando por demás, esas kilométricas piernas con tacón aguja.

- Por favor amiga, deja de mirarlos. - Me ruega Mel sin poder evitar ella, dejar de mirarlos. - ¿Quieres que merendemos, en nuestro piso?

Sacudo mi cabeza, tratando de disimular mi tristeza y las ganas locas de llorar que tengo.

- No, no hace falta. Ya te dije Mel, que solo cogemos. Yo...o sea, no tenemos ningún derecho el uno sobre el otro. - Toso mientras juego con una servilleta de papel. - Tú sabes, aunque Hero me dijo que era monógamo cuando estaba con una fémina, yo...en realidad, como que nunca fui buena en ello...

- ¿Parece que el jefe volvió a su viejo amor, no creen? - Levanto mi vista para encontrarme al trío del cuartel de las víboras con bandejas de cafés en manos, mirando con sonrisas maliciosas a Herónimo y a mí.

Las tres, se sonríen entre sí.

- ¡Jódete Marisel! - Dice Mel, a una.

Nos miran desde arriba divertidas.

La tal Marisel, levanta una ceja.

- No querida...precisamente a mí, no me han jodido. - Me mira sin sutileza y con doble sentido.

Quiero levantarme e insultarlas, pero se marchan sin darme tiempo.

Mel toma mi brazo y niega, con su cabeza.

- Déjalas Van. Esperan eso, que reacciones. Creen que solo fuiste una noche para el jefe, pero le cerraras el culo cuando vean que la cagaron y que eres especial para él.

Me acomodo incómoda, sobre mi silla.

- No soy especial ¿Acaso, no lo estás viendo?

Le da una mordida a su sándwich y me frunce sus bonitas cejas oscuras.

Yo miro el mío sin abrir y aún en la bandeja.

Náuseas de decepción, estrangulan mi estómago.

- Que esté con esa culi frunci, no quita que él te ame, cariño...

Quiero reír.

- ¿Culi qué? - Digo, sin poder evitar sonreír.

- Ay por Dios. Si es, una culo fruncido ¿No lo ves? Así le decimos a las de su clase, de donde provengo yo. - La risa de la lagartona se siente por sobre la nuestra, haciendo que miremos hacia ellos.

Amanda ríe por algo dicho por él y con movimientos calculados de su mano, tira de su pelo recogido con una cola de caballo, por detrás de su hombro.

Pura estrategia.

- Vomitivo... - Dice Mel, sin dejar de masticar y rodar sus ojos.

- Pero hermosa. - Finalizo yo.

- Café con crema y ralladura de chocolate. Invitación mía. - La voz de Andrew, suena.

Lo miro de pie frente mío.

Ya no tiene el uniforme de *TINERCA*.

Está vestido con una simple camiseta negra con cuello en V y jeans.

Y suspiro.

¿Cómo no lo conocí antes, del señor oscuro?

Quizás...tal vez...

Su pelo rubio y ondulado peinado de esa forma desprolija y que solo los chicos saben hacerlo, cae por su frente y de una forma casual, cual lo acomoda detrás de su oreja con una sonrisa.

Aunque no tiene toda esa musculatura y altura de Herónimo, posee hombros anchos y cuerpo tonificado.

- No era necesario, Andrew... - Digo avergonzada.

- ¡Claro que sí! - Exclama Mel tomando la taza por mí y poniéndola frente mío. - Le hace falta azúcar, a su sistema urgente. - Sonríe. - ¿Quieres sentarte un rato, con nosotras?

Andrew no lo piensa dos veces y toma asiento a mi lado.

- ¿Sigue en pie la propuesta de los tragos, en tu club Andrew? - Prosigue Mel.

Remuevo mi taza de café con chocolate y la miro curioso.

Andrew, sonrío feliz.

- Desde luego. - Cruza sus brazos sobre la mesa.

Me mira profundamente.

Mierda.

- Mel es semana laboral y Andrew, solo trabaja los fines de semana ¿No lo recuerdas? - Digo, viendo las intenciones de mi amiga.

- En realidad, hoy lo hago. - Dice él. - Un compañero enfermó y me pidieron reemplazarlo, la paga es doble. - Sonríe más. - Hoy es lunes de salsa y latinos. No comienza tarde, pueden venir a escuchar un poco de buena música latina y mojitos cubanos...

- ¿Ves? - Me mira Mel.

- No lo sé Mel...mañana trabajamos...

- Por favor, por favor, por favor amiga... - Ruega tomando mis manos y poniendo esos ojos de perrito mojado. Mierda. - El sábado pasado fue decepcionante y necesitamos distracción...

La miro, como me hace un morrito con su boca.

Y no puedo evitar, reír a carcajadas cuando a ella, se suma la mueca de súplica de Andrew.

Ambos tomados de las manos, tipo ruego.

- Mierda con ustedes ¡Está bien! Pero solo, por un rato... - Mel chilla de felicidad y me abraza haciendo que casi, mi taza de café caiga.

Lo levanto a tiempo y le doy un gran sorbo, gimiendo cuando lo pruebo.

Dios.

Porque es glorioso, con el chocolate.

Cierro mis ojos por otro trago.

Jesús, esto es tan reconfortante.

Pero al levantar la mirada.

Los de Herónimo están en mí y con su ceño fruncido.

Muy fruncido.

Su cuerpo está casi girado por completo en su silla y en mi dirección.

Y me mira lleno de ira y frialdad, con esa postura de amo y señor.

Jódete, Mon.

Ni siquiera, voy a perder el tiempo mirándote.

Me vuelvo a mis amigos y disfrutando de mi taza de café, que me regalaron.

Intercambiamos frases y risas con Mel y Andrew, hasta que un murmullo se levanta en la cantina y empiezo a notar que muchos de nuestros compañeros de otras mesas, miran la nuestra y a la dirección de donde proviene, el motivo de ese rumor.

Y esa sensación ya familiar con esa fuerza oscura, flota en el aire adueñándose de mi piel, provocando que tenga ese dulce escalofrío.

Mierda y mierda.

Porque Herónimo, viene hacia nuestra dirección.

Trago saliva, mientras se acerca y se mueve de esa forma tan suya.

Pasos medidos y profundos.

Y de una forma letal en las que sus caderas, tienen un ritmo sexi y a juego con sus hombros.

Su mirada, no sale de nuestra mesa ni de mí.

Es una visión hermosa.

Y las personas hermosas miran como si conocieran el significado del universo y se divirtieran con nosotros, los simples mortales.

Pero, aunque Herónimo es hermoso y agradable a la vista.

En este momento estoy mirando a un felino oscuro y negro que con cada paso que da, mastica y escupe fuego de la bronca.

Evito seguir mirándolo y me focalizo en Mel, que está boquiabierta y sobre su lengua hay restos de magdalena de chocolate a medio masticar.

Y los aseguro, nada bonito a la vista.

Está congelada y sé, que nuestro jefe está casi en nuestra mesa, porque Mel y Andrew levantan su vista, para adaptarse a su gran altura.

Carajo.

Ni siquiera intento levantar la mía, sigo con mis ojos puestos en mi taza.

- Mel... Andrew... - Saluda, sin disimulo su frialdad. - Vangelis. - Folla mi nombre, al final.

Pero que, hijo de...

Levanto mi vista.

- Señor Mon. - Digo y sé que llamarlo así, lo sobresalta. - Lo invitaríamos a tomar asiento con nosotros, pero su cita lo está esperando... - Digo, terminando mi taza de café.

Frunce más sus cejas, por lo que dije.

- No es, mi cita. - Gruñe.

- Lo que sea... - Respondo.

Inclina su cabeza.

- ¿En serio? - Solo sale de su boca, de forma gélida.

Pero esos labios tan marcados y llenos como bellos, hacen una mueca.

¿De decepción?

Que me importa.

Me estrecha sus ojos de la ira construyéndose en él, mientras acomoda esos lentes condenados de sexis.

- Necesitaría hablar dos palabras contigo, Vangelis. - No es un pedido, es una orden.

- En este momento estoy en mi hora de almuerzo, señor Mon y usted está ocupado con la señorita Adams. Deje su demanda a Lorna y lo cumpliré, bien suba a mi piso.

- Vangelis... - Mastica mi nombre.

Nuestras miradas se desafían y sé, que todos.

Absolutamente TODOS en la cantina miran esto como algo épico, fascinados y sin poder creerlo.

Me da igual.

Vuelvo a mi taza, ignorando su presencia.

Herónimo al final resopla y me da la espalda, lo oigo farfullar por lo bajo pasando su mano por la nuca de forma nerviosa mientras se va.

Busca su saco del respaldo de su silla murmurando algo a la lagartona de Amanda Adams, que se pone de pie.

Va mascullando palabrotas sin importarle, la gente de la cantina.

Yo lo sigo con la mirada mientras salen, pero Amanda se gira y nuestros ojos se encuentran.

Y su sonrisa se dibuja en todo ese rostro perfecto que tiene y tomando con más presión de la necesaria y de forma cariñosa, el brazo de él para rodearlo con los suyos.

Todos en la cantina quedan perplejos, por lo que acaba de suceder con el jefe y conmigo.

Sumando a Andrew y descartando a Mel que retoma como si nada, en comer su magdalena.

Pero mira a Herónimo y luego a mí.

- Niños... - Solo sale de su boca encogiendo sus hombros y mirando a todos en general, en la cantina.

Un sms suena en mi celular en ese instante y aprovecho la charla

entretenida de Mel con Andrew, para verificarlo.

Herónimo:

15:14h - "¡A mi piso, ahora!"

¿Eh?

Levanto mi cabeza de la mesa indignada.

¿Él es, el que está enojado?

Maldito cabrón.

Los celos, mezcla de tristeza aún laten fuerte en mi pecho y ni hablar, de la imagen de Amanda rodeando su brazo de forma más que cariñosa, mientras se iban. Eso estaba en carne viva, en mi mente. Quería decirle a esa perra, que quitara sus manos de mi jefe.

Porque aún, si Herónimo era un dolor en el trasero.

Era mi dolor en el trasero.

No quería, sus babosas manos sobre él.

Pero callé, porque yo no tenía ningún derecho.

Que te jodan Mon, pienso guardando mi celular y sin contestarle.

Recogemos las bandejas vacías y nos despedimos de Andrew, con la promesa de esta noche en el club, volviendo a nuestro piso y retomar el trabajo.

- Él es caliente y lindo... - Dice Mel, una vez dentro del ascensor.

La miro curiosa.

- ...hablo de Andrew. - Me dice, apretando el botón de nuestro piso.

Y tuerzo mi boca para recordarle, a quien quiero.

- Ya sé... - Rueda sus ojos. - ...pero sería una bonita distracción para ti. Le gustas, Van. Lo que digo es que antes de que te conviertas en la sra. Mon, le pongas las pelotas azules de los celos a tu futuro marido.

Me vuelvo hacia ella, con mis ojos asombrada.

- ¡Deja de decir eso! ¡Dios estás loca! - Elevo mis brazos al cielo.

Ríe divertida, cuando otro sms suena y lo saco, del bolsillo trasero de mis jeans.

- Y no voy a usar a nadie y menos a Andrew que es una linda persona, por Herónimo. - Murmuro finalmente, mientras entramos a nuestro piso.

Un segundo mensaje de él y ruedo mis ojos.

Herónimo:

15:19h - “Trae tu culo a mi oficina, rayo.”

- ¡Vangelis, niña! - Me llama Lorna, cuando paso por su recepción.

El sonido de la pedrería de sus pulseras y aros suenan con alegres tintineos, cuando camina hacia nosotras.

- ¿Qué hay, Lorna? - Me detengo.

Su blanca sonrisa se dibuja, en sus labios rojo pasión.

- El señor Mon, te dejó un mensaje. Que subas a su piso 30, bien estuvieras de vuelta.

Maldita sea.

- ¿Y sabes, por qué? - Pregunta Mel apoyando su cabeza en mi hombro, explotando un globo con su chicle.

- Resultado de tu balance trimestral, mi niña. - Dice leyendo la libreta de anotaciones de su mano.

- Bien jugado... - Me susurra Mel.

Sip.

Era verdad.

La única forma, en que suba a su piso.

Puto examen.



CAPITULO 61

Herónimo

¿Me pueden decir, que mierda hice mal?

Seguí la puta recomendación de Rodo, porque tenía razón.

Aunque nunca dejó de ser mi fémica en el periodo que estuvimos de acuerdo en estar juntos y disfrutamos de una que otra mamada después, Amanda merecía y yo necesitaba, una conversación para dar un punto terminado entre nosotros.

Aún no tengo claro, que etiqueta ponerle a la relación que tengo con Vangelis bajo mis reglas vigentes.

Ruedo mis ojos.

¿A quién, quiero engañar?

Si mi nena no me hace puto caso, en nada.

Pero la amo malditamente y si quería que esto, comenzara bien lejos de dudas y con las cosas claras, debía hablar con esta mujer.

Solo quería conversar con ella a solas, pero en mi oficina no.

Sabía que Amanda podía jugarme sucio como lo hizo en la noche de la pelea y aunque hace un par de años dejamos la relación que teníamos de mutuo acuerdo, las mamadas continuaban.

¿Por qué no?

Ya les dije.

¿Recuerdan?

Una mamada, no se le niega a nadie si lo quiere.

Bien.

Y como lo predije, decirle que no a futuros encuentros y solamente un trato profesional le cayó como un balde de agua fría e intentó persuadirme como solo ella, lo sabe hacer.

Sip.

Adivinaron.

Con su lengua.

Y por eso decidí que lo mejor era que la charla se hiciera en público y eso era, en la cantina del Holding.

¿Y por qué, todo salió para el culo?

¿Por qué, me partió en dos su carita y de esa forma triste en que me miraba rayo de sol, cuando entramos a la cantina?

En sus ojos, había destello de disgusto.

¿En serio?

He visto esa mirada en los ojos de mujeres antes, sin ir más lejos en la misma Amanda.

Pero nunca antes de haberlas desechado.

Interesante.

¿Si rayo era todo para mí y lo estaba haciendo por ella, entonces por qué esa mirada?

Y ni hablar de la de odio, de Mel.

Jesús.

En serio, esa muchacha de Rodo da escalofríos cuando quiere.

Aunque morí de ganas de caminar en su dirección y unirme a ellas en su almuerzo tardío, esta conversación debía ser a solas; para preservar a Van de ella.

Conozco a Amanda y ha hecho sin ningún derecho, con mis otras cogidas de molestarlas y hacerlas pasar un mal rato porque a mí, no me importaba.

Ya que Amanda desayunaba féminas mías todos los días, si se lo proponía con su vocabulario mordaz.

Pero Vangelis, aunque es una jodida cabrona, es dulce.

Mi nena, es ingenua.

No debía juntarlas, yo no podía arrimarme a ella con Amanda a mi lado.

Hasta que como un botón que detona mi cuerpo, sentí la combinación de dos cosas que rayo hizo y eran míos, solo míos.

Porque yo, no comparto.

Punto.

Dios santo.

Era su carcajada sincera, para luego su gemido.

¿Pero qué, demonios?

No pude evitarlo y me giré.

Y mi sangre hirvió.

Ella saboreaba su café con Mel y... Andrew, que era el nombre de ese activo mío.

Creo.

La furia bloqueó mi mente y no estoy muy seguro de su nombre, pero de lo que si estoy seguro era que ese rubiecito apuesto, estaba sentado a su lado.

¿Apuesto dije?

Oh Dios...

Él de belleza tipo banda adolescente pop del momento, que miraba con otros ojos a mi rayo.

Y vi a Mel que parecía como si estuviera, incentivándolo.

¿Incentivándolo?

¿A ese One Direction, con mi chica?

Mi culo.

Ya no escucho, lo que Amanda me dice.

Dios, que alguien calle a esta mujer.

Mi mano, posó en mi pecho.

Porque mi sistema nervioso y mi angina de pecho, estaban por explotar.

- Ignórala... - Escuché a Amanda decir apretando mi brazo, por encima de la mesa.

Rodé mis ojos al sentirlo y ni la miré, cuando corrí mi brazo de su contacto, pero sé que le molestó.

Sé, que quería distraerme de mi rayo, de mi mujer.

Sip.

Lo leyeron bien.

Porque jodidamente lo era y verla hablar con él y darle como respuesta por lo que él le dice mordiendo su labio inferior tímida, me descompone.

Niño Jesús.

Tengo que chupar esos labios, bien Amanda saque su culo de aquí.

Y no.

No leyeron mal.

Jodidamente quiero hacerlo y friego mi cara, nervioso con mis manos en solo pensar en ello y aunque me llene de pánico por mi entrega y después, temer por su abandono.

Voy a besarla porque necesito hacerlo y sentir, a mi rayo de sol...

Corro mi silla para ponerme de pie y caminar hacia la mesa de ellos, mientras levanto mi mano como una orden para Amanda, que permanezca sentada en su lugar.

Frunce sus labios en desacuerdo, pero lo cumple.

No me importa.

Lo que me interesa lo tengo frente mío y en otra mesa, compartiéndola con la clonación perfecta de Liam Payne del grupo One Direction.

¡Por Dios!

¿No me miren, así?

No soy marica ¿sí?

Bien.

Sé de esa banda, pero no por ser su mayor fans.

Pero Juli, sí.

Mi muñequita hizo que le regalara todo el Merchandising de la banda, para su último cumpleaños.

Y acá estoy, en mi oficina chequeando mi celular cada dos segundos como un puto adolescente. Ya que no contestó ninguno de mis dos mensajes, que le mandé de inmediato bien salí de la cantina.

Y mi pene, se agita por ello.

Bajo mi vista a mi prominente erección, de mis pantalones.

¿De verdad eso, te excita?

Y mi frente, pega resignado en la mesa de mi escritorio, haciendo un ruido seco.

Cristo querido.

¿En qué, me convertiste?

Joder.

Ejerzo mi control obseso, sobre todas las cosas de mi vida.

Mis T8P, bienes inmuebles, activos, madre, amigos y la forma en manejar los negocios.

Y solo mi pene, no ha recibido ese memo.

Porque la verga egoísta, solo obedece a Van.

Ok, yo también.

Levanto mi frente del escritorio cuando Marcia me avisa por el intercomunicador, que Vangelis está en mi recepción. Cuelgo antes de terminar, su llamado.

Carajo.

Porque mi ansiedad de verla, siempre me puede.

Abro la puerta y mis ojos, la recorren.

Y ahí está mi nena con su nariz respingona arrugada y formando, una constelación de pecas por ello.

Está enojada, del tipo furiosa y le importa tres mierdas, ponerme su peor cara de asco frente a los activos de mi piso.

¿No es linda?

No puedo apartar mis ojos de ella, porque mi rayo maneja la situación y me es imposible evitar, una ridícula sonrisa en mi cara.

Maldición, es sexi cuando se molesta por los celos.

Concéntrate Mon, me dije.

Tomé aire y arqueé una ceja, con mi mejor cara de mierda.

Actitud, modo jefe ególatra y glacial.



CAPITULO 62

Amanda

Showtime, amor...

¡Maldito! ¡Maldito!

Maldito, mi Herónimo...

Sorbo mi nariz con el puño de mi mano mirando mi imagen con maquillaje algo corrido, a través de los espejos del baño del Holding.

- Volviste a llorar por él, Amanda Adams... - Le digo a mi reflejo, intentando con un pañuelo descartable limpiar el rímel corrido, por abajo de mis ojos.

Esa misma mano tiembla, buscando en el interior de mi cartera.

Y grito de frustración.

Que retumba en las paredes por el vacío de personas, por tantas cosas que hay en su interior sin localizar lo que necesito y por ese maldito temblor que cada vez le cuesta más, a mi sistema calmar.

- Solo una... - Me digo a mi misma, al encontrar el frasco y tomando una pastilla de el.

Y lo ingiero con agua del grifo que junto, de mi propia mano.

- Mejor... - Me relajo y sonrío apoyándome más sobre los lavados y cerrando mis ojos.

Pero mi sonrisa se transforma de a poco, en una de tristeza y mis labios a oscilar, por la amenaza a un nuevo llanto por recordar.

- *¡Que no, Amanda!* - Bufo Herónimo.

Sentada de piernas cruzadas para que tenga una mayor vista, de mis infartantes piernas sobre el borde de su escritorio, corre mi mano que apoyé en su pecho para sacarle la corbata y seguir por los botones de su camisa.

Lo observo poniéndose de pie y caminar hacia su ventanal.

Con una de sus manos en la cintura y la otra sobre sus labios, mira pensativo la vista de la gran ciudad que le regala su piso 30.

- Esto, se terminó. - Me dice.

- No hablas de en serio ¿Verdad? - Lo sigo y lo envuelvo por su espalda, con mis brazos. - Cariño...lo nuestro es especial. Ve y divierte con la muchachita. Cógetela de las veinte maneras diferentes como te gusta, sácala de tu sistema y vuelve a mí...

Me separa de él, con un movimiento.

- ¿Acaso, no lo ves? - Acomoda sus lentes. - Jesús ¿No te escuchas? - Me dice e inclino mi cabeza mirándolo.

¿Por qué, me mira con desprecio?

Si él me ama ¿no?

- Amanda, te lo expliqué en la cantina ¡Joder mujer! ¡Qué pasa contigo y valórate un poco!

Mi sonrisa va y viene.

- Hero, amor...

- No hay lo nuestro...y no soy tu amor. - Me dice, gélido. - Amanda... - Vuelve a su escritorio y de un cajón, saca la chequera.

Escribe algo sobre ella y la firma.

El ruido de troquel del papel desgarrándose, suena en el incómodo silencio que nos invade.

- La carpeta con la organización de la Summer Opening, como siempre impecable. - Extiende el cheque, hacia mí. - Esto es lo único, que puedo ofrecerte...solo trabajo. - Resopla. - Nunca te prometí nada, nunca te ilusioné con nada y nunca, te di falsas expectativas o esperanzas.

Muerdo mi labio y retuerzo mi pelo con mis manos que está atado a una cola de caballo.

- ¿Y con ella si?

Suspira pasando su mano por ese pelo abundante de rulos sobre su frente, para despejarlos hacia atrás.

- La amo.

¡Qué!

¿Herónimo, dijo que la ama?

Niego, divertida.

¿Pero él, no me ama a mí acaso?

Y mis pastillas, me llaman...dicen que las busque.

¿Dónde las dejé?

¡A sí!

En mi cartera Versace...

- No, tu solo crees eso, cariño... - Porque me ama a mí.

Solo tengo que dejar que se saque las ganas de ella, como lo hizo con todas las demás y listo.

Porque Herónimo Mon, siempre vuelve.

Siempre...

- Suficiente Amanda. Diré a Collins, que te acompañe al estacionamiento.

- Conmigo estuviste por casi tres años, cariño... - Intento acercarme a él con una mano en el aire para acariciarlo, pero se aleja para buscar su saco de vestir.

¿Se va?

¿Y sin mí?

- Yo conozco tu cuerpo y lo que demandas. Sé... - Bajo mi brazo con decepción, cerrando mi puño y apretándolo con fuerza mis dedos por su rechazo. - ...como satisfacer cada centímetro de el...

Te rechazó. Te rechazó. Te rechazó. Y él nunca, te rechazó antes. Mi mente repite.

- ¡Santo Dios, Amanda! ¡Solo fuiste una fémica más, maldita sea! ¡Cogíamos y me acompañabas a fiestas mujer! Y cuando quisiste más...eso, se acabó. Después no hubo sexo, solo mamadas que tu buscabas, para mi placer... >>

Suaves golpes discretos de puerta, me despiertan de mis pensamientos.

- Señorita Adams. - La voz de Collins, me llama. - ¿Se encuentra bien?

Siempre, lo odié.

Hombre metido e impertinente para todo, con mi Herónimo.

- ¡Si! ¡Un momento por favor, Collins! - Simulo tranquilidad y dulzura.

Jamás le agradé, al igual que ese otro viejo metiche y desagradable de Marcello.

Sombras protectoras, de mi amor.

De mi gran amor...

Sus tres mosqueteros con Grands y el D'Artagnan no menos importante, Rodrigo Montero.

Aspiro mi nariz, alisando mi ceñido vestido azul y exhalando con fuerza, para recuperar algo de color natural de mi adorable rostro.

La pastilla, ya está haciendo efecto.

Paz...

Abro la puerta del baño para encontrarme, con la presencia de Collins implacable.

Imbécil.

- Tomaré un taxi. No te preocupes... - Digo con mi mejor postura de mujer y diva.

Porque lo soy.

- Entonces la acompañaré hasta la entrada, señorita Adams. - Y antes de que proteste, me invita a seguirlo con cortesía.

Mis filosos tacos de casi 15cm suenan con cada paso que doy, en el fino piso de porcelanato europeo del Holding de mi amor.

Porque Herónimo Mon, es mi gran amor.

Y no, de esa.

Nunca, lo va a ser.

Nunca...

En el exterior se limita solo a saludarme con un movimiento de cabeza y se gira sobre sus pies, al interior nuevamente.

Púdrete, Collins.

Púdrete, Marcello.

Púdrete, Rodrigo.

Púdrete, Grands.

Y púdrete chica estúpida y de nombre más estúpido, Vangelis...

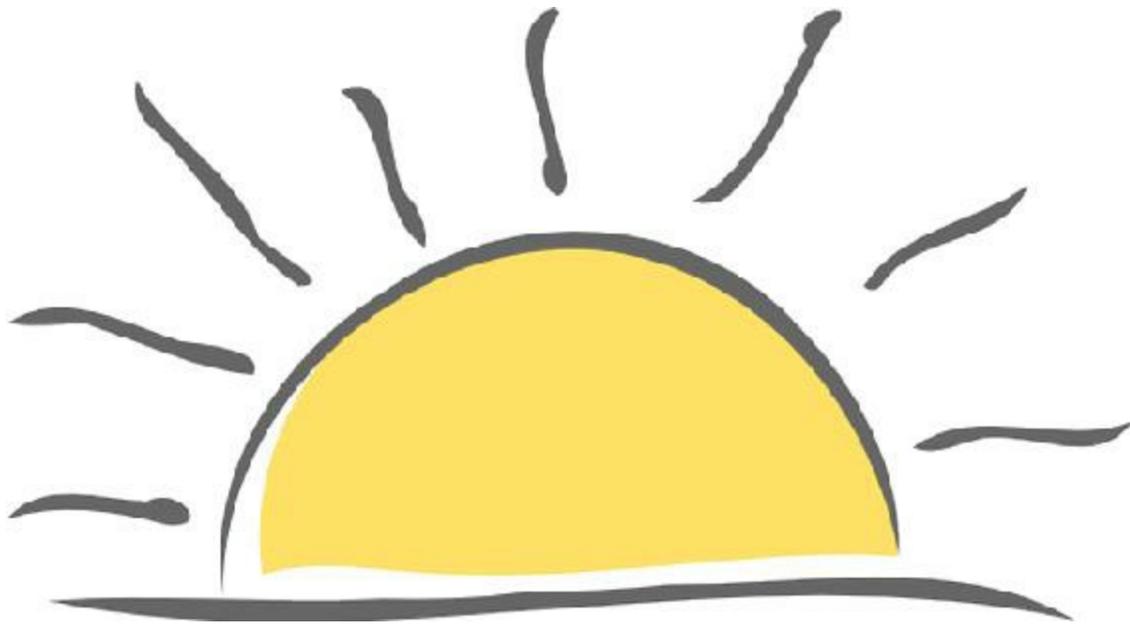
Te amo Herónimo y pronto, te darás cuenta de ello.

Camino arreglando mi hermoso cabello y mi cuerpo se sorprende deteniéndose, ante la puerta de un coche abriéndose de golpe para mí, sobre la acera.

Es negra.

Una limousine, invitándome a subir.

¿Eh?



CAPITULO 63

Yo

Bajo la mirada freezer que Marcia me daba desde el otro lado de su mesa de recepción, la puerta de su oficina se abrió con él detrás.

Su escaneo a mi cuerpo común ya por Herónimo, me recorre.

Se apoya en el marco de la puerta con su media sonrisa estúpida y condenadamente hermosa de *Señor. Todo. Poderoso.*

Me hace espacio para que entre primero y acomoda sus lentes dando una mirada rápida y glacial al piso y en su recepción que está lleno de empleados y algunos clientes, que miran con mal disimulo.

Flota cierto silencio e intercambios de miradas, por nosotros.

- ¿Tengo que mandar una puta notificación a cada uno, para que sigan trabajando? - Su tono es suave, pero amenazante.

Y al momento el bullicio normal de oficina, abrumba el lugar y todos reanudan sus quehaceres.

Cierra la puerta y camina desabotonando su saco de vestir, cuando pasa por mi lado sin mirarme.

Solo extiende su mano ofreciéndome, la silla frente a él.

Carajo, porque está a modo negociación.

Tomo asiento mirando como se aclara la garganta, se sienta y busca algo de sus cajones.

Para sacar, una carpeta delgada y transparente.

La pone sobre su escritorio y desliza hacia mí con su mano.

Aún no me habla y lo miro curiosa.

- Tu resultado del Balance trimestral. Corregido y entregado, a fecha. - Solo dice.

Mi corazón golpea.

¿Era verdad?

Santo cielo.

Entre mis manos tengo la opinión personal y con la firma del mismo Herónimo Mon, en un parcial de trabajo mío.

El de una simple, estudiante.

Lo abro para leerlo y lo miro, esperando que diga algo más.

Pero nop.

Nada.

Se limita a escribir por su laptop y responder un par de llamadas telefónicas de Argentina y Francia.

Llaman a la puerta.

Y Marcia entra y sigue la dirección que señala la pluma de Herónimo, a donde estoy.

Deja frente mío una gaseosa, un jugo de naranja exprimido y un café con crema y ralladura de chocolate, igual al que me obsequió Andrew.

¿Cómo lo supo?

Va hacia Herónimo y su sonrisa nace para nuestro jefe, mientras le deja una taza de café negro.

¿Otro más?

Y arrugo mi nariz, pensando si almorzó.

Ya que en la cantina con la lagartona, se limitó a tomar esa mierda de infusión.

- No sabía, que podías querer... - Gruñe sin levantar su vista de unos papeles y dando un sorbo a su taza de café, como si nada.

Mitad oso de peluche y mitad bastardo, pienso para mí.

No voy a reír.

- Con el jugo... - ¡A ti maldita sea quiero! - ...está bien. - Digo, volviendo a la parte final de mi resumen para leer lo importante, su opinión.

Y mis ojos se agrandan, ante la sorpresa de su nota.

Los elevo a él, antes de leerlo por segunda vez a su escrito final con puño y letra personalmente, y no por una máquina.

Y lo atrapo, mirándome profundamente.

Pero su mirada vuelve a su lectura y tose, para disimular.

- Yo...no sé, que decir. - Balbuceo, sin poder creer.

Herónimo eleva sus brazos para apoyar sus codos en su mesa, posando su barbilla en sus manos.

Frota su labio inferior, mirándome.

¿Cristo, porqué lo hiciste tan hermoso?

- Tu resumen, fue brillante Vangelis. - Me dice con voz neutra, pero postura rígida.

Su mandíbula cuadrada y de rostro perfecto, no gesticulan movimientos extras.

No es fingido.

Herónimo dijo que iba ser implacable con la devolución, sea positiva o no.

Y yo suspiro y agradezco, por ello.

- Personas que levantaron conmigo las T8P, podrían haberlo hecho. Gente que hace una década manejan el marketing y la logística comercial de *TINERCA*... - Esos ojos de color raro, destellan dentro de su oscuridad.

¿Admiración?

- ...siendo una novata eres certera, ya que tuve que guiarme por archivos de años atrás, para cerciorarme de tus comparaciones de parábolas y justificativos por escrito. Y tu opinión personal, para aligerar las ventas de acero inoxidable comercial Inx. extra suaves y los no ferrosos, es excelente.

- Yo...gracias. - No sé, que decir.

- No hagas eso. Es merecido. - Tose, haciendo un contacto visual ligero conmigo.

Y el silencio, nos invade.

- Yo creo, que debo volver a mi piso. - Murmuro, corriendo mi silla para ponerme de pie con carpeta en mano.

- No he terminado, Vangelis. Deja tu culo quieto, en esa silla. - Me ordena.

Y le entrecierro los ojos, tomando asiento de nuevo.

- El Balance, ya me lo entregó... - Le digo y se pone de pie y sin dejar de mirarme, se quita el saco y lo cuelga en su respaldo.

Saca los gemelos de cada puño mientras va y viene del ventanal a su sillón pensativo y yo solo me limito a mirarlo desde mi lugar, tratando de descifrar en que, demonios está pensando.

Se había arremangado las mangas de su camisa en algún momento, dejando desnudos sus musculosos brazos llenos de tinta de sus tatuajes.

Levanto mi mano, para mordisquear mi pulgar de los nervios.

Me mira.

- Detente. - Me dice. - No...hagas eso, por favor... - Señala, mi pulgar en mis labios.

Suspira apoyando en su cuerpo en un mueble, cruzando sus piernas.

- Hoy, con Amanda...

- ...no debes explicarme nada, Herónimo. - Lo interrumpo, apretando la carpeta contra mi pecho. - Aunque no he sido la mejor con eso de tus reglas y como tal descubrí... que no me beneficio de los arreglos, que estuvimos de acuerdo. - Reflexiono. - Como yo lo veo, es mejor dejar las cosas así... - Levanto mis cejas, con sonrisa maliciosa.

Que se vaya, al demonio.

Frunce su ceño.

Descruza sus piernas, para cruzar sus brazos.

Y me mira serio.

Muy serio.

- Lo que viste en la cantina, no es lo que imaginas rayo... - Mi sangre se coagula de la bronca y mis dientes rechinan de la ira, mezcla de los celos que no debo y me empiezan a colmar.

- ¡Estoy harta de tus cromosomas XY posesivos y bipolares de mierda, que tienes! - Grito.

Su mirada se estrecha, pero cierto brillo ilumina esos condenados ojos.

Creo que quiere reír y eso alimenta más, mi enfado.

- Nena...esa boca... - Me regaña suave.

A la mierda, que le den.

Me pongo de pie, alzando mi índice.

- ¿Sabes qué? Tengo una boca sucia, pero la utilizo para hacer el bien y no lastimar, porque me gusta recibir eso también. - Miro el suelo, negando. - Y esto, no me está haciendo bien.

- Van... - Su tono, me hace levantar mi vista.

No hay frialdad ni orden, en ella.

¿Preocupación?

- Herónimo intenté...yo lo intenté, realmente. - Susurro con las manos al aire.

Doy un paso hacia atrás.

- Traté de respetarlas...siendo la que sigue de tu lista de tus cogidas, pero...

Niega.

- Vangelis, joder. No entiendes... - Da un paso, hacia mí.

¿Qué, me quiere explicar?

¿Acaso porque soy testaruda, una quinta regla tal vez?

Lo detengo con mi mano frente a él y calla.

Y sus ojos se abren sin entender, cuando sonrío de la tristeza.

- Si lo entiendo...- Me encojo de hombros.-...deja que termine ¿si?- Mi voz tiembla y es baja.

Sus cejas se bajaron y sus ojos, consiguieron esa oscura intensidad tan suya.

Es tan sexi cuando escucha algo, que no le gusta.

- En el parque, me dijiste que Amanda... - Mierda. Decir su nombre descompone mi estómago. - ...no significaba nada para ti, como ese beso y te creí... - Suspiro. - ...y solo pasa un maldito día y te veo con ella del brazo. - Lo miro. - ¿En el Holding? - Lágrimas pican mis ojos y se escapa una, cual la limpio con el dorso de mi mano con bronca. - ¡Me ignoraste! Sé que no debo enojarme por ello por solo ser tu fémica, pero...

- ¡Ella no significa nada para mí, maldita sea! - Me grita.

Su voz fuerte y ronca resuena en toda su oficina y podría apostar, que sobresalió hasta los límites de la recepción.

- Rayo, no llores... - Gime. - ...ella es, la organizadora de planes de mis galas. Yo...olvidé de la *Opening Summer*. Amanda viene con ese proyecto, de meses. Rayo...tenía cita con ella hoy, estaba agendado...

- ¿Cita? - Dios, es mucho peor.

¡Ella trabaja todavía, para él

¿Y después de lo sucedido, en la noche de la pelea?

Y los celos agotaron, mi paciencia casi inexistente.

El gris prisión y a rayas no te va Vangelis me repetí, liberándome de las ganas locas de asesinarlo.

Y un grito de frustración, salió de mi garganta.

Lo necesitaba y lo hice.

Y apostaría que también, se escuchó en todo su piso 30.

- ¡Me voy! - Chillo, encaminándome en dirección a la puerta.
- ¡No terminamos de hablar! - Me gruñe.
- Para mí, está todo dicho. - Me giro. - ¿No tienes que volver, con la lagartona?

Hero está callado escuchándome y por mi reacción, se está haciendo a fuego lento y sé que, en algún momento perderá el control cual bomba termo nuclear.

- Eso fue en la cantina y por la fiesta ¡Eres cabezona, mierda! - Bufa entre dientes.

- Lo que sea... - Apoyo la mano en la puerta.

Y su risita se siente, en mis espaldas.

- ¿Celosa?

Maldito cabrón.

- ¡Que te den, Herónimo! - Le digo por sobre mis hombros y mirándolo de forma odiosa.

- ¿Te anotas? - Responde arqueando una ceja.

Putá voz sexi.

- ¡Cerdo!

No podía estar sola con él y en el mismo espacio de trabajo.

Hoy no.

Me haría entrar en pánico, literalmente un ataque a gran escala que me cortarían la respiración y necesitaría una bolsa de papel para respirar.

No podía contra él y sus hermosos ojos de tono noche protegiendo los suyos naturales que hacen que mi cuerpo calentara, por todo tipo de pensamientos inapropiados e impuros.

Empezó a jalar su corbata para luego con un tirón, sacarla y tirarla sobre el respaldo de un sillón blanco de un extremo.

- Carajo Vangelis. - Resopla desabotonando los dos primeros botones de su camisa, mostrando parte de ese caliente pecho musculoso.

Libido basta.

Me pateo, mentalmente.

- Esto no está saliendo, como lo pensé... - Niega confuso. - ...nena sobre las reglas...yo quería decirte, que...

- No, por favor... - Ruego interrumpiendo y negándole que se acerque a mí.

Si lo permito y en la forma en que la curva de sus labios con ese tono me habla, me iban hacer querer tocarlos con los míos.

Apoyo mi mano en el picaporte, para abrirla.

- Hoy no Herónimo, no me siento bien y todo es muy raro, para los dos...

- Eres perfecta, para mí. - Se acerca, cuando entreabro la puerta.

El bullicio y los sonidos de la recepción, inundan su oficina.

Se detiene, bajando su mirada a la mía.

Y acaricia mi barbilla con un dedo, para luego mis labios.

- Yo, no lo sé... - Respondo a lo que dice, rechazando su contacto.

Claro que lo sabía, pero él no.

Porque lo amaba con mi alma.

Pasa sus manos por su riguroso peinado, provocando que parte de sus ondas y rulos rebeldes color avellana de su pelo, se suelten por los costados y su frente.

Mira el techo y se saca los lentes, para frotar sus ojos cerrados.

Permanece así por un rato, luego exhala y deja caer sus manos hasta sus caderas, bajando sus ojos al piso.

Se siente culpable, porque ni siquiera puede mirarme.

Dulce Jesús.

Quiero darle una bofetada para luego besarlo y sin estar conforme, probablemente derribarlo contra ese sillón blanco a metro y medio de él; para tomar todo su cuerpo con más detalle.

- Tu.Eres.Mía... - Dice al fin, con voz ronca y glacial.

Para siempre, Herónimo...

Contesto en mis pensamientos, mientras salgo por la puerta sin observar a nadie, pero con todos en ese piso, mirándome.

Camino en dirección a los ascensores dejando un Herónimo, tan atónito como yo y de pie observándome.

Entro al ascensor sola y aprieto el botón de mi piso.

Y entonces.

Jodidamente lloro tapando mi rostro con la carpeta de mis manos, cuando las puertas se cierran.



CAPITULO 64

Herónimo

- ¡Pero qué demonios! - Grito en el piso 17 y por encima del box de Mel. - ¡Todo el mundo, fuera! - Ordeno a los pocos empleados que quedan en el lugar, en la hora de salida. - ¡Tu no! - Señalo amenazante a Mel, quien amaga en recoger su cartera y abrigo.

Se encoje de hombros tomando asiento de nuevo y haciendo un globo gigante violeta con su chicle.

¿Dios, qué tiene?

¿La edad de Juli?

Rodrigo entra al piso en busca de Mel y abre los ojos con sorpresa por mi presencia y las de los empleados por abandonar el recinto con apuro, a excepción de Mel y Collins.

Pregunta algo a este no sé bien qué, porque mi cabeza está en la pantalla de mi celular.

Carajo.

Onceava vez, que el número de Vangelis me manda a su correo de voz.

Pequeña cabrona.

Maldigo para mis adentros, por haber dicho a Grands que se volviera a su

edificio, cuando ingresamos y no estuviera con ella para vigilarla.

¿Pero cómo, maldita sea iba a suponer que esta, condenada mujer se iría así?

¿Y sin mí?

- ¿Qué cagada, te mandaste? - Me pregunta Rodo acercándose a nosotros curioso, en su castellano argento perfecto.

Resoplo mirando el techo.

Jesús, dame paciencia.

- Tu amigo se paseó, con Senos.De.Plástico Amanda Adams, por el Holding y Vangelis los vio en la cantina. - Exclama Mel, mirándome. - Y el muy idiota, la ignoró.

- La estaba resguardando de Amanda. - Le gruño.

Se pone de pie, con las manos en las caderas.

- ¿Resguardando? Vino echa una magdalena al piso, de llanto Herónimo ¿Qué pretendías que hiciera?

- ¡No dejarla ir, carajo!

- ¡Si serás un come mierda jefe! - Cruza su cartera por el cuerpo, tomando su abrigo con bronca y me señala con el en mano, de forma amenazante. - Estaba lastimada, por ti. Hice lo que tenía que hacer. Decirle que se fuera a descansar, con el permiso de Áaron.

- ¿Áaron? - Engullo con bronca, ese nombre. - ¿Áaron? - Repito. - Yo soy su jefe ¡Yo doy permiso!

Mel pide ayuda con la mirada a Rodo, de forma exasperante.

Y suspiro, intentando controlar mi mal humor.

- ¿A su departamento? - Digo.

Levanta ambos brazos al aire.

- ¿Dónde, si no? Y no soy estúpida, sé de la presencia de Gaspar. - Señala con su barbilla, a Rodo. - Le pedí a Rodrigo, que la llevara.

Me giro hacia él, frunciendo mi ceño.

- ¿Vienes de su departamento?

Mira a Mel y luego a mí.

- Sip.

- ¿Y por qué diablos, no me lo dijiste?

- Oye, no me mires así. No sabía de ese encontronazo contigo. Solo me dijo que estaba descompensada y le creí. Créeme, esa chica se sentía mal. Pero quédate tranquilo hermano, Grands estaba allí cuando llegamos y con un grupo de hombres.

Re mierda.

- Esa gente, es un equipo de seguridad para la instalación de ella... - Gimo, frotando mi frente con la mano. - Dime por favor, que no los vio... - Lo que falta, para que termine de odiarme.

- No. - Responde envolviendo con un brazo, los hombros a Mel.

- No te preocupes, sus ojos en compota de tanto llorar no se lo deben haber permitido. - Replica Mel con sarcasmo.

Le estrecho los ojos.

- Jesús mujer, yo no envidio al tipo que termine contigo. - Murmuro.

- *Touché* jefe... - Mel muerde su labio, para no reír.

Rodrigo aclara su garganta y también intenta no sonreír, pasando una mano por su nuca de forma divertida y ladeo mi cabeza para observar a ambos detenidamente y ver, como la mano de Rodrigo acaricia con ternura el hombro de Mel.

Pero mi sonrisa, se dibuja.

Joder, ya era hora.

Los abrazo a los dos al mismo tiempo, sin poder evitar dar un golpecito de cariño a la cabeza a mi mejor amigo.

Porque mi hermano se merecía todo y la extravagante como extraña Mel, también.

- Que bueno, saber esto. - Murmuro sonriendo muy feliz.

Pero me separo de ellos, acomodando mis lentes y retomando la marcha.

Mel se ruboriza y apoya su cabeza, en el pecho de Rodo.

- ¿A dónde vas?

Camino en dirección a la salida con Collins y sin detenerme, digo.

- Al departamento, de mi mujer.

Y sonrío más al escucharme decir eso con voz alta y clara, entrando al ascensor.

Carajo.

Porque se siente malditamente bien, esas dos palabras en mi boca.

Mi mujer...



Ordeno a Collins que permanezca en el coche, mientras subo las escaleras del edificio de entrada de Vangelis.

Un guardia de uniforme, abre la puerta principal por mí.

Bien.

Tomo nota mental, de felicitar a Grands más tarde.

Me detengo, frente a la puerta de su departamento.

Demonios.

Porque todo esto me tiene fuera de juego y sintiéndome extraño, ya que yo nunca hice esto antes.

¿Yo perseguir y luego rogar, a una mujer?

Si, si...ríanse de mí.

Lo merezco.

Tomo dos respiraciones, mientras golpeo la puerta.

Y JODER.

- ¡Oh Dios! - Gimo cuando abre la puerta y la veo. - ¿Coletas? - Le digo cuando paso y me estrecha los ojos por ello.

No me importa.

- Nena...por favor... - Un ruego, me sale.

Doy dos pasos hacia ella de nuevo, como en mi oficina.

- No, te atrevas. - Y como en mi oficina, me detiene.

Por eso deposito mi culo en la silla más próxima, dejando escapar un gruñido.

Así que espero...silencioso y dócil, por una vez en mi vida.

Jodido Dios.

Vangelis lleva coletas de cada lado de su pelo y aunque mi rayo es un caos.

Un completo caos con ojeras y ojitos rojos e hinchados por llorar, es la visión más hermosa y caliente para mí.

Quiero estrecharla contra mis brazos y hundir mi nariz, en su pelo e inhalar su perfume a sabia y flores y no dejarla ir.

Quiero decirle que la amo y por una buena vez, expresar mejor de lo que quise decir en mi oficina.

Lo que siento por ella y no cagarla, como lo hice.

Soy muy malo en ello, como podrán ver.

Que sepa lo importante que es para mí.

Porque ella, es mi vida.

Y que piense, en todo lo que le iba a decirle.

Mi vista la recorre y otro gemido se me escapa otra vez, poniéndome de pie.

- Carajo, dame un respiro... - Suplico.

Ya que también quiero decirle, que se ponga sujetador.

- Por Cristo, tus pezones... - Le susurro.

Porque rayo de sol malditamente no los lleva puesto, bajo su remera clara.
Que como botoncitos se dibujan y transparentan bajo el.

Mierda.

Un pensamiento más de lamiéndolos y acabaría entre mis pantalones.

Su ceño se frunce y mira sus pechos, arruga su nariz llena de pecas y golpea mi brazo ruborizándose y se tapa sus dulces pezones con sus manos.

No puedo suprimir, una risa.

Lo sé, condéñenme.

Pero esa ingenuidad, me puede.

Maldita sea, la amaba más todavía.

Cierra la puerta y se apoya en ella con una pierna doblada hacia esta, como una cigüeña.

La miro y ahogo otra risa, porque la hace ver muy bonita.

Blanquea sus ojos.

- ¡Dios! ¿En serio eres realmente, el mega obseso y déspota empresario, de las T8P? - Me pregunta de mala gana.

Río, con más ganas.

Suspira.

- ¿Herónimo, por qué viniste?

- Te fuiste mal del Holding, nena. - Camino por el departamento poniendo mis manos en los bolsillos de mi pantalón, como si nada. - ¿Por qué no me dijiste?

- ¡No eres, mi dueño! - Chilla.

- ¡Eres mía! - Gruñí.

- ¿Me hubieras dejado venir a casa?

No, claro que no.

Pero no era momento de admitirlo, cuando me mira como a punto de saltarme a la yugular.

Linda.

Limpio una pelusa imaginaria, de la manga de mi camisa.

- El Blustery es un edificio seguro, ya te lo dije. Te hubiera llevado al Pen personalmente, para poder cuidarte nena...

Y es el jodido cielo, ver su labio inferior mordido por sus dientes, para contener su enfado creciendo por mí.

Me da ternurita, en el fondo.
Estamos mirándonos, uno frente al otro.
No aflojes, Mon.
Porque esto, recién comienza...



CAPITULO 65

Herónimo

- ¿Esta noche, cenas conmigo? - Suelto tranquilo.

No quería precipitar, las cosas.

Quería llevarla a casa, aunque ya estaba bajo mi radar de protección y por eso había accedido a quedarse conmigo unos días hasta que se aclare lo de Gaspar, que sé que todo se fue a la mierda con nuestra discusión de esta tarde y a eso súmenle.

Y acá me detengo, a rodar mis ojos.

Su “no lo sé...y que está confundida.”

¿Qué no sabe, que es perfecta para mí?

¿En serio?

Mi culo, nena.

Por eso debía ir despacio, tantear el terreno y una cosa llevaría a la otra.

Bien.

- No. - Me dice, sacudiendo su cabeza.

- ¿Y por qué no? - Pero que atrevida.

- Tengo que ducharme. - Se encoje de hombros.

- ¿Y luego qué?

- Voy a la cama. - Dice, caminando a su habitación.
La sigo.
- Mentira. - Digo.
- Tienes razón, tengo planes.
¿Qué?
¡QUÉ!
Oh mierda, mi angina de pecho.
- ¿Con quién? - Gruño.
- No te lo voy a decir, pero definitivamente, tu no. - Entra al baño, para llenar la bañera.
- Auch... - Gimo con burla, llevando mi mano a mi pecho. - ...eso dolió. -
Le susurro.
- Bien. - Dice sonriendo complacida, mientras mira su reloj pulsera. - Es tarde y debes tener un millón de cosas que hacer. Un empresario como tú, dueño de ocho metalúrgicas y con una fiesta de apertura por venir... - Hace que piensa, mientras suelta sus coletas.
Y niño Jesús, porque sus tetas se vuelven a ver bajo su remera.
Tranquilo amigo, consuelo a mi pene.
- ...no sé ¿Verificar las invitaciones? ¿El catering? ¿Juntarte otra vez, con Amanda? ¿Un ETS que propagar? - Suelta cínica.
Dios, me encanta cuando está en perra.
- ¿Por qué? ¿Estás abierta a los negocios? - Arqueo una ceja sugerente.
- ¡Que te jodan, Mon!
Ya la mierda su enfado y a la mierda, mi dócil paciencia.
Yo no soy dócil.
Yo no soy, paciente.
Punto.

YO

Mi cerebro manda miles de órdenes, a mi sistema nervioso y a mi cuerpo.
Resiste, cómelo a besos, pelea, acéptalo, dale un rodillazo, perdónalo.

Mierda.

Vino como amo y señor a mi departamento.

Sé que no pasó nada con Amanda.

¿Qué podía hacer?

Era su trabajo.

¿Pero qué hago yo, con mis celos?

Dicen que los celos y rascarse, es cuestión de empezar ¿no?

Pero la mega lagartona y babosa Amanda Adams, estaba al acecho y ella sabía, que yo era solo una fémina más.

No, la novia de Herónimo.

No, su mujer.

Solo una simple chica sin muchos atributos físicos y compitiendo con semejante Barbie ejecutiva, de tamaño y vida real.

¿Cuánto transcurriría hasta que un hombre como Herónimo Mon, se cansara de mí?

Sus acuerdos eran por temporada y él, podría volver a caer en sus brazos o mejor dicho, entre sus piernas.

Como siempre, lo hizo...

Ya que ella, cumplía con todos los requisitos para ser una buena compañera sexual.

Yo no.

Porque cometí el error, de enamorarme de él.

Y eso es apego emocional para Herónimo y el peor de sus demonios.

En una palabra.

Mi amor para él, tenía cola y estridente.

Por eso necesitaba distancia o tiempo, ya no lo sé.

Porque jodidamente, no creo en eso tampoco.

Hero hacía toda esa mierda hermosa y hartante de personalidad que tiene y hace que dependa de él absolutamente.

Por mi cuerpo traicionero hacía lo que ese hombre, de belleza helénica deseara.

Y abrí la puerta, sin pensar en encontrarlo frente mío.

Luisito el conserje, me dijo que el edificio fue comprado recientemente y su nuevo dueño, estaba haciendo nuevas inversiones y entre ellas; la seguridad.

Eso era bueno, la zona era tranquila pero la puerta principal daba asco.

Siempre rota y, por ende, sin llave y con el acceso fácil a cualquiera.

Como es el caso del hombre que tengo frente mío, ahora.

Gruño.

¿Cómo diablos hizo para ingresar, con el hombre de seguridad abajo?

Y algo me dice, que no indague mucho.

Había olvidado que solo llevaba una vieja remera clara y unos pantaloncitos cortos de entrecasa, iba darme una ducha para la salida con Mel

que en breve vendría para alistarnos.

Cuando mencionó mis pezones, me sonrojé y le golpeé el brazo, poniendo los míos alrededor de mi pecho para cubrir mis chicas.

Era un cerdo.

Sentí su risa detrás de mí, cuando me dirigí a mi habitación.

Porque necesitaba alejarme de su radio de atracción sexual.

Pero no pude evitar echar un vistazo de él, cuando me miró desde la puerta del baño.

Aún tenía sus ojos sobre mí, con su maldita sonrisa hermosa y perversa el bastardo, disfrutando de mi incomodidad.

Pero cuando me giré para discutir con él, me sorprendió acorralándome.

Sus labios se pegaron en mi frente y sus brazos rodearon mi cintura, mientras sus manos se abrieron en mi vientre y todo mi cuerpo reaccionó a él y a su calor.

Mi hogar.

- Déjame entrar... - Susurra en mi oreja y acariciándola con suavidad, con su nariz.

- Ya estás, en mi casa. - Puedo alcanzar a decir.

- No me refería a eso. Me refería a ti, nena...

Y sus manos comenzaron a descender, siendo desgarradoramente sensuales y demandantes.

Odio mi cuerpo cuando jadeo de placer por su contacto, pidiendo más de él y sintiendo mi braguita húmeda por ello.

Quiero ser fuerte y respiro hondo.

Estoy a punto de gritar, porque sigo molesta.

Pero entonces hace dar vuelta mi cuerpo y me empotra, contra la pared.

Mi cuerpo choca con los azulejos color natural, haciendo que apoye mi mejilla en la fría superficie.

Con una de sus rodillas separa mis piernas, mientras toma mis manos y las eleva, por sobre mi cabeza.

- Quieta. - Me ordena. - Si las bajas, me enojaré ¿Entendido, rayo de sol?

- Si. - Jadeo rendida.

- No obedeciste... - Dice besando mi cuello y buscando algo del bolsillo de su pantalón.

Jesús.

¿Polvo castigo?

La sedosidad de una tela acaricia mis muñecas unidas, por el agarre de su

mano.

- Oh Dios... - Gimo al ver que me ata las manos con una suave presión, con la misma corbata de seda negra que se sacó hoy, cuando discutí con él en su oficina.

Y la comprobación de su atadura, roba otro jadeo mío.

Me mira por sobre sus pestañas y con su media sonrisa de lado.

Señor.

¿Cómo podía, excitarme tanto esto?

- Shuu... - Gruñe besando mi nuca, mientras sube mi vieja camiseta por encima de mis pechos y dejándolos al descubierto.

- Esto, es mío. - Dice apretando mi pezón para que grite por el dulce dolor. - Nadie los puede ver ¿Entendido? - Toma su tiempo en besar y lamer, cada uno de mis hombros con ternura. - De ahora en adelante, sujetador nena...

Una de sus manos baja por el contorno de mi silueta y cierro mis ojos por el contacto de ella cuidada pero callosa, por los entrenamientos y luchas en el ring.

Toca mi entrepierna y un grito ahogado sale de mí, mientras desabrocha y baja la cremallera de mi short como la prenda, de un movimiento para terminar en el suelo y entre mis pies.

- Dije, silencio amor... - Me recuerda, dando en mi trasero una suave nalgada.

Y su escozor me pica, pero es una descarga eléctrica para que despierte mi libido para él.

- Joder, si... - Exclama al tocar mis bragas y sentir las mojadas.

Mi respiración entrecortada empaña el azulejo donde mi mejilla está apoyada y aunque nuestros jadeos, inundan el pequeño espacio que es mi baño, escucho la cremallera de su pantalón bajándose.

Abre más mis piernas y el tacto de sus dedos por dentro de ellas acariciándome, hacen bajar involuntariamente mis manos atadas.

- Dije arriba, mi rayo. - Me recuerda con otra nalgada.

La acaricia, por sobre el dolor.

- ¿Estás bien, nena? - Murmura bajando lento hasta mi trasero, para besar con su lengua esa zona con ternura. - Levanta un pie y sostente en mi hombro... - Ordena para despojarme de mi pantalón y cumplo, ayudándome con un pie y luego el otro él.

Se incorpora con sus manos recorriendo, la longitud de mis piernas y muslos hasta la unión de ambas.

Suspira largamente.

- Eleva tus brazos nena porque es un polvo castigo, no caricias a mí... -
Dice suave y yo, trago saliva.

Se pega a mi espalda y el calor de su dura erección ya fuera de su pantalón, golpea mi espalda.

Rodea mi cintura nuevamente con una mano y corriendo a un lado mi braga, para posicionarse en mi entrada y ambos jadeamos al sentirnos piel con piel.

Carne con carne.

- No vuelvas a bajar los brazos o este polvo, será peor...

Dios Bendito.

Solo asentí, no podía hablar.

Mi garganta estaba áspera y seca, por mis jadeos y el deseo.

Aunque odiaba que mi enojo huyera a cualquier rincón de mi mente y pusiera un cartelito de no molestar.

Detestaba, conformarme con esto.

Porque yo, quería todo de Herónimo.

Los dos exhalamos con fuerza, mientras se empuja dentro mío.

- Se siente, tan bien... - Murmura entre dientes, comenzando a moverse amoldando su gran tamaño en mi interior.

Seguido a besar mi nuca, con besos suaves y lentos.

Su brazo me envuelve y su mano es ternura y caricias, por sobre mi cuerpo ya algo sudado anunciando mi excitación.

Pero cuando su hambre se hace cargo, sus embestidas en mi interior empiezan a ser crudas y fuertes.

Y yo, me descompongo del placer.

Mis piernas flaquean y Herónimo lo siente, aprisionando más su mano sosteniendo las mías atadas por sobre mi cabeza para que no caiga y con la otra en mi cintura, profundiza más dentro mío, con cada movimiento entrando y saliendo de mí.

Haciendo de nuestros cuerpos contra la pared, sean uno solo y nuestros jadeos, ser el único sonido en la habitación.

Mi orgasmo, comienza a construirse.

- Dámelo, mi amor... - Gruñe sin aliento, pero sin dejar de besar el lado de mi rostro. - ...quiero sentirte empapándome. - Reclama acariciando mi mejilla y con sus ojos sobre mí.

Besa con dulzura y sonrío sobre mi piel al sentir la llegada de mi clímax,

cogiéndome con más rudeza.

Levanto mi vista y gimo fuerte cuando mi orgasmo colma mi cuerpo y me divido en millones de partículas de placer.

Lo miro de lado cuando suelta mis manos atadas para envolverme con las suyas en un cálido y fuerte abrazo con mi cuerpo gritando por el suyo más adentro.

- Tu debes obedecerme para poder cuidar de ti, nena. - Exclama echando su cabeza hacia atrás y flexionado sus caderas para mayor acceso con la llegada de su corrida que contenía, volcando en mi interior. - Mía... - Susurra posesivo, con un beso en hombro y con unos últimos y suaves movimientos, excitándome más y buscando, un segundo orgasmo.

Porque es totalmente dominante y descarado.

Y me encanta.

Apoya su barbilla en mi cabeza abrazándome más a él, sudado y jadeante.

- Que haces que me puedes, nena... - Suspira saliendo de mí de golpe y girando mi cuerpo para que nuestros ojos como cuerpo se encuentren.

Gimo ante su vacío abrupto y sin poder evitar descender sobre mis lamentos excitados, mi vista abajo y ver aún su pene muy hinchado y empapado tanto por mi orgasmo como su eyacuación frotándose duro en mi vagina y dejando huellas mojadas de leche blanca, por mi bajo vientre.

Porque yo quería más y Herónimo, no me está dando ni la mitad de lo que necesito y lo sabe.

Solo es una muestra de lo que me había estado perdiendo por enfadarme y me deja, con ganas de mucho más.

Y su sonrisa de lado sexi y bastarda se dibuja en su boca al notarlo, porque mi cuerpo se retuerce como mis piernas se juntan con necesidad frotándose, para alivianar mis ganas de sentir su tibia polla pulsando mi clítoris y que me la meta nuevamente.

Acuna mi rostro y lo acaricia con suavidad con sus manos para luego besar una de mis mejillas con aún, su respiración entrecortada mientras va metiendo su pene aún duro y como puede en su pantalón.

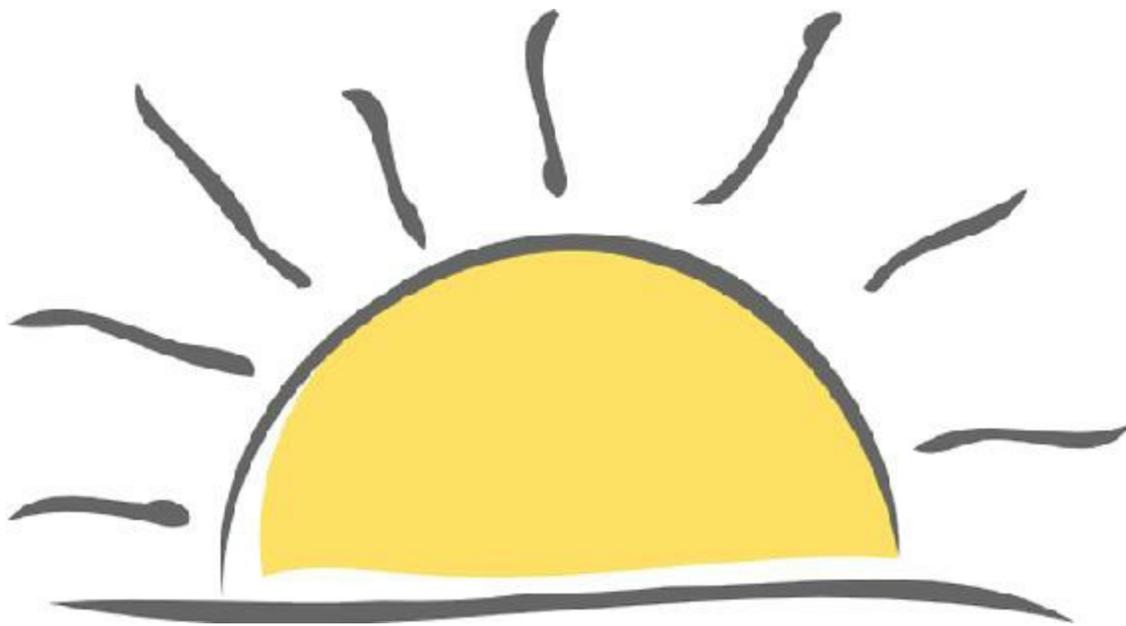
Pestañeo.

Sip.

Como leyeron.

Me deja con mis manos aún atadas con esa bendita corbata de seda negra, por encima de mi cabeza en el aire, contra la pared y un segundo orgasmo fallido y que deseo con el alma imperiosamente.

¿Polvo castigo, recuerdan?
Hermoso, como bastardo.



CAPITULO 66

Yo

Termino de secarme el pelo en el baño después de mi ducha y aún con mi toalla envuelta, voy a mi habitación para buscar en el armario algo de acuerdo a la salida de esta noche y en un día de semana.

- ¿Qué diablos, estás haciendo? - Pregunta Herónimo apareciendo por la puerta, con un vaso de mi jugo favorito de color radiactivo en mano.

Le da un gran sorbo.

Me encojo de hombros.

- Te dije que tenía planes y voy a salir. - Digo, sacando mi vestido corto negro favorito y descuelgo mi campera de jeans.

- Nena, no. - Dice.

- Si, Herónimo. - Me inclino, para recoger mis zapatos de tacón negro.

Y de la bronca, porque me privaste de mi segundo orgasmo que todavía siento palpitante en mi interior cabrón.

Pero muerta, antes que confesártelo.

- Si es, por la discusión de esta tarde... - Me quiere explicar.

Suspiro apoyándome contra mi armario y sosteniendo, más la toalla que me envuelve.

- Yo no sé...y sigo confundida, con todo esto que somos nosotros y que título ponerle...tus reglas y yo intentándolo...

- No digas eso... - Se acerca a mí. - ...deja que te explique... - Resopla arrugando su ceño pensativo, como buscando las palabras correctas.

Pongo las manos en la cintura esperando.

Abre la boca, para gesticular algo.

- Yo... - La cierra y bufa. - ...en cuanto a las reglas, rayo...

¡Santo dios!

Quiero gritarle que no quiero ni necesito, un curso intensivo de cómo ser una excelente acompañante sexual y no enamorarse en el intento, porque malditamente ya lo estoy.

- No me expliques nada, Herónimo. - Exclamo agotada. - Ya te lo dije, solo estoy confundida y no quiero hablar de ello... - Me sonrojo, ya que siento mis mejillas arder.

Cobarde me reprocho en mi mente, porque es lo más cercano que me atrevo a decir a mi señor oscuro, de que estoy enamorada de él.

Porque mis sentimientos, cambiaron a amarlo.

Mucho.

Muerde su labio superior.

Carajo, mala señal.

- No vas a salir, Vangelis. - Me gruñe sin ceder.

- ¡Que si! ¡Le prometí a Mel!

- ¿Mel?

- ¡Si, Mel! - Chillo buscando de un cajón, una braga limpia.

Me la pongo por abajo de la toalla y me entrecierra los ojos odiosos por ello, acomodando sus lentes y tomando asiento, en mi cama cruzando una pierna.

Levanta una mano hacia mí y con su índice en alto.

- Nena, eso no se hace...- Niega, con su cabeza divertido. - ...conozco mejor tu cuerpo que tú y es muy feo, ser egoísta. No me lo niegues... - Me lo dice por vestirme con toalla encima.

Jesús misericordioso.

Quiero tirarme sobre él y llenarlo de besos por todos lados.

Y cuando digo todos lados, es porque lo haría en cada centímetro que compone su cuerpo.

Para después, abofetearlo y volverlo a comerlo a besos.

¿Puede ser más dulce y frustrante, al mismo tiempo?

No sé si reír o enojarme.

Arrugo mi nariz, optando por la segunda opción.

- No se me da la regalada gana de mostrarte ¡Es mi cuerpo! - Grito buscando el sujetador haciendo juego, entre la ropa interior de mi cajón.

- ¡También, es mío! - Me dice de la misma manera.

Le entrecierro los ojos.

Ok.

Bufo y con un tirón, me despojo de ella exponiendo mi cuerpo semi desnudo a él.

- Cabrón... - Susurro, poniéndome el sujetador a juego en color negro.

- No me jodas ¿En serio? - Resopla señalándolo, para luego llevar su mano al pecho. - ¿Eso tiene encaje? - Se pone de pie y da unos pasos, me mira y gime mirando el piso negando. - Nena... - Se gira, para mirarme otra vez. - ..joder... - Lo escanea y abre más sus ojos. - ¿Y tiene transparencia? - Me mira derrotado y cayendo sus hombros por sus lados.

- Sip. Sexi pero simple... - Digo.

- Carajo... - Vuelve a gemir interrumpiendo y alzando una mano, para que no hable más.

Se vuelve a un costado para no enfrentarme directamente y luego cubre su bonita boca, con un puño.

- Mi angina... - Triste y desconsolado.

Ruedo mis ojos.

Que exagerado.

- Quieres irte. Mel debe estar por llegar y no confío en ti. Se que harás algo, para impedir mi salida...

- ¿Yo? - Se sienta nuevamente limpiando otra pelusa imaginaria, pero de su pantalón como si nada.

Si será.

- ¡Si, tu! - Chillo.

- Yo te busco luego y te vuelves, conmigo al Pen. - Negocia.

- ¡No!

- ¿Grands y yo? - Se pone de pie otra vez y me mira triston.

Muerdo mi labio, para no reír.

¿Me está haciendo, un morrito?

¿Él megalómano y jefe déspota de las T8P?

Pero no doy mi brazo a torcer.

- ¡Que no!

- ¡Eres una mujer frustrante! ¡Estás poseída por el demonio de las hormonas! - Me grita.

Ladea su cabeza.

- ¿Está por venirte el periodo, nena? - Me susurra suave.

Me lo hace a propósito.

- ¡Fuera!

- No me voy a ninguna parte. - Y se hecha en mi cama con todo su cuerpo, como haciendo un ángel de nieve.

Chillo y desahogo mi frustración lanzando sobre él, unos de mis hermosos almohadones.

Para ser preciso, mi favorito.

El de tela de peluche color rosa chicle, con motivos de corazones.

Luego me arrepentí, porque le debí tirar la silla.

Ya que lo atrapa en el aire y lo pone en ese maldito rostro helénico que tiene, para ahogar su risa en auge.

En verdad cuando quería, podía ser un mocoso malcriado.

Y hermoso...

Termino de alisarme el pelo en el baño y sigo escuchando un montón de resoplidos y bufidos provenientes de mi cama. Todavía sigue allí y se está comportando, como una criatura acostada en ella. No le hago caso y abro el espejo del baño para ponerme mi crema corporal. Para luego estirar y planchar con mis manos, mi vestido ya puesto.

No es muy corto, pero tampoco largo.

Por encima de mis rodillas, ajustado y entallado.

Voy al comedor sin mirarlo en busca de mis zapatos altos donde los dejé, porque si no, reiré por su cara.

Cuando estoy poniéndomelos aparece como si nada y se tumba sobre mi sillón melocotón, dejando escapar un dramático suspiro.

Lo miro por sobre mis pestañas con disimulo y aún inclinada, ajustando mis tacos.

Cuando reclina con descaro ese cuerpo definido y esculpido, cruza los brazos por detrás de su cabeza, acentuando más su bello y gigante pecho torneado de brazos tatuados como musculosos, dejándome poco a la imaginación.

Lo está haciendo, a propósito.

Es su gran pose, de modelo Calvin Klein.

Sonrío.



CAPITULO 67

Herónimo

¿Qué hacía, que malditamente me podía?

Si hubiera sido otra mujer inclusive Amanda, me la hubiera quedado mirando seriamente y pensando en mandarla a la mierda o no.

Nahh...

¿A quién quiero engañar?

No lo dudaba y optaba, por la primera opción.

Un, buena suerte y hasta luego, en espera que se presente la siguiente.

Siempre tuve el control como siempre se hizo lo que yo demandaba, pero con la satisfacción de ambas partes.

Sea, si me acompañaban a un evento social, si cogíamos en la cama o contra una pared.

Hasta una mamada en mi oficina o yo tomarlas y hacerlas venir con mis dedos en el rincón que fuera, pero siempre de mutuo acuerdo.

Como cerrar un negocio donde ambas partes se involucran y están satisfechos, con el resultado final.

Y en eso soy muy bueno créanme, un puto genio en los negocios.

Siempre el jefe de los jefes.

Pero con Vangelis es diferente y francamente, no sé cómo manejar la situación honestamente. Soy un puto bipolar que la alejo y la busco. Después de cogerla en el baño, condenadamente le iba a decir que la amaba.

Después del polvo castigo.

Obvio.

Oigan, no se enojen conmigo.

Mi nena, tenía que entrar en razón.

Unas nalgadas para despertar su libido y dejarla con ganas de más, me pareció lo justo.

¿Pero, saben qué?

Me sentí usado.

Sip.

Ríanse.

Porque ella, jodidamente usó mi cuerpo y siguió enfadada.

¿Cómo era eso?

Se suponía, que luego vendría dócilmente conmigo al Pen tomados de las manos y felices.

Le diría que la amo y después de un tiempo prudente, que se case conmigo y llenarla de lindos bebés nuestros.

Muchos.

¿Les dije, que amo los niños?

¿No?

Pues créanlo, así como me ven y soy, los adoro.

Siempre quise muchos y cuando digo muchos, hablo del verbo montón.

Cuando me casé con Marian y vi que el tiempo pasaba, empecé a añorarlo, pero ella no estaba de acuerdo. Decía que no era el momento y que éramos muy jóvenes y se negaba. Eso me molestó, tomando la decisión drástica de cambiar sus píldoras anticonceptivas del frasco, por unas idénticas que mandé hacer, a un laboratorio con vitaminas C.

Lo sé...lo sé.

Fue mezquino.

Pero estaba ciego, yo pensé que ella me amaba y justificaba su oposición, a no querer compartirme.

Aunque eso sería, una cosita rolliza y rosada hecho por nosotros con amor.

¿Amor?

Mi trasero.

Permítanme reírme, por incrédulo.

Porque Marian, nunca me amó.

Aunque nunca lo entendí, porque después de años en mi adolescencia de amarla en silencio, mientras ella era la chica del momento en la universidad y tras la muerte de mi padre, notar recién mi presencia. Y fui el hombre malditamente más feliz del mundo, cuando una noche en un bar universitario se acercó a mi mesa, con su grupo de amigas.

Nunca voy a olvidar la cara de Rodrigo, parecía que se había tragado un bloque de ladrillo en vez de comer la porción de pizza.

Y créanme, eso es grave cuando se trata de comer para mi amigo.

Debí tomarlo como una señal, pero estaba encantado con su total y sexi atención en mí.

Pelo castaño, ojos verdes, sonrisa y cuerpo de modelo con tetas de muerte de lindas.

Y más.

Cuando esa misma noche cogimos en el estacionamiento del campus, dentro de mi auto.

Desde ese momento, nunca más nos separamos.

Y aunque solo teníamos un poco más de 19 años quería casarse conmigo y yo malditamente, también lo deseaba.

Mi madre pegó el grito en el cielo, pero me vio tan decidido y recordándole que ella lo había hecho con papá con un año más que, suspiró y me dio su bendición al igual que los padres de Marian.

Pero ella solo amaba mi dinero y lo que mi apellido comenzó a ser.

Y se enamoró más cuando después de un tiempo, me declararon el heredero absoluto después del fallecimiento de mi padre, de la metalúrgica *TINERCA*.

Abandonó sus estudios al invierno siguiente de casada, porque solo quería divertirse con sus amigos. Y lo tomé como algo normal, ya que Marian era una adolescente y yo odiaba, cualquier tipo de reunión o salida social.

Pese a que ahí ya era un joven con casi 20 años, siempre mi mentalidad fue muy adulta y madura, con mis objetivos de futuro muy marcados.

Al igual, que mi padre querido.

Tenía muchas ambiciones, entre ellas enterrar en la cárcel al asesino de él y lograr lo que mi viejo siempre quiso y no pudo cumplir, pero planeábamos a la par en vida.

Crear una fuerza en conjunto, de varias *TINERCAS* en varios países.

Ambicioso, lo sé.

Pero mi joven cabeza que siempre trabajó horas extras se dedicó a ello, mientras Marian iba de fiesta en fiesta, desatender nuestro hogar, odiarse con Marcello por ello y serme infiel para después huir, con el amante de turno.

Y como me dijo esa noche por teléfono.

Que ese amante era, el amor de su vida.

Si, sé lo que piensan.

Pero oigan, pudo haber sido peor.

Tuvo la decencia por lo menos, de llamarme.

Y no hacerlo por un sms o vía Facebook y haciendo de eso, un post en su estado.

O mucho peor, twuiteándolo.

Ok.

Estoy siendo sarcástico.

Bien.

Sabía su paradero cuando huyó, porque tomó pocas horas a Collins y su equipo encontrarlos. Pero no fui por ella hasta semanas después cuando en el Holding, se rumoreó que su amante trabajó para mí y yo, necesitaba saber la verdad de eso. Cuando Collins me llevó acompañado de Rodo al lugar donde estaban, mi corazón cayó y mi furia se alzó.

Investigaciones previas, me confirmaban que Marian tenía departamento propio para los dos y jugaban, malditamente a la casita en mis largas horas laborales antes de huir.

Porque ellos, se amaban realmente.

Él, un imbécil que esperaba que mi mujer se divorciara de mí, pero su abogado la alentaba a que esperara un poco más para ello. Ya que el nacimiento de mis T8P, estaban en pleno auge y crecimiento y por lo tanto, en un tiempo prudente la división de bienes sería mayor.

¿Que, qué pasa con los acuerdos prenupciales?

Era un muchacho con hormonas y la amaba.

Nunca lo pensé.

Cuando vi todo eso en persona, no lo soporté y mis demonios del pasado y los nuevos del futuro, se apoderaron de mí y con ira incontrolable al verlos juntos y en su departamento.

Él era, realmente un activo mío.

Un jefe de sector del Holding.

Y yo fui el que los presenté una tarde, en que Marian vino a visitarme.

Dios.

El puto Cupido, fui yo.

Y vi, todo rojo.

Con una furia incontrolable, desatándose en mi interior.

Collins y Rodrigo tuvieron que separarme de él, porque juro que malditamente, lo hubiera matado a puñetazos. Su cuerpo y rostro maltrecho, estaba tendido en el suelo y lleno de sangre. Y nunca voy a olvidar como Marian gritaba y rogaba que me detenga, cuando me separaron de él y ella, se abalanzó sobre su cuerpo y lo rodeó entre sus brazos con amor.

¿Entienden?

Con amor.

Joder, yo era su marido.

Tanto habíamos planeado juntos y todo eso fue, una farsa por parte de ella.

Jadeante aún, por la fuerza extra que utilicé en desfigurar su cara.

Fui testigo en como Marian lo besaba, sin importarle que su cara estuviera bañada en sangre mientras lo acariciaba. Para luego levantar su rostro lleno de lágrimas a mí y a donde quedé de pie y frente a ellos.

Y ver, como la mujer que amé toda la vida me regalaba la mirada más fría y llena de rencor que no voy a olvidar, en toda mi vida.

Y me odié y la odié, por eso.

He hice algo, que me salió de lo más profundo de mi alma.

Le prometí, destruirla en vida.

Solo a ella, porque el bastardo ya tenía su merecido por haber sido un activo mío y burlarse en mi cara.

Pero para Marian, levanté mi índice.

Y la maldije y le sentencié, lo peor de la vida.

Seguido de darme la vuelta, pero sobre mi hombro y antes deirme diciendo que, aunque se arrastrara hacia mi muriéndose, me deleitaría con ello y le juré que, con ello lo de destruirla.

Y así, lo hice.

Mi gabinete de abogados con Millers a la cabeza, los obligué a trabajar en mi caso si era necesario las 24h del día.

¿Mi pedido?

Ganar o ganar.

Bien.

Para una semana y media después, estar divorciado.

Increíble, pero cierto.

Lo que el poder y el dinero, hacen.

Ella se opuso, pero no tuvo quórum y sin un puto centavo extra de bienes materiales, más que, una pensión económica correspondiente como la ley manda. Después de ese encuentro en su departamento, nunca más la busqué. Como jamás tampoco, le rogué por volver y no supe, nada de ella.

Pero cuatro meses de mierda después, apareció.

Como si nada y llamándose aún mi esposa, aunque había papeles ya firmados que decían lo contrario.

En mi piso 30 y con ella, los murmullos de la leyenda de lo que había pasado con mi matrimonio.

Nadie hasta ahí de mis activos de *TINERCA*, supo que pasó hasta ese día.

Que el gran Herónimo Mon.

El empresario reconocido mundialmente, por sus metalúrgicas en crecimiento.

Había sido engañado por su bella y joven esposa, con uno de sus activos y simple empleado.

¿Control de daños?

En los años siguiente, mi lejanía de ellos.

Ser un fantasma y el mito de que siempre estoy, pero no me ven y hasta algunos, no llegar a conocerme físicamente y por más años de antigüedad que tuvieran, cuando *TINERCA* fue creciendo física y logísticamente con mis otras T8P. A pasos agigantados en esos meses y años, ya que solo me abocaba a ello llegando a vivir en el Holding y, por ende, terminé con el proyecto que había empezado en mi piso.

Dos dormitorios más.

Una habitación y un mini gimnasio, con bolsa de boxeo.

Muchos empleados fueron renovándose o ingresando postulantes, lo cual fue un respiro para mí. Por eso mi estacionamiento vip en el subsuelo y mi ascensor personal con mi tarjeta única, para que cuando suba a uno, con un simple escaneo al código, ignore a las demás llamadas de otros pisos.

Como el de mi edificio, donde está mi Penthouse.

Cuando compré ese terreno y mandé a demoler esa vieja construcción, para hacer *El Blustery*, demandé lo mismo.

Todo a mi favor y a la lejanía, de la gente.

Los propietarios que viven en mi edificio, lo alquilan.

Porque, no vendo.

Y así tener un dominio absoluto, de donde vivo.

¿Control obseso, recuerdan?

Cuando Marian apareció y la vi, sentí como si un terremoto de escala 8 de Richert sacudió mi piso, mi corazón y todo lo que me rodeaba, se viniera abajo. Porque mis ojos, no podían creer lo que estaban viendo.

Ya que la mujer que amé y tenía en frente, no eran la misma persona.

No pude levantarme de mi sillón, era como si hubiera ingerido miles de bloques de concreto y su peso me negaba a ello y como tal, así se sentía mi estómago.

Ella, estaba demacrada.

Grandes y oscuras aureolas, rodeaban por abajo de sus ojos verdes.

Unos, que una vez amé tanto y hubiera construido un templo por ellos.

Su largo pelo castaño, ahora lo llevaba corto.

Muy corto.

Dudando, si era real.

Y el simple pero elegante vestido que tenía puesto en color mora que una vez le regalé y en otro tiempo, lo llenaba con fuertes curvas y espléndidas tetas en su escote, le quedaba holgado.

Como una bolsa y mi sangre se congeló, cuando la vi en más detalle.

Aunque estaba sumamente delgada que preocupaba, un prominente vientre redondo llenaba su abdomen. Y como si el tiempo y los meses no hubieran transcurrido, tomó asiento frente mío y sin un gramo de ternura y amor del verdadero, que luego comprendí que jamás me tuvo. Me dijo que padecía de cáncer y que estaba, embarazada de mí. Y mi mundo se vino abajo, como un castillo de naipes, que es derrumbado por el viento.

Su mirada y sonrisa enferma como cínica de satisfacción, me lo confirmó. Y antes de permitirme dudarle, me dijo que ese hijo era mío. Porque cuando huyó con su amante, sabía que lo estaba, por su par de semanas de retraso y lo comprobó con un test de embarazo, cual se lo ocultó como a mí.

Y me reafirmó que era mío, porque lo odiaba y me lo gritó en la cara.

Detestaba ese hijo nuestro y que llevaba en su vientre.

A ese bebito.

Porque ella quería un hijo de él y no, uno mío.

Y cuando fue a una clínica para abortarlo, en los análisis que le pedían para ello, delató su enfermedad y se negaron a eso.

Marian, me culpó por ello.

Me culpó que él la abandonó después por mentirle y ocultarle ese embarazo, sin importarle su enfermedad.

Y me culpó por quedar sola y me recordó, como la castigué en lo

económico y por esa enfermedad terminal.

Porque yo la maldije esa noche negra y en su departamento, cuando los vi.

Recitó cada fría, doliente y puta palabra que dije y en cómo me regocijaría sobre su muerte, si se arrastraba a mí.

Y el daño estaba hecho y mi profecía, se cumplió.

Yo la maté en vida...y a nuestro hijito.

Mi condena, dolorosamente perpetúa.

Soporté los meses siguientes más tristes de mi vida, junto a mi madre y Rodo. Haciendo todo lo que tenía que hacer y estuviera a mi alcance. La llevé a las mejores Clínicas Oncológicas de toda Europa, inclusive a una de Cuba y otra de Argentina, para detener su cáncer con tratamientos nuevos y avanzados. Pagué el mejor gabinete médico del país para que solamente la atendieran y estuvieran con Marian 24/7. La llevé nuevamente a vivir conmigo al Pen y abandoné todo tipo de contacto que sea mis T8P dejando a cargo a Collins con ayuda de Rodrigo, en ese tiempo.

Mi vida se abocó en ese periodo de meses, en atenderla personalmente a ella con ayuda de Gladys, para salvarla como a nuestro hijo. Sufriendo cada puto segundo de cada día, su odio hacia mí y a ese bebé que llevaba dentro y a duras penas, pobrecito crecía.

Me maldecía, me torturaba y eso, llenaba mi alma de oscuridad.

Pero aceptaba en silencio sus desplantes de ira y odio, porque Marian tenía razón.

Únicamente yo, era el culpable.

Porque nada de esto hubiera pasado si en vez de dejarla ir, la hubiera traído conmigo esa noche en su departamento, ya que tal vez las cosas se hubieran agarrado con tiempo.

Solo pensé en mí y en lo que mejor me sale y muchas veces, me deleité con ello.

Destruir.

Juntar ese polvo y volver a destruirlo, para que no quede nada.

Ni las cenizas.

Lo que quedaba de juicio en mi sistema nervioso colapsó, cuando los médicos me dijeron que mi hijo no llegaría a término con una buena gestación de poco más de 34 semanas y que nunca lograría superar el ataque de la enfermedad de Marian.

Ya que su sangre también, estaba contaminada.

Mi pequeño de pocos meses, no tenía placas en la sangre por la propia

Leucemia que se construía en el y su corazoncito, era débil y muy pequeño para tales meses.

Grité.

Tiré.

Maldije.

Y destruí cada objeto que vi y se me atravesó en mi camino, en la sala de espera del hospital.

Caí al suelo con mis rodillas y lloré.

Lloré, como nunca lo hice.

Lloré las lágrimas, que no salieron por la muerte de mi padre y por tener, a su asesino ante mis ojos.

Fue un dique, que desbordó por cúmulos de tristezas por años.

No recuerdo mucho después, más que imágenes borrosas.

Collins y Grands, tomándome por atrás con un fuerte agarre.

Rodo y Marleane tratando de calmarme, por mi furia de amargura.

Y un corpulento enfermero que, con una jeringa en mano, inyectó algo a mi brazo siendo lo último. Desperté horas o días después, en una cama de una habitación blanca y con mi madre sentada a mi lado. Su mirada y esa sonrisa que no llegaba a sus ojos, me decían que algo andaba mal. Y me levanté de un salto trastabillando y sin escuchar, sus gritos diciendo que no fuera y llamando a Rodo.

Fui directo, a la habitación de Marian. Cuando entré, mi cabeza daba vueltas y lo que sucedía allí, también. Porque el sedante que me habían puesto, aún seguía haciendo efecto. Mis piernas se sentían pesadas, pero logré llegar a los pies de la cama. Doctores y enfermeras con Gladys inclusive, rodeaban el cuerpo de Marian que yacía en la cama.

Iban y venían, con aparatos y elementos atendiéndola. Porque estaba teniendo, una especie de convulsión. El tratamiento de la quimio había sido descartado tiempo atrás por su nulo progreso y poco efecto, ya que su cáncer estaba muy avanzado y con el, todo su sistema nervioso, muscular y órganos comprometidos.

Solo restaba, esperar el momento.

Me acerqué tambaleante y un escalofrío recorrió mi columna vertebral, cuando su demacrado rostro se dio vuelta hacia mí.

Sus pupilas dilatadas, apagadas y sin brillo a la vida, me miraron profundo y lleno de su siempre odio. Su delgada y huesuda mano se elevó en el aire con la poca fuerza que tenía y se lo permitió, haciendo caso omiso a los que los

médicos y enfermeras le decían.

Luchó y negó a que le pusieran la máscara de oxígeno nuevamente, mientras su sistema nervioso colapsado, hacía estragos con movimientos involuntarios y nerviosos.

Jadeó.

<< - Me maldijiste... - Susurró, con duras respiraciones. - ...y ahora yo te maldigo, Herónimo... - Se sonrió llena de placer. Jesús, esa mirada. - ...no pude matarlo antes...pero, ahora sí. Me llevo a este bebé, que odio conmigo. - Su madre intentó callarla, gritando que decía incoherencias y que nadie era culpable. >>

Pero Marian se resistió ante ella y el agarre, de los enfermeros.

<< - ¡Te odio, Herónimo Mon! - Gimió, entre tosidos enfermizos. - ¡Nunca te amé! ¡Nunca! - Tomó una última bocanada de aire. - Te vas a llevar toda tu maldita vida...hasta tu tumba, nuestras muertes... - Gritó cuando una enfermera por la orden de un médico, le inyectó una jeringa con liquido ámbar en su brazo. >>

Y solo fue cuestión de segundos, hasta que su cabeza cayera pesadamente bajo el efecto del sedante, sobre la almohada.

El suave *bip* de las máquinas solo que se escuchaba, frente al silencio de todos los que estábamos en la habitación y el bajo llanto de la madre de Marian, que me hizo girar a ella y abrazarla.

19h más tarde fue clínicamente declarada fallecida, Marian y mi hijo.

Un paro respiratorio, acabó con su agonía y cáncer.

Dos días después, fue su entierro.

No acepté gente en el funeral de mi ex esposa y mi bebé, más que solo familiares cercanos.

Compré el sector más lindo, de un cementerio privado.

Un prado verde en la cima de una colina, donde un árbol frutal y mi favorito, crece.

Un manzano.

Mandé a construir una lápida para ambos que rigurosamente controlo que la cuiden y llenen de flores frescas, todas las mañanas.

Aunque nuestro hijito fue sacado de su vientre por protocolos médicos y jurídicos, ordené que los enterraran juntos.

Eran madre e hijo y tenían que permanecer así, como hasta el último minuto lo hicieron.

Me gusta creer que las desviaciones propias de la enfermedad de Marian,

hacían decir y actuar que no quería a nuestro bebé.

Y que ella lo amó, tanto o más que yo.

Punto.

Hace poco más de diez días, los visité a ambos.

Limpié su tumba de hiervas crecidas y puse un ramo de tulipanes a Marian, sus favoritas.

Y un pequeño ramillete de flores silvestres a mi hijito con la décimo tercera pieza, de un juego de ajedrez.

El caballo.

Es de acero suave y esmerilado.

Lo diseñé personalmente luego de su muerte y lo mandé a construir a mi metalúrgica.

Nunca supe el sexo, no quería tampoco.

Solo quería que viviera.

Que ambos, sobrevivieran.

Lo único.

Y como tal iba a enseñarle entre muchas cosas, a jugar al ajedrez.

Ahora tendría 13 añitos y de seguro patearía mi trasero, en el tablero jugando conmigo.

Después de poner las flores, lloré.

Mucho.

Como hago cada puto año, para esta fecha negra en mi vida.

Con un Collins que, pese a mis puteadas de querer estar solo en este día, no me abandona y me vigila desde lejos y a una distancia prudente.

Fecha maldita, que me recuerda mi biblia y mi calefón.

Mi condena.

Fecha de mierda que, por alguna razón y movimiento certero del destino como ese mismo tablero de ajedrez, conocí a mi rayo de sol con el vestido más feo que vi en mi vida y con un grupo de perros jugando a su lado, por la costa de la playa.

Ella iluminó con su luz, mi fecha negra.

Convirtiéndose sin saberlo en ese día de mierda para mí, en la jodida reina de mi tablero.

Y mi vida.

Porque Vangelis me estaba convirtiendo en mejor persona y me hacia querer más.

Y yo, la estaba cagando mal.

Por eso, iba a ser un mejor hombre para ella.

Alguien quien merezca.

No perder más el control, Mon.

Se acabaron mis rabietas o estallidos, de capricho y enfado.

Pongo a objeción mis sentimientos sobre su protección y celos, ese juramento lo discutiré con mi almohada en la noche.

Ya que ella me amaba y me perdonaba todo, demostrando cada día y más de una vez, quererme por lo que era y no quién era.

Tenía que intentarlo, no podía ser un imbécil de carácter agreste y controlador, que todo el mundo estaba acostumbrado.

Suspiro ruidosamente, tirado sobre su sillón melocotón.

Sé que me mira a través de esas endemoniadas pestañas hermosas y naturales que tiene y disfruta de mi frustración, mientras se pone esos calientes zapatos de tacón alto en color negros.

Intento con mi mejor pose que se rinda ante mí, cruzando mis brazos por detrás de mi cabeza.

Y carajo.

Nada.

Condénenme, lo sé.

Re pendejo.

Pero jamás, una mujer se resistió a mis encantos y atributos físicos.

Y otro resoplido, me gana.

Porque se sonríe, la muy atrevida.

Si será...



CAPITULO 68

Herónimo

Y nop.

Sin éxito.

Vangelis, no aflojaba.

- Eso, está muy corto. - Señalo parco su desgarradoramente, sexi vestido corto y negro. - Muestra mucha pierna. - Gruño tapando mi cara con el puto almohadoncito rosa chicle que me tiro momentos antes y lo traje conmigo sin saber porque, pero como niño de cinco años encaprichado con su oso de peluche favorito en brazos.

Lo miro, frunciendo mi ceño.

¡Pero qué feo es!

- No es así, Herónimo.

- ¡Claro, que sí! - Digo entre dientes, acomodándome más sobre sofá. - Eso luce como vestido de mujerzuela de los '70. - Frunzo mi boca con disgusto y desaprobación porque era muy ajustado y abrazando con su suave tela, cada curva y piel de lo que era mío.

Mi Vangelis.

- Mentira. - Me rueda los ojos. - Lo compré por internet, como edición

verano de esta temporada.

Y Jesús Bendito.

Lo repito.

Se conforma, con tan poco mi nena.

Nota mental.

Esperaré a que sea mi esposa porque la muy cabrona ahora, patearía mi trasero de muy buena gana si lo menciono.

Pero llenaré su vestidor, de los mejores diseñadores.

La miro cuando se pone el abrigo de jeans entallado y lo señalo con mi índice.

- ¿Tiene hombreras? ¿De qué siglo es? ¿Te lo prestó Mozart?

No lo tenía y trato de no reír.

En realidad, es muy linda y le queda jodidamente bien con el vestido puesto.

Pero tengo que inventar algo rápido para que se lo saque, seguido a ese pedazo de tela sexi negra, que llama vestido.

- ¡Jódete Mon! - Dice caminando a la puerta porque tocan y murmurando en voz baja.

Escucho palabras como “*cretino*” y un “*cabrón*” junto con otros dulces sobrenombres.

Ahogo una risa.

Bonita.

Mel aparece en la puerta con Rodrigo a su lado, llevando en una de sus manos dos cajas de pizzas y la otra, entrelazada con la de Mel con ternura.

Vangelis nota eso y mira uno, luego al otro para luego, a mi curiosa.

Me limito a sonreír.

Se vuelve a su amiga.

- ¿En serio? - Pregunta sonriente.

Y Mel asiente, ruborizada y riendo.

Ambas se estrechan las manos chillando y dando saltitos en su lugar, festejando de felicidad.

Ruedo mis ojos.

Mujeres...

- ¡Me alegro tanto por ustedes! ¡Son el uno para el otro! - Exclama mi rayo, abrazando a Rodrigo también.

- Digo lo mismo amiga. - Responde Mel mirando a ambos y luego me señala. - Pero juro que voy a patear tu culo, si la haces llorar de nuevo. -

Exclama.

Rodo echa su cabeza hacia atrás riendo, mientras guarda el pack de seis de cervezas en el refrigerador.

En serio.

Llegué a dudar por dos segundos, su amor *kamikase* por Melissa.

YO

Toda la cara desencajada por su mal humor que lleva esta noche Hero, mientras ponemos los platos y repartimos las pizzas, no había desaparecido.

Había aumentado.

Desarrollando el temperamento de un Tiranosaurio Rex con comezón en las bolas, como para que se den una idea.

Y creció más, cuando después de cenar con Mel los quisimos echar, para terminar de alistarnos y salir por unos tragos y buena música.

Pero su angina de pecho y ganas de masticarme se estaban apaciguando, cuando sin previo aviso, rodeé con mis brazos su cintura.

Sentí su enorme pecho deshincharse por su respiración contenida, ante mi contacto tranquilizador y me lo devolvió efusivamente de la misma manera y con un beso sobre mi pelo.

Hasta que dije que Andrew, trabajaba en el lugar bailable.

Y por eso, ese dulce beso se congeló en mi cabeza y yo cerré fuerte mis ojos apretando mis dientes, esperando su reacción.

Como maldiciendo en mi mente, por seguir todavía entre sus brazos.

Terreno peligroso.

- ¿Andrew? ¿Qué Andrew? - Dijo, buscando mis ojos sin soltarme.

Mire a un costado dudando y luego a él.

- El que trabaja en la cantina, del Holding... - Murmuré.

- ¿Ese One Direction? - Gruñó.

Y la carcajada de Rodrigo se hizo presente resonando y atragantado por Dios sabe, cuantas porciones de pizzas ya engullidas.

Me encogí de hombros, tratando de ser muy natural.

- Trabaja como barman en la barra y dijo, que el lugar era lindo.

- ¿Lindo? - Repitió.

- Si, hoy es lunes de Latinos. - Finalizo mientras Mel me rescata de los brazos de él, ganándose un gruñido de este.

Me lleva a una silla y saca su bolsa de cosméticos el rímel, para comenzar a pasarlo por mis pestañas y segundo gruñido que se gana de Herónimo

mientras mira con suma detención, como mi amiga me maquilla.

- ¿Latinos? - Pregunta algo confuso siguiendo con sus ojos, el brillo labial cereza deslizándose por la mano de Mel en mis labios después.

Acomoda sus lentes y sacude su cabeza como si no entendiera y mira curioso a Rodrigo.

Este resopla, después de darle un trago a su cerveza.

- Latinos Hero...salsa, merengue, cha cha chá... - Al ver la cara de nada del jefe, suspira y prosigue. - ...cuerpo con cuerpo, muy juntos por rozar...

La mano en alto de Herónimo lo detiene a seguir hablando mientras con la otra y cerrando sus ojos, aprieta el puente de su nariz.

Se le acerca un aneurisma, de celos posesos.

- ¿Esos es lo que baila, la gente en esas noches?

Rodo y Mel se miran y ríen.

- Hermano...es la sexi música latina. Y tu mejor que nadie, sabes que es lo mejor para bailar en pareja, en una pista de baile...

Se lo hace propósito y yo, tengo que tragar mi risita para permanecer quieta, bajo las manos de mi maquilladora.

- No. - Son sus únicas palabras, interrumpiéndolo de nuevo.

- ¿Qué? - Digo.

- Que no, Vangelis.

Me incorporo en la silla y me cruzo de brazos para mirarlo.

Pero Mel corre mi cara de vuelta, para seguir con mi maquillaje.

- Salidas de chicas, solo serán unas copas... - Habla mi amiga sin darle importancia, a la mirada de muerte del jefe. - Volveremos temprano...

- Amigo deja que las chicas se diviertan un poco y hasta a lo mejor, logran que Grands se emborrache un poco cuando las vigila. Podemos hacer lo mismo en otro bar. Nos vendría bien unas cervezas con pool. - Dice Rodrigo divertido, poniéndose de pie para sacudirse las migas y sentarse nuevamente y seguir comiendo.

Herónimo está de pie mirándome y varios segundos pasaron antes de que reaccionara, preguntándome si había entrado en un coma vertical ya que ni movimientos gesticulaba.

Su cara podía hacer llorar a los dioses griegos con esa mandíbula cuadrada, nariz recta y ese pelo ahora después de su ducha, todo revuelto y disparado para sus lados y frente.

Incluso esas cejas unidas ahora por su bonito ceño fruncido, lo hacen más atractivo con su pose enojado para mí.

- Si, lo haremos. - Dice al fin sacando su celular y llevándolo a su oreja. -
Pero, con ellas...

¿Qué?
¡QUÉ!



CAPITULO 69

Herónimo

- ¡Collins! - Ordena, en el teléfono. - Necesito ropa casual, para esta noche del Pen. - Verifica la hora de su reloj pulsera, girando a su amigo. - Tu, te vienes conmigo ¿Necesitas algo para ello? - Rodo niega. - Bien. Solo camiseta y unos jeans dile a Marcello y con algo de abrigo. - Cuelga.

- ¿Ustedes vendrán? - Pregunto sabiendo ya, la respuesta.

- Eso parece amiga... - Responde Rodo, por él.

Y le entrecierro los ojos al jefe.

- ¡Eres, un auténtico dolor de trasero! - Le digo a Herónimo.

Que como si nada, comienza a desabotonar los puños de su camisa.

- Puedo tolerar tus rabietas... - Contesta.

Miro a Mel, buscando respaldo.

Pero se limita a encogerse de hombros, sentada a mi lado.

Cruza sus largas piernas desnudas por su minifalda negra con zapatos en rojo y sigue pasando labial a juego con ello, por su boca.

- *Mujer...* - Silba Rodrigo, con su castellano sexi.

Y Mel le guiña un ojo.

- ¡No es justo! - Arrugo mi nariz. - ¿Por qué, debes venir? ¡Eres un maldito obseso, era salida de chicas! - Chillo de pie y con mis manos a mis lados, como puños.

- Ni lo sueñes, nena. - Exclama. - No sé en qué, puto momento pensaste que te dejaría ir sola con Mel ¿Acaso no sabes la cantidad de peligros, que pueden acechar a dos chicas tan bonitas?

Pero que cretino.

- Gracias... - Dice, dulce Mel por ello y su piropo.

Hero, la mira con ternura.

Caramba.

- De nada. - Le responde volviendo a mí, con su peor cara de mierda.

No hay dulzura, para su rayo de sol.

- Las calles están llenas de depravados y sinvergüenzas. Sin olvidar a Gaspar ¡Maldita sea! ¿Olvidas lo del parque, rayo?

Carajo.

Porque sus ojos se nublan de esa oscuridad glacial tan suya y un dejo de tristeza, cubre su rostro recordándome lo de su padre.

Acomoda sus lentes, suspirando.

Puto tic hermoso.

- Ok. - Susurro.

Y Herónimo hace lo peor que podía hacer, para mis hormonas prostitutas en este momento.

Esbozar esa maldita sonrisa que regala a la vista y para placer mío, ese condenado canino inclinado y gastado izquierdo a comparación de su gemelo, en su perfecta dentadura blanca.

- Dios, no lo puedo creer... - Elevo mis brazos al aire porque lo acepté, caminando al refri en busca de una cerveza.

Necesito alcohol.

Sus labios se curvan más arriba, con una sonrisa de complicidad por algo y que no llego a entender, mientras pasa por mi lado y se dirige directamente a mi sofá melocotón. Toma asiento como rey en su trono y cruza una pierna sobre otra, como jerarca que es.

- Acostúmbrate. - Declara.

- ¡Jódete! - Chillo destapando la botella y tomando un gran trago.

Desata una sonrisa escurridiza por mi blasfemia, que casi me noquea de lo bonita.

- Me adoras. - Replica alisando con dos de sus dedos, una arruga

inexistente de su pantalón de vestir.

- Vete al demonio ¡Te odio! - No, no era así.

Lo amaba completamente.

- ¡Claro que no! Me amas.

Y dulce Jesús.

El calor, invade mi cuerpo.

Y mi boca cae.

¿Dijo eso, delante de Mel y Rodo?

¿Él lo descubrió?

¿Tanto, se me nota?

Y mi corazón salta, porque lo sentí cínico.

Ya que mi jodido príncipe azul, lo dijo con burla.

Quiero llorar, pero lo puedo ahogar.

Herónimo el hombre frío a los sentimientos y apegos emocionales, no tenía por eso derecho a burlarse de mis sentimientos. A veces en situaciones como cuando pasamos el domingo juntos o me llevó al hospital y vi con el amor sincero que miraba y atendía a cada niño como a Juli, a sus padres y las demandas de los médicos teniendo toda su atención.

Pensaba que Hero si nació, de una madre humana como Marleane que no tengo el placer de conocer aún.

Y no fue engendrado directamente, del culo de Satanás como ahora.

¿Por qué su rostro mostraba satisfacción y gozaba, por lo que sentía?

Le arrugo más mi ceño y le sonrío.

- Eso, ya quisieras... - Blanqueé mis ojos.

Lo mejor que se me ocurre.

Acepto consejos.

- Dilo. - Me dice, poniéndose de pie y acercándose unos pasos. La misma cantidad, retrocedo.

Se sonrío, complacido.

- Eres un cretino. - Grito.

- Malditamente cierto, nena... - Me da la razón, elevando sus hombros como si nada.

- Chicos... - La voz de Rodo, interviene.

Pero lo ignoramos.

Estamos demasiado ocupados, odiándonos mutuamente enfrentados y

sin mirar, a nadie más que a nosotros mismos.

Los dos, exhalamos con fuerza.

- Estoy esperando... - Murmura.

Y no precisamente con paciencia.

¿Está loco?

¿Quiere que diga en voz alta, que lo amo?

¿Se estaba burlando?

- Jódete Mon! - Repito.

Se mueve de golpe y su cabello ondulado azota su rostro por la fuerza, que lo catapulta de caliente a peligroso. Destacando su belleza perversa que atraía a la necesidad y el deseo, para pecar sin esfuerzo. Pero, no hay nada dócil ni amable. Apelaba más bien a su manipulación y control.

Me enarca, esa ceja sexi.

- Por eso... - Me dice sugerente y le gruño. - ...puesto que estarás solo conmigo, tendrás que decirlo...

- Chicos...

- ¡Qué! - Gritamos los dos a Rodo, al unísono.

Rodrigo nos fulmina con la mirada, se pone de pie y muy erguido, se dirige a mi habitación con aire ofendido.

Y con Herónimo, cruzamos miradas.

Luego regresa como si nada, tomando asiento en la mesa nuevamente.

- Me fui, pero solo para dar dramatismo. - Murmura, abriendo la caja de pizza nuevamente y mirando todas las porciones, como seleccionando la mejor. - Pero la realidad es, que no terminé de comer...

Bajo la risita de Mel dándole un beso a su amor, yo miro a Hero.

- Tu amigo, es raro...

Sonriendo ante mí, Hero rasca su mandíbula y alza sus hombros.

- Lo sé ¿No es lindo? - Me dice.

Ruedo mis ojos nuevamente, porque no quiero darle con el gusto de reírme.

Hero bloquea mi paso, cuando quiero caminar y escapar de él.

- ¿Entonces?

- Que nada. Saldremos, pero todos como amigos...

Ni yo, me lo creo.

- ¿Amigos? ¿Tú y yo? Nena, fuimos creados para estar juntos...

¿Qué?

Y no me pasa por alto eso, que dice.

Suena sospechoso.

¿Será que, Herónimo está cediendo?

Me resisto a que con una disculpa a los tres ir a mi habitación, cerrar la puerta y hacer un bailecito de la alegría por eso.

Ok.

Respira y cálmate, Van.

Disimula y no te ilusiones.

- ¡Por Cristo, estás loco! - Chillo lo primero que se me ocurre caminando a mi perchero, donde cuelga mi cartera.

Pero me vuelve a detener, ahora con su brazo cruzándose sobre mí y extendido en la pared bloqueándome, para luego inclinarse hacia a mí y nivelar nuestras alturas.

Y suspira feliz.

- Dios, eres linda cuando entras en pánico. - Se encorva más, para rozar su nariz con la mía y mirarme con ternura con sus ojos. - Cásate conmigo...

Señor de los cielos.

Y mi boca, cae desencajada.

¡Qué!

CONTINUARÁ...

**Próximamente, la segunda temporada de esta entrega.
Parte 1.5 de la saga Mon.
“El amor de Herónimo.”**

Agradecimientos.

Por diferentes sucesos a lo largo de mi vida, me dijeron que soy un conformista.

Un error de ellos cuales, les dije que no.

Que yo, no era un conformista.

Si no, un agradecido de la vida.

Gran diferencia.

Porque lo soy de las cosas importantes de la vida y para los que me conocen, saben que nunca me canso de esa palabra, porque está entre mis favoritas.

Por eso en estas instancias, solo me queda más que seguir agradeciendo.

A todos.

A muchos.

Muchas gracias, por leer mis novelas.

Mil gracias, a las Cotorras por estar.

Y mil gracias, a las Mosqueteras por siempre.

Mil gracias a mi familia, que amo más que a nada.

Y un agradecimiento especial, a una gran persona.

Mi gran amiga por estar a la par mía, en todo esto.

Gracias de corazón, Sareli.